HOMERO

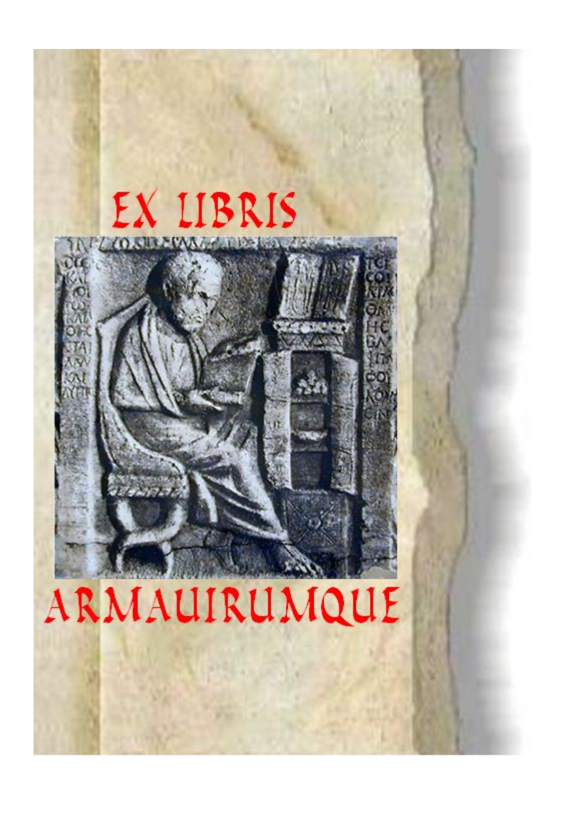
ILÍADA

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
EMILIO CRESPO GÜEMES



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 150



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por CARLOS GARCÍA GUAL.

PRIMERA EDICIÓN, 1991.
1.ª REIMPRESIÓN.

El autor ha realizado esta traducción con una «Ayuda a la creación literaria» del Ministerio de Cultura y en el marco del proyecto de investigación sobre «Homero: crítica textual y estudios lingüísticos» (CICYT 817/84).

Depósito Legal: M. 10765-1996.

ISBN 84-249-1446-5.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996. — 6830.

INTRODUCCIÓN

La *Ilíada* es el poema épico más antiguo de la literatura europea. Fue compuesto poco antes del 700 a. C., probablemente en la costa occidental de Anatolia o en una de las islas adyacentes, por un poeta llamado Homero (el autor seguramente también de la *Odisea),* del que ni los propios griegos de la Antigüedad conocían nada con seguridad. La *Ilíada* es un poema que pertenece a una larga tradición. Los poetas, llamados aedos, componían de manera oral, improvisada y sin ayuda de la escritura. Sus poemas estaban destinados a ser cantados con acompañamiento de un instrumento de cuerda. Se ignora cuándo la *Ilíada*, destinada también a ser difundida de manera oral quizá en las fiestas colectivas, fue puesta por escrito; pero, en todo caso, antes del 520 a. C. existía en Atenas un texto normalizado, que era el usado en los certámenes consistentes en la recitación de la epopeya. El texto que está en la base del que reproducen nuestros manuscritos conservados de época bizantina procede de los filólogos alejandrinos de época helenística, de Aristarco, en particular. Ignoramos con precisión el texto sobre el que el alejandrino Aristarco en la primera mitad del siglo II a. C. realizó su edición, aunque debió de conceder una especial importancia a algún ejemplar ático.

La *Ilíada* está compuesta en una forma lingüística del griego antiguo que nunca existió en la realidad. Aparecen indisolublemente mezcladas formas muy arcaicas y otras más recientes, formas de distintos dialectos (básicamente el dialecto es el jónico, pero hay formas que coinciden con los dialectos eolios o con el dialecto micénico y arcadio-chipriota y grafías propias del ático), y formas que no

han existido nunca en ningún dialecto griego y que son propias de la lengua artística. El ritmo del verso en que el poema está compuesto se basa en la repetición de la unidad constituida por una sílaba larga y dos breves (u otra larga) seis veces cada verso. El verso se denomina hexámetro. Cada verso está separado por pausa. En su interior hay posiciones donde se busca el fin de palabra, y otras en las que se evita.

La *Ilíada* narra un breve episodio del décimo y último año de la guerra de Troya. Se dan por conocidos el tema general del poema y los héroes y dioses que intervienen, sin que haya ninguna explicación o presentación previa del tema ni de los personajes. Agamenón, el caudillo de la expedición de los aqueos (llamados también argivos o dánaos, pero nunca griegos) arrebata a Aquiles, jefe de los mirmídones, su parte en el botín para compensar la pérdida de su lote personal del botín, que fue la esclava Criseida, hija del sacerdote de Apolo, que a instancias de Crises ha enviado una peste contra los griegos para exigir su devolución. Aquiles, lleno de cólera por tal deshonra, decide retirarse del combate. Zeus, a instancias de Tetis, la madre de Aquiles, ha resuelto causar la perdición de los aqueos, pero antes, éstos, con Aquiles ya lejos de la batalla, obtienen resonantes victorias durante todo un día de lucha. En los dos días siguientes, los troyanos acampan cerca del campamento de los aqueos, logran herir a la mayoría de los caudillos, penetrar en el muro defensivo y llevar el combate hasta las propias naves. Patroclo pide a Aquiles sus armas para ayudar a sus compañeros. Sale a la lucha y muere. Aquiles decide regresar a la batalla para vengar a su amigo Patroclo y, tras reconciliarse con Agamenón, comienza sus proezas guerreras. Al cabo de ellas, mata a Héctor, caudillo troyano. Aquiles celebra el funeral de su amigo Patroclo, a la vez que ultraja el cadáver del vencido Héctor. Finalmente, Príamo llega a ocultas a la tienda de Aquiles, logra el rescate de Héctor y regresa a Troya, donde se celebran las exequias por su muerte.

La muerte de Aquiles y el final de la guerra de Troya no son narrados en la *Ilíada,* aunque existe la certeza de que ambas cosas sucederán de una manera inmediata. Tampoco se relatan las causas de la guerra desde el juicio de Paris, ni la conquista de la ciudad.

Un rasgo muy notable de la *Ilíada* es que, a pesar de su extensión, la acción se concentra sólo en unos pocos días de combate, sin mención a la totalidad de la guerra. El tema concreto es la cólera de Aquiles, pero en la narración de cuatro días completos de combate se incorporan escenas que parecen corresponder al comienzo de la guerra y queda simbolizada la totalidad de la misma.

La sociedad que aparece representada en la *Ilíada*, en la medida en que la podemos conocer por las noticias fragmentarias y ocasionales que jalonan el relato, es sumamente primitiva y está poco diferenciada; los dioses, que patrocinan todas las actividades humanas y rigen los fenómenos de la naturaleza, intervienen de modo permanente en las acciones de los héroes. Estos dioses son antropomórficos, personales y están organizados conforme al mismo esquema familiar de los hombres. Son inmortales, no envejecen, no tienen interés en los seres humanos y viven una existencia feliz. A veces, entre los hombres existe una diferencia nítida entre los héroes, aristócratas de nacimiento que poseen excepcionales cualidades naturales y están particularmente sujetos a los caprichos divinos, y las «huestes» innominadas, cuyos hechos casi nunca ofrecen el interés de ser siquiera mencionados. Las actividades económicas están muy poco diferenciadas; en el contexto bélico predominante de la *Ilíada*, la agricultura y ganadería, el comercio y la artesanía casi sólo son mencionadas en los símiles. La organización social se basa en la monarquía de origen divino; existen además un consejo y una asamblea general dominados por la minoría aristocrática. El derecho es puramente consuetudinario. Es difícil saber en qué medida la sociedad homérica es histórica y, si lo es, de qué época, y en qué medida es el producto de la imaginación poética.

El mito de la guerra de Troya posee un núcleo histórico que se sitúa cerca del 1200 a. C., en la Edad del Bronce y en plena época del dominio y la riqueza de Micenas y de los documentos griegos más antiguos que se han conservado, las tablillas de arcilla con signos que constituyen un silabario cuyo contenido es de carácter administrativo. De este trasfondo histórico existen algunas reminiscencias en la *Ilíada*, lo mismo que de las épocas sucesivas hasta la fecha de la composición final.

La influencia de la *Ilíada* no sólo en la literatura griega posterior y en la literatura europea, sino también en la propia cultura europea, es difícil de exagerar.

I. Noticias de otros poemas épicos en la «Ilíada» y en la «Odisea»

Algunos episodios de los poemas homéricos, particularmente de la *Odisea*, proporcionan noticias relativas a la épica antigua en Grecia y al ambiente en el que ésta se desarrolló; por ellas es útil comenzar, pues la información que dan ofrece una primera descripción de la epopeya arcaica griega. La conclusión más interesante que espero extraer de esta primera descripción es que la *Ilíada* es en cierta medida un simple representante, aunque ciertamente el más eximio, y la culminación de una tradición de poemas épicos, sólo en parte conocida para nosotros.

a) *La épica en Homero*

Cuando los embajadores griegos llegan a la tienda de Aquiles para intentar que renuncie a su cólera y regrese al combate (*Ilíada* IX 185 ss.), lo hallan cantando al son de la fórminge gestas de héroes, para recrear su ánimo. No es aventurado suponer que la *Ilíada* es también el relato cantado de una de estas gestas, a las que el poeta atribuye un contenido histórico, que conoce por haberlo presenciado en persona (cf. *Odisea* VIII 488 ss.) o por haber recibido la inspiración de un dios, casi siempre de la Musa (cf. *Ilíada* II 484 ss.; *Odisea* XII 189 ss.), y que mediante el ornato de la narración pretende entre otras cosas el deleite (cf. C. W. MacLeod, *Homer. Iliad. Book XXIV*, Cambridge, 1982, «Introduction»).

En el entorno bélico de la *Ilíada* existen pocas ocasiones, aparte de la citada, para este género de entretenimientos; hay que recurrir a las escenas palaciegas de la *Odisea* para encontrar noticias más numerosas e incluso algún poema breve, cantado en este caso por cantores o aedos profesionales al servicio de la comunidad, Demó-

doco en la corte de los feacios (*Odisea* VIII) y Femio en la corte de Ítaca (*Odisea* I 325 ss.). Estos aedos poseen la capacidad de improvisar poemas gracias a la inspiración divina (cf. *Odisea* VIII 74), que les ha enseñado el contenido (cf. *Ilíada* II 485 ss.), y los difunden mediante el canto ante un auditorio cortesano y aristocrático. El fondo de leyendas del que el aedo elige el tema de su canto es muy amplio y en cada ocasión escoge la narración de un episodio particular y concreto (cf. *Odisea* VIII 500). El propio prólogo de la *Odisea* (I 10) solicita a la Musa que comience el canto relativo a Ulises «en cualquier parte» del conjunto de las leyendas referidas a este héroe. Esta capacidad de improvisación permite que a veces sea un miembro del auditorio (*Odisea* VIII 490 ss.) quien proponga al aedo el relato de un episodio concreto de su repertorio. Otras veces el propio aedo elige un episodio «cuya fama entonces llegaba al vasto cielo» (*Odisea* VIII 74).

Los aedos de la *Odisea* son capaces de improvisar un poema, que cantan acompañados por un instrumento de cuerda, no porque repitan de memoria un texto previamente aprendido, como los rapsodos de época posterior, un representante de los cuales es Ión de Éfeso, el interlocutor de Sócrates en el diálogo de Platón titulado *Ión*, sino porque dominan ciertas técnicas tradicionales para componer poemas sin ayuda de la escritura. En realidad, el cuadro que presenta la *Odisea* sobre los aedos, aunque cuadra mejor con la hipótesis de una tradición de composición oral que con la idea de la repetición de un poema escrito y aprendido de memoria, ya que en Homero la escritura sólo se menciona una vez (*Ilíada* VI 168) y con tintes aparentemente oscuros y siniestros, no da datos que lo prueben de manera fehaciente. Son los resultados proporcionados por la literatura comparada y ciertos rasgos de los poemas homéricos, a los que luego nos referiremos, los que permiten rechazar la tesis de un texto prefijado y repetido de memoria. En la ejecución los aedos de la *Odisea* utilizan el mismo instrumento que Aquiles en la *Ilíada*.

b) Temas tradicionales

Los tres breves episodios que canta Demódoco en la corte del país de los feacios en presencia de Ulises (*Odisea* VIII) tienen un tema cuyo contenido y personajes son familiares para el auditorio. Estos temas pertenecen bien a las acciones de los dioses (como el relativo a los amores de Ares y Afrodita, en *Odisea* VIII 266 ss.), bien a una época concreta del pasado heroico, considerado histórico (como el episodio del caballo y la toma de Troya, en *Odisea* VIII 499 ss., y el de la disputa entre Ulises y Aquiles, en *Odisea* VIII 73 ss.). También Penélope elogia el extenso repertorio de cantos que posee Femio, en el que se incluyen «gestas de héroes y de dioses» (*Odisea* I 338). En todo caso, el tema nunca se presenta como perteneciente al mundo de la ficción: los propios personajes de la *Ilíada* lamentan a veces (cf. VI 354 ss.) que sus desgracias se van a convertir en tema de canto para los hombres futuros. Del mismo modo, Eneas (*Ilíada* XX 204) dice a Aquiles que ambos conocen sus respectivos linajes gracias a «los famosos relatos de los mortales». El tema tampoco pertenece nunca al presente.

No hay que entender que haya aquí ningún desinterés por el presente; más bien hay que pensar que el pasado heroico, una estrecha franja limitada a unas pocas generaciones anteriores y posteriores a la de la guerra de Troya, posee rasgos que lo hacen superior a la actualidad y, por tanto, representativo de todas las épocas, la presente incluida. La característica esencial de la edad heroica, según aparece en el mito, es la intervención ostensible de los dioses en la vida humana, frente a lo que sucede en la actualidad y ha sucedido en otras épocas, excepto en la heroica. La intervención divina, al ser visible, hace que las acciones sean transparentes en sus móviles y causas, y que no estén ocultas como sucede en la vida corriente. Ésta es en el fondo la razón esencial por la que el tema dominante de la literatura clásica es el pasado mítico.

c) *Los personajes*

Los personajes centrales que intervienen en estos episodios no necesitan ninguna presentación previa, no son personas comunes;

o bien son héroes pertenecientes a una época muy concreta del pasado, cuando los dioses intervenían de manera patente en los asuntos humanos y cuando los hombres eran más corpulentos y fuertes que los actuales, o bien son dioses presentados con rasgos humanos, que hacen ostentación de sus caprichos o favoritismos y de su poder. Es llamativo observar que mientras el tema relativo a los dioses es fundamentalmente de naturaleza jocosa, los temas relacionados con los héroes son de carácter triste y luctuoso. Algo semejante sucede también en la *Ilíada*, donde contrastan los sufrimientos de los hombres que narra el poema y la existencia fácil y despreocupada de los dioses. Un ejemplo notable lo proporciona *Ilíada* I: la asamblea de los hombres termina con augurios sombríos por la retirada de Aquiles, y la disputa de los dioses termina entre risas en el banquete (cf. J. Griffin, *Homer on life and death*, Oxford, 1980).

d) *Los motivos*

Aparte de ser conocidos para el auditorio los temas y los personajes, los motivos forman también, en la medida en que podemos juzgar, un grupo más o menos cerrado y tradicional. El primero de los episodios que Demódoco canta en la corte de Alcínoo ante Ulises tiene una disputa como motivo central, lo mismo que la *Ilíada*, que narra en sustancia la cólera de Aquiles y sus consecuencias. Por su parte, Femio en el palacio de Ulises (*Odisea* I 326 s.) canta el regreso de los aqueos, uno de los motivos centrales de la *Odisea*.

Si además utilizamos las digresiones de la *Ilíada* y de la *Odisea* como término de comparación para descubrir qué otros motivos son tradicionales en la epopeya griega arcaica, observamos igualmente que los motivos en tales digresiones pertenecen al mismo repertorio limitado: la historia de Meleagro parte de una disputa y de la obcecación del héroe; la insolencia humana ante la superioridad de los dioses aparece en la referencia al destino de Níobe y de los antecesores de Glauco; la elección consciente de un determinado tipo de vida aparece en muchos guerreros menores y también en el propio Aquiles, etc. En muchos casos el honor y la gloria del héroe aparecen como móviles de la acción.

Por supuesto, si además de repasar los motivos que aparecen en los poemas cantados por los aedos de la *Odisea* y los de las digresiones de ésta y de la *Ilíada*, incluimos los motivos de los poemas del llamado *Ciclo* épico, poemas perdidos, pero de los que conservamos noticias acerca del contenido, bien por los resúmenes en prosa del mito que proporcionan la *Crestomatía* de Proclo, algunos escolios y las narraciones de los mitógrafos de época tardía, bien por fragmentos conocidos gracias a la transmisión indirecta, la lista de motivos comunes a varios poemas se incrementaría, lo mismo que la lista de motivos compartidos por la *Ilíada* con otros poemas.

e) *Los efectos del canto épico*

Además de los temas y personajes, los motivos y el tipo de ejecución, las referencias a los poemas breves de Demódoco y Femio dan cierta información sobre los efectos que la poesía épica ejerce sobre el auditorio. Las palabras más frecuentes para referirse a ello son «recrear», «deleitar», «hechizar» y «conmover». Los cantos de Demódoco en Esqueria proporcionan placer al auditorio de los feacios y mueven en dos ocasiones a Ulises al llanto. Lo mismo le sucede a Penélope en Ítaca al escuchar los cantos de Femio y oír el relato de las desgracias sufridas (*Odisea* I 338 ss.). En el caso de los propios héroes que han tomado parte en las acciones relatadas por los aedos, el llanto es una consecuencia del recuerdo de las desgracias padecidas por la voluntad de los dioses (cf. *Ilíada* VI 357 s.; *Odisea* VIII 577 ss.); en el caso de los restantes miembros del auditorio, la piedad que inspiran las desgracias de los héroes procede en último término de la comprobación de que la desgracia es la suerte común de los hombres. Entre éstas, la desdicha decisiva es la muerte, con la que los héroes de la *Ilíada* se enfrentan constantemente en la guerra. Es decir, el deleite de la poesía consiste también en inspirar la compasión por las desgracias humanas cuya narración constituye la materia del canto.

f) *La «Ilíada» y las noticias sobre la épica en Homero*

La *Ilíada* presenta claramente al menos algunas propiedades de los poemas que cantan Femio y Demódoco, como su prólogo indica claramente. Es cierto que existen algunas notables diferencias entre los poemas cantados por los aedos de la *Odisea* y lo que la propia *Ilíada* (y la *Odisea)* deja ver. La más llamativa es la referida a la extensión: frente a los breves episodios de la *Odisea*, la monumentalidad de la extensión de la *Ilíada*. Sin embargo, las analogías son numerosas. El tema pertenece a un momento concreto del décimo año de la segunda guerra de Troya, datada en la edad heroica (en el 1184 a. C., conforme a la cronología mítica más extendida, la basada en Eratóstenes). La narración se instala en el pasado heroico y evita toda referencia al presente del poeta y a su propia individualidad. El contenido y los motivos básicos (la cólera del héroe, la importancia de la amistad, la venganza por la muerte del amigo, el deseo de obtener honra) son igualmente tradicionales. Los personajes no requieren ninguna presentación previa. Se da por supuesto el conocimiento de la totalidad de la leyenda y se anuncia a partir de qué punto concreto del mito, considerado como algo puramente histórico, va a comenzar la narración. La acción transcurre conforme a un plan divino. Es la Musa quien canta el tema propuesto. Además, dado que el contenido se presenta como luctuoso, hay que suponer que la consecuencia primera en el auditorio debe de ser el llanto y la compasión ante las desdichas sufridas por los héroes en la guerra.

Para algunos otros detalles no disponemos de elementos de juicio que ayuden a determinar qué analogía existe entre la *Ilíada* y los poemas que canta Demódoco en la *Odisea*. Esta ignorancia procede de las diferencias que impone la propia monumentalidad de la *Ilíada* y afecta a algunas cuestiones sumamente importantes. Destaquemos entre ellas las siguientes. Demódoco canta sus poemas con ocasión de una reunión y un banquete en la corte de Alcínoo: ¿para qué ocasión ha sido compuesta la *Ilíada?* Su enorme extensión hace al menos difícil que haya sido compuesta para cantarla en un banquete. Existen diferentes fuentes (Heródoto, V 67; Platón, *Ión; Hiparco*

228 b) que indican que los aedos profesionales recitaban poemas épicos en los festivales religiosos tradicionales durante los siglos VI y V a. C. Incluso en épocas más antiguas, existían competiciones públicas de poemas épicos en los festivales religiosos (cf. *Himno a Apolo* 149 s.) y en los funerales de personajes ilustres (cf. Hesíodo, *Trabajos y Días* 654 ss.). Por todo ello, no sería nada extraño que los poemas homéricos hubieran sido compuestos para certámenes de esta naturaleza. Las fiestas jónicas documentadas con más antigüedad son las *Panionia* del monte Mícale y las propias de Delos, mencionadas en el *Himno a Apolo*.

¿Ha sido compuesta sin la ayuda de la escritura? Sea cual sea la respuesta, parece en todo caso seguro que la difusión se ha realizado de manera oral. Demódoco parece improvisar sus cantos entre el conjunto de leyendas: ¿qué relación guarda la *Ilíada* con los poemas orales improvisados? O, dicho de otra manera, ¿la *Ilíada* es una composición oral improvisada para una ocasión concreta? Y, en caso de que sea así, ¿cuándo ha sido redactada por escrito?, ¿qué modificaciones se han introducido hasta su redacción escrita? Aunque no hay una solución segura para estas preguntas, más adelante expondremos algunas posibles respuestas.

g) *Noticias sobre otros poemas épicos*

Hasta aquí, pues, la *Ilíada*, en la medida en que comparte ciertos rasgos con otros poemas semejantes, aparece simplemente como un representante más de un tipo de relatos que debió de ser común en los primeros siglos del I milenio a. C. en Grecia y en la costa oriental del mar Egeo. De estos poemas sólo quedan fragmentos o noticias que resumen su contenido. Algunos, los llamados poemas del *Ciclo* épico, fueron compuestos en época posterior a la *Ilíada* y completaban la leyenda troyana que no está relatada en ésta. Hubo además seguramente versiones de estos poemas, tanto del *Ciclo*, en general, como del *Ciclo* troyano, en particular, que fueron compuestos en fecha anterior, pues en la *Ilíada* hay alusiones a algunos de sus episodios. En varios pasajes (*Ilíada* IV 370, V 800), hay referencias a la leyenda de los Siete contra Tebas y a la victoriosa expe-

dición de los epígonos, que logran conquistar la ciudad, y tanto la *Tebaida* como los *Epígonos* fueron compuestos por escrito en época posterior a la *Ilíada* y atribuidos a veces o siempre a Homero. Igualmente, hay alusiones a la leyenda de Hércules y a cierto episodio de rebelión de los dioses contra Zeus. También en la *Odisea* hay referencias a la leyenda de los Argonautas (XII 69) y, sobre todo, al regreso y asesinato de Agamenón y a la venganza de Orestes, saga que constituye un paradigma al que se contrapone el regreso de Ulises y la fidelidad de Penélope. Otro de los poemas del *Ciclo*, los *Nostos*, relataba el regreso de los caudillos griegos tras la conquista de Troya. Además, los relatos de Néstor, por ejemplo, constituyen breves incursiones en la leyenda de Pilo; Glauco resume las hazañas de Belerofontes, etc. En definitiva, la *Ilíada* y la *Odisea* son poemas sobre la leyenda heroica, que se enmarcan en una tradición a la que pertenecían otros muchos poemas no conservados. Algunos rasgos que poseían tales poemas pueden ser reconstruidos gracias al examen de las propias referencias a la epopeya que se encuentran en los poemas homéricos.

II. La tradición épica en Grecia

Los datos proporcionados por los propios poemas homéricos presentan el cuadro, ciertamente vago y poco preciso, en el que ha surgido la *Ilíada*. De este cuadro se deduce que la *Ilíada* es un poema inserto en una tradición con la que comparte temas, personajes, motivos y otros elementos. Ahora, antes de describir lo propiamente homérico y lo específico de la *Ilíada*, en la medida en que sea posible, intentaré identificar las demás características de tal tradición y determinar sus orígenes. Procuraré describir los rasgos de la tradición épica en esta sección, y reservaré para la siguiente la determinación de sus orígenes históricos.

a) *Las fórmulas*

Incluso para el lector actual más distraído, lo primero que destaca al comenzar la lectura de la *Ilíada* es la frecuencia con la que

se repiten determinados epítetos, aplicados con regularidad al mismo sustantivo, y sólo a él. Así, Agamenón es con frecuencia «soberano de hombres»; Aquiles, «el de los pies ligeros»; Héctor, «el de tremolante penacho»; la espada, «tachonada de argénteos clavos», las naves «veloces», etc. Aparte de los epítetos específicos, atribuidos a un solo sustantivo, hay otros genéricos, que aparecen con varios nombres diferentes. Estos sintagmas repetidos suelen denominarse fórmulas y se pueden definir como grupos fónicos cuyo grado de expectación mutua es elevado (cf. J. B. Hainsworth, *The flexibility of the Homeric formula*, Oxford, 1968; M. N. Nagler, «Towards a generative view of the oral formula», *TAPhA* 98, 1967, 269-311). Los ejemplos más conspicuos, porque son rígidamente fijos y los más repetidos, son las fórmulas integradas por un epíteto atribuido a un nombre propio (cf. M. Parry, *L' épithète traditionelle dans Homère. Essai sur un problème de style homérique*, París, 1928, trad. inglesa en págs. 1-190 de *The making of Homeric verse. The collected papers of Milman Parry*, ed. A. Parry, Oxford, 1971); pero, en realidad, cualquier tipo de repetición puede ser considerado una fórmula.

Las fórmulas tienen una longitud variable, oscilando entre un número pequeño de sílabas y varios versos enteros. Cuando son menores que el verso, tienden a ocupar el mismo lugar en el hexámetro. Igualmente, cada palabra, según su estructura prosódica, tiende a ser localizada en el mismo lugar del verso (cf. E. G. O'Neill, «The localization o metrical word-types in the Greek Hexameter», *YCS* 8, 1942, 102-176). El grado de rigidez de las fórmulas es variable: algunas están constituidas por grupos de palabras que aparecen invariables sin excepción; otras, en cambio, muestran un grado mayor o menor de flexibilidad y admiten flexión y otros accidentes fonológicos o morfosintácticos, separación o inversión de sus componentes, expansión con elementos adicionales, movilidad de sus miembros, sustituciones y otros tipos de modificación (cf. J. B. Hainsworth, *The flexibility of the Homeric formula*, Oxford, 1968).

Normalmente, el grupo repetido que constituye una fórmula posee una unidad de significado, pero a veces la repetición es de sonidos, estructuras sintácticas y otros tipos de asociaciones basadas en

fenómenos más difícilmente aprehensibles (cf. M. N. Nagler, *Spontaneity and tradition. A study in the oral art of Homer*, Berkeley-Los Ángeles, 1974). Las repeticiones formulares más o menos literales afectan a todos los pasajes y varían entre las que se repiten en las dos epopeyas o sólo en una de ellas (para las fórmulas propias de la *Odisea*, cf. D. L. Page, *The Homeric Odyssey*, Oxford, 1955) y las que están limitadas a un pasaje concreto, por ejemplo, a la transmisión de un mensaje dado, en los que el mensajero suele dar el recado recibido, repitiendo literalmente las palabras que le han transmitido. No hace falta señalar que elementos que no se repiten en las epopeyas conservadas pueden ser en realidad fórmulas cuya existencia no es posible demostrar por falta de documentación en los textos que han llegado a nosotros.

b) *Las propiedades de los sistemas de fórmulas*

El empleo de fórmulas y otras clases de repetición constituye, pues, la primera característica de la tradición épica griega. En realidad, estas repeticiones no están en absoluto ausentes de la lengua coloquial y de otros poemas antiguos o modernos, aunque en la *Ilíada* su frecuencia es enorme y mayor que todo lo imaginable en la conversación cotidiana y en toda la literatura de la Antigüedad. Además, lo característico de la epopeya arcaica (pues hay que incluir también en este punto los poemas de Hesíodo y algunos *Himnos* homéricos) es que las fórmulas más rígidas constituyen sistemas complejos que se definen por dos propiedades denominadas extensión y economía. Con estos términos se entiende que, por ejemplo, para introducir un discurso (cf. M. W. Edwards, «Homeric speech introductions», *HSCPh* 74, 1970, 1-36) o para referirse a los navíos (cf. B. Alexanderson, «Homeric formulae for ships», *Eranos* 68, 1970, 1-46) u otros objetos (cf. «Homeric epithets for things», *CQ* 41, 1947, 109-121, reimpreso en *The language and background of Homer. Some recent studies and controversies*, ed. G. S. Kirk, Cambridge, 1964), existen en el repertorio de fórmulas diferentes expresiones que ocupan un verso completo o una porción especial del verso, y que todas estas expresiones, de valor prosódico diferente

y aptas para rellenar partes distintas del hexámetro, componen un sistema formular. Cada miembro del sistema formular es usado siempre que las necesidades concretas del contexto lo requieren (extensión), sin que existan en general expresiones con idéntico valor prosódico que alternen para ocupar una misma porción del verso (economía).

Las excepciones a la propiedad de la extensión son difíciles de probar, y las excepciones a la economía son raras y, a veces, interpretables como un rasgo deliberado de estilo. La existencia de sistemas formulares obliga a descartar la idea de que las repeticiones sean de la misma naturaleza que las que aparecen en la conversación coloquial o en otras obras literarias posteriores, donde las fórmulas no aparecen integradas en sistemas formulares.

La complejidad del sistema de fórmulas sólo es comprensible en el ámbito de una larga tradición, en la que los poemas se componen y difunden mediante un procedimiento oral. El aedo no compone palabra a palabra ayudado de la escritura para luego memorizar la composición, sino que improvisa directamente con la ayuda, entre otras cosas, del dominio de los sistemas de fórmulas. Éstos facilitan la composición y permiten descargar la concentración de los aspectos más propiamente artesanales del oficio del aedo. Además, sólo en el marco de la improvisación oral se explica que en el curso de la tradición las propias fórmulas y los sistemas que éstas componen hayan ido evolucionando para acomodarse a la lengua de cada momento o a los gustos del poeta.

En efecto, hay fórmulas para las que podemos reconstruir sus prototipos, es decir, la forma que poseían en una fase más arcaica de la tradición épica (cf. A. Hoekstra, *Homeric modifications of formulaic prototypes*, Amsterdam, 1965). Al contrario, la poesía arcaica posterior a la *Ilíada* permite observar el estado que muchas fórmulas documentadas en ella han alcanzado en la época de los poemas de Hesíodo (cf. G. P. Edwards, *The language of Hesiod in its traditional context*, Oxford, 1971), del *Ciclo* o de los *Himnos* homéricos (cf. J. A. Notopoulos, «The Homeric Hymns as oral poetry», *AJPh* 83, 1962, 337-368; A. Hoekstra, *The sub-epic stage*

of the formulaic tradition: studies in the Homeric Hymns to Apollo, to Aphrodite and to Demeter, Amsterdam, 1969).

Todo ello permite reconstruir la historia de los sistemas de fórmulas, así como el proceso de creación y solidificación de las mismas. Hemos de imaginar (cf. J. B. Hainsworth, «Good and bad formulae», en *Homer. Tradition and invention*, ed. B. C. Fenik, Leiden, 1978, 41-50) que el aedo profesional, gracias a su adiestramiento y a la repetición, adquiere asociaciones internas que se manifiestan en formas verbales concretas. Las expresiones más usadas se van osificando progresivamente y pierden su versatilidad originaria. La productividad de estas expresiones específicas hace que otras anteriores vayan desapareciendo o queden como venerables restos, incomprensibles o poco menos, que están a punto de desaparecer. En esta fase del desarrollo se encuentran los sistemas formulares más productivos y económicos, que son capaces de crear otras expresiones derivadas e incluso sugerir episodios. La productividad de las fórmulas tiende a convertirlas en genéricas y a hacer laxos los vínculos que las asocian a un contenido concreto. Con esto pierden parte de su carga significativa y tienden a ser reemplazadas por otras expresiones, que son, a su vez, manifestaciones de asociaciones existentes en la mente del aedo. La *Ilíada* ofrece ejemplos numerosos para ilustrar cada uno de los estadios del desarrollo de las fórmulas.

c) *Escenas típicas*

Las fórmulas no son la única clase de repetición sistemática que hay en la *Ilíada*. Hay temas fijos que se repiten con regularidad y que se denominan escenas típicas (cf. en general, W. Arend, *Die typischen Scenen bei Homer*, Berlín, 1933, y la reseña de M. Parry, *CPh* 31, 1936, 357-360, recogida en *The making of the Homeric verse*, ed. A. Parry, Oxford, 1971, 404-7). Entre las escenas típicas más frecuentes en la *Ilíada*, están las de batalla (cf. B. Fenik, *Typical battle scenes in the Iliad*, Wiesbaden, 1968), que ocupan la mayor parte de los cantos V, VIII, XI-XIII, XV-XVII, XX y XXI, y en las que habría que distinguir, a su vez, subtipos numerosos, y las de duelos singulares (en los cantos III, VII y XXII, acerca

de las cuales, cf. G. S. Kirk, «The formal duels in Books 3 and 7 of the *Iliad*», en *Homer. Tradition and invention*, ed. B. Fenik, Leiden, 1978, 18-40); las de llegada (II 167 ss.; X 150 ss.; XI 769 ss.; XVIII 616 ss.; I 359 ss.; XVIII 65 ss.; XXIV 121 ss.), que a veces aparecen en secuencias encadenadas (cf. IV 251 ss., 273 ss., 292 ss., 326 ss., 364 ss; X 73 ss., 136 ss., 150 ss.; VI 116 ss., 313 ss., 369 ss.); las de visita, que se pueden considerar como un subtipo del anterior (XI 644 ss., 769 ss.; IX 182 ss.; XVIII 146 ss.; XXIV 322 ss., 448 ss.); las de embajada, transmitida por un mensajero humano (VII 372 ss.; IV 192 ss.; I 320 ss.; XVII 384 ss.; XVIII 16 ss.) o divino (XI 185 ss.; II 156 ss.; XV 54 ss., 145 ss.; 220 ss., 157 ss.; XXIV 74 ss., 143 ss., 333 ss.; IV 69 ss.; XIV 354 ss.; VIII 398 ss.; XVI 666 ss.; XIX 341 ss.); o las de sueño, que son una variedad de los tipos anteriores en la medida en que se trata de la llegada o visita de un dios a un héroe dormido (II 7 ss.; XXIV 682 ss.; XXIII 65 ss.). Otros grupos de escenas típicas son las de ofrenda de un banquete (II 402 ss.; I 447 ss.; VII 314 ss.; XXIV 621 ss.) o de una libación (IX 171 ss.; 656; etc.); las de llegada a un puerto (I 430 ss.; 484 ss.; etc.); o las de viaje por tierra en carro (III 259 ss.; V 364 ss.; VIII 41 ss.; XIII 23 ss.; V 720 ss.; VIII 382 ss.; XXIV 189 ss.; etc.); las que describen el momento en que un héroe se arma para el combate (III 328 ss.; XI 16 ss.; XVI 130 ss.; XIX 364 ss.; cf. V 733 ss.; VIII 384 ss.; X 333 ss., acerca de las cuales, cf. J. I. Armstrong, «The arming motiv in the *Iliad*», *AJPh* 79, 1958, 337-354) o se viste (X 21 ss., 131 ss.; II 42 ss.); las que describen el sueño, y especialmente en combinación con los preparativos para el lecho de un huésped (IX 617 ss.; XXIV 635 ss.); la reunión de la asamblea (II 50 ss., 211 ss.; VIII 489 ss.; IX 9 ss.; XX 4 ss.; cf. I 54 ss.; XIX 40 ss.; XXIII 258 ss.); el juramento (XIV 271 ss.; XIX 108 ss.; cf. X 321 ss.); los discursos (cf. D. Lohmann, *Die Komposition der Reden in der Ilias*, Berlín, 1970) y monólogos (XI 401 ss.; XXI 553; XXII 99 ss.; XVII 91 ss., acerca de los cuales, cf. B. Fenik, «Stylization and variety: four monologues in the *Iliad*», en *Homer. Tradition and invention*, ed. B. Fenik, Leiden 1978, 68-90), etc.

Igual que sucede en el plano de las fórmulas, es posible reconstruir el modelo teórico que subyace a cada tipo de escena típica, del que son manifestaciones los diversos ejemplos concretos. Cada ilustración concreta de una escena típica presenta variaciones con relación al modelo, y son estas variaciones las que adaptan el material tradicional al pasaje concreto y a la finalidad estilística que éste persigue. Una comparación sistemática de los ejemplos de una misma escena típica permite valorar la finalidad concreta que cada pasaje persigue. Por esa razón (y dado que es imposible en el margen de un breve prólogo un comentario más detenido), hemos indicado en el párrafo precedente los ejemplos más representativos de la *Ilíada*. Cada ejemplo concreto de una escena típica presenta con respecto al modelo teórico, como sucedía con las fórmulas, un grado de flexibilidad variable. Mientras algunas aparecen altamente formalizadas, otras comprenden expansiones, reducciones, inversiones y otras clases de alteraciones. Un ejemplo bien conocido es el tema tradicional del héroe armándose para el combate, del que hay cuatro ejemplos claros en la *Ilíada:* Paris (III 330 ss.), Agamenón (XI 17-44), Patroclo (XVI 131-144) y Aquiles (XIX 369-391); aparte de la extensión distinta, el contenido de cada uno introduce profundas variaciones. Además, las escenas típicas suelen estar agrupadas en secuencias que también se repiten. Es de suponer que tanto las escenas típicas como las secuencias de las mismas han podido adquirir en el curso de la tradición épica un significado específico.

d) *Estructura narrativa*

También otros temas característicos de la narración épica, como los catálogos (cf. M. W. Edwards, «The structure of the Homeric catalogues», *TAPhA* 110, 1980, 81-105), los símiles (W. C. Scott, *The oral nature of the Homeric simile*, Leiden, 1974), las digresiones (cf. J. A. Gaisseer, «A structural analysis of the digressions in the *Iliad* and the *Odyssey*», *HSCP* 73, 1969, 1-43) y los discursos, presentan ciertas regularidades, no sólo en el tipo de acciones o descripciones que su contenido relata, sino también en la manera en que se estructura la información que contienen. Así, los símiles se locali-

zan en unos puntos relativamente concretos y tienen un contenido que está asociado a cada tipo de contexto y, por tanto, es previsible en cierta medida. Igualmente, el contenido de las digresiones, los catálogos y los discursos es expuesto conforme a un número relativamente reducido y cerrado de estructuras diferentes, en todas las cuales se buscan distintas formas de simetría. Las estructuras más comunes son las que se denominan «composición anular», «en ritornelo» y diversas formas derivadas de éstas, todas las cuales tienen en común la presencia de ciertas simetrías de contenido y, generalmente, también de forma. En general, las simetrías en la estructura abundan en la *Ilíada,* no sólo en el nivel de los detalles más breves, sino también en las unidades mayores.

Los ejemplos de escenas típicas a los que hasta el momento me he referido documentan repeticiones de contenido dentro de la propia *Ilíada*. Pero también algunas escenas, temas o motivos que aparecen una sola vez en la *Ilíada* es seguro, probable o al menos posible que sean temas tradicionales, y no producto de la creación *ex nihilo* en el momento de la composición final de la *Ilíada*. Sin embargo, la carencia de puntos de comparación al haberse perdido la gran mayoría de los poemas épicos de la literatura griega arcaica impide a veces tener seguridad completa acerca de su carácter tradicional. En realidad, el grado de seguridad acerca del carácter tradicional de un tema o un motivo dado que aparece en la *Ilíada* depende de que existan paralelos o analogías en la literatura conservada. Naturalmente, el caso más favorable se produce cuando existen variaciones de una misma escena o motivo de la *Ilíada* en la *Odisea*. Y el grado de seguridad disminuye conforme más remotos sean los paralelos existentes: los poemas del *Ciclo* troyano o de otros ciclos épicos, los *Himnos* homéricos, la poesía de Hesíodo, las referencias a otros poemas épicos cuyo contenido se puede reconstruir a partir de los resúmenes de los mitógrafos, las tradiciones épicas de otras lenguas o países, indoeuropeos o no, de la misma o de otras épocas, etc. Así, la amistad entre Patroclo y Aquiles halla correlatos muy próximos en, por ejemplo, Roldán y Olivier, el Cid y Álvar Fáñez, y Gilgamés y Enkidu; ello permite suponer que la amistad caballeresca del héroe es un motivo tradicional de la epopeya popular, aun-

que no exista seguridad de que haya sido un motivo de la tradición arcaica griega.

e) *Temas y motivos*

Entre las escenas típicas más breves, que a veces ocupan un número muy reducido de versos, y los temas generales o el motivo central de la *Ilíada*, no hay ninguna diferencia cualitativa que permita afirmar el carácter tradicional de aquéllas y negar el de éstos. En realidad, los temas dominantes en el conjunto de la *Ilíada* son motivos tradicionales que han experimentado un alto grado de expansiones cuantitativas y a los que se han subordinado otros motivos. Así, la elección consciente del tipo de vida, que caracteriza el destino de Aquiles, es uno de los temas centrales y también aparece como motivo en la descripción de muchos guerreros menores. La venganza que un héroe se cobra por la muerte de un amigo aparece también con frecuencia en las escenas de batallas. Igualmente, el interés del héroe por velar por su honor aparece no sólo en el Aquiles de la *Ilíada*, sino también en otros muchos poemas épicos, como en el *Cantar de Mío Cid*, circunstancia que hace verosímil la hipótesis de que el motivo, aun cuando no estuviera testimoniado en la tradición arcaica griega, pertenezca al fondo común del género épico. En definitiva, los motivos centrales de la *Ilíada* son igualmente tradicionales. La diferencia radica, sin embargo, en la extensión de las expansiones del tema principal y, como trataremos de ver más adelante, en la subordinación de otros temas a los motivos centrales.

Incluso la propia secuencia de acontecimientos principales que se relata en la segunda parte de la *Ilíada* halla un paralelo sumamente próximo en el resumen de la *Crestomatía* de Proclo acerca de los sucesos relativos a Memnón en la *Etiópida*, que atribuye a Arctino de Mileto. Conforme al resumen de Proclo, Memnón, el hijo de la Aurora, llega en ayuda de los troyanos con una panoplia fabricada por Hefesto. Antíloco es matado por Memnón, que muere a manos de Aquiles. Éste persigue a los troyanos hasta que Paris y Apolo lo matan. Tetis y las Musas lloran a su hijo, y los aqueos celebran los juegos fúnebres. Si se sustituyen Sarpedón por Antílo-

co, Patroclo por Memnón, Héctor por Aquiles, y Aquiles por Paris, resulta que la secuencia de sucesos que se relataban acerca de Memnón en la *Etiópida* (y, por tanto, también en las versiones del relato sobre Memnón anteriores a la *Ilíada)* era muy parecida a la de la *Ilíada*. Es probable que la narración de Arctino imitara deliberadamente la *Ilíada;* pero tampoco hay que descartar que las versiones tradicionales no conservadas que tuvieran el tema de la *Etiópida* presentaran la misma secuencia de acontecimientos. En definitiva, no cabe excluir la posibilidad de que la secuencia de escenas bélicas que forma la segunda parte de la *Ilíada* sea tradicional y producto del mismo modelo heredado que el de la *Etiópida* (cf. H. Pestalozzi, *Die Achilleis als Quelle der Ilias*, Erlenbach-Zurich, 1945; W. Schadewaldt, «Einblick in die Erfindung der *Ilias*», recogido en *Von Homers Welt und Werk*, Stuttgart, 1965[4]; W. Kullmann, *Die Quellen der Ilias (Troischer Sagenkreis)*, Wiesbaden, 1960). La antigüedad de algunos de los motivos de la *Etiópida* vendría corroborada por ciertas referencias adicionales que la *Ilíada* hace a su contenido. Se ha supuesto en concreto que la escena de Diomedes y Néstor (VIII 100 ss.) procedería de la *Etiópida*. Es más, incluso se ha defendido la prioridad de ésta sobre la *Ilíada* basándose en una supuesta mejor adecuación, al contenido de la *Etiópida,* de ciertos detalles que la *Ilíada* relata. Según esta hipótesis, el pesaje de las almas de Aquiles y Memnón en presencia de sus madres, las diosas Tetis y Aurora, cuadraría mejor en el contexto de la *Etiópida*, lo mismo que los lamentos de Tetis y las Nereidas o las Musas por su hijo, que en la *Ilíada* tienen lugar antes de su muerte, y el anuncio que Tetis hace a su hijo de su muerte inminente si decide luchar.

El carácter tradicional de buena parte del contenido de la épica, integrado por escenas típicas y motivos o temas familiares en los que intervienen los personajes conocidos del pasado legendario, produce dos efectos que conviene destacar (cf. G. S. Kirk, *Homer and the Epic*, Cambridge, 1965, 91 ss.): por un lado, el interés del relato no se centra en el descubrimiento del desenlace de la acción, que es conocido en cuanto que es tradicional, sino en el cuándo y en el cómo se va a llegar a tal desenlace. De ello se derivan dos consecuencias: las anticipaciones y retardaciones del tema central tienen

gran importancia en la estructuración del contenido (cf. sobre estos procedimientos, especialmente, W. Schadewaldt, *Iliasstudien*, Leipzig, 1942[2] [= Darmstadt, 1987]); además, las digresiones sirven en parte para retardar el cumplimiento del tema central, en el caso de la *Ilíada* el plan de Zeus que se anuncia en los primeros versos. El segundo efecto que interesa destacar es que el contenido, en la medida en que es tradicional, es en un sentido muy vasto, pues abarca el mundo de los dioses y el de los hombres; pero en otro sentido el contenido es muy restringido, pues en él sólo tiene cabida lo que está consagrado por la tradición.

f) *La lengua*

Otro de los rasgos más notables de la tradición épica a la que pertenece la *Ilíada* es la propia forma lingüística (sobre la cual, cf. para una descripción sistemática P. Chantraine, *Grammaire homérique*, I-II, París, 1973[5] y 1958[3]). En la lengua de los poemas homéricos destaca un conjunto de rasgos que reciben su mejor explicación en el marco de una larga tradición de composición improvisada, sin ayuda de la escritura, y difusión oral de cantos épicos. Estos rasgos son básicamente la conservación de arcaísmos que en el momento de la composición de la *Ilíada* ya habían desaparecido de la lengua hablada, la mezcla inextricable de rasgos procedentes de dialectos geográficos distintos, aunque la base predominante es jónica de Asia Menor, y la existencia de formas artificiales exclusivas de la lengua artística («Kunstsprache») de la epopeya y ajenas a todas las variedades conocidas, locales o sociales, del griego. La presencia simultánea de estas características lingüísticas hace muy difícil suponer que la *Ilíada* no pertenezca a una tradición de composición improvisada. Además, como trataremos de ver más adelante, el examen de los rasgos de la lengua de Homero permite, junto con otras cosas, reconstruir la historia de la tradición, fijando sus orígenes, su localización y las áreas geográficas por las que se extendió, y determinar el lugar y la época de la composición final.

g) *El verso*

El verso épico es otro elemento característico de la tradición de la epopeya griega. El hexámetro cantado por los aedos basa su ritmo, como indica su nombre, en la repetición de un dáctilo (secuencia integrada por una sílaba larga y dos breves, y simbolizada – ⏑ ⏑) o de un espondeo (dos sílabas largas, simbolizado – –) seis veces entre dos pausas (||). El ritmo, por tanto, se consigue mediante la repetición regulada de la alternancia de sílabas largas y breves, distinción fonológica en griego antiguo. Además, los fines de palabra no están distribuidos al azar en el hexámetro; un fin de palabra fonético es obligatorio al final de cada verso y es muy frecuente en determinados lugares dentro de un dáctilo (cesuras, |) o entre dos dáctilos (diéresis, |). Por el contrario, el fin de palabra fonético es muy raro en otras posiciones del verso (puentes, ⌢). El esquema resultante es:

1 – ⏔ 2 – ⏔ 3 – ⏔| ⌢ 4 – |⏔| 5 – ⏔|⏑ 6 – ⏑ ||

Aunque en principio es de suponer que la frontera del verso equivale a la frontera de la frase, se ha hecho relativamente frecuente que no coincidan la unidad métrica que es el verso y la unidad de sentido que es la frase. Se produce entonces un desplazamiento del sentido de un verso a otro (encabalgamiento de sentido). Es característica de la poesía homérica la elevada frecuencia de un tipo de encabalgamiento de sentido peculiar, que consiste en la coincidencia con el fin de verso de un final de frase potencial y con sentido completo, pero de hecho continuada tras la frontera del verso mediante la adición de un epíteto, un participio y, en general, la expresión de una circunstancia cualquiera. Ejemplos de este tipo de encabalgamiento de sentido proporcionan los versos 1-5 de *Ilíada* I. Este tipo de encabalgamiento de sentido es particularmente frecuente en Homero en comparación con la epopeya literaria de Apolonio de Rodas o de Virgilio (cf. M. Parry, «The distinctive character of enjambement in Homeric verse», *TAPhA* 60, 1929, 200-220, recogido en *The making of Homeric verse. The collected papers of Milman Parry*,

ed. A. Parry, Oxford, 1971, 251-265; G. S. Kirk, «Studies in some technichal aspects of Homeric style», *YCS* 20, 1966, 73-152). La frecuencia de esta clase de encabalgamiento de sentido junto con la abundancia de la parataxis o mera yuxtaposición de frases sin expresión de subordinación gramatical produce la impresión de estilo aditivo y acumulativo propia de Homero.

h) *Los datos de la literatura comparada*

Las características formales y de contenido que hemos enumerado no sólo son propias de la tradición poética griega a la que pertenece la *Ilíada*, sino que también aparecen en otras muchas culturas y en otras épocas que van desde la Antigüedad babilónica hasta el propio siglo xx. Los ejemplos de poesía tradicional heroica van desde el poema babilonio de Gilgamés, del que hay versiones que remontan al II milenio a. C., a los recogidos mediante grabaciones hasta mediados de este siglo en Yugoslavia y parcialmente publicados (cf. M. Parry y A. B. Lord, *Serbocroatic Heroic Songs*, vol. I, Cambridge, 1954); pero los más familiares en la historia europea son los poemas épicos tradicionales de la Edad Media en Francia, Alemania, Inglaterra, Grecia y España. En efecto, muchos de los rasgos que hemos indicado a propósito de la *Ilíada* podrían ser afirmados respecto a la *Chanson de Roland*, al *Nibelungenlied* (cf. ya Tácito, *Germania* 2-3), y al *Cantar de Mío Cid*. Particular importancia ha desempeñado en los estudios homéricos (y también en los relativos a la épica medieval) la analogía proporcionada por los poemas serbocroatas, pues el hecho de que la tradición haya continuado hasta al menos mediados del siglo xx ha facilitado reunir numerosos datos que permiten hacer inferencias acerca de la tradición homérica. En todos los casos se trata de poesía narrativa cantada por un cantor profesional o semiprofesional al son de un instrumento musical en todo tipo de reuniones sociales. Estos poemas cantados tienen una forma lingüística y métrica específica y tradicional, no son reproducidos conforme a un texto fijo, sino improvisados una y otra vez con ayuda de la repetición de fórmulas y escenas típicas, y su contenido pertenece al pasado heroico.

La literatura comparada, al poner de relieve las semejanzas existentes entre la tradición griega y otras tradiciones poéticas mejor conocidas por estar mejor documentadas o por pertenecer al presente, abrió, ya desde las primeras décadas del presente siglo, nuevas perspectivas en el estudio de los poemas homéricos y permitió hallar una razón que explicara el carácter tradicional de la métrica y de las fórmulas, la propia existencia de repeticiones de fórmulas y de temas, y la presencia de arcaísmos en la lengua y en el contenido. Al propio tiempo, la comparación con otras tradiciones basadas en la composición improvisada y sin ayuda de la escritura presentaba un mundo básicamente semejante al de la *Ilíada* en los temas, los motivos, los héroes, los personajes, el pasado legendario, el honor, la sociedad aristocrática, etc. La comparación proporciona nuevos datos que en parte vienen a paliar la desaparición de la mayor parte de los poemas griegos arcaicos y permite describir con trazos más concretos la tradición épica griega. En todos los lugares y épocas, la poesía que presenta rasgos análogos a los de la *Ilíada* es compuesta por poetas iletrados mediante la improvisación oral. A partir de aquí se puede inducir que la *Ilíada* manifiesta los rasgos descritos por pertenecer a una tradición poética que se difunde de manera oral.

Sin embargo, la admisión de una tradición de naturaleza iletrada y oral y, en general, la aplicación de los resultados proporcionados por la literatura comparada a los poemas homéricos abre también otros interrogantes. En concreto, algunos de los más interesantes podrían ser los siguientes: ¿en qué medida hay diferencias entre la tradición homérica y otras tradiciones orales modernas, particularmente la serbocroata, y hasta qué punto es próxima la analogía?; ¿podemos trazar la historia de la tradición oral que ha conducido a la *Ilíada* y determinar sus orígenes?; ¿en qué aspectos debemos buscar la capacidad innovadora de cada poema si la gran masa es tradicional y heredada?; ¿la tradición oral supone que la composición final se ha hecho de modo también oral y sin ayuda de la escritura?, y, en caso de que sea así, ¿cuándo fue puesto por primera vez por escrito? En los párrafos siguientes intentaremos exponer algunas respuestas a estas cuestiones.

III. La prehistoria de la tradición épica

La tradición épica que culmina en Homero ha ido acumulando en su curso materiales de cronología y procedencia diversas, tanto en su forma como en su contenido. Por eso el rasgo más notable de estos poemas es su carácter artificial. Ni la lengua homérica ha sido hablada nunca en ningún lugar de Grecia, ni pertenecen a una misma época y lugar la sociedad de la que se describen ciertos retazos, la organización política y militar que subyace al relato, ni las costumbres o los objetos materiales que aparecen. En el curso de la tradición, como en una bola de nieve que rueda montaña abajo, se han incorporado elementos de cronología y procedencia diferentes. El mundo de los héroes homéricos no reproduce las condiciones sociales, históricas y materiales de ninguna época histórica concreta, ni del período micénico (hasta *circa* 1150-1100 a. C.), ni de los llamados siglos oscuros (1100-900), ni de la época posterior a la colonización jónica (900-700), sino que conserva una amalgama en la que aparecen mezclados y desfigurados recuerdos de la época micénica y reminiscencias de los siglos oscuros de la historia de Grecia con elementos contemporáneos a la composición de los poemas homéricos en Jonia. Es decir, los poemas homéricos conservan ciertas huellas de la tradición épica a la que pertenecen, de los lugares en los que se ha desarrollado y del lapso de tiempo que ha transcurrido desde la incorporación de un elemento determinado hasta la composición final de la *Ilíada*. Por eso, gracias al examen de la lengua, del verso y del contenido, podemos hacer ciertas hipótesis acerca de la historia de la tradición épica que culmina en la *Ilíada*, de la historicidad del tema, de su localización geográfica y de la cronología a la que remonta.

La datación y adscripción dialectal de los rasgos lingüísticos o prosódicos que usa la epopeya, la comparación de los objetos materiales mencionados o descritos en Homero con los procedentes de los hallazgos arqueológicos datados en el milenio comprendido aproximadamente entre 1500 y 600 a. C., y la confrontación de la lengua y el contenido de las tablillas escritas en el silabario lineal B con

la lengua y el contenido de los poemas homéricos son los tres procedimientos básicos para tratar de determinar el trasfondo histórico de la epopeya y reconstruir la prehistoria de la tradición épica griega. También han aportado datos importantes los documentos hititas cuneiformes de la segunda mitad del II milenio a. C. y otros documentos de las civilizaciones orientales.

a) *La historicidad de la guerra de Troya*

Existe en la *Ilíada* un primer horizonte, que corresponde al de la época en la que se sitúa la acción. Como ya hemos señalado, la *Ilíada* presenta su contenido como verdad histórica perteneciente a un momento concreto del pasado. La acción se sitúa en la Edad del Bronce griega (antes de 1100 a. C.), en un momento indeterminado del décimo año de la guerra de Troya. La leyenda presenta esta guerra, la segunda en que Troya es conquistada, según el mito (cf. *Il.* V 641), como una expedición colectiva de la mayoría de los reinos griegos para castigar el rapto de Helena, esposa de Menelao, por obra de Paris. Al mando de la expedición figura Agamenón, el rey de Micenas, que ocupa una posición jerárquica superior a la de los demás reyes. Los griegos de la Antigüedad clásica, considerando plenamente histórica la guerra de Troya o atribuyendo al menos un fondo histórico al contenido de los poemas, defendieron varias dataciones para la guerra de Troya, sin alcanzar la unanimidad. La cronología que remonta a Eratóstenes (cf. Clemente de Alejandría, *Strom.* I 21, 139), que es la más extendida, data la guerra a fines del siglo XII a. C. (1193-1184). Por su parte, el *Marmor Parium* asigna el fin de la guerra a la fecha que corresponde al 1209-8, conforme a nuestro cómputo. Otros cálculos, basados en el número de genealogías, dan una datación algo más temprana (Heródoto: en torno a 1250) o un siglo anterior (Duris de Samo: en 1334-3). En todos los casos, las cronologías propuestas parten de la datación de los héroes de la leyenda. Sea como sea, la datación mítica de la guerra de Troya coincide con el período que los arqueólogos denominan Heládico Reciente, que se data entre *circa* 1550 y 1050 a. C., y que corresponde a la época del auge de la civilización micé-

nica, desde la conquista y asentamiento en Creta y en otras zonas del Mediterráneo oriental hasta el comienzo de la Edad del Hierro. La *Ilíada*, donde el hierro aparece como objeto precioso para los premios (XXIII 261, 834, 850) y raramente como material del que están fabricadas las armas (sólo en VII 141; IV 123; cf. XXI 205, 521; *Od.* XIX 13), a diferencia del bronce, que es el metal común para la manufactura de las armas, cuadra bien con la datación general en la Edad del Bronce.

La acción transcurre en el ángulo noroccidental de la península de Anatolia, cerca de los estrechos, y la ciudad de Troya es presentada como la capital de un reino cuyo poder se extiende al menos por todo el noroeste de Asia Menor. El asedio, aunque el final del mismo no forma parte del tema de la *Ilíada*, termina con la invasión de los griegos y el incendio de la ciudad.

La primera cuestión que surge, por tanto, es la de la historicidad de la guerra de Troya, un episodio de la cual narra la *Ilíada*. Casi toda la Antigüedad (existe otra tradición, más difundida en época medieval, que presenta a Homero como un embustero y prefiere seguir la versión consagrada en los relatos tardíos de Dictis cretense y Dares troyano) consideró la narración homérica como algo netamente histórico, no como una ficción poética. Desde fines de la Antigüedad hasta mediados del siglo XIX no hubo dudas acerca del carácter ficticio de la guerra de Troya. Sin embargo, las excavaciones de Schliemann en la colina de Hissarlik hacia 1870, si es que es legítimo identificar los hallazgos estratigráficos de la colina de Hissarlik, emplazados entre dos ríos, con la ubicación de la Troya homérica, han hecho que se considere más probable la existencia de un núcleo histórico originario, como sucede con otras tradiciones épicas europeas. Los hallazgos correspondientes al estrato de la ciudad denominado VIIa muestran por toda la ciudad construcciones específicas para almacenar provisiones, indicio de medidas adoptadas ante una emergencia general, restos de cadáveres en las calles y huellas de destrucción por obra de un fuego devastador. Los fragmentos de cerámica micénica importada inducen a una datación entre 1300-1250. Todo ello hace verosímil que exista un núcleo histórico en la leyenda de la guerra y destrucción de Troya a manos de

un invasor (cf. en general, D. L. Page, *History and the Homeric Iliad,* Berkeley, 1959; L. A. Stella, *Tradizione micenea e poesía dell'Iliade,* Roma, 1978; una valoración general, en A. Heubeck, *Die homerische Frage,* Darmstadt, 1974, 166 ss.).

¿Los autores de esta destrucción pueden haber sido otros aparte de los griegos micénicos, a quienes Homero nunca llama con un término genérico único, sino dánaos, aqueos o argivos? El control de Creta por los griegos micénicos desde el siglo XV y el propio contenido de algunas tablillas de Pilo inducen a suponer que los micénicos tuvieron capacidad suficiente para la organización de una expedición militar naval y para dominar al menos una parte del mar Egeo. Eso quiere decir que no hay nada inverosímil en la tradición. Por otro lado, en los documentos hititas del siglo XIII hay menciones de dos poderosos estados cuyas denominaciones, *Wilusija* y *Akhkhijawa,* pueden identificarse con las del país de Ilio y los aqueos, respectivamente. La localización del primero de ambos estados es incierta, aunque probablemente forma parte de una confederación situada en el ángulo noroccidental de la península de Anatolia; en todocaso, los segundos están asentados fuera de Anatolia (se ha supuesto que en Rodas, porque tienen especiales intereses en el suroeste de Anatolia). Es, por tanto, verosímil que haya un núcleo histórico, aunque muy distorsionado, en la conquista de Troya por un grupo de aqueos. Hay que recordar a este respecto que en la *Chanson de Roland* existe un núcleo histórico, aunque la identidad de los propios enemigos aparece confundida. Mucho más incierta es la posibilidad de que algunos personajes homéricos conserven el recuerdo de personajes históricos reales, como sucede en las epopeyas europeas. En todo caso, aunque esto fuera así, la demostración de la historicidad de Paris-Alejandro y su identificación con el *Alaksandus* de un documento hitita, o la de Eneas y Sarpedón, por ejemplo, sería difícil de probar.

b) *La «Ilíada» y el mundo micénico*

Una cuestión distinta de la concerniente a la historicidad de la guerra de Troya es la relativa al trasfondo histórico de la epopeya.

La narración épica, sin pretender, por supuesto, retratar un período histórico, da ciertas informaciones acerca de la cultura material, de la organización política y social, de la geografía y de las costumbres de la época en que se sitúa la acción; ello nos permite valorar el grado de verdad de esta pretendida historicidad mediante la comparación de la información proporcionada por la *Ilíada* con otros datos referidos a la misma época y de cuyo carácter histórico no es posible dudar. Afortunadamente, contamos con algunos testimonios escritos del II milenio, descifrados a mediados de este siglo e identificados como una forma muy arcaica de griego, para comprobar la historicidad del contenido de la *Ilíada* y el trasfondo histórico del mundo heroico: son las tablillas escritas en el silabario lineal B, datadas probablemente, según los lugares de hallazgo, entre 1400 (en el caso de Cnoso) y 1200 a. C. (Pilo, Micenas y Tebas). Aparte de estas tablillas (sobre la sociedad y las gentes que en ellas aparecen, cf. especialmente M. S. Ruipérez y J. L. Melena, *Los griegos micénicos,* Madrid, 1990; J. Chadwick, *El mundo micénico*, trad. esp., Madrid, 1977), que registran asientos de diferentes materias, animales o personas que intervienen en la economía o en la administración del palacio, los testimonios escritos más antiguos, procedentes ya del primer milenio antes de nuestra Era, son de las últimas décadas del siglo VIII (cf. A. Heubeck, *Schrift*, cap. X de *Archaeologia Homerica*, Gotinga, 1979). Se trata de breves inscripciones sobre objetos cerámicos que no proporcionan informaciones suficientes como para contrastar el fondo de los poemas homéricos y que en algunos casos al menos suponen el conocimiento de la *Ilíada* y, por tanto, la posterioridad cronológica. La inexistencia de otros testimonios escritos obliga necesariamente a utilizar los datos procedentes de la arqueología como instrumento para contrastar el grado de historicidad que se oculta tras los mitos de la epopeya, sobre todo en aquellos casos en los que las tablillas no ofrecen información. Por supuesto, este proceder entraña innumerables riesgos, pero es el único que hay a nuestro alcance.

En términos generales, se puede afirmar que la epopeya guarda un trasfondo que mantiene desde la segunda mitad del segundo milenio a. C. el vago recuerdo, a veces deformado, de un contenido

histórico, de un sistema de organización económico, social o militar, o del uso de un objeto material determinados. Las reminiscencias que pueden remontar hasta el segundo milenio se hallan sobre todo en el ámbito de la geografía, los mitos, las instituciones políticas y sociales y ciertos objetos de la cultura material. En este punto, después del desciframiento del silabario micénico, la crítica ha evolucionado de manera radical: si hasta los setenta se pensó que la relación entre el mundo heroico y el micénico era muy estrecha, en la actualidad se tiende a destacar las diferencias. En términos generales, el mundo que describen parcialmente las tablillas micénicas tiene sus paralelos más estrechos con los reinos de Oriente próximo durante el segundo milenio a. C., caracterizados por la rígida centralización de la administración burocrática al servicio del rey, mientras que el mundo heroico homérico y aristocrático es más compatible con una organización del poder mucho más laxa. En todo caso, prácticamente nunca se puede demostrar la existencia de una tradición poética en hexámetros que se conserve en la *Ilíada* y que remonte al II milenio (a favor de una tradición con elementos lingüísticos de época micénica, cf. C. J. Ruijgh, *L'élément achéen dans la langue épique*, Assen, 1957; «Le mycénien et le grec d'Homère en *Linear B: survey*, ed. Y. Duhoux y A. Morpurgo, Lovaina la Nueva, 1987). En cuanto a la localización geográfica de la tradición o tradiciones que han confluido en la *Ilíada*, aunque nada se puede afirmar con seguridad, parece probable que la *Ilíada* pertenece a una única tradición lingüística (proto)jónica a la que se han incorporado préstamos de otra tradición compuesta en dialecto eólico, a menos que haya que contar con una fase eólica en la tradición épica, como a primera vista indicaría la presencia de elementos lingüísticos propios de tal área dialectal.

Los ejemplos concretos en los que existe una mayor probabilidad de conservación de una reminiscencia de época micénica son pocos y se refieren a ciertos objetos de la cultura material (cf. en general, G. S. Kirk, «Objective dating criteria in Homer», *MH* 17, 1960, 189-205). El escudo «como una torre» que lleva Ayante aparece en las representaciones micénicas hasta aproximadamente el siglo XIV-XIII y poco después es sustituido (¿totalmente?) por otro tipo redon-

do y más pequeño. La espada tachonada con clavos de plata halla paralelos arqueológicos con ejemplares datados en el siglo xv. El casco hecho con colmillos de jabalí, que Meríones presta a Ulises para su salida nocturna en *Il.* X 261 ss., sólo tiene correlatos arqueológicos de época micénica. El uso de grebas, sobre todo si el autor de la *Ilíada* se refiere a espinilleras metálicas, puede remontar a hábitos de la misma época, pues éstas se han hallado en la Edad del Bronce y, más tarde, sólo en el siglo vii. La copa de Néstor (*Il.* XI 632 ss.) muestra semejanzas con un vaso hallado en el cuarto sepulcro de pozo de Micenas. El uso masivo del carro de guerra, aunque los héroes únicamente lo emplean como medio de transporte en el campo de batalla y no como vehículo desde el que combatir, reproduce condiciones del II milenio; las tablillas micénicas de Cnoso registran un buen número de carros completos y piezas diversas. En Homero, sin embargo, el recuerdo del uso de esta clase de táctica militar aparece desfigurado. La técnica del trabajo de los metales que supone *Il.* XVIII, aunque el relato presenta una descripción distorsionada, tiene paralelos micénicos. El número de los ejemplos más probables no es grande, y en todos los casos hay que tener presente la posibilidad de que los hallazgos arqueológicos no conserven testimonios del uso de tales objetos en otras épocas por carencia de datos, o incluso de que un objeto fabricado en una época haya permanecido en uso hasta una fecha muy posterior a la de su fabricación.

La geografía homérica, tal y como es descrita especialmente en el llamado Catálogo de las Naves del canto II, ha sido también considerada a veces como un ejemplo notable de la continuidad de una tradición desde el II milenio (cf. R. Hope Simpson-J. F. Lazenby, *The Catalogue of ships in Homer's Iliad*, Oxford, 1970; así como las observaciones de J. L. García Ramón, «En torno al Catálogo de las naves homérico», *CFC* 7, 1974, 145-180). Y, en efecto, alguna mención geográfica, pertenezca o no al Catálogo, como la de Tebas egipcia con sus cien puertas (IX 381-4) o la atribución a Micenas del adjetivo *polychrysos* «rica en oro», parece uno de los ejemplos más seguros de herencia micénica. En lo que se refiere al Catálogo, es probable que ninguna de las dos hipótesis extremas sea cierta, ni la que sostiene que es un documento micénico que reproduce el

orden de batalla de la guerra de Troya histórica, ni la que afirma que refleja la situación de los siglos VIII y VII en Grecia. Es destacable con todo que casi una cuarta parte de los lugares mencionados en el Catálogo no sean conocidos en el I milenio, y que muchos de los lugares destacados en la leyenda de Troya o en las referencias a otras leyendas que aparecen en la *Ilíada* sean lugares importantes en el segundo milenio, pero olvidados u oscuros o inexistentes parajes después del fin de la Edad del Bronce (cf. últimamente, G. S. Kirk, *The Iliad: a commentary*, vol. I, Cambridge, 1985). No obstante, la geografía del reino de Pilo, que las tablillas micénicas permiten conocer con relativa precisión, tiene poca relación con la descrita en Homero. Igualmente, el reino atribuido a Agamenón como rey de Micenas en el Catálogo, sin Argos ni la llanura argiva, adscritos al reino de Diomedes, cuadra mal con la documentación arqueológica y con la situación geográfica de ambas ciudades.

Igualmente, parece claro que los mitos griegos del pasado heroico se originaron en la Edad del Bronce, ya que los ciclos legendarios transcurren muchas veces en centros que fueron importantes en la Edad del Bronce, como Micenas, Pilo, Calidón y Tirinte, pero nada relevantes en el I milenio (cf. W. Burkert, *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche*, Stuttgart, 1977; M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion*, Munich, 1967[3]).

También las instituciones y la organización social y políticas que suponen los poemas homéricos guardan un eco lejano de la situación histórica en Grecia durante la Edad del Bronce. Es evidente que a fines del siglo VIII, fecha de la composición de la *Ilíada*, el nivel general de pobreza era mucho más alto que el que presentan los poemas homéricos, donde aparecen grandes palacios y multitud de objetos preciosos. La expresión regular en Homero, *Micenas, rica en oro*, sólo se comprende bien referida a Micenas en la Edad del Bronce. Nada semejante han facilitado los hallazgos arqueológicos correspondientes al siglo VIII a. C. o a los anteriores hasta el XII, a fines de la Edad del Bronce.

Hay que suponer también que en los primeros siglos de la Edad del Hierro Grecia sólo conoció minúsculos estados con una débil capacidad de maniobra. Frente a eso, el relato de la *Ilíada* presenta

una tupida red de poderosos estados estrechamente relacionados entre sí. Además, las tablillas micénicas documentan ciertos términos relativos a las instituciones que también aparecen en Homero. Es el caso de *wanax* y *basileus*, aunque en las tablillas tienen una referencia más concreta y precisa que en la *Ilíada*. Sin embargo, las semejanzas no son más que ecos lejanos. El mundo micénico, que los documentos contemporáneos permiten describir con mayor aproximación, no coincide con el homérico (cf. R. Hope Simpson, *Mycenaean Greece*, Park Ridge, 1981). Es cierto que las alusiones de Homero a las instituciones del mundo heroico no son tan precisas como para que siempre se puedan contrastar con los documentos, sino sólo referencias vagas. Sin embargo, en bastantes ocasiones los documentos micénicos permiten comprobar que Homero sólo conserva vagas reminiscencias, mezcladas con anacronismos y distorsiones.

Existen, pues, innumerables indicios de que la épica homérica conserva un recuerdo, siquiera vago, del mundo micénico y de que la tradición, al menos en forma de relatos en prosa, remonta a la Edad del Bronce. Es posible que el fresco de Pilo que representa un pájaro alejándose de un citarodo sea una ilustración de la existencia de una tradición poética. Por otro lado, es probable que esta tradición haya recibido impulsos y préstamos de los reinos orientales del II milenio, como los archivos de Mari, junto al Éufrates, y de Ugarit, en Siria, documentan. De hecho, algunos temas de los poemas conservados en los textos del Oriente próximo muestran estrechas semejanzas con otros de la poesía de Hesíodo. Tal teoría se admite comúnmente para explicar la proximidad del mito de Tifoeo y del mito de la sucesión de Urano, Crono y Zeus con otros procedentes de Oriente (cf. M. L. West, «Prolegomena» en *Hesiod, Theogony*, Oxford, 1966, 1 ss.). Igualmente, el relato de Gilgamés manifiesta ciertas semejanzas con la *Odisea*, sobre todo (cf. *Ancient near Eastern texts relating to the Old Testament*, ed. J. B. Pritchard, Princeton, 1969^3). Los préstamos de los temas poéticos orientales deben ser datados con toda probabilidad en la época del Heládico Reciente, que es cuando las relaciones comerciales y los contactos entre Grecia y los reinos orientales han sido más intensos.

Es incluso posible que la tradición griega remonte a la época de comunidad indoeuropea. Ésta sería al menos una manera de explicar ciertas aparentes coincidencias verbales entre algunas fórmulas homéricas y otras védicas (cf. R. Schmitt, *Dichtung und Dichtersprache in indogermanischer Zeit*, Wiesbaden, 1967; *Indogermanische Dichtersprache*, ed. R. Schmitt, Darmstadt, 1968). ¿Fórmulas como *hierón ménos* «sagrado vigor» o *kléos ápthiton* «fama imperecedera», que tienen un correlato exacto en las védicas *iṣirám mánas, śravo ákṣitam*, deben ser interpretadas como puras coincidencias o como los últimos restos de una comunidad poética?

¿Estas vagas reminiscencias proceden directamente de un tipo de poesía narrativa hexamétrica en la Edad del Bronce? La existencia de una poesía aquea de la que procede la tradición homérica sólo se puede suponer si en Homero, aparte de la memoria del trasfondo histórico, hay huellas lingüísticas de esta poesía. Por tanto, para responder a la cuestión anterior hay que contestar antes a la siguiente pregunta: ¿la lengua de Homero conserva rasgos que sólo puedan ser interpretados como heredados de la época micénica? Hasta mediados de la década de los cincuenta sólo la coincidencia entre los dialectos arcadio y chipriota permitía reconstruir el dialecto aqueo, es decir, la lengua propia del Peloponeso en época micénica. Los rasgos compartidos por dos dialectos tan geográficamente distantes sólo pueden proceder de la época previa a la migración de los futuros chipriotas, y esta época debe de corresponder a la Edad del Bronce. Pero desde el desciframiento del dialecto micénico, sensiblemente igual en todas las áreas en las que hay documentación, contamos con más datos, a pesar de las insuficiencias gráficas del sistema de escritura lineal B, para determinar si existe un elemento micénico o aqueo en la lengua épica.

En conjunto, los rasgos lingüísticos compartidos por el dialecto homérico y el grupo arcado-chipriota y/o micénico, o bien pertenecen al vocabulario y, por tanto, tienen poco peso como prueba, o bien, si son gramaticales, no son concordancias que excluyan con seguridad a otros grupos dialectales contemporáneos, cuya existencia en el II milenio es segura en el caso del dorio o de los dialectos noroccidentales, o hipotética en el caso de los dialectos jónico-ático

(cf. E. Risch, «Die Gliederung der griechischen Dialekte», *MH* 12, 1955, 61-75) y eolio (cf. J. L. García-Ramón, *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca, 1975). Con todo, es cierto que existen unas pocas fórmulas en las que la probabilidad de que hayan sido heredadas de una supuesta poesía hexamétrica de la Edad del Bronce es elevada. En unas confluyen el vocabulario específicamente aqueo con la datación del objeto designado (*phásganon argyróēlon)* y en otras aparecen ciertos rasgos que probablemente son propios del dialecto aqueo o que, en todo caso, sólo en micénico y/o en arcado-chipriota están documentados (*Dií mêtin atálantos*, cuyas irregularidades prosódicas pueden ocultar una forma más arcaica en la que la desinencia de dativo de singular era *-ei*, constituyendo por tanto una sílaba larga, y el antiguo valor consonántico de *h-* conservado en **hatálantos*, y *pótnia Hêrē*, en la que el encuentro de vocales sin elisión entre el adjetivo y el sustantivo puede igualmente remontar a la época en que *h-* tenía valor consonántico). Los ejemplos probables son extremadamente raros.

En conclusión, la tradición homérica tiene un trasfondo que remonta a la Edad del Bronce, durante la que ha sufrido probablemente influjos orientales, y en último término parece ser una herencia de la época de comunidad indoeuropea. Es, no obstante, mucho más difícil datar el comienzo y situar el nacimiento de la poesía hexamétrica de contenido heroico narrativo. En cuanto a la posibilidad de localizar geográficamente la tradición poética que culmina en Homero, la uniformidad lingüística de los documentos del II milenio, procedan de Pilo, Cnoso, Micenas o Tebas, impide cualquier conclusión. Se suele suponer, aunque sin base suficiente, que la tradición se localizaba en el Peloponeso. En todo caso, es de suponer que a fines de la Edad del Bronce esta tradición se refugió, como una gran parte de la población micénica tras la destrucción de los palacios, en el Ática y en Atenas, la única ciudad cuya fortaleza micénica no sufrió incendio y en cuyos contornos, según muestra la arqueología, se aglomeró gran número de refugiados procedentes de otras áreas griegas en época submicénica (V. R. d'A. Desborough, *The last Mycenaeans and their successors*, Oxford, 1964; *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972).

c) *La «Ilíada» y la 'Edad Oscura'*

Además de las referencias a la época en la que se desarrolla el tema de la *Ilíada*, existen otros datos fechables con ayuda de la información arqueológica en el período intermedio entre el fin de la Edad del Bronce y el momento de la composición, poco antes del 700, aproximadamente. En realidad, pocos son los fenómenos que puedan ser datados con cierta seguridad en los llamados 'siglos oscuros' (1100-900), pues la civilización material en esos siglos conoció un grave retroceso que incluso la pobreza y relativa rareza de los restos arqueológicos manifiesta. Es probable que el interés en la leyenda troyana, que relata un episodio de la expansión griega a través de la costa de Anatolia, haya prendido especialmente en la época de la colonización de Eólide y Jonia. A esta época se adscriben las menciones de la cremación, sobre todo aquellas que no pueden ser atribuidas a las circunstancias especiales de la guerra (cf. *Od.* XI 218), las ocasionales referencias a los fenicios, que aprovecharon la decadencia del poder marítimo micénico para extenderse por el Mediterráneo, la ausencia de escribas y escritura, sólo mencionada con ciertos tintes casi mágicos en *Ilíada* VI 168, y la alusión a los dorios de *Odisea* XIX 177.

Mientras que la arqueología da una escasa información acerca de los siglos iniciales de la Edad del Hierro y el comienzo de la colonización de la costa de Anatolia, la reconstrucción interna a partir de los datos lingüísticos documentados en fecha posterior y la geografía lingüística permiten hacer ciertas hipótesis acerca de la tradición épica durante los siglos oscuros. Mientras que los elementos lingüísticos documentados en Homero que se puedan atribuir a la Edad del Bronce son escasos y dudosos, es seguro que un número amplio de innovaciones que se atestiguan con regularidad en Homero (contracciones de vocales, los llamados alargamientos compensatorios, la evolución de /a:/ a /ɛ:/, la desinencia *-san* de tercera persona de plural de los pretéritos) proceden de esta época. Muchas de estas innovaciones son comunes a los dialectos ático y jónico, circunstancia que induce a suponer que se produjeron en un período de comunidad, datable en fecha anterior a la migración jonia, pro-

bablemente desde Ática. A este respecto, hay que señalar que en el período submicénico, Ática parece haber concentrado una gran parte de la población griega y muestra indicios de haber conocido cierto grado superior de civilización material en comparación con otras zonas (cf. V. R. d'A. Desborough, *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972). Estas circunstancias han llevado a suponer a veces que en la tradición épica que culmina en Homero Atenas ha jugado un papel decisivo (cf. T. B. L. Webster, *From Mycenae to Homer*, Londres, 1958; C. H. Whitman, *Homer and the heroic tradition*, Cambridge Mass., 1958).

Igualmente, los elementos eolios (ejemplos de conservación de /a:/ heredada del indoeuropeo, algunas formas con labial procedentes del tratamiento de las consonantes labiovelares heredadas, ciertas desinencias de la declinación o de la flexión verbal, algunos elementos del vocabulario, etc.) han debido de incorporarse en esta misma época a la tradición (cf. J. L. García Ramón, *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca, 1975), bien como resultado de la mezcla de dos tradiciones lingüísticas distintas (quizá la eolia únicamente en prosa), bien por la adopción de préstamos en la tradición proto-jónica. Algunos de estos eolismos coinciden con las formas dialectales propias de los dialectos eolios del continente griego (tesalio y beocio) y discrepan con las formas documentadas en Lesbos en fecha posterior. Este hecho invita a considerar que la intervención eolia en la tradición épica procede de la zona de Tesalia, la región de la cual es originario Aquiles.

d) *La «Ilíada» y la época posterior a la colonización jónica*

Otros elementos de la cultura material mencionados en Homero, así como ciertos rasgos de la lengua homérica, aún deben ser datados en un período posterior al de los siglos oscuros, en plena época posterior a la colonización, entre 900 y 700. Es de suponer que algunos de ellos se han incorporado en el preciso momento de la composición final de la *Ilíada*. Los testimonios más notables de carácter reciente en la *Ilíada* son los relativos a la lucha en formación cerrada (XIII 126 ss., XVI 211-7), que parecen indicar el uso de una táctica

militar asociada a los hoplitas, que en todo caso parece ser posterior a la caballeresca (cf. Aristóteles, *Política* 1289b 36-39) guerra lelantina entre Calcis y Eretria, cada una con sus aliados, en los años finales del siglo VIII a. C. (cf. A. Snodgrass, *Early Greek Armour and Weapons*, Edimburgo, 1964, 176-182); las menciones de la cabeza de Górgona (V 741; VIII 349; XI 36) como motivo decorativo, cuyos paralelos arqueológicos más próximos pertenecen al siglo VIII (cf. H. L. Lorimer, *Homer and the Monuments*, Londres, 1950, 190); la mención del templo y de la estatua sedente de culto en el interior del mismo que aparece en *Ilíada* VI 303; la alusión (IX 404 s.) a la riqueza del santuario de Delfos (cf. P. Amandry, *La mantique apollinienne à Delphes*, 1950, 209 s.). Otras menciones, como el uso de una pareja de lanzas arrojadizas, en lugar del empleo de una sola que se mantiene siempre empuñada, son más difíciles de datar, aunque, en todo caso, es probable que este doble uso resulte de referencias a hábitos de épocas distintas. La costumbre citada en VII 334 s. de enviar los huesos de los muertos en combate a la patria para que reciban honras fúnebres se ha atribuido a la Atenas del siglo V (F. Jacoby, «Patrios nomos», *JHS* 64, 1964, 37 ss.), en cuyo caso al menos esos versos serían una adición o interpolación posterior a Homero.

e) *Los elementos 'recientes'*

Ya los alejandrinos, al comentar el texto de la *Ilíada*, observaron que ciertos detalles como montar a caballo (*Il.* XV 679), la trompeta (*Il.* XVIII 219) o la cocción de la carne (*Il.* XXI 362) sólo aparecen en los símiles. Igualmente, es llamativo el hecho de que los héroes en la narración sólo comen carne asada, y que los símiles, en cambio, muestran un mundo en el que la pesca es un fenómeno natural y cotidiano. Otros datos que sólo se documentan en los símiles, como los atavíos de marfil coloreado, el combate desde los carros y los tiros de cuatro caballos, deben de proceder también de la experiencia directa del autor. En términos generales, se afirma que los símiles introducen el mundo real y circundante en el mundo heroico tradicional.

Cabe la posibilidad de que alguna de estas alusiones proporcione un *terminus post quem* para la datación de la *Ilíada*. Sin embargo, como las referencias a hechos considerados recientes están ligadas a pasajes concretos, es difícil asegurar si tal referencia es un elemento introducido en fecha tardía en la tradición del poema o una interpolación de los rapsodos posteriores a la composición de la *Ilíada*. Por otro lado, la dificultad de datar la mayoría de los detalles es evidente. Por ejemplo, la sociedad aristocrática que es representada en la *Ilíada*, vitalista, guerrera, caballeresca, autárquica y, en ciertos aspectos, feudal parece corresponder a la nobleza y al código de honor de los terratenientes del siglo VIII; sin embargo, es imposible precisar diferencias entre la sociedad contemporánea a la composición de la *Ilíada* y la de otras épocas precedentes.

También hay rasgos lingüísticos que deben datarse en el período final de la tradición que culmina en Homero. Los rasgos recientes aparecen normalmente en contextos no formulares, y se ha observado que se aglomeran en los símiles, en la *Odisea* más que en la *Ilíada* y, dentro de ésta, en ciertos cantos (VIII, X, XXIII y XXIV) y, en general, en las digresiones ajenas al tema principal, como los relatos de Néstor, etc. (cf. G. P. Shipp, *Studies in the language of Homer*, Cambridge, 1972). Cuando se habla de elementos recientes en la epopeya homérica, se utiliza el término *reciente* en un doble sentido: o bien como sinónimo de interpolado por los rapsodos en época posterior a la de Homero, o bien como sinónimo de perteneciente al estilo del autor final de la *Ilíada*. Por supuesto, convendría distinguir ambos conceptos mediante el uso de términos distintos para referirse a una u otra cosa, pero en la práctica es imposible asegurar qué sentido hay que atribuir a *reciente* para un pasaje dado. Según se entienda lo primero o lo segundo, la valoración de un mismo pasaje suele ser muy diferente. Aunque no es posible en la mayoría de los casos fijar la cronología absoluta de las evoluciones que documentan, la reconstrucción interna permite establecer con bastante precisión la cronología relativa de los fenómenos y, por tanto, su carácter más o menos tardío en el conjunto de fenómenos documentados en la lengua épica. La desaparición de la semiconsonante /w/, tanto en interior como en inicial de palabra, la metátesis

de cantidad y la introducción facultativa de /-n/ en algunas categorías morfológicas son algunos de los fenómenos más recientes del dialecto jónico en la epopeya.

Este último estadio en la tradición épica se localiza en las colonias jónicas, según indican fundamentalmente la forma lingüística y ciertos datos que suponen un buen conocimiento de la franja litoral de Asia Menor por parte del autor (cf. XIII 12 ss., II 459 ss., II 144 ss., IX 5). Las referencias al continente griego, por el contrario, si se exceptúa el Catálogo, son más genéricas y vagas. En el apartado dedicado a la cuestión homérica, añadiremos algunos detalles más acerca del lugar en que Homero ha compuesto la *Ilíada*.

f) *La 'traditio' ática*

Además de eso, y especialmente importante para la historia de la transmisión del texto escrito de la *Ilíada*, hay que citar un número de aticismos, que en la mayoría de los casos son fenómenos puramente gráficos y que muestran que el texto que hemos heredado de la *Ilíada* ha sido puesto por escrito en Atenas después de la redacción final o, al menos, que la edición sobre la que descansan en último término nuestros códices medievales estaba muy influida por un texto con variantes dialectales gráficas atenienses. Un tratamiento más detallado de este punto corresponde al apartado dedicado a la exposición de la transmisión del texto homérico.

g) *La «Ilíada» como fuente para la historia de Grecia*

Por otro lado, el contenido y, sobre todo, la propia lengua de la *Ilíada* ofrecen ciertos datos, sin duda fragmentarios y sujetos a interpretación, sobre el hombre homérico y sus creencias, y sobre la sociedad homérica y sus modelos de conducta. No hace falta insistir en que los datos proporcionados por la *Ilíada* no pueden ser atribuidos con seguridad a ninguna época concreta de la tradición épica, y en que sólo pueden ser llamados 'homéricos', entendiendo por tal nombre simplemente que son pertenecientes a un período indeterminado de la tradición. Aún más, no estamos en condiciones

de saber con certeza en qué medida la representación homérica del hombre y de los valores de su sociedad es un puro resultado de la imaginación poética y del arcaísmo deliberado, y en qué medida reproduce la concepción dominante que existió en una época de la tradición épica. Hechas estas salvedades, hay que indicar ante todo que la sociedad y el hombre homéricos reflejan una mentalidad muy antigua.

Para empezar, el hombre homérico no parece tener una conciencia clara sobre su propia unidad individual, aunque la *psykhé* o principio que alienta la vida está próxima a designar tal unidad. No existe un término genérico para «cuerpo»; los términos homéricos cuyo significado está más próximo al de *cuerpo* designan distintos aspectos del mismo, como el contorno, las articulaciones, los músculos, la flexibilidad, la estatura, etc. Tampoco existe una concepción unitaria de la actividad anímica e intelectual del hombre, sino que los términos más próximos a tal contenido suelen designar órganos físicos y corporales en los que se asientan de manera disgregada e imprecisa los sentimientos, las percepciones, los impulsos y los afectos.

El hombre homérico busca la excelencia en la actividad bélica y en la palabra. La manifestación más evidente de esta excelencia es el éxito, con el reconocimiento público y la atribución de los honores personales que este reconocimiento comporta. En general, aunque no siempre, la supremacía va asociada a la nobleza de la estirpe. Se suele decir, en consecuencia, que los actos de los héroes no están guiados por consideraciones morales ni por la conciencia de que haya que rendir cuentas ante la sociedad, sino con vistas exclusivamente a lograr el éxito personal. Por supuesto, los dioses no aparecen necesariamente como garantes de la justicia, sino que se limitan a disfrutar de todo con facilidad en su existencia placentera y sin riesgos. Por otra parte, el héroe homérico toma sus decisiones bajo la influencia de un dios, que sugiere la idea, con la cual el héroe se manifiesta conforme y que en seguida pone en ejecución. No quiere esto decir que el héroe en la concepción homérica carezca de libre albedrío; al contrario, lo que la divinidad sugiere y la propia decisión personal del héroe nunca entran en conflicto, a diferencia de lo que sucederá en la tragedia. La exuberante vitalidad del héroe

homérico se interrumpe siempre bruscamente por la muerte que Zeus y el destino le fijan; tras ella, la existencia del héroe es lóbrega y sombría en el reino de Hades.

IV. La individualidad de la «Ilíada»

Hasta ahora nos hemos ocupado del marco tradicional en el que se inscribe la *Ilíada* y hemos descrito las características de la tradición épica y los aspectos más importantes que podemos reconstruir acerca de la prehistoria de tal tradición. Ha llegado ahora el momento de referirnos directamente a los rasgos propios de la *Ilíada*. Si conserváramos otros poemas épicos además de la *Ilíada* y de la *Odisea*, estaríamos en condiciones de valorar más atinadamente la singularidad de la *Ilíada*. Sin embargo, como sólo perduran la *Ilíada* y la *Odisea*, además de las obras de Hesíodo, entre los poemas épicos arcaicos, es difícil saber en qué medida los rasgos de estos poemas deben ser atribuidos al género literario y en qué medida son peculiares. Sólo los resúmenes del *ciclo* épico procedentes de la *Crestomatía* de Proclo, conservados en uno (en el famoso *Venetus Graecus* 822, antes *Marcianus* 454, al que luego nos referiremos, en el caso de los *Cipria*, el poema que trata de la leyenda troyana anterior a la relatada en la *Ilíada)* o en varios manuscritos de la *Ilíada* y, de manera más resumida, en la *Biblioteca* de Focio, y los escasos fragmentos de estos poemas, aparte de los *Himnos* homéricos y los poemas de Hesíodo, proporcionan un punto de referencia que permite distinguir los rasgos homéricos y los que son épicos, en general. Con esta precaución podemos enumerar las características individuales de la *Ilíada*, muchas de las cuales son también aplicables a la *Odisea* (para las diferencias de estilo entre ambos poemas, cf. M. Bowra, «Composition», en *A companion to Homer*, Londres, 1962, 60 ss.; D. L. Page, *The Homeric Odyssey*, Oxford, 1955).

a) *La extensión monumental*

Lo primero que destaca sobremanera es la monumentalidad de la extensión. Todos los demás poemas que conocemos, conservados

o por noticias, son breves en comparación con la *Ilíada*. Aunque la división de los poemas épicos en cantos se data en la época alejandrina (las noticias relacionan dicha división con la escuela de Aristarco, aunque puede que sea anterior) y, por tanto, no se puede descartar que otros poemas fueran divididos en cantos más largos que los de la *Ilíada*, destacan los veinticuatro cantos de ésta, con sus 15.690 versos, frente a los once cantos de los *Cipria*, los cinco de la *Etiópida* de Arctino, los cuatro de la *Pequeña Ilíada* de Lesques, los dos de la *Iliou persis*, también de Arctino, los cinco de los *Regresos* de Agias de Trezén, y los dos de la *Telegonía* de Eugamón de Cirene, por referirnos únicamente a los poemas del *Ciclo* troyano. Además, según el *Certamen de Homero y Hesíodo*, composición pseudobiográfica, al menos en parte, que relata la vida y, en particular, la competición poética entre Hesíodo y Homero con ocasión de los juegos fúnebres en honor de Alcidamante, personaje muerto en la época de las guerras de fines del siglo VIII por el dominio de la llanura junto al río Lelanto en Eubea, tanto la *Tebaida* como los *Epígonos* tenían alrededor de siete mil versos. La extensión que podemos atribuir a los poemas del *Ciclo*, siempre y cuando la longitud de sus cantos sea semejante a los de la *Ilíada*, es la regular en otras tradiciones épicas, en las que no parece haber ningún paralelo con la *Ilíada*, si exceptuamos la propia *Odisea*. Sólo *Las bodas de Smailagic Meho*, de Avdo Mededovič, el mejor *guslari* de la tradición yugoslava en el siglo XX del que haya noticia, se aproxima a la extensión de la *Ilíada*. En parte hay que suponer que la longitud de tal poema es excepcional, pues fue compuesto por su autor a instancias de M. Parry, deseoso de comprobar en qué medida es posible emular la extensión de la *Ilíada*.

La extraordinaria extensión de la *Ilíada* plantea la cuestión de determinar para qué ocasión fue compuesto un poema tan largo. En efecto, tal longitud excluye probablemente el banquete aristocrático, según aparece en la *Odisea*, como ocasión festiva para la que fue compuesto y, al mismo tiempo, elimina probabilidades de que la composición final se haya realizado sin ayuda de la escritura, igual que la tradición previa, y estuviera destinada a una difusión exclusivamente oral.

b) *Unidad temática*

La segunda gran diferencia que exhibe la *Ilíada* frente a los demás poemas épicos, ya señalada por Aristóteles en la *Poética* 23 (1459 a-b), consiste en la unidad temática de aquélla frente a la dispersión en los temas de éstos. Según Aristóteles, los autores de los *Cantos ciprios* y de la *Pequeña Ilíada* abarcan varios temas trágicos en cada poema, mientras que la *Ilíada* y la *Odisea* comprenden una o a lo sumo dos tragedias. Así, el tema de la *Ilíada* se puede resumir mediante el contenido del primer verso de la misma, la cólera del Pelida Aquiles; sin embargo, según Aristóteles, la *Pequeña Ilíada* comprende al menos ocho temas trágicos «el juicio de las armas, Filoctetes, Neoptólemo, Eurípilo, la mendicidad de Ulises, las lacedemonias, la destrucción de Troya, la partida y las troyanas».

Con esto se relaciona una diferencia fundamental que existe entre los poemas cíclicos relativos a la leyenda troyana y la *Ilíada:* mientras la unidad de aquéllos consiste en el hecho de relatar un período concreto de la saga troyana, la de ésta consiste en referir un tema concreto, el de la cólera de Aquiles, motivo simple al que se subordinan numerosos y extensos episodios y múltiples temas secundarios, pertinentes para la acción principal, según Aristóteles, *Poética* 17 (1455 b 13). Ya nos hemos referido a la posibilidad de que la secuencia principal de acciones de la *Ilíada*, que guarda profundas semejanzas con la de la *Etiópida,* según el resumen de la *Crestomatía* de Proclo, no sea una invención atribuible a la composición de la *Ilíada*, sino un elemento tradicional compartido con parte de la *Etiópida*. La unidad temática halla un estrecho correlato en la concentración del tiempo en el que transcurre la acción de la *Ilíada*. Si se prescinde de los nueve días de la peste (I 53), de los doce en que los dioses están ausentes en compañía de los etíopes (I 493), de los doce días en que el cadáver de Héctor es ultrajado (XXIV 31) y de los nueve días en que los troyanos apilan leña para el funeral de Héctor (XXIV 794), la acción relatada entre los cantos II y XXII comprende sólo cuatro días de batalla. Análoga es la concentración espacial: la narración transcurre en su totalidad en un número muy restringido de escenarios.

c) *Digresiones del tema central*

La combinación de extensión monumental y simplicidad en el tema general comporta ciertas exigencias en la narración y en el estilo del poema. Por un lado, el número y la amplitud de las digresiones ha de ser necesariamente grande para llegar a la extensión final de la *Ilíada*. Por otro lado, muchos episodios, aunque muestran conexiones numerosas con el tema principal y cumplen algún objetivo en la composición general, conservan cierta individualidad, que hace que puedan ser considerados como piezas independientes de un mismo rompecabezas. En efecto, fragmentos como la *aristía* de Diomedes en V y parte de VI (el propio encuentro de Glauco y Diomedes en VI 119-236 posee una cierta independencia), de Agamenón en XI, de Patroclo en XVI, o de Aquiles en XX-XXII, el Catálogo de la naves en II, la revista de tropas o *epipólesis* por parte de Agamenón en IV, la Dolonía (X), el engaño de Zeus en XIV, el escudo de Aquiles en XVIII, los juegos fúnebres en XXIII, el rescate del cadáver de Héctor en XXIV, aun estando más o menos directamente imbricados en el tema general, poseen un cierto grado de independencia que los hace susceptibles de ser considerados de manera aislada.

La conexión de cada episodio con el tema general se puede producir en niveles diferentes. Así, las *aristías* anteriores a la de Aquiles corresponden a héroes que aparecen como sustitutos suyos durante el período de su ausencia. En la medida en que sustituyen a Aquiles, quedan incorporados al tema genérico de la cólera. Hay que señalar además que Diomedes es herido por Paris en el pie (XI 369 ss.). Por otro lado, los discursos de Glauco y Diomedes subrayan la impotencia humana ante los dioses y, por una parte, sirven como cierre de las proezas del teómaco Diomedes, narradas en V, y, por otra, ponen de relieve la separación insondable que existe entre hombres y dioses, que jugará un papel esencial en la presentación del destino mortal de Héctor, Patroclo y Aquiles, sobre todo (cf. en general, W. Schadewaldt, *Iliasstudien*, Leipzig, 1943^2 = Darmstadt, 1987; J. Griffin, *Homero*, trad. esp., Madrid, 1984).

d) *Procedimientos para crear incertidumbre en el relato*

Ya hemos indicado que el tema principal de la *Ilíada* es un tema tradicional y que, por tanto, no cabe esperar ninguna sorpresa en cuanto al desenlace final. Sin embargo, un procedimiento especial para dar trabazón al contenido monumental consiste en procurar cierto *suspense* en cuanto al modo por el que se va a llegar al desenlace y en cuanto al momento en que éste se ha de producir. Los procedimientos usados con mayor frecuencia en la *Ilíada* para lograr este propósito son las anticipaciones y retardaciones del contenido (especialmente en la *Odisea:* cf. B. Fenik, *Studies in the Odyssey*, Wiesbaden, 1974) y la duplicación del uso de un motivo dado (como los duelos formales en III y VII, respectivamente) o de un personaje concreto y la interrupción de un tema cuyo relato se comienza y que a veces se abandona de manera definitiva. Ya el prólogo de la *Ilíada* anticipa que la cólera de Aquiles causó muchas muertes entre los aqueos; y, en el propio canto I, Zeus promete a Tetis honrar a su hijo causando la derrota de los aqueos. Tales anuncios, sin embargo, no comienzan a cumplirse hasta mediados del canto XI, con el relato de las heridas de los principales héroes aqueos.

Como veremos más adelante, el destino de Aquiles y de Héctor y la ruina de Troya son anunciados y anticipados de manera insistente; pero, una vez anticipado su contenido, el cumplimiento real de lo anunciado se retrasa una y otra vez. A veces, sin embargo, el contenido anunciado no llega a cumplirse. Desde XVIII 334 s. (cf. XXII 395, XXIII 20 s.), Aquiles, en su decidido deseo de venganza, anuncia su propósito de ultrajar y mutilar el cadáver de Héctor. No obstante, después de haber anunciado el curso que va a tomar el relato en un momento dado, de hecho no sucede nada semejante, tanto por la actuación de Apolo como por el acuerdo obtenido con Príamo. Quizá un ejemplo semejante ofrece la *theomachía* (XX-XXI 385), pasaje que a veces se ha interpretado como prueba de la intervención de varios poetas distintos en la composición de la *Ilíada*. Cuando al comienzo de XX los dioses descienden al campo de batalla y se producen extraordinarios portentos, en el momento en que van a comenzar el combate, el relato vuelve a ocuparse de

las proezas de Aquiles (el encuentro con Eneas y, al principio de XXI, la lucha contra el río Escamandro). Sin embargo, el comienzo del tema no queda definitivamente olvidado, sino que continúa a partir de XXI 385, introducido ahora por el duelo entre Hefesto y el río Escamandro.

e) *La conexión de los episodios*

Es cierto que, si bien la relación de algunos episodios con el tema central es clara y evidente, la conexión de otros muchos sólo se deja vislumbrar tenuemente o incluso parece no existir (el ejemplo más notable en la *Ilíada* es el canto X, la llamada Dolonía), o incluso mostrar contradicciones con respecto a otro pasaje. Para valorar estos ejemplos, la crítica homérica ha recurrido bien a la hipótesis de la interpolación, o incorporación al poema de ciertos episodios adecuados para la narración suelta en fecha posterior a la composición final de la *Ilíada*, bien a la pura consideración de la insuficiente conexión de un episodio concreto con la totalidad del poema, como parece suceder en los poemas del *Ciclo* y como sería regular en las fases más arcaicas de la tradición, bien a la hipótesis de la mezcla inconsistente entre dos versiones existentes en la tradición, bien, finalmente, al intento de desvelar una conexión inexistente en apariencia.

En todo caso, al menos algunas de las contradicciones más secundarias que aparecen en la *Ilíada* han de explicarse con bastante probabilidad mediante el recurso a las condiciones que impone la difusión oral del poema. Por un lado, en el ámbito de la difusión oral de un poema es prácticamente imposible que todos los detalles menores que han sido utilizados en el relato precedente se mantengan en la memoria durante todo el poema. Así, aparece un Pilémenes, rey de los paflagonios, muriendo a manos de Menelao en V 576, y más tarde (XIII 658) lamentando la muerte de su hijo Harpalión. La razón de tal contradicción descansa seguramente en el hecho de que el poeta dispone de un número de nombres para referirse a las víctimas en el combate y en el segundo pasaje ha olvidado que tal nombre ya había sido usado. Si esta explicación es cierta, sería sorprendente que no existan más ejemplos de este género. Los

peonios son descritos mediante epítetos distintos y están a las órdenes de jefes diferentes en II 848 y XXI 155. En XV 63, Zeus declara que Héctor perseguirá a los aqueos hasta las naves de Aquiles, pero al final del canto (704) su ataque va dirigido contra la nave de Protesilao. Cuando Posidón llega al campo de batalla (XIII 23 ss.) se describe con cierto detalle el carro en el que viaja; sin embargo, al salir del campo (XV 218 s.), no se hace ninguna mención del carro, que había custodiado. Del mismo modo, Hera y Atenea descienden del Olimpo en un carro, según se relata en V 775; pero cuando regresan (907) ya no se menciona el carro. Aquiles, al comienzo de su *aristía*, apoya su lanza en un tamarisco y prosigue la lucha con la espada; pero en 67 vuelve a aparecer con la lanza. Héctor deja el escudo apoyado en el muro antes del duelo contra Aquiles (XXII 97), pero ya lo tiene cuando la lucha comienza (111 ss.). Aquiles afirma varias veces (I 356, 507; II 240, cf. IX 107; XIX 89) que Agamenón en persona le ha arrebatado el botín, aunque en realidad son los heraldos (I 326 ss.).

Por otro lado, algunas otras contradicciones existentes en la *Ilíada* deben de proceder de la utilización de un motivo concreto en un momento dado de la narración con un fin específico, motivo que luego, una vez utilizado y obtenido un propósito, vuelve a quedar en la penumbra. Existe una necesidad de que los héroes aqueos queden fuera de combate como parte del plan de Zeus. Sin embargo, una vez relatadas sus heridas en XI, reaparecen en el relato sin que se hable para nada de su recuperación, que hay que considerar efectuada. Diomedes dice a Glauco (VI 128 s.) que él no se atrevería a luchar contra los dioses, cuando hace poco que ha herido a Afrodita (335 ss.) y a Ares (855 ss.). En todo caso, Diomedes no tiene ninguna capacidad para reconocer a los dioses en la batalla, por lo que debemos suponer que este poder, que Atenea le había otorgado en V 127, ha cesado.

La escena entre Héctor y Andrómaca (VI 370 ss.) es uno de los pasajes más unánimemente alabados en la historia. Sin duda, todo lector actual supone que ambos esposos ya no se volverán a ver, y que la homilía es la despedida final. Sin embargo, en VII 310 se narra el regreso de los troyanos a Troya, y se podría suponer

que ambos esposos se habrán visto de nuevo. Parece probable que todas las escenas de VI, y entre ellas el diálogo con Andrómaca, están destinadas a presentar la valía heroica de Héctor, en contraste con Paris, y la identificación de su destino con el de Troya. La *homilía* de Héctor y Andrómaca consigue, entre otras cosas, crear la seguridad del fin inminente de Héctor, de cuya próxima muerte él mismo parece ser consciente, y que será un tema capital en el conjunto del poema. Una vez conseguido esto, el relato en VII 310 silencia lo que sería una concesión al realismo y un anticlímax con respecto al pasaje precedente.

Cuando Patroclo pide prestadas a Aquiles sus armas y éste accede a su petición, Patroclo intenta, y así lo declara explícitamente (XVI 40 ss.), que los troyanos, durante un tiempo al menos, lo confundan con Aquiles. Sin embargo, esta acción, que consigue en un primer momento su propósito (XVI 278 ss.), no parece engañar a Sarpedón (XVI 423 ss.), que ignora quién es el que lleva las armas de Aquiles, pero que está seguro de que no es el propio héroe. Finalmente, tras su muerte, no parece haber ninguna sorpresa por parte de los troyanos al descubrir a Patroclo.

Las contradicciones, aparentes o reales, que existen en el relato y a las que hasta ahora nos hemos referido se pueden interpretar sin grave riesgo de error bien como lapsos de la memoria, mínimos y esperables en un poema cuya difusión es oral, bien como manifestaciones de la concentración en el presente de la narración, aun a riesgo de la posible existencia de interferencias con otros pasajes del relato. No obstante, algunas otras plantean problemas más delicados para los que no se ha llegado a una solución que pueda ser considerada definitiva. Son, por orden de aparición, la propuesta de Zeus ante el Consejo de probar la moral de las tropas (II 73 ss.), que se reconcilia mal con el sueño que Zeus ha enviado a Agamenón; la muralla que circunda el campamento aqueo, construida en un solo día (VII 434-465) por consejo de Néstor (VII 337), que en XIV 31 parece haber sido construida a comienzos de la guerra (como también deduce Tucídides, I 11, sin dar como prueba la narración homérica), que conforme a XII 10-33 fue destruida al acabar la misma, aunque al final de XII es derruida por Héctor y en XIV 361

ss. (sólo parcialmente) por Apolo, y, sobre todo, que en XII y XIII aparece y desaparece sin otra razón clara que relatar sólo en cada lugar lo que es relevante para el pasaje; los duales al comienzo de la *presbeía* (IX 182-198), cuando son tres los embajadores que van ante Aquiles; las afirmaciones de Aquiles, contenidas en XI 609 s. y XVI 72 s., que por su contenido parecen ser incompatibles con la propia existencia de la embajada de IX.

f) *La cólera de Aquiles como símbolo de la guerra de Troya*

El tema central de la *Ilíada* no es la guerra de Troya, sino un episodio de la misma, la cólera de Aquiles y sus consecuencias. No obstante, gracias a la organización peculiar del contenido, este episodio concreto aparece como símbolo de la totalidad de la guerra de Troya. Varias razones contribuyen a la posibilidad de que un episodio concreto y simple pueda aparecer como símbolo de la totalidad de la guerra. Por una parte, a la concisa exposición del tema central siguen amplias escenas de combate por Troya. Esto hace que en muchos episodios el tema de la cólera esté fuera de la atención y que lo central sea la propia guerra entre troyanos y aqueos.

Además, esta identificación entre un tema episódico del décimo año de lucha (cf. II 134, 329) y la propia totalidad de la guerra por Troya se demuestra por la incorporación a la epopeya de escenas y episodios que se presentan como el comienzo de un día de batalla después de la peste enviada por Apolo contra el campamento griego, pero que en realidad podrían pertenecer (y de hecho parecen más adecuadas) al comienzo de la guerra: el catálogo de las fuerzas aqueas (II 484 ss.), en el que se incluye a Filoctetes, abandonado en Lemnos (II 718) y a Protesilao, muerto al desembarcar y cuya ausencia lloran sus súbditos (II 698 ss.), y de los contingentes troyanos (II 811 ss.) cuadra mejor con la asamblea de barcos en Áulide; la *teichoscopía*, es decir, la presentación que Helena hace ante Príamo de los caudillos griegos (III 121 ss.), entre los cuales se admira de no ver a Cástor y a Pólux (III 237 s.), es más acorde con el comienzo de la guerra que con el amanecer de un día de batalla del décimo año de la guerra; el acuerdo para resolver la querella

mediante un enfrentamiento singular entre ofensor y ultrajado (III 58 ss.) y el duelo singular entre el causante de la guerra, Paris, y Menelao (III 324 ss.) corresponden también al comienzo de la guerra. La presentación de estas escenas muestra la decidida intención de identificar el episodio de la cólera de Aquiles con la totalidad de la guerra de Troya, las primeras fases de la cual abarca. Ahora bien, tales escenas han sido incorporadas al tema general de la cólera. A este respecto, la ausencia de Aquiles en las luchas que ocupan los cantos IV-VIII, que retrasan el cumplimiento de la promesa de Zeus a Tetis, es una prueba de la incorporación de distintos episodios de la guerra al tema de la cólera de Aquiles, pues, de otro modo, su ausencia no tendría ninguna justificación.

En el otro extremo, la *Ilíada* muestra un decidido propósito de abarcar también el fin de la guerra. Ya desde el comienzo de la misma, Agamenón (IV 164), el propio Héctor (VI 448) y Diomedes (VII 401) enuncian con sombría certeza la seguridad de la caída de Troya. Pero las afirmaciones sobre la inminencia de la ruina de Troya van haciéndose más frecuentes a medida que avanza el poema: véase, además del pronóstico que hace Zeus en XV 70 s.; XIII 623 ss., 815; XV 213 ss.; XVI 97 ss., 698; XVIII 265; XX 29 ss., 313 ss.; XXI 308 s., 428 ss., 517, 544, 583 ss.; XXII 60 ss. Además, la identificación de Héctor con la propia ciudad que defiende y su posterior muerte a manos de Aquiles contribuyen también decididamente a la impresión final de que la ruina de Troya, aun sin estar relatada en el poema, está ya consumada. Eso es lo que dan a entender Aquiles en XXII 381 y Príamo en XXII 410 s., lo mismo que el lamento de Andrómaca al final de XXII (cf. especialmente 506 ss.), pero, sobre todo, las hazañas guerreras de Héctor y su eficaz participación en el combate a lo largo del poema. A su vez, el destino de Héctor ya está configurado al final de VI, en la escena de su despedida de Andrómaca.

Desde esta perspectiva hay que interpretar probablemente la existencia de dos duelos en la *Ilíada*, entre Paris y Menelao, en III, y entre Ayante y Héctor en VII. El primero pone de relieve la causa directa de la guerra, el rapto de Helena, y el segundo, entre los mejores soldados de cada bando en ausencia de Aquiles, muestra

que la guerra se ha convertido en una lucha por Troya (cf. M. Bowra, «Composition», en *A companion to Homer*, ed. A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, Londres, 1962, 53 s.). Todo ello justifica que, aun relatando sólo de manera directa un episodio concreto, la *Ilíada* tenga un título que hace referencia al destino de Troya entera.

g) *Eliminación de elementos de la leyenda troyana ajenos al tema central*

La concentración de la acción en un único tema y la concentración del tiempo en el que transcurre la acción corren paralelas con la eliminación deliberada de casi todos los elementos de la leyenda que son ajenos al motivo principal, y concretamente de otras partes de la saga troyana. Y en algunos lugares al menos podemos asegurar que ese silencio no procede del desconocimiento del autor de la *Ilíada*, sino que es resultado de una omisión deliberada. La ira de Atenea y Hera contra Troya aparece como algo sombrío y sin explicación. Según los *Cipria*, este odio procedía de que ambas habían sido postergadas por Paris frente a Afrodita en el juicio acerca de la belleza de las diosas. Este juicio había sido la consecuencia de la venganza de la Discordia, que, no invitada a las bodas de Tetis y Peleo, había comparecido y arrojado una manzana entre los convidados, destinada para la más bella. En la *Ilíada* se menciona la boda y algunos de los regalos de boda (XVI 866 s., XVII 443 s., XVIII 84 s., XXIV 62 s.), razón por la que podemos asegurar que Homero, aun conociendo la causa del odio (cf. XXIV 28-30), ha preferido dejarlo como algo inexplicado.

Igualmente, Homero conoce el tema de la juventud de Aquiles en Esciros y de sus amores con Deidamía, de los que nace Neoptólemo, pues en XIX 326 s. Aquiles habla de su hijo Neoptólemo en Esciros. Sin embargo, ha preferido omitir la narración de este detalle. Tampoco hay ninguna alusión a otros personajes de la saga troyana posterior a la *Ilíada*, como Troilo, Pentesilea, Memnón o Políxena, o a episodios anteriores en el mito al contenido de la *Ilíada*, como la invulnerabilidad de Aquiles o el sacrificio de Ifigenía en Áulide (aunque se menciona la reunión de las naves, II 303).

En todo caso, si Ifigenía debe ser identificada con Ifianasa, la hija de Agamenón que éste ofrece a Aquiles en matrimonio si pone fin a su cólera (IX 415), existiría una contradicción entre la leyenda homérica y la posterior del sacrificio. Algunos de estos temas, que en la tradición posterior a Homero han alcanzado gran importancia y han sido objeto de múltiples tratamientos literarios, están sencillamente ausentes de la *Ilíada*. En algunos casos al menos se puede asegurar que esta omisión es deliberada.

h) *La elevación de las acciones de los personajes*

Se reconoce generalmente que es específicamente homérica la eliminación de todos los actos de brutalidad y de magia existentes en la leyenda, como los oráculos relativos a ciertas condiciones que deben ser cumplidas para que Troya pueda ser saqueada (el regreso de Filoctetes con su arco, la participación de Neoptólemo, el robo del Paladio, etc.), excepto algún ejemplo en una situación notable (las palabras del caballo Janto en XIX 411-423), la omisión de ciertos aspectos de la sociedad, como la esclavitud, que sin duda conoce, y la ignorancia o la atribución del uso del arco como instrumento de combate a guerreros mediocres como Paris y Pándaro. También Homero niega de manera implícita o calla posibles menciones de amor homosexual entre Aquiles y Patroclo (cf. IX 633-8), y Zeus y Ganimedes (XX 234). Cuando la tradición impone algún acto de brutalidad, lo despacha del modo más rápido, como en IX 451 ss., a propósito de las tentativas de Fénix para matar a su padre. El sacrificio de los doce troyanos ante la pira de Patroclo (XXIII 175 s.) es el producto del deseo de venganza de Aquiles; las repetidas amenazas de ultrajar el cadáver de Héctor son desechadas por la actuación de Apolo (XXIII 184 ss.).

Por el contrario, sería creación del autor de la *Ilíada* la importancia atribuida a la elevación espiritual y a la humanidad de los héroes. Personajes como Héctor, Fénix y Patroclo, que juegan un papel muy limitado en el resto de los poemas del *Ciclo* y que encarnan estos valores humanos, deben de ser invenciones o desarrollos del poeta de la *Ilíada*. En el extremo opuesto, el desprecio al que

Tersites se hace acreedor se debe a su bajeza respecto al ideal heroico. Aunque existen muchos contrastes entre la conducta de los aqueos y la de los troyanos que muestran la inferioridad de éstos respecto de aquéllos (son más ruidosos y fanfarrones, van vestidos a veces de manera ostentosa y son menos disciplinados), los enemigos nunca aparecen como despreciables, y algunos muestran su excelencia heroica. El resultado de todo ello es que existe un contenido moralizante, aunque expuesto de manera implícita, en el comportamiento atribuido a los personajes humanos. Con esta valoración implícita de la conducta humana contrasta el capricho y la inexistencia de trabas morales en la conducta de los dioses.

De la misma manera, la concentración de la *Ilíada* en los hechos esenciales implica una estilización, ajena al puro realismo. Así, existe un profundo desinterés por el marco en el que la guerra se desarrolla, y no hay indicaciones ni acerca de la estación del año ni de la topografía ni del escenario geográfico en el que tienen lugar los combates. Los propios duelos son estilizados, y se evita toda herida o mutilación que no termine con la propia muerte. Mientras se relata un encuentro entre dos guerreros, el resto del campo de batalla parece desvanecerse, y sólo cobra nueva vida el movimiento colectivo de las tropas cuando una serie de encuentros o duelos ha terminado. No hay muertes accidentales ni traiciones ni armas mágicas, sino sólo duelos singulares que hacen abstracción de todo el entorno y que terminan con la exhuberante vitalidad de algún héroe. Con esta estilización en la narración heroica, ajena al realismo de la narración, contrastan profundamente los símiles que se diseminan por doquier y que incorporan el mundo real del poeta. El resultado final es que en unos aspectos el mundo de la *Ilíada* es plenamente realista, mientras que en otros no lo es. No obstante, se ha señalado con acierto (cf. J. Griffin, *Homer on life and death*, Oxford, 1980) que la impresión general de realismo que comunica la *Ilíada* radica en el hecho de que su autor describe con fidelidad la muerte, común a todos los seres humanos, especialmente en el combate.

i) *Los héroes y su destino*

La concentración en los temas centrales y la omisión de muchos motivos de la leyenda o de la realidad por accesorios, a pesar de la amplitud de los desarrollos episódicos, corre pareja con la concentración en algunos héroes individuales. Esto no quiere decir que no exista una caracterización de los personajes en general. De hecho, se exponen reacciones distintas de héroes diferentes ante circunstancias similares; así sucede, por ejemplo, con los monólogos que pronuncian, al quedarse solos y rodeados de enemigos, Ulises (XI 401 ss.), Agénor (XXI 553 ss.), Héctor (XXI 99 ss.) y Menelao (XVII 91). En todos estos pasajes, el héroe, después de un monólogo en el que calibra las diferentes posibilidades, adopta una decisión característica. Otras veces, los héroes obran de una manera determinada por motivos no siempre explícitos (cf. J. Griffin, *Homer on life and death*, Oxford, 1980, 52 ss.). Como es normal, se tiende a que el carácter implique rasgos lingüísticos específicos. Sin embargo, es cierto que la acción se concentra sobre todo en el destino trágico de Héctor y Aquiles.

Los destinos de Aquiles y de Héctor desempeñan un papel relevante a lo largo de todo el poema y sirven para trabar muchos de sus episodios. Héctor, cuyo carácter virtuoso y heroico es expuesto en el canto VI mediante los diálogos consecutivos con Hécuba, Helena y Andrómaca y mediante el contraste con la conducta de Paris, es consciente de su propio destino en su despedida de Andrómaca (cf. VI 462 ss.), aunque su sentido del honor le impulsa a regresar al combate (cf. VI 441-6). Sus victorias posteriores, no obstante, parecen hacerle perder la conciencia de que su éxito es pasajero y así desatiende la advertencia tres veces reiterada por Polidamante (XII 195 ss., XIII 725 ss., XVIII 265 s.). Sólo cuando ya ha resuelto enfrentarse a Aquiles (XXII 101) reconoce su error y recuerda que no ha hecho caso de aquellos consejos. Pero, desde el canto VI hasta el XXII, Héctor parece aferrarse a todas las esperanzas humanas: supone que será capaz de expulsar a los griegos (VIII 527 ss.), de matar a Aquiles (XVI 860 s., XVIII 305 ss.) e incluso, en el último momento, de obtener la piedad de su implacable enemigo (XXII 111

ss.). La inminencia de su destino, sin embargo, es declarada por el propio Zeus (XVII 198 ss.). Desde este punto de vista, el acto de pesar las almas (XXII 210) no viene más que a confirmar lo que ya era seguro.

Aquiles supera a Héctor porque en todo momento es plenamente consciente de su destino, inminente aunque no relatado en la *Ilíada*. Frente a la respuesta que Héctor da al moribundo Patroclo (XVI 859 ss.), declarando la inseguridad del porvenir, cuando Héctor, al expirar, advierte a Aquiles de su muerte próxima, éste manifiesta ser plenamente consciente de la inminencia de su destino (XXII 365). Otras afirmaciones que muestran la conciencia que Aquiles tiene de su propio destino aparecen ya desde I 416, en palabras de Tetis, que Aquiles recuerda en IX 410 ss.; pero se hacen especialmente frecuentes una vez que decide vengar a su amigo Patroclo (cf. Tetis en XVIII 95; el caballo Janto en XIX 411-423; el propio Aquiles a Licaón en XXI 111 ss., y en su imprecación a Zeus en 277 s.; el moribundo Héctor a Aquiles en XXII 359; y la sombra de Patroclo a Aquiles en XXIII 80).

Además, la exposición del destino de los héroes adquiere una tensión creciente y se presenta con acentos propios de la tragedia en dos sentidos distintos: por un lado, la acción se concentra e intensifica en lugar de discurrir de manera regular como sucede en muchos episodios y como se atribuye a la narración épica según estaría representada por los poemas del *Ciclo;* por otro, el interés final de la narración es la descripción del sufrimiento y la muerte de los héroes frente a la existencia feliz y despreocupada de los dioses. Ya el prólogo de la *Ilíada* anuncia que el tema va a ser el relato de la perdición de numerosos héroes conforme al plan de Zeus. Y, en efecto, tanto Patroclo como Sarpedón y Héctor, que son muy amados por Zeus (cf. XVI 645 y XXII 168), hallan la muerte; y también es inminente el destino que Aquiles mismo ha elegido, la vida breve y gloriosa en lugar de la larga y oscura.

Lo que confiere su superioridad a Aquiles es la certeza y la aceptación de que el destino de los seres humanos consiste en el sufrimiento y en la muerte. Este reconocimiento de la condición humana, caracterizada sobre todo por la vaciedad que produce la muerte y

por el distanciamiento de los dioses, es lo que da su grandeza al encuentro de Aquiles y Príamo en *Ilíada* XXIV (cf. *Homer, Iliad, Book XXIV*, ed. C. W. MacLeod, Cambridge, 1982, 8 ss.). Los héroes se hallan especialmente próximos a los dioses, pero esta proximidad también los hace más vulnerables a sus caprichos, al tiempo que objeto de su más vivo interés y compasión antes del fin definitivo. Es en sus postreras hazañas donde más sobresale el fulgor de los héroes que precede inmediatamente a la oscuridad total de la muerte y que los hace más dignos de compasión a ojos de los dioses.

j) *Los dioses*

Por eso los dioses, a pesar de sus rasgos humanos, de hecho están separados de los hombres por una distancia incalculable. En ellos se mezcla lo sublime y lo frívolo, el capricho y la amoralidad, y ciertos aspectos siniestros e irracionales. Es difícil deslindar en este terreno lo que pertenece a la tradición y lo que es específico de la *Ilíada*. Sin embargo, la concepción trágica del héroe debe de ser un rasgo homérico en la medida en que la muerte aparece como un oscuro vacío en la *Ilíada*. Eso es al menos lo que da a entender Heródoto (II 53), cuando afirma que Hesíodo y Homero han elaborado la teogonía de los griegos y han atribuido a cada dios sus atributos, sus apelativos y su ámbito de actuación. Con esta concepción homérica de la muerte contrasta la difusión en el siglo VIII del culto a los antepasados en Grecia, circunstancia que invita a atribuir a esta sociedad la creencia en el poder de los antepasados aun después de la muerte y, por tanto, un tipo de existencia con mayores capacidades que la que Homero atribuye.

k) *El estilo*

El estilo de la *Ilíada* no es uniforme en todos sus pasajes. No es posible entrar en el detalle, pero al menos conviene dejar constancia de las diferencias más notables en el contenido. Por un lado, el mundo heroico tiene características distintas del mundo real, que representan sobre todo los símiles. Así, la dieta de los héroes y el

material del que están fabricados los objetos son distintos de la dieta y los materiales mencionados en los símiles. Lo mismo sucede con los objetos del mundo de los dioses, fabricados de metales preciosos, o la propia denominación de algunos animales o seres mitológicos, que no coinciden con los que existen entre los hombres.

Por otro lado, hay enormes diferencias en el contenido y en el estilo de las partes narrativas y de los discursos, como ya observó Aristóteles, según informa el escolio A a *Ilíada* XIX 108. Ya es llamativa, en primer lugar, la enorme proporción que ocupa el estilo directo, próximo a la mitad del poema, rasgo, al parecer, único frente a otros poemas épicos en Grecia arcaica. Pero además, el contenido asociado a la narración tiene ciertas diferencias con respecto al de los discursos (cf. J. Griffin, *JHS* 106, 1986, 36-57). En los discursos se admiten ciertos contenidos ausentes en la narración: las intervenciones sobrenaturales, las personificaciones, la relativa frecuencia de los nombres abstractos, las generalizaciones que evitan afirmaciones que sólo el narrador puede hacer gracias a su omnisciencia y, sobre todo, la expresión y explicitación del significado moral de los actos. La limitación de estos tipos de contenidos a los discursos en estilo directo produce ciertas diferencias en el estilo de los mismos con respecto al de la narración. Como consecuencia de todo ello, el relato presenta un aspecto de arcaísmo respecto a los discursos por su contenido concreto, su precisión y la ausencia de elementos moralizadores. En comparación con ellos, los discursos y símiles producen una apariencia de modernidad por la mayor abundancia de abstracciones y personificaciones, por las inseguridades que a veces manifiesta el contenido y por la presencia de la valoración moral de los actos. La presencia de todos estos elementos está ligada a la presencia de ciertos elementos de vocabulario raros en el relato. Por supuesto, no hay que atribuir a capas cronológicas distintas lo que obedece a un rasgo de estilo deliberado.

V. La cuestión homérica

La cuestión homérica, título tradicional para referirse a los problemas relativos a la identificación, datación y patria de Homero, y a la autenticidad y unidad de la composición de la *Ilíada* y de la *Odisea*, es uno de los temas que más tinta ha hecho correr en la historia de la filología clásica, ya desde la Antigüedad. La amplitud de la bibliografía dedicada al tema haría de todo punto imposible elaborar aquí un resumen sumario de la historia de los esfuerzos que se han realizado para precisar la cuestión o para intentar resolverla (cf. J. A. Davison, «The Homeric question», en *A companion to Homer*, ed. A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, Londres, 1962, 234 ss.; A. Heubeck, *Die homerische Frage*, Darmstadt, 1984; F. R. Adrados, «La cuestión homérica», en *Introducción a Homero*, ed. L. Gil, Madrid, 1984 = 1963). Por eso me voy a limitar a presentar algunas fuentes antiguas, que proporcionan la información decisiva, y a exponer algunas hipótesis de las que me parecen más verosímiles.

a) *Las fuentes antiguas sobre la vida de Homero*

La información que poseemos acerca de la biografía de Homero procedente de la Antigüedad (hay además biografías de época bizantina de Juan Tzetzes, Suidas y Eustacio, editadas por Allen en el tomo V de los *Homeri opera)* se halla, sobre todo, en ocho obras breves, de las que siete son biografías en sentido estricto (una procedente de la *Crestomatía* de Proclo, otra del autor que al comienzo de la biografía afirma ser Heródoto, otra atribuida a Plutarco, y anónimas las cuatro restantes) y la última expone el *Certamen de Homero y Hesíodo*. Todas estas obras fueron escritas después del comienzo de nuestra Era, pero citan a muchos autores anteriores, algunos de los cuales se remontan al siglo VI a. C., y relatan, en un tono novelado la mayoría de las veces, las discrepantes versiones de los autores cuya información transmiten sobre la cronología de

Homero, su lugar de nacimiento y muerte, su nombre y las diferentes circunstancias y avatares de su vida. Además, en la *Vida de Hesíodo* y en otras muchas obras y autores de toda la Antigüedad, a partir de los fragmentos de Jenófanes (*Vorsok.* 21 frag. B 10, 11 y 12 Diels-Kranz) y Simónides (frag. 564 de *Poetae Melici Graeci*, ed. Page) aún en el siglo VI y de la *Historia* (cf. II 53 en particular) de Heródoto en pleno siglo V a. C. con seguridad (pues los versos atribuidos a Hesíodo de *Certamen* 213 s., ed. Allen, y del fragmento 357, ed. Merkelbach-West, que nombran a Homero, son de autenticidad hesiódica dudosa), hay múltiples referencias más o menos ocasionales a la vida, a la datación de Homero o a Homero como autor de distintos poemas épicos conservados o perdidos. Ni en la *Ilíada* ni en la *Odisea* hay la menor alusión al autor, aunque la idéntica actitud de silencio que ambos poemas mantienen acerca de este punto produjo pronto en la Antigüedad la impresión de que ambas son obras de un solo poeta.

Con distintas variaciones, estas biografías presentan los viajes y estancias en diferentes ciudades griegas, sobre todo de Jonia, de un poeta itinerante que canta ante amplios auditorios sus poemas. Estos poemas son la *Ilíada* y la *Odisea*, en particular, aunque también, según la *Vita Herodotea*, «la expulsión de Anfiarao a Tebas», *Himnos* a los dioses, la *Pequeña Ilíada*, la *Focaida*, *Cércopes*, la *Batracomiomaquia* y «los demás *paegnia*» (aún en la primera mitad del siglo VII, Calino, frag. 6 = Pausanias, IX 9, 5, atribuía a Homero los poemas épicos que trataban del ciclo tebano, pero ya Heródoto, IV 32, duda de que los *Epígonos* sea de Homero). Las demás fuentes varían en cuanto al número y título de las demás obras atribuidas a Homero, aparte de la *Ilíada* y de la *Odisea*. Acerca de su nombre real, de la identidad de sus padres y de su patria, sobre todo, las biografías informan sobre las numerosas hipótesis que los escritores anteriores a tales biografías habían emitido.

En la *Vita Herodotea*, la biografía más extensa, se dice que el nombre real de Homero era Melesígenes, por haber nacido junto al río Melete de Esmirna, y que el nombre posterior lo recibió al quedarse ciego, ya que ése es el significado de *hómeros* en el dialecto de Cume y Esmirna, pues los ciegos necesitan un rehén (sentido fre-

cuente de *hómeros)* que los guíe como lazarillos. Otras biografías explican que fue capturado como rehén de los colofonios o de los lidios, y que esta circunstancia dio origen a su apodo, o que acompañó (otro significado del verbo *homereîn*, aparente derivado de *hómeros)* a los magistrados de Esmirna en su emigración fuera de la ciudad, dominada entonces por los lidios. El nombre de la madre era Creteide, y la patria Esmirna, aunque gran parte de su vida transcurre no sólo en Esmirna, sino también en Colofón, Cume, Focea y Quíos, localidades todas del sur de Eólide y norte de Jonia, y en la isla de Ítaca, antes de la muerte en la isla de Íos, detalle en el que coinciden todas las biografías y fuentes. La polémica acerca de la patria de Homero es el motivo de un nutrido grupo de epigramas de la *Antología griega* (cf. *AP* IV 296, que las *Vidas* que lo citan atribuyen a Antípatro, y *AP* XVI 294 ss., XI 102). La discusión acerca de la patria de Homero quizá remonta a fecha antigua (según la *Vida* atribuida a Plutarco, II 7, Píndaro, frag. 264, afirmaba que Homero era ya de Esmirna ya de Quíos), a menos que no exista una contradicción real si se trata de un poeta que ha nacido en un sitio y ejercido su actividad en el otro. La *Vita Herodotea* data su vida ciento sesenta y ocho años después de la guerra de Troya y seiscientos veintidós antes de la expedición de Jerjes contra Grecia (480 a. C.).

La *Vida* atribuida a Proclo, la atribuida a Plutarco y las que Allen numera con IV, V y VI informan en particular acerca de las hipótesis que sobre su patria y obras, sobre el nombre de sus padres, la causa del apodo y su datación habían formulado otros autores: en concreto, son citados en estas *Vidas* los poetas Simónides, Píndaro, Baquílides, Antímaco, autor de la primera edición de Homero de la que tenemos noticia, que, con toda probabilidad, la precedió de un prólogo sobre el autor del poema que editaba, Teócrito y Nicandro, los historiadores Helanico, Ferecides, Estesímbroto de Tasos, Hipias, Éforo, Timómaco, Anaxímenes, Damastes, Aristodemo, Heraclides e Hipsícrates, Filócoro y Calicles, el sofista Gorgias, el filósofo y naturalista Aristóteles, el orador Dinarco, el epigramatista Antípatro, el cronógrafo Eratóstenes, el filólogo y editor Aristarco, el gramático Dionisio Tracio, el filósofo Crates de Malos,

primer jefe de la escuela de Pérgamo, el mitógrafo Apolodoro y el historiador Alejandro de Pafos. Las noticias de Tzetzes, Eustacio y Suidas añaden otras referencias a las ofrecidas por los autores antiguos. Es evidente que al menos parte de los datos que facilitan las biografías deriva de atribuir al autor lo que la *Ilíada* y la *Odisea* narran sobre los personajes. La leyenda de la ceguera de Homero es incompatible con el contenido de algunas anécdotas narradas por las *Vidas*. Cabe, pues, la posibilidad de que haya sido atribuida a Homero a partir de Demódoco, el cantante ciego de la *Odisea*, o del cantante ciego de Quíos, mencionado en el *Himno a Apolo*.

La variedad de hipótesis contradictorias y el amplio número de personas que ha intervenido en la discusión permite suponer que hubo durante toda la Antigüedad una viva polémica, pero que poco o nada se conocía con seguridad. Muy ilustrativo es a este respecto que se haya supuesto una filiación o una descendencia divina ya en el siglo v a. C. (cf. *Vorsok.* 82 Gorgias B 25 Diels-Kranz = Proclo, *Vida de Homero*, p. 100, 5 Allen). En todo caso, para nosotros es imposible distinguir en estas noticias lo que hay de legendario y un hipotético núcleo histórico, si es que lo hay. Es de notar que Heródoto, el primer autor que nombra la *Ilíada* y la *Odisea* como obras de Homero (II 116, 2, 4; IV 29), hace constar que él es el único (cf. II 53, 3) responsable de la cronología que atribuye a Homero y a Hesíodo («me han precedido en cuatrocientos años y no en más», II 53, 2, afirmación que, al menos, Tucídides, I 3, 3, no critica). Es interesante la noticia de Artemón de Clazómenas (en Suidas, *s. u.* Arctino, núm. 3960, p. 361 Adler; cf. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* I 68, 2), que databa la madurez de Arctino de Mileto, el autor de la *Etiópida*, que comenzaba donde acaba la *Ilíada*, en torno del 700 a. C. La narración de Heródoto (II 53) indica que tenía a Homero y a Hesíodo por contemporáneos, aunque ya Jenófanes (*Vorsok.* 21 frag. B 13 Diels-Kranz) deja ver que existían distintas opiniones.

Igualmente, la razón que Heródoto (II 116-7) expone para no atribuir los *Cipria* a Homero no es ningún testimonio, sino la observación de la discrepancia entre *Ilíada* VI 289 ss. y el contenido de los *Cipria* (cf. frag. 14 Bernabé). Es posible que la afirmación de

Esquilo (en Ateneo, VIII 347 e) de que sus tragedias eran «rebanadas de los grandes festines de Homero» indique de modo implícito que consideraba todos los poemas épicos como obras del propio Homero. Aún Píndaro (frag. 265 = Eliano, *Varia historia* IX 15) contaba la historia de que Homero había regalado los *Cipria* a su hija como dote. La impresión general, que confirma el testimonio de la *Vida de Homero* de Proclo (p. 102, 2 ss.), es que en una fase muy antigua toda la épica era atribuida a Homero y que poco a poco se ha rechazado la autoría de todas las epopeyas excepto la *Ilíada* y la *Odisea*. El contenido de la *Poética* de Aristóteles deja ver que ya sólo consideraba obras de Homero la *Ilíada*, la *Odisea* y el poema burlesco perdido, titulado *Margites*. Lo mismo consideró en adelante la filología de los alejandrinos. (El tratado *Sobre lo sublime* IX 11-13, es el primero, en la medida que sé, que atribuye la *Ilíada* a la madurez del poeta, y la *Odisea* a la vejez del mismo.) Incluso la *Vida de Homero* de Proclo (p. 102, 3) indica que Jenón (sólo conocido por otra mención en el schol. a *Ilíada* XII 435) y Helanico, discípulo de Agátocles, que, a su vez, lo había sido de Zenódoto, afirmaban que la *Odisea* no es de Homero. A pesar de todo (cf. R. Pfeiffer, *History of classical scholarship. From the beginnings to the end of the hellenistic age*, Oxford, 1968, 43 s.), es verosímil que este conjunto de biografías tardías, lo mismo que las referencias literales que nombran a Homero, hereden también una tradición que remonta al siglo VI a. C. (cf. Wilamowitz, *Die Ilias und Homer*, Berlín, 1916, 367, 439). Una prueba de que tal tradición remonta a esa época es la noticia de que Teágenes de Regio, hacia 520 (cf. *Vorsok.* frag. 8. 1 = Taciano, *in Graecos* 31; cf. frag. 8 A 2 = *schol.* B a *Il.* XX 67), fue el primero que «investigó sobre la poesía de Homero, su linaje y su datación».

Teágenes de Regio inició las defensas de Homero contra los ataques dirigidos por Jenófanes (cf. *Vorsok.* 2 frag. B 11 Diels-Kranz) y otros, que culpaban a Homero y a Hesíodo de haber presentado a los dioses como autores de todas las cosas que son fechorías entre los hombres. Jenófanes de Colofón y Teágenes de Regio inauguran una tradición de críticas y exculpaciones de Homero, respectivamente, que continuará a lo largo de toda la filosofía griega (cf., por

ejemplo, Diógenes Laercio, VIII 21, acerca de Pitágoras; Heráclito, frag. 42 Diels-Kranz; etc.). Es probable (cf. R. Pfeiffer, *History of classical scholarship. From the beginnings to the end of the hellenistic age*, Oxford, 1968, 9 s.) que Teágenes usara la explicación alegórica como defensa de Homero contra los ataques de Jenófanes. En todo caso, este género de explicaciones ya era familiar a Platón, según indican *Rep.* 378 d y el comienzo del *Ión*. Diversos ecos de este género de explicaciones se hallan en las *Alegorías homéricas* del Pseudo-Heráclito y las *Cuestiones homéricas* de Porfirio. No podemos saber con seguridad en qué medida esta tradición puede haber conservado algún elemento histórico que remonte a la propia vida del poeta Homero.

Hay aún otras probables referencias a Homero más antiguas que las señaladas hasta el momento, pertenecientes al siglo VI, como la relativa a la defensa de Helena contra el mito homérico que había en la *Palinodia* de Estesícoro (192 Page = Pl., *Phaedr.* 243 a), tema que luego utilizaron Gorgias y Eurípides, y la noticia atribuida a Arquíloco (frag. 153 Bergk Eustacio, *Com. a Aristóteles, Ética a Nicómaco* 6, 7, 1141 a 12, aunque la validez de esta cita es dudosa) de que Homero compuso el *Margites*. Las alusiones, imitaciones o adaptaciones que hacen los líricos desde Arquíloco, Alceo, 44, Alcmán y Tirteo de pasajes homéricos ofrecen un margen de inseguridad mayor. Finalmente, hay que mencionar algunas referencias muy antiguas al hombre de Quíos, que es posible que nuestras fuentes identifiquen con Homero y que, en todo caso, ya Tucídides (III 104, 5) identificaba. El poeta del *Himno a Apolo* 169 ss., tras preguntar a las muchachas quién es el aedo más grato y el que más les deleita, las invita a que respondan que es el ciego de Quíos. La datación del *Himno a Apolo* no es segura, aunque debe de pertenecer al siglo VII (a mediados, según R. Janko, *Homer, Hesiod and the Hymns*, Oxford, 1982, 99 ss., 200). Por otro lado, Estobeo (IV 24, 38) cita un poema en el que menciona *Ilíada* VI 146, que atribuye al hombre de Quíos. Si la atribución de este poema a Semónides es cierta, habría que datar en la segunda mitad del siglo VII la atribución del verso documentado en la *Ilíada* al hombre de Quíos. Sea o no cierto que Homero debe ser identificado con el hombre de Quíos, el caso

es que ya Acusilao (2 F 2 de *Fragmente der griechischen Historiker*, ed. Jacoby), antes de las guerras contra los persas, y, poco después, Píndaro (*Nem*. II 1 s.) hablaban de los homéridas de Quíos, pretendidos descendientes de Homero que cantaban sus poemas en sucesión. No podemos saber si la designación de homéridas hace referencia estrictamente a un grupo de rapsodos que se presentaban como descendientes de un poeta concreto cuyo nombre era Homero, o si el nombre se refería simplemente, conforme a un sentido más laxo, pero bien documentado, del morfema de patronímico, a todos los profesionales de la recitación épica.

b) *La tradición homérica en Atenas*

En el desarrollo de la cuestión homérica han tenido gran importancia ciertas noticias que hablan de una intervención de los tiranos de Atenas, y de Pisistrato en particular, en los poemas homéricos. Según el *Hiparco*, 228 b, diálogo atribuido a Platón, pero de autenticidad dudosa, Hiparco, el hijo mayor del tirano Pisístrato, fue el primero que llevó a Atenas los poemas homéricos y obligó además a los rapsodos a recitarlos en las Panateneas en orden seguido unos tras otros, «como aún todavía hacen». La llegada tan tardía de los poemas homéricos a Atenas hallaría un correlato en la noticia de que Cinetón de Quíos fue quien primero recitó los poemas de Homero en Siracusa entre el 504 y el 500 a. C. (*schol.* Pínd., *Nem.* II 1 c Drachmann). La veracidad de esta información, aunque no plenamente confirmada, es corroborada por lo que dice el orador Licurgo, *Contra Leócrates* 102, que afirma que «vuestros padres estimaron que Homero es un poeta de tal valor que establecieron una ley por la que sus poemas serían los únicos recitados por rapsodos en todas las celebraciones de las Panateneas cada cuatro años». La existencia de un texto oficial de los poemas homéricos, conforme al cual debían hacer la recitación los rapsodos que intervenían en las Panateneas, ya en el siglo VI, se desprende también de Diógenes Laercio, I 57, que atribuye a Solón una ley según la cual los rapsodos debían recitar los poemas de Homero en orden seguido.

De todas estas fuentes hay que deducir que en Atenas ya en el siglo VI fue importado un texto, al que se dio carácter de oficial, para su uso en los certámenes de recitación en las Panateneas. Él ejemplar ateniense parece ser, pues, el primer texto homérico cuya existencia es segura. La curiosa noticia (*schol.* A a *Il.* I 381) acerca de que Teágenes discrepaba de la lectura de su texto supone también la existencia de un texto escrito. Más incierto es determinar qué poemas incluía este supuesto texto, sólo la *Ilíada* y la *Odisea* como se suponía en el siglo IV, fecha de las noticias, o bien otros poemas épicos además, como era común en el siglo VI, cuando todas las epopeyas podían ser atribuidas a Homero. En todo caso, es de imaginar que si adquirió carácter oficial en Atenas, debía de ser por la seguridad existente acerca de su valor, bien por la antigüedad, bien por la procedencia. Según Plutarco, *Vida de Licurgo* 4, 3-4, el legislador espartano en su viaje a Asia copió los poemas de Homero y los difundió en el continente griego. También Estrabón, X 4, 19 (482), añade que Licurgo vio a Homero en Quíos. Si la noticia transmitida por Plutarco recuerda un dato real (su fuente parece ser Heraclides Póntico, según Aristóteles, frag. 611, 10 Rose = *Tit.* 143, 2, 10 Gigon), habría que retrotraer la fecha del primer texto escrito de Homero del que haya recuerdo.

c) *La difusión del texto escrito en la Antigüedad*

Desde mediados del siglo V a. C., el libro fue desplazando poco a poco a la difusión oral como medio de comunicación entre el autor literario y el público. Según el cómico Éupolis (frag. 327 Kassel-Austin), había un área del mercado de Atenas dedicada al comercio de libros, y Platón presenta a Sócrates en la *Apología* (26 d) diciendo ante el jurado que las obras de Anaxágoras podían ser compradas por el módico precio de un dracma. A este cambio progresivo de hábitos contribuyó la organización del comercio del libro a partir de esta misma época. Hemos de suponer que las necesidades de este mercado librero impulsaron la aparición de las ediciones de Homero hechas por personas de relieve, como las de Antímaco de Colofón, que los escolios citan a veces, y la de un Eurípides (cf. Suidas s.v.

Eurípides trágico), que parece haber sido sobrino del trágico, o las que los escolios atribuyen a diferentes ciudades griegas. El uso personal de un texto escrito concedió nuevas posibilidades de examinar con detenimiento los poemas épicos y, por tanto, de hallar con más facilidad las contradicciones que la pura audición apenas haría perceptibles. En el hallazgo de estas inconsistencias existentes en el relato se significó sobre todo Zoilo de Anfípolis, que en el siglo I a. C. escribió nueve libros *Contra la poesía de Homero* (cf. *FGH)* y mereció el sobrenombre de «azote de Homero», según indica Suidas (*s. v.* Zoilo). A él y a Platón, que había excluido a los poetas de su ciudad ideal (cf. *República* 377 e — 378 e, 598 d — 601 a, 605 c — e, 607 a), pretendieron sin duda, rebatir Aristóteles, en sus *Problemas homéricos*, y Heraclides Póntico, otro discípulo de la Academia y luego del Liceo, en sus *Soluciones homéricas*. Obras de esta naturaleza continuaron luego escribiéndose durante toda la Antigüedad.

El tono de crítica contra Homero también es visible en algunos pasajes de los historiadores, Heródoto en particular. Así, en II 116-120 justifica la versión homérica del rapto de Helena como un intento de presentar una leyenda apta al género épico, aunque indica que el propio Homero conocía la realidad del rapto de Helena y sus viajes. El mismo tono polémico contra Homero, aunque de hecho no se le menciona, se observa en los primeros cinco capítulos de su *Historia*, que dan una versión muy diferente de los orígenes de la rivalidad entre Grecia y Asia. Las críticas de naturaleza histórica contra Homero también aparecen en Tucídides, II 41, 4.

En esta polémica entre los detractores del texto homérico por sus amoralidades, inconsistencias o contradicciones y los defensores de Homero, que utilizaban la alegoría como justificación, la existencia de un ejemplar oficial ateniense hizo que algunos ataques fueran dirigidos contra éste. Algunos restos de esta actividad quedan en ciertas fuentes. Según Diógenes Laercio, I 57, el historiador de la historia local de Mégara, Diéuquidas (*FGH* 485 frag. 6), al que se suele datar en el siglo IV a. C., aunque quizá es algo posterior, acusaba a Pisístrato de haber introducido dos versos en el Catálogo de las naves (II 546 s.) para elogiar a los atenienses. También Aristó-

teles, *Retórica* I 15, 1375 b 30, señala que, en el curso de las disputas por la posesión de Salamina en el siglo VI a. C., los megarenses acusaban a los atenienses de haber incorporado al Catálogo unos versos (probablemente II 557 s., según Estrabón, IX 1, 10 [394]) como apoyo en favor de las reivindicaciones de Atenas sobre Salamina en contra de los derechos de los de Mégara, que proponían una versión distinta. Según Estrabón, la interpolación era atribuida a Solón (lo mismo en Plutarco, *Vida de Solón* X 1; Diógenes Laercio, I 48; *schol.* B a II 557) o a Pisístrato. Las ediciones alejandrinas de Zenódoto y Aristarco, en particular, lo mismo que las monografías que surgían como productos complementarios de la edición, contenían, a juzgar por las noticias que dan los escolios, numerosas discusiones de la misma naturaleza, aunque casi nunca podemos juzgar si sus conclusiones estaban basadas en argumentos sólidos y en datos procedentes de recensiones anteriores, y no en meras especulaciones. En todo caso, las marcas críticas con las que señalaban las dificultades del texto que editaban o las atétesis que consideraban necesarias, actividad de la que los escolios conservan cierto recuerdo, procedían en parte de consideraciones acerca de lo que estimaban incongruencias en la narración, en la lengua, en el metro o en el mundo real homérico.

d) *La «redacción» pisistrática*

Desde el siglo I a. C., quizá como manifestaciones de una teoría formulada por primera vez en la escuela de Pérgamo durante el siglo II a. C. a partir de las noticias dispersas acerca de la regla ateniense de las Panateneas y de las interpolaciones puntuales atribuidas a Pisístrato o a Solón, algunas fuentes hablan de una supuesta redacción de los poemas homéricos en época de Pisístrato. El testimonio capital procede de Cicerón, *De orat.* III 34, 137, que afirma: 'según se dice, Pisístrato fue el primero que dispuso los libros de Homero, con anterioridad confusos, como ahora los tenemos'. Otros testimonios que hablan de la supuesta redacción pisistrática aparecen en *AP* XI 442, epigrama citado en las *Vidas homéricas* IV 11 ss. y

V 29 ss.; *schol.* B a *Ilíada* X 1; Suidas, s.v. Homero, 40 ss. Allen; y Eliano, *Var. hist.* XIII 14.

Se ha sugerido que el origen de la teoría hay que buscarlo en la polémica de las escuelas de Pérgamo y Alejandría durante el siglo II a. C.; como réplica a Aristarco, que defendía que Homero era ateniense (cf. *Vita* II 13, V 7 s. Allen), los filólogos de Pérgamo habrían desarrollado la teoría de la redacción pisistrática. Esta teoría ha tenido una importancia decisiva en el desarrollo de la cuestión homérica en época moderna a partir de los *Prolegomena ad Homerum*, de F. A. Wolf, publicados en 1795, libro del que hay una reciente traducción inglesa, Princeton, 1985 (acerca del cual, cf. R. Pfeiffer, *History of classical scholarship. From 1300 to 1850*, Oxford, 1976, trad. esp., Madrid, 1981, 287 ss.), y que ha contribuido a reforzar la desconfianza en la propia existencia de Homero. En general, el uso de los testimonios precedentes se ha combinado con el que proporciona el escrito apologético de Josefo, *Contra Apión*, que en I 2, 12, a propósito de la superioridad de la literatura hebrea sobre la griega, indica 'dicen que Homero ni siquiera dejó sus poemas por escrito, sino que se transmitieron de memoria y más tarde fueron compuestos a partir de las canciones'. Como apoyo de estos testimonios, se aduce el desconocimiento de la escritura en los poemas homéricos, sólo mencionada en VI 169 (cf. además *schol.* A a VI 169 y a VII 175). Igualmente, las apariciones de los aedos de la *Odisea* (cf. *supra,* § 1) son una clara muestra de que los poemas épicos estaban destinados a ser difundidos de manera oral, no escrita.

Con estas piezas se podría componer un cuadro muy distinto del que en conjunto ofrecen las fuentes antiguas. Homero, una sombra en esta concepción, habría compuesto en fecha anterior a la adaptación del silabario fenicio para la notación del griego y habría destinado sus poemas a la difusión oral. En el curso de esta tradición se habrían producido múltiples añadidos y modificaciones que habrían desfigurado el original, hasta que finalmente fueron puestos por escrito en la época de Pisístrato. De todo ello resultaría un cuadro sensiblemente diferente del que en conjunto transmite la Antigüedad, que nunca dudó de la realidad histórica de Homero, y de

la unidad artística y la alta calidad de los poemas épicos conservados bajo su nombre.

e) *La cuestión homérica desde el siglo XVIII*

El replanteamiento de la cuestión homérica en la época moderna, desde comienzos del siglo XVIII, ha utilizado en gran medida los mismos argumentos que ya desde Jenófanes y Zoilo de Anfípolis los antiguos habían empleado con profusión.

1. *Las contradicciones e inconsistencias en el contenido.* — Así, se han intentado explicar las contradicciones en el mundo cultural homérico o las inconsistencias en la narración, algunas de las cuales han sido mencionadas en las páginas 64 ss., como prueba de la imperfecta fusión de primitivos poemas breves que con mayor o peor fortuna, según los autores, habría reunido Homero, o como prueba de la ampliación de una primitiva epopeya en el curso de la difusión oral de la épica. Las diferencias lingüísticas entre unos pasajes y otros se han interpretado con frecuencia como un resultado de la incorporación al conjunto del poema de interpolaciones o adiciones posteriores. Los anacronismos y la existencia de estratos culturales distintos se han aducido también como muestras de la confluencia de poemas primitivos en la *Ilíada* o en la *Odisea*, o como resultado de la compilación de varias epopeyas breves. En general, los juicios acerca de lo que es o no es adecuado a Homero desde el punto de vista de la moral, de su civilización, del estilo o de la belleza literaria atribuida a su poesía han sido las piedras de toque esenciales en la crítica homérica que se reanuda en la Edad Moderna con el abate D'Aubignac y, sobre todo, con F. A. Wolf. Aunque su interés es enorme porque han contribuido a plantearse con detalle el papel de cada pasaje en el conjunto de la composición, es imposible entrar aquí en este tema.

2. *Los datos dialectales jónicos.* — Por eso, en lugar de exponer un conjunto de teorías cuya variedad es desconcertante (sobre las cuales, cf. A. Heubeck, *Die homerische Frage*, Darmstadt, 1974;

F. R. Adrados, «La cuestión homérica», en *Introducción a Homero*, ed. L. Gil, Madrid, 1984 [= 1963]; J. A. Davison, «The Homeric question», en *A companion to Homer*, ed. A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, Londres, 1962, 234 ss.), me voy a referir brevemente a los nuevos procedimientos aplicados a la cuestión homérica. Por una parte, el examen de los elementos lingüísticos homéricos, gracias al conocimiento más detallado de los dialectos griegos propiciado por el estudio sistemático de las inscripciones y la aplicación de métodos más depurados, ha ofrecido nuevos argumentos a favor de una localización o una cronología concreta de los poemas. Baste señalar aquí que en estos últimos años se ha llamado la atención sobre la existencia de rasgos compartidos por la lengua homérica con la variedad septentrional del dialecto jónico, tanto occidental (Eubea y Oropo), como oriental (Quíos y Eritras). Además, estos rasgos no son formulares, de modo que han de haberse incorporado al final de la tradición. En ciertos rasgos muy específicos, el dialecto homérico muestra coincidencias con los dialectos jónicos occidentales (Eubea y Oropo) y/o con los dialectos del Noreste jónico (Quíos, Eritras, Focea, Cime, Esmirna, etc.), sin que se pueda afirmar que es coincidente en todos los detalles con ninguno de ellos. En estas condiciones es insegura cualquier hipótesis, sobre todo porque los datos de las inscripciones proceden de una época muy posterior, y es seguro que en el intervalo se han producido profundas modificaciones en tales dialectos, en especial en los de Jonia oriental y en las islas próximas. En todo caso, los datos lingüísticos nos acercan (sobre todo en el caso de Quíos) a las tradiciones antiguas. Igualmente, la tradición que habla de la existencia de un ejemplar oficial ático posterior destinado a la difusión oral tras el fin del período de composición oral viene a coincidir con la existencia de aticismos en el texto homérico tradicional. Por todo ello, y a falta de argumentos en contra, consideramos que no hay razón para desechar las tradiciones antiguas sobre Quíos y sobre la existencia de un texto de procedencia ática que ha tenido especial repercusión en la tradición manuscrita de los poemas homéricos.

3. *La geografía.* — Aparte de los datos proporcionados por el dialecto, el contenido de la *Ilíada* revela que su autor estaba bien familiarizado con la costa occidental de la península de Anatolia. La afirmación (*Ilíada* XIII 12 ss.) de que Troya es visible desde Samotracia (por encima de la isla de Imbros) puede proceder del conocimiento real del paraje. Las referencias a lugares pequeños como Teba, Pédaso y Lirneso o a la figura de Níobe en el monte Sípilo pueden indicar también familiaridad con tales lugares. De todos modos, los ejemplos más numerosos de aparente familiaridad con la geografía de Jonia se hallan en los símiles: las aves en las praderas de la desembocadura del Caístro (II 459 ss.), la tormenta en el mar Icario (II 144 ss.), los vientos que soplan desde Tracia (IX 5 s.). Por el contrario, si se exceptúa el catálogo de las naves en II, la información sobre el continente griego es sumaria, aunque es verdad que esto puede ser por la propia localización de la acción fuera de Grecia continental.

4. *Las representaciones cerámicas.* — Las representaciones de los vasos, cuando exhiben un tema que con razonable seguridad procede de la *Ilíada* o de la *Odisea*, proporcionan un *terminus ante quem* para la datación de los poemas. Se conservan representaciones con temas que parecen estar tomados de la *Odisea* desde las primeras décadas del siglo VII: las más célebres son una procedente de Egina, que representa a Ulises y a sus compañeros huyendo del Cíclope bajo los lomos de ovejas (cf. Rumpf, *Malerei und Zeichnung*, 1953, 25), y otra que se conserva en Argos y representa a Ulises cegando a Polifemo. En lo que respecta a la *Ilíada*, la copa hallada en Isquia y datada hacia 720 a. C., en la que hay una inscripción que la compara con la copa de Néstor (cf. *Il.* XI 632 ss.), podría ser la referencia más antigua (cf. A. Heubeck, *Schrift*, cap. X de *Archaeologia Homerica*, Gotinga, 1979). Se ha insistido también con frecuencia en los numerosos datos arqueológicos que prueban la difusión del culto a los héroes y heroínas en torno al año 700 a. C. y se ha subrayado la posibilidad de que en este surgimiento la epopeya haya jugado un papel importante.

5. *La literatura comparada.* — Sin duda, han sido los datos proporcionados por la literatura comparada los que más han contribuido a renovar y a presentar bajo nuevas perspectivas los problemas relativos a la cuestión homérica. Ya en la década de los treinta del siglo pasado la observación de que el *Kalevala*, la epopeya popular finesa, estaba compuesta mediante la combinación de fragmentos recogidos entre poetas iletrados, que en las sucesivas ediciones fue incrementando su extensión, llevó a suponer a Lachmann que la *Ilíada* (y el *Cantar de los Nibelungos*) había sido compuesto del mismo modo. Así, creyó identificar dieciocho poemas breves, a los que finalmente se les añadieron a modo de epílogo XXIII y XXIV (para un resumen más circunstanciado de las teorías del siglo XIX, cf. W. Schmid y O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur* I 1, Munich, 1929, 133 ss.).

Pero ha sido sobre todo desde la década de los treinta del presente siglo, cuando, gracias a los trabajos y publicaciones de M. Parry y A. B. Lord sobre la épica tradicional yugoslava, la analogía con otras literaturas ha intervenido más decididamente en la cuestión homérica. A algunos datos ya nos hemos referido en los parágrafos anteriores; aquí será suficiente exponer algunas analogías que pueden ayudar a determinar el papel de la escritura en la composición de los poemas homéricos. La poesía homérica está destinada a ser difundida de manera oral y pertenece a una tradición de poesía iletrada y compuesta sin la ayuda de la escritura; pero no hay datos directos acerca de si fue compuesta y transmitida de modo exclusivamente oral, o si, por el contrario, la escritura intervino desde el primer momento de la composición. En ausencia de datos, la analogía yugoslava puede hacer más o menos probables ciertas hipótesis.

Se ha defendido con frecuencia la idea de que la extensión de la *Ilíada* y la minuciosidad de algunos detalles de su composición, con referencias cruzadas de unos a otros pasajes y con anticipaciones y retardaciones de la acción, excluye la composición oral y sólo es comprensible si ha habido ayuda de la escritura (cf. A. Lesky, «Mündlichkeit und Schriftlichkeit im homerischen Epos», *FS Kralik*, Viena, 1954, 1-9). También se suele dar por buena la idea de que un poeta oral, en cuanto aprende las ventajas de la escritura,

pierde su espontaneidad y sus versos se hacen pretenciosos y vanos (cf. A. B. Lord, «Homer's originality: oral dictated texts», *TAPhA* 84, 1953, 124-134; G. S. Kirk, «Homer and modern oral poetry: some confusions», *CQ* 10, 1960, 271-281; A. B. Lord, «Homer as oral poet», *HSCP* 72, 1967, 1-46). Finalmente, se supone que un poema improvisado que no se conserva por escrito, por altas que sean sus excelencias, por muy reclamado que sea por el auditorio y por mucho que sea objeto de la imitación por parte del propio autor en otras audiciones y por parte de otros aedos, estaría ineludiblemente abocado a la disolución en un margen relativamente corto de tiempo como consecuencia de los inevitables cambios que cada nueva recitación introduciría (cf. A. Parry, «Have we Homer's *Illad?*», *YCS* 20, 1966, 177-216). Es decir, la conservación de poemas tan extensos mediante la pura memoria se estima como algo imposible. Además, sería difícil explicar por qué el texto de los poemas homéricos presenta en conjunto pocas variaciones, siendo relativamente fijo. Por todo ello, lo más común es sostener que la *Ilíada* y la *Odisea* fueron puestas por escrito en el propio momento de su composición. Esta hipotética redacción escrita sería obra del propio poeta, que habría aprendido la nueva técnica de la escritura que le procuraba la adaptación del silabario fenicio para la notación del griego, o bien de alguien que habría copiado al dictado la composición oral. De hecho, muchos poemas serbocroatas recogidos por Parry y Lord eran dictados ante el ayudante de M. Parry, que, al tiempo que los copiaba, señalaba ciertas incongruencias en el relato o algunos defectos en la métrica. Si esto es cierto, los poemas podrían haber sido compuestos no para ninguna ocasión ni festividad especial, sino como una pura manifestación de las capacidades de un aedo especialmente dotado, quizá a instancias de algún poderoso.

Este punto de vista, que parte del uso de la escritura en la composición de la *Ilíada*, bien como dictado bien por su uso directo, tropieza en principio con la dificultad de imaginar un texto escrito seguido de grandes dimensiones, muy poco después de la adaptación del silabario fenicio a la notación del griego. Es improbable, por lo demás, que un acontecimiento de tal magnitud, que se supone contemporáneo aproximadamente de las primeras inscripciones grie-

gas conservadas, ninguna de las cuales llega a un centenar de signos, no haya dejado ninguna noticia (cf. A. Heubeck, *Schrift, Archaeologia Homerica,* cap. X, Gotinga, 1979). Sin embargo, estos no son argumentos en contra, sino muestras de las limitaciones de nuestro conocimiento. La propia adopción del alfabeto fue un hecho más memorable aún, pero no ha dejado ningún rastro en nuestra documentación.

6. *El incierto papel de la escritura en la difusión de la «Ilíada».* — Algunas suposiciones que se han hecho teoría común como argumentos en favor del uso de la escritura en la composición de la *Ilíada* son claramente desmentidas por los poemas de carácter oral. Así, la supuesta imposibilidad de que un poema tan extenso como la *Ilíada* pueda ser independiente de la escritura es falseada por *Las bodas de Smailagic Meho*, de Avdo Medjedovič, que contiene unos doce mil versos. La existencia de múltiples conexiones, que a menudo se estima como el criterio decisivo para rechazar la composición sin ayuda de la escritura, no es quizás tampoco algo tan concluyente como se ha intentado considerar. La intensificación de la declaración de Zeus en los cantos VIII, XI y XV, la reiteración de las advertencias de Polidamante en XII, XIII y XVIII, y otros muchos ejemplos semejantes (cf. XIV 516 y XVII 24; II 860 en comparación con XXI; II 827 y IV; VII 77 y XXII; VI 417 y XXII; etc.), que se han presentado como prueba irrefutable de una concepción escrita de la *Ilíada*, quizá no son más que una prueba de las enormes cualidades de un poeta que tiene conciencia clara de la unidad de su composición, sin que ello implique nada acerca de la composición con o sin la ayuda de la escritura. Sin embargo, esto no quiere decir que la teoría en su conjunto no sea la mejor que permiten imaginar nuestros datos, aunque sea cierto que algunos argumentos que se han aducido no van a favor de la teoría en realidad.

Lo mismo se puede decir acerca del postulado de que la adquisición de la escritura destruye las capacidades y relaja la espontaneidad del poeta iletrado que compone poemas improvisados. En realidad, no es el aprendizaje de la escritura *per se* lo que produce el cambio, sino el progresivo abandono del procedimiento de composi-

ción oral y su sustitución por el escrito. Ahora bien, no hay por qué imaginar contradicción entre manejo de la escritura y composición oral.

Algunos detalles mencionados por M. Parry y A. B. Lord en *Serbocroatian Heroic Songs* (Cambridge, 1954) son ilustrativos en cuanto a la capacidad de los poetas iletrados para repetir literalmente un poema propio o ajeno. Demail Zogi (*Serbocroatian Heroic Songs*, I 239 ss.), uno de los *guslari* entrevistados, insistía en que su propósito era repetir el poema exactamente igual y en que, aun dentro de veinte años, sería capaz de repetir con las mismas palabras el poema, del que habían sido recogidas dos versiones en el espacio de cuatro meses, sensiblemente iguales en cuanto al tema, pero de longitud distinta (núms. 24 y 25). Diecisiete años después de esta entrevista, Lord le instó a repetir el poema, y según éste (págs. 40 ss.), la nueva versión sólo tenía pequeñas diferencias de detalle (sustituciones de fórmulas, adiciones o eliminaciones de ciertos incidentes), con el resultado final de que el poema tenía unos sesenta versos más que la versión antigua, que constaba de 1370 versos (= 4,4 %). Tales cambios en dos versiones de un poema breve de un solo poeta dejan suponer que un poema de la longitud de la *Ilíada* en el curso de varias generaciones de transmisión puramente oral habría quedado enteramente desfigurado respecto al original.

Siendo tales las condiciones de la transmisión oral, sólo puede recibir con justicia el nombre de autor de un poema aquel cuya versión ha sido puesta por escrito. Lo mismo sucede en la tragedia, donde un mismo tema aparece tratado por autores distintos; el tema es tradicional y es la versión concreta lo que es de cada autor. Todos los demás poemas sólo aprendidos y transmitidos de manera oral, pero no perpetuados mediante la escritura, son anónimos; la propiedad del autor del canto, como las palabras, es alada y se la lleva el viento. Es de suponer, por tanto, que ha habido seguramente otras versiones del tema de la cólera anteriores a la *Ilíada*, pero que sólo aquella versión que ha sido puesta y transmitida por escrito (y es de suponer que de manera oral, al mismo tiempo) ha conservado el nombre de su autor. El autor de la composición escrita y, por tanto, Homero debe ser identificado bien con el autor de la versión

oficial de las Panateneas (la primera redacción escrita segura), bien con una anterior. En esta elección, las fuentes antiguas y la ausencia de otros elementos del siglo VI hacen preferible considerar que Homero es el autor de la primera redacción escrita, que debe ser situado a fines del siglo VIII a. C., y que tal redacción probablemente tuvo lugar en Quíos o en una comarca del noroeste de Jonia.

VI La transmisión del texto de la «Ilíada»

El contenido de la hipotética redacción de Homero realizada a fines del siglo VIII a. C. en Quíos o en algún lugar de Jonia, si realmente existió, sufrió una larga y complicada historia hasta llegar a los manuscritos medievales, de los que básicamente dependen nuestras ediciones impresas modernas.

a) *La difusión en la época arcaica*

En primer lugar, es seguro que el texto escrito, de haber existido desde el principio, no habría constituido el vehículo principal de difusión, sino una especie de tesoro custodiado por una cofradía del tipo de la de los homéridas de Quíos del siglo VI o un monumento ofrendado en algún santuario, como se indica expresamente del *Himno a Apolo* en el *Certamen de Homero y Hesíodo* 319 ss. Allen, custodiado en el santuario de Ártemis de Delos, del ejemplar de la obra de Heráclito en Diógenes Laercio, IX 6, guardado en el templo de Ártemis de Éfeso, y de las máximas de los Siete Sabios en Platón, *Protágoras* 343 a, expuestas en una inscripción en el templo de Apolo en Delfos. En efecto, hasta finales del siglo V a. C. el uso de la escritura no aparece ligado a la difusión de la obra literaria. El procedimiento de difusión prácticamente exclusivo hasta esa época, y aun el más común después, era la audición colectiva del poema, quizá casi siempre en el marco de las fiestas de los nobles, como Demódoco y Femio, y en el de las festividades populares, religiosas o profanas. En un principio, como dejan ver los testimonios homéri-

cos, el aedo cantaba, acompañándose con un instrumento de cuerda, en ciertas ocasiones sentado (*Ilíada* IX 189) y en otras de pie mientras un coro danzaba (*Odisea* VIII 261 ss.). La comparación con lo que sucede en otras tradiciones poéticas cuya difusión es oral induce a suponer que cada nueva ejecución habrá dado lugar a desviaciones más o menos notables, pero en todo caso ciertas, con respecto al contenido de la composición final.

La fama de los poemas homéricos debió de extenderse poco a poco por todo el mundo griego a través de las audiciones. Sin duda, la calidad excepcional de la *Ilíada* y de la *Odisea* estimuló la demanda de estos poemas, cuya repetición literal hemos de figurarnos que era reclamada por el auditorio (aunque en *Odisea* I 351 s. se elogia la capacidad de innovación en el canto). Es probable que ya desde el siglo VII existieran recitadores profesionales itinerantes, que ya no componían nuevos poemas, sino que con un bastón (quizá para marcar el ritmo) y sin acompañamiento musical, se conformaban con recitar los poemas homéricos (o épicos, en general). Pronto debieron de organizarse los certámenes de recitación. Estos recitadores son llamados por las fuentes griegas rapsodos. Es de suponer que también la difusión del *aulós* o flauta de tubo doble como instrumento de acompañamiento musical en el siglo VII, que impedía que el ejecutante del poema fuera la misma persona que acompañaba musicalmente, tuvo cierta importancia en la aparición de los rapsodos. Heródoto (V 67, 2) menciona los certámenes de rapsodos profesionales que en Sición suprimió Clístenes, tirano de esa ciudad entre 600 y 570. Aparte de Heródoto, Platón en el *Ión*, donde Sócrates dialoga con Ión, un rapsodo especialista en Homero, y el escolio a Píndaro, *Nemea* II 1 (ed. Drachmann, III 28 ss.), además de la representación iconográfica de uno de estos personajes en un vaso del pintor de Cleofrades (BM E 270, Beazley, *ARV*, 122, núm. 13), ofrecen la información esencial acerca de los rapsodos. La existencia de versiones rapsódicas, con competiciones regulares en Sición, en Epidauro y Atenas (cf. *Ión* 530 a-b), y seguramente en otros lugares, era una fuente de alteraciones en los poemas, pues los rapsodos pretenderían exhibir su virtuosismo para conseguir el premio antes que reproducir la literalidad del poema. Uno de los que tenía fama de introducir

muchos versos en la poesía homérica era Cineto de Quíos, autor de la primera recitación rapsódica en Siracusa entre 504 y 500 (cf. *schol.* Pínd., *Nem.* II 1). Por tanto, la propia existencia de un texto escrito no habría impedido la aparición de variaciones rapsódicas en el poema.

La reglamentación del texto en las Panateneas de Atenas, atribuida a Hiparco (Platón, *Hiparco* 228 b), a Sólon (Diógenes Laercio, I 57) o a «vuestros padres» (Licurgo, *Contra Leócrates* 102), trataba de evitar los atropellos en el texto, la recitación de pasajes selectos y adecuados a la exhibición con exclusión de aquellos otros menos dados al lucimiento personal y otros fenómenos semejantes. Éste es el primer texto de los poemas homéricos (y no sabemos si hay que entender homéricos en sentido estricto o épicos, en general) que existió con seguridad (contra R. Pfeiffer, *History of classical scholarship. From the beginnings to the end of the hellenistic age*, Oxford, 1968, 110, para quien la historia sobre la existencia de una copia oficial ateniense no sería más que una invención alejandrina basada en la copia oficial de las tragedias). Es de suponer que los atenienses, en el momento de regular el uso de un texto oficial para las Panateneas, buscaron alguno previamente existente, que bien por su antigüedad bien por su procedencia gozaba de autoridad y, por tanto, podía ser impuesto. Si hemos de hacer caso de los escolios a algunos pasajes (*Il.* VII 238, XI 104, XIV 241, XXI 362, 363; *Od.* I 52, 275), este antiguo ejemplar ático estaba escrito en el alfabeto epicórico, y algunos errores de ciertas ediciones proceden de una incorrecta transliteración del antiguo alfabeto ático al alfabeto de Mileto, que finalmente se hizo común en todo el mundo griego y también en las ediciones de autores literarios. Hay que señalar, no obstante, que ninguno de los ejemplos que los escolios interpretan como transliteraciones incorrectas a partir de un antiguo texto escrito en alfabeto epicórico ático es seguro. Por otro lado, el barniz ático del texto homérico quizá es el resultado de la importancia que el texto oficial ático ha tenido en la tradición posterior.

Es probable que los homéridas de Quíos de los que hablan las fuentes (Acusilao de Argos, *FGH* 2 frag. F 2; Píndaro, *Nemea* II 1) ya desde el siglo VI, que pretendían ser del linaje de Homero

y que «cantaban su poesía por derecho de herencia», fueran una corporación de rapsodos que, también por la admiración de la belleza de los poemas homéricos, evitaba la introducción de las deformaciones que producía la recitación rapsódica. No sabemos en qué medida los derechos que esgrimían y la autoridad que pretendían tener sobre los poemas homéricos tenían una sólida base.

b) *La tradición del texto en la época clásica*

En todo caso, parece seguro que en los últimos decenios del siglo VI a. C. al menos ya existía un texto escrito de la *Ilíada*, si es que hemos de dar crédito a la noticia del *schol.* A a *Ilíada* I 381, según el cual Teágenes de Regio seguía una lectura distinta de una partícula de este verso. Es de suponer que esta discrepancia de detalle implica la existencia de un texto escrito. A partir de aquí al menos hasta el siglo III a. C., fecha de los primeros papiros de la *Ilíada* conservados en Egipto, sabemos que existía algún texto escrito, aunque sólo conozcamos acerca de éste referencias indirectas. También Aristóteles, *Poética*, 25, 1461 a 22, cita las lecturas que un desconocido Hipias de Tasos, cuya datación es incierta, proponía para los versos de la *Ilíada* II 15 y XXIII 328. Sin embargo, las numerosas citas, alusiones, imitaciones y críticas o defensas de la obra de Homero, esparcidas por toda la literatura griega, no suponen necesariamente la utilización directa de un texto homérico. Las interpretaciones alegóricas de Teágenes de Regio, continuadas en el siglo V, entre otros, por Metrodoro de Lámpsaco (*Vorsok.* 61), que explicaba no sólo los dioses sino también los héroes en términos de fenómenos físicos naturales, o las pesquisas acerca de la poesía, la vida y la época de Homero, como las que parece haber emprendido en el siglo V Estesímbroto de Tasos (*FGH* 107), maestro de Antímaco de Colofón, el autor de la primera edición erudita de Homero de la que tengamos noticia, o la explicación de *glossai* o términos oscuros propios de la épica, tarea en la que Demócrito de Abdera (*Vorsok.* 68 A 33, XI 1 = B 20 a — 25), posiblemente Glauco (o Glaucón) de Regio (conocido sólo por la mención de Platón, *Ión* 530 c) y, con seguridad, los sofistas, en general, manifestaron su interés y des-

collaron, o las críticas contra las mentiras o inmoralidades propias de los poetas, como desde Jenófanes es común en la filosofía griega, no requieren la existencia de un texto escrito, cuya utilización, por otro lado, resulta muy verosímil, como en toda actividad erudita. Igualmente, el comienzo de las especulaciones sobre la lengua, asociadas con frecuencia a la discusión de pasajes homéricos, como sucede en el caso de Protágoras (*Vorsok.* 80 A 29; cf. 30), también supone seguramente el uso de un texto escrito.

Cada texto escrito poseía seguramente numerosas lecturas variantes. Además de las discrepancias causadas por las recitaciones rapsódicas, otra fuente de divergencias en la literalidad de los poemas homéricos debió de ser su propio uso en la escuela. El papel que en la educación griega jugaron los poemas homéricos difícilmente se puede exagerar a la vista de afirmaciones como las de Platón *Rep.*, 606 e: «ha educado la Hélade». Algo semejante indica Heródoto, II 53, 2, al afirmar que Hesíodo y Homero, entre otras cosas, «han dado a los dioses sus epítetos, han precisado sus prerrogativas y competencias y han señalado su fisonomía». El elevado número de papiros que contienen versos de Homero, algunos de ellos claramente escolares, muestra lo mismo. Las anécdotas que Plutarco, *Vida de Alcibíades* 7, 1-2, narra sobre la infancia de Alcibíades también indican la importancia de Homero en la educación, así como los riesgos a que el texto estaba sometido en la enseñanza escolar. En una anécdota es reprobado un maestro que no tenía un texto homérico, y, en otra, Alcibíades replica con desprecio a otro maestro que le dijo que tenía un texto corregido por él mismo. Un fragmento de Aristófanes, *Los convidados* (frag. 233, 1-2 Kassel-Austin), presenta a un padre preguntando el significado de algunas palabras oscuras *(glossai)* homéricas.

Una tercera fuente de divergencias en el texto de los poemas épicos procede del uso del prestigio homérico para conseguir unos objetivos políticos concretos. Ya nos hemos referido a las acusaciones que un desconocido historiador de Mégara llamado Diéuquidas, citado por Diógenes Laercio, I 57, en su vida de Solón, dirigía contra Pisístrato por haber intercalado los versos II 546-558 del catálogo de las naves, en los que aparece el contingente ateniense en Troya.

Añadamos que, según Plutarco, *Vida de Teseo* 20, 1-2, otro escritor de Mégara llamado Héreas acusaba también a Pisístrato de haber interpolado *Odisea* XI 631, para elogiar a Teseo. Algunos escolios (cf. A a *Ilíada* III 230, IV 273; B a II 557) y Aristóteles, *Retórica* 1375 b 30, dan otras informaciones sobre otras pretendidas interpolaciones o sobre el uso del texto homérico con fines políticos. Ya hemos visto más arriba que parece verosímil que estas informaciones dispersas hayan dado lugar en época helenística a la teoría sobre la llamada «redacción pisistrática», de la que la primera fuente es Cicerón, *De orat.* III 137.

Desde finales del siglo v a. C., las referencias a la escritura comienzan de repente a hacerse cada vez más frecuentes, como prueban las numerosas alusiones que se hallan en las tragedias y comedias (cf. R. Pfeiffer, *History of classical scholarship. From the beginnings to the end of the hellenistic age*, Oxford, 1968, 25 ss.). En conjunto, se puede sospechar que la difusión escrita de la obra literaria pasa por entonces a ser el vehículo esencial de transmisión de la literatura en detrimento de la audición y la pura difusión oral. La primera mención de la lectura como entretenimiento aparece en el *Erecteo* de Eurípides (frag. 370 Nauck), datada entre 424-1 a. C. Poco después (405) se sitúa la alusión a la lectura de la *Andrómeda* de Eurípides en Aristófanes, *Ranas* 52 s. y 1114. El comercio de libros en Atenas aparece en numerosos fragmentos de la comedia, aunque las primeras referencias datadas son las de Aristófanes, *Aves* (974 ss., 1024 ss., 1288), representada el 414. En el siglo IV hay noticias acerca de personas que poseían buenas colecciones de libros (cf. Jenofonte, *Memorables* IV 2, 1 ss.). La extensión del comercio de libros y el uso de Homero en la escuela deben de haber contribuido a la aparición de un buen número de copias de los poemas homéricos. No hay ninguna razón para suponer que estas copias pretendieran conservar la literalidad de los poemas; más bien todo induce a pensar que entre unas y otras versiones escritas habría divergencias, cuya importancia no podemos determinar tampoco. Las citas homéricas de los escritores áticos, de Platón en particular, muestran, junto a coincidencias notables en el número de versos y en la presencia de ciertos pasajes que han sido discutidos (el fin de

la *Odisea*, la mención de los atenienses en el catálogo, etc.), discrepancias indudables con respecto al texto de nuestras ediciones. Algunas parecen ser erróneas, y de éstas no todas han de ser atribuidas al hábito de citar de memoria, sino que han de ser consecuencia de divergencias en el texto. Es llamativo que Platón *(Ión* 537 b) y Jenofonte *(Banq.* I 6), al citar *Ilíada* XXIII 335, discrepen entre ellos y también de las ediciones modernas. Todo ello indica que no parece haber existido nada que pueda considerarse como una vulgata ateniense del siglo VI a la que remontarían todas las ediciones posteriores. Por supuesto, siendo esto así, no existe ninguna posibilidad de reconstruir algo parecido a un texto común ático, a favor de cuya existencia no parece haber argumentos y sí algunos indicios en contra.

Estas revisiones del texto homérico han sido sin duda muy diferentes según la calidad del autor de cada una. Sin embargo, en conjunto tienen mala fama en las fuentes, como muestra la anécdota que narra Plutarco, *Vida de Alcibíades* 7, 2, a la que nos hemos referido, y la historia que Diógenes Laercio, IX 113, narra sobre Timón, que respondió a Arato, cuando éste le interrogaba sobre cómo obtener un texto fiable de Homero, que buscara una copia antigua que no hubiese sido revisada. En el otro extremo debían de estar la edición de la *Ilíada* de Antímaco de Colofón alrededor del 400 a. C. *(schol.* a *Ilíada* I 298, etc.), otra de un Eurípides, sobrino del trágico (cf. Eustacio a *Ilíada* II 865, 366, 13 ss. = Van der Valk, I, págs. 577, 5 ss.), que añadía dos versos (848 a y 866 a), y la revisión que Alejandro llevó a Asia y con la que dormía todas las noches, conocida con el nombre de «la del cilindro», cuyo autor, según Plutarco, *Vida de Alejandro* 8, 2-3, y otros, era el propio Aristóteles. La edición de Antímaco, la más antigua de que poseemos noticia, es citada con frecuencia por los escolios y, en consecuencia, es seguro que era usada por los filólogos de Alejandría. Por el contrario, la revisión de Aristóteles, que en cualquier caso escribió seis libros de *Problemas homéricos*, de los que sólo se conservan algunos fragmentos, no es citada nunca. Las citas aristotélicas de Homero difieren más de nuestras ediciones que las de Platón.

c) *Las ediciones de las ciudades*

La adopción de un texto oficial de los poemas homéricos en Atenas no debió de ser un fenómeno excepcional en las ciudades-estado griegas. Por un lado, Plutarco, *Vida de Licurgo* 4, 3-4, siguiendo información tomada de Heraclides Póntico, autor del siglo IV a. C., indica que fue el propio legislador quien llevó el primer texto homérico a Esparta. Por otro lado, los escolios mencionan con relativa frecuencia las ediciones de las ciudades, entre las cuales están ciudades tan distantes como Marsella y Sinope, en el mar Negro, además de Argos, Quíos, Chipre, Creta y Eólide. Ignoramos la cronología de estas ediciones, aunque se ha supuesto sin razones suficientes que procederían como muy temprano del siglo II a. C. En todo caso, la mención de estas ediciones en los escolios indica que fueron usadas por los filólogos alejandrinos en sus ediciones y estudios sobre los poemas homéricos. No sabemos ni la cronología de estas ediciones ni si eran oficiales de las festividades o de las escuelas de estas ciudades, o si, por el contrario, designaban sólo ediciones que habían llegado a la Biblioteca de Alejandría desde esas ciudades. Una de estas ediciones es llamada «polística» por los escolios, a causa de su tendencia a incluir un número de versos superior a las restantes.

d) *Los papiros*

Los papiros conservados más antiguos pertenecen ya al siglo III a. C. y con ellos entramos en la fase histórica de la transmisión de los poemas homéricos. El número de papiros asciende paulatinamente hasta el siglo II d. C. y a partir de entonces desciende poco a poco hasta llegar al siglo VII d. C. En total, el número de papiros con texto homérico o con escolios, interpretaciones, comentarios, etc., asciende a más de setecientos (siendo los de la *Odisea* alrededor de la cuarta parte), abarcando alrededor de una quinta parte de la totalidad de los papiros literarios conservados; además, esta cantidad se sigue incrementando poco a poco. Algunos de ellos contienen una buena porción de uno u otro poema. En conjunto, los papiros más antiguos difieren no sólo de los manuscritos medievales conser-

vados hasta la actualidad, sino también de los papiros posteriores al 150 a. C. aproximadamente, tanto en el número de versos y de lecturas, como en las omisiones, aunque éstas en menor número. Además hay divergencias mutuas, excluyendo, por tanto, la uniformidad de la tradición anterior y la existencia de una vulgata prealejandrina. La mayoría de las variantes que contienen son banales y pretenden eliminar dificultades; las adiciones comprenden versos de naturaleza superflua. En cambio, los papiros posteriores a la mitad del siglo II tienen menos diferencias tanto entre sí como con el texto de los manuscritos medievales. Es de suponer que la razón de esta uniformidad estriba en que intentan reproducir el texto de las ediciones de los filólogos alejandrinos, al igual que los manuscritos medievales. En consecuencia, el texto establecido en la edición alejandrina poco anterior a esa fecha ha debido de convertirse en la vulgata reproducida por doquier, llevando a la desaparición de otras variantes antiguas. Con esto no parece concordar la mención ocasional en los escolios de una edición o de ediciones vulgares, a las que se les atribuye lecciones que coinciden, aunque no siempre, con la mayoría de los códices manuscritos medievales.

e) *Las ediciones alejandrinas*

Los primeros estudios filológicos sobre la obra de Homero merecedores de tal nombre se realizaron en la Biblioteca de Alejandría en el siglo III a. C. La primera actividad de la Biblioteca fundada por iniciativa de Ptolomeo I Lago, antiguo general de Alejandro y primer miembro de la dinastía de los Ptolomeos, consistió en el acopio de libros procedentes de todo el mundo griego. La llegada de textos homéricos de variada procedencia a Alejandría hizo que pronto se observaran las divergencias textuales existentes entre las copias, así como la necesidad de una edición propia de la Biblioteca, que sirviera como punto de referencia.

La primera edición de los poemas de Homero fue llevada a cabo por Zenódoto de Éfeso, discípulo de Filitas de Cos, tutor de Ptolomeo II (rey entre 288 y 247 a. C.), primer bibliotecario y seguramente colaborador en la recolección de textos literarios griegos. El con-

tenido y el valor de su edición crítica de los poemas de Homero sólo puede ser juzgado a través de los escolios, notas marginales que se leen en algunos manuscritos y que resumen los comentarios de los filólogos de época posterior. Éstos casi sólo citan a Zenódoto cuando las ediciones posteriores, Aristarco en particular, discrepaban de su lectura. Como Zenódoto no escribió ningún comentario en el que justificara su texto, las razones que los escolios atribuyen a veces a las decisiones de Zenódoto deben de proceder de la conservación de una tradición oral de sus enseñanzas o, más bien, de la pura especulación. El texto editado por Zenódoto era más conciso que la vulgata posterior y, en la medida en que los ejemplos procedentes de la información de los escolios permiten averiguarlo, estaba basado en lecturas documentadas, no en conjeturas propias (cf. R. Pfeiffer, *History of classical scholarship*, I, Oxford, 1968, 105 ss.). Aparte de excluir un número de versos incluidos en las ediciones posteriores, aunque marcados con una señal, marcó otros con un signo crítico llamado *obelós*, una línea horizontal que indicaba que su genuinidad era dudosa. Esta indicación de sospecha acerca de la legitimidad de un verso se denomina atétesis.

El interés de Zenódoto por Homero no es una excepción. En Alejandría, sus contemporáneos Calímaco y Teócrito reaccionaron con su poesía ante la epopeya tradicional; sus sucesores en el cargo de la Biblioteca Real de Alejandría, Apolonio de Rodas, que escribió un *Contra Zenódoto*, y Eratóstenes, imitaron o estudiaron ciertos aspectos como la cronología de Homero. Fuera de Alejandría hay noticias de una edición de Arato, el autor de los *Fenómenos*. En la siguiente generación hubo otra edición del poeta Riano de Creta, que los escolios citan con relativa asiduidad.

La segunda gran edición de los poemas homéricos fue realizada por Aristófanes de Bizancio, director de la Biblioteca de Alejandría entre 195 y 180 a. C. Esta edición es menos conocida que la de Zenódoto, pues, como Aristarco discrepaba menos de Aristófanes que de Zenódoto, su edición es citada menos veces por los escolios. Además, Aristófanes y Aristarco comparten un conservadurismo más acusado que el de Zenódoto, de modo que las exclusiones se hicieron más raras. En general se puede afirmar que el texto de la *Ilíada*

fue haciéndose más largo en el curso de las ediciones de los eruditos alejandrinos. Los escolios afirman con relativa frecuencia acerca de un verso o de una pareja de versos que «Zenódoto no lo escribía» o que lo añadieron «algunos», los *«grammatistaí», los «sofistaí»* o los *«diorthotaí»*. Al contrario, en otros pasajes los eruditos alejandrinos creían haber detectado ciertas adiciones, que, no obstante, editaban, aun señalando los versos con signos críticos. Por lo demás, Aristófanes perfeccionó el sistema de signos críticos, cuyo uso paliaba en parte la ausencia de un comentario que no escribió y que, como en el caso de Zenódoto, podría haber justificado las decisiones adoptadas en el texto. Su edición era la primera de la que tenemos constancia de que tenía signos de puntuación. Su influencia en la tradición parece haber sido limitada, pues sólo alrededor de la mitad de las lecturas que se le atribuyen aparece alguna vez en los códices.

El discípulo más notable de Aristófanes y el autor de la edición definitiva de los poemas homéricos en la Antigüedad es Aristarco de Samotracia *(circa* 215 — *circa* 144 a. C.), a cuya labor e influencia hay que atribuir seguramente el cambio que se observa en el texto de los papiros desde mediados del siglo II a. C. y la uniformidad que a partir de entonces posee el texto homérico. Alrededor del 180 sucedió al frente de la Biblioteca de Alejandría a Apolonio Eidógrafo, sucesor de Aristófanes. Los disturbios del 144 a. C., cuando Ptolomeo VIII Evérgetes II o Fiscón asesinó a su sobrino Ptolomeo VII y usurpó su trono, obligaron a Aristarco y a muchos de sus discípulos a huir a Chipre. A resultas de ello, la Biblioteca sufrió una profunda crisis, como muestra el hecho de que fuera nombrado bibliotecario un funcionario militar. La información de los escolios hace probable (cf. Pfeiffer, *History of classical scholarship*, I, Oxford, 1968, 214 ss.) que Aristarco escribiera primero un comentario basado en el texto de Aristófanes, más tarde una nueva edición, y luego un nuevo comentario sobre su propia edición, de la que discípulos suyos hicieron una segunda recensión. Así se explicaría el hecho de que los escolios mencionen a veces dos ediciones de Aristarco. Además escribió numerosas monografías de carácter polémico acerca de diversos aspectos de los poemas homéricos, entre los que

hay discusiones contra Comano, uno de sus detractores, y contra Jenón, uno de los corizontes.

La relativa uniformidad de los papiros posteriores a esta época y de los códices medievales, en todos los cuales han desaparecido las profundas diferencias en el número de versos y en la forma lingüística, induce a pensar que el texto de Aristarco se ha impuesto con carácter general. Sin embargo, los escolios informan acerca de muchos pasajes en los que la lectura de Aristarco no coincidía con la vulgata. En total, de las algo menos de novecientas lecturas que los escolios documentan como de Aristarco, según la información de T. W. Allen *(Homeri Ilias* I Prolegomena, 199 s.), sólo algo menos del diez por ciento se ha impuesto en la tradición, mientras que casi la mitad de ellas o no aparece en ningún manuscrito o sólo en alguno aislado. De las lecciones de Aristarco, sólo un grupo minoritario es regular o frecuente en los manuscritos. Esto plantea el delicado problema de determinar el origen de la vulgata que parecen representar los códices manuscritos medievales y la inmensa mayoría de los papiros posteriores al siglo II a. C. Se ha supuesto que existía una vulgata, mencionada por los escolios, sobre la que la crítica alejandrina no fue capaz de ejercer su influencia, pero es más probable que el texto editado por Aristarco sea el que se ha convertido en vulgata, y que la aparente contradicción resulte de que el texto editado por Aristarco no siempre coincidía con el que prefería su juicio personal. Si esto es así, estaríamos ante una prueba fehaciente de que Aristarco distinguía nítidamente entre lo que su criterio personal habría preferido y lo que la documentación manuscrita e histórica imponía. Entre los documentos que Aristarco usaba debía de valorar de manera especial algún o algunos ejemplares atenienses, cuyo texto, no obstante, era a veces objeto de su desacuerdo y su crítica. Con esto concuerda el barniz ático de la redacción y el hecho de que Aristarco consideraba a Homero como ateniense (cf. *Vita. Hom.* ed. Allen, II 13, V 7-8; Proclo, 58-62 Severyns).

Por lo demás, la edición de Aristarco usaba, alterando en parte su significado, los signos críticos marginales que ya Zenódoto había empleado. En cuanto a la valoración de sus procedimientos filológicos, es difícil dar un juicio contundente, aunque, en todo caso, cuando

los escolios ofrecen información, se observa que las lecturas de Aristarco concuerdan con las de otras ediciones anteriores, circunstancia que parece indicar que Aristarco se separaba de la vulgata con apoyos documentales, al menos con frecuencia. Además, las lecciones parecen responder a veces a ciertas ideas sistemáticas sobre la lengua de los poemas. Aristarco expuso por escrito en comentarios separados del texto el valor concreto que atribuía a cada signo y, en general, todas las observaciones y discusiones sobre el propio texto editado. Hemos de suponer que tales comentarios, destinados a un círculo de eruditos, tuvieron una difusión muy limitada, mucho menor en todo caso que el propio texto editado, y que, por tanto, influyeron poco sobre la edición propiamente dicha. Contra esta interpretación, que atribuye más influencia a la edición de Aristarco de lo que ha sido común, parecen militar las referencias ocasionales de los escolios a la o a las ediciones «comunes», aunque las lecturas que los escolios adscriben a esta edición no siempre coinciden con las de los manuscritos medievales.

Las fuentes antiguas también indican que en el círculo de Aristarco se realizó la división de la *Ilíada* y de la *Odisea* en veinticuatro cantos y que a cada canto se le asignó una de las letras del alfabeto milesio. Ya desde Heródoto y la literatura ática se usan títulos específicos para citar ciertos episodios de la *Ilíada*.

f) *Los escolios*

Después de Aristarco, el texto de los poemas homéricos y de la *Ilíada*, en particular, ha sufrido alteraciones mínimas. En lo sucesivo, el interés básico se centró en la conservación de las explicaciones e interpretaciones de Aristarco, expuestas en sus comentarios independientes del texto. Éstos no se han conservado, pero poseemos informaciones indirectas acerca de su contenido. En 1781, el francés J.-B. d'Ansse de Villoison redescubrió en Venecia dos códices manuscritos, de los siglos X y XI respectivamente, que, procedentes de la biblioteca de Juan Aurispa, habían sido llevados por el cardenal Besarión en el siglo XV de Constantinopla a Venecia, donde habían quedado olvidados en la Biblioteca Marciana. Ambos contie-

nen notas marginales (el del siglo x tiene tres series: en los márgenes, otras entre texto y márgenes, y una tercera entre las líneas, además de signos críticos empleados de manera sistemática), que fueron publicadas por primera vez en 1788, en Venecia, junto con la edición de la *Ilíada* y otros grupos de escolios ya conocidos con anterioridad. De los publicados entonces por vez primera, el códice manuscrito más antiguo es el *Venetus Graecus* 822 (antes *Marcianus* 454), que quizá es copia del ejemplar que perteneció a Aretas (*ca.* 862-932), discípulo de Focio y arzobispo de Cesarea, que reunió a lo largo de su vida un buen número de códices con obras de la literatura griega. Este esmerado códice, para el que se usa comúnmente la sigla A en las ediciones, contiene suscripciones al final de la mayoría de los cantos, en los que se hace referencia al comentario de los «cuatro hombres»: Dídimo, *Sobre la edición de Aristarco*; Aristonico, *Sobre los signos de la Ilíada y de la Odisea*, en referencia a los signos críticos utilizados por Aristarco en su edición (ambos de época de Augusto); Nicanor, *Sobre la puntuación* (1.ª mitad del siglo II d. C.); y Herodiano, *Sobre la acentuación* (2.ª mitad del siglo II d. C.).

De entre ellos, el más notable es Dídimo, autor de tal número de libros que, según el malévolo dicho de sus contemporáneos, era incapaz de recordar todo lo que había escrito. Entre otras obras, Dídimo fue autor de una monografía *Sobre la edición de Aristarco*, en la que hemos de suponer que comentaba el texto de Aristarco y en ocasiones daba sus opiniones, y de otros comentarios sobre la *Ilíada* y la *Odisea*, con informaciones exegéticas y mitográficas. Tanto estos escolios como los comentarios de Eustacio, arzobispo de Tesalónica desde 1175, han utilizado como fuente un mismo resumen, elaborado por dos desconocidos cuyos nombres son Apión y Herodoro, quienes, a su vez, parecen depender de la compilación realizada en el siglo V o VI d. C. por un Nemesión del comentario de los «cuatro hombres». De este resumen, independiente de la edición e incómodo de manejar, se habrían tomado los datos para incorporarlos como notas marginales en el mismo códice que el texto. A las notas marginales procedentes del resumen se habrían añadido otras relativas al contenido.

Otros códices manuscritos de la *Ilíada* también contienen notas marginales distintas; las más importantes son las que en conjunto se conocen como escolios exegéticos, conservados en el *Venetus Graecus* 821 (antes *Marcianus* 453), del siglo XI, que se suele siglar con B y que constituye un grupo homogéneo (b) con otros códices manuscritos (entre los que se encuentran dos de El Escorial), y en el T «Townleianus» o códice Burney 86 del Museo Británico (editado por primera vez junto con todo el material restante conocido por C. G. Heyne, en 1802). Los escolios de ambos códices, con los cuales forman un grupo otros procedentes de un códice de Leipzig y los del *Genevensis* 44, del siglo XIII (utilizados por Henricus Stephanus en su edición titulada *Poetae Graeci Principes heroici carminis*, de 1566, y editados por J. Nicole, en 1891) proceden de la misma tradición (c) que los de A y que en parte remontan a Aristarco, pero sobre todo al final de la época helenística, aunque contienen también textos de época posterior, procedentes quizá de obras como las perdidas *Cuestiones homéricas* de Porfirio. Algunos papiros conservan también escolios, entre los que destaca el papiro de Oxirrinco 221, atribuido a Amonio, el discípulo y continuador de Aristarco, con un prolijo comentario a los versos 1-363 de *Ilíada* XXI.

Los escolios a los que nos hemos referido hasta ahora se conocen como *scholia maiora* o *vetera*. Los scholia *minora* o escolios didimeos (D), llamados así por haber sido atribuidos a Dídimo, fueron editados por Juan Láscaris en 1519 y forman en teoría un grupo distinto, aunque no siempre fácilmente separable, porque no aparecen en códices concretos y distintos de los restantes códices, sino, aunque sólo sea parcialmente, en los mismos códices. En general contienen breves notas de carácter lexicográfico, cuyo origen cronológico se hace remontar a época antigua, o largas explicaciones con influencia ocasional de Aristarco sobre historia, geografía y mitología, cuya datación se atribuye a una época posterior a Porfirio.

Existen otros códices que contienen escolios y que sólo en parte coinciden con todos o con algunos de los grupos precedentes. Entre ellos hay que mencionar los llamados escolios Aloysii Alamanni, incluidos en la edición anónima de Cambridge, de 1689 (cf. Allen,

Homeri Ilias I, Prolegomena, 260 ss.); los *scholia* Leidensia; los Lipsiensia; etc.

g) *La transmisión en Bizancio*

En cuanto al propio soporte material en el que se ha transmitido el texto de la *Ilíada*, hay que imaginar que hacia el siglo II d. C. la edición en diferentes rollos de papiro fue sustituida por la nueva copia realizada en volúmenes de forma de libro, conforme al proceso que ha sido común en muchas otras obras de la literatura griega; igualmente, es probable que poco después se haya pasado del papiro al pergamino. La sustitución del rollo por la edición con forma de libro ha debido de favorecer el abandono de los volúmenes independientes para el comentario y la incorporación del contenido de los comentarios al propio libro mediante la utilización de los espacios marginales. El cierre de la Escuela de Atenas en el 529 por orden de Justiniano marca el comienzo de una nueva época, en la que la copia y el estudio de las obras clásicas sufrió un frenazo, prácticamente hasta poco después del 800, cuando la emperatriz Teodora acaba con un siglo de disputas entre iconoclastas e iconodulos, restaura transitoriamente el culto de las imágenes y restablece el papel de los escritores antiguos en las escuelas. Alrededor de esos años la antigua mayúscula uncial comienza a ser sustituida por la minúscula en Constantinopla. La sustitución del tipo de letra es, en parte, un resultado del incremento de la demanda de ejemplares de las obras de la literatura griega antigua. Es de suponer que en esta época no todas las copias en minúscula de la *Ilíada* se realizaron a partir del mismo original, sino que existían al menos varios ejemplares unciales sobre los que se elaboraron distintas copias. El resultado de la ausencia de un modelo único es que los códices conservados de la *Ilíada* no proceden en su totalidad de un único arquetipo o modelo común. Allen (*Homeri Ilias* I, Prolegomena, 93 ss.) identificó para la *Ilíada* veinticuatro familias distintas de códices, aunque la corrección constante de las copias ha producido contaminación general entre las distintas familias de códices. Por eso la identificación de

las familias no presupone el establecimiento de la historia de la transmisión del texto.

A partir de la mitad del siglo XIV, comienza el flujo de códices griegos procedentes de Bizancio hacia Europa occidental, en particular hacia Italia. El progresivo conocimiento de la literatura griega, difundida primero por los eruditos bizantinos que emigraban del Imperio Romano ante la presión turca, estimuló su difusión a grupos cada vez más amplios. La intensa demanda de las obras antiguas hizo que las copias de las mismas se multiplicaran; en efecto, los códices manuscritos de la *Ilíada* datados en los siglos XIV y XV son mayoría, y muchos de ellos se han conservado. Algunos de los copistas de esta época son personajes bien conocidos, tanto por su actividad y conocimientos como por las copias que han realizado y la pulcritud y calidad de sus trabajos.

Una fase radicalmente nueva comienza con la invención de la imprenta. La *editio princeps* de Homero fue compuesta por Demetrio Calcóndilas e impresa en Florencia por Demetrio Damilas. Fue publicada en 1488 y era copia de un manuscrito de una de las familias identificadas, pero desaparecido, probablemente destruido por los propios editores, como era costumbre de la época. A partir de entonces, la historia del texto homérico está vinculada a las sucesivas ediciones, una lista de las cuales aparece en W. Schmid, *Geschichte der griechischen Literatur,* I 1, Munich, 1929, 193, lista que está comentada por T. W. Allen, *Homeri Ilias,* I Prolegomena, p. 248 s., 258 ss. La única edición posterior completa de la *Ilíada* es la de P. Mazon en la colección Budé (París, 1937-8).

VII La influencia de la «Ilíada»

No es posible abordar en el marco de un breve prólogo a la traducción de la *Ilíada* un tema tan vasto como el de la influencia de la misma en la literatura y en el pensamiento occidental. Por ello nos conformaremos con remitir a algunas obras generales donde se

puede hallar una exposición detallada y más autorizada del tema. En conjunto, el capítulo de la *Introducción a Homero*, ed. L. Gil, Madrid, 1984 (= 1963) sobre «Homero y la posteridad» de M. Fernández-Galiano ofrece un conjunto numeroso de datos contrastados, así como múltiples referencias bibliográficas. Hay que añadir además las páginas (46 ss.) de su Introducción a la traducción de la *Odisea* de J. M. Pabón, publicada en esta misma colección, Madrid, 1982. Aparte de eso, las obras generales para el tema son W. Schmid y O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur*, I 1, Munich, 1929, 173 ss.; G. Finsler, *Homer in der Neuzeit von Dante bis Goethe*, Leipzig, 1912; J. E. Sandys, *A history of classical scholarship*, I-III, Cambridge, 1903-8; G. Highet, *La tradición clásica*, I-II, trad. esp., México, 1954. Numerosas referencias contienen también los dos volúmenes publicados de la *History of classical scholarship* de R. Pfeiffer, Oxford, 1968 y 1976 (trad. esp., Madrid, 1980 y 1981). Una orientación muy útil contienen las páginas de J. A. K. Thomson, «Homer and his influence», 1-15 de *A companion to Homer*, ed. A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, Londres, 1962; B. Snell, *Die Entdeckung des Geistes* (trad. española *Las fuentes del pensamiento europeo*, Madrid, 1965); y, especialmente, J. Griffin, *Homero*, trad. esp., Madrid, 1984, 56 ss.

Para la influencia de Homero en la literatura española hay que consultar especialmente J. Pallí Bonet, *Homero en España*, Barcelona, 1953. Los datos sobre las traducciones españolas de Homero se encuentran recogidos por primera vez en M. Menéndez-Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, vol. X, ed. E. Sánchez Reyes, Santander, 1953, 171-210. Además, cf. D. Ruiz Bueno en su Introducción a la traducción de la *Ilíada*, Madrid, 1956, 124 ss.

VIII. Bibliografía básica

a) Ediciones

D. B. Monro-T. W. Allen, *Homeri opera, I-II Iliadis*, Oxford, 1920[3].
P. Mazon, *Homère, Iliade, I-IV*, París, 1937-8.

W. LEAF, *The Iliad I-II,* Londres, 1900-2[2] (reimpresión, Amsterdam, 1960).

K. F. AMEIS-C. HENTZE, *Homers Ilias,* Leipzig-Berlín, 1947[8] (reimp. Amsterdam, 1965).

J. T. HOOKER, *Homer. Iliad III,* Bristol, 1979.

C. W. MACLEOD, *Homer, Iliad Book XXIV,* Cambridge, 1982.

M. M. WILLCOCK, *The Iliad of Homer, I-II,* Londres, 1978-1987.

G. S. KIRK, *The Iliad: a Commentary, I: books 1-4,* Cambridge, 1985; II: *books 5-8,* Cambridge, 1990.

Scholia Graeca in Homeri Iliadem ex codicibus aucta et emendata, ed. G. DINDORF (I-IV), Oxford, 1875; ed. E. Maass (V-VI), Oxford, 1888.

Scholia Graeca in Homeri Iliadem I-VI, ed. H. ERBSE, Berlín, 1969-1983.

Eustathii Commentarii ad Homeri Iliadem pertinentes, ed. M. VAN DER VALK, Lugduni Batavorum, I (1971), II (1976), III (1979), IV (1987).

b) Traducciones castellanas (cf. J. PALLÍ BONET, *Homero en España,* Barcelona, 1953)

J. GÓMEZ DE HERMOSILLA (Madrid, 1831); L. SEGALÁ Y ESTALELLA (Barcelona, Montaner y Simón, 1908, con innumerables ediciones y reimpresiones); D. RUIZ BUENO (Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1956); F. SANZ FRANCO (1971); F. GUTIÉRREZ (1980); L. A. DE CUENCA, canto I, *Poesía,* núm. 25, 1985-86, págs. 55-83; A. LÓPEZ EIRE (Salamanca, Cátedra, 1989); C. RODRÍGUEZ ALONSO (Madrid, Akal, 1989). Las traducciones mencionadas, excepto las dos últimas, aparecidas cuando ya la presente traducción estaba terminada, han sido utilizadas en la elaboración de la presente versión, además de la francesa de P. MAZON (París, Budé, 1937) y la inglesa de R. FITZGERALD (Oxford, Oxford University Press, 1984).

c) Estudios

F. RODRÍGUEZ ADRADOS, M. FERNÁNDEZ-GALIANO, L. GIL, J. S. LASSO DE LA VEGA, *Introducción a Homero,* Madrid, 1984 (= 1963).

M. W. EDWARDS, *Homer, poet of the Iliad,* Baltimore, 1987.
J. GRIFFIN, *Homer on life and death,* Oxford, 1980.
—, *Homero,* trad. esp., Madrid, 1984.
A. HEUBECK, *Die homerische Frage,* Darmstadt, 1984.
Homer. Tradition und Neurerung, ed. J. Latacz, Darmstadt, 1979.
G. S. KIRK, *The songs of Homer,* Cambridge, 1962.
—, *Homer and the epic,* Cambridge, 1965.
A. LESKY, *Historia de la literatura griega,* trad. esp., Madrid, 1968.
—, «Homeros», *Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft,* 11 Suppl.-Band (1967).
P. MAZON, P. CHANTRAINE, P. COLLART, R. LANGUMIER, *Introduction à l'Iliade,* París, 1937.
D. L. PAGE, *History and the Homeric Iliad,* Berkeley, 1959.
A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica,* Madrid, 1975.
W. SCHMID-O. STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur, I Teil. Die klassische Periode der griechischen Literatur, 1 Band Die griechische Literatur vor der attischen Hegemonie,* Munich, 1959 (= 1929).
A. J. B. WACE-F. H. STUBBINGS, *A Companion to Homer,* Londres, 1962.

IX. NOTA A LA TRADUCCIÓN

La traducción que sigue está en prosa y pretende, sobre todo, verter con precisión el contenido del original, aun a sabiendas de la enorme distancia que separa la lengua homérica del español actual. Cada línea de mi traducción corresponde casi sin excepción al contenido de cada hexámetro. En la medida de lo posible, el orden de palabras de la traducción es el mismo que el del original. Las fórmulas repetidas del texto original tienen una traducción también repetida. Cada término distinto en griego se corresponde casi siempre a un término distinto en la traducción. Las notas han sido reducidas al mínimo y sólo pretenden orientar la lectura, nunca exhibir erudición.

CANTO I

La cólera [1] canta, oh diosa, del Pelida Aquiles,
maldita, que causó a los aqueos incontables dolores,
precipitó al Hades muchas valientes vidas
de héroes y a ellos mismos los hizo presa para los perros
y para todas las aves —y así se cumplía el plan de Zeus—,
desde que por primera vez se separaron tras haber reñido
el Atrida, soberano de hombres, y Aquiles, de la casta de Zeus.
¿Quién de los dioses lanzó a ambos a entablar disputa?
El hijo de Leto y de Zeus. Pues, irritado contra el rey,
una maligna peste suscitó en el ejército, y perecían las huestes
porque al sacerdote Crises había deshonrado
el Atrida. Pues aquél llegó a las veloces naves de los aqueos
cargado de inmensos rescates para liberar a su hija,
llevando en sus manos las ínfulas del flechador Apolo
en lo alto del áureo cetro, y suplicaba a todos los aqueos,
pero sobre todo a los dos Atridas, ordenadores de huestes:
«¡Oh Atridas y demás aqueos, de buenas grebas!
Que los dioses, dueños de las olímpicas moradas, os concedan

---

[1] La primera palabra del poema cumple la misma función que el título en los libros modernos. También en la primera frase se indica a partir de qué momento de la leyenda comienza el poema. Los escolios dan títulos a distintas partes del poema, muchas de las cuales coinciden con un canto completo; en el caso del canto I, el título tradicional es el de «Cólera» *(Ménis)*.

saquear la ciudad de Príamo y regresar bien a casa;
pero a mi hija, por favor, liberádmela y aceptad el rescate
por piedad del flechador hijo de Zeus, de Apolo.»
Entonces todos los demás aqueos aprobaron unánimes
respetar al sacerdote y aceptar el espléndido rescate,
pero no le plugo en su ánimo al Atrida Agamenón,
que lo alejó de mala manera y le dictó un riguroso mandato:
«Viejo, que no te encuentre yo junto a las cóncavas naves,
bien porque ahora te demores o porque vuelvas más tarde,
no sea que no te socorran el cetro ni las ínfulas del dios.
No la pienso soltar; antes le va a sobrevenir la vejez
en mi casa, en Argos, lejos de la patria,
aplicándose al telar y compartiendo mi lecho.
Mas vete, no me provoques y así podrás regresar sano y salvo.»
Así habló, y el anciano sintió miedo y acató sus palabras.
Marchó en silencio a lo largo de la ribera del fragoroso mar
y, yéndose luego lejos, muchas súplicas dirigió el anciano
al soberano Apolo, al que dio a luz Leto, de hermosos cabellos:
«¡Óyeme, oh tú, el de argénteo arco, que proteges Crisa
y la muy divina Cila, y sobre Ténedos imperas con tu fuerza,
oh Esminteo! [2]. Si alguna vez he techado tu amable templo
o si alguna vez he quemado en tu honor pingües muslos
de toros y de cabras, cúmpleme ahora este deseo:
que paguen los dánaos mis lágrimas con tus dardos.»
Así habló en su plegaria, y Febo Apolo le escuchó
y descendió de las cumbres del Olimpo, airado en su corazón,
con el arco en los hombros y la aljaba, tapada a ambos lados.
Resonaron las flechas sobre los hombros del dios irritado,
al ponerse en movimiento, e iba semejante a la noche [3].

---

[2] El epíteto o bien es un derivado de un nombre de un topónimo de la Tróade o bien hace referencia a la creencia de que el dios Apolo libera de las pestes de ratones caseros. La invocación que aquí hace Crises obedece a la peste que en seguida enviará Apolo contra los aqueos.

[3] Es decir, «negro de ira».

Luego se sentó lejos de las naves y arrojó con tino una saeta;
y un terrible chasquido salió del argénteo arco.
Primero apuntaba contra las acémilas y los ágiles perros;
mas luego disparaba contra ellos su dardo con asta de pino
y acertaba; y sin pausa ardían densas las piras de cadáveres.
Nueve días sobrevolaron el ejército los venablos del dios,
y al décimo Aquiles convocó a la hueste a una asamblea:
se lo infundió en sus mientes Hera, la diosa de blancos brazos,
pues estaba inquieta por los dánaos, porque los veía muriendo.
Cuando se reunieron y estuvieron congregados,
levantóse y dijo entre ellos Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Oh Atrida! Ahora creo que de nuevo a la deriva
regresaremos, en caso de que escapemos de la muerte,
si la guerra y la peste juntas van a doblegar a los aqueos.
Mas, ea, a algún adivino preguntemos o a un sacerdote
o intérprete de sueños —que también el sueño procede de Zeus—
que nos diga por lo que se ha enojado tanto Febo Apolo,
bien si es una plegaria lo que echa de menos o una hecatombe,
para ver si con la grasa de carneros y cabras sin tacha
se topa [4] y entonces decide apartar de nosotros el estrago.»
Tras hablar así, se sentó; y entre ellos se levantó
el Testórida Calcante, de los agoreros con mucho el mejor,
que conocía lo que es, lo que iba a ser y lo que había sido,
y había guiado a los aqueos con sus naves hasta Ilio
gracias a la adivinación que le había procurado Febo Apolo.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Aquiles! Me mandas, caro a Zeus, declarar
la cólera de Apolo, el soberano flechador.
Pues bien, te lo diré. Mas tú comprométete conmigo, y júrame
que con resolución me defenderás de palabra y de obra,
pues creo que voy a irritar a quien gran poder sobre todos
los argivos ejerce y a quien obedecen los aqueos.

---

[4] La parte de los sacrificios que arde y, al ascender al cielo, llega hasta los dioses.

Poderoso es un rey cuando se enoja con un hombre inferior:
incluso si en el mismo día digiere la ira,
mantiene el rencor aún más tarde, hasta satisfacerlo,
en su pecho. Tú explícame si tienes intención de salvarme.»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«Recobra el buen ánimo y declara el vaticinio que sabes.
Pues juro por Apolo, caro a Zeus, a quien tú, Calcante,
invocas cuando manifiestas vaticinios a los dánaos,
que mientras yo viva y tenga los ojos abiertos sobre la tierra,
nadie en las cóncavas naves pondrá sobre ti sus manos pesadas
de entre todos los aqueos, ni aunque menciones a Agamenón,
que ahora se jacta de ser con mucho el mejor de los aqueos.»
Y entonces ya cobró ánimo y dijo el intachable adivino:
«Ni es una plegaria lo que echa de menos ni una hecatombe,
sino que es por el sacerdote, a quien ha deshonrado Agamenón,
que no ha liberado a su hija ni ha aceptado el rescate,
por lo que el flechador ha dado dolores, y aún dará más.
Y no apartará de los dánaos la odiosa peste,
hasta que sea devuelta a su padre la muchacha de vivaces ojos
sin precio y sin rescate, y se conduzca una sacra hecatombe
a Crisa; sólo entonces, propiciándolo, podríamos convencerlo.»
Tras hablar así, se sentó; y entre ellos se levantó
el héroe Atrida, Agamenón, señor de anchos dominios,
afligido: de furia sus negras entrañas a ambos lados muy
llenas estaban, y sus dos ojos parecían refulgente fuego.
A Calcante en primer lugar dijo, lanzando malignas miradas:
«¡Oh adivino de males! Jamás me has dicho nada grato:
siempre los males te son gratos a tus entrañas de adivinar,
pero hasta ahora ni has dicho ni cumplido una buena palabra.
También ahora pronuncias ante los dánaos el vaticinio
de que por eso el flechador les está produciendo dolores,
porque yo el espléndido rescate de la joven Criseida
no he querido aceptar; pero es mi firme voluntad tenerla
en casa; pues además la prefiero antes que a Clitemnestra,
mi legítima esposa, porque no es inferior a ella

ni en figura ni en talla, ni en juicio ni en habilidad.
Pero, aun así, consiento en devolverla, si eso es lo mejor.
Yo quiero que la hueste esté sana y salva, no que perezca.
Mas disponedme en seguida otro botín; que no sea el único
de los argivos sin recompensa, porque tampoco eso está bien.
Pues todos lo veis: lo que era mi botín se va a otra parte.»
Le respondió el divino Aquiles, de protectores pies:
«¡Oh gloriosísimo Atrida, el más codicioso de todos!
¿Pues cómo te van a dar un botín los magnánimos aqueos?
Ni conocemos sitio donde haya atesorados muchos bienes comunes,
sino que lo que hemos saqueado de las ciudades está repartido,
ni tampoco procede que las huestes los reúnan y junten de nuevo.
Mas tú ahora entrega esta joven al dios, y los aqueos
con el triple o el cuádruple te pagaremos, si alguna vez Zeus
nos concede saquear la bien amurallada ciudad de Troya.»
En respuesta le dijo el poderoso Agamenón:
«A pesar de tu valía, Aquiles igual a los dioses, no trates
de robármela con esa excusa; no me vas a engañar ni convencer.
¿Es que quieres que mientras tú sigues con tu botín, yo así
me quede sentado sin él, y por eso me exhortas a devolverla?
Sí, pero si me dan un botín los magnánimos aqueos
seleccionándolo conforme a mi deseo, para que sea equivalente;
mas si no me lo dan, yo mismo puede que me coja
el tuyo o el botín de Ayante, yendo por él, o el de Ulises
me llevaré y cogeré. Y se irritará aquel a quien yo me llegue.
Pero esto ya lo deliberaremos más tarde.
Ahora, ea, una negra nave botemos al límpido mar,
reunamos remeros a propósito, metamos en ella una hecatombe,
y a la propia Criseida, de bellas mejillas,
embarquemos; sea su único jefe uno de los consejeros,
Ayante o Idomeneo o Ulises, de la casta de Zeus,
o tú, oh Pelida, el más terrorífico de todos los hombres,
para que nos propicies al Protector, ofrendando sacrificios.»
Mirándolo con torva faz, replicó Aquiles, de pies ligeros:

«¡Ay! ¡Imbuido de desvergüenza, codicioso!
¿Cómo un aqueo te va a obedecer, presto a tus palabras,
para andar un camino o luchar valerosamente con los hombres?
No he venido yo por culpa de los troyanos lanceadores
a luchar aquí, porque para mí no son responsables de nada:
nunca hasta ahora se han llevado ni mis vacas ni mis caballos,
ni nunca en Ftía, de fértiles glebas, nutricia de hombres,
han destruido la cosecha, pues que en medio hay muchos
umbríos montes y también el resonante mar;
a ti, gran sinvergüenza, hemos acompañado para tenerte alegre,
por ver de ganar honra para Menelao y para ti, cara de perro,
de los troyanos [5]. De eso ni te preocupas ni te cuidas.
Además me amenazas con quitarme tú mismo el botín
por el que mucho pené y que me dieron los hijos de los aqueos.
Nunca tengo un botín igual al tuyo, cada vez que los aqueos
saquean una bien habitada ciudadela de los troyanos.
Sin embargo, la mayor parte de la impetuosa batalla
son mis manos las que la soportan. Mas si llega el reparto,
tu botín es mucho mayor, y yo, con un lote menudo, aunque grato,
me voy a las naves, después de haberme agotado de combatir.
Ahora me marcho a Ftía, porque realmente es mucho mejor
ir a casa con las corvas naves, y no tengo la intención
de procurarte riquezas y ganancia estando aquí deshonrado.»
Le respondió entonces Agamenón, soberano de hombres:
«Huye en buena hora, si ése es el impulso de tu ánimo;
no te suplico yo que te quedes por mí. A mi lado hay otros
que me honrarán, y sobre todo el providente Zeus.
Eres para mí el más odioso de los reyes, criados por Zeus [6],
porque siempre te gustan la disputa, las riñas y las luchas.

[5] La expedición de los diferentes estados griegos pretendía recobrar a Helena, raptada por Paris, y castigar la fechoría de los troyanos.

[6] Aunque Agamenón es el general en jefe de la expedición, hay otros reyes de estados y pueblos independientes, por lo que la autoridad de Agamenón es poco segura siempre y a veces puramente nominal.

Si grande es tu fuerza, es porque un dios te la ha otorgado.
Vete a casa con tus naves y con tus compañeros,
y reina entre los mirmídones; no me preocupo de ti,
ni me inquieta tu rencor. Pero te voy a hacer esta amenaza:
igual que Febo Apolo me quita a Criseida,
y yo con mi nave y con mis compañeros la voy a enviar,
puede que me lleve a Briseida, de bellas mejillas,
tu botín, yendo en persona a tu tienda, para que sepas bien
cuánto más poderoso soy que tú, y aborrezca también otro
pretender ser igual a mí y compararse conmigo.»
Así habló, y la aflicción invadió al Pelida, y su corazón
dentro del velludo pecho vacilaba entre dos decisiones:
o desenvainar la aguda espada que pendía a lo largo del muslo
y hacer levantarse a los demás y despojar él al Atrida,
o apaciguar su cólera y contener su furor.
Mientras revolvía estas dudas en la mente y en el ánimo
y sacaba de la vaina la gran espada, llegó Atenea del cielo;
por delante la había enviado Hera, la diosa de blancos brazos,
que en su ánimo amaba y se cuidaba de ambos por igual.
Se detuvo detrás y cogió de la rubia cabellera al Pelida,
a él solo apareciéndose. De los demás nadie la veía.
Quedó estupefacto Aquiles, giró y al punto reconoció
a Palas Atenea; terribles sus dos ojos refulgían.
Y dirigiéndose a ella, pronunció estas aladas palabras:
«¿A qué vienes ahora, vástago de Zeus, portador de la égida? [7].
¿Acaso a ver el ultraje del Atrida Agamenón?
Mas te voy a decir algo, y eso espero que se cumplirá:
por sus agravios pronto va a perder la vida.»
Díjole, a su vez, Atenea, la ojizarca diosa:
«Para apaciguar tu furia, si obedeces, he venido del cielo,
y por delante me ha enviado Hera, la diosa de blancos brazos,
que en su ánimo ama y se cuida de ambos por igual.

[7] La égida es el escudo de piel de cabra que es atributo de Zeus.

Ea, cesa la disputa y no desenvaines la espada con tu brazo.
Mas sí, injúrialo de palabra e indícale lo que sucederá.
Pues lo siguiente te voy a decir, y eso quedará cumplido:
un día te ofrecerá el triple de tantos espléndidos regalos
a causa de este ultraje: tú domínate y haznos caso.»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«Preciso es, oh diosa, observar la palabra de vosotras dos,
aunque estoy muy irritado en mi ánimo, pues así es mejor.
Al que les obedece, los dioses le oyen de buen grado.»
Dijo, y sobre la argéntea empuñadura puso la pesada mano.
En la vaina empujó de nuevo la enorme espada y no desacató
la palabra de Atenea. Y ésta marchó al Olimpo, a la morada
de Zeus, portador de la égida, junto a las demás deidades.
El Pelida de nuevo con dañinas voces
habló al Atrida y no depuso aún la ira:
«¡Ebrio, que tienes mirada de perro y corazón de ciervo!
Nunca tu ánimo ha osado armarse para el combate con la hueste
ni ir a una emboscada con los paladines de los aqueos:
eso te parece que es la propia muerte.
Es mucho más cómodo en el vasto campamento de los aqueos
quitar los regalos al que hable en contra de ti.
¡Rey devorador del pueblo, porque reinas entre nulidades!
Si no, Atrida, ésta de ahora habría sido tu última afrenta.
Mas te voy a decir algo y prestaré además solemne juramento:
por este cetro [8], que ya nunca ni hojas ni ramas
hará brotar, una vez que ha dejado en los montes el tocón,
ni volverá a florecer, pues el bronce le peló en su contorno
las hojas y la corteza, y que ahora en las palmas llevan
los hijos de los aqueos que administran justicias y velan
por las leyes de Zeus, y éste será para ti gran juramento:
añoranza de Aquiles llegará un día a los hijos de los aqueos

[8] Que debe de tener en la mano, pues en la asamblea el que está en uso de la palabra lleva el cetro.

sin excepción, y entonces no podrás, aunque te aflijas,
socorrerlos, cuando muchos bajo el homicida Héctor
sucumban y mueran. Y en tu interior te desgarrarás el ánimo
de ira por no haber dado satisfacción al mejor de los aqueos.»
Así habló el Pelida, y tiró al suelo el cetro,
tachonado con áureos clavos, y se sentó.
Y el Atrida al otro lado ardía de cólera. Entre ellos Néstor,
de meliflua voz, se levantó, el sonoro orador de los pilios,
de cuya lengua, más dulce que la miel, fluía la palabra;
durante su vida ya se habían consumido dos generaciones
de míseros mortales que con él se habían criado y nacido
en la muy divina Pilo, y ya de los terceros era soberano.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Ay! ¡Gran pena ha llegado a la tierra aquea!
Realmente, estarían alegres Príamo y los hijos de Príamo,
y los demás troyanos enorme regocijo tendrían en su ánimo,
si se enteraran de todo esto por lo que os batís los dos
que sobresalís sobre los dánaos en el consejo y en la lucha.
Mas hacedme caso; ambos sois más jóvenes que yo.
Ya en otro tiempo con varones aún más bravos que vosotros
tuve trato, y ellos nunca me menospreciaron.
Pues todavía no he visto ni creo que vaya a ver a hombres
como Pirítoo, Driante, pastor de huestes,
Ceneo, Exadio, Polifemo, comparable a un dios,
y Teseo Egeida, semejante a los inmortales [9].
Aquéllos fueron los terrestres que más fuertes se criaron.
Los más fuertes fueron y con los más fuertes combatieron,
con las montaraces bestias, que de modo asombroso aniquilaron.
Con ellos traté yo cuando acudí desde la lejana Pilo,
aquella remota tierra, pues ellos mismos me habían convocado.
Y yo combatí solo por mi propia cuenta. Contra aquéllos nadie

[9] Los héroes del pasado mencionados son lápitas de Tesalia que, ayudados por Teseo de Atenas, lucharon contra los Centauros cuando intentaron durante la celebración de las bodas de Pirítoo e Hipodamía raptar a las mujeres.

de los mortales que ahora pueblan la tierra habría combatido.
Y atendían mis consejos y hacían caso a mis palabras.
Mas hacedme caso también vosotros, pues obedecer es mejor.
Ni tú, aun siendo valeroso, quites a éste la muchacha;
dejásela, pues se la dieron como botín los hijos de los aqueos,
ni tú, oh Pelida, pretendas disputar con el rey
frente a frente, pues siempre ha obtenido honor muy distinto
el rey portador del cetro, a quien Zeus otorgó la gloria.
Y si tú eres más fuerte y la madre que te alumbró es una diosa [10],
sin embargo él es superior, porque reina sobre un número mayor.
¡Atrida, apacigua tu furia! Soy yo ahora quien te suplica
que depongas la ira contra Aquiles, que es para todos
los aqueos alto bastión que defiende del maligno combate.»
En respuesta le dijo el poderoso Agamenón:
«Sí que es, oh anciano, oportuno cuanto has dicho.
Pero este hombre quiere estar por encima de todos los demás,
a todos quiere dominar, sobre todos reinar,
y en todos mandar; mas creo que alguno no le va a obedecer.
Y si buen lanceador lo han hecho los sempiternos dioses,
¿por eso le estimulan a proferir injurias?»
Le interrumpió y respondió Aquiles, de la casta de Zeus:
«De verdad que cobarde y nulidad se me podría llamar
si es que voy a ceder ante ti en todo lo que digas.
A otros manda eso, pero no me lo
ordenes a mí, que yo ya no pienso obedecerte.
Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes:
con las manos yo no pienso luchar por la muchacha
ni contigo ni con otro, pues me quitáis lo que me disteis.
Pero de lo demás que tengo junto a la veloz nave negra,
no podrías quitarme nada ni llevártelo contra mi voluntad.
Y si no, ea, inténtalo, y se enterarán también éstos:
al punto tu oscura sangre manará alrededor de mi lanza.»
Tras reñir así con opuestas razones, ambos se levantaron

[10] Tetis.

y dieron fin a la asamblea junto a las naves de los aqueos.
El Pelida fue a sus tiendas y a sus bien equilibradas naves
con el Meneciada y con sus compañeros.
Y, por su parte, el Atrida botó al mar una veloz nave,
puso en ella veinte remeros elegidos, una hecatombe
cargó en honor del dios, y a Criseida, de bellas mejillas,
llevó y embarcó. Y como jefe montó el muy ingenioso Ulises.
Y tras subir, comenzaron a navegar por las húmedas sendas.
El Atrida ordenó a las huestes purificarse;
y ellos se purificaron y echaron al mar el agua lustral,
y sacrificaron en honor de Apolo cumplidas hecatombes
de toros y de cabras junto a la ribera del proceloso mar.
Y la grasa ascendió al cielo enroscándose en el humo.
De esto se ocupaban en el campamento; mas Agamenón no
olvidó la riña ni la amenaza proferida contra Aquiles;
por el contrario, dijo a Taltibio y a Euríbates,
que eran sus dos heraldos y diligentes servidores:
«Id ambos a la tienda del Pelida Aquiles,
y asid de la mano y traed a Briseida, la de bellas mejillas.
Y si no la entrega, yo mismo en persona puede que la coja
yendo con más; y eso será todavía más estremecedor para él.»
Tras hablar así, los despachó con este riguroso mandato.
Ambos mal de su grado, bordeando la ribera del proceloso mar,
llegaron a las tiendas y a las naves de los mirmídones,
y lo hallaron junto a la tienda y a la negra nave
sentado. Realmente no se alegró Aquiles al ver a ambos.
Los dos, por temor y respeto del rey,
se detuvieron sin atreverse a decir ni a preguntar nada.
Pero él se dio cuenta en sus mientes y les dijo:
«¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres!
Acercaos. No sois vosotros culpables de nada, sino Agamenón,
que a ambos ha despachado en busca de la joven Briseida.
Mas, ea, Patroclo, descendiente de Zeus, saca a la muchacha
y entrégasela para que se la lleven. Sean ambos testigos
ante los felices dioses y ante los mortales hombres,

y ante él, ante el implacable rey, si alguna otra vez
hay necesidad de mí para apartar un ignominioso estrago
de los demás. Pues con mente funesta se lanza ahora furioso
y no sabe mirar al mismo tiempo hacia delante y hacia atrás,
para que los aqueos luchen por él a salvo junto a las naves.»
Así habló, y Patroclo obedeció a su compañero,
y sacó de la tienda a Briseida, la de bellas mejillas,
y se la dio para llevarla. Volvieron a las naves de los aqueos,
y la mujer marchó con ellos de mala gana. A su vez, Aquiles
se apartó al punto de sus compañeros y se echó a llorar sentado
sobre la ribera del canoso mar, mirando al ilimitado ponto.
Muchas plegarias dirigió a su madre, extendiendo los brazos:
«¡Madre! Ya que me diste a luz para una vida efímera,
honor me debió haber otorgado el olímpico
Zeus altitonante. Ahora bien, ni una pizca me ha otorgado,
pues el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios, me
ha deshonrado y quitado el botín y lo retiene en su poder.»
Así habló vertiendo lágrimas, y le oyó su augusta madre
sentada en los abismos del mar al lado de su anciano padre
y al punto emergió, como nubareda de polvo, del canoso mar [11].
Se sentó delante de él, que seguía vertiendo lágrimas,
lo acarició con la mano, lo llamó con todos sus nombres y dijo:
«¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pena invade tus mientes?
Habla, no la ocultes en tu pensamiento, sepámosla ambos.»
Con hondos suspiros respondió Aquiles, de pies ligeros:
«Lo sabes. ¿Por qué relatarte todo eso que ya conoces?
Fuimos a Teba, la sacra ciudad de Eetión,
la saqueamos por completo y nos trajimos aquí todo.
Los hijos de los aqueos se distribuyeron el resto con equidad
y seleccionaron para el Atrida a Criseida, de bellas mejillas.
Entonces Crises, sacerdote de Apolo, que dispara de lejos,
llegó a las veloces naves de los aqueos, de broncíneas túnicas [12],

[11] Tetis, la madre de Aquiles, es una diosa marina, una hija de Nereo.
[12] El epíteto puede hacer referencia al escudo o a la coraza.

para liberar a su hija, cargado de inmensos rescates,
llevando en sus manos las ínfulas del flechador Apolo
en lo alto del áureo cetro, y suplicó a todos los aqueos,
pero, sobre todo, a los dos Atridas, ordenadores de huestes.
Entonces todos los demás aqueos aprobaron unánimes
respetar al sacerdote y aceptar el espléndido rescate;
pero no le plugo en su ánimo al Atrida Agamenón,
que lo alejó de mala manera y le dictó un riguroso mandato.
El anciano se marchó irritado. Y Apolo
le escuchó en su súplica, porque le era muy querido,
y lanzó contra los aqueos su funesto dardo. Las huestes
morían en rápida sucesión, y los venablos del dios recorrían
por doquier el vasto campamento de los aqueos. El adivino,
gracias a su saber, reveló el vaticinio del arquero,
y al instante yo mandé el primero que se aplacara al dios.
El Atrida entonces fue presa de la ira y al punto se levantó
y profirió una amenaza que ya está cumplida:
a la una con una veloz nave los aqueos, de vivaces ojos,
la acaban de enviar a Crisa y llevan regalos para el soberano;
y con la otra se han ido de mi tienda ahora mismo los heraldos,
con la muchacha de Briseo, que los hijos de los aqueos me dieron.
Mas tú, si puedes, socorre a tu hijo.
Ve al Olimpo y suplica a Zeus, si es que alguna vez en algo
has agradado el corazón de Zeus de palabra o también de obra;
pues a menudo te he oído en las salas de mi padre
jactarte, cuando afirmabas que de Zeus, el de oscuras nubes,
tú sola entre los inmortales alejaste un ignominioso estrago,
cuando quisieron atarlo entre todos los demás olímpicos,
Hera y también Posidón y Palas Atenea.
Mas tú, oh diosa, ascendiste y lo soltaste de las ataduras,
llamando de inmediato al espacioso Olimpo al Centímano,
a quien los dioses llaman Briáreo, y todos los hombres
Egeón, porque él es a su vez más fuerte que su padre [13],

[13] Los demás ejemplos en los que se menciona una denominación distinta

quien se sentó al lado del Crónida, ufano de su gloria;
los felices dioses sintieron miedo de él y ya no lo ataron.
Recuérdaselo ahora, siéntate a su lado y abraza sus rodillas,
a ver si quiere proteger a los troyanos
y acorralar en las popas y alrededor del mar a los aqueos
entre gran mortandad, para que todos disfruten de su rey,
y se entere el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,
de su yerro, por no dar satisfacción al mejor de los aqueos.»
Respondióle entonces Tetis, derramando lágrimas:
«¡Ay, hijo mío! ¿Por qué te crié si en hora aciaga te
di a luz? ¡Sin llanto y sin pena junto a las naves debiste
quedarte sentado, ya que tu sino es breve y nada duradero!
Temprano ha resultado ser tu hado e infortunado sobre todos
has sido; por eso, para funesto destino te alumbré en palacio.
A comunicar ese mensaje a Zeus, que se deleita con el rayo,
voy yo misma al muy nevado Olimpo, a ver si me hace caso.
Mas tú ahora, sentado junto a las naves, de ligero curso,
conserva tu cólera contra los aqueos y abstente del combate.
Zeus fue ayer [14] al Océano a reunirse con los intachables etíopes
para un banquete, y todos los dioses han ido en su compañía.
Al duodécimo día regresará al Olimpo,
y entonces yo iré a la morada, de broncíneo piso, de Zeus
y me abrazaré a sus rodillas, y creo que me hará caso.»
Tras hablar así, se marchó y lo dejó allí mismo,
irritado en su ánimo por la mujer, de bello talle,
que por la fuerza y contra su voluntad le habían quitado.
En tanto Ulises llegó a Crisa conduciendo la sacra hecatombe.
Cuando arribaron al interior del puerto, de múltiples simas,
arriaron velas y las depositaron en la negra nave,

---

en la lengua de los dioses y en la de los hombres son II 813 s., XIV 290 s., XX 74, *Od.* X 305, XII 61.

[14] Los versos 221 ss. anteriores dan por sentado que Zeus y las demás deidades están ese mismo día en el Olimpo. Otro período de once días, durante el que hay una tregua para el funeral de Héctor, se menciona en XXIV 664 ss. (cf. 784 ss.).

abatieron el mástil sobre la horquilla, arriándolo con cables
raudamente, y a remo impulsaron el barco hasta el fondeadero.
Echaron cameras anclas y ataron las amarras de popa.
Saltaron ellos mismos sobre la rompiente del mar
y sacaron la hecatombe en honor del flechador Apolo.
Y salió Criseida de la nave, surcadora del ponto.
Luego, el muy ingenioso Ulises la condujo hacia el altar,
la puso en manos de su padre y le dijo:
«¡Crises! Agamenón, soberano de hombres, me ha enviado
a traerte a tu hija y a ofrecer a Febo una sacra hecatombe
en favor de los dánaos, para propiciarnos al soberano,
que ahora ha dispensado deplorables duelos a los argivos.»
Tras hablar así, la puso en sus manos, y él acogió alegre
a su hija. Con ligereza la sacra hecatombe en honor del dios
colocaron seguidamente en torno del bien edificado altar
y se lavaron las manos y cogieron los granos de cebada majada.
Crises oró en alta voz, con los brazos extendidos a lo alto:
«¡Óyeme, oh tú, el de argénteo arco, que proteges Crisa
y la muy divina Cila, y sobre Ténedos imperas con tu fuerza.
Ya una vez antes escuchaste mi plegaria, y a mí me honraste
e infligiste un grave castigo a la hueste de los aqueos.
También ahora cúmpleme este otro deseo:
aparta ya ahora de los dánaos el ignominioso estrago.»
Así habló en su plegaria, y le escuchó Febo Apolo.
Tras elevar la súplica y espolvorear granos de cebada majada,
primero echaron atrás las testudes, las degollaron y desollaron;
despiezaron los muslos y los cubrieron con grasa
formando una doble capa y encima pusieron trozos de carne cruda.
El anciano los asaba sobre unos leños, mientras rutilante vino
vertía; al lado unos jóvenes asían asadores de cinco puntas.
Tras consumirse ambos muslos al fuego y catar las vísceras,
trincharon el resto y lo ensartaron en brochetas,
lo asaron cuidadosamente y retiraron todo del fuego.
Una vez terminada la faena y dispuesto el banquete,
participaron del festín, y nadie careció de equitativa porción.

Después de saciar el apetito de bebida y de comida,
los muchachos colmaron crateras [15] de bebida,
que repartieron entre todos tras ofrendar las primicias en copas.
Todo el día estuvieron propiciando al dios con cantos y danzas
los muchachos de los aqueos, entonando un peán [16] en el que
celebraban al Protector; y éste se recreaba la mente al oírlo.
Cuando el sol se puso y sobrevino la oscuridad,
se acostaron a lo largo de las amarras de popa de la nave,
y al aparecer la hija de la mañana, la Aurora, de rosados dedos,
se hicieron a la mar hacia el vasto campamento de los aqueos;
un próspero viento les enviaba el protector Apolo.
Izaron el mástil y desplegaron a lo alto las blancas velas,
el viento hinchó de pleno el velamen, y las rizadas olas
gemían a los lados de la quilla al compás del avance de la nave.
Y ésta surcaba olas abajo, llevando a término la ruta.
Mas una vez llegados al vasto campamento de los aqueos,
remolcaron la negra nave sobre tierra firme,
la vararon arriba en la arena y la calzaron con largas escoras;
y luego ellos se dispersaron por las tiendas y las naves.

Velaba su cólera sentado junto a las naves, de veloz curso,
el hijo de Peleo, descendiente de Zeus, Aquiles, de pies ligeros,
y ni frecuentaba la asamblea, que otorga gloria a los hombres,
ni el combate, sino que iba consumiendo su corazón
allí quieto y añoraba el griterío de guerra y la batalla.
Pero al llegar a partir de aquel día la duodécima aurora,
entonces volvieron al Olimpo los sempiternos dioses juntos
con Zeus a la cabeza. Tetis no había olvidado los encargos
de su hijo y emergió de las ondas del mar
y ascendió de mañana al elevado cielo y al Olimpo.

---

[15] Recipientes donde se mezcla el agua y el vino que luego se escancia en las copas. La transcripción correcta de la forma griega al castellano sería *cráter,* pero la transliteración caprichosa *cratera* o *crátera* se ha hecho común.

[16] Canto o grito de alegría con el que se invoca a Peán, nombre que a veces se aplica a Apolo.

Halló al Crónida, de ancha voz, sentado aparte de los demás
en la cumbre más elevada del Olimpo, lleno de riscos.
Se sentó delante de él mismo, le abrazó las rodillas
con la izquierda y, asiendo con la diestra su barba por debajo [17],
dijo, suplicante, al soberano Zeus Cronión:
«¡Padre Zeus! Si alguna vez entre los inmortales
te he favorecido de palabra o de obra, cúmpleme este deseo:
honra a mi hijo, sujeto al más temprano hado entre todos
y a quien, además, ahora Agamenón, soberano de hombres,
ha deshonrado y quitado el botín y lo retiene en su poder.
Mas tú véngalo, providente Zeus Olímpico,
e infunde poderío a los troyanos, hasta que los aqueos
den satisfacción a mi hijo y lo exalten de honores.»
Así habló, y nada respondió Zeus, que las nubes acumula,
y permaneció un rato sentado en silencio. Tetis, una vez asida
a sus rodillas, seguía así agarrada y preguntó por segunda vez:
«De verdad prométemelo y asiente a ello,
o deniégalo, ya que no cabe el temor en ti; así sabré bien
hasta qué punto soy la divinidad más vilipendiada entre todas.»
Muy enojado, le respondió Zeus, que las nubes acumula:
«¡Desastres se avecinan, pues me impulsarás a enemistarme
con Hera, cuando ella me provoque con injuriosas palabras!
Aun sin motivo, una y otra vez entre los inmortales dioses
me recrimina y afirma que protejo a los troyanos en la lucha.
Mas tú ahora márchate de nuevo, no sea que note algo
Hera. De mi cuenta quedará eso para cumplirlo.
¡Ea, asentiré con la cabeza, para que me hagas caso!
Entre los inmortales esta señal, viniendo de mí, es la prueba
más segura; pues es irrevocable, no tiene engaño
y no queda sin cumplir lo que garantizo con mi asentimiento.»
Dijo, y sobre las oscuras cejas asintió el Cronión;
y las inmortales guedejas del soberano ondearon
desde la inmortal cabeza, y el alto Olimpo sufrió una honda sacudida.

[17] Ésta es la postura típica y ritual del suplicante.

Los dos, tras deliberar así, se separaron. Ella entonces
se zambulló en el profundo mar desde el resplandeciente Olimpo,
y Zeus volvió a su morada. A una los dioses se incorporaron
de sus asientos a la vista del padre, y ninguno osó aguardar
quieto su llegada, pues todos se levantaron a su paso.
Sentóse allí, sobre el trono, y no ignoró Hera,
al verlo, que con él había trazado ciertos planes
Tetis, la de argénteos pies, la hija del marino anciano.
Al punto, con mordaces palabras dijo a Zeus Cronión:
«¿Qué dios, urdidor de dolos, ha trazado esta vez planes
contigo? Siempre te gusta deliberar cuando estás lejos de mí
y tomar decisiones clandestinas, y jamás hasta ahora conmigo
has sido benévolo ni has osado decirme el plan que proyectas.»
Le respondió entonces el padre de hombres y de dioses:
«Hera, no esperes realmente todos mis propósitos
conocer; difícil para ti será, aun siendo mi esposa.
El que convenga que escuches ningún otro
de los dioses ni de los hombres lo conocerá antes que tú;
mas de los que lejos de los dioses yo quiera decidir
ni preguntes por cada uno ni trates de indagarlos.»
Le respondió entonces la augusta Hera, de inmensos ojos:
«¡Atrocísimo Crónida! ¿Qué clase de palabra has dicho?
No es excesivo lo que a veces te pregunto y procuro indagar,
sino que muy tranquilo deliberas lo que quieres.
Mas ahora un temor atroz tengo en mi mente de que te engañe
Tetis, la de argénteos pies, la hija del marino anciano.
Pues al amanecer sentóse junto a ti y te abrazó las rodillas.
Creo que con tu veraz asentimiento le has garantizado honrar
a Aquiles y arruinar a muchos sobre las naves de los aqueos.»
En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«¡Desdichada! Siempre sospechas y no logro sustraerme a ti.
Nada, empero, podrás conseguir, sino de mi ánimo
estar más apartada. Y eso para ti aún más estremecedor será.
Si eso es así, es porque así me va a ser caro.
Mas siéntate en silencio y acata mi palabra,

no sea que ni todos los dioses del Olimpo puedan socorrerte
cuando yo me acerque y te ponga encima mis inaferrables manos.»
Así habló, y sintió miedo la augusta Hera, de inmensos ojos,
y se sentó en silencio, doblegando su corazón.
Se enojaron en la morada de Zeus los celestiales dioses,
y entre ellos Hefesto, el ilustre artífice, comenzó a hablar,
procurando complacer a su madre, Hera, la de blancos brazos:
«Calamitosas serán estas acciones y ya no tolerables,
si vosotros dos por culpa de unos mortales os querelláis así
y entre los dioses promovéis reyerta. Tampoco del banquete
magnífico habrá gusto, pues lo inferior está prevaleciendo.
A mi madre yo exhorto, aunque ella misma se da cuenta,
a que procure complacer al padre Zeus, para evitar que vuelva
a recriminarla mi padre y a nosotros nos perturbe el festín.
Pues el fulminador Olímpico incluso si quiere
de los asientos arrojarnos, es con mucho el más fuerte;
mas tú atráetelo con palabras halagadoras.
Entonces pronto el Olímpico nos será propicio.»
Así habló y alzando una copa de doble asa,
se la puso a su madre en la mano y le dijo:
«Soporta, madre mía, y domínate, aunque estés apenada;
que a ti, aun siéndome tan querida, no tenga que verte con mis ojos
apaleada. Entonces no podré, aun afligido,
socorrerte, pues doloroso es rivalizar con el Olímpico:
ya en otra ocasión a mí, ansioso de defenderte,
me arrojó del divino umbral, agarrándome del pie [18].
Y todo el día estuve descendiendo y a la puesta del sol
caí en Lemnos, cuando ya poco aliento me quedaba dentro.
Allí los sinties me recogieron nada más caer.»
Así habló, y se sonrió Hera, la diosa de blancos brazos,
y tras sonreír aceptó de su hijo en la mano la copa.

[18] Es probable que se refiera al incidente aludido en XV 18-24. Hubo además otra ocasión en la que Hefesto fue arrojado del Olimpo (cf. XVIII 394 ss.). Una o ambas caídas deben de explicar la cojera del dios.

Mas él a todos los demás dioses de izquierda a derecha
fue escanciando dulce néctar, sacándolo de la cratera.
Y una inextinguible risa se elevó entre los felices dioses,
al ver a Hefesto a través de la morada jadeando.
Así entonces durante todo el día hasta la puesta del sol
participaron del festín, y nadie careció de equitativa porción
ni tampoco de la muy bella fórminge, que mantenía Apolo,
ni de las Musas, que cantaban alternándose con bella voz.
Mas al ponerse la refulgente luz del sol,
se marcharon a acostarse cada uno a su casa,
donde a cada cuál una morada el muy ilustre cojitranco,
Hefesto, había fabricado con su mañoso talento.
También a su lecho marchó Zeus, el Olímpico fulminador,
donde descansaba cada vez que le llegaba el dulce sueño.
Allí subió y se durmió, y a su lado Hera, de áureo trono.

CANTO II

Los demás dioses y hombres, dueños de carros de guerra,
durmieron toda la noche, mas el grato sueño no dominaba a Zeus,
que dudaba en su mente cómo honrar a Aquiles
y aniquilar a muchos sobre las naves de los aqueos.
Y he aquí el plan que se le reveló el mejor en su ánimo:
enviar sobre el Atrida Agamenón al pernicioso Ensueño.
Y, dirigiéndose a él, le dijo estas aladas palabras:
«Anda, ve, pernicioso Ensueño, a las veloces naves
de los aqueos, y entra en la tienda del Atrida Agamenón
y declárale todo muy puntualmente como te encargo:
ordénale que arme a los aqueos, de melenuda cabellera,
en tropel: ahora podría conquistar la ciudad, de anchas calles,
de los troyanos, pues los dueños de las olímpicas moradas,
los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha doblegado
Hera con súplicas [19], y los duelos se ciernen sobre los troyanos.»
Así habló, y partió el Ensueño al oír este mandato.
Con presteza llegó a las veloces naves de los aqueos
y marchó sobre el Atrida Agamenón. Lo encontró
durmiendo en la tienda; el inmortal sueño se difundía alrededor.
Se detuvo sobre su cabeza, tomando la figura del hijo de Neleo,
Néstor, a quien de los ancianos más honraba Agamenón.
A él asemejándose, le dirigió la palabra el divino Ensueño:

[19] Sobre la causa del odio de Hera contra los troyanos, inexplicado en la *Ilíada*, véase págs. 69 s.

«Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos.
No debe dormir toda la noche el varón que tiene las decisiones,
a quien están confiadas las huestes y a cuyo cargo hay tanto.
Ahora atiéndeme pronto, pues soy para ti mensajero de Zeus,
que, aun estando lejos, se preocupa mucho por ti y te compadece.
Ha ordenado que armes a los aqueos, de melenuda cabellera,
en tropel: ahora podrías conquistar la ciudad, de anchas calles,
de los troyanos, pues los dueños de las olímpicas moradas,
los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha doblegado
Hera con súplicas, y los duelos se ciernen sobre los troyanos
por obra de Zeus. Guarda esto en tus mientes, y que el olvido no
te conquiste cuando el sueño, dulce para las mentes, te suelte.»
Tras hablar así, se marchó y lo dejó allí mismo
imaginando en su ánimo cosas que no se iban a cumplir:
estaba seguro de conquistar la ciudad de Príamo aquel día,
¡insensato!, no conocía las acciones que Zeus estaba tramando,
pues aún iba a causar dolores y gemidos
a troyanos y dánaos a lo largo de violentas batallas.
Se despertó del sueño; la divina voz aún se difundía alrededor.
Se sentó incorporándose, se puso la suave túnica,
bella y recién fabricada, y alrededor se echó el gran manto.
En los lustrosos pies se calzó unas bellas sandalias
y se colgó a hombros la espada, tachonada de clavos de plata.
Cogió el paterno cetro, siempre inconsumible,
y con él fue por las naves de los aqueos, de broncíneas túnicas.
La diosa Aurora subió al vasto Olimpo,
para anunciar la luz a Zeus y a los demás inmortales.
Él, por su parte, a los heraldos, de sonora voz, ordenó
convocar a asamblea a los aqueos, de melenudas cabelleras.
Aquéllos fueron pregonándola, y éstos se reunieron muy aprisa.
Mas antes citó a sesión al consejo de magnánimos ancianos
junto a la nestórea nave del rey nacido en Pilo.
A éstos convocó y les expuso su sagaz plan:
«¡Oídme, amigos! El divino Ensueño me ha venido en sueños
durante la inmortal noche; sobre todo a Néstor, de casta de Zeus,

en aspecto, talla y naturaleza muy de cerca se parecía.
Se ha detenido sobre mi cabeza y me ha dirigido estas palabras:
'Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos.
No debe dormir toda la noche el varón que tiene las decisiones,
a quien están confiadas las huestes y a cuyo cargo hay tanto.
Ahora atiéndeme pronto, pues soy para ti mensajero de Zeus,
que, aun estando lejos, se preocupa mucho por ti y te compadece.
Ha ordenado que armes a los aqueos, de melenuda cabellera,
en tropel: ahora podrías conquistar la ciudad, de anchas calles,
de los troyanos, pues los dueños de las olímpicas moradas,
los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha doblegado
Hera con súplicas, y los duelos se ciernen sobre los troyanos
por obra de Zeus. Guarda esto en tus mientes. Tras hablar así,
ha marchado volando, y a mí me ha soltado el dulce sueño.
Ea, veamos cómo logramos que los hijos de los aqueos se armen.
Primero yo los probaré con palabras, como es debido [20],
y les ordenaré huir con las naves, de muchas filas de remeros;
vosotros procurad por separado retenerlos con vuestros consejos.»
Tras hablar así, se sentó, y entre ellos se levantó
Néstor, que era soberano de la arenosa Pilo.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
Si algún otro de los aqueos hubiera relatado el sueño,
afirmaríamos que es mentira y nos alejaríamos con más razón.
Mas lo ha visto quien se jacta de ser el mejor de los aqueos.
Ea, veamos cómo logramos que los hijos de los aqueos se armen.»
Tras hablar así, fue el primero en salir del consejo,
y se levantaron e hicieron caso al pastor de huestes
los reyes, portadores de cetro. Se precipitaron detrás las huestes.
Como las tribus de las espesas abejas salen
de una hueca roca en permanente procesión,

[20] No queda clara la razón por la que Agamenón anuncia aquí y realiza más tarde (versos 110-141) una prueba que no formaba parte del mensaje del Ensueño.

vuelan en racimos sobre las primaverales flores
y en multitud revolotean, unas aquí y otras allá,
tan numerosas tribus de guerreros desde las naves y las tiendas
delante de la profunda costa desfilaban
en compactas escuadras hacia la asamblea. En medio ardía la Fama,
mensajera de Zeus, instándolos a acudir, y ellos se reunieron.
Estaba alborotada la asamblea, la tierra gemía debajo
al sentarse las huestes, y había gran bullicio. Nueve heraldos
pugnaban a voces por contenerlos, por ver si al fin el clamor
detenían y podían escuchar a los reyes, criados por Zeus.
A duras penas se sentó la hueste y enmudecieron en los asientos,
poniendo fin al griterío. Y el poderoso Agamenón se levantó
empuñando el cetro, que Hefesto había fabricado con esmero.
Hefesto se lo había dado al soberano Zeus Cronión;
por su parte, Zeus se lo había dado al mensajero Argicida.
El soberano Hermes se lo dio a Pélope, fustigador de caballos,
y, a su vez, Pélope se lo había dado a Atreo, pastor de huestes.
Atreo, al morir, se lo había dado a Tiestes, rico en corderos,
y, a su vez, Tiestes se lo dejó a Agamenón para que lo llevara
y fuera el soberano de numerosas islas y de todo Argos [21].
En él apoyándose, dijo entre los argivos estas palabras:
«¡Amigos, héroes dánaos, escuderos de Ares!
Zeus Crónida me ha atado fuertemente con pesada ofuscación,
¡el cruel!, que antes me prometió y garantizó con su asentimiento
que regresaría tras saquear la bien amurallada Ilio,
y ahora ha decidido un pérfido engaño y me ordena
regresar a Argos sin gloria, tras perder numerosa hueste.
Así parece que va a ser grato al prepotente Zeus,
que ha demolido las cumbres de numerosas ciudades
y aún destruirá otras, pues su poder es el más excelso.
Vergonzoso es que se enteren de esto los hombres venideros:
de que tal y tan numerosa hueste de aqueos en vano
está combatiendo y luchando en ineficaz combate

[21] Argos se refiere aquí a todo el reino de Agamenón.

contra menos hombres, y que el final aún no está a la vista.
Pues si los aqueos y los troyanos deseáramos sancionar
con sacrificios leales juramentos y contar ambos bandos,
y seleccionáramos a cuantos troyanos hay en sus hogares,
y nosotros, los aqueos, nos distribuyéramos en grupos de diez
y cada grupo escogiéramos un troyano para escanciarnos vino,
muchas décadas carecerían de escanciador.
Tanto más numerosos aseguro que somos los hijos de los aqueos
que los troyanos que habitan la ciudad. Mas tienen aliados
venidos de muchas ciudades, guerreros que blanden la pica,
que me hacen vagar a gran distancia y que me impiden
muy a mi pesar arrasar la bien habitada ciudadela de Ilio.
Nueve son los años del excelso Zeus que han transcurrido,
y la madera de las naves está carcomida y las sogas sueltas.
Nuestras esposas e infantiles hijos
están sentados en las salas aguardando, y la empresa
por la que vinimos aquí se halla incumplida.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos:
huyamos con las naves a nuestra tierra patria,
pues ya no conquistaremos Troya, la de anchas calles.»
Así habló, y en el pecho se les conmovió el ánimo
a todos los de la multitud que no habían asistido al consejo.
Se agitó la asamblea como las extensas olas del mar
—del ponto icario—, que tanto el Euro como el Noto
alzan al irrumpir impetuosos desde las nubes del padre Zeus.
Como cuando el Zéfiro al sobrevenir menea la densa mies,
soplando pujante por encima, y cae sobre las espigas y las comba,
así se agitó toda la asamblea. Entre alaridos
se lanzaron a las naves, y bajo sus pies una nube de polvo
se iba levantando y ascendiendo. Unos a otros se ordenaban
echar mano a las naves y remolcarlas a la límpida mar,
y limpiaban los canales. Al cielo llegó el clamor de aquéllos,
ávidos de regresar a casa. Y quitaban las escoras de las naves.
Entonces se habría producido el regreso de los argivos
contra el destino, si Hera no hubiera dicho a Atenea:

«¡Ay, vástago de Zeus, portador de la égida, indómita!
Así a casa, a su tierra patria, se disponen ya
a huir los argivos sobre los anchos lomos del mar,
y dejarían como galardón para Príamo y para los troyanos
a la argiva Helena, por cuya causa muchos de los aqueos
han perecido en Troya lejos de la tierra patria.
Ve ahora por la hueste de los aqueos, de broncíneas túnicas,
y con tus amables palabras retén a cada hombre
y no los dejes remolcar al mar las maniobreras naves.»
Así habló, y no desobedeció Atenea, la ojizarca diosa.
Descendió de las cumbres del Olimpo presurosa,
y con presteza llegó a las veloces naves de los aqueos.
Encontró en seguida a Ulises, émulo de Zeus en ingenio,
parado; no había tocado la negra nave, de bellos bancos,
pues la tristeza le invadía el ánimo y el corazón.
Deteniéndose cerca, le dijo la ojizarca Atenea:
«¡Laertíada del linaje de Zeus! ¡Ulises fecundo en ardides!
¿Así a casa, a vuestra tierra patria, os disponéis ya
a huir cayendo en las naves, de muchas filas de remeros,
y dejaríais como galardón para Príamo y para los troyanos
a la argiva Helena, por cuya causa muchos de los aqueos
han perecido en Troya lejos de la tierra patria?
Mas ve ahora por la hueste de los aqueos, no cejes todavía
y con tus amables palabras retén a cada hombre
y no los dejes remolcar al mar las maniobreras naves.»
Así dijo, y él comprendió que la voz de la diosa había hablado.
Echó a correr y tiró la capa, que le recogió
Euríbates, el heraldo itacense que le acompañaba.
Él, por su parte, yendo al encuentro del Atrida Agamenón
recibió su ancestral cetro, siempre inconsumible,
y con él fue por las naves de los aqueos, de broncíneas túnicas.
A cada rey y sobresaliente varón que encontraba,
con amables palabras lo retenía, deteniéndose a su lado:
«¡Infeliz! No procede infundirte miedo como a un cobarde;
sé tú mismo quien se siente y detenga a las demás huestes.

Pues aún no sabes con certeza la intención del Atrida.
Ahora nos prueba, mas pronto castigará a los hijos de los aqueos.
¿No hemos escuchado todos en el consejo qué ha dicho?
Cuida de que su ira no cause daño a los hijos de los aqueos.
Grande es la animosidad de los reyes, criados por Zeus.
Su honra procede de Zeus, y el providente Zeus lo ama.»
Mas al hombre del pueblo que veía y encontraba gritando,
con el cetro le golpeaba y le increpaba de palabra:
«¡Infeliz! Siéntate sin temblar y atiende a los demás,
que son más valiosos. Tú eres inútil y careces de coraje:
ni en el combate nunca se te tiene en cuenta ni en la asamblea.
De ninguna manera seremos reyes aquí todos los aqueos.
No es bueno el caudillaje de muchos; sea uno solo el caudillo,
uno solo el rey, a quien ha otorgado el taimado hijo de Crono
el cetro y las leyes, para decidir con ellos en el consejo.»
Así recorrió como caudillo el campamento. A la asamblea
de nuevo se precipitaron desde las naves y las tiendas
entre ecos, como cuando la hinchada ola del fragoroso mar
en una gran playa brama, y el ponto retumba.
Todos se fueron sentando y se contuvieron en sus sitios.
El único que con desmedidas palabras graznaba aún era Tersites,
que en sus mientes sabía muchas y desordenadas palabras
para disputar con los reyes locamente, pero no con orden,
sino en lo que le parecía que a ojos de los argivos ridículo
iba a ser. Era el hombre más indigno llegado al pie de Troya:
era patizambo y cojo de una pierna; tenía ambos hombros
encorvados y contraídos sobre el pecho; y por arriba
tenía cabeza picuda, y encima una rala pelusa floreaba.
Era el más odioso sobre todo para Aquiles y para Ulises,
a quienes solía recriminar. Mas entonces al divino Agamenón
injuriaba en un frenesí de estridentes chillidos. Los aqueos
le tenían horrible rencor y su ánimo se llenó de indignación.
Mas él con grandes gritos recriminaba a Agamenón de palabra:
«¡Atrida! ¿De qué te quejas otra vez y de qué careces?
Llenas están tus tiendas de bronce, y muchas mujeres

hay en tus tiendas para ti reservadas, que los aqueos
te damos antes que a nadie cuando una ciudadela saqueamos.
¿Es que aún necesitas también el oro que te traiga alguno
de los troyanos, domadores de caballos, de Ilio como rescate
por el hijo que hayamos traído atado yo u otro de los aqueos,
o una mujer joven, para unirte con ella en el amor,
y a la que tú solo retengas lejos? No está bien
que quien es el jefe arruine a los hijos de los aqueos.
¡Blandos, ruines baldones, aqueas, que ya no aqueos!
A casa, sí, regresemos con las naves, y dejemos a éste
aquí mismo en Troya digerir el botín, para que así vea
si nosotros contribuimos o no en algo con nuestra ayuda
quien también ahora a Aquiles, varón muy superior a él,
ha deshonrado y quitado el botín y lo retiene en su poder.
Mas no hay ira en las mientes de Aquiles, sino indulgencia;
si no, Atrida, ésta de ahora habría sido tu última afrenta.»
Así habló recriminando a Agamenón, pastor de huestes,
Tersites. A su lado pronto se plantó el divino Ulises
y, mirándolo con torva faz, le amonestó con duras palabras:
«¡Tersites, parlanchín sin juicio! Aun siendo sonoro orador,
modérate y no pretendas disputar tú solo con los reyes.
Pues te aseguro que no hay otro mortal más vil que tú
de cuantos junto con los Atridas vinieron al pie de Ilio.
Por eso no deberías poner el nombre de los reyes en la boca
ni proferir injurias ni acechar la ocasión para regresar.
Ni siquiera aún sabemos con certeza cómo acabará esta empresa,
si volveremos los hijos de los aqueos con suerte o con desdicha.
Por eso ahora al Atrida Agamenón, pastor de huestes,
injurias sentado, porque muchas cosas le dan
los héroes dánaos. Y tú pronuncias mofas en la asamblea.
Mas te voy a decir algo, y eso también quedará cumplido:
si vuelvo a encontrarte desvariando como en este momento,
ya no tendría entonces Ulises la cabeza sobre los hombros
ni sería ya llamado padre de Telémaco,
si yo no te cojo y te arranco la ropa,

la capa y la túnica que cubren tus vergüenzas,
y te echo llorando a las veloces naves
fuera de la asamblea, apaleado con ignominiosos golpes.»
Así habló, y con el cetro la espalda y los hombros
le golpeó. Se encorvó, y una lozana lágrima se le escurrió.
Un cardenal sanguinolento le brotó en la espalda
por obra del áureo cetro, y se sentó y cobró miedo.
Dolorido y con la mirada perdida, se enjugó el llanto.
Y los demás, aun afligidos [22], se echaron a reír de alegría.
Y así decía cada uno, mirando al que tenía próximo:
«¡Qué sorpresa! Ulises es autor de hazañas sin cuento
por las buenas empresas que inicia y el combate que apresta;
mas esto de ahora es lo mejor que ha hecho entre los argivos:
cerrarle la boca a éste, un ultrajador que dispara palabrería.
Seguro que su arrogante ánimo no le volverá a impulsar otra vez
a recriminar a los reyes con injuriosas palabras.»
Así decía la multitud, y Ulises, saqueador de ciudades,
se levantó con el cetro en la mano. Al lado, la ojizarca Atenea,
tomando la figura de un heraldo, mandó a la hueste callar,
para que los hijos de los aqueos, desde el primero al último,
escucharan su proyecto y meditaran su consejo.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Atrida! Ahora a ti, soberano, quieren los aqueos
dejarte como el más desmentido entre los míseros mortales,
y pretenden no cumplir la promesa que te hicieron cuando aún
estaban en ruta hacia aquí desde Argos, pastizal de caballos:
regresar sólo tras haber saqueado la bien amurallada Ilio;
pues he aquí que como tiernos niños o como mujeres viudas,
unos con otros se lamentan de que quieren regresar a casa.
Cierto que es dura tarea regresar a casa lleno de tristeza;
cualquiera que permanece un solo mes lejos de su esposa

[22] No, desde luego, por lo que le ha sucedido a Tersites, sino por la confusión precedente y por la propia repulsa que les ha causado la arenga de Tersites.

con la nave, de numerosos bancos, se impacienta,
si los vendavales invernales y el mar encrespado lo acorralan.
Para nosotros este que pasa girando es ya el noveno año
que aguantamos aquí. Por eso no puedo vituperar a los aqueos
por impacientarse junto a las corvas naves. Pero, aun así,
es una vergüenza aguantar aquí tanto tiempo y volver de vacío.
Resistid, amigos, y permaneced un tiempo, hasta que sepamos
si el vaticinio de Calcante es verídico o no.
Lo recordamos bien en nuestras mientes, y de ello sois todos
testigos, excepto a quienes las parcas de la muerte llevaron.
Parece que fue ayer o anteayer cuando las naves de los aqueos
se unieron en Áulide para traer la ruina a Príamo y los troyanos,
y nosotros estábamos alrededor del manantial en sacros altares
sacrificando en honor de los inmortales cumplidas hecatombes
bajo un bello plátano de donde fluía cristalina agua. Entonces
apareció un gran portento: una serpiente de lomo rojo intenso,
pavorosa, que seguro que el Olímpico en persona sacó a la luz,
y que emergió de debajo del altar y se lanzó al plátano.
Allí había unos polluelos de gorrión recién nacidos, tiernas criaturas
sobre la cimera rama, acurrucados de terror bajo las hojas:
eran ocho, y la novena era la madre que había tenido a los hijos.
Entonces aquélla los fue devorando entre sus gorjeos lastimeros,
y a la madre, que revoloteaba alrededor de sus hijos llena de pena,
con sus anillos la prendió del ala mientras piaba alrededor.
Tras devorar a los hijos del gorrión y a la propia madre,
la hizo muy conspicua el dios que la había hecho aparecer;
pues la convirtió en piedra el taimado hijo de Crono.
Y nosotros, quietos de pie, admirábamos el suceso.
Tan graves prodigios interrumpieron las hecatombes de los dioses.
Calcante entonces tomó la palabra y pronunció este vaticinio:
«¿Por qué os quedáis suspensos, aqueos, de melenuda cabellera?
El providente Zeus nos ha mostrado este elevado portento,
tardío en llegar y en cumplirse, cuya gloria nunca perecerá.
Igual que ésa ha devorado a los hijos del gorrión y a la madre,
los ocho, y la novena era la madre que había tenido a los hijos,

también nosotros combatiremos allí el mismo número de años
y al décimo tomaremos la ciudad, de anchas calles».
Eso es lo que aquél proclamó, y todo se está cumpliendo ahora.
Mas, ea, permaneced todos, aqueos, de buenas grebas,
aquí mismo hasta conquistar la elevada ciudad de Príamo.»
Así habló, y los argivos gritaron —las naves alrededor
resonaron pavorosamente a causa del griterío de los aqueos—,
elogiando la propuesta del divino Ulises.
También tomó la palabra Néstor, el anciano conductor de carros:
«¡Qué sorpresa! Realmente habláis en la asamblea como niños
chiquititos a quienes nada importan las empresas guerreras.
¿Por dónde, decidme, se irán convenios y juramentos?
En el fuego ojalá ya estuvieran consejos y afanes de hombres,
pactos sellados con vino puro y diestras en las que confiábamos.
Inútilmente estamos porfiando con palabras, y ningún remedio
somos capaces de hallar después del tiempo que llevamos aquí.
¡Atrida! Tú, igual que antes, con inquebrantable decisión
sigue mandando sobre los argivos en las violentas batallas
y deja a éstos, que sólo serán uno o dos, que sin los aqueos
proyecten por su cuenta —nada se les cumplirá—
ir a Argos, incluso antes de cerciorarse sobre
si es o no mentira la promesa de Zeus, portador de la égida.
Afirmo con seguridad que asintió el prepotente Cronión
aquel día en que partieron en las naves, de ligero curso,
los argivos para traer a los troyanos la matanza y la parca,
cuando relampagueó a nuestra derecha dando buenos auspicios.
Por eso, que nadie se apresure aún a regresar a casa
antes de acostarse con la esposa de alguno de los troyanos
y cobrarse venganza por la brega y los llantos por Helena.
Si alguno quiere con terrorífica ansia regresar a casa,
que ponga la mano en su negra nave, de buenos bancos:
así alcanzará antes que los demás la muerte y el hado.
Traza, soberano, un buen plan y acata el consejo de otro.
No va a ser desdeñable la advertencia que te voy a hacer:
distribuye a los hombres por tribus y clanes, Agamenón,

de modo que el clan defienda al clan, y la tribu a la tribu.
En caso de que obres así y te obedezcan los aqueos,
pronto sabrás quién de los jefes o huestes es cobarde,
y quién es valeroso, pues lucharán por grupos separados;
y sabrás si por deseo divino no vas a asolar la ciudad
o por la cobardía e impericia de los hombres en el combate.»
En respuesta le dijo el poderoso Agamenón:
«Otra vez, anciano, has superado a los hijos de los aqueos
en la asamblea. ¡Zeus padre, Atenea y Apolo, ojalá
tuviera yo diez consejeros así entre los aqueos!
Entonces pronto se combaría la ciudad del soberano Príamo,
bajo nuestras manos conquistada y saqueada.
Mas me ha causado dolores Zeus Crónida, portador de la égida,
que es quien me arroja entre ineficaces disputas y querellas.
También ahora Aquiles y yo hemos reñido por una muchacha
con enfrentadas palabras, y yo fui el primero en irritarme.
Si una vez llegamos a coincidir en una decisión única, ya no
habrá para los troyanos ni la más mínima demora en su ruina.
Ahora id a comer, para que luego trabemos marcial lucha.
Bien cada uno afile la lanza, bien colóquese el escudo,
bien dé cada uno el pienso a los caballos, de ligeros cascos,
e inspeccione bien los lados del carro con miras al combate,
porque todo el día tomaremos como árbitro al abominable Ares.
Pues no habrá entre tanto ni siquiera el más mínimo descanso,
sino la noche, que al llegar separará la furia de los guerreros.
Sudará alrededor del pecho el tahalí del broquel, que cubre
entero al mortal [23], y se fatigará la mano de empuñar la pica;
y sudará el caballo por el esfuerzo de tirar del pulido carro.
Al que yo vea que por su voluntad lejos de la lucha
trata de quedarse junto a las corvas naves, no habrá para él
medio de librarse de los perros y de las aves de rapiña.»
Así habló, y los argivos prorrumpieron en gritos, como el oleaje

[23] Como se ve, los guerreros homéricos, cuando se desplazan, llevan el escudo colgado de los hombros y sujeto por un tahalí en bandolera.

cuando el Noto viene y lo encrespa contra un elevado acantilado,
saliente atalaya que nunca dejan en reposo las hinchadas olas
que diversos vientos levantan al soplar aquí y allá.
Y, levantándose, partieron y se dispersaron por las naves.
Ahumaron con el fuego las tiendas y tomaron la comida.
Cada uno hizo un sacrificio a uno de los sempiternos dioses,
implorando huir de la muerte y del fragor de Ares.
Por su parte, Agamenón, soberano de hombres, sacrificó un buey
pingüe, cinqueño, en honor del prepotente Cronión
e invitó a los ancianos paladines del bando panaqueo:
a Néstor, ante todo, y al soberano Idomeneo,
y luego a los dos Ayantes y al hijo de Tideo,
y en sexto lugar a Ulises, émulo de Zeus en ingenio.
Por su cuenta fue Menelao, valeroso en el grito de guerra,
pues sabía en su ánimo qué apremiado estaba su hermano.
De pie en torno del buey cogieron los granos de cebada majada
y en el centro pronunció una plegaria el poderoso Agamenón:
«¡Oh Zeus, el más glorioso y excelso, de oscuras nubes,
morador del éter! Que no se ponga el sol ni venga la oscuridad
hasta que yo abata de bruces la ahumada viga maestra
del palacio de Príamo, prenda con fuego abrasador la chambrana
y desgarre alrededor del pecho la hectórea túnica, hecha
girones con el bronce. Y que muchos compañeros a su alrededor
de bruces en el polvo muerdan con sus dientes la tierra.»
Así habló, pero aún no iba a cumplir su plegaria el Cronión,
que aceptó las víctimas, sino que aumentó su nada envidiable faena.
Tras hacer la súplica y espolvorear los granos de cebada majada,
echaron atrás las cabezas de las víctimas, y las degollaron
y desollaron; despiezaron los muslos y los cubrieron con grasa
formando una doble capa y encima pusieron trozos de carne cruda.
Los fueron quemando con astillas sin hojas, pincharon
las entrañas en espetones y las dejaron al fuego de Hefesto.
Después de consumirse los muslos al fuego y catar las vísceras,
trincharon el resto y lo ensartaron en brochetas,
lo asaron cuidadosamente y retiraron todo del fuego.

Terminada la faena y dispuesto el banquete,
participaron del festín, y nadie careció de equitativa porción.
Después de saciar el apetito de bebida y de comida,
entre ellos tomó la palabra Néstor, anciano conductor de carros:
«¡Gloriosísimo Agamenón Atrida, soberano de hombres!
No sigamos hablando más otra vez, ni todavía largo rato
demoremos la acción que el dios pone en nuestras manos.
Los heraldos a la hueste de los aqueos, de broncíneas túnicas,
convoquen y congreguen junto a las naves;
y nosotros, juntos como aquí, el ancho ejército de los aqueos
recorramos, para despertar cuanto antes al feroz Ares[24].»
Así habló, y no lo desatendió Agamenón, soberano de hombres,
que al punto ordenó a los heraldos, de sonora voz,
pregonar alarma a los aqueos, de melenuda cabellera.
Aquéllos fueron pregonándola, y éstos se reunieron muy aprisa.
A ambos lados del Atrida, los reyes, criados por Zeus, corrían
enardecidos haciéndolos formar, y en medio la ojizarca Atenea
con la muy venerable égida, incólume a la vejez y a la muerte,
de la que penden, enteramente áureos, cien borlones,
todos bellamente trenzados y del valor de cien bueyes cada uno.
Con ella atravesó presurosa la hueste de los aqueos,
instándolos a marchar, e infundió a cada uno brío
en el corazón para combatir y luchar con denuedo.
En seguida el combate les resultó más dulce que regresar
en las huecas naves a la querida tierra patria.
Igual que el voraz fuego abrasa un indescriptible bosque
en las cimas de un monte, y desde lejos brilla la claridad,
así desde el portentoso bronce de los que iban en marcha
el luminoso fulgor ascendió por el éter y llegó al cielo.
Como las numerosas razas de las volátiles aves,
gansos o grullas o cisnes, de luengos cuellos,
en la asiática pradera a los lados de los cauces del Caístro
revolotean acá y allá gallardas con sus alas, posándose

[24] La batalla.

más adelante entre gritos, y el prado se llena de algarabía,
tan numerosas eran las tribus de los que desde naves y tiendas
afluían a la llanura escamandria; y por debajo la tierra
pavorosamente resonaba bajo los pasos de los guerreros y los caballos.
Se detuvieron en la florida pradera escamandria,
incontables como las hojas y flores que nacen en primavera.
Igual que las bandadas numerosas de espesas moscas
que vagan con errantes giros por el pastoril establo
en la estación primaveral, cuando las cántaras rezuman de leche,
tantos aqueos, de melenuda cabellera, frente a los troyanos
se fueron apostando en el llano, ávidos de hacerles añicos.
Como los cabreros a los talados rebaños de cabras
disgregan fácilmente de los ajenos al mezclarse en el pasto,
así los jefes los ordenaban en grupos separados aquí y allá
para ir a la batalla y, en medio, el poderoso Agamenón,
con los ojos y la cabeza como Zeus, que se deleita con el rayo,
con la cintura como Ares, y con el pecho como Posidón.
Igual que en la vacada el buey más sobresaliente de todos,
el toro, se destaca entre las vacas reunidas a su alrededor,
así volvió Zeus al Atrida aquel día
destacado entre todos y sobresaliente entre tantos héroes.
Decidme ahora, Musas, dueñas de olímpicas moradas [25],
pues vosotras sois diosas, estáis presentes y sabéis todo,
mientras que nosotros sólo oímos la fama y no sabemos nada,
quiénes eran los príncipes y los caudillos de los dánaos.
El grueso de las tropas yo no podría enumerarlo ni nombrarlo,
ni aunque tuviera diez lenguas y diez bocas,
voz inquebrantable y un broncíneo corazón en mi interior,
si las Olímpicas Musas, de Zeus, portador de la égida,
hijas, no recordaran a cuantos llegaron al pie de Ilio.
Pero sí nombraré a los jefes y la totalidad de las naves [26].

[25] El verso da comienzo solemne al famoso «Catálogo de las naves». El mismo verso se utiliza en XI 218, XIV 508 y XVI 112, también para abrir pasajes especialmente importantes.

[26] El «Catálogo de las naves» que sigue enumera veintinueve contingen-

Al frente de los beocios [27] iban Penéleo y Leito,
y Arcesilao, Protoénor y Clonio [28];
y los que administraban Hiria y la pedregosa Áulide,
Esceno, Escolo y Eteono, de numerosas lomas,
Tespea, Grea y la espaciosa Micaleso;
los que regían las cercanías de Harma, Ilesio y Eritras,
y los que poseían Eleone y también Hila y Peteón,
Ocálea y Medeón, bien edificada fortaleza,
Copas, Eutresis y Tisba, de numerosas palomas;
y los que Coronea y la herbosa Haliarto;
y los que poseían Platea y los que administraban Glisante;
y los que poseían Hipotebas, bien edificada fortaleza,
y la sacra Onquesto, espléndido bosque posidonio;
y los que poseían Arne, de muchos racimos; y los que Midea,
la muy divina Nisa y la fronteriza Antedón.
De éstos habían ido cincuenta naves, y en cada una
habían montado ciento veinte jóvenes beocios.
Y los que habitaban Aspledón y Orcómeno Minieo,

tes de tropas griegas, cuyos pueblos, territorios y jefes coinciden con los que luego intervienen en la *Ilíada*. Con pocas diferencias los territorios son los que ocupaban los estados griegos en época clásica; las únicas excepciones son las islas del mar Egeo y las costas de Tracia y de Anatolia, que no aparecen en el catálogo.

[27] Es notable que el catálogo comience enumerando el contingente beocio, al que se atribuye el número más elevado de jefes y de lugares de procedencia y, posiblemente, el segundo en número de tropas, después del de Agamenón. Se ha supuesto que la causa de ello es que el catálogo fue compuesto para describir la reunión de las tropas en la ciudad beocia de Áulide y que ha sido adaptado para este lugar. Después de los beocios son nombrados sus vecinos inmediatos, a los que también se atribuye una importancia mayor de la que luego tienen en la acción del poema.

[28] Los tres jefes mencionados en este verso mueren en XV 329 ss. y XIV 450. Acerca de la posible localización de los topónimos mencionados en los versos siguientes y, en general, en todos los versos del catálogo, véase mapa 1 en pág. 609. Los nombres no localizados en el mapa son de ubicación incierta.

al frente de quienes iban Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares [29],
a quienes había dado a luz Astíoque en casa de Áctor Azida.
La pudorosa doncella había subido al piso superior,
y el violento Ares se acostó a su lado en secreto.
A éstos treinta huecas naves les seguían en fila.
Al frente de los focidios iban Esquedio [30] y Epístrofo,
hijos del magnánimo Ífito Naubólida,
que poseían Cipariso y la pedregosa Pitón,
la muy divina Crisa, Dáulide y Panopeo;
y los que regían las cercanías de Anemorea y Yámpolis,
y los que moraban junto al río Cefiso, de la casta de Zeus,
y los que poseían Lilea sobre los manantiales del Cefiso.
A éstos acompañaban cuarenta negras naves.
Se afanaban en ordenar las filas de los focidios
y se armaban a la izquierda, a continuación de los beocios.
Sobre los locrios mandaba el rápido Ayante, hijo de Oileo,
que era más bajo y no tan alto como Ayante Telamonio,
sino mucho más menudo: era pequeño y tenía coraza de lino,
pero descollaba con la pica sobre panhelenos [31] y aqueos;
y sobre los que administraban Cino, Opunte y Calíaro,
Besa, Escarfa y la amena Augías,
Tarfa y Tronio, a ambos lados de los cauces del Boagrio.
A éste acompañaban cuarenta negras naves
de los locrios, que habitan frente a la sacra Eubea.
Y los que poseían Eubea, los Abantes, que respiraban furia,
Calcis, Eretria e Histiea, de numerosos racimos,
la marítima Cerinto y la escarpada ciudadela de Dío;
y los que poseían Caristo y los que moraban en Estira,

[29] El segundo es mencionado en IX 82, y el primero alcanza una heroica muerte en XIII 518 ss. y es llorado por su padre, Ares.

[30] Héctor mata a otros dos focidios del mismo nombre en XV 515 y XVII 306 ss.

[31] El único ejemplo en que *helenos* o *Hélade* en Homero parece aplicarse a la totalidad de los griegos.

sobre quienes mandaba Elefénor, retoño de Ares [32],
el Calcodontíada, jefe de los magnánimos Abantes.
Le acompañaban los veloces Abantes, melenudos sólo por detrás,
lanceros ávidos de romper con sus enarboladas astas de fresno
las corazas en torno del pecho de los enemigos.
A éste cuarenta negras naves acompañaban.
Y los que poseían Atenas, bien edificada fortaleza,
el pueblo del magnánimo Erecteo, a quien en otro tiempo Atenea,
hija de Zeus, había criado tras darle a luz la feraz tierra
y había instalado en Atenas, en su opíparo templo.
Allí se la propician con toros y carneros
los muchachos de los atenienses a la vuelta de cada año.
Sobre éstos mandaba el hijo de Péteo, Menesteo.
No había nacido aún el terrestre que compitiese con él
en ordenar caballos y guerreros, portadores de broquel;
Néstor era su único rival, pues tenía más edad que él.
A éste cincuenta negras naves acompañaban [33].
Ayante había traído de Salamina doce naves
y las guió y apostó donde estaban los batallones atenienses [34].
Y los que poseían Argos y la amurallada Tirinte,
Hermíone y Ásina, asentadas en una profunda rada,
Trezén, Éyones y Epidauro, rica en viñedos;
y los jóvenes aqueos que poseían Egina y Masete.
Sobre éstos mandaba Diomedes, valeroso en el grito de guerra,

---

[32] Que muere en IV 463 ss.

[33] El hecho de que en el contingente ateniense no se mencione otra localidad aparte de Atenas pudiera sugerir que esta noticia sea posterior al sinecismo de las localidades de Ática en Atenas.

[34] En el resto del poema el contingente de Salamina no aparece estrechamente relacionado con el ateniense (cf. III 225, 229 s., IV 273, 327, que da una información contradictoria con la de VIII 224 ss. y XI 7 ss.). Ya en la Antigüedad (véase Introducción, pág. 88) se supuso que estos versos son una adición ateniense, destinada a fundamentar en el pasado histórico y legendario las aspiraciones atenienses sobre Salamina.

y Esténelo, hijo querido del muy ilustre Capaneo [35].
Iba con ellos el tercero Euríalo, mortal igual a un dios,
hijo de Mecisteo, el soberano Talayónida.
Al frente de todos iba Diomedes, valeroso en el grito de guerra.
A éstos ochenta negras naves acompañaban.
Y los que poseían Micenas, bien edificada fortaleza,
la opulenta Corinto y la bien edificada Cleonas,
y administraban Ornías y la amena Aretírea
y Sición, donde al principio Adrasto había reinado;
y los que Hiperesía y la escarpada Gonoesa
y Pelene poseían y administraban los contornos de Egio
y en todo Egíalo y los alrededores de la espaciosa Hélica.
De sus cien naves era jefe el poderoso Agamenón
Atrida; a éste con mucho las más numerosas y mejores
huestes acompañaban. Se había revestido de cegador bronce
y destacaba entre todos los héroes, henchido de orgullo
porque era el mejor y el que más tropas había llevado.
Y los que poseían la cóncava Lacedemonia, llena de golfos,
Faris, Esparta y Mesa, de numerosas palomas,
y administraban Brisías y la amena Augías;
y los que poseían Amiclas y Helos, marítima ciudadela;
y los que poseían Laa y administraban los contornos de Étilo.
Los mandaba su hermano Menelao, valeroso en el grito de guerra,
y a sus sesenta naves. Se armaban con sus corazas aparte.
Fiado en sus vivos deseos, el propio Menelao iba con ellos
instándolos al combate, pues era quien más ansiaba en el ánimo
cobrarse venganza de la brega y de los llantos por Helena.
Y los que administraban Pilo y la amena Arena [36]

---

[35] El dominio sobre Argos es atribuido a Agamenón en el verso 108 anterior, pero a Diomedes en este lugar y en XXIII 471. Sorprende también que Argos y Micenas, que distan menos de veinte km., formen parte de dos estados separados e independientes (aunque véase IV 376).

[36] La extensión del reino de Pilo en la *Ilíada* no es comparable con la que permite determinar el examen de las tablillas micénicas, bien porque la homérica refleja los datos de una época distinta, bien porque no tiene

y Trío, vado del Alfeo, y la bien construida Epi,
y habitaban Ciparesente y Anfigenía,
y Pteleo y Helos y Dorio, donde las Musas
abordaron al tracio Támiris y pusieron fin a su canto,
cuando regresaba de Ecalia de ver a Éurito ecalieo.
En su jactancia se había vanagloriado de vencer a las propias
Musas en el canto, a las hijas de Zeus, portador de la égida.
Irritadas, lo dejaron lisiado, y el canto portentoso
le quitaron e hicieron que olvidase tañer la cítara.
Sobre éstos mandaba Néstor, el anciano conductor de carros.
A éste noventa huecas naves seguían en fila.
Y los que poseían Arcadia al pie del abrupto monte Cilene
junto a la tumba epitia [37], donde los guerreros luchan de cerca;
y los que administraban Féneo y Orcómeno, de numerosos ganados,
Ripa, Estratia y la ventosa Enispa,
y poseían Tegea y la amena Mantinea,
y poseían Estínfalo y administraban Parrasia.
De éstos era jefe el hijo de Anceo, el poderoso Agapénor,
y de sus sesenta naves. En cada nave muchos
guerreros arcadios habían montado, instruidos en el combate.
Pues el propio Agamenón, soberano de hombres, les había dado
naves, de buenos bancos, para cruzar el vinoso ponto,
el Atrida, porque no les interesaban las faenas marineras.
Y los que Buprasio y Élide, tierra de Zeus, habitaban,
en toda la extensión que Hirmina, la fronteriza Mírsino,
la roca Olenia y Alesio limitan en su interior.
De éstos cuatro eran los jefes, y a cada uno diez
veloces naves acompañaban con muchos epeos embarcados.
Al frente de éstos iban Anfímaco y Talpio,

---

valor histórico. Tampoco es fácil de conciliar la extensión del reino de Néstor en este pasaje con el hecho de que Agamenón ofrezca a Aquiles el dominio de siete ciudades en el S.O. del Peloponeso en IX 149 ss. = 291 ss.

[37] Según Pausanias, VIII 16, 1-3, Épito era hijo de Élato y murió junto al monte Cilene por la mordedura de una serpiente.

hijos, de Ctéato aquél, y de Éurito éste, y nietos de Actorión.
De otros era jefe el esforzado Diores Amarincida,
y del cuarto grupo el jefe era el deiforme Polixino,
hijo del soberano Agástenes Augeyada.
Y los que de Duliquio y de las sagradas islas Equinas,
que están situadas frente a la costa de Élide;
al frente de éstos iba Megete, émulo de Ares, el Filida,
al que había engendrado el cochero Fileo, caro a Zeus,
que había emigrado a Duliquio, enemistado con su padre.
A éste cuarenta negras naves acompañaban.
A su vez, Ulises conducía a los magnánimos cefalenios,
que poseían Ítaca y Nérito, de sacudido follaje,
y administraban Crocilea y la áspera Egílipe,
a los que poseían Zacinto y administraban los contornos de Samo,
y a los que poseían el continente y regían la costa de enfrente.
De éstos era jefe Ulises, émulo de Zeus en ingenio.
A éste doce naves, de mejillas de bermellón, acompañaban.
Toante, hijo de Andremón, iba al frente de los etolios,
que administraban Pleurón, Oleno y también Pilene,
la marítima Cálcide y la rocosa Calidón.
Pues ya no existían los magnánimos hijos de Eneo
ni tampoco éste, y el rubio Meleagro había muerto.
Aquél tenía encomendado el poder soberano de los etolios;
cuarenta negras naves le acompañaban.
Idomeneo, insigne por su lanza, mandaba en los cretenses,
que poseían Cnoso y la amurallada Gortina,
Licto, Mileto y Licasto, de un color blanco brillante,
Festo y Ritio, populosas ciudades,
y los demás que administraban Creta, tierra de cien ciudades.
Al frente de éstos iba Idomeneo, insigne por su lanza,
y también Meriones, émulo del homicida Enialio.
A éstos ochenta negras naves acompañaban.
Tlepólemo, el noble y alto Heraclida,
había conducido de Rodas nueve naves de orgullosos rodios,
que administraban Rodas ordenados en tres grupos distintos:

Lindo, Yáliso y Camiro, de un color blanco brillante.
Al frente de éstos iba Tlepólemo, insigne por su lanza,
a quien dio a luz Astioquía por obra del pujante Hércules [38].
La había traído Hércules de Éfira, de orillas del río Seleente,
tras saquear numerosas ciudades de mozos criados por Zeus [39].
Tlepólemo, después de criarse en el bien claveteado palacio,
mató al querido tío materno de su padre,
que ya estaba envejeciendo, a Licimnio, retoño de Ares.
En seguida construyó naves y, tras reunir numerosa hueste,
partió fugitivo por el ponto: lo habían amenazado los demás
hijos y los nietos del pujante Hércules.
Llegó en su peregrinar a Rodas, tras sufrir penalidades,
e instalaron su casa divididos en tres tribus y se ganaron
el amor de Zeus, que de dioses y de hombres es soberano,
y sobre ellos portentosa opulencia derramó el Cronión.
Nireo había traído de Sime tres naves bien equilibradas,
Nireo, el hijo de Aglaya y del soberano Cáropo,
Nireo, el hombre más bello de los llegados al pie de Ilio,
más que los demás dánaos, excepto el intachable Pelida.
Pero era escasa y poco numerosa la hueste que le acompañaba.
Y los que dominaban Násiros, Crápatos, Casos
y Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas Calidnas.
Al frente de ellos iban Fidipo y Ántifo,
hijos los dos de Tésalo, el soberano Heraclida.
A éstos treinta huecas naves seguían en fila.
A continuación, cuantos habitaban el Argos Pelásgico,
los que administraban Alo, Álope y Trequine,
los que poseían Ftía y Hélade, de bellas mujeres:
se llamaban mirmídones, helenes y aqueos.

[38] La procedencia de Hércules y la división de la población en tres grupos que se indican acerca del contingente procedente de la isla de Rodas parecen más adecuadas a la época posterior al fin de la Edad del Bronce.

[39] Según los escolios, Éfira sería una ciudad de Tesprotia; por su parte, el río Seleente estaría relacionado con el nombre del pueblo que habitaba alrededor de Dodona (cf. XVI 234 s.).

De sus cincuenta naves era jefe Aquiles.
Pero no pensaban en el entristecedor combate,
pues no había quien se pusiera al frente de sus filas:
yacía en las naves el divino Aquiles, de pies protectores,
irritado por causa de la joven Briseida, de hermosos cabellos,
que había arrebatado para sí de Lirneso, tras muchas fatigas
por saquear completamente Lirneso y las murallas de Teba.
Había derribado a Minete y a Epístrofo, aguerridos lanceros,
hijos de Eveno, el soberano Selepíada.
Por ella yacía afligido, pero pronto iba a levantarse.

Y los que poseían Fílace y la florida Píraso,
sagrado predio de Deméter, e Itón, madre de ganados,
y la marítima Antrón y Pteleo, sobre un herboso lecho.
Al frente de éstos había estado el marcial Protesilao
en vida; mas entonces ya lo tenía en su seno la negra tierra.
Su esposa se había quedado en Fílace con las mejillas arañadas
y una casa a medio acabar. Un guerrero dárdano lo había matado
el primerísimo de todos los aqueos al saltar de la nave.
Mas no estaban sin jefe, aunque añoraban al que lo había sido;
los había colocado en orden Podarces, retoño de Ares,
hijo de Ificlo Filácida, rico en ganados,
hermano carnal del magnánimo Protesilao,
el más joven en edad de ambos; pues el mayor y más valeroso
había sido el marcial héroe Protesilao. Pero las huestes
no carecían de jefe, aunque añoraban el valor de aquél.
A éste cuarenta negras naves acompañaban.

Y los que regían Feras al borde de la laguna Bebeide,
Beba, Gláfiras y la bien edificada Yolco.
De sus once naves era jefe el querido hijo de Admeto,
Eumelo, al que para Admeto alumbró la divina entre las mujeres,
Alcestis, la primera en belleza de las hijas de Pelias.

También los que administraban Metona y Taumacia
y poseían Melibea y la áspera Olizón.
De éstos era jefe Filoctetes, diestro con el arco,
y de sus siete naves. Como remeros en cada una cincuenta

habían embarcado, diestros en el arco para luchar con vigor.
Pero aquél yacía padeciendo agudos dolores en la isla
muy divina de Lemnos, donde los hijos de los aqueos lo dejaron
en penoso estado por la cruel herida de una maldita culebra.
Allí yacía afligido; pero pronto se iban a acordar
del soberano Filoctetes los argivos junto a las naves [40].
Tampoco estaban sin jefe, aunque añoraban al que lo había sido;
los había colocado en orden Medonte, hijo bastardo de Oileo,
a quien dio a luz Rena por obra de Oileo, saqueador de ciudades.
Los que poseían Trica e Itome, llena de macizos rocosos,
y los que poseían Ecalia, ciudad de Éurito ecalieo.
Al frente de éstos iban dos hijos de Asclepio,
excelentes médicos, Podalirio y Macaón.
A éstos treinta huecas naves les seguían en fila.
También los que poseían Ormenio y la fuente Hiperea,
y los que poseían Asterio y las blancas cumbres del Títano.
De éstos era jefe Eurípilo, el ilustre hijo de Evemón.
A éste cuarenta negras naves acompañaban.
También los que poseían Argisa y administraban Girtona,
Orta, Elona y la blanca ciudad de Olosón.
Al frente de éstos iba el combativo Polipetes,
hijo de Pirítoo, a quien había engendrado el inmortal Zeus.
Por obra de Pirítoo lo había dado a luz la ilustre Hipodamía
aquel día en que se cobró venganza de los hirsutos monstruos,
a quienes expulsó del Pelio e hizo vecinos de los etiquios.
Pero no iba solo, sino con Leonteo, retoño de Ares,
el hijo del soberbio Corono Ceneida.
A éstos cuarenta negras naves acompañaban.
Guneo había llevado de Cifo veintidós naves;
le acompañaban los enianes y los combativos perebos,
que habían instalado sus casas en torno de la desapacible Dodona,
y los que regían las labores a los lados del amable Titareso,

[40] Se alude al oráculo que indicaba que sin la colaboración del arco de Filoctetes no sería posible capturar Troya.

que vierte al Peneo su bella corriente de agua;
pero no se mezcla con la del Peneo, de argénteos remolinos,
sino que fluye por encima de él como si fuera aceite,
pues es un brazo de la Estige, el agua del temible juramento.
De los magnetes era jefe Prótoo, hijo de Tentredón,
que alrededor del Peneo y del Pelio, de sacudido follaje,
moraban. Al frente de éstos iba el veloz Prótoo.
A éste cuarenta negras naves acompañaban.
Éstos eran los príncipes y caudillos de los dánaos.
Ahora dime, Musa, quién era el mejor
de los hombres y caballos que acompañaban a los Atridas.
Las mejores yeguas eran con mucho las del Fereclada,
que Eumelo conducía. Eran de pies ligeros como aves,
de idéntico pelaje y edad, y de igual plomada en todo el lomo.
Las había criado en Perea Apolo, el de argénteo arco,
ambas hembras, portadoras de la huida de Ares.
De los guerreros el mejor con mucho era Ayante Telamonio,
mientras duró la cólera de Aquiles; éste era muy superior,
así como los caballos que llevaban al intachable Pelida.
Pero en las corvas naves, surcadoras del ponto,
yacía dando pábulo a su cólera contra Agamenón, pastor de huestes,
el Atrida. Junto al rompiente del mar sus huestes
se recreaban lanzando discos y astas con correa o disparando
sus arcos. Los caballos, cada uno junto a su carro,
estaban ronzando el loto y el palustre apio
quietos. Yacían los bien ensamblados carros de los soberanos
en las tiendas. Y ellos, añorantes de su jefe, caro a Ares,
iban y venían aquí y allá por el campamento sin luchar.
Iban como si toda la tierra fuera pasto del fuego.
El suelo gemía como por obra de Zeus, que se deleita con el rayo,
cuando airado fustiga la tierra a ambos lados de Tifoeo [41]
entre los árimos, donde dicen que está el cubil de Tifoeo;

[41] Tifoeo es el monstruo creado por la Tierra que se enfrenta a Zeus y, derrotado por su rayo, queda encerrado bajo tierra.

así la tierra elevaba sordos gemidos bajo sus pies,
a medida que avanzaban y cruzaban con gran ligereza la llanura.
Ante los troyanos llegó Iris, de pies raudos como el viento,
para anunciar de Zeus, portador de la égida, la dolorosa noticia.
Estaban celebrando una asamblea ante las puertas de Príamo
todos reunidos, tanto jóvenes como ancianos.
Y deteniéndose cerca, les habló Iris, la de los pies ligeros.
Había tomado la voz de Polites, hijo de Príamo,
que fiado en su velocidad se apostaba como vigía de los troyanos
sobre la cúspide de la tumba del anciano Esietes,
acechando cada vez que los aqueos partían de las naves.
Tomando su figura dijo a Príamo Iris, la de los pies ligeros:
«¡Anciano! Siempre te son gratos los discursos sin fin,
como en época de paz. Mas una guerra insondable se ha suscitado.
He entrado en muchísimas batallas de guerreros,
pero nunca hasta ahora he visto hueste tal y tan numerosa:
como hojas o granos de arena en gran cantidad
avanzan por la llanura hacia la ciudad dispuestos a luchar.
¡Héctor! A ti en particular te lo encargo. Actúa de este modo.
Ya que numerosos son los aliados en la gran ciudad de Príamo,
y distintas sus lenguas por proceder de variados sitios,
que cada uno dé la señal a aquellos de los que es jefe,
y coloque en orden y se ponga al frente de sus conciudadanos.»
Así habló, y Héctor no ignoró que eran palabras de la diosa
y al punto dio fin a la asamblea. Se precipitaron a las armas,
todas las puertas se abrieron y se lanzó fuera la hueste
de infantes y de cocheros; y se suscitó un enorme estruendo.
Hay delante de la ciudad una escarpada colina
aislada en la llanura y accesible en todo su contorno,
a la que los hombres llaman Batiea,
y los inmortales tumba de Mirina, la de ágiles brincos.
Allí fue donde entonces troyanos y aliados formaron en grupos [42].

[42] El conocimiento de la geografía de Anatolia que exhibe el catálogo de los troyanos es muy limitado; los jefes mencionados de cada contingente

Mandaba a los troyanos el alto Héctor, de tremolante penacho,
Priámida. Junto con él la mayor parte y las mejores
huestes se fueron equipando, ávidas de cargar con las picas.
De los dardanios era jefe Eneas, el noble hijo de Anquises,
a quien por obra de Anquises alumbró Afrodita, de casta de Zeus,
la diosa que había yacido con un mortal en las lomas del Ida [43].
No estaba solo, pues con él estaban dos hijos de Anténor,
Arquéloco y Acamante, expertos ambos en todo tipo de lucha.
Y los que habitaban Zelea en las estribaciones del Ida,
los opulentos troyanos que bebían la negra agua del Esepo.
De éstos era jefe el ilustre hijo de Licaón,
Pándaro, a quien el propio Apolo había dado el don del arco.
Y los que poseían Adrestea y el pueblo de Apeso,
y poseían Pitiea y el escarpado monte de Terea.
De éstos eran jefes Adresto y Anfio, de coraza de lino,
hijos los dos de Mérope Percosio, que mejor que todos
conocía las artes adivinatorias y había prohibido a sus hijos
marchar al exterminador combate. Pero ninguno de los dos
le hizo caso, pues las parcas de la negra muerte los guiaban.
Y los que administraban Percote y Praccio
y poseían Sesto, Abido y la límpida Arisba.
De éstos era jefe el Hirtácida Asio, comandante de hombres,
Asio Hirtácida, al que de Arisba habían llevado caballos
fogosos y corpulentos, de orillas del río Seleente.
Hipótoo guiaba las tribus de pelasgos, famosos por la pica,
que habitaban Larisa, de fértiles glebas.
De éstos eran jefes Hipótoo y Pileo, retoño de Ares,
hijos los dos del pelasgo Leto Teutámida.
Acamante y el héroe Píroo conducían a los tracios,
a cuantos limita el Helesponto, de enormes corrientes.

---

o bien no vuelven a aparecer en el poema o bien mueren más adelante.

[43] La historia de la familia real troyana es relatada por el propio Eneas en XX 215 ss. Los amores de Afrodita y de Anquises y el nacimiento de Eneas forman el tema central del *Himno a Afrodita.*

Eufemo era el jefe de los cícones, aguerridos lanceros,
el hijo de Trezeno Céada, criado por Zeus.
Pirecmes conducía a los peonios, de corvos arcos,
desde lejos, de Amidón, de orillas del Axio, de ancho caudal,
el Axio, que expande el agua más bella por la tierra.
El velludo corazón de Pilémenes mandaba a los paflagonios,
venidos del país de los énetos, de donde procede la raza
de las cerriles mulas. Poseían Citoro y administraban Sésamo,
y en ambas márgenes del río Partenio habitaban ilustres moradas
y Cromna, Egíalo y la elevada Eritinos.
A su vez, Odio y Epístrofo eran jefes de los halízones,
venidos de lejos, de Álibe, de donde el nacimiento de la plata.
De los misios era jefe Crómide y el augur Énnomo;
pero no se defendió con augurios de la negra parca,
pues sucumbió a manos del velocípedo Eácida
en el río, justo donde aniquiló también a otros troyanos.
Conducían a los frigios Forcis y el deiforme Ascanio.
Venían de lejos, de Ascania, y ansiaban entrar en batalla.
Al frente de los meonios, a su vez, iban Mestles y Ántifo,
hijos de Talémenes, a quienes había dado a luz la laguna Gigea
y que habían conducido a los meonios, nacidos al pie del Tmolo.
Nastes iba al frente de los carios, de bárbara lengua,
que poseían Mileto y el monte, de espeso follaje, de los Ftiros,
las corrientes del Meandro y las escarpadas cumbres del Mícala.
Al frente de éstos iban Anfímaco y Nastes,
Nastes y Anfímaco, ilustres hijos de Nomión.
El primero iba al combate cubierto de oro, como una muchacha,
¡insensato! En absoluto le libró eso de la luctuosa ruina,
pues sucumbió a manos del velocípedo Eácida
en el río, y el oro se lo llevó el belicoso Aquiles.
Sarpedón era jefe de los licios, y el intachable Glauco.
Venían de lejos, de Licia, de orillas del turbulento Janto.

CANTO III

Una vez ordenado cada ejército con sus príncipes,
los troyanos marchaban con vocerío y estrépito igual que pájaros,
tal como se alza delante del cielo el chillido de las grullas,
que, cuando huyen del invierno y del indecible aguacero,
entre graznidos vuelan hacia las corrientes del Océano,
llevando a los pigmeos[44] la muerte y la parca,
y a través del aire les tienden maligna disputa.
Los aqueos, en cambio, iban respirando furor en silencio,
ansiosos en su ánimo de prestarse mutua defensa.

Como en las cimas del monte el Noto derrama la niebla,
para los pastores nada grata y para el ladrón mejor que la noche,
y la vista sólo alcanza lo que un tiro de piedra,
así bajo sus pies se fue levantando una compacta polvareda
a medida que avanzaban; y con gran ligereza cruzaban la llanura.

Cuando ya estaban cerca avanzando unos contra los otros,
de la primera línea de troyanos se destacó el deiforme Alejandro
con una piel de leopardo en los hombros, el tortuoso arco
y la espada; y con dos lanzas encastradas de bronce,
que blandía, desafiaba a todos los paladines de los argivos
a luchar hombre contra hombre en atroz lid[45].

[44] El nombre deriva de la palabra que significa «puño». Los pigmeos son, pues, los hombres que son como un puño.

[45] Alejandro es el nombre más común en la *Ilíada* de quien nosotros solemos llamar Paris. Su atuendo es excéntrico, y la posición de quien es un renombrado arquero es también sorprendente.

Al verlo Menelao, caro a Ares,
avanzando delante de la multitud a largas zancadas,
como el león se alegra al toparse con un gran cadáver
cuando halla un cornudo ciervo o una cabra montés
y está hambriento —pues lo devora por completo a pesar de
las arremetidas de los raudos perros y los lozanos mozos—,
así se alegró Menelao, al ver al deiforme Alejandro
con sus ojos, seguro de cobrarse venganza del culpable.
Al punto del carro saltó a tierra con las armas.
Al verlo el deiforme Alejandro aparecer
delante de las líneas, su corazón se aturdió de espanto
y se replegó a la turba de los compañeros por eludir la parca.
Como cuando uno retrocede y se aparta al ver una serpiente
en las gargantas de un monte; el temblor invade sus miembros,
hacia atrás se retira y la palidez apresa sus mejillas,
así de nuevo se internó entre la multitud de altivos troyanos,
temeroso del hijo de Atreo, el deiforme Alejandro.
Lo vio Héctor y le recriminó con vergonzantes palabras:
«¡Calamidad de Paris, presumido, mujeriego y mirón!
¡Ojalá no hubieras llegado a nacer o hubieras muerto célibe!
¡Incluso eso habría preferido —y mucho más habría valido—,
antes que volverte así afrenta y oprobio de los demás!
A carcajadas seguro que ríen los aqueos, de melenuda cabeza,
que creían que eras paladín y campeón, porque es bella
tu apariencia; pero en tus mientes no hay fuerza ni coraje.
¿Siendo de esa calaña, en las naves, surcadoras del ponto,
navegaste sobre el mar tras reunir muy fieles compañeros,
te mezclaste con extranjeros y con la hermosa mujer zarpaste
desde remota tierra, con la nuera de belicosos lanceros,
enorme calamidad para tu padre, tu ciudad y todo tu pueblo,
irrisión para los enemigos y escarnio para ti mismo?
¿No quieres aguardar a pie firme a Menelao, caro a Ares?
Así verías cómo es el hombre cuya lozana esposa tienes.
No te socorrerán ni la cítara ni los dones de Afrodita,
ni la melena ni la galanura, cuando te revuelques en el polvo.

Mas los troyanos son muy timoratos; si no, ya estarías vestido
con pétrea túnica por tantos males como tienes en tu haber.»
Le respondió, a su vez, el deiforme Alejandro:
«¡Héctor, me has increpado con razón, y no sin razón!
Tu corazón siempre es inflexible, cual hacha
que en la madera penetra cuando está en manos del hombre
que con pericia talla una quilla y ayuda el ímpetu de aquélla.
¡Tan intrépida es la voluntad que hay dentro de tu pecho!
No me eches en cara los amables dones de la áurea Afrodita.
No hay que rechazar, ya sabes, los eximios dones de los dioses,
que ellos mismos otorgan y que nadie puede elegir a voluntad.
Ahora, si quieres que yo luche y que combata,
haz que se sienten los demás troyanos y todos los aqueos,
y a mí y a Menelao, caro a Ares, en medio
enfrentadnos en duelo por Helena y por todas las riquezas.
El que de los dos salga vencedor y resulte más fuerte
llévese en buena hora a casa todas las riquezas y la mujer.
Los demás sancionad con víctimas amistad y leales juramentos.
Ojalá vosotros habitéis Troya, de fértiles glebas, y ellos regresen
a Argos, pastizal de caballos, y a Acaya, de bellas mujeres.»
Así habló, y Héctor sintió una intensa alegría al oírlo.
Fue al centro e hizo gestos de retener a los batallones troyanos
con el asta asida por la mitad, y todos se quedaron quietos.
Los aqueos, de melenuda cabellera, le disparaban sus arcos
y trataban de acertarle, apuntando con dardos y con piedras.
Mas Agamenón, soberano de hombres, exclamó con recia voz:
«¡Deteneos, argivos! ¡No disparéis, jóvenes aqueos,
que hace ademán de declarar algo Héctor, de tremolante penacho!»
Así habló, y detuvieron la batalla y quedaron suspensos
bruscamente. Héctor en medio de ambos ejércitos dijo:
«¡Oídme, troyanos y aqueos, de buenas grebas!
Oíd lo que dice Alejandro, el que suscitó esta contienda.
Propone que los demás troyanos y todos los aqueos
depongan sus bellas armas sobre la tierra, nutricia de muchos,
y que él mismo y Menelao, caro a Ares, en medio

luchen solos, en duelo por Helena y por todas las riquezas.
El que de los dos salga vencedor y resulte más fuerte
llévese en buena hora a casa todas las riquezas y la mujer,
y el resto sancionemos con víctimas amistad y leales juramentos.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Y tomó la palabra Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«Oídme ahora también a mí, que el dolor oprime sobre todo
mi ánimo y siento que ya vais a llegar al desenlace definitivo
los argivos y los troyanos, tras haber padecido muchos males
por culpa de la disputa mía y de Alejandro, que la inició.
Ojalá quede muerto aquel de los dos para quien muerte y hado
están prestos, y los demás logréis cuanto antes un desenlace.
Traed dos corderos, uno blanco y otra negra,
para la Tierra y el Sol. Para Zeus nosotros traeremos otro.
Traed además al pujante Príamo, que sancione los juramentos
en persona, ya que sus hijos son insolentes y desleales,
para evitar que alguien transgreda los juramentos de Zeus.
Los sentimientos de los jóvenes siempre flotan en el aire;
mas si el anciano está con ellos, adelante y atrás mira,
a fin de que resulte lo netamente mejor para ambas partes.»
Así habló, y se alegraron los aqueos y los troyanos
con la esperanza de poner fin a la guerra, llena de quejidos.
Detuvieron los carros a lo largo de las filas, desmontaron,
se despojaron de las armas y las depositaron sobre el suelo
cerca unas de otras: pequeño era el espacio entre medias.
Héctor envió a la ciudad a dos heraldos,
para que prestos trajeran los corderos y llamaran a Príamo.
Por su parte, el poderoso Agamenón despachó a Taltibio,
para que fuera a las huecas naves, y le mandó dos corderos
traer, y él no desobedeció a Agamenón, de la casta de Zeus.
A su vez, Iris llegó como mensajera ante Helena, de blancos bra-
tomando la figura de su cuñada, la esposa del Antenórida, [zos,
a quien tenía como mujer el poderoso Helicaón Antenórida,
Laódica, la primera en belleza de las hijas de Príamo.
Hallóla en su aposento; estaba hilando un gran tejido,

un manto doble de púrpura, donde bordaba numerosas labores
de troyanos, domadores de potros, y de aqueos, de broncínea túnica,
que por causa suya estaban padeciendo a manos de Ares.
Y deteniéndose cerca, le dijo Iris, la de los pies ligeros:
«Ven aquí, querida novia, donde verás hechos increíbles
de troyanos, domadores de potros, y de aqueos, de broncínea túnica.
Los que antes se presentaban Ares, fuente de lágrimas,
en la llanura, ávidos del execrable combate,
están sentados ahora en silencio —y la pelea ha cesado—,
apoyados en los escudos, con las largas picas clavadas al lado.
Por su parte, Alejandro y Menelao, caro a Ares,
con sus luengas picas van a luchar por ti;
del que resulte vencedor seguramente te llamarás esposa.»
Tras hablar así, la diosa le infundió el dulce deseo
de su anterior marido, de su ciudad y de sus progenitores.
Al punto se cubrió con finos linos de luciente blancura
y salió de la alcoba, vertiendo tiernas lágrimas.
No iba sola: también la acompañaban dos criadas,
Etra, hija de Piteo, y Clímena, la de inmensos ojos,
y al instante llegaron donde estaban las puertas Esceas.
Los que estaban en torno de Príamo, Pántoo y Timetes,
Lampo, Clicio e Hicetaón, retoño de Ares [46],
Ucalegonte y Anténor, inspirados ambos [47],
ancianos del pueblo, estaban sentados en las puertas Esceas.
La vejez los había retirado del combate, mas eran consejeros
valiosos, parecidos a las cigarras que por el bosque,
posadas sobre un árbol, emiten su voz de lirio.
Así eran los príncipes troyanos sentados sobre la torre.
Al contemplar, pues, a Helena ascendiendo a la torre,
con voz queda se decían unos a otros estas aladas palabras:

---

[46] Tres de los cuatro hermanos de Príamo e hijos de Laomedonte, según XX 237 s.

[47] Ucalegonte, que no aparece más en la *Ilíada*, tiene un nombre parlante que significa «despreocupado».

«No es extraño que troyanos y aqueos, de buenas grebas,
por una mujer tal estén padeciendo duraderos dolores:
tremendo es su parecido con las inmortales diosas al mirarla.
Pero aun siendo tal como es, que regrese en las naves
y no deje futura calamidad para nosotros y nuestros hijos.»
Así hablaban, y Príamo, alzando la voz, llamó a Helena [48]:
«Ven aquí, hija querida, y siéntate ante mí y verás
a tu anterior marido, a tus parientes políticos y a tus amigos.
Para mí tú no eres culpable de nada; los causantes son los dioses,
que trajeron esta guerra, fuente de lágrimas, contra los aqueos.
Así podrás decirme además el nombre de ese monstruoso guerrero.
¿Quién es ese guerrero aqueo noble y alto?
Cierto que hay otros más altos, que hasta le sacan la cabeza,
pero hasta ahora no he visto en mis ojos a nadie tan bello
ni tan majestuoso. Lo digo porque parece un rey.»
Respondióle Helena, de casta de Zeus entre las mujeres:
«Pudor me inspiras, querido suegro, y respeto también.
¡Ojalá la cruel muerte me hubiera sido grata cuando aquí
vine en compañía de tu hijo, abandonando tálamo y hermanos,
a mi niña tiernamente amada y a la querida gente de mi edad.
Mas eso no ocurrió, y por eso estoy consumida de llorar.
Te voy a decir eso que me preguntas e inquieres:
ése es el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,
a la vez buen rey y esforzado lancero.
Era mi cuñado, de mí, cara de perra, si eso alguna vez sucedió.»
Así habló, y el anciano quedó maravillado y exclamó:
«¡Atrida feliz, con fortuna nacido, de opulento hado!
Realmente veo que hay muchos jóvenes aqueos sumisos a ti.
Ya en cierta ocasión fui a Frigia, rica en viñedos,

[48] El pasaje entre 161 y 246 era conocido al menos desde la época helenística como *teichoskopía*, 'revista desde la muralla'. Es desde luego sorprendente que Príamo desconozca a los caudillos griegos por los que pregunta en el décimo año de la guerra, justo cuando ésta está a punto de terminar con el duelo entre Paris y Menelao (cf. *supra*, pág. 68).

donde vi elevadísimo número de frigios, de ágiles potros,
las huestes de Otreo y de Migdón, comparable a un dios,
que entonces habían ido en campaña a orillas del Sangario.
Pues también yo me uní a ellos en calidad de aliado
aquel día en que llegaron las varoniles Amazonas [49].
Mas ni ésos eran tantos como los aqueos, de vivaces ojos.»
En segundo lugar, al ver a Ulises, preguntó el anciano:
«Ea, dime también éste, hija querida, quién es.
Es más bajo que el Atrida Agamenón, que le saca la cabeza,
pero se le ve más ancho de hombros y de pecho.
Sus armas yacen sobre la tierra, nutricia de muchos,
pero él recorre como un morueco las hileras de guerreros.
Sí, yo lo comparo con un carnero, de compactos vellones,
que pasa revista a un gran rebaño de blancas ovejas.»
Respondióle entonces Helena, nacida de Zeus:
«Ese otro es el Laertíada, el muy ingenioso Ulises,
que se crió en el país de Ítaca, aunque es muy pedregosa.
Es experto en toda clase de engaños y sagaces artimañas.»
Por su parte, el inspirado Anténor la miró y le dijo:
«¡Mujer! Son muy ciertas las palabras que has dicho.
También aquí vino cierta vez Ulises, de la casta de Zeus [50],
a causa de un mensaje relativo a ti, con Menelao, caro a Ares.
Yo los hospedé y les di una cordial acogida en el palacio,
y de ambos conocí el aspecto físico y las sagaces artimañas.
Mas cuando comparecieron en medio de los troyanos reunidos,
estando ambos de pie, Menelao le sacaba sus anchos hombros,
y cuando ambos estaban sentados, Ulises era más majestuoso.
Pero cuando hilvanaban ante todos discursos y pensamientos,

---

[49] La leyenda troyana posterior a los acontecimientos de la *Ilíada* narraba la llegada de Pentesilea al frente de las Amazonas para auxiliar a los troyanos, de quienes los frigios eran aliados. No se comprende bien entonces cómo aquí Príamo combate contra las Amazonas en ayuda de los frigios, pueblo que debe de ser el establecido en el primer milenio a. C. en Asia Menor.

[50] En XI 138 ss. se añade un detalle al episodio con el que Anténor confirma la afirmación de Helena.

Menelao, sin duda, pronunciaba de corrido ante el auditorio
pocas palabras, mas muy sonoras, ya que no era muy prolijo
ni divagador en razones; pues era además inferior en edad.
Pero cada vez que el muy ingenioso Ulises se levantaba,
se plantaba, miraba abajo, clavando los ojos en el suelo [51],
y el cetro no lo meneaba ni hacia atrás ni boca abajo,
sino que lo mantenía inmóvil, como si fuera un ignorante [52];
habrías dicho que era una persona enfurruñada o estúpida;
pero cuando ya dejaba salir del pecho su elevada voz
y sus palabras, parecidas a invernales copos de nieve,
entonces con Ulises no habría rivalizado ningún mortal.
Desde entonces la figura de Ulises no nos ha admirado tanto.»
En tercer lugar, viendo a Ayante, interrogó el anciano:
«¿Y quién es este otro aqueo, noble y alto,
cuya cabeza y anchos hombros sobresalen entre los argivos?»
Replicó Helena, de talar vestido, divina entre las mujeres:
«Ése es el monstruoso Ayante, baluarte de los aqueos.
Al otro lado, entre los cretenses, Idomeneo cual un dios
se alza, con los capitanes cretenses congregados alrededor.
Con frecuencia lo hospedó Menelao, caro a Ares,
en nuestra casa, siempre que llegaba de Creta.
Ahora veo a todos los demás aqueos, de vivaces ojos,
a los que me sería fácil reconocer y enumerar sus nombres.
Mas hay dos caudillos de huestes, a quienes no logro ver:
a Cástor, domador de caballos, y a Polideuces, valioso púgil,
los hermanos carnales que dio a luz la misma madre que a mí [53].

---

[51] Quizá el sentido es que «clavaba la vista en el suelo y levantaba la mirada», bien alternativamente, bien con la cabeza gacha pero con la mirada levantada.

[52] Es de esperar que el buen orador mueva el cetro aquí y allá para dar más énfasis a sus palabras.

[53] Los llamados Dioscuros ('hijos de Zeus') son hermanos de Helena. Según la versión del mito más común, Leda tuvo con Tindáreo a Cástor y a Clitemnestra, y con Zeus a Polideuces (Pólux) y a Helena. La unión

o no partieron de la amena Lacedemonia junto con los demás
o han venido aquí en las naves, surcadoras del ponto,
pero ahora no desean internarse en la lucha de los hombres
por miedo de los muchos oprobios e ignominias que me rodean.»
Así habló, mas la tierra, germen de cereales, ya los tenía
en su seno allí en Lacedemonia, en su querida tierra patria.
Los heraldos llevaban los leales juramentos de los dioses
por la ciudad, dos corderos y jovial vino, fruto de la campiña,
en un odre de caprina piel; y llevaba una reluciente cratera
y áureas copas el heraldo Ideo.
Y deteniéndose junto al anciano instóle con estas palabras:
«¡En marcha, Laomedontíada! Te llaman los próceres
troyanos, domadores de potros, y aqueos, de broncíneas túnicas,
al llano, para que sancionéis con víctimas leales juramentos.
Por su parte, Alejandro y Menelao, caro a Ares,
con largas picas van a luchar por la mujer:
con el que resulte vencedor irían mujer y riquezas.
El resto, tras sancionar con víctimas amistad y leales juramentos,
ojalá habitemos Troya, de fértiles glebas, y ellos regresarán
a Argos, pastizal de caballos, y a Acaya, de bellas mujeres.»
Así habló; estremecióse el anciano y mandó a su comitiva
uncir los caballos, y ellos obedecieron solícitos.
Montó Príamo y tensó atrás las riendas;
al lado montó Anténor en el carro, de bello contorno,
y por las Esceas guiaron los ligeros caballos hacia el llano.
Y una vez que comparecieron entre troyanos y aqueos,
bajaron de los caballos [54] a la tierra, nutricia de muchos,
y enfilaron el espacio que mediaba entre troyanos y aqueos.
Se levantó al punto Agamenón, soberano de hombres,
y lo mismo hizo el muy ingenioso Ulises. Los notables heraldos
reunieron los útiles de los leales juramentos de los dioses,

---

de Zeus en forma de cisne con Leda es uno de los motivos más frecuentes en el arte. La frase parece sugerir una versión distinta en la *Ilíada*.

[54] «Del carro», como muestran claramente los versos anteriores.

mezclaron vino en una cratera y vertieron aguamanos a los reyes.
El Atrida desenfundó con ambas manos el cuchillo
que siempre colgaba al lado de la larga vaina de la espada,
cortó unos pelos de las cabezas de los corderos, y luego
los heraldos los repartieron a los próceres troyanos y aqueos.
Y por ellos oró el Atrida con los brazos extendidos a lo alto:
«¡Zeus padre, regidor del Ida, el más glorioso y excelso!
¡Y tú, Sol, que todo lo observas y todo lo oyes!
¡Ríos y Tierra! ¡Y vosotros dos [55], que debajo de la tierra
cobráis venganza de las fatigadas gentes que juran perjurio!
¡Sed vosotros testigos y velad por los leales juramentos!
Si Alejandro aniquila a Menelao,
conserve entonces para sí a Helena y todas las riquezas,
y nosotros regresemos en las naves, surcadoras del ponto.
Pero si a Alejandro mata el rubio Menelao,
que los troyanos devuelvan a Helena y todas las riquezas,
y paguen a los argivos la multa que parezca apropiada [56]
y se mantenga además en la memoria de los hombres futuros.
Y si Príamo y los hijos de Príamo la multa no
me la quieren pagar, una vez caído Alejandro,
seré entonces yo también quien luchará por la expiación,
permaneciendo aquí hasta alcanzar la meta de la guerra.»
Dijo, cortó las gargantas con el despiadado bronce
a los corderos y los depositó en el suelo, palpitantes
y faltos de aliento, pues el bronce les quitó el vigor.
Vaciaron el vino de la cratera en copas
hasta apurarlo y elevaron súplicas a los sempiternos dioses.
Y así repetía cada uno de los aqueos y troyanos:
«¡Zeus gloriosísimo y excelso, y demás dioses inmortales!
Que al primero de los dos pueblos que viole los juramentos

[55] La referencia ha de ser a Plutón y a Perséfone, como en IX 456 s., o a las Erinies, como en XIX 260.

[56] La idea de que tiene que haber una compensación en caso de vencer Menelao no ha sido expuesta ni por Paris ni Héctor ni por Menelao.

le fluyan a tierra, igual que este vino, los sesos propios
y los de sus hijos, y que sus esposas sean sometidas a extraños.»
Así decían, mas el Cronión no iba a cumplir aún su plegaria.
Entre ellos el Dardánida Príamo pronunció estas palabras:
«¡Oídme, troyanos y aqueos, de buenas grebas!
Yo me voy a retirar a la ventosa Ilio
de regreso, pues no soportaré aún ver con estos ojos
a mi hijo batiéndose contra Menelao, caro a Ares.
Zeus sin duda sabe, y también los demás dioses inmortales,
a quién de los dos aguarda el destino de la muerte.»
Dijo, y el mortal, igual a un dios, metió los corderos
en el carro, y él mismo montó y tensó atrás las riendas.
Al lado montó Anténor en el carro, de bello contorno.
Y los dos, de regreso, se alejaron hacia Ilio.
Héctor, hijo de Príamo, y Ulises, de la casta de Zeus,
acotaron primero el campo y, a continuación, echaron
suertes en un morrión, guarnecido de bronce, y las agitaron
para decidir quién de los dos tiraría antes la broncínea pica.
Las tropas rogaron y extendieron los brazos a los dioses,
y así repetía cada uno de los aqueos y troyanos:
«¡Zeus padre, regidor del Ida, gloriosísimo y excelso!
El que de los dos causó estas desgracias a ambos bandos
concédeme que perezca y se sumerja en la morada de Hades,
y que entre nosotros haya amistad y leales juramentos.»
Así decían, y el alto Héctor, de tremolante penacho,
las agitaba mirando atrás, y pronto saltó la suerte de Paris.
Los demás entonces se sentaron en filas, cada uno donde tenía
los caballos, de suspendidas pezuñas, y las chispeantes armas.
Por su parte, a los hombros se echó las bellas armas
el divino Alejandro, esposo de Helena, de hermosos cabellos.
Primero se colocó alrededor de las pantorrillas las grebas,
bellas, ajustadas con argénteas tobilleras.
En segundo lugar, alrededor del pecho se puso la coraza
de su hermano Licaón, que había adaptado a su medida.
A los hombros se echó la espada, tachonada con clavos de plata,

broncínea y, a continuación, el alto y compacto escudo.
Sobre la valiente cabeza caló el bien fabricado morrión
provisto de crines, cuyo penacho ondeaba terrible en la cimera.
Y cogió la fornida pica, que iba bien ajustada a sus palmas.
De igual manera el marcial Menelao se vistió la panoplia.
Después de armarse aparte, uno a cada lado de la multitud,
enfilaron el espacio que mediaba entre troyanos y aqueos
con miradas terribles. El estupor se adueñó de los espectadores,
troyanos, domadores de caballos, y aqueos, de buenas grebas.
Se detuvieron cerca uno de otro en el campo acotado,
blandiendo las picas y llenos de mutuo rencor.
Primero Alejandro arrojó su pica, de luenga sombra,
y acertó al Atrida en el broquel, por doquier equilibrado.
El bronce no lo rompió; y la punta se le dobló al chocar
con el potente broquel [57]. Se lanzó el segundo con el bronce
el Atrida Menelao, tras elevar esta plegaria a Zeus padre:
«¡Zeus soberano! Concédeme vengarme del que antes ha hecho
mal, del divino Alejandro, y hazlo sucumbir bajo mis manos,
para que también los hombres venideros se estremezcan
de hacer mal al que aloje a un huésped y le ofrezca amistad.»
Dijo y, blandiéndola, arrojó la pica, de luenga sombra,
y acertó al Priámida en el broquel, por doquier equilibrado.
Por el reluciente broquel penetró la robusta pica
y se hundió a través de la coraza, con arte elaborada.
De frente, a lo largo del ijar, le desgarró la túnica
la pica, pero él se desvió y esquivó la negra parca.
El Atrida desenvainó la espada, tachonada con clavos de plata,
y enarbolándola golpeó el crestón del casco; y a ambos lados,
desmenuzada en tres o cuatro pedazos, se le cayó de la mano.
El Atrida se lamentó, con la mirada puesta en el vasto cielo:
«¡Oh Zeus padre! No hay dios más execrable que tú.
Estaba seguro de vengarme de la villanía de Alejandro;

[57] Siempre sucede en los enfrentamientos con lanza en la *Ilíada* que el primero que dispara falla. También sucede regularmente que el guerrero que es incapaz de atravesar la coraza del enemigo es derrotado.

pero he aquí que la espada se me ha quebrado en las manos,
y la pica ha partido de mis palmas en vano y no ha acertado.»
Dijo, y cargó y lo agarró del casco, de tupidas crines;
y lo giró y tiraba de él hacia los aqueos, de buenas grebas.
Le estrangulaba el delicado cuello la recamada correa
que como barboquejo para el yelmo tenía tensa bajo el mentón.
Y lo habría arrastrado y se habría alzado con indecible gloria,
de no ser porque lo notó la agudeza de Afrodita, hija de Zeus,
que le rompió la correa, de cuero de buey matado con violencia;
y vacío siguió el yelmo al tirón de la recia mano.
Entonces el héroe hacia los aqueos, de buenas grebas,
lo tiró tras voltearlo, y lo recogieron los fieles camaradas;
y él se volvió y arremetió al adversario, ávido de matarlo,
con la broncínea pica [58]. Pero Afrodita lo arrebató
con la facilidad de un dios, lo ocultó con una tupida bruma
y lo depositó en el perfumado y aromático tálamo.
Luego fue ella misma a llamar a Helena y la encontró
sobre la elevada torre, rodeada de numerosas troyanas.
Sacudió la punta de su velo de néctar tocándolo con la mano
y le habló, tomando la figura de una anciana de avanzada edad,
una cardadora que para ella, cuando habitaba en Lacedemonia,
hacía bellas manufacturas de lana, y que la amaba sobremanera.
Adoptando su figura, le dijo Afrodita, de la casta de Zeus:
«Ven aquí, te llama Alejandro para que regreses a casa.
Allí está él, en el tálamo y en los torneados lechos,
destilando belleza del cuerpo y del vestido. No dirías
que viene de pelear con un hombre, sino que va a la pista
de baile o que se acaba de sentar, nada más dejar la danza.»
Así habló, y en el pecho le conmovió el ánimo.
Y al reconocer el cuello de la diosa, de bello contorno,

[58] Paris se ha armado con una sola lanza y de Menelao se ha indicado que llevaba las mismas armas. En consecuencia, habría que esperar que Menelao no tuviera aún otra lanza, y que Paris, por el contrario, conservara aún la espada.

el deseable pecho y los chispeantes ojos [59],
presa de estupor, la llamó con todos sus nombres y le dijo:
«Desdichada, ¿por qué anhelas tanto seducirme con embustes?
¿Pretendes llevarme a algún otro lugar más lejano todavía,
a una de las bien habitadas villas de Frigia o de la amena Meonia,
si también allí hay algún mísero mortal que sea favorito tuyo?
Como es evidente que ahora Menelao al divino Alejandro
ha vencido y quiere llevarse a casa mi abominable persona,
¿por eso ahora te presentas aquí con dolosas intenciones?
Ve y siéntate a su lado, apártate de la senda de los dioses
y ojalá no vuelvas a regresar sobre tus pasos al Olimpo.
Quédate para siempre gimoteando a su alrededor y mímalo
hasta que te haga su esposa o incluso su concubina;
pero yo allí no pienso ir, ¡vituperable sería!,
a prepararle el lecho. Más tarde las troyanas sin excepción
me lo reprocharán. ¡Dolores sin tregua tengo en mi ánimo!»
Irritada, le dijo Afrodita, de la casta de Zeus:
«No me provoques, terca, no sea que de enojo te abandone,
que te odie con igual vehemencia que hasta ahora te he amado,
y que mi ingenio cause luctuosos odios contra ti en ambos,
en troyanos y en dánaos; y tú entonces perecerás de vil muerte.»
Así habló, y sintió miedo Helena, nacida de Zeus,
que, tapándose con un velo de reluciente blancura, partió
en silencio sin notarlo ninguna troyana, con la diosa delante.
Al llegar a la hermosa morada de Alejandro,
las siervas se volvieron rápidas a sus labores,
y la divina entre las mujeres fue al tálamo, de alto techo.
Para ella cogió un escabel la risueña Afrodita,
y la propia diosa lo llevó y colocó frente a Alejandro.
Allí se sentó Helena, hija de Zeus, portador de la égida,
y, desviando hacia atrás los ojos, amonestó así a su marido:

[59] A pesar de que Afrodita ha tomado el aspecto de la anciana lacedemonia que había llegado a Troya con Alejandro, a menos que Afrodita haya abandonado su apariencia o que Helena sea capaz de reconocer a la diosa.

«Has vuelto del combate. ¡Ojalá hubieras perecido allí
doblegado ante el fuerte guerrero que fue mi anterior marido!
Antes te jactabas de ser superior a Menelao, caro a Ares,
por tu fuerza, por tus brazos y por tu pica.
Pero ve ahora y desafía a Menelao, caro a Ares,
a luchar otra vez en duelo singular. No, yo te
aconsejo desistir y evitar con el rubio Menelao
el combate en reto de hombre a hombre y la lucha
temeraria, no sea que pronto sucumbas bajo su lanza.»
Respondióle Paris y le dijo estas palabras:
«¡Mujer! No me amonestes el ánimo con duras injurias.
Es verdad que ahora ha vencido Menelao gracias a Atenea,
pero yo lo venceré otra vez: también con nosotros hay dioses.
Mas, ea, acostémonos y deleitémonos en el amor.
Nunca el deseo me ha cubierto así las mientes como ahora,
ni siquiera cuando tras raptarte de la amena Lacedemonia
me hice a la mar en las naves, surcadoras del ponto,
y en la isla de Cránae [60] compartí contigo lecho y amor.
¡Tan enamorado estoy ahora y tanto me embarga el dulce deseo!»
Dijo, y fue el primero al lecho; y su esposa le siguió.
Mientras los dos se acostaron en el torneado lecho,
el Atrida, parecido a una fiera, recorría la multitud
tratando de divisar en algún lugar al deiforme Alejandro.
Pero nadie de los troyanos ni de los ínclitos aliados pudo
indicar a Menelao, caro a Ares, dónde estaba Alejandro.
No lo habrían ocultado por amistad, si uno lo hubiera visto,
pues para todos ellos era tan odiado como la negra parca.
Entre ellos tomó la palabra Agamenón, soberano de hombres:
«¡Oídme, oh troyanos, dárdanos y aliados!
A la vista está que la victoria es de Menelao, caro a Ares.

---

[60] La isla, si su nombre es Cránae, es de localización incierta y puede ser cualquiera de la costa lacedemonia (Giteo o Citera serían los candidatos más probables); pero Cránae, que significa 'rocosa', puede ser simplemente un epíteto de la isla, en cuyo caso el nombre de la isla no estaría expresado.

Vosotros a la argiva Helena y las riquezas con ella
devolvednos, y pagad una multa que parezca apropiada
y se mantenga además en la memoria de los hombres futuros.»
Así habló el Atrida, y todos los aqueos lo aprobaron.

CANTO IV

Los dioses celebraban asamblea sentados junto a Zeus
sobre el áureo pavimento, y en medio de ellos la augusta Hebe
escanciaba néctar. Con áureas copas brindaban
unos con otros, contemplando la ciudad de los troyanos.
Entonces el Crónida intentó provocar a Hera [61]
con mordaces palabras, proclamando fingidamente en público:
«Dos son las diosas protectoras de Menelao,
la argiva Hera y la alalcomeneide Atenea [62].
Pero he aquí que, sentadas lejos, sólo con mirarlo
se deleitan. Al otro, en cambio, la risueña Afrodita
siempre le asiste y de él aleja las parcas.
También ahora lo acaba de salvar cuando ya creía morir;
pero en realidad la victoria es de Menelao, caro a Ares.
Deliberemos nosotros sobre cómo han de acabar estos hechos:
si de nuevo el maligno combate y la atroz contienda
suscitamos o si promovemos amistad entre ambos bandos.
Si esto último a todos resultara caro y grato,

---

[61] Zeus necesita que vuelva a comenzar la lucha para estar en condiciones de cumplir su promesa a Tetis.

[62] Hera debe de ser llamada argiva porque uno de los santuarios más famosos donde era venerada, el *Heraion*, estaba próximo a Argos. Por otro lado, en Alalcómenas, situada en la ribera sur del lago Copais en Beocia, había un santuario donde se daba culto a un héroe Alalcomeneo, al que debió de asociarse Atenea.

sin duda seguiría habitada la ciudad del soberano Príamo,
y Menelao se llevaría de regreso a la argiva Helena.»
Así habló, y Atenea y Hera murmuraron con disgusto;
contiguas estaban sentadas y tramaban males contra los troyanos.
Es cierto que Atenea guardó silencio y no dijo nada, aunque
rezongaba contra su padre, Zeus, y una feroz ira la invadía;
pero Hera no pudo contener el enojo en el pecho y dijo:
«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué clase de palabra has dicho!
¿Cómo quieres dejar vanas e ineficaces mis fatigas,
el sudor de mis esfuerzos y las penalidades de mis caballos
cuando reunía la hueste, calamidad para Príamo y sus hijos?
Hazlo, mas no te lo aprobamos todos los demás dioses.»
Muy enojado, le respondió Zeus, que las nubes acumula:
«¡Infeliz! ¿Qué daño te hacen Príamo y los hijos de Príamo
tan grande, para que con tan vehemente furor te obstines
en devastar la bien edificada fortaleza de Ilio?
Si entraras en las puertas y en los largos muros
y devoraras crudos a Príamo y a los hijos de Príamo
y a los demás troyanos, sólo así te curarías esa ira.
Haz como te plazca; esta desavenencia no debe en el futuro
tornarse en motivo grave de discordia mutua entre tú y yo.
Otra cosa te voy a decir, y tú guárdala en tus mientes:
cuando también yo, lleno de furor, devastar una ciudad
quiera donde hayan nacido hombres que te sean queridos,
no trates de aplazar ni un momento mi ira y permítemelo,
que también yo te lo he otorgado de grado sin ser de mi gusto.
Pues de las ciudades de terrestres humanos
que están habitadas bajo el sol y el estrellado cielo,
la que yo más de corazón apreciaba era la sacra Ilio,
y a Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno.
Nunca carecía mi altar de la equitativa porción en el banquete,
la libación y el humo de grasa, privilegio que nos corresponde.»
Respondióle entonces la augusta Hera, de inmensos ojos:
«Tres son las ciudades más queridas para mí con mucho:
Argos, Esparta y Micenas, de anchas calles.

Saquéalas cuando las odies en lo más hondo de tu corazón.
Ni me planto en su defensa frente a ti ni te las rehúso.
Pues aunque me encone y no consienta con su saqueo,
nada lograré con mi encono, porque tú eres muy superior.
Pero no hay que dejar tampoco mi trabajo ineficaz:
también yo soy una diosa, mi linaje procede de donde el tuyo
y me engendró el taimado Crono, que me hizo la más venerable
por dos razones, por ser la mayor en edad y porque cónyuge
tuya me llamo, y tú de todos los inmortales eres soberano.
Pero transijamos en esto mutuamente,
tú conmigo y yo contigo —y coincidirán los demás dioses
inmortales—, y encomienda a Atenea lo antes posible
internarse en la atroz contienda de los troyanos y de los aqueos
e intentar que los troyanos a los ensoberbecidos aqueos
sean los primeros en ofender contra los juramentos.»
Así habló, y no desatendió el padre de hombres y dioses,
que al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:
«Ve al punto al campo de batalla entre troyanos y aqueos
e intenta que los troyanos a los ensoberbecidos aqueos
sean los primeros en ofender contra los juramentos.»
Con estas palabras instó a Atenea, ya antes enardecida,
que descendió de las cumbres del Olimpo presurosa.
Como el astro que lanza el hijo del taimado Crono [63],
portento para navegantes o para un vasto ejército de tropas,
luminoso astro del que muchas chispas salen despedidas,
parecida a él se lanzó hacia la tierra Palas Atenea
y saltó en medio; el estupor dominaba a los espectadores,
troyanos, domadores de caballos, y aqueos, de buenas grebas.
Y así repetía cada uno mirando al que tenía próximo:
«O de nuevo maligna guerra y una atroz contienda
va a haber, o amistad entre ambos bandos va a trabar
Zeus, el árbitro supremo de los combates humanos.»

---

[63] Un cometa o un meteoro; ambos, como fenómenos celestes, estarían asociados con Zeus, el dios del trueno y del cielo.

Así repetía cada uno de los aqueos y troyanos.
Y ella se internó entre la multitud de los troyanos
con la figura de Laódoco Antenórida, esforzado lancero,
buscando a Pándaro, comparable a un dios, a ver si lo hallaba.
Encontró al intachable y esforzado hijo de Licaón de pie,
rodeado por las esforzadas filas de los escudados guerreros,
las huestes que le habían acompañado desde el cauce del Esepo [64].
Deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:
«¡Ojalá me obedezcas en una cosa, belicoso hijo de Licaón!
Si así fuera, osarías arrojar sobre Menelao una veloz saeta
y te alzarías con el favor y la gloria de todos los troyanos,
pero, por encima de todos, del rey Alejandro.
Seguro que de él sobre todo obtendrías espléndidos regalos,
si viera a Menelao, el marcial hijo de Atreo,
subir a la pira fúnebre doblegado por tu dardo.
Mas, ea, dispara una flecha al glorioso Menelao
y haz votos a Apolo, nacido en Licia, ilustre por su arco,
de sacrificar una ínclita hecatombe de primogénitos corderos
al regresar a casa, a la sagrada ciudad de Zelea.»
Así habló Atenea y persuadió las mientes al insensato.
Al punto se despojó del bien pulido arco de buco de cabra
montés, al que él mismo una vez había atinado bajo el torso
cuando brincaba desde una roca. Tras acecharlo en emboscada,
le acertó en el pecho, y el animal cayó de lomos en la roca.
Los cuernos medían dieciséis palmos desde la cabeza;
un artesano pulidor de cuernos los había ensamblado con maña
y, tras alisarlo bien, había montado en él un áureo gancho.
Lo tensó curvándolo contra el suelo y lo depositó con tacto;
sus valerosos compañeros embrazaban los escudos delante,
por si los marciales hijos de los aqueos arremetían
antes de recibir el impacto Menelao, el marcial hijo de Atreo.

---

[64] Cf. II 826 s.; sin embargo, en V 105 y 173 se dice que procede de Licia. La información sólo es reconciliable si Licia en este caso no se refiere a la zona sudoccidental de Asia Menor.

Por su parte, él quitó la tapa de la aljaba y sacó una saeta
nunca disparada, alada, puntal de negros dolores.
Al instante colocó sobre la cuerda la amarga flecha
e hizo votos a Apolo, nacido en Licia, ilustre por su arco,
de sacrificar una ínclita hecatombe de primogénitos corderos
al regresar a casa, a la sagrada ciudad de Zelea.
Asió las muescas y los bovinos tendones y tiró de ellos,
y aproximó la cuerda a la tetilla, y al arco el hierro [65].
Al ir tensando el gran arco hasta darle forma circular,
el armazón chirrió, la cuerda dio un chasquido, y saltó
la flecha acerada, ávida de volar por entre la multitud.
Y no se olvidaron de ti, Menelao, los felices dioses [66]
inmortales, y menos que nadie la depredadora hija de Zeus,
que se plantó delante y te apartó el dardo, de asta de pino.
Lo alejó de la piel justo lo suficiente, como cuando una madre
ahuyenta una mosca de su hijo, cuando yace con dulce sueño.
Ella fue quien lo enderezó adonde los broches del cinturón
áureos se unían y la coraza ofrecía una doble capa.
La amarga flecha vino a atinar en el ajustado cinturón,
y he aquí que a través de su primoroso ceñidor penetró
y se hundió a través de la coraza, con arte elaborada,
y la ventrera, bastión de jabalinas que llevaba como defensa,
que fue lo que más lo protegió, aunque también la traspasó [67].
La flecha arañó la zona más superficial de la piel del hombre,
y al punto fluyó de la herida la sangre, oscura como una nube.
Como cuando tiñe el marfil de púrpura una mujer
meonia o caria para el arnés de un tiro de caballos;

---

[65] Uno de los pocos ejemplos en los que un arma, la punta de la flecha en este caso, es de hierro, no de bronce, como es regular.

[66] El poeta apostrofa a Menelao en algunos otros contextos y, sobre todo, por número de veces, a Patroclo en XVI.

[67] La descripción del curso de la flecha, aunque tiene el aspecto de ser muy pormenorizada, no permite hacerse una idea clara acerca de las piezas de la armadura de Menelao.

está guardado en la habitación, y lo desean muchos
cocheros llevar, pero es galardón reservado para el rey
por ser a la vez ornato del caballo y loa del conductor;
así, Menelao, se te tiñeron de sangre los muslos
bien formados, las pantorrillas y abajo los bellos tobillos.
Estremecióse entonces Agamenón, soberano de hombres,
al ver la negra sangre fluyendo de la herida;
y estremecióse también el propio Menelao, caro a Ares.
Pero al ver el tendón [68] y las barbas de la flecha fuera,
su ánimo se recobró y retornó a su pecho.
En medio dijo entre hondos gemidos el poderoso Agamenón,
mientras sujetaba a Menelao de la mano y los compañeros gemían:
«¡Hermano querido! Tu muerte he sancionado con juramentos,
al dejarte luchar solo con los troyanos delante de los aqueos.
Los troyanos te han herido y pisoteado los leales juramentos.
Pero no son baldíos el juramento, la sangre de los corderos,
las libaciones de vino puro y las diestras en que confiábamos.
Pues incluso si el Olímpico no lo cumple al momento,
no dejará de cumplirlo, y los culpables pagarán con creces,
con sus propias cabezas y las de sus mujeres y sus hijos.
Pues bien sé yo esto en mi mente y en mi ánimo:
habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio,
y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno,
y en que Zeus Crónida, de sublime trono, que mora en el éter,
agite personalmente sobre todos ellos su tenebrosa égida,
lleno de rencor por esta felonía; eso no dejará de cumplirse.
Pero para mí atroz será la aflicción por ti, Menelao,
si es que mueres y colmas el hado de tu vida.
Además, yo regresaría cubierto de oprobio a la sedienta Argos
—pues los aqueos al instante se acordarán de la tierra patria—
y dejaríamos como galardón para Príamo y para los troyanos
a la argiva Helena; y tus huesos los pudrirá la tierra,

[68] Probablemente indica el material del que está fabricada la tira que sujeta la cabeza de la flecha al asta.

y quedarás yaciendo en Troya por una empresa inacabada.
Y así dirá posiblemente alguno de los arrogantes troyanos,
brincando sobre la tumba del glorioso Menelao:
'¡Ojalá Agamenón satisfaga su ira con todos igual que ahora,
que ha traído aquí el ejército de los aqueos en vano
y se ha marchado a casa, a su querida tierra patria,
con las naves vacías y dejándose aquí al valeroso Menelao!'
Así dirá uno alguna vez. ¡Que entonces la ancha tierra me trague!»
Dijo el rubio Menelao para reanimarlo:
«¡Recobra el ánimo y no atemorices más a la hueste aquea!
El agudo dardo no se ha clavado en lugar mortal; delante
me ha protegido el flameante cinturón, y debajo el ceñidor
y la ventrera, que los broncistas forjaron con fatiga.»
En respuesta le dijo el poderoso Agamenón:
«¡Ojalá sea así, mi querido Menelao!
Un médico palpará la herida y te aplicará
medicinas que calmen tus negros dolores.»
Dijo, y a Taltibio, el divino heraldo, habló así:
«¡Taltibio! Llama aquí cuanto antes a Macaón,
el mortal hijo de Asclepio, intachable médico,
para que reconozca a Menelao, el marcial hijo de Atreo,
a quien con una flecha ha acertado alguien experto con el arco,
un troyano o un licio: para él gloria y para nosotros pena.»
Así habló, y no desobedeció el heraldo apenas oírle.
Echó a andar por la hueste de los aqueos, de broncíneas túnicas,
buscando con mirada ansiosa al héroe Macaón. Hallólo de pie,
rodeado por las esforzadas filas de sus escudados guerreros,
las tropas que le habían seguido de Trica, pastizal de caballos,
y deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:
«¡Muévete, Asclepíada! Te llama el poderoso Agamenón
para que reconozcas a Menelao, el marcial hijo de Atreo,
a quien con una flecha ha acertado alguien experto con el arco,
un troyano o un licio: para él gloria y para nosotros pena.»
Así habló, y en el pecho se le conmovió el ánimo.
Echaron a andar entre la multitud por el ancho ejército aqueo.

Y cuando llegaron donde el rubio Menelao
estaba herido y rodeado de todos los adalides, congregados
en círculo, se colocó a su lado el mortal, igual a un dios,
y al punto comenzó a extraer la flecha del ajustado cinturón;
y al extraerla, las agudas barbas se quebraron hacia atrás.
Le desató el flameante cinturón y, por debajo, el ceñidor
y la ventrera, que los broncistas habían forjado con fatiga.
Tras reconocer la herida donde la amarga flecha había penetrado,
succionó la sangre y encima benignas medicinas con pericia
espolvoreó, que Quirón había procurado a su padre por amistad.
Mientras atendían a Menelao, valeroso en el grito de guerra,
entre tanto las filas de los escudados troyanos avanzaron,
y ellos volvieron a vestirse con las armas y recordaron la lid.
No habrías visto entonces adormecido al divino Agamenón [69],
ni tampoco medroso ni reacio a la lucha, sino muy presto
para la batalla, que otorga la gloria a los hombres.
Dejó allí los caballos y el carro, centelleante de bronce.
Resoplando los mantenía aparte su escudero,
Eurimedonte, hijo de Ptolemeo Piráida, a quien encargó
con insistencia mantenerlos cerca, para cuando se cansaran
sus miembros de recorrer la multitud actuando como caudillo;
y él fue a pie pasando revista a las hileras de guerreros:
a los que entre los dánaos, de veloces potros, veía presurosos
los reconfortaba de palabra, deteniéndose junto a ellos:
«¡Argivos! No flojeéis ya en el impetuoso coraje.
Pues el padre Zeus no será defensor de los mentirosos,
sino que a los primeros en transgredir los juramentos
con certeza los buitres les devorarán la tierna piel,

[69] El pasaje que aquí comienza hasta el verso 421 fue llamado en la Antigüedad *epipólesis*, 'revista de las tropas'. Esta inspección retrasa una vez más el comienzo de la lucha, como los catálogos en II y la tregua en III, pero, además de aumentar la expectación sobre la batalla, permite presentar en acción algunos guerreros aqueos que no habían sido mencionados en la *teichoskopía*.

mientras que nosotros a sus esposas y a sus infantiles hijos
nos llevaremos en las naves, cuando tomemos la fortaleza.»
Mas a quienes veía flojear en el abominable combate
los recriminaba duramente con iracundas palabras:
«¡Argivos fanfarrones, baldones! ¿No os da vergüenza?
¿Por qué estáis así parados, estupefactos como cervatillas,
que cuando se fatigan de correr por la vasta llanura
se quedan plantadas sin ningún coraje en sus mientes?
Así os quedáis parados vosotros, estupefactos y sin luchar.
¿Esperáis a que los troyanos se acerquen a donde las naves,
de bellas popas, están varadas sobre la ribera del canoso mar,
para ver si entonces el Cronión tiende su mano sobre vosotros?»
Así pasaba revista el caudillo a las hileras de guerreros.
Pasó ante los cretenses en su recorrido por la piña de soldados.
Éstos se armaban con la coraza en torno del belicoso Idomeneo;
Idomeneo precedía a las filas, igual a un jabalí en coraje,
mientras que Meríones instaba a los últimos batallones.
Agamenón, soberano de hombres, se alegró al verlos
y al punto habló a Idomeneo con lisonjeras palabras:
«¡Idomeneo! Te aprecio entre los dánaos, de veloces potros,
tanto en el combate y para cualquier empresa,
como en el banquete, cuando el rutilante vino honorífico
los adalides de los argivos mezclan en la cratera.
Si es verdad que los demás aqueos, de melenuda cabellera,
beben su ración, tu copa sin embargo siempre se alza llena,
como la mía, para beber siempre que el ánimo lo apetezca.
Ve al combate y pórtate como desde antiguo te jactas de ser.»
A su vez, Idomeneo, jefe de los cretenses, le miró y dijo:
«¡Atrida! Yo, en verdad, muy fiel compañero tuyo seré,
como al principio prometí y garanticé con mi asentimiento.
Mas insta a los demás aqueos, de melenuda cabellera, a reanudar
cuanto antes la lucha ahora que los troyanos han profanado
los juramentos. Ellos sufrirán muertes y duelos en el futuro
por haber sido los primeros en transgredir los juramentos.»
Así habló, y el Atrida prosiguió con el corazón jubiloso.

Y pasó ante los Ayantes en su recorrido por la piña de soldados.
Ambos se calaban el casco, y una nube de infantes les seguía [70].
Como cuando desde la atalaya el cabrero ve una nube
que baja de altamar por obra del zumbido del Zéfiro,
y en la lejanía se le aparece más negra aún que la pez,
según viene de alta mar preñada de enorme tempestad,
y se estremece al divisarla y guía bajo una gruta el ganado;
así de densos los batallones de mozos, criados por Zeus,
se movían con los Ayantes hacia el hostil combate,
sombríos y erizados de escudos y de picas.
También se alegró al verlos el poderoso Agamenón
y, hablándoles, pronunció estas aladas palabras:
«¡Ayantes, príncipes de los argivos, de broncíneas túnicas!
A vosotros dos, como no procede instaros, nada os ordeno;
pues por cuenta propia mandáis a la hueste luchar con vigor.
¡Zeus padre, Atenea y Apolo, ojalá
fuese tal el ánimo en el pecho de todos!
Entonces pronto se combaría la ciudad del soberano Príamo,
bajo nuestras manos conquistada y saqueada.»
Tras hablar así, los dejó allí y marchó hacia otros.
Entonces alcanzó a Néstor, el sonoro orador de los pilios,
que disponía a sus compañeros y los instaba a luchar.
Estaban en torno del alto Pelagonte, de Alástor, de Cromio,
del poderoso Hemón y de Biante, pastor de huestes [71].
Había situado delante a los cocheros con sus carros y caballos,
y detrás a los infantes, que eran muchos y valerosos,
como bastión del combate; y había intercalado a los cobardes

---

[70] El tipo de armamento de los soldados hace probable que los dos Ayantes sean aquí Ayante y Teucro, pues Ayante, el hijo de Oileo, va con un contingente de tropas armadas a la ligera.

[71] El único jefe pilio mencionado en el catálogo era Néstor; los demás nombres forman parte del repertorio de nombres que aparecen como víctimas en las escenas guerreras. Llama también la atención que no sea mencionado Antíloco, el hijo de Néstor.

para forzar a cada uno a pelear incluso contra su voluntad.
A los cocheros confió sus primeras instrucciones y les ordenó
sujetar sus caballos y no atropellarse entre la multitud:
«Que nadie, fiado en su pericia ecuestre y su valentía,
ansíe luchar con los troyanos sólo, delante de los demás;
pero que tampoco retroceda, pues os quedaréis más dispersos.
El hombre que desde su carro llegue al alcance de otro carro
que se abalance con la pica, porque realmente eso es mucho mejor.
También los hombres de antaño saqueaban ciudades y murallas
con este propósito y este ánimo en el pecho.»
Así los instaba el anciano, experto en lides desde antiguo.
También se alegró al verlo el poderoso Agamenón
y, dirigiéndose a él, pronunció estas aladas palabras:
«¡Anciano! Ojalá que lo mismo que el ánimo en tu pecho
te acompañaran las rodillas y tu fuerza persistiera firme.
Mas te abruma la vejez, que a todos iguala. ¡Ojalá
afectara a otro hombre, y tú estuvieras entre los más mozos!»
Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
«¡Atrida! También a mí mismo me gustaría mucho ser
igual que cuando maté a Ereutalión, de la casta de Zeus [72].
Pero los dioses no otorgan a los humanos todo a la vez:
si entonces era mozo, ahora en cambio la vejez me acompaña.
Mas incluso así estaré entre los cocheros y los exhortaré
con consejos y advertencias, el privilegio de los ancianos.
Pero alancearán las puntas de las lanzas los jóvenes,
que son más vigorosos que yo y están fiados en su fuerza.»
Así habló, y el Atrida prosiguió con el corazón jubiloso.
Halló al hijo de Péteo, Menesteo, fustigador de caballos,
de pie, rodeado de atenienses, instigadores del clamor de guerra.
También estaba parado cerca el muy ingenioso Ulises,
con las apretadas hileras de los cefalenios en torno de él
quietas: su hueste no había oído aún el griterío de guerra,
pues acababan de levantarse y ponerse en marcha los batallones

[72] Néstor relata esta hazaña en VII 136 ss.

de los troyanos, domadores de caballos, y de los aqueos, y aguardaban
quietos de pie a que otra columna de aqueos se acercara
y se lanzara contra los troyanos, y comenzaran el combate.
Al verlos, los recriminó Agamenón, soberano de hombres,
y, hablándoles, pronunció estas aladas palabras:
«¡Hijo de Péteo, rey criado por Zeus,
y tú, sobresaliente por tus pérfidos engaños, codicioso!
¿Por qué estáis medrosos parados lejos y aguardáis a otros?
Sois vosotros dos quienes debéis estar entre los primeros
con pie firme y debéis encarar la abrasadora lucha.
También sois los primeros en recibir mi invitación al festín
cuando los aqueos preparamos un banquete para los próceres [73].
Entonces os agrada comer las asadas carnes y beber las copas
de vino, dulce como la miel, mientras los dos tenéis ganas.
Pero ahora con gusto veríais incluso diez columnas de aqueos
luchar delante de vosotros con el despiadado bronce.»
Mirándolo con torva faz, replicó el muy ingenioso Ulises:
«¡Atrida, qué palabra ha escapado del cerco de tus dientes!
¿Cómo dices que dejamos la lid, cuando somos los aqueos quienes
despertamos feroz Ares contra los troyanos, domadores de caballos?
Verás, si quieres y si algo te importa, al padre de Telémaco
confundido con los combatientes delanteros de los troyanos,
domadores de caballos. Vaciedades dices, vanas como el viento.»
El poderoso Agamenón replicó sonriendo
al darse cuenta de su ira, y se retractó de sus palabras:
«¡Laertíada descendiente de Zeus, Ulises fecundo en ardides!
Ni pretendo recriminarte de modo superfluo ni te doy órdenes.
Pues sé cómo el ánimo en tu pecho conoce sólo
benignos proyectos y tiene los mismos sentimientos que yo.
Mas vete; después enmendaremos lo que de ofensivo ahora
se haya dicho. ¡Y que los dioses arrastren todo con el viento!»
Tras hablar así, los dejó allí y marchó hacia otros.

[73] Menesteo parece ser un héroe de menor rango, pues no es invitado por Agamenón en II 404 ss.

Halló al hijo de Tideo, al soberbio Diomedes,
de pie detrás de los caballos en el bien ensamblado carro.
A su lado estaba erguido Esténelo, hijo de Capaneo.
También recriminó a aquél, al verlo, el poderoso Agamenón
y, dirigiéndose a él, pronunció estas aladas palabras:
«¡Ay, hijo del belicoso Tideo, domador de caballos!
¿Por qué te quedas medroso, mirando los puentes del combate? [74].
No le resultaba grato a Tideo amedrentarse así, sino luchar
con los enemigos muy por delante de los propios compañeros.
Así lo decían quienes lo vieron en tales labores, pues yo ni
lo presencié ni lo vi; pero dicen que superaba a los demás.
Ciertamente penetró en Micenas sin luchar, sino como huésped,
con Polinices, comparable a un dios, cuando reclutaba tropa [75].
Preparaban una expedición contra los sacros muros de Tebas
y pidieron con insistencia que les dieran ínclitos aliados.
Estaban dispuestos a dárselos y aprobaban sus propuestas,
mas Zeus los hizo mudar de idea al mostrar fatídicas señales.
Se marcharon, pues, y cuando ya estaban de camino
y habían llegado al Asopo, de espesos juncos y herboso lecho,
de nuevo los aqueos enviaron a Tideo en embajada.
Se puso en camino y halló a los cadmeos, que en gran número
participaban del banquete en la morada del pujante Etéocles.
Ni allí, aun siendo extranjero, Tideo, el conductor de carros,
se intimidó, a pesar de estar solo entre tantos cadmeos,
sino que los fue desafiando y en todos los certámenes venció
con facilidad: ¡tal era Atenea, el refuerzo que tenía!
Airados los cadmeos, aguijoneadores de caballos,

[74] La fórmula debe de referirse a los caminos y espacios abiertos que quedan entre los grupos de combatientes.

[75] Polinices había sido despojado del trono tebano por Etéocles. Tideo y Polinices intentaban reclutar tropas en las diferentes ciudades. Atenea da en V 800 ss. una versión ligeramente distinta de esta hazaña de Tideo, perteneciente al ciclo legendario tebano. El relato posee muchos motivos convencionales, algunos de los cuales se repiten en *Odisea* VIII a propósito de Ulises.

apostaron contra él a su regreso una nutrida emboscada
formada por cincuenta jóvenes. Dos eran los jefes,
Meón Hemónida, semejante a los inmortales,
y el hijo de Autófono, el aguerrido Polifontes [76].
Pero Tideo también a ellos les deparó un ignominioso hado:
a todos mató y sólo a uno soltó para que regresara a casa,
a Meón, a quien dejó por acatar los portentos de los dioses.
Tal fue el etolio Tideo; sin embargo, el hijo que engendró
es peor que él en la lucha, aunque sea mejor en la asamblea.»
Así habló, y nada le respondió el esforzado Diomedes,
respetuoso ante la amonestación del venerable rey.
Pero replicóle el hijo del glorioso Capaneo [77]:
«¡Atrida! No mientas si sabes decir la verdad.
Nosotros nos jactamos de ser mucho mejores que nuestros padres.
Nosotros conquistamos el solar de Tebas, de las siete puertas,
a pesar de llevar tropas menores al pie de un muro más sólido,
por acatar los portentos de los dioses y por el auxilio de Zeus.
Aquéllos, en cambio, por sus propias iniquidades perecieron.
Por eso, no atribuyas el mismo honor a nuestros padres.»
Mirándolo con torva faz, replicó el esforzado Diomedes:
«¡Amigo, guarda silencio y haz caso de mi consejo!
Pues yo no vitupero a Agamenón, pastor de huestes,
por incitar a luchar a los aqueos, de buenas grebas:
la gloria le acompañará a éste, si es que los aqueos
aniquilan a los troyanos y conquistan la sacra Ilio;
pero su pena será enorme, si los aqueos son aniquilados.
¡Mas, ea, pensemos también nosotros en el impetuoso coraje!»
Dijo, y del carro saltó a tierra con las armas.
Terrible fue el chasquido del bronce en el pecho del soberano
al moverse: hasta a un intrépido habría sobrecogido el temor.

---

[76] Los jefes de la emboscada parecen tener nombres parlantes, al menos el segundo de ellos, en cuyo nombre y en el de su padre está el lexema de 'matar'.

[77] Esténelo.

Como cuando en la resonante playa la hinchada ola del mar
se levanta en rápida sucesión, impelida por el Zéfiro;
en el ponto primero se encrespa y al romper en el continente
en seguida brama con fuerza, en torno de los promontorios
se encumbra abombada y escupe las granzas del mar;
con igual rapidez se sucedían los batallones de los dánaos
hacia el combate sin desfallecer. Daba órdenes a los suyos
cada príncipe, y los demás iban callados —habrías asegurado
que tantas huestes como les seguían no tenían voz en el pecho—
y en silencio, temerosos de los capataces; y en todos lucían
las centelleantes panoplias con las que desfilaban revestidos.
Los troyanos, como las incontables ovejas de un varón acaudalado
están quietas en el establo mientras ordeñan su blanca leche
y balan sin pausa al escuchar las llamadas de los corderos,
así el bullicio de los troyanos sobrevolaba el ancho ejército.
No era de todos igual el clamor, ni único el modo de hablar;
las lenguas se mezclaban al ser las gentes de múltiples lugares.
Incitó a los unos Ares, y a los otros la ojizarca Atenea,
el Terror, la Huida, y la Disputa, furiosa sin medida,
hermana y compañera del homicida Ares,
que al principio es menuda y se encrespa, pero que pronto
consolida en el cielo la cabeza mientras anda a ras del suelo.
También entonces sembró una contienda general entre todos
y recorría la multitud acreciendo el gemido de los hombres.

En cuanto se juntaron y concurrieron en un mismo lugar,
entrechocaron pieles de escudos, picas y furias de guerreros,
de broncíneas corazas. Entonces los abollonados broqueles
se enzarzaron unos a otros, y se suscitó un enorme estruendo.
Allí se confundían quejidos y vítores de triunfo
de matadores y de moribundos, y la sangre fluía por el suelo.
Como cuando dos torrenciales ríos se despeñan montes abajo
y en la confluencia de dos valles juntan sus crecidos caudales
procedentes de altos manantiales dentro de un cóncavo barranco
y a lo lejos el pastor escucha su ruido en los montes,
así eran sus alaridos y sus esfuerzos al entrar en la refriega.

Antíloco fue el primero que capturó a un guerrero troyano
valeroso delante de las líneas de combate, a Equépolo Talisíada.
Le acertó el primero en el crestón del casco, de tupidas crines;
se le clavó en la frente y traspasó el hueso hasta dentro
la broncínea punta, y la oscuridad le cubrió los ojos,
y se desplomó como una torre en la violenta batalla.
Nada más caer, lo cogió de los pies el poderoso Elefénor
Calcodontíada, jefe de los magnánimos abantes, y empezó
a arrastrarlo al abrigo de los dardos, ávido cuanto antes
de despojarlo de la armadura. Mas breve fue su impulso:
al verlo tirar del cadáver, el magnánimo Agénor en el costado,
que al agacharse había quedado al descubierto fuera del broquel,
lo hirió con azagaya guarnecida de bronce y dobló sus miembros.
Así lo abandonó el ánimo, y sobre su propio cuerpo se trabó
una acción dolorosa entre los troyanos y los aqueos. Como lobos
se agredieron entre sí, y cada hombre abatió a otro hombre.
Entonces Ayante Telamonio acertó al hijo de Antemión
Simoesio, lozano mozo al que su madre había engendrado
junto a las riberas del Simoente, al descender del Ida,
adonde había ido con sus progenitores a velar por el ganado.
Por eso lo llamaban Simoesio; y a sus progenitores no
pudo devolver el pago de su crianza: efímera su vida
se tornó, doblegado bajo la lanza del magnánimo Ayante.
Iba el primero cuando le acertó en el pecho junto a la tetilla
derecha, y recta la broncínea pica a través del hombro
penetró. Cayó a tierra en el polvo, como el álamo negro
que en la vega de una extensa marisma ha crecido
con el tronco liso, aunque unas ramas nacen en su cúspide [78],
y que el carretero tala con el fogueado hierro
para curvarlo como llanta para un carro, de bello contorno;
y el álamo yace secándose a lo largo de la orilla del río.
Así despojó al Antémida Simoesio Ayante, descendiente de Zeus.

[78] Probablemente, porque las ramas más bajas son podadas con regularidad.

Contra éste, a su vez, Ántifo, de tornasolada coraza,
el Priámida, disparó entre la multitud la aguda lanza.
A él le falló, pero a Leuco, valeroso compañero de Ulises,
que tiraba del cadáver en dirección opuesta, acertó en la ingle.
Se desplomó sobre aquel cuerpo, y el cadáver escapó de su mano.
Mucho se irritó en su ánimo Ulises por su muerte.
Marchó delante de las líneas cubierto de rutilante bronce
y al llegar muy cerca se detuvo y disparó la reluciente lanza,
mirando a ambos lados con cautela. Arredró a los troyanos
el disparo del guerrero; y no arrojó el proyectil en vano,
sino que acertó a Democoonte, hijo bastardo de Príamo,
llegado en su ayuda de Abido, donde estaba a cargo de ligeras yeguas.
Ulises, irritado por su compañero, le acertó con la lanza
en la sien; incluso la otra temporal también traspasó
la broncínea punta, y la oscuridad le cubrió los ojos.
Retumbó al caer, y las armas resonaron sobre su propio cuerpo.
Retrocedieron los de delante y el esclarecido Héctor;
y los argivos estallaron en vítores, arrastraron sus cadáveres
y siguieron avanzando derechos. Apolo se enojó al divisarlos
de lo alto de Pérgamo [79] y arengó a los troyanos con recias voces:
«¡Adelante, troyanos, domadores de caballos! ¡No cedáis
en arrojo a los argivos, que no es piedra su piel, ni hierro
que frene el bronce, tajante de la carne, si reciben impacto!
Además, Aquiles, el hijo de Tetis, de hermosos cabellos, no está
en liza, sino en las naves rumiando la ira, que corroe el alma.»
Así habló desde la ciudadela el temible dios. A su vez,
incitó a los aqueos la hija de Zeus, la muy gloriosa Tritogenía [80],
que recorría la multitud por donde veía a uno flojear.
Entonces el destino trabó los pies a Diores Amarincida,
herido por obra de un aristado guijarro junto al talón,

[79] La parte más alta de la ciudad de Troya, donde Apolo tiene un templo y parece estar situado el palacio de Príamo.

[80] Epíteto de Atenea cuyo valor exacto es desconocido. Quizá hace referencia a una asociación con Tritón y Anfitrite, dioses marinos, o a su cualidad de hija genuina de Zeus.

en la pantorrilla derecha. Le acertó el jefe de los tracios,
el Imbrásida Píroo, que había llegado de Eno.
Ambos tendones y los huesos la insolente piedra
había triturado por completo, y boca arriba en el polvo
cayó con los dos brazos extendidos hacia sus compañeros,
exhalando el ánimo. Acudió a él el que lo había alcanzado,
Píroo, y le hirió con la lanza junto al ombligo. Las vísceras
enteras se derramaron al suelo, y la oscuridad cubrió sus ojos.
Al alejarse, el etolio Toante le acertó con la lanza
en el pecho sobre la tetilla, y el bronce se clavó en el pulmón.
Próximo a él llegó Toante, y la robusta pica
le arrancó del pecho; luego desenvainó la aguda espada
y con ella le golpeó en pleno vientre y le quitó la vida.
Pero no lo desnudó de las armas; pues lo rodearon sus compañeros
tracios, de melenudas coronillas, con sus luengas picas en ristre
y, aunque era corpulento, valiente y admirable,
lo rechazaron lejos de ellos; y él se retiró estremecido.
Así quedaron ambos tendidos en el polvo, uno al lado de otro,
éste de los tracios y aquél de los epeos, de broncíneas túnicas,
príncipes; y muchos otros fueron matándose a su alrededor.
Entonces no habría censurado la acción al entrar en ella
quien, sin estar aún alcanzado ni herido por el agudo bronce,
hubiera circulado por el medio, conducido por Palas Atenea
de la mano y protegido por ella del ímpetu de los dardos;
pues aquel día muchos troyanos y aqueos quedaron
de bruces tendidos en el polvo, unos al lado de otros.

CANTO V

Entonces de nuevo al Tidida Diomedes Palas Atenea [81]
infundió furia y audacia, para que destacado entre todos
los argivos se hiciera y se alzara con noble gloria.
Inflamó un infatigable fuego que salía de su casco y su broquel,
semejante a la estrella otoñal, que es la que con más
brillo resplandece, una vez bañada en las aguas del Océano [82];
tal era el fuego inflamado que brotaba de su cabeza y sus hombros
y lo impulsó al centro, donde eran más los que se atropellaban.
Había entre los troyanos un tal Darete opulento y sin tacha,
que era sacerdote de Hefesto. Dos eran los hijos que tenía:
Fegeo e Ideo, expertos ambos en todo tipo de lucha.
Ambos se destacaron de las filas y se lanzaron a su encuentro,
y éstos desde el carro y aquél pie a tierra iniciaron la marcha.
Cuando ya unos y otro estaban cerca en su avance,
Fegeo fue el primero que arrojó la pica, de luenga sombra.
Por encima del hombro izquierdo del Tidida pasó la punta
de la pica y no le acertó. Después arremetió con el bronce
el Tidida, y de su mano no escapó en vano el proyectil:
le acertó en el pecho entre las tetillas y lo derribó del carro.

---

[81] El canto V y el comienzo del VI relatan hazañas de Diomedes, de ahí el nombre con el que este pasaje fue designado desde el siglo V a. C.: *aristía* de Diomedes.

[82] La estrella más luminosa es Sirio y a ella se refiere otro símil en XXII 26 ss.

Ideo saltó, abandonando la caja, bella en todo el contorno,
y no osó rondar intentando vengar la muerte de su hermano;
pues ni siquiera él mismo habría eludido la negra parca
sin Hefesto, que lo protegió y salvó cubriéndolo con la noche,
para evitar que el anciano quedara en la aflicción absoluta.
Y el hijo del magnánimo Tideo condujo fuera los caballos
y se los dio a sus camaradas para bajarlos a las cóncavas naves.
A los magnánimos troyanos, al ver que de los dos hijos de Darete
uno había escapado y el otro había muerto junto al carro,
a todos se les conmovió el ánimo. Entonces la ojizarca Atenea
cogió de la mano y dijo estas palabras al impetuoso Ares:
«¡Ares, Ares, estrago de mortales, manchado de crímenes,
salteador de murallas! ¿No sería mejor dejar a troyanos y aqueos
batirse, sean unos u otros a quienes Zeus padre tienda la gloria,
y que nosotros nos repleguemos y evitemos la cólera de Zeus?»
Tras hablar así, sacó de la lucha al impetuoso Ares.
Y lo hizo sentarse sobre el Escamandro, de elevadas orillas,
y los dánaos hicieron replegarse a los troyanos. Cada caudillo
hizo una presa. El primero fue Agamenón, soberano de hombres,
que al jefe de los halizones, al alto Odio, tiró del carro:
acababa de volverse cuando le clavó la lanza en la espalda
en medio de los hombros, y le atravesó el pecho;
retumbó al caer, y las armas resonaron sobre su cuerpo.
Además, Idomeneo despojó a Festo, hijo del meonio
Boro, que había llegado de Tarne, de fértiles glebas.
Idomeneo, insigne por su lanza, le envasó la larga pica
en el hombro derecho cuando iba a montar en los caballos;
se desplomó del carro, y la abominable oscuridad lo apresó.
Mientras los escuderos de Idomeneo lo despojaron,
al hijo de Estrofio, a Escamandrio, perito en la caza,
el Atrida Menelao lo prendió con la puntiaguda pica.
Era un buen cazador, pues la propia Ártemis le había enseñado
a disparar a todas las fieras que el bosque cría en los montes.
Pero no lo socorrió entonces la sagitaria Ártemis,
ni las flechadoras destrezas en las que antes descollaba;

lejos de eso, el Atrida Menelao, glorioso por su lanza,
cuando huía delante lo hirió con la lanza en la espalda
en medio de los hombros, y le atravesó el pecho;
se desplomó de bruces, y las armas resonaron sobre su cuerpo.
Meríones despojó a Fereclo, el hijo de Tectón [83]
Harmónida, que con sus manos toda clase de primores sabía
fabricar; pues Palas Atenea había concebido por él gran amor.
Él había fabricado a Alejandro las bien equilibradas naves,
inicio de los males y causa de la ruina de todos los troyanos
y de la suya, porque ignoraba los designios de los dioses.
Meríones, cuando lo alcanzó en su persecución,
le acertó en la nalga derecha; la punta hacia delante
penetró y se alojó en la vejiga por debajo del hueso.
Se desplomó de hinojos con un gemido, y la muerte lo envolvió.
Además, Megete mató a Pedeo, hijo de Anténor,
bastardo, pero a quien la divina Teano había criado con celo
igual que a sus propios hijos, por complacer a su marido.
El Filida, insigne por su lanza, llegó cerca y lo hirió
en la cabeza, en la zona de la nuca, con la aguda lanza.
El bronce pasó recto por las muelas y cortó de raíz la lengua.
Se desplomó en el polvo, y sus dientes mordieron el frío bronce.
Eurípilo Evemónida, a Hipsénor, de la casta de Zeus,
hijo del soberbio Dolopión, que era sacerdote
de Escamandro y como un dios honrado entre su pueblo,
Eurípilo, el ilustre hijo de Evemón,
cuando huía delante, en plena carrera le hirió en el hombro
abalanzándose con la espada y le cercenó el pesado brazo.
Ensangrentado cayó el brazo al suelo, y los dos ojos
le arrebató la purpúrea muerte y el imperioso destino.
Así ellos penaban en la violenta batalla.
Del Tidida no habrías reconocido en qué bando se encontraba,
si trababa combate de parte de los troyanos o de los aqueos;
pues recorría el llano enardecido, semejante al desbordado río

[83] Nombre parlante: 'carpintero'.

torrencial que con sus rápidos desbarata las zanjas de tierra.
Ni las zanjas que forman diques lo contienen
ni las cercas de los florecientes vergeles lo frenan
al llegar de repente, cuando el aguacero de Zeus arrecia
y muchas bellas labores de mozos bajo su caudal se derrumban.
Así se atropellaban bajo el Tidida los densos batallones
de troyanos, que, a pesar de su número, no resistían el ataque.
Cuando lo vio el ilustre hijo de Licaón enardecido
por la llanura y atropellando por delante a los batallones,
al instante tensó contra el Tidida el tortuoso arco
y le acertó en pleno avance, atinando en el hombro derecho,
en la cavidad de la coraza [84]. La amarga flecha siguió su vuelo,
se abrió recto camino, y la coraza se fue salpicando de sangre.
Ante esto exclamó con recia voz el ilustre hijo de Licaón:
«¡Adelante, magnánimos troyanos, aguijadores de caballos!
Está herido el mejor de los aqueos, y a fe mía que no
aguantará mucho tiempo el violento dardo, si es verdad que fue
el soberano hijo de Zeus quien me impulsó al partir de Licia.»
Así habló triunfante; mas el ligero dardo no lo doblegó
y, luego de retirarse delante de los caballos y del carro,
se detuvo y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo:
«¡Adelante, tierno amigo Capaneida! Baja del carro
y arráncame del hombro la amarga flecha.»
Así dijo, y Esténelo saltó de los caballos a tierra,
y se acercó y le extrajo el ligero dardo traspasando su hombro,
y la sangre se agolpó a través de la entretejida túnica.
Entonces imploró Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«¡Óyeme, hija de Zeus, portador de la égida, indómita!
Si alguna vez también tu benevolencia asistió a mi padre
en el hostil combate, muéstrame ahora otra vez tu amor, Atenea.
Concédeme capturar y que llegue al alcance de mi pica el varón
que me ha acertado anticipándose y que ahora se jacta y asegura
que no veré ya mucho tiempo la brillante luz del sol.»

[84] La cavidad parece estar entre una de las láminas que forman la coraza. Los versos 112 s. parecen suponer que Diomedes no lleva coraza.

Así habló en su súplica, y le escuchó Palas Atenea,
que tornó ágiles sus miembros, tanto las piernas como los brazos.
Se detuvo cerca y le dijo estas aladas palabras:
«Diomedes, pelea ahora con confianza ante los troyanos,
pues te he infundido en el pecho el paterno ardor
intrépido que tuvo el cochero Tideo, blandidor del escudo.
También te he quitado de los ojos la niebla que los tapaba,
para que distingas bien lo mismo a un dios que a un hombre.
Por eso ahora, si un dios llega aquí a hacer una tentativa,
guárdate de luchar frente a frente con los inmortales dioses
restantes, y sólo en el caso de que Afrodita, hija de Zeus,
venga al combate, hiérela con el agudo bronce.»
Tras hablar así, se alejó la ojizarca Atenea,
y el Tidida volvió a confundirse con los guerreros de vanguardia.
Ya antes anhelaba en su ánimo luchar contra los troyanos;
mas entonces una furia triplicada lo invadió, como al león
al que el pastor que vela por las lanudas ovejas en el campo
roza cuando salta por encima del redil, y no lo doblega;
no hace más que excitar su brío, y ya no se limita a defenderse,
sino que se interna en los rincones del establo, y huyen solas;
y éstas quedan amontonadas y hacinadas unas sobre otras,
mientras el león enardecido salta fuera del profundo redil.
Con igual furia se confundió entre los troyanos el esforzado Diomedes.
Entonces capturó a Astínoo y a Hipirón, pastor de huestes:
hirió al uno sobre la tetilla con el asta guarnecida de bronce,
y al otro con la gran espada en la clavícula junto al hombro
le golpeó y le cercenó el hombro del cuello y de la espalda.
Los dejó allí y marchó en pos de Abante y de Poliído,
hijos de Euridamante, el anciano intérprete de sueños.
Al partir, el anciano no les había interpretado los sueños,
y el esforzado Diomedes los despojó de sus armas.
Marchó luego tras Janto y Toón, hijos los dos de Fénope,
ambos tiernamente amados. La luctuosa vejez abrumaba al padre,
que no engendró otro hijo para dejarlo a cargo de su hacienda.
Entonces Diomedes les despojó las armas y arrebató la vida

a ambos, mientras que a su padre llanto y luctuosos duelos
dejó, porque vivos y de regreso de la lucha ya no pudo
acogerlos, y parientes lejanos se distribuyeron sus riquezas.
Luego se apoderó de dos hijos de Príamo Dardánida
que estaban en un solo carro, Equemón y Cromio.
Como el león al saltar en medio de la vacada fractura la cerviz
de una ternera o de una vaca de las que pacen entre el forraje,
así el hijo de Tideo fuera del carro obligó a ambos
a desmontar mal de su grado y luego les quitó las armas
y dio a sus camaradas los caballos para conducirlos a las naves.
Lo vio Eneas arrasando las hileras de guerreros
y echó a andar entre la lucha y el fragor de las picas
buscando a Pándaro, comparable a un dios, a ver si lo hallaba.
Encontró al intachable y esforzado hijo de Licaón,
se detuvo delante y lo miró de frente y le dijo estas palabras:
«¡Pándaro! ¿Dónde están tu arco y tus aladas flechas
y tu gloria? Con él no hay hombre que rivalice contigo aquí,
y tampoco nadie en Licia se jacta de ser mejor que tú.
Ea, tiende las manos a Zeus y arroja un dardo a ese hombre
que aquí triunfa y es autor de tantos males,
pues a muchos troyanos valerosos ha postrado las rodillas,
a menos que sea un dios lleno de rencor contra los troyanos
y encolerizado por los sacrificios: dura es la ira divina.»
Díjole, a su vez, el ilustre hijo de Licaón:
«¡Eneas, consejero de los troyanos, de broncíneas túnicas!
A mí ése en todo se me parece al belicoso Tidida:
lo reconozco por el broquel y por el atubado yelmo,
y al mirar sus caballos; con certeza no sé si es un dios.
Pero si es el hombre que afirmo, el belicoso hijo de Tideo,
no sin la ayuda de un dios muestra esa furia; cerca hay algún
inmortal que le asiste con los hombros envueltos en una nube
y que ha desviado a otro lado la veloz saeta que lo alcanzaba.
Ya le he arrojado un dardo que le ha acertado en el hombro
derecho y ha penetrado recto por la concavidad de la coraza.
Y yo ya estaba seguro de que lo precipitaría al reino de Aidoneo;

pero no lo he doblegado: seguro que es un dios rencoroso.
Heme aquí sin caballos ni carros en los que poder montar.
Y eso que en el palacio de Licaón tengo once cajas de carro
bellas, clavadas por primera vez y recién fabricadas; fundas
tienen desplegadas, y cerca de cada una una biga de caballos
se yergue, cebándose de blanca cebada y de escanda.
En verdad, muy encarecidamente el anciano lancero Licaón
al partir me lo encomendó en las bien construidas moradas.
Me exhortó a que montado en caballos y en carro
fuera al frente de los troyanos en las violentas batallas.
Mas yo no le hice caso, ¡cuánto mejor habría sido!,
por precaución de que me faltara el pasto para unos caballos
habituados a comer con hartura, al estar los hombres cercados.
Así los dejé y vine a Ilio y estoy como infante,
confiado en el arco; pero para nada me iba a aprovechar.
Pues ya he disparado contra dos de los paladines,
el Tidida y el Atrida, y a ambos el tiro les ha hecho brotar
auténtica sangre, mas sólo he logrado despertar su arrojo.
Por eso, en mala hora del clavo las corvas piezas del arco
descolgué aquel día en que vine a la amena Ilio
al frente de los troyanos, por complacer al divino Héctor.
En caso de regresar y volver a ver con estos ojos
mi patria, a mi esposa y mi alta morada, de elevados techos,
al punto ojalá que un extraño me corte la cabeza
si yo no echo este arco al reluciente fuego,
tras hacerle añicos con las manos; pues es una compañía inútil.»
Por su parte, Eneas, jefe de los troyanos, le miró y dijo:
«No hables más así. No cambiarán las cosas
hasta que los dos con caballos y carro contra este hombre
vayamos e intentemos un ataque frontal con nuestras armas.
Mas, ea, monta en mi carro y verás
qué expertos son los caballos de Tros en recorrer la llanura[85]

[85] La procedencia de los caballos de Tros está indicada en V 265 ss. Eneas proclama su genealogía y la de la estirpe troyana en XX 213 ss.

raudos de acá para allá, tanto para perseguir como para huir.
También ellos nos llevarán a salvo a la ciudad, si una vez más
Zeus extiende la gloria sobre el Tidida Diomedes.
¡Ea! Ahora la fusta y las resplandecientes riendas
acepta, y yo desmontaré del carro para luchar.
O bien aguárdalo tú, y yo me ocuparé de los caballos.»
Díjole, a su vez, el ilustre hijo de Licaón:
«¡Eneas! Sé tú quien sujete las riendas y tus caballos.
Bajo las órdenes del auriga habitual el tortuoso carro mejor
llevarán, si otra vez hemos de huir ante el hijo de Tideo.
No sea que ambos se espanten y no sirvan de nada ni quieran
sacarnos del combate al añorar el sonido de tu voz,
y entonces cargue sobre los dos el hijo del magnánimo Tideo,
y nos mate y se lleve los solípedos caballos.
Sé tú mismo más bien quien conduzca tu carro y tus caballos,
y yo seré quien aguarde con la aguda lanza el ataque de ése.»
Tras hablar así, montaron en el centelleante carro
y resueltos guiaron contra el Tidida los ligeros caballos.
Los vio Esténelo, el ilustre hijo de Capaneo,
y al instante dijo al Tidida estas aladas palabras:
«¡Tidida Diomedes, favorito de mi ánimo!
Veo a dos esforzados varones furiosos por luchar contra ti,
que tienen inconmensurable vigor: es diestro en el arco uno,
Pándaro, y además se jacta de ser hijo de Licaón;
Eneas, hijo del intachable Anquises, se vanagloria
de haber nacido y de que su madre es Afrodita.
Ea, repleguémonos al carro y, por favor, deja de correr
impetuoso ante las líneas, si no quieres perder el corazón.»
Mirándolo con torva faz, respondió el esforzado Diomedes:
«No menciones la huida, porque no creo que me persuadas.
No es propio de mi estirpe batirse en retirada
ni amedrentarse. Aún mi furia permanece inconmovible.
Me repugna montar en los caballos; al contrario, así mismo
les haré frente, que Palas Atenea me prohíbe huir despavorido.
Los ligeros caballos no llevarán otra vez de vuelta a esos dos

lejos de nosotros, al menos a ambos, si es que uno logra escapar.
Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes:
si Atenea, fecunda consejera, extiende sobre mí la gloria
de matar a ambos, tú a nuestros ligeros caballos aquí
mismo sujeta, tensando las riendas hacia el barandal;
pero acuérdate de lanzarte sobre los caballos de Eneas
y guíalos fuera de los troyanos con los aqueos, de buenas grebas.
Son de la misma raza que los que Zeus, de ancha voz, dio
en pago a Tros por su hijo Ganimedes; por eso son
los mejores caballos que hay bajo la aurora y el sol.
Anquises, soberano de hombres, robó la sangre de esta estirpe
cuando logró que a ocultas de Laomedonte montaran a sus yeguas.
De ellas le nacieron seis potros en su palacio:
cuatro los conservó para sí y los mimó en el pesebre,
y esos dos se los dio a Eneas, instigadores de la huida.
Si prendiéramos a los dos, nos alzaríamos con noble gloria.»
Mientras ellos conversaban con tales razones,
los dos pronto llegaron cerca guiando los ligeros caballos.
Y díjole el primero el ilustre hijo de Licaón:
«¡Esforzado de ánimo y belicoso hijo del admirable Tideo!
Antes no te ha doblegado el ligero proyectil, la amarga flecha;
mas ahora haré otro intento con la pica a ver si te alcanzo.»
Dijo y, blandiéndola, arrojó la pica, de luenga sombra,
y acertó al Tidida en el broquel; a través de éste continuó
su vuelo la broncínea punta hasta llegar cerca de la coraza.
Ante esto exclamó con recia voz el ilustre hijo de Licaón:
«Herido estás en el ijar de parte a parte, y creo que no
vas a resistir ya mucho tiempo. Me has dado inmenso honor.»
Sin intimidarse, le replicó el esforzado Diomedes:
«Has errado y no me has alcanzado. Pero creo que vosotros
no vais a cejar, hasta que al menos uno de los dos caiga
y sacie de sangre a Ares, guerrero del escudo de bovina piel.»
Tras hablar así, disparó, y Atenea enderezó el proyectil
hacia la nariz junto al ojo y traspasó los blancos dientes;
el intaladrable bronce le cercenó la base de la lengua,

y la punta de la lanza emergió junto al extremo del mentón.
Se desplomó del carro, y las armas resonaron sobre su cuerpo,
tornasoladas, relucientes. Se apartaron espantados los caballos,
de ligeros cascos; y allí mismo vida y furia se le desmayaron.
Eneas saltó a tierra con el broquel y la larga lanza,
temeroso de que los aqueos se llevaran el cadáver arrastrándolo.
Asentó los pies a ambos lados, como león fiado en su coraje,
y embrazó la lanza y el broquel, por doquier equilibrado,
furioso por matar al que viniera a enfrentarse contra él,
mientras profería pavorosos alaridos. Asió en la mano una peña
el Tidida, gran hazaña, que no habrían cargado dos hombres
como son ahora los mortales y que él solo blandió fácilmente.
Con ella acertó a Eneas en la cadera, justo donde el muslo
gira dentro de la cadera, cavidad que denominan 'cótila'.
Le machacó la cótila y le desgarró ambos tendones;
y la áspera piedra desolló la piel. Y el héroe se quedó
parado, desplomado de hinojos, y se apoyó con su recia mano
en el suelo; y la tenebrosa noche le veló alrededor los ojos.
Y entonces habría perecido Eneas, soberano de hombres,
si no lo hubiera notado la agudeza de Afrodita, hija de Zeus,
que le alumbró por obra de Anquises, cuando estaba de boyero.
En torno de su querido hijo extendió los blancos brazos
y lo tapó, poniendo delante un pliegue de su reluciente vestido
como bastión para los dardos, por si un dánao, de veloces potros,
le disparaba el bronce al pecho y le quitaba el aliento vital.
Mientras ésta sacaba del combate a su hijo,
tampoco el hijo de Capaneo olvidó entre tanto los encargos
encomendados por Diomedes, valeroso en el grito de guerra,
sino que sujetó allí sus solípedos caballos
lejos del fragor, tensando las riendas hacia el barandal,
y lanzándose sobre los corceles, de bellas crines, de Eneas,
los guió fuera de los troyanos con los aqueos, de buenas grebas.
Se los entregó a Deípilo, el compañero a quien más que a todos
los de su edad apreciaba por las prudentes ideas de sus mientes,
para que los condujera a las huecas naves. A su vez, el héroe

montó sobre los caballos, asió las resplandecientes riendas
y guió luego tras el Tidida los caballos, de duras pezuñas,
enardecido. Éste fue contra la Cípride [86] con el despiadado bronce,
sabedor de que era una divinidad cobarde y que no era de las diosas
esas que ejercen su soberanía en el combate de los guerreros:
ni Atenea ni tampoco Enío, saqueadora de ciudades.
Y cuando la alcanzó, tras acosarla entre la densa multitud,
entonces el hijo del magnánimo Tideo se estiró,
saltó con la aguda lanza y la hirió en el extremo de la mano
delicada. Al punto la lanza taladró la piel, traspasando
el inmortal vestido que las propias Gracias le habían elaborado,
en lo alto de la muñeca. Fluía la inmortal sangre de la diosa,
el icor, que es lo que fluye por dentro de los felices dioses;
pues no comen pan ni beben rutilante vino,
y por eso no tienen sangre y se llaman inmortales.
Ella estalló en un gran alarido y dejó caer de sí a su hijo.
Lo protegió entre sus brazos Febo Apolo
con una sombría nube, por si algún dánao, de veloces potros,
le disparaba el bronce al pecho y le quitaba el aliento vital.
Exclamó con recia voz Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«¡Retírate, hija de Zeus, del combate y de la lid!
¿Acaso no te basta con embaucar a las cobardes mujeres?
Si tienes intención de frecuentar la batalla, creo realmente
que te estremecerás con sólo oír mencionarla en otro sitio.»
Así habló, y ella se alejó fuera de sí con atroz angustia.
Iris, de pies como el viento, la cogió y sacó del tumulto,
abrumada de dolores, mientras su bella piel iba ennegreciendo.
Halló a la izquierda de la batalla al impetuoso Ares sentado,
con la pica y los dos rápidos caballos apoyados en la bruma.
Se desplomó de hinojos y pidió a su querido hermano
con insistentes ruegos los caballos, de áureas frontaleras:

[86] Afrodita es llamada Cípride, adjetivo relacionado en apariencia con el nombre de la isla de Chipre, porque en la isla existía un culto de la diosa.

«¡Querido hermano! Préstame ayuda y dame los caballos,
para llegar al Olimpo, donde está la sede de los inmortales.
Demasiado me abruma la herida que me ha inferido un mortal,
el Tidida, que ahora hasta con Zeus padre osaría luchar.»
Así habló; Ares le dio los caballos, de áureas frontaleras,
y ella montó en la caja del carro con el corazón consternado,
y a su lado subió Iris y asió las riendas con las manos.
Los fustigó para arrearlos, y no sin ganas echaron a volar.
Al punto llegaron a la sede de los dioses, al escarpado Olimpo.
Allí detuvo los caballos la rauda Iris, de pies como el viento,
los desató del carro y les echó inmortal pienso.
Afrodita, de casta de Zeus, cayó entre las rodillas de Dione,
su madre; y ésta cogió en su regazo a su hija,
la asió con la mano, la llamó con todos sus nombres y le dijo:
«¿Quién de los hijos de Urano, querida hija, te ha hecho
esa tropelía, como si fueras culpable de un delito flagrante?»
Respondióle entonces la risueña Afrodita:
«Me ha herido el hijo de Tideo, el soberbio Diomedes,
porque trataba de sacar en secreto del combate a mi hijo,
a Eneas, que es para mí con mucho el más querido de todos:
ya no es sólo de troyanos y de aqueos la atroz contienda,
pues al menos los dánaos luchan incluso con los inmortales.»
Respondióle Dione, de casta de Zeus entre las diosas:
«Aguanta, hija mía, y domínate, a pesar de tu inquietud.
Ya muchos dueños de las olímpicas moradas hemos padecido
por culpa de los hombres, dándonos unos a otros arduos dolores.
Padeció Ares cuando Oto y el esforzado Efialtes [87],
hijos de Aloeo, lo ataron con una poderosa ligadura,
y en una tinaja broncínea estuvo encarcelado trece meses.
Y acaso entonces habría perecido Ares, insaciable de combate,
si no hubiera sido porque su madrastra, la muy bella Eeribea,
se lo comunicó a Hermes, que libró furtivamente a Ares,

[87] Hijos de Posidón e Ifidemía, esposa de Aloeo, que intentaron escalar el cielo para adueñarse de él.

ya abrumado, porque la severa ligadura lo iba doblegando.
También padeció Hera cuando el esforzado hijo de Anfitrión
le acertó en el seno derecho con una flecha trifurcada [88];
y también de ella se apoderó entonces un dolor incurable.
Padeció como ellos el monstruoso Hades una veloz flecha,
cuando ese mismo hombre, el hijo de Zeus, portador de la égida,
le acertó en Pilo entre los cadáveres y lo entregó a los dolores.
Mas él fue a la morada de Zeus y al vasto Olimpo
con el corazón angustiado, transido de dolores: la flecha
estaba hundida en el robusto hombro y atormentaba su ánimo.
Peón espolvoreó encima medicinas, aletargadoras del dolor,
y lo curó; pues en absoluto tenía una hechura mortal.
¡Cruel, autor de proezas brutales y de fechorías sin cuita,
que con el arco atormentaba a los dioses, dueños del Olimpo!
Quien ha lanzado a ése contra ti ha sido la ojizarca diosa Atenea.
¡Insensato!, ni siquiera sabe en sus mientes el hijo de Tideo
que no es nada longevo el que contra los inmortales lucha,
y que sus hijos no se abrazan a sus rodillas llamándolo papá
al regresar del combate y de la atroz lid.
Por eso, que ahora el Tidida, por muy esforzado que sea,
tenga precaución y evite que otro mejor que tú luche con él,
no sea que Egialea, la sagaz hija de Adrasto,
despierte del sueño a los servidores domésticos con su llanto
cuando añore a su legítimo esposo, el más bravo de los aqueos,
la valiente esposa de Diomedes, domador de caballos.»
Dijo, y con ambas manos enjugó el icor de la mano de ella.
Cicatrizó la muñeca y los graves dolores se fueron calmando.
Atenea y Hera, que las estaban contemplando, volvieron
a provocar a Zeus Crónida con mordaces palabras.
Entre ellos comenzó a hablar Atenea, la ojizarca diosa:
«¡Zeus padre! ¿Te vas a irritar conmigo por lo que diga?

[88] Con ocasión de la guerra de Hércules contra Neleo y los pilios (cf. XI 690), ayudados por Hera, Ares y Hades, en venganza porque Neleo no le había querido purificar de la muerte de Ífito.

No hay ninguna duda de que Cípride, al inducir a una aquea
a irse con los troyanos, prendas actuales de su terrible amor,
por acariciar a alguna de las aqueas, de buenos vestidos,
se ha desgarrado con el áureo broche su frágil mano.»
Así habló, y sonrió el padre de hombres y de dioses,
y llamó y dijo a la áurea Afrodita:
«Hija mía, a ti no te están dadas las bélicas empresas.
Tú ocúpate de las deseables labores de la boda,
que de todo esto se cuidarán el impetuoso Ares y Atenea.»
Así conversaban ellos con tales razones.
Diomedes, valeroso en el grito de guerra, atacó a Eneas,
aunque sabía que el propio Apolo tenía las manos sobre él;
mas ni del excelso dios sentía respeto y ansiaba sin cesar
matar a Eneas y desnudarle de la ilustre armadura.
Tres veces entonces arremetió, ávido de matarlo,
y tres veces Apolo repelió con firmeza el reluciente broquel.
Mas cuando por cuarta vez le acometió, semejante a una deidad,
lo increpó con aterradoras voces y le dijo el protector Apolo:
«¡Reflexiona, Tidida, y repliégate! No pretendas tener
designios iguales a los dioses, nunca se parecerán la raza de los
dioses inmortales y la de los hombres, que andan a ras de suelo.»
Así habló, y el Tidida retrocedió un poco hacia atrás,
para esquivar la cólera del flechador Apolo.
Apolo depositó a Eneas lejos de la multitud
en la sagrada Pérgamo, donde su templo estaba construido.
Y en tanto que Leto y la sagitaria Ártemis [89]
en el alto santuario inaccesible lo curaban y glorificaban,
Apolo, el de argénteo arco, fabricó un simulacro
idéntico al propio Eneas y semejante también en sus armas,
y en torno del simulacro troyanos y aqueos, de casta de Zeus,
se destrozaban los bovinos escudos que rodeaban sus pechos,
tanto los circulares broqueles como las aladas rodelas.
Y entonces dijo Febo Apolo al impetuoso Ares:

[89] Madre y hermana gemela de Apolo, respectivamente.

«¡Ares, Ares, estrago de mortales, manchado de crímenes,
salteador de murallas! ¿No podrías buscar y sacar de la lid
al Tidida, que ahora hasta con Zeus padre sería capaz de luchar?
Primero ha herido de cerca a Cípride en la mano sobre la muñeca
y luego a mí mismo me ha acometido, semejante a una deidad.»
Tras hablar así, él se sentó sobre lo alto de Pérgamo,
y el pernicioso Ares fue tras las filas troyanas a incitarlas.
Tomó la figura del impetuoso Acamante, príncipe de los tracios,
y dio estas órdenes a los hijos de Príamo, criados por Zeus:
«¡Hijos de Príamo, rey criado por Zeus!
¿Hasta cuándo dejaréis a la hueste morir a manos de los aqueos?
¿Acaso hasta que luchen frente a las bien fabricadas puertas?
Yace el hombre a quien honrábamos igual que al divino Héctor,
Eneas, el hijo del magnánimo Anquises.
Mas, ea, salvemos del fragor al valeroso compañero.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Entonces fue cuando Sarpedón acusó duramente al divino Héctor:
«¡Héctor! ¿Adónde se te ha ido la furia que antes tenías?
Aseguras que conservarás la ciudad sin huestes y sin aliados,
tú solo, con tus cuñados y con tus hermanos.
Pero de ésos no soy capaz ahora de ver ni notar a ninguno,
pues se amedrentan cual perros en torno de un león,
y los que luchamos somos los que estamos aquí como aliados.
También yo soy un aliado y he venido de muy lejos,
pues lejos está Licia, sobre el turbulento Janto,
donde dejé a mi esposa y a mi tierno hijo
y muchas riquezas, que el menesteroso apetece.
Pero aun así estimulo a los licios y yo mismo ardo en deseos
de luchar contra ese hombre. Y eso que aquí no tengo nada
que los aqueos pudieran cargar o llevarse como botín.
Mas tú estás inactivo y ni siquiera mandas a las demás
huestes resistir y defender a sus propias esposas.
¡Cuidado, no sea que prendidos en las mallas del cazador lino
os convirtáis tú y ellos en presa y escarnio de los enemigos,
y ellos saqueen pronto vuestra bien habitada ciudad!

Tú tienes que ocuparte de todo esto noche y día,
rogando a los jefes de los gloriosos aliados que permanezcan
sin desfallecer y depongan la dura amonestación.»
Así habló Sarpedón, y la reprimenda mordió a Héctor
las mientes. Al punto, del carro saltó a tierra con las armas
y blandiendo agudas lanzas recorrió el ejército por doquier,
instándolos a luchar, y despertó una atroz contienda.
Se revolvieron y plantaron cara a los aqueos,
y los argivos resistieron en grupo compacto sin echar a huir.
Como el viento arrastra las granzas por las sagradas eras
cuando las gentes aventan y la rubia Deméter separa
con el presuroso soplo de los vientos el grano y las granzas,
y los montones blanquean poco a poco; así entonces los aqueos
por arriba emblanquecieron con el polvo que a través de ellos
suspendía en el broncíneo cielo el batir de los ecuestres cascos
de los que volvían a la refriega; y los aurigas giraban bridas.
Llevaban derecha la furia de sus brazos. Y alrededor, de noche
cubrió la lucha el impetuoso Ares para proteger a los troyanos,
mientras iba y venía por doquier. Cumplía así los encargos
de Febo Apolo, el de la áurea espada, que le había mandado
despertar el ánimo a los troyanos cuando vio a Palas Atenea
marcharse; pues ésta era protectora de los dánaos.
A Eneas del muy pingüe santuario inaccesible en persona
lo sacó y en el pecho infundió furia al pastor de huestes.
Eneas se unió a sus compañeros, y ellos se alegraron
al verlo que se acercaba a salvo e incólume
y lleno de valerosa furia. Mas nada inquirieron;
lo impedía la tarea que habían suscitado el del argénteo arco,
Ares, estrago de mortales, y Disputa, la de incontenible furor.
Los dos Ayantes, Ulises y Diomedes
instaban a los dánaos a combatir, y tampoco ellos mismos
se arredraron ante la agresión y el ataque de los troyanos;
al contrario, aguantaban, iguales a las nubes que el Cronión,
cuando no hay viento, fija sobre los cimeros montes,
inmóviles mientras duerme el furor del Bóreas y de los demás

virulentos vientos, que las umbrías nubes
disipan cuando soplan con sus sonoros silbidos.
Con igual firmeza los dánaos resistían a los troyanos sin huir.
El Atrida iba y venía entre la multitud multiplicando órdenes:
«¡Amigos! ¡Sed hombres y aprestad vuestro fornido corazón!
Teneos mutuo respeto en las esforzadas batallas:
de los que se respetan, más se salvan que sufren la muerte;
y de los que huyen, ni se alza la gloria ni ningún auxilio.»
Dijo, y disparó con ímpetu la lanza y acertó a un guerrero
adelantado de las líneas, camarada del magnánimo Eneas, Deicoonte
Pergásida, a quien los troyanos igual que a los hijos de Príamo
apreciaban, porque era raudo para luchar entre los primeros.
El poderoso Agamenón le acertó con la lanza en el broquel,
que no lo protegió de la pica: el bronce lo atravesó anhelante
y se hundió en el bajo vientre, traspasando el cinturón.
Retumbó al caer, y las armas resonaron sobre su cuerpo.
Entonces Eneas, a su vez, capturó a unos excelentes dánaos,
a los dos hijos de Diocles, Cretón y Orsíloco,
cuyo padre habitaba en la bien edificada Fera
y vivía con opulencia. Procedía del linaje del río
Alfeo, que cruza con su ancho caudal la tierra de los pilios.
Éste engendró a Ortíloco, soberano de numerosas gentes;
Ortíloco, a su vez, engendró al magnánimo Diocles,
y de Diocles nacieron dos hijos gemelos,
Cretón y Orsíloco, expertos ambos en todo tipo de lucha.
Al llegar a la juventud, los dos sobre las negras naves
fueron en compañía de los argivos a Ilio, la de buenos potros,
por ganar honra para los Atridas, para Agamenón y Menelao;
mas a los dos los cubrió allí el cumplimiento de la muerte.
Cual dos leones que en las cumbres del monte
se crían bajo la madre en las espesuras del profundo bosque,
y la pareja, por apresar bueyes y cebado ganado,
asola los establos de las gentes, hasta que también los dos
mueren a manos de los hombres con el agudo bronce;

así ambos, bajo los brazos de Eneas doblegados,
cayeron abatidos, semejantes a elevados abetos.
De la caída de ambos se compadeció Menelao, caro a Ares,
que saltó delante de las líneas, cubierto de rutilante bronce
y blandiendo la pica, a la vez que Ares excitaba su furia
con el propósito de que sucumbiera a manos de Eneas.
Lo vio Antíloco, hijo del magnánimo Néstor,
y saltó delante de las líneas; temía por el pastor de huestes,
por si sufría algo y causaba un gran fracaso en su empresa.
Entre tanto los dos las manos y las aguzadas picas
ya mantenían frente a frente, ávidos de lucha,
cuando Antíloco se plantó muy cerca del pastor de huestes.
Eneas no resistió, a pesar de ser un brioso guerrero,
al ver a los dos varones, uno al lado del otro aguardándolo.
Y ellos arrastraron los cadáveres hacia la hueste de los aqueos,
pusieron a los dos desdichados en manos de sus compañeros,
y giraron y prosiguieron la lucha entre los primeros.
Entonces hicieron presa en Pilémenes, émulo de Ares,
jefe de los paflagonios, magnánimos escudados guerreros.
El Atrida Menelao, glorioso por su lanza, le envasó
la pica cuando estaba quieto, alcanzándolo en la clavícula.
Y Antíloco acertó a Midón, auriga y escudero,
el valeroso Atimníada, que giraba los solípedos caballos,
alcanzándolo en pleno codo con un guijarro. De las manos
las riendas, blancas por el marfil, cayeron a tierra en el polvo.
Antíloco cargó con la espada y se la hundió en la sien,
y éste cayó palpitante fuera de la bien fabricada caja,
de cabeza en el polvo, sobre la nuca y los hombros.
Del todo enhiesto quedó un rato, pues topó con arena profunda,
hasta que los caballos le golpearon y derribaron en el polvo.
Antíloco dio un trallazo y los guió al campamento de los aqueos.
Los vio Héctor entre las filas y se lanzó sobre ellos
voceando sin cesar. Le seguían los batallones de los troyanos
esforzados, y también iban en cabeza Ares y la augusta Enío;
ésta llevaba el insolente Tumulto de la lid,

y Ares agitaba en las palmas una monstruosa pica
e iba y venía, a ratos delante de Héctor y a ratos detrás.
Al verlo, se estremeció Diomedes, valeroso en el grito de guerra.
Como cuando un hombre que va desvalido por una inmensa llanura
se para ante el rápido cauce de un río que desemboca en el mar
al ver su espuma borbollar y echa a correr hacia atrás,
así entonces el Tidida retrocedió y dijo a su hueste:
«¡Amigos! ¡Cómo nos va a extrañar que el divino Héctor
sea un buen lancero y un audaz combatiente!
A su lado siempre hay un dios, que lo aparta del estrago.
También ahora está a su lado Ares con figura de hombre mortal.
Ea, vueltos de cara a los troyanos, poco a poco hacia atrás
retroceded y no pretendáis luchar con los dioses a viva fuerza.»
Así dijo, y los troyanos llegaron muy cerca de ellos.
Entonces Héctor mató a dos guerreros, expertos en la liza,
que estaban en un único carro, Menestes y Anquíalo.
De la caída de ambos se compadeció el gran Ayante Telamonio,
que llegó muy cerca, se detuvo y disparó la reluciente lanza.
Acertó a Anfio, hijo de Sélago, que habitaba en Peso,
rico en posesiones, rico en cosechas; pero el destino
lo había llevado en ayuda de Príamo y de sus hijos.
Le acertó en el cinturón Ayante Telamonio,
y en el bajo vientre se clavó la pica, de luenga sombra.
Retumbó al caer, y acudió corriendo el esclarecido Ayante
a despojarle las armas. Los troyanos arrojaron sus lanzas
agudas, resplandecientes, y muchas atinaron en su escudo.
Mas él apoyó el pie sobre el cadáver y la broncínea pica
le arrancó; pero ya no pudo el resto de la bella armadura
quitarle de los hombros, pues los proyectiles lo acosaban.
Sintió miedo de la esforzada defensa de los altivos troyanos,
que, muchos y valerosos, lo hostigaban con las picas en ristre
y que, aunque era corpulento, valiente y admirable,
lo rechazaron lejos de ellos; y él se retiró estremecido.
Así penaban en la violenta batalla.
A Tlepólemo Heraclida, noble y alto, el imperioso destino

lo impulsó contra Sarpedón, comparable a un dios.
Cuando ya ambos estaban cerca, avanzando uno contra el otro,
hijo éste y nieto aquél de Zeus, que las nubes acumula,
Tlepólemo fue el primero que le dijo estas palabras:
«¡Sarpedón, consejero de los licios! ¿Qué necesidad tienes
de estar aquí medroso tú, que eres inexperto en la lucha?
Miente quien diga que del linaje de Zeus, portador de la égida,
eres, porque mucho desmereces de aquellos guerreros
que nacieron de Zeus en tiempos de los hombres de antaño.
No, aquéllos eran cual aseguran que fue el pujante Hércules,
mi padre, de audaces propósitos, de ánimo como el león,
que en cierta ocasión vino aquí por los caballos de Laomedonte
con sólo seis naves y muchos menos hombres
y devastó la ciudad de Ilio y vació sus calles [90].
En cambio, cobarde es tu ánimo, y tus huestes perecen.
Estoy seguro de que no vas a ser baluarte de los troyanos
tú, que has venido de Licia, por muy esforzado que seas,
sino que, doblegado por mí, cruzarás las puertas de Hades.»
A su vez, Sarpedón, jefe de los licios, le miró y dijo:
«¡Tlepólemo! En efecto, aquél arruinó la sacra Ilio
por las insensateces de un hombre, el admirable Laomedonte,
que amonestó con malignas palabras a quien le había hecho bien
y no pagó con los caballos por los que de lejos había venido.
A ti, en cambio, te aseguro que la muerte y la negra parca
alcanzarás aquí por obra mía y que, doblegado bajo mi lanza,
a mí me darás honor, y la vida a Hades, el de ilustres potros.»
Así habló Sarpedón, y enarboló la pica de fresno
Tlepólemo. Sus largas lanzas al mismo tiempo
salieron de las manos. Le acertó en medio del cuello

[90] Hércules liberó a Hesíone, hija de Laomedonte, que iba a ser devorada por un monstruo marino (cf. XX 145 ss.) enviado por Posidón contra Troya (cf. XXI 451 ss.), y en pago de ello convino con Laomedonte que recibiría en recompensa los caballos de Tros (sobres éstos, cf. 265 ss.). Éste incumplió el pacto, y Hércules en venganza destruyó Troya.

Sarpedón, y la punta penetró dañina de parte a parte;
al otro la tenebrosa noche le cubrió con su velo los ojos.
También Tlepólemo en el muslo izquierdo con la larga pica
le acertó, y la punta, enardecida, lo atravesó con ímpetu
y se encajó en el hueso; mas su padre lo libró aún [91] de la ruina.
Sus divinos compañeros, a Sarpedón, comparable a un dios,
sacaban del combate; lo agobiaba el peso de la larga lanza
que arrastraba, pues nadie había advertido ni reparado
extraerle del muslo la lanza de fresno para que posara el pie,
por las prisas: tal afán mostraban en atenderlo.
A Tlepólemo, a su vez, los aqueos, de buenas grebas,
lo sacaban del combate. Lo advirtió Ulises, de casta de Zeus,
el de paciente ánimo, y se le enardeció el corazón.
Vaciló entonces en su mente y en su ánimo
entre perseguir más lejos al hijo del retumbante Zeus
o quitar el aliento vital a la mayoría de los licios.
Pero no estaba en el destino del magnánimo Ulises
matar al valiente hijo de Zeus con el agudo bronce;
por eso Atenea desvió su atención a la multitud de los licios.
Entonces hizo presa en Cérano, Alástor, Cromio,
Alcandro, Halio, Noemón y Prítanis.
Y aún a más licios habría matado Ulises, de casta de Zeus,
si no lo hubiera notado el alto Héctor, de tremolante penacho,
que saltó fuera de las líneas cubierto de rutilante bronce,
infundiendo pavor a los dánaos. Se alegró de que se acercara
Sarpedón, hijo de Zeus, que le dijo estas lastimeras palabras:
«¡Priámida! ¡No permitas que quede presa de los dánaos
tendido! ¡Defiéndeme, aunque luego me abandone la vida
en vuestra ciudad, porque ahora veo que no era mi destino
regresar a casa, a la querida tierra patria,
y regocijar a mi esposa y a mi tierno hijo!»
Así habló, y nada respondió Héctor, de tremolante penacho,
que pasó lanzado, ávido de cuanto antes

[91] Pero morirá a manos de Patroclo en XVI 426 ss.

rechazar a los argivos y quitar a muchos el aliento vital.
Sus divinos compañeros, a Sarpedón, comparable a un dios,
sentaron al pie de la bella encina de Zeus, portador de la égida,
y de su muslo extrajo fuera la lanza de fresno
el valiente Pelagonte, que era su querido compañero.
Lo abandonó el hálito, y la niebla se difundió sobre sus ojos.
Pero recobró el aliento, y el soplo del Bóreas a su alrededor
reavivó con su brisa su ánimo ya malamente desfallecido.
Ante el ímpetu de Ares y Héctor, de broncíneo casco,
los argivos ni dieron la espalda para huir a las negras naves
ni oponían resistencia en ningún sitio; poco a poco atrás
se replegaban al enterarse de que Ares estaba con los troyanos.
¿A quién despojaron entonces primero y a quién último
Héctor, hijo de Príamo, y el broncíneo Ares?
Al deiforme Teutrante y a Orestes, fustigador de caballos,
a Treco, el lancero etolio, y a Enómao,
a Héleno Enópida y a Oresbio, de tornasolada ventrera,
que habitaba en Hila, muy celoso de su riqueza,
a orillas de la laguna Cefíside. A su lado otros
beocios moraban, que poseían muy pingüe pueblo.
Al verlos Hera, la diosa de blancos brazos,
causando mortandad a los argivos en la violenta batalla,
al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:
«¡Ay, vástago de Zeus, portador de la égida, indómita!
A fe que vana fue la palabra que prometimos a Menelao,
que regresaría tras haber saqueado la bien amurallada Ilio,
si consentimos al pernicioso Ares dar pábulo a su furor.
Mas, ea, pensemos también nosotras dos en el impetuoso coraje.»
Así habló, y no desobedeció Atenea, la ojizarca diosa.
Se aplicó a enjaezar los caballos, de áureas frontaleras,
Hera, la venerable diosa, hija del excelso Crono.
Hebe echó con ímpetu a los lados del carro las redondas ruedas
broncíneas, de ocho radios, en los dos extremos del férreo eje;
de ellas las llantas son áureas, inconsumibles, y por encima
hay broncíneas pinas ensambladas, una maravilla para la vista;

los cubos que corren en torno del eje a los lados son de plata;
la caja está formada de áureas y argénteas correas
tensadas, y dobles son los barandales que corren alrededor,
y de la caja salía el argénteo timón. Al extremo
amarró el áureo bello yugo y puso en él colleras
bellas de oro [92]. Hera condujo bajo el yugo
los caballos, de ligeros cascos, ávida de disputa y griterío.
Por su parte, Atenea, hija de Zeus, portador de la égida,
dejó resbalar sobre el umbral de su padre el delicado vestido
bordado, fabricado con la labor de sus propias manos,
y vistiéndose con la túnica de Zeus, que las nubes acumula,
se fue equipando con las armas para el lacrimógeno combate.
A ambos lados de los hombros se echó la floqueada égida
terrible, cuyo contorno entero está aureolado por la Huida;
en ella está la Disputa, el Coraje, el gélido Ataque,
en ella está la cabeza de Górgona, terrible monstruo,
espantosa y pavorosa, prodigio de Zeus, portador de la égida.
Se caló el morrión de doble crestón y cuatro mamelones
en la cabeza, áureo, ajustado con infantes de cien ciudades.
Puso sus pies sobre el llameante carro y asió la pica pesada,
larga, compacta, con la que doblega las filas de los guerreros
heroicos contra quienes cobra rencor la del pujante padre.
Hera picó vivamente con la fusta los caballos, y al abrirse solas,
rechinaron las puertas del cielo, custodiadas por las Horas,
a quienes está encomendado el elevado cielo y el Olimpo,
bien para disipar una espesa nube, bien para echarla encima.
A través de sus puertas guiaron los aguijoneados caballos
y hallaron al Cronión sentado aparte de los demás dioses
en la cumbre más elevada del Olimpo, lleno de riscos.
Allí detuvo los caballos Hera, la diosa de blancos brazos,
y al supremo Zeus Crónida inquirió y dijo:
«¡Zeus padre! ¿No vituperas a Ares por esas crueldades?

[92] Las piezas del carro de las diosas, a diferencia de las de los hombres, son metálicas.

¡Cuán numerosa y buena hueste de los aqueos ha hecho perecer
locamente y sin razón! Para mí la aflicción, y entre tanto
Cípride y Apolo, el de argénteo arco, disfrutan tranquilos,
soltando a ese insensato, que ninguna ley divina conoce.
¡Zeus padre! ¿Te vas a irritar conmigo si a Ares
golpeo luctuosamente y lo ahuyento de la lucha?»
En respuesta, le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«¡Vamos! Lanza contra él a la depredadora Atenea,
que es la que mejor suele infligirle malignos dolores.»
Así habló, y no desobedeció Hera, la diosa de blancos brazos.
Fustigó a los caballos, y los dos no sin ganas echaron a volar
entre medias de la tierra y del estrellado cielo.
Cuanta extensión ve brumosa con sus ojos un hombre
que está sentado en una atalaya mirando al vinoso ponto,
tanto brincan los caballos, de altos ecos, de los dioses.
En cuanto llegaron a Troya y a los dos ríos que allí corren,
donde el Simoente y el Escamandro hacen confluir sus cauces,
allí detuvo los caballos Hera, la diosa de blancos brazos,
los desató del carro y vertió a su alrededor tupida bruma,
y el Simoente hizo brotar ambrosía para que éstos pacieran.
Partieron, parecidas en sus pasos a tímidas palomas,
ansiosas por defender a los guerreros argivos.
Nada más llegar donde los más numerosos y bravos rodeaban
a pie firme al pujante Diomedes, domador de caballos,
agrupados y semejantes a carnívoros leones
o a jabalíes, cuyo brío no es nada escaso,
allí se detuvo Hera, la diosa de blancos brazos, y chilló
tomando la figura del magnánimo Esténtor, de broncínea voz,
que gritaba tan fuerte como entre cincuenta [93]:
«¡Vergüenza, argivos, malos baldones de aspecto admirable!
Mientras frecuentaba el combate Aquiles, de la casta de Zeus,
nunca los troyanos más allá de las puertas dardánidas

---

[93] La potencia de la voz *estentórea* ya era proverbial en época de Aristóteles, en el siglo IV a. C.

pasaron, pues temían la robusta pica de aquél.
Mas ahora luchan lejos de la ciudad junto a las cóncavas naves.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Atenea, la ojizarca diosa, partió en busca del Tidida
y halló al soberano junto a los caballos y al carro
oreando la herida que Pándaro le había causado con la saeta.
El sudor le agobiaba bajo el ancho tahalí
del circular broquel; abrumado por él, se le fatigaba el brazo
y alzándose el tahalí se enjugaba la sangre, oscura como nube.
La diosa puso la mano sobre el ecuestre yugo y exclamó:
«¡A fe que Tideo engendró a un hijo poco parecido a él!
Sí, Tideo era de talla menuda pero luchador,
incluso aquellas veces que no le permitía combatir
ni dejaba estallar su ardor, como cuando lejos de los aqueos
fue como mensajero a Tebas en medio de numerosos cadmeidas.
Le mandé participar del banquete tranquilo en el palacio;
mas él, que como siempre conservaba su esforzado ánimo,
a los jóvenes de los cadmeos fue desafiando y venció en todo
con facilidad: tal patrona era yo para él.
A ti, en cambio, te asisto y te protejo,
y amistosamente te ordeno luchar contra los troyanos;
mas la extenuante fatiga ha penetrado en tus miembros,
o quizá es el exánime miedo lo que te retiene. No eres tú
entonces el descendiente directo del belicoso Tideo Enida.»
En respuesta, le dijo el esforzado Diomedes:
«Te conozco, diosa, hija de Zeus, portador de la égida.
Por eso te diré algo de modo amistoso y no te lo ocultaré:
ni el exánime miedo me retiene ni tampoco desidia alguna,
sino que aún recuerdo los encargos que tú me has encomendado:
me has prohibido luchar frente a frente con los felices dioses
restantes, y sólo en caso de que Afrodita, hija de Zeus,
viniera al combate, me mandaste herirla con el agudo bronce.
Por eso ahora yo retrocedo y también a los demás
argivos sin excepción he ordenado replegarse aquí;
pues he reconocido a Ares enseñoreándose en la lucha.»

Respondióle entonces Atenea, la ojizarca diosa:
«¡Tidida Diomedes, favorito de mi ánimo!
No temas a Ares por eso ni a ningún otro
de los inmortales: tal patrona soy yo para ti.
Ea, guía primero contra Ares los solípedos caballos
y aséstale un golpe de cerca, y no respetes al impetuoso Ares,
ese enloquecido, una calamidad encarnada y veleidosa,
que no hace nada porfiaba ante Hera y ante mí y proclamaba
que lucharía contra los troyanos y defendería a los argivos,
y que ahora se une a los troyanos y a aquéllos ha olvidado.»
Tras hablar así, empujó a Esténelo del carro a tierra,
dándole un empellón con la mano, y éste saltó con diligencia.
Montó en el carro al lado de Diomedes, de la casta de Zeus,
la ardiente diosa, y crujió con fuerza el eje de haya
por el peso de cargar con la temible diosa y el mejor guerrero.
Palas Atenea asió la fusta y las riendas,
y al punto guió primero contra Ares los solípedos caballos.
Éste estaba despojando de sus armas al monstruoso Perifante,
el mejor con mucho de los etolios, el ilustre hijo de Oquesio.
Mientras Ares, manchado de crímenes, lo despojaba, Atenea
se caló el morrión de Hades para que el brutal Ares no la viera.
Ares, estrago de mortales, al ver al divino Diomedes,
dejó al monstruoso Perifante yaciendo allí mismo
donde lo había matado y arrancado el aliento vital
y marchó derecho contra Diomedes, domador de caballos.
Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,
Ares se aupó primero sobre el yugo y las riendas de los caballos
con la broncínea pica, ávido de quitarle el aliento vital.
Atenea, la ojizarca diosa, la agarró con la mano
y la empujó bajo la caja del carro, haciendo su impulso baldío.
El segundo se lanzó Diomedes, valeroso en el grito de guerra,
con la broncínea pica. Imprimióle ahínco Palas Atenea
hacia el extremo más bajo del ijar, donde se ceñía la ventrera,
y allí lo alcanzó e hirió. Desgarró su bella piel
y luego arrancó la lanza; y bramó el broncíneo Ares

con un alarido como el que profieren nueve mil o diez mil
hombres en el combate, cuando traban marcial disputa.
El temblor sobrecogió a aqueos y troyanos, presas de miedo:
¡con tal potencia bramó Ares, insaciable de combate!
  Como la bruma tenebrosa aparece y se desprende de las nubes
cuando por el bochorno se levanta un tormentoso viento,
así apareció ante el Tidida Diomedes el broncíneo Ares
cuando éste junto con las nubes se retiró al ancho cielo.
Pronto llegó a la sede de los dioses, al escarpado Olimpo,
y se sentó al lado de Zeus Cronión con el ánimo acongojado.
Le mostró la inmortal sangre que fluía manando de la herida
y con tono lastimero le dijo estas aladas palabras:
  «¡Zeus padre! ¿No te indignas de ver estas crueles acciones?
Siempre los dioses padecemos las más estremecedoras penas
por voluntad de uno o de otro, para dar gusto a los hombres.
Todos nos oponemos a ti por dar a luz a esa insensata muchacha
maldita, a la que sólo importan siempre las obras inicuas.
En tanto que todos los demás dioses que hay en el Olimpo
te acatan y estamos sumisos ante ti sin excepción,
a ésta no la zahieres ni de palabra ni de obra,
y la tienes consentida porque tú solo alumbraste a esa hija [94]
destructora que ahora al hijo de Tideo, al insolente Diomedes,
ha impulsado a cometer locuras contra los inmortales dioses.
Primero hirió de cerca a Cípride en la mano, sobre la muñeca,
y luego a mí mismo me ha acometido, semejante a una deidad.
Menos mal que me han sustraído mis rápidos pies; si no, largas
penas habría sufrido allí, entre atroces pilas de cadáveres,
o me habría dejado vivo, mas inválido por los golpes del bronce.»
  Mirándolo con torva faz replicó Zeus, que las nubes acumula:
  «¡No me vengas, veleidoso, a gimotear sentándote a mi lado!
Eres para mí el más odioso de los dioses dueños del Olimpo,
pues siempre te gustan la disputa, los combates y las luchas.
Tienes el furor incontenible e irreprimible de tu madre,

---

[94] Atenea nació de la cabeza de Zeus sin intervención de mujer.

de Hera, a la que yo sólo a duras penas doblego con palabras.
Por eso creo que eso que sufres se lo debes a sus indicaciones.
No obstante, no toleraré que tengas dolores ya largo tiempo,
pues de mí procede tu linaje y por obra mía te engendró tu madre.
Mas si hubieras nacido de otro dios, siendo así de destructor,
estarías hace tiempo en sima más honda que los hijos de Urano [95].»
Así habló y mandó a Peón curarlo.
Peón espolvoreó encima medicinas, aletargadoras del dolor,
y lo curó; pues en absoluto tenía una hechura mortal.
Como cuando el jugo de la higuera agitado cuaja la blanca leche
líquida, que pronto se condensa ante quien revuelve la mezcla,
con la misma presteza curó al impetuoso Ares.
Lo bañó Hebe y lo vistió con amables ropas;
y se sentó al lado de Zeus Cronión, ufano de su gloria.
Y de nuevo regresaron a la morada del excelso Zeus
la argiva Hera y la alalcomeneide Atenea,
tras poner fin a los crímenes de Ares, estrago de mortales.

---

[95] Ares es hijo de Zeus y de Hera. Los hijos de Urano son los Titanes, vencidos por Zeus en la Titanomaquia y sepultados bajo tierra para impedir su libertad.

CANTO VI

Quedó sola la atroz contienda de troyanos y de aqueos.
Muchas veces se encrespó la lucha aquí y allá por la llanura,
y unos contra otros enderezaban las astas, guarnecidas de bronce,
en medio del Simoente y de las corrientes del Janto.
Ayante Telamonio, baluarte de los aqueos, fue el primero
en romper el batallón troyano y aportar una luz a sus compañeros,
al acertar al hombre que era de mejor hechura entre los tracios,
el hijo de Eusoro, el noble y alto Acamante.
Acertóle el primero en el crestón del casco, de tupidas crines;
en la frente se le clavó y traspasó el hueso hasta dentro
la broncínea punta de la lanza, y la oscuridad cubrió sus ojos.
Diomedes, valeroso en el grito de guerra, mató a Axilo
Teutránida, que habitaba en la bien edificada Arisba,
donde vivía con opulencia y era querido por las gentes,
pues habitaba al borde del camino y a todos acogía como suyos.
Mas no hubo entonces quien lo protegiera de la luctuosa ruina
haciendo frente por delante. A ambos robó el aliento vital,
a él y a su escudero Calesio, que estaba a cargo de los caballos
entonces como auriga; y ambos penetraron en el seno de la tierra.
Euríalo despojó a Dreso y a Ofeltio.
Y fue tras Esepo y Pédaso [96], a quienes en otro tiempo la ninfa
de las aguas Abarbárea alumbró por obra del intachable Bucolión.

[96] Epónimos del río y de la ciudad, no mencionada en el catálogo troyano, situada al sur de la Propóntide (mar de Mármara).

Bucolión era del noble Laomedonte el hijo
primogénito, y su madre lo había engendrado en secreto [97].
Mientras apacentaba las ovejas habían compartido lecho y amor,
y ella, encinta, había parido hijos gemelos.
También a éstos dobló la furia y los esclarecidos miembros
el Mecisteida y les quitó de los hombros las armas.
El aguerrido Polipetes mató a Astíalo;
Ulises despojó a Pidites Percosio
con la broncínea pica, y Teucro al divino Aretaón.
Antíloco desarmó con la reluciente lanza a Ablero,
el Nestórida, y Agamenón, soberano de hombres, a Élato,
que habitaba a orillas del Satnioente, de bello caudal,
en la escarpada Pédaso. El héroe Leito apresó a Fílaco
mientras huía, y Eurípilo despojó a Melantio.
Luego Menelao, valeroso en el grito de guerra, a Adresto
capturó vivo. Sus caballos, despavoridos por la llanura,
al enredarse en la rama de un tamarisco y romper el corvo carro
por el extremo delantero del timón, habían marchado a su arbitrio
hacia la ciudad, justo por donde los demás huían despavoridos;
y él, volteado fuera de la caja del carro más allá de la rueda,
había caído de boca y de bruces en el polvo. Al lado apareció
el Atrida Menelao empuñando la pica, de luenga sombra.
Entonces Adresto le agarró las rodillas y le suplicó así:
«¡Préndeme vivo, hijo de Atreo, y acepta un rescate digno!
Muchos tesoros hay guardados en casa de mi opulento padre:
bronce, oro y muy forjado hierro; de ellos
mi padre estaría dispuesto a complacerte con inmensos rescates,
si se enterara de que estoy vivo en las naves de los aqueos.»
Así habló, tratando de convencer su ánimo en el pecho.
Y cuando ya estaba a punto de entregarlo a su escudero,
para que lo llevara a las veloces naves de los aqueos, Agamenón
llegó corriendo frente a él y lo increpó con estas palabras:

[97] Este Bucolión no es mencionado en el relato que Eneas hace de la genealogía troyana en XX 326 ss.

«¡Tierno hermano! ¡Menelao! ¿Por qué te preocupas así
de estos hombres? ¿Acaso han hecho contigo lo mejor en tu casa
los troyanos? ¡Ojalá ninguno escape del abismo de la ruina
ni de nuestras manos, ni siquiera aquel al que en el vientre
lleva su madre ni aquel que huye! ¡Que a la vez todos
los de Ilio queden exterminados sin exequias y sin dejar traza!»
Hablando así, el héroe desvió la intención de su hermano,
porque era oportuna su advertencia. Rechazó de sí con la mano
al héroe Adresto, y el poderoso Agamenón lo
hirió en el costado. Cayó éste de espaldas, y el Atrida,
apoyando el pie en su pecho, le arrancó la pica de fresno.
Néstor arengó a los argivos con recia voz:
«¡Amigos, héroes dánaos, escuderos de Ares!
Que ninguno ahora, entretenido sobre los despojos, atrás
se quede, para llegar a las naves con más carga que nadie.
Matemos a los hombres y después con tranquilidad también
podréis despojar por la llanura los cuerpos de los muertos.»
Hablando así, estimuló la furia y el ánimo de cada uno.
Entonces los troyanos, a manos de los aqueos, caros a Ares,
habrían penetrado en Ilio, doblegados por sus cobardías,
si no hubiera sido porque se presentó ante Eneas y Héctor
el Priámida Héleno, de los agoreros con mucho el mejor, y dijo:
«¡Eneas y Héctor! Ya que el peso en vosotros sobre todo
de entre los troyanos y licios gravita, porque los mejores
sois para toda empresa, bien para luchar, bien para decidir,
deteneos ahí mismo y contened la hueste ante las puertas,
yendo por doquier, antes que en brazos de las mujeres
caigan huyendo y se conviertan en irrisión para los enemigos.
En cuanto los dos hayáis estimulado a todos los batallones,
nosotros nos quedaremos aquí y lucharemos contra los dánaos,
por muy abrumados que estemos, pues la necesidad apremia.
Mas tú, ¡Héctor!, ve a la ciudad y habla en seguida
con la madre tuya y mía: que ella reúna a las matronas
en el templo de la ojizarca Atenea en lo alto de la ciudadela
y que, abriendo con la llave las puertas de la sagrada morada,

el manto que le parezca el más amable y el mayor
en el palacio y con mucho el más preciado para ella
deposite sobre las rodillas de Atenea, de hermosos cabellos,
y le prometa doce terneras en su templo sacrificar,
añojas y no sometidas a aguijada, para ver si se apiada
de la ciudad, y de las esposas de los troyanos y sus tiernos hijos,
y, así, aparta de la sacra Ilio al hijo de Tideo,
ese feroz lancero, esforzado instigador de la huida,
del que yo afirmo que es el más violento de los aqueos.
Nunca tuvimos tanto miedo ni de Aquiles, comandante de hombres,
que afirman que ha nacido de una diosa. Mas éste en el colmo
de su furor se halla y nadie puede rivalizar con él en furia.»
Así habló, y Héctor no desobedeció a su hermano.
Al punto del carro saltó a tierra con las armas
blandiendo las agudas lanzas, recorrió el ejército por doquier
instándolos a luchar y despertó una atroz contienda.
Se revolvieron y plantaron cara a los aqueos,
y los argivos retrocedieron y cesaron la matanza.
Estaban seguros de que del estrellado cielo un inmortal
había bajado a defender a los troyanos: ¡así se revolvieron!
Héctor arengó a los troyanos con recia voz:
«¡Soberbios troyanos y aliados cuya gloria llega de lejos!
Sed hombres, amigos, y recordad el impetuoso coraje,
mientras yo voy a Ilio, y a los ancianos
del consejo y a nuestras esposas digo
que supliquen a las divinidades y les prometan hecatombes.»
Tras hablar así, se alejó Héctor, el de tremolante penacho.
En ambos extremos de su oscura piel, talones y cuello, golpeaba
la orla exterior que recorría el abollonado broquel.
Glauco, hijo de Hipóloco, y el hijo de Tideo
coincidieron, ávidos de lucha, en el espacio entre ambos bandos.
Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,
díjole el primero Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«¡Sobresaliente guerrero! ¿Quién eres tú de los mortales?
Nunca te he visto en la lucha, que otorga gloria a los hombres,

antes. Sin embargo, ahora estás muy por delante de todos
y tienes la osadía de aguardar mi pica, de luenga sombra.
¡Desdichados son los padres cuyos hijos se oponen a mi furia!
Pero si eres algún inmortal y has descendido del cielo,
desde luego yo no lucharía con los celestiales dioses [98].
Ni siquiera el hijo de Driante, el esforzado Licurgo,
que con los celestiales dioses trabó disputa, tuvo vida longeva,
el que en otro tiempo a las nodrizas del delirante Dioniso
fue acosando por la muy divina región de Nisa [99]. Todas a la vez
los tirsos dejaron caer a tierra, por el homicida Licurgo
con la aguijada golpeadas. Despavorido, Dioniso se sumergió
en el oleaje del mar, y Tetis lo acogió en su regazo, temeroso
y presa de violento temblor por las increpaciones del hombre.
Mas pronto abominaron de él los dioses, que pasan fácil vida,
y el hijo de Crono lo dejó ciego. Y ya no duró mucho tiempo,
porque se hizo odioso a ojos de todos los inmortales dioses.
Tampoco yo estaría dispuesto a luchar con los felices dioses.
Mas si eres un mortal de los que comen el fruto de la tierra
acércate más y así llegarás antes al cabo de tu ruina.»
Respondióle, a su vez, el esclarecido hijo de Hipóloco:
«¡Magnánimo Tidida! ¿Por qué me preguntas mi linaje?
Como el linaje de las hojas, tal es también el de los hombres.
De las hojas, unas tira a tierra el viento, y otras el bosque
hace brotar cuando florece, al llegar la sazón de la primavera.
Así el linaje de los hombres, uno brota y otro se desvanece.
Si quieres, sábete también lo siguiente, y te enterarás
bien de mi linaje, que ya muchos hombres conocen:
hay una ciudad, Éfira, en el fondo de Argos, prado de caballos,
y allí vivía Sísifo, que fue el más astuto de los hombres,

---

[98] En contra de lo que ha hecho en V 335 ss. (contra Atenea) y en 850 ss. (contra Ares).

[99] La montaña de Nisa es una zona asociada con el mito de Dioniso. Su ubicación es incierta, aunque a partir de la conquista de Alejandro se situaba en la margen derecha del Indo.

Sísifo Eólida. Y he aquí que éste tuvo por hijo a Glauco.
Y por su parte, Glauco engendró al intachable Belerofontes.
A éste belleza y amable valentía los dioses le otorgaron.
Mas Preto maquinó contra él maldades en el ánimo,
porque era muy superior a él, y lo desterró del pueblo
de los argivos, a quienes Zeus había sometido al cetro de Preto.
La mujer de éste, la divina Antea [100], concibió enloquecido deseo
de unirse a él en secreto amor. Pero no logró
convencer los buenos instintos del belicoso Belerofontes.
Entonces aquélla dijo con mentiras al rey Preto:
'¡Ojalá mueras, Preto, o mata a Belerofontes,
que ha querido unirse en el amor conmigo contra mi deseo!'
Así habló, y la ira prendió en el soberano al oírlo.
Eludía matarlo, pues sentía escrúpulos en su ánimo;
pero lo envió a Licia y le entregó luctuosos signos,
mortíferos la mayoría, que había grabado en una tablilla doble,
y le mandó mostrárselas a su suegro, para que así pereciera [101].
Marchó a Licia bajo la intachable escolta de los dioses
y en cuanto llegó a Licia y a la corriente del Janto,
amistosamente lo honró el soberano de la anchurosa Licia.
Durante nueve días lo hospedó y nueve bueyes sacrificó.
Pero al aparecer por décima vez la Aurora, de rosados dedos,
entonces le preguntó y solicitó ver la contraseña
que había traído consigo de parte de su yerno Preto.
Cuando la funesta contraseña de su yerno recibió,
mandóle, en primer lugar, a la tormentosa Quimera
matar. Era ésta de raza divina, no humana:
por delante león, por detrás serpiente, y en medio cabra,
y exhalaba la terrible furia de una ardiente llama.
Pero logró matarla, fiado en los portentos de los dioses.
En segundo lugar luchó contra los gloriosos sólimos,
la lucha en su opinión más feroz que contra hombres entabló.

---

100 Llamada Estenebea en las referencias posthoméricas al mito.

101 La única referencia a la escritura en Homero, según parece.

En tercer lugar, mató a las varoniles amazonas.
Pero, a su regreso, urdió contra él otro sagaz engaño:
escogiendo de la anchurosa Licia a los mejores varones,
los apostó en emboscada; mas no regresaron de nuevo a casa,
pues a todos los mató el intachable Belerofontes.
Cuando fue conociendo que era el noble vástago de un dios,
lo retuvo allí, le ofreció a su propia hija por esposa
y le dio la mitad de todos sus regios honores.
Y los licios le acotaron un predio excelente entre los demás,
fértil campo de frutales y labranza, del que obtener lucro.
Aquélla dio a luz tres hijos al belicoso Belerofontes:
Isandro, Hipóloco y Laodamía.
Junto a Laodamía vino a yacer el providente Zeus,
y ésta alumbró a Sarpedón, de broncíneo casco, igual a un dios.
Pero cuando también aquél se hizo odioso a todos los dioses,
por la llanura Aleya iba solo vagando,
devorando su ánimo y eludiendo las huellas de las gentes.
A su hijo Isandro, Ares, insaciable de combate,
lo mató cuando luchaba con los gloriosos sólimos.
A su hija la mató Ártemis, la de áureas riendas, irritada.
E Hipóloco me engendró a mí, y de él afirmo haber nacido.
Me envió a Troya y con gran insistencia me encargó
descollar siempre, sobresalir por encima de los demás
y no mancillar el linaje de mis padres, que los mejores
con mucho fueron en Éfira y en la anchurosa Licia.
Ésas son la alcurnia y la sangre de las que me jacto de ser.»
Así habló, y Diomedes, valeroso en el grito de guerra,
se alegró, y clavó la pica en el suelo, nutricio de muchos,
y dijo con lisonjeras palabras al pastor de huestes:
«¡Luego eres antiguo huésped de la familia de mi padre!
Pues una vez Eneo, de casta de Zeus, al intachable Belerofontes
hospedó y retuvo en su palacio durante veinte días [102].
Se obsequiaron con bellos presentes mutuos de hospitalidad:

[102] Eneo es el padre de Tideo, padre de Diomedes.

Eneo le dio un cinturón reluciente de púrpura,
y Belerofontes una áurea copa de doble asa,
que yo dejé en mis moradas al venir aquí.
Pero de Tideo no me acuerdo, porque aún pequeño me
dejó, cuando en Tebas pereció la hueste de los aqueos.
Por eso ahora yo soy huésped tuyo en pleno Argos,
y tú lo eres mío en Licia para cuando vaya al país de los tuyos.
Evitemos nuestras picas aquí y a través de la multitud.
Pues muchos troyanos e ilustres aliados tengo para matar,
si un dios me procura a alguien y yo lo alcanzo con mis pies.
Y tú también tienes muchos aqueos para despojar al que puedas.
Troquemos nuestras armas, que también éstos se enteren
de que nos jactamos de ser huéspedes por nuestros padres.»
Tras pronunciar estas palabras, ambos saltaron del carro,
se cogieron mutuamente las manos y sellaron su compromiso.
Entonces Zeus Crónida hizo perder el juicio a Glauco,
que con el Tidida Diomedes intercambió las armas,
oro por bronce, unas que valían cien bueyes por otras de nueve.
Cuando Héctor llegó a las puertas Esceas y a la encina [103],
corrieron a rodearlo las esposas y las hijas de los troyanos,
para preguntarle por sus hijos, hermanos, parientes
y esposos. Él iba mandando a todas implorar a los dioses,
a una tras otra: ¡para muchas se cernían duelos inminentes!
Pero cuando ya llegó a la muy bella morada de Príamo,
construida con pulidos pórticos de columnas, en la cual
había cincuenta habitaciones de pulida piedra,
edificadas unas contiguas a otras, en las que los hijos
de Príamo se acostaban junto a sus legítimas esposas,
y para las hijas, en el lado de enfrente, dentro del patio,
había doce techadas habitaciones de pulida piedra,
edificadas unas contiguas a otras, en las que los yernos
de Príamo se acostaban junto a sus respetables esposas,

[103] La encina próxima a las puertas Esceas también es mencionada en IX 354 y XI 170, y quizá en XXI 549.

allí le salió al paso su madre, dadivosa de benignos regalos,
llevando dentro a Laódica, la primera de sus hijas en belleza.
Asióle la mano, lo llamó con todos sus nombres y le dijo:
«¡Hijo! ¿Por qué has dejado el audaz combate y has venido?
Seguro que los malditos hijos de los aqueos os oprimen
batiéndose en torno de la ciudad, y tu ánimo te ha impulsado
a venir aquí a extender los brazos a Zeus desde la ciudadela.
Mas aguarda a que te traiga vino, dulce como miel,
para ofrecer una libación a Zeus padre y a los demás inmortales
primero. Después también tú mismo disfrutarás si bebes.
El vino aumenta mucho el vigor al hombre que está exhausto
de fatiga, como tú lo estás de tanto defender a tus parientes.»
Respondióle entonces el alto Héctor, de tremolante penacho:
«No me ofrezcas vino, dulce para las mientes, augusta madre,
no sea que me relajes la furia y me olvide del coraje.
Hacer libaciones de rutilante vino para Zeus con manos sin lavar
me causa escrúpulos. Al Crónida, el de oscuras nubes, no hay
que rogar con el cuerpo salpicado de sangre y de matanza.
Mas tú al templo de la depredadora Atenea
ve con sahumerios cuando hayas congregado a las ancianas,
y el manto tuyo que sea el más encantador y el mayor
de los que hay en el palacio y para ti con mucho más preciado
depositalo sobre las rodillas de Atenea, de hermosos cabellos,
y prométele doce terneras en su templo
sacrificar, añojas y no sometidas a aguijada, a ver si se apiada
de la ciudad, de las esposas de los troyanos y de sus tiernos hijos,
y así aparta de la sacra Ilio al hijo de Tideo,
ese feroz guerrero, esforzado instigador de la huida.
Tú ve al templo de la depredadora Atenea,
y yo iré en busca de Paris para llamarlo,
a ver si quiere atender a mis palabras. ¡Ojalá aquí mismo
se lo tragara la tierra! Pues es una peste que el Olímpico crió
para los troyanos, para el magnánimo Príamo y para sus hijos.
Si lo viera descendiendo dentro del Hades,
diría a mi ánimo que dejara olvidado del todo el funesto llanto.»

Así habló, y ella regresó al palacio y dio a sus sirvientas
los encargos, y éstas congregaron a las ancianas por la ciudad.
Por su parte, ella descendió al perfumado tálamo,
donde estaban sus mantos, abigarradas labores de las mujeres
sidonias, que el propio deiforme Alejandro
había llevado de Sidón cuando surcó el ancho ponto
en el viaje en el que condujo a Helena, de nobles padres [104].
Hécuba tomó uno de ellos y lo llevó como dádiva para Atenea;
era el más hermoso por sus bordados y el mayor;
cual astro refulgía, y era el que estaba guardado el último.
Echó a andar, y muchas ancianas marcharon en pos de ella.

Al llegar al templo de Atenea en lo alto de la ciudadela,
les abrió las puertas la de bellas mejillas, Teano
Ciseide, esposa de Anténor, domador de caballos,
a quien los troyanos habían nombrado sacerdotisa de Atenea.
Todas extendieron los brazos a Atenea entre gemidos,
y Teano, la de bellas mejillas, cogiendo el manto,
lo depositó sobre las rodillas de Atenea, de hermosos cabellos,
y elevó esta plegaria, rogando a la nacida del excelso Zeus:

«¡Augusta Atenea, protectora de la ciudad, nacida de Zeus
entre las diosas! Quiebra ya la pica de Diomedes
y concédeme que caiga de bruces ante las puertas Esceas.
En tu honor sacrificaremos ahora en el templo doce terneras
añojas y no sometidas a aguijada, a ver si te apiadas
de la ciudad, de las esposas de los troyanos y de sus tiernos hijos.»

Así habló en su súplica, pero Palas Atenea no accedió.
Así suplicaban a la nacida del excelso Zeus.
Entre tanto Héctor llegó a la bella mansión de Alejandro,
que él mismo se había hecho con la ayuda de los que entonces
eran en Troya, de fértiles glebas, los mejores carpinteros,
quienes le habían fabricado el tálamo, la sala y el patio

---

104 Los versos 289-292 son citados por Heródoto, II 116, como prueba de que Homero no era el autor de los *Cipria*, poema en el que Paris y Helena llegaban a Troya desde Esparta en dos días.

cerca de Príamo y de Héctor, en lo alto de la ciudadela.
Allí entró Héctor, caro a Zeus, y en la mano
sostenía la pica, de once codos; en el extremo del asta lucía
la broncínea punta, cuyo contorno recorría una áurea anilla.
Lo halló en la habitación manipulando las muy bellas armas,
el broquel y la coraza, y palpando las piezas del corvo arco.
La argiva Helena entre las sirvientas de la casa
estaba sentada y a las criadas ordenaba primorosas labores.
Lo vio Héctor y lo recriminó con vergonzantes palabras:
«¡Desdichado! No está bien que guardes en tu ánimo ese rencor.
Las tropas en torno de la fortaleza y de la escarpada muralla
perecen batiéndose, y por tu culpa el griterío y el combate
arden alrededor de esta ciudad. Tú mismo te opondrías a otro
a quien en un sitio vieras remitir en el abominable combate.
¡Arriba! No sea que la ciudad arda pronto con fuego abrasador.»
Díjole, a su vez, el deiforme Alejandro:
«¡Héctor! Me has increpado con razón, y no sin razón;
por eso te voy a contestar. Y tú compréndeme y escúchame.
No tanto por ira e irritación con los troyanos estaba sentado
en el tálamo como por ganas de dar rienda suelta a mi pena.
Ahora mi esposa, que me ha reprendido con tiernas palabras,
me ha incitado al combate. También a mí me parece que eso
será lo mejor, pues la victoria cambia de hombres.
Ea, aguárdame ahora, que voy a ponerme las marciales armas;
o vete, que yo iré detrás y creo que te alcanzaré.»
Así habló, y nada respondió Héctor, de tremolante penacho.
Pero sí le habló Helena, que dijo con lisonjeras palabras:
«¡Cuñado de esta perra cuyas malas artimañas espantan!
¡Ojalá que aquel día, nada más darme a luz mi madre,
una maligna ráfaga de viento me hubiera transportado
y llevado a un monte o al hinchado oleaje del fragoroso mar,
donde una ola me hubiera raptado, en vez de que esto sucediera!
Mas una vez que los dioses prescribieron estos males así,
ojalá entonces hubiera sido la esposa de un hombre mejor,
que conociera la recta irritación y los reproches de las gentes.

Pero éste ni ahora tiene firmeza en las mientes ni más adelante
la tendrá, y por eso creo que también cosechará su fruto.
Ea, entra ahora y siéntate sobre este escabel,
cuñado mío, pues tú eres al que más acosa las mientes la tarea
por culpa de esta perra de mí y por la ofuscación de Alejandro,
a quienes Zeus impuso el malvado sino de en lo sucesivo
tornarnos en materia de canto para los hombres futuros.»
Respondióle entonces el alto Héctor, de tremolante penacho:
«No me ofrezcas asiento, Helena, aunque me estimes; no me
convencerás. Pues mi ánimo ya está en marcha, presto a defender
a los troyanos, que intensa añoranza sienten por mi ausencia.
Tú pon en movimiento a éste, y que también él se dé prisa
para que me alcance mientras todavía esté dentro de la ciudad.
Además, yo quiero ir a mi casa a ver
a los criados, a mi esposa y a mi tierno hijo.
Pues no sé si aún otra vez llegaré de regreso hasta ellos,
o si los dioses ya me van a doblegar a manos de los aqueos.»
Tras hablar así, se alejó Héctor, de tremolante penacho;
y al instante llegó a sus bien habitadas moradas,
mas no encontró en las salas a Andrómaca, de blancos brazos,
que con su hijo y una sirviente, de bello manto,
sobre la torre estaba de pie, llorando y gimiendo.
Héctor, al no hallar dentro a su intachable esposa,
salió al umbral, se detuvo y dijo así a las criadas:
«Ea, criadas, declaradme la verdad.
¿Adónde ha ido Andrómaca, de blancos brazos, fuera del palacio?
¿A ver a mis hermanas y a mis cuñadas, de buenos mantos?
¿O al templo de Atenea ha ido, justo donde las demás troyanas,
de bellos bucles, tratan de aplacar a la temible diosa?»
La solícita despensera díjole, a su vez, estas palabras:
«¡Héctor! Ya que mandas encarecidamente declarar la verdad,
ni a ver a tus hermanas ni a tus cuñadas, de buenos mantos,
ni al templo de Atenea ha ido, justo donde las demás troyanas,
de bellos bucles, tratan de aplacar a la temible diosa,
sino a la elevada torre de Ilio, pues ha oído que los troyanos

están abrumados, y que los aqueos ejercen gran poderío.
Ya ha llegado presurosa a la muralla,
como mujer enloquecida; y la nodriza lleva al niño consigo.»
Dijo la despensera, y Héctor se precipitó fuera de la casa,
bajando otra vez por la misma ruta de bien construidas calles.
Cuando atravesó la gran ciudad y llegó a las puertas
Esceas, por donde se disponía a salir a la llanura,
allí le salió al paso corriendo su esposa, rica en regalos,
Andrómaca, la hija del magnánimo Eetión,
del Eetión que había habitado bajo el boscoso Placo,
en Teba bajo el Placo, y había sido soberano de los cilicios[105].
De éste era hija la esposa de Héctor, de broncíneo casco.
Le salió entonces al paso, y con ella se acercó la sirvienta,
llevando en su regazo al delicado niño, todavía sin habla,
el preciado Hectórida, semejante a un bello astro.
Héctor solía llamarlo Escamandrio, pero los demás
Astianacte; pues Héctor era el único que protegía Ilio[106].
Éste sonrió mirando al niño en silencio,
y Andrómaca se detuvo cerca, derramando lágrimas;
le asió la mano, lo llamó con todos sus nombres y le dijo:
«¡Desdichado! Tu furia te perderá. Ni siquiera te apiadas
de tu tierno niño ni de mí, infortunada, que pronto viuda
de ti quedaré. Pues pronto te matarán los aqueos,
atacándote todos a la vez. Y para mí mejor sería,
si te pierdo, sumergirme bajo tierra. Pues ya no
habrá otro consuelo, cuando cumplas tu hado,
sino sólo sufrimientos. No tengo padre ni augusta madre:
a mi padre lo mató Aquiles, de la casta de Zeus,

---

105 Teba estaba situada cerca del monte Ida, por lo que es de suponer que los cilicios aquí mencionados no guardan relación con los que en época histórica habitaban al S.E. de Asia Menor. El monte Placo ya no podía ser localizado en época posterior.

106 Astianacte, en efecto, es 'protector de la ciudad', y es el nombre dado al hijo por la actividad más notable del padre.

cuando saqueó la bien habitada ciudad de los cilicios,
Teba, la de elevadas puertas. Dio muerte a Eetión,
mas no lo despojó, pues se lo impidió un escrúpulo religioso.
En lugar de eso, lo incineró con sus primorosas armas
y erigió encima un túmulo; y alrededor plantaron olmos
las montaraces ninfas, hijas de Zeus, portador de la égida.
Y los siete hermanos míos que había en el palacio,
todos ellos el mismo día, penetraron dentro de Hades;
pues a todos mató el divino Aquiles, de pies protectores,
junto a los bueyes, de tornátiles patas, y las cándidas ovejas.
A mi madre, que reinaba bajo el boscoso Placo,
tras traerla aquí con las demás riquezas,
la liberó de regreso, luego de recibir inmensos rescates,
y en el palacio de su padre le disparó la sagitaria Ártemis.
¡Oh Héctor! Tú eres para mí mi padre y mi augusta madre,
y también mi hermano, y tú eres mi lozano esposo.
Ea, compádecete ahora y quédate aquí, sobre la torre.
No dejes a tu niño huérfano, ni viuda a tu mujer.
Detén a la hueste junto al cabrahígo, donde más accesible
es la ciudad y la muralla más expugnable ha resultado.
Pues por allí vinieron e hicieron tres intentos los paladines
en torno de los dos Ayantes, del muy glorioso Idomeneo,
y en torno de los Atridas y del fornido hijo de Tideo.
Sin duda, un buen conocedor de los vaticinios se lo indicó,
o quizá su propio ánimo les incita a ello y se lo manda.»
Le dijo, a su vez, el alto Héctor, de tremolante penacho:
«También a mí me preocupa todo eso, mujer; pero tremenda
vergüenza me dan los troyanos y troyanas, de rozagantes mantos,
si como un cobarde trato de escabullirme lejos del combate.
También me lo impide el ánimo, pues he aprendido a ser valiente
en todo momento y a luchar entre los primeros troyanos,
tratando de ganar gran gloria para mi padre y para mí mismo.
Bien sé yo esto en mi mente y en mi ánimo:
habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio,
y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno.

Mas no me importa tanto el dolor de los troyanos en el futuro
ni el de la propia Hécuba ni el del soberano Príamo
ni el de mis hermanos, que, muchos y valerosos,
puede que caigan en el polvo bajo los enemigos,
como el tuyo, cuando uno de los aqueos, de broncíneas túnicas,
te lleve envuelta en lágrimas y te prive del día de la libertad;
y quizá en Argos tejas la tela por encargo de una extraña
y quizá vayas por agua a la fuente Meseide o a la Hiperea
obligada a muchas penas, y puede que te acose feroz necesidad.
Y alguna vez quizá diga alguien al verte derramar lágrimas:
'Ésta es la mujer de Héctor, el que descollaba en la lucha sobre
los troyanos, domadores de caballos, cuando se batían por Ilio.'
Así dirá alguien alguna vez, y tú sentirás un renovado dolor
por la falta del marido que te proteja del día de la esclavitud.
Mas ojalá que un montón de tierra me oculte, ya muerto,
antes de oír tu grito y ver cómo te arrastran.»
Tras hablar así, el preclaro Héctor se estiró hacia su hijo.
Y el niño hacia el regazo de la nodriza, de bello ceñidor,
retrocedió con un grito, asustado del aspecto de su padre.
Lo intimidaron el bronce y el penacho de crines de caballo,
al verlo oscilar temiblemente desde la cima del casco.
Y se echó a reír su padre, y también su augusta madre.
Entonces el esclarecido Héctor se quitó el casco de la cabeza
y lo depositó, resplandeciente, sobre el suelo.
Después, tras besar a su hijo y mecerlo en los brazos,
dijo elevando una plegaria a Zeus y a los demás dioses:
«¡Zeus y demás dioses! Concededme que este niño mío
llegue a ser como yo, sobresaliente entre los troyanos,
igual de valeroso en fuerza y rey con poder soberano en Ilio.
Que alguna vez uno diga de él: 'Es mucho mejor que su padre',
al regresar del combate. Y que traiga ensangrentados despojos
del enemigo muerto y que a su madre se le alegre el corazón.»
Tras hablar así, en los brazos de su esposa puso
a su hijo, y ésta lo acogió en su fragante regazo,
entre lágrimas riendo. Su marido se compadeció al notarlo,

la acarició con la mano, la llamó con todos sus nombres y dijo:
«¡Desdichada! No te aflijas demasiado por mí en tu ánimo,
que ningún hombre me precipitará al Hades contra el destino.
De su suerte te aseguro que no hay ningún hombre que escape,
ni cobarde ni valeroso, desde el mismo día en que ha nacido.
Mas ve a casa y ocúpate de tus labores,
el telar y la rueca, y ordena a las sirvientas
aplicarse a la faena. Del combate se cuidarán los hombres
todos que en Ilio han nacido y yo, sobre todo.»
Tras hablar así, el esclarecido Héctor cogió el casco
hecho de crines de caballo, mientras su esposa marchaba a casa
volviéndose de vez en cuando y derramando lozanas lágrimas.
Inmediatamente después llegó a las bien habitadas moradas
del homicida Héctor. Allí dentro halló a muchas
sirvientas y a todas ellas movió al llanto.
Estaban llorando a Héctor, todavía vivo, en su propia casa;
pues estaban seguras de que de regreso del combate ya no
llegaría tras huir de la furia y de las manos de los aqueos.
Tampoco Paris se demoró en las elevadas mansiones;
nada más vestirse la ilustre armadura, centelleante de bronce,
se precipitó por la ciudad, fiado en sus raudos pies.
Como un caballo estabulado, ahíto de cebada en el pesebre,
cuando al romper el ronzal galopa golpeando la llanura,
habituado a bañarse en el río, de bella corriente,
lleno de ufanía, con la cabeza erguida y las crines a los lados
del cuello volteando; y fiado en su prestancia, las rodillas
lo transportan ágilmente conforme a sus instintos a la pradera;
así el hijo de Príamo, Paris, de la cima de Pérgamo
bajaba resplandeciente con las armas y gallardo como un sol,
y sus rápidos pies lo transportaban. Pronto alcanzó
a su hermano Héctor, de la casta de Zeus, justo cuando
se alejaba de donde había estado conversando con su mujer.
Díjole el primero el deiforme Alejandro:
«¡Querido hermano! Realmente, mucho he frenado tu impulso
con mi demora y no he llegado puntual como me habías mandado.»

Díjole en respuesta Héctor, el de tremolante penacho:
«¡Desdichado! Ningún hombre que fuera discreto podría
afear tu comportamiento en la lucha, porque tienes coraje.
Es adrede por lo que flojeas y no tienes voluntad. Por eso
mi corazón se aflige en lo más hondo cuando de ti oigo baldones
a los troyanos, que soportan muchas penalidades por tu causa.
Ea, vayamos; eso lo arreglaremos más tarde, si alguna vez Zeus
nos concede que a los celestiales dioses sempiternos
alcemos la copa libre en el palacio,
tras expulsar de Troya a los aqueos, de buenas grebas.»

CANTO VII

Tras hablar así, el preclaro Héctor salió por la puerta
y junto con él marchó su hermano Alejandro. En su ánimo
ambos ardían en deseos de combatir y de luchar [107].
Como la divinidad da a los marinos el ansiado
viento próspero, cuando están cansados de batir el ponto
con los bien pulidos remos y sus miembros están lasos de fatiga,
con la misma ansia fue acogida su aparición entre los troyanos.
Allí mataron ambos: éste al hijo del soberano Areítoo,
Menestio, habitante de Arna, al que el macero
Areítoo había engendrado, y Filomedusa, de inmensos ojos.
Y Héctor acertó a Eyoneo con la puntiaguda pica en el cuello,
en la orla del almete, de bello bronce, y dobló sus miembros.
Glauco, hijo de Hipóloco, de los licios capitán,
acertó con la lanza en la violenta batalla a Ifínoo Dexíada,
que acababa de saltar sobre sus ligeras yeguas, en el hombro.
Cayó del carro a tierra, y sus miembros se desmayaron.
Cuando los vio Atenea, la ojizarca diosa,
causando mortandad a los argivos en la violenta batalla,
descendió presurosa de las cumbres del Olimpo a la sacra Ilio.
Y Apolo se lanzó a su encuentro, al divisarla desde lo alto
de Pérgamo, pues planeaba dar la victoria a los troyanos.

---

[107] Este canto tenía en la Antigüedad un doble título: el duelo de Ayante y Héctor, y el levantamiento de los cadáveres.

Ambos se abordaron junto a la encina,
y díjole el primero el soberano Apolo, hijo de Zeus:
«¿Para qué, hija del excelso Zeus, de nuevo enardecida
has venido del Olimpo? ¿A qué te ha impulsado tu gran ánimo?
¿Acaso para dar a los dánaos la revancha en la batalla?
Pues en absoluto te apiadas de la mortandad de los troyanos.
Mas ojalá me hicieras caso: eso sería mucho mejor.
Suspendamos ahora el combate y la lid hoy.
Más tarde volverán a luchar, hasta que el término fijado
de Ilio hallen, ya que eso se ha tornado grato al ánimo
de vosotras, las inmortales: saquear completa esta ciudad.»
Respondióle Atenea, la ojizarca diosa:
«Sea así, protector. También yo con esa misma idea
he venido del Olimpo entre los troyanos y los aqueos.
Mas, ea, ¿cómo deseas poner fin al combate de los hombres?»
Respondióle Apolo, el soberano hijo de Zeus:
«Excitemos la potente furia de Héctor, domador de caballos,
para ver si a alguno de los dánaos reta en duelo singular
a luchar hombre contra hombre en atroz lid.
Quizá celosos de su honor, los aqueos, de broncíneas grebas,
inciten a uno a combatir en duelo contra el divino Héctor.»
Así habló, y no le desobedeció Atenea, la ojizarca diosa.
Héleno, caro hijo de Príamo, comprendió en su ánimo
el plan que había sido grato al ingenio de los dioses,
y fue junto a Héctor, se detuvo y le dirigió estas palabras:
«¡Héctor, hijo de Príamo, émulo de Zeus en ingenio!
Realmente, ojalá me hicieras caso, pues soy hermano tuyo.
Haz que se sienten los demás troyanos y todos los aqueos,
y tú desafía al más bravo de los aqueos
a luchar hombre contra hombre en atroz lid.
Pues no es todavía tu destino morir y alcanzar el hado:
eso ha dicho la voz de los sempiternos dioses que he oído.»
Así habló, y Héctor sintió una intensa alegría al oírlo.
Fue al centro e hizo gestos de retener a los batallones troyanos
con el asta asida por la mitad, y todos se quedaron quietos.

Y Agamenón mandó sentarse a los aqueos, de buenas grebas.
También Atenea y Apolo, el del argénteo arco,
se posaron, semejantes a unos buitres,
sobre la alta encina del padre Zeus, portador de la égida,
disfrutando con el espectáculo de los hombres. Las filas
se sentaban densas, erizadas de broqueles, de cascos y de picas.
Como el embate de Céfiro se derrama sobre el Ponto
nada más levantarse y hace que el piélago negree,
así se sentaron las filas de los aqueos y de los troyanos
en la llanura; y Héctor dijo en medio de ambos bandos:
«¡Oídme, troyanos y aqueos, de buenas grebas,
que quiero decir lo que el ánimo en el pecho me ordena!
El Crónida, de sublime trono, no ha cumplido los juramentos,
y su malevolencia hacia ambos bandos fija como término
el momento en que vosotros conquistéis Troya, de bellas torres,
o sucumbáis junto a las naves, surcadoras del ponto.
Ya que hay entre vosotros paladines del bando panaqueo,
que al que de ellos ahora su ánimo le dicte luchar conmigo
se destaque de todos y comparezca aquí ante el divino Héctor.
He aquí lo que propongo, y sea Zeus nuestro testigo:
si ése me hace presa suya con el bronce de largo filo,
que me despoje de las armas y las lleve a las cóncavas naves;
pero que devuelva mi cuerpo a casa, para que tras morir del fuego
me hagan partícipe los troyanos y las esposas de los troyanos.
Y si yo le hago presa mía y Apolo me otorga la gloria,
le despojaré de las armas y me las llevaré a la sacra Ilio,
y las colgaré junto al templo del flechador Apolo;
pero el cadáver lo devolveré a las naves, de buenos bancos,
para que los aqueos, de melenuda cabellera, le tributen exequias
y amontonen en su honor un túmulo en el espacioso Helesponto.
Y alguna vez quizá diga uno de los hombres venideros, surcando
con su nave, de muchas filas de remeros, el vinoso ponto:
'De un hombre es este túmulo, muerto hace tiempo,
al que, como un bravo que era, mató el esclarecido Héctor.'
Así dirá alguien alguna vez, y mi gloria nunca perecerá.»

Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Se avergonzaban de rehusar, pero temían aceptar.
Al cabo, Menelao se levantó y tomó la palabra, injuriándolos
con oprobios, mientras daba profundos suspiros en su ánimo:
«¡Ay de mí! ¡Bravucones, aqueas, que no aqueos!
Realmente, será una afrenta terrible, terrible entre todas,
si ningún dánao se enfrenta ahora a Héctor.
¡Ojalá en agua y tierra os convirtáis todos vosotros,
que estáis ahí sentados todos y cada uno, exánimes y sin honra!
Yo mismo me armaré de coraza contra éste. En lo alto están
los cabos de la victoria, en manos de los inmortales dioses.»
Tras hablar así, hizo gesto de ponerse las bellas armas.
Entonces para ti, Menelao, habría llegado el fin de la vida
a manos de Héctor, porque, en verdad, era muy superior,
si los reyes aqueos no se hubieran precipitado a sujetarte.
El propio Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,
cogió tu diestra, te llamó con todos tus nombres y te dijo:
«¡Estás loco, Menelao, criado por Zeus! ¡No debes cometer
esa locura! Domínate, a pesar de tu preocupación,
y no desees por una porfía luchar con un hombre que es mejor,
Héctor Priámida, ante quien también los demás sienten pavor.
El propio Aquiles en la lucha, que otorga gloria a los hombres,
se estremece al encararlo, y eso que es mucho mejor que tú [108].
Por eso, tú ahora ve y siéntate entre la tribu de compañeros,
que los aqueos harán que otro se alce enfrente de ése.
Por muy intrépido que sea e insaciable de tumulto, aseguro
que con júbilo doblará la rodilla con tal de huir
del hostil combate y de la atroz lid.»
Hablando así, el héroe desvió la intención de su hermano,
porque era oportuna su advertencia, y él hizo caso. Entonces
los escuderos le quitaron alegres las armas de los hombros.
Néstor entre los argivos se levantó y tomó la palabra:

---

[108] Esta afirmación contradice el contenido de IX 352, a menos que deba ser entendida como una exageración apta para el contexto.

«¡Ay, gran pena ha llegado a la tierra aquea!
Hondos lamentos emitiría Peleo, el anciano conductor de carros,
el valeroso consejero y orador de los mirmídones,
que gran gozo sintió una vez en su casa cuando me preguntaba
pidiendo razón del linaje y nacimiento de todos los argivos [109].
Si se enterara de que ahora todos están medrosos ante Héctor,
muchas veces alzaría las manos a los inmortales para implorar
que la vida se fuera de sus miembros a la mansión de Hades.
¡Ojalá, Zeus padre, Atenea y Apolo, fuera joven!,
como cuando junto al Celadonte, de rápido caudal, lucharon
congregados los pilios y los arcadios, aguerridos lanceros,
ante las murallas de Fea, a los lados del cauce del Járdano [110].
Ereutalión se destacó en vanguardia, mortal igual a un dios,
con las armas del soberano Areítoo en los hombros,
Areítoo, de la casta de Zeus, al que como apodo macero
solían llamar los hombres y las mujeres, de bella cintura,
porque no luchaba ni con el arco ni con la larga lanza,
sino con la férrea maza, con la que destrozaba batallones.
Lo mató Licurgo con un ardid, no por la fuerza,
en un angosto camino, donde de su ruina la maza
férrea no lo socorrió: Licurgo se anticipó con la lanza
y le traspasó el torso, y él chocó boca abajo contra el suelo.
Le despojó las armas que el broncíneo Ares le había procurado
y que desde entonces él solía llevar en el fragor de Ares.
Mas cuando en el palacio Licurgo envejeció,
se las dio a su escudero Ereutalión para que las llevara.
Con aquellas armas éste desafiaba a todos los paladines,
y ellos temblaban llenos de miedo, y nadie se atrevía.
Pero mi muy audaz ánimo me impulsó a combatir

[109] Cuando Néstor estaba reclutando las tropas de los aqueos para atacar Troya y le visitó, cf. XI 765 ss.

[110] Si la ciudad de Fea mencionada es la costera que está situada entre Élide y el reino de Pilo, al norte del río Alfeo, no hay ríos que puedan ser identificados con los citados en el texto.

gracias a la osadía, pues de edad era el más joven de todos.
Y yo luché contra él, y Atenea me otorgó la gloria,
y maté al hombre que seguro era más enorme y esforzado;
pues tendido era inmenso y sobresalía por aquí y por allá.
¡Ojalá fuera joven y mi fuerza persistiera inconmovible!
De ser así, Héctor, de tremolante penacho, pronto trabaría liza.
Mas ni siquiera vosotros, los paladines del bando panaqueo,
estáis prestos y ansiosos de ir al encuentro de Héctor.»
Increpados así por el anciano, nueve en total se levantaron:
se alzó el primero con ventaja Agamenón, soberano de hombres;
se alzó acto seguido el Tidida, el esforzado Diomedes;
a continuación los Ayantes, imbuidos de impetuoso coraje;
a continuación Idomeneo y el escudero de Idomeneo,
Meriones, émulo del homicida Enialio;
a continuación Eurípilo, el ilustre hijo de Evemón.
Se incorporaron además Toante Andremónida y el divino Ulises.
Y todos querían combatir contra Héctor, de la casta de Zeus.
De nuevo tomó la palabra Néstor, el anciano conductor de carros:
«Sortead ahora del primero al último, a ver a quién toca;
ése hará un gran provecho para los aqueos, de buenas grebas,
y también se hará buen provecho a su propio ánimo, si huye
del hostil combate y de la atroz lid.»
Así habló, y cada uno hizo una marca en su suerte
y las echaron en el morrión del Atrida Agamenón.
Las huestes rogaron y extendieron las manos a los dioses,
y así decía cada uno con la mirada puesta en el ancho cielo:
«¡Zeus padre! ¡Que le toque a Ayante o al hijo de Tideo,
o al propio rey de Micenas, rica en oro!»
Así decían mientras Néstor, el anciano conductor de carros,
las agitaba; y saltó del morrión justo la suerte que querían,
la de Ayante. El heraldo fue recorriendo la multitud con ella,
mostrándola de izquierda a derecha a todos los paladines aqueos.
Cada uno de ellos, al no reconocerla como suya, la rehusaba.
Pero al llegar en su recorrido entre la multitud a presencia
del preclaro Ayante, que la había rayado y metido en el morrión,

éste extendió la mano debajo, y él se paró cerca y se la echó.
La vio, reconoció la marca de su suerte y se alegró su ánimo.
Entonces la tiró al suelo junto a su pie y exclamó:
«¡Amigos! Ciertamente es mi suerte, y también yo me gozo
en el ánimo, pues creo que voy a vencer al divino Héctor.
Mas, ea, mientras yo me pongo las guerreras armas,
entre tanto haced una plegaria al soberano Zeus Cronión
para vosotros, en silencio, para que los troyanos no la oigan,
o, si no, en voz alta, porque, con todo, a nadie tememos [111].
Pues no hay quien adrede me ponga en fuga contra mi voluntad
ni por la fuerza ni por la maña. Y tampoco tan ignorante
espero ser, porque he nacido y me he criado en Salamina.»
Así habló, y elevaron sus ruegos al soberano Zeus Cronión,
y así decía cada uno con la mirada puesta en el ancho cielo:
«¡Zeus padre, regidor del Ida, el más glorioso y excelso!
Da la victoria a Ayante y que se alce con espléndida gloria.
Y si también a Héctor amas y te preocupas por él,
concede igual fuerza y gloria a ambos.»
Así dijeron, y Ayante se caló el cegador bronce.
Después de vestirse con todas las armas alrededor de la piel,
se precipitó a continuación cual marcha el monstruoso Ares
cuando va al combate tras los hombres a los que el Cronión
lanza a la lucha por ansia de disputa, devoradora del ánimo.
Así partió el monstruoso Ayante, baluarte de los aqueos,
sonriendo con feroz rostro; y por debajo sus pies daban
largas zancadas, blandiendo la pica, de luenga sombra.
Mientras que los argivos, al mirarlo, estaban alegres,
a cada troyano un atroz temblor le invadió las piernas,
y al propio Héctor su ánimo le palpitó en el pecho.
Pero ya no podía retroceder en modo alguno ni reintegrarse

---

[111] Es probable que la primera intención de pronunciar en voz baja la plegaria para que los troyanos no la oigan pretenda conseguir que los enemigos ignoren el nombre de los dioses que protegen a los adversarios y, en consecuencia, no puedan dirigirse a ellos, al menos por su nombre.

a la multitud de las tropas, tras haberlo desafiado a duelo.
Ayante llegó cerca, cargado con el escudo, como una torre,
broncíneo, de siete bueyes, que le había fabricado Tiquio con esmero,
el mejor con mucho de los curtidores, que habitaba en Hila
y que le había hecho el tornasolado escudo con siete pieles
de nutridos toros y una octava lámina de bronce por encima [112].
Con él delante del pecho, Ayante Telamonio
se detuvo muy cerca de Héctor y le dijo con tono amenazador:
«¡Héctor! Ahora vas a saber con certeza en duelo singular
de qué clase son los paladines que hay entre los dánaos,
aun sin contar a Aquiles, rompedor de filas, de ánimo leonino.
Cierto que él en las corvas naves, surcadoras del ponto,
yace dando pábulo a su cólera contra Agamenón, pastor de huestes;
pero entre nosotros, los que contigo podemos enfrentarnos
somos muchos. Mas comienza ya la lucha y el combate [113].»
Díjole, a su vez, el alto Héctor, de tremolante penacho:
«¡Ayante Telamonio, de estirpe de Zeus, caudillo de huestes!
No me trates como a un débil niño
o como a una mujer, que no conoce las bélicas empresas.
Por mi parte, conozco bien las luchas y los homicidios.
Sé hacer oscilar a diestro y siniestro el cuero de buey
curtido; eso es para mí combatir con escudo de bovina piel.
Sé cargar en el tumulto de las ligeras yeguas
y sé en la lucha a pie firme danzar en honor del hostil Ares.
Pero a ti, siendo cual eres, no quiero dispararte espiándote
a escondidas, sino a las claras, para ver si te alcanzo.»
Dijo, y, blandiéndola, arrojó la pica, de luenga sombra,
y acertó a Ayante en el temible escudo, de siete pieles de buey,

---

[112] Tiquio tiene un nombre relacionado formalmente con el verbo que significa 'fabricar'.

[113] Ayante invita a Héctor a disparar primero, otorgándole la ventaja, en lugar de sortear quién ha de disparar antes; lo mismo hace Posidón con Apolo en XXI 440. Ésa es la razón por la que Héctor se siente tratado como un niño inferior.

en la lámina exterior de bronce, que era la octava por encima.
Y el inflexible bronce rasgó y atravesó seis capas,
y en la séptima piel bovina se detuvo. En segundo lugar,
Ayante, de la estirpe de Zeus, arrojó la pica, de luenga sombra,
y acertó al Priámida en el broquel, por doquier equilibrado.
Por el reluciente broquel penetró la robusta pica
y se hundió a través de la coraza, con arte elaborada.
De frente, a lo largo del ijar, le desgarró la túnica
la pica, pero él se desvió y esquivó la negra parca.
Ambos se arrancaron a la vez las luengas picas con las manos
y se acometieron, semejantes a carnívoros leones
o a jabalíes, cuyo brío no es nada escaso.
El Priámida entonces le hirió en pleno escudo con la lanza.
El bronce no la rompió, sino que la punta se le dobló.
Ayante dio un salto y le envasó el broquel. Hacia adelante
penetró la pica y repelió su furioso ataque.
Rozó el cuello haciéndole un corte, y manó la negra sangre.
Pero ni aun así cesó la lucha Héctor, de tremolante penacho,
que, retrocediendo, cogió en su recia mano una piedra
que había en la llanura, negra, áspera y grande,
y con ella acertó a Ayante en el temible escudo de siete bueyes,
sobre el centro del bollón, y el bronce retumbó en su contorno.
A su vez, Ayante levantó en segundo lugar un guijarro aún mayor,
que tiró tras voltearlo, apoyando el tiro con enorme potencia.
Acertó y abolló el broquel con la peña, pesada como piedra molar,
haciendo que le fallaran las rodillas. Quedó tendido de espalda,
encajado en el broquel, y al punto Apolo volvió a incorporarlo.
Y entonces con las espadas se habrían lanzado cuerpo a cuerpo,
si los heraldos, mensajeros de Zeus y también de los hombres,
uno de los troyanos y otro de los aqueos, de broncíneas túnicas,
Taltibio e Ideo, inspirados ambos, no hubieran llegado.
Entre ambos interpusieron los cetros, y dijo estas palabras
el heraldo Ideo, sabedor de inspirados pensamientos:
«¡Hijos! No combatáis ni luchéis más.
A ambos os ama Zeus, que las nubes acumula,

y ambos sois buenos lanceros. Eso también lo sabemos todos.
La noche ya se acerca, y conviene también obedecer a la noche.»
Y en respuesta le dijo Ayante Telamonio:
«¡Ideo! A Héctor ordenad que haga esa propuesta,
pues él es quien ha desafiado a duelo a todos los paladines.
Que él sea el primero, y yo acataré lo que ése diga.»
Díjole, a su vez, el alto Héctor, de tremolante penacho:
«¡Ayante! Ya que el dios te otorgó corpulencia, fuerza
y cordura, y con la pica eres el más valioso de los aqueos,
por el momento suspendamos hoy la lucha y la lid.
Más tarde volveremos a luchar, hasta que la divinidad
nos separe y otorgue la victoria al uno o al otro.
La noche ya se acerca, y conviene también obedecer a la noche.
Así, tú junto a las naves darás gozo a todos los aqueos
y, sobre todo, a tus parientes y a los compañeros que tienes;
y yo, por mi parte, en la gran ciudad del soberano Príamo
regocijaré a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes mantos,
que entre preces por mí entrarán al lugar de la divina reunión.
Ea, intercambiémonos ambos primorosos regalos,
para que así diga alguien de los aqueos y de los troyanos:
'Realmente, se batieron en disputa, devoradora del ánimo,
y luego se separaron con amistad, pactando un amistoso acuerdo.'»
Tras hablar así, la espada, tachonada de argénteos clavos,
que llevaba con la vaina y el bien tallado tahalí, le dio,
y Ayante, a su vez, le dio un cinturón, reluciente de púrpura [114].
Se separaron, y éste se internó en la hueste de los aqueos,
y aquél se unió al tropel de los troyanos. Se alegraron
al verlo aproximarse a salvo e incólume,
libre de la furia de Ayante y de sus inaferrables manos,
y lo llevaron a la ciudad cuando ya desesperaban de su salvación.

---

[114] Los regalos resultaron ser desdichados para ambos: Aquiles sujetó el cuerpo de Héctor al carro por el cinturón para arrastrarlo alrededor de la ciudad, y Ayante se suicidó arrojándose sobre la espada.

Y del otro lado, a Ayante los aqueos, de buenas grebas,
condujeron ante el divino Agamenón, gozoso por la victoria.
Cuando estuvieron en las tiendas del Atrida,
para ellos Agamenón, soberano de hombres, sacrificó un buey,
un macho cinqueño en honor del prepotente Cronión.
Lo desollaron, prepararon y descuartizaron entero;
lo trincharon sabiamente y lo ensartaron con brochetas;
lo asaron cuidadosamente y retiraron todo del fuego.
Una vez terminada la faena y dispuesto el banquete,
participaron del festín, y nadie careció de equitativa porción.
A Ayante le obsequió con dilatados filetes del lomo
el héroe Atrida, Agamenón, señor de anchos dominios.
Y después de saciar el apetito de bebida y de comida,
el primero que comenzó a urdir un ingenio fue el anciano
Néstor, cuyo plan también antes se había revelado el mejor.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Atridas y demás paladines del bando panaqueo!
Han muerto ya muchos aqueos, de melenuda cabellera,
cuya oscura sangre a orillas del Escamandro, de buen caudal,
ha esparcido el feroz Ares y cuyas almas bajaron al Hades.
Por ello debes suspender el combate de los aqueos al alba.
Nosotros mismos reunidos debemos acarrear aquí los cadáveres
con bueyes y mulas e incinerarlos algo alejados de las naves;
así, cada uno podrá llevar los huesos de alguien a sus hijos
a su casa, cuando de nuevo regresemos a la tierra patria [115].
Erijamos un túmulo alrededor de la pira para una tumba común,
amontonando tierra de la llanura. Construyamos al lado pronto
altas torres, valladar para las naves y para nosotros mismos.
Fabriquemos en ellas puertas bien ajustadas,
para que a través de ellas haya un camino apto para carros.
Cavemos cerca por el lado exterior una honda fosa,

[115] El hábito de incinerar los cadáveres en una pira común y llevar los huesos de regreso a casa es mencionado por Esquilo, *Agamenón*, 435-444.

que en todo el contorno detenga al caballo y a la hueste
y evite un día el peso de la lucha con los altivos troyanos.»
Así habló, y todos los reyes lo aprobaron.
A su vez, los troyanos en la ciudadela de Ilio celebraron
asamblea con temible alboroto junto a las puertas de Príamo.
El inspirado Anténor fue el primero en tomar la palabra:
«¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados,
que quiero decir lo que el ánimo en el pecho me ordena!
Venga, entreguemos a la argiva Helena y riquezas junto con ella
a los Atridas para que se las lleven. Ahora por traicionar
los leales juramentos estamos luchando. Por eso me temo
que el resultado no será bueno, en caso de no obrar así.»
Tras hablar así, se sentó. Y entre ellos se levantó
el divino Alejandro, esposo de Helena, de hermosos cabellos,
que, en respuesta, le dijo estas aladas palabras:
«¡Anténor! Lo que proclamas ya no me resulta grato.
Sabes también imaginar otras ideas mejores que ésa,
pero si es cierto que eso lo propones en serio,
es que los propios dioses te han hecho perder el juicio.
Mas yo entre los troyanos, domadores de caballos, declararé
que de plano lo rechazo y que no pienso devolver a la mujer.
Mas cuantas riquezas me traje de Argos a mi casa,
todas estoy dispuesto a darlas y a añadir otras propias.»
Tras hablar así, se sentó. Y entre ellos se levantó
Príamo Dardánida, consejero comparable a los dioses.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados,
que quiero decir lo que el ánimo en el pecho me ordena!
Ahora tomad la cena en la ciudad como siempre hasta ahora,
acordaos de montar guardia y velad todos y cada uno.
Al alba que Ideo vaya a las cóncavas naves
a comunicar a los Atridas, Agamenón y Menelao,
la propuesta de Alejandro, que ha suscitado esta contienda,
y que también transmita este sagaz mensaje: si aceptan
suspender el entristecedor combate, hasta que los cadáveres

incineremos. Más tarde volveremos a luchar, hasta que la deidad
nos separe y otorgue la victoria a los unos o a los otros.»
Así habló, y le oyeron con gusto y le obedecieron.
Tomaron luego la cena en el campamento divididos en grupos,
y al alba Ideo fue a las cóncavas naves.
Halló en el ágora a los dánaos, escuderos de Ares,
junto a la popa de la nave de Agamenón [116]. Entonces,
de pie en medio de ellos, habló el heraldo, de potente voz:
«¡Atridas y demás paladines del bando panaqueo!
Me ha mandado Príamo, y también los demás nobles troyanos,
comunicar, a ver si a vosotros os resultara cara y grata,
la propuesta de Alejandro, que ha suscitado esta contienda:
cuantas riquezas Alejandro en las cóncavas naves
se trajo a Troya, ¡ojalá antes hubiera perecido!,
acepta entregarlas todas y añadir además otras propias;
pero afirma que la legítima esposa del glorioso Menelao
no la dará. ¡Y aseguro que los troyanos se lo mandan!
También me han encargado transmitir este mensaje: si aceptáis
suspender el entristecedor combate hasta que los cadáveres
incineremos. Más tarde volveremos a luchar, hasta que la deidad
nos separe y otorgue la victoria a los unos o a los otros.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Al fin tomó la palabra Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«Ni las riquezas de parte de Alejandro acepte ahora nadie
ni a Helena. Sabido es, incluso para el muy insensato,
que sobre los troyanos ya se ciernen los cabos de su perdición.»
Así habló, y todos los hijos de los aqueos aclamaron
con admiración el consejo de Diomedes, domador de caballos.
Y entonces, el poderoso Agamenón dijo a Ideo:
«¡Ideo! Tú mismo has oído la contestación de los aqueos
y ya ves cómo te responden. A mí también me place así.
En relación con los cadáveres, no me opongo a incinerarlos;
pues no hay razón para rehusar a los cuerpos de los muertos

[116] El lugar de reunión está junto a la nave de Ulises, según XI 806.

la dulce dádiva del fuego cuanto antes, una vez que han muerto.
Sea testigo de los juramentos Zeus, retumbante esposo de Hera.»
Tras hablar así, alzó el cetro a todos los dioses,
e Ideo marchó de regreso a la sacra Ilio.
Los troyanos y dardaníones [117] estaban sentados en el ágora
todos reunidos, aguardando a cuando Ideo llegara.
Y he aquí que éste llegó y transmitió el mensaje
de pie en medio de ellos, y ellos se aprestaron muy pronto
para ambas tareas: traer los cadáveres y otros ir por leña.
Al otro lado, los argivos lejos de las naves, de buenos bancos,
se instaban a traer los cadáveres y otros a ir por leña.
El sol ya lanzaba sus primeros rayos sobre los labrantíos
al ascender fuera del Océano, de plácida y profunda corriente,
remontando el cielo. Unos y otros se toparon de frente,
y allí era difícil reconocer a cada hombre.
Mientras lavaban con agua las sangrientas heridas
y vertían cálidas lágrimas, los fueron montando en carretas.
El excelso Príamo les había prohibido llorar; y en silencio
hacinaron los cuerpos sobre la pira con el corazón afligido
y, tras quemarlos al fuego, regresaron a la sacra Ilio.
Igualmente, del otro lado, los aqueos, de buenas grebas,
hacinaron los cuerpos sobre la pira con el corazón afligido
y, tras quemarlos al fuego, regresaron a las cóncavas naves.
La aurora no había llegado y aún era noche entre luces,
cuando en torno de la pira se reunió una tropa selecta de aqueos.
Hicieron un túmulo alrededor de ella para una tumba común,
amontonando tierra de la llanura. Construyeron al lado un muro
y altas torres, valladar para las naves y para ellos mismos.
Fabricaron en ellas puertas bien ajustadas,
para que a través de ellas hubiera un camino apto para carros.
Cavaron apoyada en el muro por el exterior una honda fosa,
ancha y profunda, y en ella clavaron estacas.

[117] Descendientes de Dárdano, el héroe epónimo de Troya.

De esto se ocupaban los aqueos, de melenuda cabellera.
Los dioses, sentados al lado del fulminante Zeus,
observaban la gran obra de los aqueos, de broncíneas túnicas,
y entre ellos tomó la palabra Posidón, el que sacude el suelo:
«¡Zeus padre! ¿Qué mortal hay sobre la ilimitada tierra
que con los inmortales vaya a consultar su idea y su proyecto?
¿No lo estás viendo otra vez? Los aqueos, de melenuda cabellera,
han construido un muro ante las naves y una fosa alrededor
han cavado, sin ofrendar a los dioses ínclitas hecatombes.
La gloria de este muro irá tan lejos como se esparce el alba,
y se echará en olvido aquel otro que Febo Apolo y yo
para el héroe Laomedonte edificamos laboriosamente.»
Muy enojado, le respondió Zeus, que las nubes acumula:
«¡Ay, agitador del suelo, de vasto brío! ¡Qué has dicho!
Podría temer ese propósito cualquier otro de los dioses
que sea mucho más débil que tú en sus manos y en su furia.
Pero tu gloria irá tan lejos como se esparce el alba.
¡Vamos! Cuando de nuevo los aqueos, de melenuda cabellera,
se hayan marchado con las naves a la tierra patria,
resquebraja el muro, arrójalo entero al mar,
y tapa de nuevo la espaciosa playa con arena; de este modo,
el alto muro de los aqueos quedará asolado según tu deseo.»
Así conversaban ellos con tales razones.
El sol se puso, y quedó terminada la obra de los aqueos.
Inmolaron bueyes en las tiendas y tomaron la cena.
Había allí unas naves que habían traído vino de Lemnos.
Eran muchas y las había despachado el Jasónida Euneo [118],
que Hipsípila alumbró por obra de Jasón, pastor de huestes.
Reservadas para los Atridas, Agamenón y Menelao,
el Jasónida había dado mil medidas de vino para llevarlas.
De ese vino compraron los aqueos, de melenuda cabellera,

[118] Una de las pocas referencias en la *Ilíada* a la leyenda de Jasón y los argonautas (cf. además XXI 40, XXIII 746).

unos con bronce, otros con fogueado hierro,
otros con bovinas pieles, otros con las propias vacas vivas
y otros con esclavos. Organizaron un copioso festín,
y entonces toda la noche los aqueos, de melenuda cabellera,
participaron del festín, como en la ciudad troyanos y aliados.
El providente Zeus toda la noche tramó males contra todos
tronando pavorosamente, y un pálido temor los sobrecogía.
Derramaron el vino de las copas al suelo, y nadie osó
beber antes, hasta hacer una libación al prepotente Cronión.
A continuación se acostaron y recibieron el regalo del sueño.

CANTO VIII

La aurora, de azafranado velo, se esparcía por la tierra,
cuando Zeus, que se deleita con el rayo, convocó la asamblea
de los dioses en la cima más alta del Olimpo, lleno de riscos.
Él tomó la palabra, y todos los dioses escuchaban [119]:
«¡Oídme, dioses todos y diosas todas,
que quiero decir lo que mi ánimo me ordena en el pecho!
Que ninguna femenina deidad ni ningún varonil dios
intente conculcar mis palabras; todos a una debéis acatarlas,
para que yo lleve a término cuanto antes estas acciones.
Aquel a quien vea que por su voluntad se aleja de los dioses
y va a socorrer a los troyanos o a los dánaos,
volverá al Olimpo en lamentable estado golpeado por el rayo,
o lo cogeré y lo arrojaré al tenebroso Tártaro
bien lejos, donde más profundo es el abismo bajo tierra;
allí las férreas puertas y el broncíneo umbral
tan dentro de Hades están como el cielo dista de la tierra.
Así sabrá en qué medida soy el más poderoso de todos los dioses.
Ea, haced la prueba, dioses, y os enteraréis todos:
colgad del cielo una áurea soga
y agarraos a ella todos los dioses y todas las diosas.
Ni así lograríais sacar del cielo y arrastrar hasta el suelo

[119] El título tradicional que dan los escolios para este canto es el de 'batalla mutilada'.

a Zeus, el supremo maestro, por mucho que os fatigarais.
Pero en cuanto yo me decidiera a tirar con resolución,
os arrastraría a vosotros junto con la tierra y el mar.
Entonces podría atar alrededor de un pico del Olimpo
la soga, y todo quedaría suspendido por los aires.
Tan superior soy yo sobre los dioses y sobre los hombres.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio
admirando sus palabras, pues había hablado con resolución.
Al cabo tomó la palabra Atenea, la ojizarca diosa:
«¡Padre nuestro Crónida, supremo entre los poderosos!
Bien sabemos también nosotros que tu brío es irreprimible.
Mas a pesar de todo, sentimos lástima de los lanceros dánaos,
que van a perecer seguramente colmando un funesto óbito.
No obstante, nos mantendremos lejos del combate, como ordenas.
Pero sugeriremos a los argivos un plan que les aprovechará,
para evitar que todos perezcan por satisfacer tu odio.»
Sonriéndole, replicó Zeus, que las nubes acumula:
«¡Tranquilízate, Tritogenía, cara hija! No lo he dicho
con el ánimo resuelto a ello y quiero ser benigno contigo.»
Tras hablar así, unció al carro dos caballos, de pezuñas
broncíneas, vuelo ligero y crines áureas que les ondeaban,
y él se vistió de oro en torno de su cuerpo, asió la tralla
áurea, bien fabricada, y montó en la caja del carro;
los fustigó para arrearlos, y no sin ganas echaron a volar
entre medias de la tierra y del estrellado cielo.
Llegó al Ida, rico en manantiales, madre de fieras,
al Gárgaro, donde tenía un predio y un aromático altar [120].
Allí detuvo los caballos el padre de hombres y de dioses,
los desató del carro y vertió a su alrededor tupida bruma.
En cuanto a él, se sentó en las cimas, ufano de su gloria,
mirando la ciudad de los troyanos y las naves de los aqueos.
Entonces los aqueos, de melenuda cabellera, comieron
aprisa por las tiendas y acto seguido se pusieron la coraza.

---

[120] El Gárgaro es uno de los tres picos del Ida; véase XIV 292.

A su vez, los troyanos al otro lado se armaron en la ciudad;
eran menos, pero aun así ansiaban luchar en la batalla,
acuciados por la urgencia, en defensa de sus hijos y mujeres.
Todas las puertas se abrieron y se lanzó fuera la hueste
de infantes y de aurigas; y se suscitó un enorme estruendo.
En cuanto se juntaron y concurrieron en un mismo lugar,
entrechocaron pieles de escudos, lanzas y furias de guerreros,
de broncíneas corazas. Entonces, los abollonados broqueles
se enzarzaron unos a otros, y se suscitó un enorme estruendo.
Allí se confundían quejidos y vítores de triunfo
de matadores y de moribundos, y la sangre fluía por el suelo.
Mientras duró la aurora y fue levantando el sacro día,
los dardos hacían blanco en ambos bandos, y la hueste caía.
Mas cuando el Sol llegó al centro del cielo,
entonces el padre de los dioses desplegó la áurea balanza
y puso las dos parcas de la muerte, de intensos dolores, de los
troyanos, domadores de caballos, y aqueos, de broncíneas túnicas.
La cogió por el centro y la suspendió, y se inclinó el día fatal
de los aqueos, cuyas parcas sobre la tierra, nutricia de muchos,
se posaron, mientras las de los troyanos subían al ancho cielo.
Desde el Ida tronó con intensidad, y un ardiente
halo lanzó entre la hueste de los aqueos. Al verlo,
quedaron estupefactos, y un pálido temor sobrecogió a todos.
Entonces ni Idomeneo osó resistir ni tampoco Agamenón,
ni se mantuvieron los dos Ayantes, escuderos de Ares.
Sólo aguantaba el anciano Néstor, amparo de los aqueos,
no de grado, sino porque a un caballo suyo atinó con una saeta
el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosos cabellos,
en lo más alto de la cresta, donde sus primeras crines
crecen en el cráneo, y mortal en extremo es la herida.
Se encabritó de dolor —el dardo penetró hasta los sesos—
y espantó a los otros caballos al rodar herido por el bronce.
Mientras el anciano cortaba el arnés del corcel suplementario,
lanzándose con la espada, los ligeros caballos de Héctor

llegaron a través de la turba, llevando como auriga al audaz
Héctor [121]. Y entonces el anciano hubiera perdido la vida,
de no haberlo notado Diomedes, valeroso en el grito de guerra,
que dio un pavoroso grito, instando así a Ulises:
«¡Laertíada descendiente de Zeus, Ulises fecundo en ardides!
¿Adónde huyes dando la espalda entre la multitud como un cobarde?
Cuídate de que nadie en tu huida te clave la lanza detrás [122]
y aguanta hasta que apartemos del anciano a ese feroz guerrero.»
Así habló, y no le atendió el divino Ulises muy paciente,
que pasó presuroso hacia las cóncavas naves de los aqueos.
El Tidida, aun solo, se fundió con los combatientes delanteros
y se detuvo delante de los caballos del anciano Nelida
y, dirigiéndose a él, pronunció estas aladas palabras:
«¡Anciano! Realmente, los combatientes jóvenes te abruman,
y tu fuerza ya es laxa, pues la ardua vejez te acompaña.
Flaco es, creo, tu escudero, y lentos tus caballos [123].
Mas, ea, monta en mi carro y verás
qué expertos son los caballos de Tros en recorrer la llanura
raudos de acá para allá, tanto para perseguir como para huir.
Se los quité una vez a Eneas y son instigadores de la huida [124].
Que de esos dos se ocupen los escuderos, y nosotros con éstos
carguemos sobre los troyanos, domadores de caballos; así Héctor
sabrá lo que es la furia de mi lanza cuando está en mis puños.»
Así habló, y obedeció Néstor, anciano conductor de carros.
Entonces de las nestóreas yeguas se ocuparon los dos escuderos
valientes, Esténelo y el cortés Eurimedonte,
y ellos dos montaron en el carro de Diomedes.

---

[121] En realidad, el contexto luego (versos 119 ss.) muestra que Héctor no es el auriga, sino el guerrero que va montado en el carro con el encargado de guiar los caballos.

[122] Es probable que Ulises se haya echado el escudo a la espalda para huir, como se indica de Ayante en XI 545.

[123] Sobre los caballos de Néstor véase también XXIII 309.

[124] En realidad, ha sido hace dos días; véase V 221 ss.

Néstor asió en las manos las resplandecientes riendas
y fustigó los caballos. Pronto estuvieron cerca de Héctor
y, según venía recto lleno de furia, le disparó el hijo de Tideo.
A él le falló, pero a su escudero y auriga, Eniopeo,
hijo del soberbio Tebeo, que estaba a cargo de las riendas
de los caballos, le acertó en el pecho junto a la tetilla.
Se desplomó del carro, y retrocedieron espantados sus caballos,
de ligeros cascos; y allí mismo vida y furia se le desmayaron.
Atroz aflicción por el auriga se apiñó en las mientes de Héctor,
que, entonces, aun afligido por su compañero, lo dejó allí
yacer y viró en busca de otro audaz auriga. Y no mucho tiempo
carecieron los dos caballos de voz de mando: pues pronto halló
al audaz Arqueptólemo Ifítida, al que entonces en los caballos,
de ligeros cascos, hizo montar y puso las riendas en sus manos.

Entonces habrían sucedido desastres y males sin remedio,
y se habrían encerrado en Ilio como corderos en la cerca,
de no haberlo notado con agudeza el padre de hombres y de dioses,
que emitió un terrible trueno y arrojó un luminoso rayo
que hizo caer en tierra delante de los caballos de Diomedes.
Una terrible llamarada surgió del abrasado azufre,
y los dos caballos se acurrucaron aterrados bajo el carro.
A Néstor se le escaparon de las manos las relucientes riendas
y, con el corazón presa de miedo, dijo a Diomedes:

«¡Tidida! Ea, guía hacia la huida los solípedos caballos.
¿No te das cuenta de que el coraje de Zeus no está contigo?
Ahora es a ese a quien Zeus Crónida da la compañía de la gloria
hoy; más tarde también a nosotros, si ése es su designio,
nos la dará. Un hombre no puede protegerse del deseo de Zeus,
por muy valiente que sea, porque él en verdad es muy superior.»

Respondióle Diomedes, valeroso en el grito de guerra:

«Sí que es, anciano, oportuno cuanto has dicho.
Pero una atroz aflicción me ha invadido el corazón y el ánimo,
pues algún día Héctor afirmará en la asamblea de los troyanos:

'¡El Tidida llegó hasta las naves huyendo de mí!'
Así se ufanará un día: ¡que entonces la ancha tierra me trague!»
Respondióle entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
«¡Ay de mí! ¡Hijo del belicoso Tideo, qué has dicho!
Aunque Héctor vaya a afirmar que eres cobarde y débil,
no le harán caso los troyanos ni los dardaníones,
ni las esposas de los troyanos, magnánimos escudados guerreros,
a cuyos lozanos esposos has derribado en el polvo.»
Tras hablar así, dio a la fuga los solípedos caballos
de nuevo a través de la turba, y detrás los troyanos y Héctor
con portentoso estruendo tiraban una riada de gemidores dardos.
Y exclamó con recia voz el alto Héctor, de tremolante penacho:
«¡Tidida! Los dánaos, de veloces potros, te agasajaban
con asiento de honor, con trozos de carne y con copas llenas.
Y ahora te despreciarán: veo que te has convertido en mujer.
¡Vete, miserable muñeca! Porque yo no cederé,
y tú no pondrás el pie en nuestros muros, ni a las mujeres
te llevarás en las naves: antes te obsequiaré con la muerte.»
Así habló, y el Tidida vaciló y estaba indeciso
sobre si hacer girar los caballos y luchar frente a frente.
Tres veces vaciló en su mente y en su ánimo,
y tres veces desde los montes del Ida tronó el providente Zeus,
dando a los troyanos la señal de la revancha en la batalla.
Héctor arengó a los troyanos con recia voz:
«¡Troyanos, licios y dárdanos, que lucháis cuerpo a cuerpo!
¡Sed hombres, amigos, y recordad vuestro impetuoso coraje!
Sé que la benevolencia del Cronión me ha garantizado a mí
la victoria y gran gloria, y la calamidad para los dánaos,
¡insensatos!, que han maquinado la construcción de ese muro
insignificante e indigno de cuidado; no frenará mi furia,
y mis caballos saltarán con facilidad la excavada fosa.
Mas cuando esté ya junto a las huecas naves,
que no haya olvido entonces del abrasador fuego;
así incendiaré las naves y mataré a los propios
argivos junto a ellas, despavoridos por el humo.»

Tras hablar así, azuzó sus caballos y les dijo:
«¡Janto y tú, Podargo, Etón y Lampo, de casta de Zeus!
Pagadme ahora ambos los exquisitos cuidados [125]
que Andrómaca, la hija del magnánimo Eetión,
os prodigó, sirviéndoos a vosotros los primeros dulce trigo
y mezclándoos vino para beber cada vez que teníais ganas,
antes incluso que a mí, que me jacto de ser su lozano esposo.
Vamos, seguidme los dos contra ellos y daos prisa en capturar
tanto el broquel nestóreo, cuya gloria llega ahora al cielo
y que dicen que es entero de oro, con duelas y todo,
como de los hombros de Diomedes, domador de caballos,
la primorosa coraza, que Hefesto fabricó con esmero [126].
Si capturamos estos dos objetos, tendría esperanzas de hacer
montar a los aqueos esta misma noche en las ligeras naves.»
Así habló lleno de jactancia y la augusta Hera se enfadó
y se revolvió en el trono, conmocionando el vasto Olimpo.
Luego, a Posidón, excelso dios, miró de frente y dijo:
«¡Ay, agitador del suelo, de vasto brío! Ni siquiera tu
ánimo en las mientes se apiada de la mortandad de los dánaos.
Y eso que ellos te llevan a Hélica y a Egas dádivas
numerosas y encantadoras. Deséales tú la victoria.
Pues si realmente quisiéramos los defensores de los dánaos
rechazar a los troyanos y contener a Zeus, de ancha voz,
allí mismo en el Ida se quedaría sentado solo con su congoja.»
Muy enojado, respondió el poderoso sacudidor de la tierra:
«¡Hera lenguaraz! ¡Qué clase de palabra has dicho!
Yo no desearía que nos opusiéramos a Zeus Cronión
los demás dioses, pues en verdad él es muy superior.»

---

[125] Existe una contradicción entre los cuatro caballos nombrados en el verso precedente y el hecho de que la forma verbal de este verbo implique que se está dirigiendo a dos. Además, no parece haber otros ejemplos en la *Ilíada*, con la posible excepción de XI 699, de carros tirados por cuatro caballos.

[126] Cabe suponer que sea una de las armas cambiadas a Glauco en VI 236.

Así conversaban ellos con tales razones.
Todo el espacio que desde las naves la fosa separaba del muro
se llenó a la vez de caballos y de escudados guerreros
cercados. Los acorralaba, émulo del impetuoso Ares,
Héctor Priámida, cuando Zeus le otorgó la gloria [127].
Y habría incendiado con voraz fuego las equilibradas naves,
si la augusta Hera no hubiera inspirado a Agamenón la idea
de ser él mismo quien incitara urgentemente a los aqueos.
Echó a andar bordeando las tiendas y las naves de los aqueos
con el gran manto purpúreo en su recia mano
y se detuvo ante la negra nave, de enorme vientre, de Ulises,
que estaba en el centro, para que la voz llegara a ambos lados,
lo mismo a las tiendas de Ayante Telamoníada
que a las de Aquiles, que las equilibradas naves a los extremos
habían varado, fiados en su valor y en la fuerza de sus brazos.
Y exclamó con penetrante voz, vociferando a los dánaos:
«¡Vergüenza, argivos, malos baldones de aspecto admirable!
¿Adónde han ido las bravatas cuando nos creíamos los mejores,
las que en Lemnos proferíais, llenos de vana presunción,
mientras comíais muchas tajadas de corniergidos bueyes
y bebíais crateras rebosantes de vino y proclamabais
que cada uno frente a cien o a doscientos troyanos
os ibais a oponer en el combate? Ahora ni por uno valemos,
por Héctor, que pronto prenderá en las naves voraz fuego.
¡Zeus padre! ¿Has cegado a alguno de los prepotentes reyes
antes con una ofuscación como ésta, quitándole gran gloria?
Aseguro que nunca pasé de largo por un hermoso altar tuyo
en mi funesta travesía con la nave, de muchas filas de remeros;
sobre todos ellos quemé grasa y muslos de bueyes,
en mi anhelo de devastar la bien amurallada Troya.

[127] La topografía del campo en el que se desarrollan los combates de la *Ilíada* dista de estar clara. Se esperaría que la retirada de los aqueos los lleve a concentrarse en el espacio que hay entre la fosa y los barcos, pero el texto no indica eso, al menos con claridad.

Mas, Zeus, cúmpleme ahora al menos este deseo:
permite que nosotros al menos escapemos y nos guarezcamos,
y no dejes a los aqueos sucumbir así ante los troyanos.»
Así habló, y el padre se apiadó de las lágrimas que vertía
y asintió a que su hueste se mantuviera a salvo sin perecer.
Al punto envió un águila, el agüero de cumplimiento más seguro,
llevando en sus garras un cervatillo, cría de una veloz cierva.
Dejó caer el cervatillo junto al hermoso altar de Zeus,
donde los aqueos sacrificaban a Zeus, autor de todo presagio.
Y al ver que el ave había venido de parte de Zeus, atacaron
con renovado brío a los troyanos y recordaron su belicosidad.
Entonces ningún dánao, con ser muchos, pudo jactarse
de haber guiado sus ligeros caballos por delante del Tidida
para franquear la fosa y emprender la lucha cuerpo a cuerpo.
Fue con mucho el primero en capturar a un guerrero troyano,
a Agelao Fradmónida; éste había girado los caballos a la fuga,
pero nada más volverse, le clavó la lanza en la espalda,
en medio de los hombros, y le atravesó el pecho.
Se desplomó del carro, y las armas resonaron sobre su cuerpo.
Tras él llegaron los Atridas, Agamenón y Menelao;
a continuación los Ayantes, imbuidos de impetuoso coraje;
a continuación Idomeneo y el escudero de Idomeneo,
Meríones, émulo del homicida Enialio;
a continuación Eurípilo, el noble hijo de Evemón;
Teucro llegó el noveno, tensando el retráctil arco,
y se detuvo al abrigo del escudo de Ayante Telamoniada.
Entonces Ayante desplazaba el escudo, y el héroe, tras escrutar
por doquier, disparaba una flecha a uno entre la multitud
y hacía blanco, y éste caía en el sitio y perdía la vida,
y él volvía y se refugiaba, como un niño bajo su madre,
en Ayante, que otra vez lo ocultaba con el reluciente escudo.
¿Quién fue el primer troyano a quien entonces capturó
el intachable Teucro? Fue Orsíloco, y luego Órmeno y Ofelestes,
y Détor, Cromio y Licofanta, comparable a un dios,
y Amopaón Poliemónida y Melanipo.

A todos en rápida sucesión derribó a tierra, nutricia de muchos.
Agamenón, soberano de hombres, se alegró al verlo
diezmar los batallones de los troyanos con el esforzado arco.
Marchó y se detuvo junto a él, y le dirigió estas palabras:
«¡Teucro, querida cabeza, Telamonio, caudillo de huestes!
Sigue disparando así, a ver si te conviertes en luz de salvación
para los dánaos y para tu padre, Telamón, que te crió de pequeño
y te recogió en su casa, aunque eras bastardo [128].
Por muy lejos que esté, cúbrelo de buena gloria.
A ti yo te voy a decir lo que también quedará cumplido:
si me concede Zeus, portador de la égida, y también Atenea,
devastar la bien edificada fortaleza de Ilio,
tú serás el primero después de mí, en cuyas manos pondré
el trofeo, un trípode o una pareja de caballos con el carro
o una mujer que suba a tu lecho y lo comparta contigo.»
En respuesta exclamó y le dijo el intachable Teucro:
«¡Atrida gloriosísimo! ¿Por qué a mí, ya presuroso,
me instas? De cuanta capacidad hay en mí, sábelo, no me
doy tregua, sino que desde que los hemos rechazado hacia Ilio,
desde ese momento acecho con el arco y extermino hombres.
Ocho flechas, de dilatadas barbas, he tirado ya,
y todas se han clavado en la piel de mozos de marcial ímpetu.
A ese perro rabioso es al único al que no logro acertar.»
Dijo, y arrojó de la cuerda otra flecha,
recta contra Héctor, con el ánimo ávido por alcanzarlo.
A él lo falló, pero al intachable Gorgitión,
noble hijo de Príamo, le acertó en el pecho con la saeta;
la madre que lo alumbró había sido la novia venida de Esima,

---

[128] Según la tradición posterior, Teucro era hijo de Telamón y de Hesíone, la hija de Laomedonte, que Hércules concedió a Telamón por haberlo ayudado en la conquista de Troya. Ayante, sin embargo, era hijo de Telamón y de Eeribea. No obstante, Ayante habla de Teucro como hermano en XV 439, y el propio Teucro es llamado hermano del mismo padre y de la misma madre que Ayante en XII 371.

la bella Castianira, semejante a las diosas en su figura.
Como la adormidera en el jardín inclina el copete a un lado
bajo el peso del fruto y de los aguaceros primaverales,
así se combó a un lado su cabeza bajo el peso de la celada.
Teucro arrojó de la cuerda otra flecha,
recta contra Héctor, con el ánimo ávido por alcanzarlo.
Pero también entonces falló, pues Apolo la desvió;
pero acertó a Arqueptólemo, audaz auriga de Héctor,
anhelante de combate, en el pecho junto a la tetilla.
Se desplomó del carro, y retrocedieron espantados sus caballos,
de ligeros cascos; y allí mismo vida y furia se le desmayaron.
Atroz aflicción por el auriga se apiñó en las mientes de Héctor.
Entonces, aun afligido por su compañero, lo dejó allí
y ordenó a su hermano Cebríones, que estaba cerca,
tomar las riendas de los caballos; y él no desobedeció al oírlo.
Saltó a tierra fuera de la resplandeciente caja del carro
profiriendo pavorosos alaridos; asió en la mano una peña
y fue recto contra Teucro: su ánimo lo impulsaba a acertarle.
Éste, por su parte, sacó de la aljaba una amarga flecha
y la colocó sobre la cuerda. Héctor, el de tremolante penacho,
cuando la tensaba a lo largo del hombro, donde la clavícula
separa el cuello del pecho y mortal en extremo es la herida,
le acertó con el aristado guijarro, según atacaba furioso.
Rompió la cuerda, y su brazo se hinchó a la altura de la muñeca.
Se detuvo desplomado de hinojos, y el arco cayó de su mano.
Ayante no se despreocupó de su hermano caído,
sino que fue corriendo y lo rodeó y lo cubrió con su escudo.
Dos fieles camaradas le pasaron los brazos sobre sus hombros,
Mecisteo, hijo de Equio, y Alástor, de la casta de Zeus,
y lo llevaron a las huecas naves entre profundos suspiros.
El Olímpico volvió a infundir furia a los troyanos,
y éstos empujaron a los aqueos rectos hacia la profunda fosa.
Héctor marchaba entre los primeros haciendo gala de su brío.
Como cuando un perro a un cerdo salvaje o a un león
acosa con rápidas patas y le prende los cuartos traseros,

las caderas o las nalgas, y lo espía a ver si se revuelve,
así Héctor hostigaba a los aqueos, de melenuda cabellera,
matando sin descanso al que iba más rezagado; y ellos huían.
Mas cuando franquearon la empalizada y la fosa
en su huida y muchos habían sucumbido a manos de los troyanos,
se fueron deteniendo junto a las naves y permanecieron allí,
arengándose los unos a los otros, y a todos los dioses
levantando los brazos cada uno hacía fervientes plegarias.
Héctor hacía girar en redondo los caballos, de bellas crines,
con los ojos de Górgona y de Ares, estrago de mortales [129].
Al verlos se apiadó Hera, la diosa de blancos brazos,
y al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:
«¡Ay, hija de Zeus, portador de la égida! ¿Ni nosotras ya
nos cuidamos en esta hora extrema de la mortandad de los dánaos?
Ahora van a perecer seguramente, colmando un funesto óbito
bajo el impulso de un solo hombre, cuyo furor es intolerable,
Héctor Priámida, y que ya tiene en su haber muchos males.»
Díjole, a su vez, Atenea, la ojizarca diosa:
«¡Ojalá ése de sobra hubiera perdido la furia y la vida,
consumido a manos de los aqueos en su propia tierra patria!
Pero mi propio padre en su furor revela una mente perversa,
¡el cruel, siempre dañino, sofrenador de mis ansias!
Ni siquiera se acuerda de que muchísimas veces a su hijo
salvé, cuando estaba abrumado por los trabajos de Euristeo.
Aquél solía llorar mirando al cielo, y entonces Zeus
me despachaba desde el cielo para defenderlo [130].
Ojalá yo hubiera sabido esto en mi juiciosa mente
cuando lo envió a casa de Hades, el infranqueable celador,
para traer del Érebo el perro del abominable Hades;
¡no habría escapado de los abruptos cauces del agua de la Estige!

[129] En 320 se indicó que Héctor había desmontado del carro y después no se ha advertido que haya vuelto a montar.

[130] Se refiere a los trabajos de Hércules, hijo de Zeus y de Alcmena, impuestos por Euristeo.

Ahora mientras de mí abomina, ha cumplido la voluntad de Tetis,
que le besó las rodillas y le cogió con la mano el mentón,
suplicándole que honrara a Aquiles, saqueador de ciudades;
mas llegará el día en que me llame de nuevo querida ojizarca.
Pero tú aparéjanos a nosotras dos los solípedos caballos.
Mientras, entraré en la morada de Zeus, portador de la égida,
y me equiparé con las armas para el combate; así veré
si el hijo de Príamo, Héctor, el del tremolante penacho,
se regocija de nuestra aparición sobre los puentes del combate
o si es un troyano quien sacia a los perros y a las aves rapaces
de grasa y de carne, al caer junto a las naves de los aqueos.»
Así habló, y no desobedeció Hera, la diosa de blancos brazos.
Se aplicó a enjaezar los caballos, de áureas frontaleras,
Hera, la venerable diosa, hija del excelso Crono.
Por su parte, Atenea, hija de Zeus, portador de la égida,
dejó resbalar sobre el umbral de su padre el delicado vestido
bordado, fabricado con la labor de sus propias manos,
y vistiéndose con la túnica de Zeus, que las nubes acumula,
se fue equipando con las armas para el lacrimoso combate.
Puso sus pies sobre el llameante carro y asió la pica pesada,
larga, compacta, con la que doblega las filas de guerreros
heroicos contra quienes cobra rencor la del pujante padre.
Hera picó vivamente con la fusta los caballos, y al abrirse solas
rechinaron las puertas del cielo, custodiadas por las Horas,
a quienes está encomendado el elevado cielo y el Olimpo,
bien para disipar una espesa nube, bien para echarla encima.
Y a través de sus puertas guiaron los aguijoneados caballos.
Zeus padre, al verlas desde el Ida, sintió una ira atroz
e instó a Iris, de áureas alas, a que les llevara un mensaje:
«Anda, ve, veloz Iris, y hazlas volver; pero no consientas
que vengan ante mí: no estaría bien entablar lucha con ellas.
Pues he aquí lo que voy a decir, y eso quedará cumplido:
les desjarretaré a las dos los ligeros caballos del tiro,
a ellas las derribaré de la caja y haré añicos el carro.
Entonces, ni siquiera a los diez años cumplidos

les cicatrizarán las heridas que el rayo les producirá.
Así se enterará la ojizarca del día en que luche con su padre.
Con Hera no me indigno ni me irrito tanto,
porque siempre suele recriminarme en lo que diga.»
Así habló, e Iris, de pies de ráfaga, fue con el mensaje
y marchó de las montañas del Ida al vasto Olimpo.
En la primera puerta del Olimpo, lleno de pliegues, se topó
con ellas, las retuvo y les transmitió la orden de Zeus:
«¡A dónde con esa furia! ¡Qué locura tiene vuestro corazón!
No permite el Crónida defender a los argivos.
He aquí la amenaza del hijo de Crono, que seguro que cumplirá:
desjarretaros a las dos los ligeros caballos del tiro,
a vosotras derribaros de la caja y hacer añicos el carro.
Entonces, ni siquiera a los diez años cumplidos
os cicatrizarán las heridas que el rayo os producirá.
Así te enterarás, ojizarca, del día en que luches con tu padre.
Con Hera no se indigna ni se irrita tanto,
porque siempre suele recriminarle en lo que diga.
Pero tú eres la más atroz, desvergonzada perra, si de verdad
te vas a atrever a alzar la monstruosa pica frente a Zeus.»
Tras hablar así, se marchó Iris, la de los pies ligeros.
Por su parte, Hera dirigió estas palabras a Atenea:
«¡Ay, vástago de Zeus, portador de la égida! Ya no puedo
consentir nuestras peleas contra Zeus por culpa de mortales.
¡Que al azar uno de ellos perezca y el otro viva!
¡Y que sea aquél quien conforme a los deseos de su ánimo
decida para troyanos y para dánaos, como le corresponde!»
Tras hablar así, volvió atrás los solípedos caballos.
Las Horas les desataron los corceles, de bellas crines,
los amarraron a inmortales pesebres y apoyaron el carro
contra la resplandeciente pared que daba cara a la entrada.
Ellas fueron a sentarse sobre áureas sillas
mezcladas entre los demás dioses, contrariadas en su corazón.
Zeus padre desde el Ida el carro, de bellas ruedas,
y los caballos guió al Olimpo y llegó a la sede de los dioses.

También le desató los caballos el ilustre agitador del suelo [131],
colocó el carro sobre tarimas y extendió por encima un lienzo.
El propio Zeus, de ancha voz, sobre el áureo trono
se sentó, y bajo sus pies el elevado Olimpo se conmovió.
Atenea y Hera solas aparte de Zeus estaban
sentadas, sin atreverse a decir ni a preguntar nada;
pero él se dio cuenta en sus mientes y exclamó:
«¿Por qué, Atenea y Hera, estáis tan contrariadas?
No será de fatiga de la batalla, que otorga gloria a los hombres,
por exterminar troyanos, contra quienes teníais atroz rencor.
Nunca, siendo como son mi furia y mis inaferrables manos,
me harían volver la espalda cuantos dioses hay en el Olimpo.
El temblor se ha apoderado de vuestros esclarecidos miembros
antes de ver el combate y las horrendas proezas de la guerra.
Pues he aquí lo que voy a decir, y eso habría quedado cumplido:
en caso contrario, golpeadas por el rayo, sobre vuestro carro no
habríais regresado al Olimpo, sede de los inmortales.»
Así habló, y Atenea y Hera murmuraron con disgusto.
Contiguas estaban sentadas y tramaban males contra los troyanos.
Es cierto que Atenea guardó silencio y no dijo nada, aunque
rezongaba contra su padre, Zeus, y una feroz ira la invadía;
pero Hera no pudo contener el enojo en el pecho y dijo:
«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué clase de palabra has dicho!
Bien sabemos también nosotras que tu brío no es nada escaso.
Pero, aun así, sentimos lástima por los dánaos lanceros,
que van a perecer seguramente colmando un funesto óbito.
Bien, nos apartaremos del combate, si tú así lo ordenas.
Pero sugeriremos a los argivos un plan que les aprovechará,
para evitar que todos perezcan por satisfacer tu odio.»
En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«Espera a la aurora, y al prepotente Cronión todavía
verás mejor, si quieres, augusta Hera, de inmensos ojos,
causar gran mortandad en el ejército de los argivos lanceros.

---

[131] Posidón, cuya presencia en el Olimpo, y no en el mar, es sorprendente.

Pues el robusto Héctor no dará tregua al combate,
hasta que se levante de las naves el velocípedo Pelida [132]
el día [133] en que ellos luchen junto a las popas,
en el más atroz aprieto, en torno del cadáver de Patroclo.
Ése es el decreto divino. Yo no me preocupo de tu
ira, ni aunque llegues a los confines más remotos
de la tierra y del ponto, donde Jápeto y Crono se hallan
sentados sin deleitarse con los rayos del Sol Hiperión
ni con los vientos, sólo rodeados del profundo Tártaro [134].
Ni aunque llegues allí errante, pienso cuidarme ni de ti
ni de tus rezongos, pues no hay ser más desvergonzado que tú.»
Así habló, y nada le respondió Hera, la de blancos brazos.
Cayó en el Océano la brillante luz del sol,
echando la negra noche sobre la feraz campiña.
Los troyanos vieron con disgusto ocultarse la luz, y los aqueos
acogieron con agrado la tenebrosa noche, mil veces imprecada.
El preclaro Héctor convocó la asamblea de los troyanos,
llevándolos lejos de las naves, junto al turbulento río,
en un claro donde el terreno aparecía libre de cadáveres [135].
Se apearon de los carros a tierra y escucharon las palabras
que Héctor, caro a Zeus, pronunciaba en público. En la mano
sostenía la pica, de once codos; y en el extremo del asta lucía
la broncínea punta, cuyo contorno recorría una áurea anilla.
Apoyándose en ella, dijo entre los troyanos estas palabras:
«¡Oídme troyanos, dárdanos y aliados!
Ahora estaba seguro de que tras aniquilar las naves

[132] Aquiles, el hijo de Peleo.

[133] En realidad, esto sucederá al día siguiente.

[134] Jápeto y Crono, el padre de Zeus, son dos Titanes, derrotados por Zeus y encerrados en las profundidades subterráneas del Tártaro. Hiperión es un nombre del Sol, que por su forma parece un patronímico cuyo sentido sería 'el hijo del alto (cielo)'.

[135] Aunque en VII 395 ss. se propuso y aceptó una tregua para recoger e incinerar los cadáveres.

y a todos los aqueos regresaría a la ventosa Ilio;
mas se ha anticipado la oscuridad, que es lo que más ha salvado
a los argivos y sus naves sobre el rompiente del mar.
Pero ahora obedezcamos a la negra noche
y preparémonos la cena. Los caballos, de bellas crines,
desatadlos de los carros y echadles el pienso.
Traed de la ciudad bueyes y cebado ganado
con presteza. Proveeos de vino, dulce para las mientes,
y de trigo de vuestras casas. Recoged gran cantidad de leña,
para que toda la noche hasta la aurora, hija de la mañana,
ardan muchas hogueras, y el resplandor llegue hasta el cielo,
por si durante la noche los aqueos, de melenuda cabellera,
se lanzan a la fuga sobre los anchos lomos del mar.
Que no embarquen en las naves tranquilos y sin esfuerzo;
y que alguno de ésos digiera ya en casa un disparo nuestro,
alcanzado por una saeta o por una puntiaguda pica, al saltar
sobre la nave. Así también cualquier otro odiará traer contra
los troyanos, domadores de caballos, a Ares, fuente de lágrimas.
Los heraldos, caros a Zeus, den por la ciudad el anuncio de que
los muchachos de primera edad y los ancianos, de canosas sienes,
pernocten en la ciudad sobre los muros, edificados por dioses [136],
de que las femeninas mujeres, cada una en su casa,
enciendan una gran hoguera; y de que la guardia esté alerta,
por si una emboscada entra a la ciudad en ausencia de las tropas.
Sea así, magnánimos troyanos, como proclamo.
La propuesta sensata para el presente quede dicha como está.
Al alba proclamaré otra ante los troyanos, domadores de caballos.
Hago votos a Zeus y a los demás dioses con la esperanza
de expulsar de aquí a esos perros, para las parcas traídos,
a quienes los hados acarrean sobre las negras naves.
Mas durante la noche montemos guardias en nuestro propio campo,
y mañana temprano, al alba, equipados con las armas,

[136] Apolo y Posidón edificaron los muros de Troya por encargo de Laomedonte.

despertemos junto a las huecas naves el feroz Ares.
Entonces sabré si será el Tidida, el esforzado Diomedes, quien
me rechace de las naves hacia la muralla, o si seré yo quien
lo aniquile con el bronce y traiga sus ensangrentados despojos.
Mañana pondrá a prueba su bravura, a ver si ante mi pica
resiste cuando yo ataque. Confío en que entre los primeros
quede tendido y herido con muchos compañeros en torno de él
mañana al salir el sol. Ojalá fuera tan cierto que yo
soy inmortal, que no voy a envejecer ningún día
y que soy venerado igual que venerados son Atenea y Apolo,
como lo es que este día traerá la ruina a los argivos.»
Así habló Héctor ante todos, y los troyanos lo aclamaron.
Desataron los sudorosos caballos de debajo del yugo
y los amarraron con correas junto a su carro cada uno.
Trajeron de la ciudad bueyes y cebado ganado
con presteza. Se proveyeron de vino, dulce para las mientes,
y de trigo de las casas. Acumularon gran cantidad de leña.
Ofrecieron a los inmortales cumplidas hecatombes,
y los vientos elevaban de la llanura al cielo el humo grato
de la grasa. Pero los felices dioses no participaban del festín
ni gustaban de él; pues muy odiosa les era la sacra Ilio,
y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno [137].
Llenos de soberbia, sobre los puentes de la batalla
se asentaron toda la noche, y muchas hogueras suyas ardían.
Como en el firmamento las estrellas alrededor de la clara luna
aparecen relucientes cuando el ambiente se torna sereno,
y se descubren todas las atalayas, las cúspides de los oteros
y los valles; y el inmenso éter se desgarra del cielo,
todos los astros son visibles, y el pastor se alegra en el alma;

---

[137] Los versos 548 y 550-52 son citados en el *Alcibíades* II, 149d, atribuido a Platón. Barnes en su edición de comienzos del siglo XVIII los incluyó en este lugar, aunque lo más seguro es que estos versos sean una más de las numerosas adiciones que aparecen en otras obras de la Antigüedad o en papiros.

tantas eran en medio de las naves y de las corrientes del Janto
las fogatas de los troyanos que se veían encendidas ante Ilio.
Mil hogueras ardían en la llanura, y junto a cada resplandor
de ardiente fuego cincuenta hombres se hallaban sentados.
Los caballos, cebándose de blanca cebada y escanda,
esperaban de pie junto a los carros la Aurora, de bello trono.

CANTO IX

Así montaban guardia los troyanos [138]. Mientras, los aqueos
eran presa del portentoso pánico, camarada de la gélida huida,
y todos los más bravos estaban heridos de pena inaguantable.
Como conmueven el ponto, rico en peces, los dos vientos,
el Bóreas y el Zéfiro, que soplan desde Tracia,
llegando de repente, y con su impulso conjunto el oleaje negro
se encrespa y echa a lo largo de la costa gran cantidad de algas,
así se les desgarraba el ánimo en el pecho a los aqueos [139].
El Atrida, herido de enorme tristeza en el corazón,
iba y venía, ordenando a los heraldos, de sonora voz,
convocar a cada hombre por su nombre a la asamblea
sin gritar, y él mismo se afanaba entre los primeros.
Se sentaron atribulados en el lugar de la asamblea; y Agamenón
se levantó derramando lágrimas, como fuente de negras aguas
que desde una abrupta roca vierte su umbrío caudal.
Con llanto tan profundo, dijo entre los argivos estas palabras:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
Zeus Crónida me ha atado fuertemente con pesada ofuscación,

[138] «La embajada ante Aquiles» y «las súplicas» son los dos episodios centrales del canto IX y los títulos atribuidos a partes del canto IX en la Antigüedad.

[139] El hecho de que los vientos del Norte y del N. O. al soplar caigan sobre la playa supone en principio que el espectador está situado en algún lugar de la costa de Asia Menor.

¡el cruel!, que antes me prometió y garantizó con su asentimiento
que regresaría tras saquear la bien amurallada Ilio,
y ahora ha decidido un pérfido engaño y me ordena
regresar a Argos sin gloria tras perder numerosa hueste.
Así parece que va a ser grato al prepotente Zeus,
que ha demolido las cumbres de numerosas ciudades
y aún destruirá otras, pues su poder es el más excelso.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos:
huyamos con las naves a nuestra tierra patria,
pues ya no conquistaremos Troya, la de anchas calles.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Estuvieron un rato en suspenso abatidos los hijos de los aqueos.
Al fin tomó la palabra Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«¡Atrida! A ti, ante todo, me opondré por tu insensatez:
eso, soberano, es legal en la asamblea. Y tú no te irrites.
Tú fuiste el primero en injuriar mi coraje entre los dánaos
cuando dijiste que era inútil para el combate y cobarde [140];
todo eso lo saben los argivos, tanto jóvenes como viejos.
De dos cosas sólo una te ha dado el hijo del taimado Crono:
con el cetro te ha otorgado ser honrado por encima de todos,
pero no te ha otorgado el coraje, y eso es el poder supremo.
¡Oh desdichado! ¿Crees que los hijos de los aqueos son
tan ineptos para el combate y cobardes, como proclamas?
Si tu ánimo ya está en marcha, presto para regresar,
vete: ahí tienes el camino, y cerca del mar están tus naves
listas, las muy numerosas que te acompañaron de Micenas.
Pero otros aqueos, de melenuda cabellera, se quedarán
hasta que saqueemos Troya. Venga, que también ellos
huyan con las naves a su tierra patria.
Nosotros dos, Esténelo y yo, lucharemos hasta hallar el término fijado
de Ilio; pues por la voluntad de un dios hemos llegado.»
Así habló, y todos los hijos de los aqueos lo aclamaron,
admirando las palabras de Diomedes, domador de caballos.

---

[140] Cf. IV 370 ss.

Se levantó y dijo entre ellos Néstor, el conductor de carros:
«¡Tidida! Sobresales en el combate porque eres esforzado,
y también en el consejo eres el mejor de todos los de tu edad.
Nadie de cuantos aqueos hay criticará tus palabras
ni te contradirá; pero no has terminado la propuesta.
Realmente, eres aún joven y podrías ser hijo mío,
y hasta el más joven de edad; mas dices cosas juiciosas
a los reyes de los argivos y has hablado conforme a razón.
Mas, ea, yo, que me jacto de ser más viejo que tú,
voy a acabar tu propuesta y a explicarla hasta el final.
Y nadie podrá deshonrar mi consejo, ni siquiera el poderoso Agamenón.
Sin familia, sin ley y sin hogar se quede aquel
que ama el intestino combate, que hiela los corazones.
Pero ahora obedezcamos a la negra noche
y preparémonos la cena. Que los vigilantes en su puesto
hagan noche a lo largo de la cavada fosa fuera del muro.
Éste es el encargo que doy a los jóvenes. Por tu parte,
tú, Atrida, rompe la marcha; pues tú eres el rey supremo.
Ofrece un banquete a los ancianos: a ti te cuadra y procede.
Llenas están tus tiendas del vino que las naves de los aqueos
diariamente te traen desde Tracia sobre el vasto ponto.
Tienes todo para dar agasajos y eres el soberano de muchos.
De los muchos congregados podrás hacer caso al que el mejor
plan proponga. Gran necesidad tienen todos los aqueos
de uno bueno y sagaz, porque los enemigos cerca de las naves
tienen encendidas muchas hogueras. ¿Quién se alegraría de esto?
Esta noche traerá al ejército la ruina o la salvación.»
Así habló, y le oyeron y obedecieron con gusto.
Los vigilantes se precipitaron con las armas
en torno del Nestórida Trasimedes, pastor de huestes,
y en torno de Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares,
y en torno de Meríones, Afareo y Deípiro,
y en torno del hijo de Creonte, Licomedes, de casta de Zeus.
Siete eran los jefes de los guardias, y con cada uno cien
muchachos se encaminaron con las luengas picas en las manos.

Marcharon y se apostaron entre medias de la fosa y del muro.
Y allí cada grupo encendió una hoguera y se preparó la cena.
El Atrida condujo en grupo compacto a los ancianos
de los aqueos a su tienda y les sirvió un apetitoso banquete.
Tendieron las manos a los manjares preparados que había delante
y después de saciar el apetito de bebida y de comida,
el primero que comenzó a urdir un ingenio fue el anciano
Néstor, cuyo plan también antes se había revelado el mejor.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Atrida gloriosísimo, Agamenón, soberano de hombres!
En ti acabaré y por ti comenzaré, porque de numerosas
huestes eres soberano y porque Zeus ha puesto en tus manos
el cetro y las leyes, para que mires por tus súbditos.
Por eso tú más que nadie debes exponer tu opinión y escuchar
y hasta cumplir la de otro, cuando el ánimo mande a uno hablar
en bien de todos; de ti dependerá lo que aquél haya comenzado.
Por mi parte, te voy a decir lo que me parece que es lo mejor;
y ningún otro concebirá una idea mejor que esta mía,
que he concebido ya hace tiempo y todavía ahora mantengo,
desde que, oh descendiente de Zeus, a la joven Briseida
arrebataste y sacaste de la tienda del airado Aquiles
en contra de nuestra opinión; pues con mucha insistencia yo
traté de disuadirte. Pero tú a tu magnánimo corazón cediste
y al varón más valioso, recompensado hasta por los inmortales,
has deshonrado, pues le has quitado y aún retienes su botín.
No obstante, pensemos aún ahora en cómo repararlo y persuadirle
con amables regalos y con lisonjeras palabras.»
Díjole, a su vez, Agamenón, soberano de hombres:
«En nada has mentido, anciano, al relatar mi ofuscación:
me ofusqué, y tampoco yo lo niego. Por muchas
huestes vale el hombre a quien Zeus ama en su corazón;
así ahora ha satisfecho a ése y subyugado a la hueste aquea.
Mas ya que me ofusqué por hacer caso de mis nocivos instintos,
estoy dispuesto a repararlo y a darle inmensos rescates.
Ante todos vosotros quiero enumerar mis muy ilustres regalos:

siete trípodes no tocados por el fuego, diez talentos de oro,
veinte fogueados calderos, doce caballos
briosos, campeones, que se han alzado con triunfos en carreras.
No carecería de recompensa el hombre que tuviera tantos bienes
—ni se quedaría sin adquirir muy preciado oro—
como premios a mí me han traído esos solípedos caballos.
Le daré siete mujeres, expertas en intachables labores,
lesbias, que cuando conquistó la bien edificada Lesbos para mí
escogí, y que destacaban en belleza entre la raza de las mujeres.
Ésas le daré y además estará la que entonces le quité,
la muchacha de Briseo. Y también prestaré solemne juramento
de no haber subido nunca a su lecho ni haberme unido a ella,
como es ley humana entre hombres y mujeres.
Todo eso lo podrá tener de inmediato. Y si más tarde
los dioses nos conceden arrasar la gran ciudad de Príamo,
que cargue sus naves de oro y bronce hasta que rebosen
al presentarse cuando los aqueos repartamos el botín,
y que él mismo escoja para sí las veinte mujeres troyanas
que sean más bellas después de la argiva Helena.
Y si luego llegáramos a la aquea Argos, ubre de la tierra,
podría ser mi yerno. Lo honraré igual que a Orestes,
mi hijo amado con ternura, que se cría con toda opulencia.
Tres hijas tengo yo en mi bien claveteado palacio:
Crisótemis, Laódica e Ifianasa [141];
que sin dar regalo se lleve a la que quiera como esposa
a la casa de Peleo. Además, yo le daré una dote
muy grande, como nadie hasta ahora ha dotado a su hija.
Y le daré siete fortalezas bien habitadas:
Cardámila, Énope y la herbosa Hira,
la muy divina Feras y Antea, de profundos pastizales,

[141] La más famosa hija de Agamenón, Ifigenia, sacrificada en Áulide por el propio padre como recurso para lograr la bonanza del mar y poder partir con la flota aquea, no aparece mencionada, bien porque es la misma que Ifianasa, bien por otra razón.

la bella Epea y Pédaso, rica en viñedos [142].
Todas están próximas al mar, en los confines de la arenosa Pilo.
En ellas habitan hombres ricos en corderos, ricos en bueyes,
que seguramente lo honrarán con obsequios como a un dios
y, sumisos bajo su cetro, cumplirán sus leyes prósperas.
Esto es lo que llevaría a cabo en su favor si depone la ira.
Que se deje subyugar —sólo Hades es implacable e indomable;
por eso es para los mortales el más odioso de todos los dioses—
y que se someta a mí, por cuanto que soy rey en mayor grado
y por cuanto que me jacto de ser en edad mayor.»
Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
«¡Gloriosísimo Atrida Agamenón, soberano de hombres!
Ya no son desdeñables los dones que ofreces al soberano Aquiles.
Mas, ea, enviemos comisionados elegidos, que cuanto antes
vayan a la tienda del Pelida Aquiles.
¡Venga! Obedezcan aquellos a quienes yo designe.
Que en primer lugar vaya por delante Fénix, caro a Zeus,
y luego el alto Ayante y Ulises, de la casta de Zeus [143].
De los heraldos, que Odio y Euríbates los escolten.
Traed agua para las manos y ordenad silencio
para congraciarnos con Zeus Crónida, a ver si se apiada.»
Así habló, y sus palabras resultaron del agrado de todos.
Al punto los heraldos vertieron agua sobre sus manos.
Los muchachos colmaron crateras de bebida,
que repartieron entre todos tras ofrendar las primicias en copas.
Y tras hacer la libación y beber cuanto su ánimo apetecía,
salieron uno tras otro de la tienda del Atrida Agamenón.
Les prodigó encargos Néstor, el anciano conductor de carros,

---

142 Ninguna de estas ciudades es mencionada en el catálogo de las naves. La situación geográfica que les atribuye el verso 153 hace difícil de explicar por qué pertenecen al reino de Agamenón, y no al de Néstor o al de Menelao.

143 En los versos 182 ss. se habla sólo de dos heraldos, mientras que aquí se indica que son tres los comisionados del consejo que van ante Aquiles con los ofrecimientos de Agamenón.

guiñando los ojos a cada uno, pero, sobre todo, a Ulises,
para que trataran de convencer al intachable Pelida.
Los dos marcharon a lo largo de la ribera del fragoroso mar
invocando sin cesar al dueño de la tierra y agitador del suelo,
para poder convencer fácilmente las altivas mientes del Eácida [144].
Llegaron ambos a las tiendas y a las naves de los mirmídones
y lo hallaron deleitándose el ánimo con la sonora fórminge [145],
bella, primorosa, que encima tenía un argénteo clavijero.
La había ganado de los despojos al destruir la ciudad de Eetión
y con ella se recreaba el corazón y cantaba gestas de héroes.
Sólo Patroclo en silencio estaba sentado frente a él,
aguardando a que el Eácida dejara de cantar.
Los dos avanzaron, con Ulises, de la casta de Zeus, en cabeza,
y se detuvieron ante él. Saltó atónito Aquiles
con la fórminge, abandonando el asiento donde estaba sentado.
Igualmente, Patroclo, al ver a los hombres, se levantó.
Brindando por los dos, dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Salud a ambos! ¡Amigos sois los que venís! Algo urge
a quienes, aun en mi enojo, sois los más queridos de los aqueos.»
Tras hablar así, el divino Aquiles los invitó a entrar
y les ofreció asiento en sillas y en purpúreos tapetes.
Luego dirigió la palabra a Patroclo, que estaba cerca:
«Prepara una cratera mayor, hijo de Menecio,
haz una mezcla más fuerte y dispón una copa para cada uno:
son los hombres más amigos quienes están bajo mi techo.»
Así habló, y Patroclo obedeció a su compañero.
Entre tanto, él puso un gran tajón al resplandor del fuego,
colocó en él el lomo de una oveja y el de una pingüe cabra
y la cinta de un suculento cerdo, floreciente de sebo.
Automedonte tenía el tajón, y el divino Aquiles los troceaba.

---

[144] Peleo era hijo de Éaco.

[145] La fórminge es un instrumento musical de cuerdas sin caja de resonancia. El número de cuerdas que tienen los testimonios arqueológicos conservados es variable.

Los trinchó bien y los ensartó en brochetas, mientras
el Meneciada, mortal igual a un dios, encendía una gran hoguera.
Y una vez que el fuego se consumió y la llama dejó de arder,
esparció la brasa, extendió por encima las brochetas
y espolvoreó divina sal, levantándolas por los morillos.
Después de asarlos y echarlos en bandejas,
Patroclo cogió el pan y lo distribuyó por la mesa
en bellas canastillas, y Aquiles repartió las tajadas de carne.
Luego se sentó enfrente del divino Ulises
en la pared opuesta e invitó a hacer una ofrenda a los dioses
a Patroclo, su compañero; éste echó al fuego las primicias.
Tendieron las manos a los manjares preparados que había delante
y después de saciar el apetito de bebida y de comida,
Ayante hizo una seña a Fénix. La advirtió el divino Ulises
y llenando la copa de vino se la tendió a Aquiles:
«¡Salud, Aquiles! De equitativa porción en el banquete
no hemos carecido ni en la tienda del Atrida Agamenón
ni tampoco aquí ahora. Muchas cosas apetitosas hay servidas
para un festín. Pero no nos ocupa ahora el delicioso banquete,
sino una calamidad, alumno de Zeus, harto grande, que vemos
y nos atemoriza. Está en duda si pereceremos o si salvaremos
las naves, de buenos bancos, a menos que tú entres en liza.
Cerca de las naves y del muro han acampado
los soberbios troyanos y sus aliados, cuya gloria viene de lejos,
encendiendo muchas hogueras por el campamento, y aseguran
que ya no resistiremos y que caeremos en las negras naves.
Zeus Crónida les muestra presagios favorables
y relampaguea. Y Héctor, haciendo gran gala de su brío,
exhibe terrorífica furia confiado en Zeus y ya no respeta
ni a hombres ni aun a dioses, pues una brutal rabia lo posee.
Implora que aparezca cuanto antes la límpida Aurora
y amenaza cortar los emblemas que coronan la popa de las naves,
prender arrasador fuego en ellas mismas y aniquilar
a los aqueos junto a ellas, aturdidos bajo el humo.
Este atroz temor tengo en mi mente: que sus amenazas

cumplan los dioses, y que entonces nuestro sino sea
consumirnos en Troya, lejos de Argos, pastizal de caballos.
¡Venga, arriba si ansías, aunque sea bien tarde, proteger
a los hijos de los aqueos, abrumados bajo el estruendo troyano!
A ti mismo te entrará más tarde la tristeza, mas no hay forma
de remediar el mal ya hecho. Antes que sea demasiado tarde,
piensa en cómo defender a los dánaos del funesto día.
¡Mi tierno amigo! Tu padre, Peleo, te encomendó
aquel día en que te envió de Ftía ante Agamenón [146]:
'¡Oh, hijo mío! La fortaleza Atenea y Hera
te la darán si así lo quieren. Tú el altanero ánimo
domina en tu pecho, que la templanza es lo mejor.
Pon fin a la disputa, causa de males; y así más te
apreciarán los argivos, tanto jóvenes como viejos.'
Eso te encomendaba el anciano, y tú lo olvidas. Mas aún ahora
cálmate y deja la ira, que corroe el ánimo. Agamenón te
ofrece regalos dignos si depones el enfado.
Venga, escúchame tú, y yo te enumeraré
cuantos regalos en sus tiendas te ha prometido Agamenón:
siete trípodes no tocados por el fuego, diez talentos de oro,
veinte fogueados calderos, doce caballos
briosos, campeones, que se han alzado con triunfos en carreras.
No carecería de recompensa el hombre que tuviera tantos bienes
—ni se quedaría sin adquirir muy preciado oro—
como premios han obtenido en carreras los caballos de Agamenón.
Te dará siete mujeres, expertas en intachables labores,
lesbias, que cuando conquistaste la bien edificada Lesbos para sí
escogió y que destacaban en belleza entre la raza de las mujeres.
Ésas te las dará y además estará la que entonces te quitó,
la muchacha de Briseo. Y también prestará solemne juramento
de que nunca ha subido a su cama ni se ha unido a ella,
como es de ley, soberano, entre hombres y mujeres.

[146] Ulises y Néstor (cf. XI 765 ss.) acudieron a la casa de Peleo para pedir que Aquiles se incorporase a la expedición contra Troya.

Todo eso lo podrás tener de inmediato. Y si más tarde
los dioses nos conceden arrasar la gran ciudad de Príamo,
que cargues tu nave de oro y bronce hasta que rebose,
al presentarte cuando los aqueos repartamos el botín,
y que tú mismo escojas para ti las veinte mujeres troyanas
que sean más bellas después de la argiva Helena.
Y si luego llegáramos a la aquea Argos, ubre de la tierra,
podrías ser su yerno. Te honrará igual que a Orestes,
su hijo amado con ternura, que se cría con toda opulencia.
Tres hijas tiene él en su bien claveteado palacio:
Crisótemis, Laódica e Ifianasa;
de ellas sin dar regalo llévate a la que quieras como esposa
a la casa de Peleo. Él, por su parte, te dará una dote
muy grande, como nadie hasta ahora ha dotado a su hija.
Y te dará siete fortalezas bien habitadas:
Cardámila, Énope y la herbosa Hira,
la muy divina Feras y Antea, de profundos pastizales,
la bella Epea y Pédaso, rica en viñedos.
Todas están próximas al mar, en los confines de la arenosa Pilo.
En ellas habitan hombres ricos en corderos, ricos en bueyes,
que seguramente te honrarán con obsequios como a un dios
y, sumisos bajo tu cetro, cumplirán tus leyes prósperas.
Esto es lo que llevaría a cabo en tu favor si depones la ira.
Mas si el Atrida se te ha hecho aún más odioso a tu corazón,
tanto él como sus regalos, de los demás del bando panaqueo,
abrumados por el campamento, compadécete; como a un dios te
honrarán, pues seguro que a sus ojos ganarías enorme gloria.
Esta vez quizás captures a Héctor cuando llegue cerca de ti,
ahora que tiene una rabia maldita y asegura que no hay nadie
como él entre los dánaos que las naves han traído aquí.»
Y en respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Laertíada descendiente de Zeus, Ulises fecundo en ardides!
Preciso es que os declare con franqueza la intención
de mis sentimientos y cómo quedará cumplido. Así no vendréis
uno tras otro a sentaros a mi lado y a halagarme.

Aquél me resulta igual de odioso que las puertas de Hades
que oculta en sus mientes una cosa y dice otra.
Pero te voy a decir lo que a mí me parece que es lo mejor:
a mí creo que ni me logrará persuadir el Atrida Agamenón
ni los demás aqueos, porque bien se ve que nada se agradece
el batirse contra los enemigos constantemente y sin desmayo.
Igual lote consiguen el inactivo y el que pelea con denuedo.
La misma honra obtienen tanto el cobarde como el valeroso.
Igual muere el holgazán que el autor de numerosas hazañas.
Ninguna ventaja me reporta haber padecido dolores
en el ánimo exponiendo día a día la vida en el combate.
Como el pájaro lleva a sus crías todavía sin alas
la comida, cuando la coge, tarea que es bien penosa para él,
así yo también he pasado en vigilia muchas noches insomnes,
y ensangrentados días de combate han transcurrido
batiéndome con guerreros por las esposas de ellos.
Doce ciudades de gentes he arrasado con las naves,
y once a pie, lo aseguro, en la Tróade, de buenas glebas.
De todas ellas muchos valiosos tesoros he saqueado,
y todos los he traído y he ido dando a Agamenón
Atrida. Y él, quedándose atrás junto a las veloces naves,
los recibía, y repartía unos pocos y se guardaba muchos.
Fue dando el botín que correspondía a los paladines y reyes,
y lo conservan intacto; de los aqueos sólo a mí me ha robado.
Ya tiene una placentera esposa; que pase con ella
las noches y disfrute. ¿Por qué hemos de luchar con los troyanos
los argivos? ¿Para qué ha reunido una hueste y la ha traído aquí
el Atrida? ¿Acaso no ha sido por Helena, la de hermosos cabellos?
¿Es que los únicos de los míseros humanos que aman a sus esposas
son los Atridas? Porque todo hombre que es prudente y juicioso
ama y cuida a la suya, como también yo amaba a ésta
de corazón, aunque fuera prenda adquirida con la lanza.
Ahora que me ha quitado el botín de las manos y me ha engañado,
que no haga otro intento; lo conozco bien y no me persuadirá.

Que contigo, Ulises, y con los demás reyes
se preocupe por apartar de las naves el abrasador fuego.
Cierto es que muchísimas labores ha realizado sin mí
y ya ha edificado el muro y ha trazado una fosa junto a él
ancha, profunda, en la que ha clavado una empalizada.
Pero ni así logra contener el brío del homicida Héctor.
Mientras yo combatía entre los aqueos,
Héctor rehusaba trabar lucha lejos de la muralla
y apenas llegaba a las puertas Esceas y a la encina.
Allí me aguardó una vez solo y a duras penas evitó mi ataque.
Ahora que ya no quiero combatir contra el divino Héctor,
mañana, tras ofrendar víctimas a Zeus y a todos los dioses
y cargar ricamente las naves, en cuanto las bote al mar,
verás, si es que tienes ganas y te importa,
surcando muy temprano el Helesponto, rico en peces,
a mis naves y, en ellas, a mis hombres remando con ardor.
Si me concede buena travesía el ilustre agitador del suelo,
al tercer día puedo llegar a Ftía, de buenas glebas [147].
Poseo allí muchas cosas que dejé al venir.
De aquí, además, me llevaré el oro, el rojo bronce [148],
las mujeres, de bellos talles, y el canoso hierro
que me tocaron en suerte. Quien me dio la recompensa
me la ha quitado luego por ultrajarme, el poderoso Agamenón
Atrida. A él cuéntale todo, conforme te encargo,
sinceramente, para que también los demás aqueos rezonguen,
si es que aún espera engañar a algún otro de los dánaos
ése, siempre imbuido de desvergüenza. Pero a mí ni mirarme
a la cara osaría, aunque sea tan desvergonzado como un perro.

[147] La distancia en línea recta desde la costa de Asia Menor hasta Ftía es de unos 250 kms.; no debe de haber ninguna exageración en cuanto a la posibilidad de hacer la travesía en tres días haciendo escala en las islas que jalonan el Egeo.

[148] El color quizá indica que se trata de cobre en este caso.

No colaboraré con él ni en tramar planes ni en otra empresa:
ya me ha engañado y ofendido una vez; otra más ya no podría
embaucarme con palabras. ¡Harto es para él! Váyase tranquilo
en hora mala. El providente Zeus le ha quitado el juicio.
Odiosos me son sus regalos y los aprecio como a un ardite.
Ni aunque me dé diez o veinte veces todo
cuanto ahora posee y otras cosas que tuviera de otro sitio
ni cuanto ingresa en Orcómeno, ni cuanto afluye a Tebas
egipcia, en cuyas casas es donde más riquezas hay atesoradas,
ciudad que tiene cien puertas y por cada una doscientos
hombres van y vienen con caballos y con carros,
ni aunque me diera tantos bienes como granos de arena y polvo,
ni siquiera así Agamenón lograría ya persuadir mi ánimo,
si antes no me paga entera la afrenta, que devora el corazón.
Con una hija de Agamenón Atrida no me pienso casar,
ni aunque rivalizara en belleza con la áurea Afrodita
y emulara en sus trabajos a la ojizarca Atenea.
Ni así me casaré con ella. Que escoja a otro de los aqueos
que le cuadre y que sea rey en mayor grado que yo.
Si los dioses me salvan y llego a casa,
sin duda el propio Peleo me procurará en seguida mujer.
Muchas aqueas hay por la Hélade [149] y por Ftía,
muchachas de paladines que protegen sus ciudadelas;
de ellas a la que yo quiera haré esposa mía.
Allí es donde mi arrogante ánimo me invita con insistencia
a casarme con legítima esposa y compañera de lecho adecuada,
y a disfrutar de las posesiones que adquirió el anciano Peleo.

Para mí nada hay que equivalga a la vida, ni cuanto dicen
que poseía antes Ilio, la bien habitada ciudadela,
en tiempos de paz, antes de llegar los hijos de los aqueos,
ni cuanto encierra en su interior el pétreo umbral
del arquero Febo Apolo en la rocosa Pito [150].

---

[149] Hélade tiene aún el sentido antiguo de región limítrofe a la de Ftía.

[150] El templo de Apolo en Delfos siempre tuvo fama de poseer grandes riquezas.

Se pueden ganar con pillaje bueyes y cebado ganado,
se pueden adquirir trípodes y bayas cabezas de caballos;
mas la vida humana ni está sujeta a pillaje para que vuelva
ni se puede recuperar cuando traspasa el cerco de los dientes.
Mi madre, Tetis, la diosa de argénteos pies, asegura que a mí
dobles Parcas me van llevando al término que es la muerte:
si sigo aquí luchando en torno de la ciudad de los troyanos,
se acabó para mí el regreso, pero tendré gloria inconsumible;
en cambio, si llego a mi casa, a mi tierra patria,
se acabó para mí la noble gloria, pero mi vida será duradera
y no la alcanzaría nada pronto el término que es la muerte [151].
También a los demás yo aconsejaría
zarpar rumbo a casa, porque no veréis aún el fin
de la escarpada Ilio: Zeus, de ancha voz, sobre ella
ha extendido su mano, y sus huestes han cobrado audacia.
Mas vosotros id y manifestad a los paladines de los aqueos
mi mensaje —éste es el privilegio de los ancianos—,
para que en sus mientes imaginen otro ingenio mejor
que les salve las naves y a la hueste de los aqueos
junto a las huecas naves; pues no les ha deparado éxito este
que han imaginado ahora, porque mi cólera me mantiene lejos.
Que Fénix se quede con nosotros y se acueste aquí mismo;
así podrá acompañarme mañana en las naves a la patria,
si es que quiere, que por la fuerza no lo voy a llevar.»

Así habló, y todos se quedaron callados en silencio,
admirando sus palabras, pues se había negado con resolución.
Al cabo, tomó la palabra Fénix, el anciano conductor de carros,
echándose a llorar de miedo por las naves de los aqueos:

«Si es verdad que en tu mente, preclaro Aquiles, sopesas
el regreso y de ningún modo deseas defender las veloces naves
del destructor fuego ahora que la ira ha invadido tu ánimo,

[151] Cf. I 352, donde parece darse por sentado que no hay elección entre dos destinos contrarios, y que es seguro que Aquiles poseerá una vida breve y gloriosa.

¿cómo podría quedarme lejos de ti, hijo mío, aquí solo?
Soy la escolta que te dio Peleo, el anciano conductor de carros,
aquel día en que te envió de Ftía ante Agamenón, cuando sólo
eras un niño ignorante aún del combate, que a todos iguala,
y de las asambleas, donde los hombres se hacen sobresalientes.
Por eso me despachó contigo, para que te enseñara todo eso,
a ser decidor de palabras y autor de hazañas.
Por eso no querría, hijo mío, lejos de ti
quedarme, ni aunque un dios en persona me prometiera
raerme la vejez y volverme de nuevo joven,
como la primera vez que abandoné Hélade, de bellas mujeres,
por huir de la contienda con mi padre, Amíntor Orménida,
enojado contra mí por una concubina, de hermosos cabellos,
a la que él amaba y por la que deshonraba a su esposa,
mi madre. Y, abrazada a mis rodillas, me rogaba una y otra vez
que me uniera antes a la concubina, para que ésta aborreciera
al anciano. Obedecí y así lo hice. Mi padre pronto lo sospechó
y me maldijo muchas veces e invocó a las abominables Erinies
para que nunca sobre sus rodillas se sentara un hijo
nacido de mí. Y cumplieron sus imprecaciones los dioses,
Zeus infernal y la atroz Perséfone.
Yo decidí matarlo con el agudo bronce,
pero me calmó la ira uno de los inmortales, que en mi ánimo
sugirió la voz del pueblo y las muchas injurias de la gente,
para impedirme que entre los aqueos se me llamara parricida [152].
Entonces mi ánimo en las mientes ya no halló medio de retenerme
ni toleró seguir dando vueltas en el palacio de mi airado padre.
Cierto que parientes y primos en torno de mí con insistentes
súplicas trataban de sujetarme allí, en el palacio.
Cebadas reses y vacas, de torcidos cuernos y tornátiles patas,
degollaban en cantidad; muchos cerdos, florecientes de sebo,

[152] Los versos 458-461 son citados por Plutarco, *Sobre cómo hay que escuchar a los poetas*, 8, que indica que fueron eliminados de su edición por Aristarco.

se socarraban extendidos sobre la llama de Hefesto;
y mucho vino se bebía de las tinajas del anciano.
Nueve noches hicieron vigilia nocturna a mi alrededor;
se turnaron para mantener las guardias, y nunca se apagó
el fuego, uno bajo el pórtico del bien cercado patio
y otro en el vestíbulo, ante las puertas de la habitación.
Más cuando ya me sobrevino la décima tenebrosa noche,
las puertas, sólidamente ajustadas, de la habitación
entonces rompí y salí. Salté la cerca del patio
con facilidad y sin que lo notaran ni guardias ni criadas.
Huí entonces lejos a través de la Hélade, de anchos espacios,
y llegué a Ftía, de fértiles glebas, madre de ganados,
a casa del soberano Peleo. Éste me acogió benévolo
y me amó como un padre amaría a un hijo único
nacido en edad avanzada del padre y heredero de muchos bienes.
Me hizo opulento y me otorgó una numerosa hueste.
Yo habitaba los confines de Ftía y era soberano de los dólopes.
Y te crié hasta hacerte como eres, Aquiles parecido a los dioses,
amándote de todo corazón [153]. No querías con ningún otro
ni ir al banquete ni comer en casa, hasta el momento
en que yo te sentaba sobre mis rodillas, te saciaba
de rebanadas de companaje y te ponía el vino en los labios.
Con frecuencia me manchaste la túnica a la altura del pecho,
cuando escupías algo de vino en la infancia, llena de cuitas.
¡Cuántas desgracias sufrí por ti y cuántas penalidades pasé,
pensando en que los dioses no querían que hubiera descendencia
de mí! Pero a ti, Aquiles semejante a los dioses, te tenía
por el hijo que algún día me aparte del ignominioso estrago.
Mas, Aquiles, doblega tu altivo ánimo. No debes tener
un corazón despiadado. Los propios dioses son flexibles,
y eso que su supremacía, su honra y su fuerza son mayores.

[153] Es difícil imaginar cómo hay que hacer compatibles la afirmación de que Fénix crió a Aquiles en este pasaje y la educación de Aquiles por el centauro Quirón, mencionada en XI 831.

Pero incluso a ellos, con ofrendas y amables plegarias,
con libaciones y grasa de víctimas, los hombres los aplacan,
suplicándoles cuando uno comete una transgresión o un yerro.
También las Súplicas son hijas del excelso Zeus [154].
Cojas, arrugadas y bizcas de ambos ojos,
se cuidan de ir por detrás de la Ofuscación.
La Ofuscación es vigorosa y ágil, porque toma a todas
gran delantera corriendo y se adelanta por toda la tierra
burlando a las gentes, y ellas van detrás curando el mal.
A quien respeta a las hijas de Zeus cuando llegan cerca
éstas le prestan gran beneficio y escuchan sus plegarias.
Pero cuando uno las rehúsa y rechaza con rudeza,
he aquí que ellas van y suplican a Zeus Cronión
que la Ofuscación le siga, para que pague pena con su daño.
Mas, Aquiles, haz tú también que acompañe a las hijas de Zeus
la honra que también a otros valerosos doblega la voluntad.
Si no trajera regalos y no mencionara otros para el futuro
el Atrida, y persistiera en su desaforada ira,
yo no te mandaría arrojar lejos tu cólera
y defender a los argivos, por urgente que fuera su necesidad.
Mas te ofrece ahora mucho y te ha prometido más para luego,
ha enviado a los más bravos guerreros para que te supliquen,
seleccionando entre la hueste aquea a los que son para ti
más queridos de los argivos. No desmientas sus palabras
ni su venida. Antes no era vituperable estar irritado.
Eso es lo que también nos han enseñado las gestas antiguas
de los héroes, cuando una desaforada ira invadía a alguno:
eran sensibles a los regalos y accesibles a las razones.
Me acuerdo del siguiente hecho, remoto y no reciente,
de cómo fue. A todos vosotros, amigos, os lo voy a contar.

---

[154] Zeus es el dios protector de los suplicantes, y por eso es natural que las Súplicas, personificación o alegoría, sean sus hijas. Las características físicas que se les atribuyen son las que se pueden imputar a los que hacen las súplicas.

Los curetes y los combativos etolios estaban luchando
en torno de la ciudad de Calidón y se exterminaban entre sí,
los etolios intentando defender la amena Calidón
y los curetes ávidos de saquearla con las marciales armas.
Ártemis, de áureo trono, había desencadenado un azote, airada
con ellos por no haberle ofrecido Eneo en la colina del viñedo
las primicias. Los demás dioses participaron de las hecatombes,
y sólo a la hija del excelso Zeus había dejado de sacrificar.
Por olvido o inadvertencia, grave falta cometió en su ánimo.
Irritada, la sagitaria del linaje de Zeus
lanzó un feroz jabalí, de albos dientes, no castrado,
que hacía destrozos incontables en el viñedo de Eneo.
Muchos copudos árboles abatía a tierra extirpándolos de cuajo
con las propias raíces y en plena floración de los frutos.
Lo mató el hijo de Eneo, Meleagro,
que había congregado de numerosas ciudades cazadores
y perros; pues no habría sucumbido ante unos pocos mortales.
Era enorme y había llevado a muchos a la dolorosa pira.
Ártemis en torno de la pieza suscitó un gran clamor y pugna
por la cabeza y por la hirsuta piel del jabalí
entre los curetes y los magnánimos etolios.
Pues bien, mientras Meleagro, caro a Ares, estuvo en combate,
a los curetes todo les fue yendo mal y no eran capaces
de resistir fuera de la muralla, aun siendo muchos como eran.
Mas cuando a Meleagro le invadió la ira, que también a otros,
aun siendo muy cuerdos, les hincha los sentidos en el pecho,
entonces, irritado en su corazón contra su madre, Altea,
se quedó tumbado junto a su legítima esposa, la bella Cleopatra,
la hija de Marpesa, la Evenina [155], de bellos tobillos,
y de Idas, el más esforzado de los terrestres hombres
de entonces —él fue quien tomó el arco ante el soberano
Febo Apolo en porfía por la doncella, de bellos tobillos,
a la que entonces en su palacio su padre y su augusta madre

[155] Hija de Eveno.

solían llamar Alcíona como apodo, porque por ella
su madre, con el mismo hado que el gimiente alción [156],
lloraba desde que la había raptado el protector Febo Apolo—.
A su lado yacía acostado rumiando la ira, que corroe el ánimo,
airado por las maldiciones de su madre, que a los dioses
rogaba con insistencia, afligida por el asesinato de su hermano,
y con insistencia golpeaba con ambas manos la feraz tierra,
invocando a Hades y a la atroz Perséfone,
sentada de hinojos y con el regazo empapado de lágrimas,
que dieran muerte a su hijo. Erinis, vagabunda de la bruma,
que tiene implacable el corazón, la escuchó desde el Érebo.
Pronto se alzó frente a la puerta el bullicio y el estruendo
de los muros acribillados a pedradas. Le pidieron los ancianos
de los etolios, y enviaron eximios sacerdotes de los dioses,
que saliera y tomara la defensa bajo promesa de un gran regalo:
donde estuviera la más pingüe vega de la amable Calidón
allí le invitaron a elegir una magnífica finca acotada
de cincuenta yugadas, la mitad para viñedo de vino
y la mitad del llano como reserva para labrantío de cereales.
Insistentes ruegos le hizo Eneo, el anciano conductor de carros,
de pie ante el umbral de su habitación, de elevado techo,
batiendo las ensambladas hojas y rogando de rodillas a su hijo.
Muchas súplicas le hicieron sus hermanas y su augusta madre;
pero él más se negaba. Muchos ruegos le hicieron los compañeros
que tenía y que eran los más próximos y queridos de todos;
pero ni aun así persuadían su ánimo en el pecho,
hasta que la habitación empezó a recibir impactos; los curetes
ya escalaban los muros y prendían fuego a la gran ciudad.
Entonces a Meleagro también su esposa, de bello talle,
empezó a suplicarle entre lamentos, y le relató todos
los males que acontecen a las gentes cuya ciudad es conquistada:
matan a los varones, la ciudad se reduce a cenizas por el fuego,

[156] Especie de ave de la que se suponía que la hembra, cuando quedaba separada del macho, emitía un permanente sonido de queja.

y los extraños se llevan hijos y mujeres, de profundos talles.
Su ánimo se conmovió al escuchar tantas calamidades;
y echó a andar y se vistió con las resplandecientes armas.
Y así apartó de los etolios el día de la desgracia,
cediendo sólo a su gusto. Ya no le obsequiaron con regalos
numerosos y preciados, pero aun así los apartó de la desgracia.
¡Tú, por favor, no tengas esas mismas ideas! ¡Que la deidad
no te impulse por ese mismo camino, amigo! Peor sería acudir
en socorro de las naves ya en llamas. Ve aún a tiempo
de los regalos; pues los aqueos te honrarán como a un dios.
Mas si entras en el exterminador combate sin los regalos,
ya no obtendrás la misma honra, aunque alejes la guerra.»
Y en respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Fénix, anciano padre, criado por Zeus! Ninguna falta ese
honor me hace. Sólo pienso en la honra del destino de Zeus,
y ese destino me mantendrá junto a las corvas naves mientras
un hálito subsista en mi pecho y mis rodillas puedan moverse [157].
Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes:
no me confundas el ánimo con tus lamentos y angustias
por dar gusto al héroe Atrida. Tú no debes amarlo,
si quieres evitar que se torne en odio el amor que te tengo.
Mejor es para ti causar duelos conmigo a quien me los cause.
Sé rey igual a mí y comparte la mitad de mi honor.
Ésos transmitirán mi mensaje, tú quédate aquí y acuéstate
en una mullida cama. Al despuntar la aurora, decidiremos
si regresamos a nuestra patria o si nos quedamos.»
Dijo, e hizo a Patroclo con las cejas una silenciosa seña
de extender para Fénix un espeso lecho, para que cuanto antes

[157] Aunque en 355 ss. Aquiles ha afirmado que va a regresar de inmediato a Ftía, estos versos indican que ha decidido no moverse de las naves y no participar en la lucha. No obstante, 618 ss. y 650 ss. muestran que Aquiles no parece haber tomado una decisión definitiva. En todo caso, Ulises sólo relatará (versos 680 ss.) la amenaza inicial.

aquéllos pensaran en salir de la tienda y regresar. Ayante
Telamoníada, comparable a un dios, tomó la palabra y dijo:
«¡Laertíada descendiente de Zeus, Ulises fecundo en ardides!
¡Vámonos! Pues me parece que el objetivo de nuestra misión
no se logrará con este viaje. Hay que comunicar cuanto antes
esta decisión, aunque no sea nada favorable, a los dánaos,
que sin duda ahora están sentados aguardando. Aquiles
ha vuelto feroz el magnánimo corazón que hay en su pecho,
¡el cruel!, y ni le inmuta la amistad de sus compañeros,
que hacía que lo honráramos en las naves sobre todos los demás.
¡Despiadado! Incluso del asesino del hermano
o por la muerte del propio hijo se acepta compensación,
y uno permanece allí entre su pueblo pagando una fuerte multa,
y al otro se le contiene el corazón y el arrogante ánimo,
al recibir una reparación. Pero a ti, incesante y maligna
los dioses te han vuelto tu animosidad en el pecho ¡sólo por
una muchacha! ¡Y ahora acabamos de ofrecerte siete excelentes,
y otras muchas cosas además de ella! Propicia tu ánimo,
respeta las vigas de tu morada. Bajo tu techo estamos, elegidos
entre la muchedumbre de los dánaos, y ansiamos con vehemencia
ser tus amigos más preciados y mejores entre los aqueos.»
Y en respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Ayante Telamonio descendiente de Zeus, jefe de huestes!
Todo me parece que lo has dicho conforme a lo que sientes.
Pero mi ánimo se hincha de ira cuando de aquello
me acuerdo, de qué infame modo me trató entre los argivos
el Atrida, igual que lo habría hecho con un vil exiliado.
Vosotros id, pues, y manifestad mi mensaje:
no me ocuparé del sangriento combate
hasta que el hijo del belicoso Príamo, el divino Héctor,
llegue a las tiendas y a las naves de los mirmídones
matando argivos y envuelva las naves de humo y de fuego.
Cerca de mi tienda y de mi negra nave, Héctor,
por furioso que esté, creo que renunciará a la lucha.»

Así habló, y cada uno tomó una copa de doble asa
y tras una libación regresaron a lo largo de la fila de naves
con Ulises al frente. Patroclo ordenó a compañeros y criadas
extender para Fénix un espeso lecho cuanto antes.
Dóciles, extendieron el lecho tal y como había encargado,
pieles de oveja, sábanas y delicadas telas de fino lino.
Allí se acostó el anciano y aguardó a la límpida Aurora.
Aquiles se durmió al fondo de la bien claveteada tienda;
a su lado estaba acostada una mujer traída de Lesbos,
hija de Forbante, Diomeda, la de hermosas mejillas.
Patroclo se acostó al otro lado, también junto a una mujer,
Ífide, de bello talle, que el divino Aquiles le había procurado
al conquistar la escarpada Esciro, ciudadela de Enieo [158].
Cuando los otros estuvieron en las tiendas del Atrida,
los hijos de los aqueos con las áureas copas por ellos
brindaron, puestos de pie en sus sitios, y les interrogaron.
El primero que les preguntó fue Agamenón, soberano de hombres:
«¡Ea, dime, preclaro Ulises, excelsa gloria de los aqueos!
¿Está dispuesto a proteger las naves del abrasador fuego
o se ha negado y la ira domina aún su magnánimo corazón?»
Díjole, a su vez, el divino y muy paciente Ulises:
«¡Atrida gloriosísimo, Agamenón, soberano de hombres!
Aquél no está dispuesto a apagar su ira, sino que aún más
henchido de furor está y te rechaza a ti y tus regalos.
Manda que seas tú mismo quien entre los argivos imagines
cómo salvar las naves y a la hueste de los aqueos.
Por lo que a él respecta, ha amenazado con remolcar al mar
al despuntar el alba las maniobreras naves, de buenos bancos.
Y ha afirmado que también a los demás aconsejaría
zarpar rumbo a casa, porque ya no veréis el fin
de la escarpada Ilio; pues Zeus, de ancha voz, sobre ella
ha extendido su mano, y sus huestes han cobrado audacia.

158 Según los escolios es una ciudad de Frigia, y no la isla del mismo nombre situada al este de Eubea.

Así habló, y aquí están para confirmarlo mis compañeros:
Ayante y los dos heraldos, inspirados ambos.
El anciano Fénix se ha acostado allí, conforme a su mandato:
así podrá acompañarle mañana en las naves a su patria
si es que quiere, que por la fuerza no lo va a llevar.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio,
admirando sus palabras, pues había hablado con resolución.
Estuvieron un rato en suspenso abatidos los hijos de los aqueos.
Al fin tomó la palabra Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«¡Atrida gloriosísimo, Agamenón, soberano de hombres!
No hubieras debido suplicar al intachable Pelida
ofreciéndole incontables regalos; muy engreído es de por sí.
Ahora no has hecho más que afianzar aún más sus arrogancias.
Al contrario, dejémoslo, tanto si se va
como si se queda; ya volverá a luchar cuando
el ánimo en el pecho se lo mande y la divinidad lo incite.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos:
id ahora a acostaros, que ya nos hemos deleitado el corazón
con la comida y el vino: en ello están la fuerza y el coraje.
En cuanto aparezca la bella Aurora, de rosados dedos,
forma en seguida ante las naves a la hueste y los caballos,
aréngalos, y tú mismo lucha entre los primeros.»
Así habló, y todos los reyes lo aprobaron,
admirados de la propuesta de Diomedes, domador de caballos.
Entonces, tras hacer la libación, cada uno se fue a su tienda,
y allí se acostaron y recibieron el regalo del sueño.

CANTO X [159]

Los demás paladines del ejército panaqueo junto a las naves
durmieron toda la noche, doblegados por el plácido sueño [160];
pero no dominaba al Atrida Agamenón, pastor de huestes,
que revolvía en sus mientes muchas ideas, el dulce sueño.
Como cuando relampaguea el esposo de Hera, de hermosos cabellos,
al disponer un aguacero indescriptible o un pedrisco
o una nevada cuando la nieve salpica los labrantíos,
o en algún sitio las grandes fauces de la acre guerra,
así de espesos brotaban en el pecho de Agamenón los suspiros
de lo más hondo del corazón y sus entrañas temblaban dentro.
Cuando fijaba la mirada en la llanura troyana,
admiraba las numerosas hogueras que ardían ante Ilio,
los sones de flautas y zampoñas y el bullicio de las gentes.
Mas cada vez que miraba las naves y la hueste de los aqueos,
se mesaba la cabeza, arrancando de raíz a mechones el pelo
en honor del sublime Zeus, y su noble corazón gemía con fuerza.

[159] La Dolonía, título que se dio en la Antigüedad al contenido del canto X, no tiene vinculaciones claras con el tema del resto de la *Ilíada:* no hay referencias al contenido de X en ningún otro pasaje. Así, los caballos que capturan aquí Ulises y Diomedes no aparecen en la carrera de los juegos funerales en honor de Patroclo (canto XXIII). Por lo demás, el tema coincide con la tragedia titulada *Reso* atribuida a Eurípides.

[160] A primera vista al menos existe contradicción entre el contenido de estos versos y el del final de IX.

Y éste fue el plan que se le reveló como el mejor en su ánimo:
ir a buscar antes que a nadie a Néstor Nelida,
para ver si con su ayuda imaginaba una artimaña intachable
que fuera la salvación del desastre para todos los dánaos [161].
Se incorporó y se puso en torno del pecho la túnica;
en los lustrosos pies se calzó unas hermosas sandalias;
luego se echó a los hombros la rojiza piel de un león fogoso
y corpulento, que le llegaba hasta los pies, y cogió la pica.
Un temblor parecido dominaba a Menelao —tampoco a él
se le posaba el sueño en los párpados— temiendo que sufrieran algo
los argivos, que por él sobre la húmeda extensión
habían llegado a Troya, decididos al audaz combate.
Primero se cubrió la ancha espalda con un leopardo
moteado, suspendió el broncíneo almete, que luego
se caló en la cabeza, y cogió la lanza en su recia mano.
Echó a andar para despertar a su hermano, soberano supremo
de todos los argivos, honrado como un dios entre su pueblo.
Lo halló poniéndose en torno de los hombros las bellas armas
junto a la popa de la nave, y su llegada le llenó de júbilo.
Díjole el primero Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«¿Por qué, íntimo hermano, te calas el casco? ¿Es que vas
a instar a algún compañero a espiar a los troyanos? Pero atroz
miedo me da de que nadie se comprometa contigo a tal proeza:
acercarse solo y espiar a los guerreros enemigos
durante la divina noche. Muy intrépido corazón deberá tener.»
Y en respuesta le dijo el poderoso Agamenón:
«Nos hace falta a ti, Menelao, criado por Zeus, y a mí
un consejo provechoso capaz de proteger y salvar a los argivos
y sus naves ahora que el favor de Zeus nos ha vuelto la espalda.
He aquí que presta más atención a los sacrificios de Héctor,
pues jamás hasta ahora había visto ni oído decir que un solo
hombre hubiera maquinado en un único día tantos horrores

[161] Néstor ya ha sugerido en el curso de la misma noche (IX 95 ss. y 163 ss.) las propuestas que estimaba más idóneas.

como Héctor, caro a Zeus, ha hecho a los hijos de los aqueos,
¡y eso que no es ni el hijo de un dios ni el de una diosa!
Seguro que sus proezas causarán a los argivos cuitas largas
y duraderas: ¡tantos males ha imaginado contra los aqueos!
Mas ve ahora y llama a Ayante y a Idomeneo;
corre ágil a lo largo de las naves. Yo a ver al divino Néstor
iré y le instaré a que se levante, para ver si quiere ir
y dar instrucciones al sagrado cuerpo de los guardias.
A él es a quien estarán más sumisos, pues es hijo suyo
el que manda la guardia junto con el escudero de Idomeneo,
Meríones, que a ellos en particular se lo hemos encargado.»
Respondió entonces Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«¿Cómo debo entender lo que me encomiendas y ordenas?
¿Tengo que quedarme allí con ellos, aguardando tu llegada,
o debo correr ante ti de nuevo tras comunicar tus encargos?»
Díjole, a su vez, Agamenón, soberano de hombres:
«Quédate allí mismo para no extraviarnos uno de otro
en el camino, pues muchas rutas hay por el campamento.
Habla en voz alta por donde vayas y manda continuar la vela.
Llama a cada hombre con el nombre de su padre y de su linaje,
ensalzando a todos, y no muestres un ánimo demasiado altivo.
Seamos nosotros quienes hagamos el trabajo, pues a nosotros
fue a quienes, al nacer, Zeus condenó a males tan graves.»
Tras hablar así, despidió a su hermano con estos encargos.
Éste echó a andar en busca de Néstor, pastor de huestes,
y lo halló en mullida cama junto a la tienda y la negra nave
con las centelleantes armas yaciendo a su lado:
el broquel, las dos lanzas y el reluciente yelmo.
Yacía al lado el flameante cinturón, con el que el anciano
se ceñía siempre que se equipaba para el exterminador combate
al frente de su hueste, pues no se rendía a la luctuosa vejez.
Incorporado sobre el codo y con la cabeza levantada,
se dirigió al Atrida y le interrogó con estas palabras:
«¿Quién anda ahí solo entre las naves por el campamento
en medio de la lóbrega noche, cuando los demás mortales duermen?

¿Vas buscando alguna acémila o a alguno de los compañeros?
Habla y no te acerques en silencio. ¿Qué urgencia tienes?
Le respondió entonces Agamenón, soberano de hombres:
«¡Néstor Nelida, excelsa gloria de los aqueos!
Debes reconocer al Atrida Agamenón, a quien Zeus ha hundido
más que a todos en fatigas incesantes, mientras aliento
quede en mi pecho y mis rodillas puedan moverse.
Voy así errante porque el grato sueño no se posa en mis ojos
por la preocupación de la guerra y los lutos de los aqueos.
Pues atroz es el miedo que siento por los dánaos; mi alma no
está en reposo, sino en pleno desvarío; el corazón me salta
fuera del pecho, y me tiemblan mis nobles miembros.
Mas si quieres, ya que tampoco a ti te entra el sueño,
hacer una cosa, ven aquí y bajemos a ver a los guardias,
no sea que extenuados por el cansancio y por el sopor
se acuesten y descuiden por completo la vigilancia.
Hostiles guerreros han asentado cerca su campo; y no sabemos,
pero hay riesgo de que deseen luchar durante la noche.»
Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
«¡Gloriosísimo Atrida Agamenón, soberano de hombres!
El providente Zeus no cumplirá a Héctor todos los proyectos
en los que ahora sin duda tiene esperanzas. Creo más bien
que penará con muchos más lutos aún, en caso de que Aquiles
se arrepienta de la dolorosa ira y la aleje de su corazón [162].
Estoy presto a acompañarte; mas despertemos también a otros:
al Tidida, insigne por su lanza, y a Ulises,
al veloz Ayante y al fornido hijo de Fileo [163].
Mas ojalá algún otro fuera también en su busca y convocara
a Ayante, comparable a un dios, y al soberano Idomeneo,
pues sus naves son las más lejanas y no están nada cerca.
Pero a Menelao, a pesar de ser amigo y gozar de mi respeto,
lo increparé, aunque te enfades conmigo —y no disimularé—,

[162] La embajada del canto IX ha mostrado la dificultad de que esto suceda.
[163] Megete, que es mencionado en II 627.

por dormir así y encomendarte a ti solo esta fatiga.
Él debía haberse ocupado de dirigir a todos los paladines
las súplicas; pues hemos llegado ya a un trance intolerable.»
  Díjole, a su vez, Agamenón, soberano de hombres:
  «¡Anciano! Otras veces a ti mismo te he mandado reñirlo,
pues a menudo flojea y no tiene ganas de hacer esfuerzos.
No es que ceda a la desidia o a las necedades de su talento,
sino que se queda mirándome y aguardando mi decisión.
Mas ahora se ha despertado mucho antes que yo y ha venido a mí,
y yo lo he enviado a convocar a esos por quienes inquieres.
Mas vayamos. Hallaremos a aquéllos delante de las puertas,
donde los guardias: allí les he indicado que se congreguen.»
  Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
  «Así no se enfadará con él ni dejará de hacerle caso
ningún argivo, cuando encomiende o mande a alguno algo.»
  Tras hablar así, se ciñó al pecho la suave túnica;
en los lustrosos pies se calzó unas hermosas sandalias;
se abrochó al cuello el purpúreo manto, doble
y desplegable, con una lanuda guedeja floreando el borde.
Cogió la fornida pica, encastrada con agudo bronce,
y partió por las naves de los aqueos, de broncíneas túnicas.
Fue a Ulises, émulo de Zeus en ingenio, a quien primero
despertó del sueño Néstor, el anciano conductor de carros,
llamándolo en voz alta. El sonido rodeó sus mientes,
y él salió de la tienda y les dirigió estas palabras:
  «¿Por qué vagáis solos entre las naves por el campamento
durante la inmortal noche? ¿Qué urgente necesidad ha llegado?»
  Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
  «¡Laertíada descendiente de Zeus, Ulises fecundo en ardides!
No te enfades; tal es la aflicción que oprime a los aqueos.
Ea, acompáñame; despertemos a algún otro de los que conviene
que deliberen y den consejo de huir o continuar la lucha.»
  Así habló, y el muy ingenioso Ulises entró en la tienda,
se echó a la espalda el centelleante escudo y salió tras ellos.
Fueron en busca del Tidida Diomedes y lo encontraron

fuera de la tienda con las armas. Alrededor sus compañeros
dormían con los broqueles bajo las cabezas; sus picas
estaban enhiestas, clavadas por el cuento, y el bronce brillaba
lejos, como el relámpago de Zeus padre. Por su parte, el héroe
dormía sobre la desplegada piel de un montaraz buey
y con una reluciente almohada extendida bajo su cabeza.
Se paró y lo despertó Néstor, el anciano conductor de carros,
sacudiéndole el pie con el suyo, mientras le instaba y zahería:
«Despierta, hijo de Tideo. ¿Por qué duermes toda la noche?
¿No observas a los troyanos sobre el alcor de la llanura
acampados cerca de las naves y qué corto espacio nos separa?»
Así habló, y Diomedes se alzó muy raudo del sueño
y dirigiéndose a él pronunció estas aladas palabras:
«¡Qué tenaz eres, anciano! Nunca cejas en el esfuerzo.
¿Acaso no hay entre los hijos de los aqueos otros más jóvenes
que podrían despertar, por tanto, a cada uno de los reyes,
recorriendo todos los sitios? Eres intratable, anciano.»
Díjole, a su vez, Néstor, el anciano conductor de carros:
«Sí que es, amigo, oportuno cuanto has dicho.
Tengo, en realidad, intachables hijos, tengo huestes,
y numerosas. Uno de ellos podría ir a hacer la convocatoria.
Pero hay una necesidad muy urgente que oprime a los aqueos:
ahora sí que está sobre el filo de la navaja para todos
los aqueos la luctuosa ruina total o seguir con vida.
Mas ve ahora y al veloz Ayante y al hijo de Fileo
levanta tú, que eres más joven, si de mí te compadeces.»
Así habló, y se echó a los hombros una piel de león fogoso
y corpulento que le llegaba hasta los pies y cogió la pica.
Echó a andar y tras levantarlos de allí los condujo el héroe.
En el momento de unirse a la tropa de los guardias,
hallaron a los jefes de la guarnición no durmiendo,
sino en vela, todos apostados con las armas.
Como los perros vigilan penosamente los rebaños en el establo
al oír a una fiera, de crueles entrañas, que por el bosque
cruza los montes, y un gran estruendo entonces se levanta

de hombres y de perros, y a ellos el sueño se les arruina,
así se les arruinó el dulce sueño a los párpados de los que
vigilaban aquella aciaga noche: una y otra vez a la llanura
se volvían, esperando oír en cualquier momento el ataque troyano.
Al verlos, se alegró el anciano y les dio palabras de ánimo.
Y dirigiéndose a ellos, pronunció estas aladas palabras:
«Mantened así ahora, hijos, la guardia. Que nadie sucumba
al sueño, para no convertirnos en irrisión de los enemigos.»
Tras hablar así, cruzó de un salto la fosa, y le siguieron
los reyes de los argivos que estaban convocados a consejo.
Junto a ellos fueron Meríones y el ilustre hijo de Néstor [164],
pues los propios reyes los habían invitado a la deliberación.
Traspasaron la excavada fosa [165] y tomaron asiento
en un claro, donde el terreno aparecía libre de cadáveres
en el suelo. Allí era donde el robusto Héctor había desistido
de continuar la matanza de argivos, cuando lo cubrió la noche.
En ese lugar se sentaron a intercambiar sus opiniones;
y comenzó a hablar Néstor, el anciano conductor de carros:
«¡Amigos! ¿No habría ningún hombre que confiara
en su audaz ánimo y que entre los magnánimos troyanos
se internara a capturar al enemigo que esté en la vanguardia
o a enterarse de agún rumor que haya entre los troyanos
y de lo que planean entre sí, bien si arden en deseos
de permanecer aquí lejos junto a las naves, o si a la ciudad
van a retirarse, ahora que han doblegado a los aqueos?
De todo eso podría enterarse y luego regresar con nosotros
inmune. Entonces, enorme podría ser su gloria bajo el cielo
entre todas las gentes, y un magnífico regalo habrá para él:
cada uno de los paladines que mandan en las naves
sin excepción le regalará una negra oveja

[164] Trasimedes, cf. *infra,* 255.

[165] En ningún lugar se explica por qué la sesión del consejo tiene lugar fuera del muro y de la fosa que defienden el campamento de los aqueos (cf. IX 87).

—una hembra que tenga un cordero, galardón sin igual—,
y siempre asistirá a los banquetes y a los festines [166].»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Luego tomó la palabra Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«¡Néstor! Mi corazón y mi arrogante ánimo me invitan
a penetrar en el campamento de los cercanos enemigos,
los troyanos. Mas si además me acompañara otro hombre,
mayor será el consuelo y mayor será la audacia.
Siendo dos los que van, si no es uno es otro quien ve antes
cómo sacar ganancia; pero uno solo, aunque acabe viéndolo,
es más romo para notarlo y tiene menos sutil el ingenio.»
Así habló, y muchos querían acompañar a Diomedes.
Querían los dos Ayantes, escuderos de Ares;
quería Meríones; ardientemente quería el hijo de Néstor;
quería el Atrida Menelao, glorioso por su lanza;
quería el paciente Ulises internarse en la muchedumbre
de los troyanos, pues siempre era osado el ánimo en sus mientes.
Entre ellos luego tomó la palabra Agamenón, soberano de hombres:
«¡Tidida Diomedes, favorito de mi ánimo!
Tú mismo puedes escoger el compañero que quieras,
el mejor de los que se presentan, que hay muchos voluntarios.
Y tú no dejes al mejor por respeto en tu ánimo
ni por deferencia tomes como compañero al inferior
en atención al linaje, aunque sea rey en mayor grado.»
Así habló, temeroso de repente por el rubio Menelao.
Volvió a decir Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«Si me ordenáis que sea yo quien escoja compañero,
¿cómo entonces podría olvidarme del divino Ulises,
cuyo prudente corazón y arrogante ánimo sobresale
en todos los trabajos, y a quien ama Palas Atenea?

---

[166] Como se está dirigiendo a los jefes que siempre participan en los banquetes y festines (con las excepciones de Meríones y Trasimedes), parece superflua la recompensa que se ofrece, a menos que se quiera decir que será tema del canto de los banquetes.

Con éste en mi compañía, incluso del ardiente fuego
regresaríamos, porque sabe como nadie aguzar la vista.»
Díjole, a su vez, el divino Ulises muy paciente:
«¡Tidida! Ni me alabes demasiado ni me recrimines;
pues los argivos ya saben eso que declaras.
Mas vayamos, que ya está avanzada la noche y cerca la aurora.
Los astros han recorrido su curso; han transcurrido más
de dos partes de la noche, y sólo un tercio nos queda aún.»
Tras hablar ambos así, se calaron las terribles armas.
El aguerrido Trasimedes entregó al Tidida una espada
de doble filo —la suya la había dejado junto a la nave—
y un escudo; y en la cabeza se caló un morrión
de piel de toro sin crestón ni penacho, que se llama gorro
y con el que los lozanos mozos se protegen la cabeza.
Meriones dio a Ulises un arco, una aljaba
y una espada; y en la cabeza se caló un morrión
fabricado de bovina piel. En su interior, múltiples correas
muy prietas lo tensaban; por fuera, blancos colmillos
de jabalí, de albos dientes, se sujetaban densos aquí y allá
con pericia y destreza; y el fondo estaba forrado de fieltro.
De Eleón [167] se lo había llevado en cierta ocasión Autólico,
que lo robó horadando la espesa casa de Amíntor Orménida [168].
Lo llevó a Escandea y se lo dio a Anfidamante de Citera.
Anfidamante se lo dio a Molo como presente de hospitalidad.
Éste se lo había dado a su hijo Meríones para que lo llevara.
Y en ese momento, calado y prieto, tocaba la cabeza de Ulises.
Los dos, nada más ponerse las temibles armas,
echaron a andar y dejaron allí mismo a todos los paladines.
A la derecha, cerca del camino, les envió una garza
Palas Atenea. No la vieron sus ojos
en medio de la lóbrega noche, pero oyeron su gañido.
Ulises se alegró del agüero y elevó esta plegaria a Atenea:

[167] Quizá la misma ciudad beocia que la nombrada Eleone en II 500.
[168] Autólico era el abuelo materno de Ulises y arquetipo de los ladrones.

«¡Óyeme, vástago de Zeus, portador de la égida, tú que
siempre me asistes en todas las tareas y no pierdes de vista
mis movimientos! Muéstrame otra vez ahora tu amor, Atenea.
Concédenos llegar de regreso a las naves llenos de gloria,
tras realizar una gran proeza que dé pesares a los troyanos.»
Diomedes, valeroso en el grito de guerra, hizo otro voto:
«¡Óyeme ahora también a mí, vástago de Zeus, indómita!
Acompáñame como acompañaste a mi padre, el divino Tideo,
dentro de Tebas, cuando fue como mensajero de los aqueos[169].
Dejó al borde del Asopo a los aqueos, de broncíneas túnicas,
y llevó una meliflua propuesta allí a los cadmeos.
Mas en el camino de regreso maquinó muy horrendas proezas
contigo, diosa de la casta de Zeus, cuando le asististe benévola.
Así también ahora dígnate asistirme y guardarme;
y yo, a mi vez, te inmolaré una ternera añoja de ancho testuz
indómita, que hasta ahora el hombre no colocó bajo el yugo.
Yo te la sacrificaré tras verter oro alrededor de sus cuernos.»
Así hablaron en sus súplicas, y les escuchó Palas Atenea.
Y después de hacer las plegarias a la hija del excelso Zeus,
echaron a andar como dos leones en medio de la negra noche
entre muerte y cadáveres a través de armas y de negra sangre.
Tampoco Héctor permitió a los arrogantes troyanos
dormir, sino que convocó una reunión de todos los próceres
que eran de los troyanos príncipes y caudillos,
y tras congregarlos les expuso un sagaz plan:
«¿Quién se comprometería a la empresa que voy a decir
por un gran regalo? Habrá una recompensa segura para él.
Daré un carro y dos caballos, de erguido cuello,
los mejores que haya junto a las veloces naves de los aqueos,
a quien ose —y él mismo se alzaría con la gloria—
llegar cerca de las naves, de ligero curso, y averiguar
si las veloces naves están bajo custodia como antes
o si ya, doblegados bajo nuestras manos,

[169] Para el relato de la embajada de Tideo, véase IV 376 ss. y V 802 ss.

deliberan entre ellos sobre la huida y renuncian
a vigilar durante la noche, extenuados de atroz cansancio.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Había entre los troyanos un cierto Dolón, hijo de Eumedes,
el divino heraldo, rico en oro, rico en bronce,
que era de aspecto vil, pero ligero de pies;
era también el único hijo varón entre otras cinco hermanas.
Ése fue quien entonces habló así ante los troyanos y Héctor:
«¡Héctor! El corazón y el arrogante ánimo me instan
a ir cerca de las naves, de ligero curso, y averiguarlo.
Mas, ea, levanta este cetro delante de mí y júrame
darme el carro, centelleante de bronce, y los caballos
que transportan al intachable Pelida,
y yo no seré espía vano para ti ni defraudaré tu esperanza.
Pues iré dentro del campamento y lo atravesaré hasta llegar
a la nave de Agamenón, donde sin duda los próceres van
a deliberar y dar consejo de huir o continuar la lucha.»
Así habló, y Héctor tomó en sus manos el cetro y le juró:
«Sea ahora testigo el mismo Zeus, retumbante esposo de Hera,
de que sobre esos caballos no montará ningún otro guerrero
troyano. Seguro que sólo tú te gloriarás de eso para siempre.»
Así habló, y añadió un juramento baldío y lo alentó.
Al punto se terció sobre los hombros el tortuoso arco,
se vistió por encima con la piel de un canoso lobo,
se caló un morrión de piel de marta, cogió una aguda jabalina
y echó a andar hacia las naves alejándose del campamento.
Mas no iba a regresar de ellas ni a traer noticias a Héctor.
Tras abandonar la muchedumbre de caballos y de guerreros,
partió por el camino, lleno de ardor. Lo vio acercarse
Ulises, descendiente de Zeus, y dijo a Diomedes:
«¡Diomedes! Ahí viene uno alejándose del campamento.
No sé si viene como espía de nuestras naves
o si va a despojar el cadáver de algún muerto.
Dejémoslo primero pasar y alejarse por la llanura
un trecho. Después podemos capturarlo si caemos sobre él

con rapidez. En caso de que nos aventaje en la carrera,
ciérralo poco a poco contra las naves lejos del campamento,
acosándolo con la pica, para que no se guarezca en la ciudad.»
Tras hablar así, los dos se desviaron fuera del camino
entre los cadáveres; el otro, incauto, pasó corriendo ligero.
Mas cuando ya distaban un espacio como el de los surcos
de una jornada de mulas —son más valiosas que las vacas
para tirar del claveteado arado por el profundo barbecho—,
los dos corrieron sobre él. Éste se detuvo al oír el ruido;
alentaba la esperanza de que fueran compañeros que salían
del campo troyano para hacerlo regresar por orden de Héctor.
Mas cuando ya distaban un tiro de lanza o incluso menos,
se dio cuenta de que eran enemigos y movió raudas sus rodillas
para huir; y ellos al punto se lanzaron en su persecución.
Como cuando dos perros, de afilados colmillos, hábiles
cazadores, acosan sin tregua a un gamo o a una liebre
por un boscoso paraje, y éste corre berreando sin cesar,
así el Tidida y Ulises, saqueador de ciudades,
le cortaban el camino de su hueste y lo acosaban sin tregua.
Mas cuando ya pronto iba a toparse con los guardias
en su huida hacia las naves, entonces Atenea infundió furia
al Tidida, para que nadie de los aqueos, de broncíneas túnicas,
pudiera jactarse de haberse anticipado, y él llegara tarde.
A la vez que cargaba con la lanza, dijo el esforzado Diomedes:
«Deténte o te alcanzaré con mi lanza. Y te aseguro que no
eludirás mucho tiempo el abismo de la ruina lejos de mi brazo.»
Dijo, lanzó la pica y erró al hombre adrede:
la punta de la pulida asta sobrevoló su hombro derecho
y se clavó en el suelo. Se detuvo, presa de terror,
balbuciendo —los dientes le castañeteaban en la boca—
y pálido de espanto. Los dos lo alcanzaron jadeantes
y le agarraron los brazos. Él se echó a llorar y dijo:
«¡Prendedme vivo, que yo me rescataré,
pues tengo en casa bronce, oro y forjado hierro! De ellos

mi padre estaría presto a complaceros con inmensos rescates
si supiera que estoy vivo junto a las naves de los aqueos.»
Y en respuesta le dijo el muy ingenioso Ulises:
«¡Cobra valor y no te obsesiones el ánimo con la muerte!
Mas, ea, dime esto y responde puntualmente a cada pregunta:
¿cómo es que vas así solo hacia las naves lejos del campamento
en medio de la lóbrega noche, cuando los demás mortales duermen?
¿Vas a despojar el cuerpo de algún guerrero muerto?
¿O para espiar cada detalle te ha despachado Héctor
a las huecas naves? ¿O tu propio ánimo te ha impulsado?»
Le respondió entonces Dolón con las piernas temblorosas:
«Héctor ha hecho desvariar mi juicio con muchos engaños.
Los solípedos caballos del admirable Pelida
ha consentido en darme, y su carro, centelleante de bronce.
Me ha mandado ir en mitad de la veloz negra noche,
llegar cerca de los guerreros enemigos y averiguar
si las veloces naves están bajo custodia como antes,
o si ya, doblegados bajo nuestras manos,
deliberan entre sí sobre la huida y renuncian
a vigilar durante la noche, extenuados de atroz cansancio.»
El muy ingenioso Ulises se sonrió y replicó:
«Realmente, con grandes regalos te ha azuzado el ánimo:
¡los caballos del belicoso Eácida!, que son difíciles
de domar y de conducir para simples hombres mortales
excepto para Aquiles, a quien dio a luz una madre inmortal.
Mas, ea, dime esto y responde puntualmente a cada pregunta:
¿dónde has dejado al venir aquí a Héctor, pastor de huestes?,
¿dónde yacen sus marciales armas?, ¿dónde están sus caballos?,
¿cómo están las guardias y los lechos de los demás troyanos?
Infórmanos de lo que planean entre sí, bien si arden en deseos
de permanecer aquí lejos junto a las naves o si a la ciudad
van a retirarse, ahora que han doblegado a los aqueos.»
Díjole, a su vez, Dolón, el hijo de Eumedes:
«Pues bien, te voy a responder a eso muy puntualmente.
Héctor, junto con todos los que son sus consejeros,

delibera en el consejo junto al túmulo del divino Ilo [170],
lejos del fragor. Sobre las guardias que preguntas, héroe,
no hay ninguna elegida que vigile y guarde el campamento.
Para cuantos troyanos tienen hogar forzosa es la vigilancia,
y ellos están despiertos y se exhortan a mantener la guardia
mutuamente. Pero los aliados, procedentes de muchos lugares,
duermen, pues a los troyanos tienen encomendada la custodia,
ya que no tienen ni niños ni mujeres que se hallen cerca.»
En respuesta le dijo el muy ingenioso Ulises:
«¿Cómo están ahora? ¿Con los troyanos, domadores de caballos,
duermen mezclados, o aparte? Explícamelo, que quiero enterarme.»
Le respondió entonces Dolón, el hijo de Eumedes:
«Pues bien, también te responderé a eso muy puntualmente.
Del lado de la costa están los carios y péones, de curvo arco,
los léleges, los caucones y los pelasgos, de la casta de Zeus [171].
El lado de Timbra ha correspondido a licios, altaneros misios,
frigios, dotados de caballos, y meonios, provistos de carros.
¿Pero por qué me preguntáis todo eso con detalle?
Si ambos ansiáis penetrar en la muchedumbre de los troyanos,
aquí están los tracios recién llegados, aparte de todos
en el extremo, y con ellos está su rey, Reso, hijo de Eyoneo.
Tiene los caballos más bellos y altos que yo haya visto:
¡más blancos que la nieve y como los vientos en la carrera!
Su carro está bien labrado de oro y de plata.
Con armas áureas, monstruosas, ¡una maravilla para la vista!,
ha llegado. No corresponde en absoluto a los mortales
hombres llevar esas armas, sino a los inmortales dioses.
Mas ahora acercadme los dos a las naves, de ligero curso,

170 Acerca de su localización, no se puede afirmar más que estaba en mitad de la llanura, según indican otros pasajes.

171 Los nombres de pueblos que aparecen aquí designan en época posthomérica razas de poblaciones pregriegas (preindoeuropeas) de Grecia y de la zona costera de Asia Menor. Los léleges y caucones son localizados en la Tróade, así como la ciudad de Timbra en la ribera del Escamandro.

o atadme con despiadado nudo y dejadme aquí mismo,
hasta que los dos hayáis ido y probado
si os he hablado conforme a razón o si no.»
Mirándolo con torva faz, replicó el esforzado Diomedes:
«Dolón, no te hagas conmigo ilusiones de que vas a huir
tras caer en nuestras manos, aunque tus noticias son útiles.
Pues si ahora te liberamos con rescate o te soltamos,
seguro que en el futuro a las veloces naves de los aqueos
volverás a espiarnos o a combatir frente a frente.
En cambio, si sucumbes a manos mías y pierdes la vida,
ya nunca volverás a ser una calamidad para los argivos.»
Dijo, y Dolón ya iba a suplicarle, cogiéndole el mentón
con recia mano, cuando Diomedes le golpeó en pleno cuello
abalanzándose con la espada y le cortó los dos tendones.
Aún emitía sonidos cuando su cabeza rodó por el polvo.
Y le quitaron el morrión, de piel de marta,
la piel de lobo, el retráctil arco y la larga lanza.
El divino Ulises como ofrenda a Atenea, diosa del pillaje,
alzó todo en las manos a lo alto y pronunció esta plegaria:
«Acepta gustosa esto, diosa. Eres en el Olimpo la primera
de todos los inmortales que honraremos con estos dones. Y ahora
condúcenos a los caballos y lechos de los guerreros tracios.»
Así habló, y alzando los brazos por encima de la cabeza
lo depositó en lo alto de un tamarisco y puso un nudo como señal,
entrelazando cañas y muy florecientes ramas del tamarisco,
para hallarla al regresar en medio de la veloz negra noche.
Los dos siguieron andando entre las armas y la negra sangre
y pronto llegaron en su marcha a la posición de los tracios.
Éstos dormían extenuados de cansancio, y sus bellas armas
estaban cerca de ellos apoyadas en el suelo, bien ordenadas
en tres filas; junto a cada uno había una biga de caballos.
En medio dormía Reso, y a su lado los ligeros corceles
estaban atados con correas al extremo del timón del carro.
Ulises los vio antes y se lo indicó a Diomedes:

«Diomedes, allí está el hombre, y ahí están los caballos
que a ambos nos ha descrito Dolón, al que antes hemos matado.
Ea, sigue exhibiendo tu esforzada furia. No tienes que
quedarte parado con las armas ociosas: desata los caballos,
o extermina tú a los hombres y yo me ocuparé de los caballos.»
Así habló, y le inspiró furia la ojizarca Atenea,
y mataba a diestro y siniestro. Un gimoteo ignominioso surgía
de los moribundos por la espada, y la tierra enrojecía de sangre.
Como un león agrede a los rebaños que carecen de guarda
de cabras o de ovejas y se arroja feroz contra ellos,
así el hijo de Tideo acometió a los guerreros tracios,
hasta matar a doce. Por su parte, el muy ingenioso Ulises,
a todo al que el Tidida se acercaba y golpeaba con la espada
Ulises lo cogía del pie y lo iba arrastrando hacia atrás
con el firme propósito de que los caballos, de bellas crines,
pasaran fácilmente entre ellos y no se espantaran
al pisar sobre cadáveres, pues no estaban aún habituados.
Al fin el hijo de Tideo alcanzó al rey, que fue
el decimotercero al que arrebató el ánimo, dulce como miel,
palpitante: esa noche en su cabeza se había posado un ensueño
con el aspecto del hijo del Enida por obra del ingenio de Atenea.
Entre tanto, el paciente Ulises desataba los solípedos caballos,
los embridaba con las correas y los sacaba de la muchedumbre
azuzándolos con el arco, porque la reluciente fusta no
había prevenido coger de la centelleante caja del carro.
Luego dio un silbido de advertencia al divino Diomedes.
Aguardaba éste dudando qué proeza aún más procaz realizar:
si apoderarse del carro, donde yacían las centelleantes armas,
tirando del timón o alzándolo en vilo para llevarlo a cuestas,
o, en lugar de eso, quitar la vida todavía a más tracios.
Mientras revolvía estas dudas en la mente, Atenea
se presentó a su lado y dijo a Diomedes, de la casta de Zeus:
«Acuérdate ya, hijo del magnánimo Tideo, del regreso
a las huecas naves, si no quieres volver en despavorida huida,
no sea que otro dios despierte también a los troyanos.»

Así habló, y comprendió que la voz de la diosa había hablado
y montó aprisa en los caballos. Ulises los arreó con el arco,
y éstos echaron a volar hacia las veloces naves de los aqueos.
Tampoco Apolo, de argénteo arco, montaba vigilancia ciega
cuando vio a Atenea dirigiéndose hacia el hijo de Tideo.
Rencoroso contra ella, se internó en la nutrida muchedumbre
de troyanos e incorporó a Hipocoonte, consejero de los tracios,
el noble primo de Reso. Éste, al despertarse del sueño,
nada más ver vacío el sitio que ocupaban los ligeros caballos
y a los hombres palpitantes en medio de feroz carnicería,
lanzó un gemido y llamó por su nombre al querido compañero.
Un griterío y un tumulto indecible surgió entre los troyanos,
que acudían en masa y contemplaban las horrendas proezas
realizadas por los héroes antes de irse a las cóncavas naves.
Al llegar donde habían matado al espía de Héctor,
Ulises, caro a Zeus, detuvo allí los ligeros caballos.
El Tidida saltó a tierra, los ensangrentados despojos
puso en manos de Ulises y volvió a montar en los corceles.
Fustigó a los caballos, y los dos no sin ganas echaron a volar
hacia las huecas naves; pues allí los llevaba su querencia [172].
Néstor fue el primero en oír el ruido y exclamó:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
¿Me engañaré o diré la verdad? Mas el ánimo me manda decirlo.
A mis oídos llega el ruido de unos caballos, de ligeros cascos.
¡Ojalá sean Ulises y el esforzado Diomedes, que se traen
tan temprano del campo troyano unos solípedos caballos!
Mas atroz miedo siento en mi mente de que les haya pasado algo
a los más bravos argivos bajo el estruendo de los troyanos.»
Aún no había terminado de decirlo cuando llegaron.
Echaron pie a tierra, y los otros, alegres,

[172] No se explica bien cómo el instinto conduce a los caballos hacia un lugar que les resulta desconocido. Por otro lado, el contexto sugiere que Ulises y Diomedes van montados, no en carro. Aparte de este pasaje, la monta sólo aparece en los símiles.

estrecharon su diestra y los saludaron con melosas palabras.
Primero les preguntó Néstor, el anciano conductor de carros:
«Ea, dime, preclaro Ulises, excelsa gloria de los aqueos,
cómo habéis capturado esos caballos: ¿metiéndoos en la multitud
troyana, o un dios os ha salido al paso y os los ha procurado?
¡Qué terriblemente parecidos son a los rayos del sol!
Nunca he dejado de entablar combate con los troyanos, y a fe
que no me quedo junto a las naves, aun siendo un viejo guerrero;
mas nunca hasta ahora he mirado ni visto caballos como éstos.
Supongo que un dios os ha salido al paso y os los ha dado;
pues a los dos os ama Zeus, que las nubes acumula,
y la hija de Zeus, portador de la égida, la ojizarca Atenea.»
En respuesta le dijo el muy ingenioso Ulises:
«¡Néstor Nelida, excelsa gloria de los aqueos!
Fácilmente un dios, si quiere, caballos aún mejores que éstos
podría obsequiar, porque son muy superiores a nosotros.
Estos caballos recién venidos, anciano, por los que preguntas,
son tracios. A su dueño el valeroso Diomedes lo
ha matado, junto con otros doce compañeros, todos principales.
Y hemos hecho una decimotercera presa cerca de las naves,
un espía que como explorador de nuestro campamento
Héctor había despachado y los demás admirables troyanos.»
Tras hablar así, franqueó la fosa con los solípedos caballos
riendo a carcajadas, y también los demás aqueos iban alegres.
Cuando llegaron a la bien fabricada tienda del Tidida,
ataron los caballos con bien curtidas correas
al equino pesebre, donde ya los caballos de Diomedes,
de ligeros cascos, estaban comiendo trigo, dulce como miel.
Puso en la popa de la nave los ensangrentados despojos de Dolón
Ulises, en espera de preparar el sacrificio en honor de Atenea.
Luego ellos se metieron al mar y se lavaron del copioso sudor
las pantorrillas, la cerviz y alrededor de los muslos.
Una vez que la ola del mar les lavó el abundante sudor
de la piel y se refrescaron el corazón con la brisa,
se metieron en unas bien pulidas bañeras y se bañaron.

Y una vez bañados y ungidos de graso aceite, ambos
se sentaron a cenar. Luego apuraron de una cratera llena
el vino, dulce como miel, y ofrecieron libaciones a Atenea.

CANTO XI [173]

La Aurora del lecho que ocupaba junto al admirable Titono
se levantaba para llevar la luz a los inmortales y a los humanos,
cuando Zeus envió a las veloces naves de los aqueos la Disputa
dolorosa con la prodigiosa señal del combate [174] en sus manos.
Se detuvo ante la negra nave, de enorme vientre, de Ulises,
que estaba en el centro, para que la voz llegara a ambos lados,
lo mismo a las tiendas de Ayante Telamoníada
que a las de Aquiles, que las equilibradas naves a los extremos
habían varado, fiados en su valor y en la fuerza de sus brazos.
Allí se detuvo la diosa, dio un elevado y terrible chillido
estridente e infundió gran brío a cada uno de los aqueos
en su corazón, para combatir y luchar con denuedo.
Y al instante el combate se les hizo más dulce que regresar
en las huecas naves a la querida tierra patria.
El Atrida dio un grito, mandó a los argivos ceñirse
las armas, y él mismo se revistió con el cegador bronce.
Primero se colocó alrededor de las pantorrillas las grebas
bellas, ajustadas con argénteas tobilleras.
En segundo lugar, alrededor del pecho se puso la coraza
que Cíniras le había dado una vez en prueba de hospitalidad.

---

173 Con el canto XI, la *aristía* de Agamenón, comienza a cumplirse el plan de Zeus prometido a Tetis en el canto I.

174 No está claro cuál es la 'señal del combate' que la Disputa tiene en sus manos, aunque pudiera ser la égida de Zeus.

Pues a Chipre había llegado la gran fama de que los aqueos
iban a zarpar con las naves en dirección de Troya;
por eso se la había regalado, para congraciarse con el rey.
Diez eran las tiras de oscuro esmalte [175] que tenía,
doce de oro y veinte de estaño.
Serpientes esmaltadas dirigían sus cabezas hacia el cuello,
tres a cada lado, parecidas a arcoiris que el Cronión
fija en una nube, prodigio para los míseros humanos.
A los hombros se colgó la espada, en la que clavos
áureos resplandecían; la vaina que la guardaba
era argéntea y estaba ajustada a áureos talabartes.
Cogió el impetuoso broquel, que cubre al mortal, elaborado
con arte, bello, con diez círculos de bronce en su contorno.
En el interior tenía veinte bollones de estaño
blancos y en el centro de todos uno más de oscuro esmalte.
El broquel estaba coronado por la Górgona, de salvaje aspecto
y fiera mirada, a la que rodeaban el Terror y la Huida [176].
De él colgaba un áureo tahalí; sobre su superficie estaba
enroscada una serpiente esmaltada que tenía tres cabezas
entrelazadas, nacidas de un único cuello. En la cabeza
se caló el morrión de doble crestón y cuatro mamelones
provisto de crines, cuyo penacho ondeaba terrible en la cimera.
Escogió dos fornidas lanzas guarnecidas de bronce,
afiladas, cuyo bronce despedía un brillo que llegaba lejos
hasta el cielo. Además, tronaron Atenea y Hera en lo alto
como honor para el rey de Micenas, rica en oro [177].
Cada uno encargó entonces a su auriga sujetar
los caballos en orden allí, al borde de la fosa,

[175] Quizá se trata de una imitación del lapislázuli, que consistía en una pasta de vidrio con cobre que producía brillo e irisaciones, mineral por el que era famosa la isla de Chipre.

[176] Es difícil reconciliar la presencia de los bollones con la representación de la Górgona en el escudo, a menos que ésta sea la imagen que se representa en el bollón central.

[177] Cf. 75 s., con cuyo contenido estos versos parecen contradictorios.

y ellos a pie, equipados con las armas, partieron
a buen paso. Un griterío inextinguible se alzó ante la aurora.
Mucho se destacaron de los cocheros al formar junto a la fosa;
éstos se situaron a corta distancia; y en medio, un tumulto
maligno elevó el Crónida y de lo alto lanzó gotas de rocío
chorreantes de sangre desde el éter, porque iba
a precipitar al Hades muchas valientes cabezas.
Al otro lado, los troyanos sobre el alcor de la llanura
formaron en torno del alto Héctor, del intachable Polidamante,
de Eneas, honrado como un dios en el pueblo de los troyanos,
y de los tres Antenóridas: Pólibo, Agénor, de la casta de Zeus,
y el mozo Acamante, semejante a los inmortales. Héctor iba
entre los primeros con el broquel por doquier equilibrado.
Como de entre las nubes surge la siniestra estrella [178]
fulgurante y se oculta otra vez tras las umbrías nubes,
así Héctor a veces aparecía dando órdenes entre los primeros
y otras veces entre los últimos. Entero por el bronce
brillaba, como el relámpago de Zeus, portador de la égida.
Como los segadores en dos filas, unos frente a otros,
por el labrantío de un hombre dichoso recorren el surco
de trigo o de cebada, y las brazadas van cayendo densas,
así los troyanos y los aqueos se acometían unos a otros
y se aniquilaban sin acordarse de la funesta huida.
Frentes equilibrados tenía la batalla y como lobos corrían
enardecidos. La lacrimógena Disputa gozaba del espectáculo,
pues sólo ella de los dioses se hallaba entre los combatientes;
los demás no asistían a ella, sino que tranquilos
estaban sentados en sus palacios, donde cada uno
tenía construida su bella morada en los pliegues del Olimpo.
Todos culpaban al Cronión, que arremolina oscuras nubes,
porque planeaba tender la gloria a los troyanos.
Pero el padre no se preocupaba de ellos y, retirado lejos
de los demás, estaba sentado aparte, ufano de su gloria,

[178] Seguramente Sirio, véase XXII 30.

viendo la ciudad de los troyanos y las naves de los aqueos,
el relámpago del bronce, y a los matadores y a los moribundos.
Mientras duró la aurora y fue levantando el sacro día,
los dardos hacían blanco en ambos bandos, y la hueste caía.
Pero a la hora en que el leñador se apresta para el almuerzo
en las gargantas del monte, cuando se ha saciado los brazos
de cortar grandes árboles, el cansancio le llega al alma
y el apetito de la dulce comida prende en sus mientes,
a esa hora los dánaos con su bravura quebraron los batallones,
exhortándose entre camaradas de fila en fila. Agamenón
irrumpió el primero y capturó a Biénor, pastor de huestes,
y luego a su compañero Oileo, fustigador de caballos.
Éste había saltado del carro y se había situado frente a él;
pero según iba recto furioso, entre las cejas la aguda lanza
le clavó. La pesada orla broncínea del almete no frenó el asta,
y ésta penetró a través de aquélla y del hueso; el cerebro
dentro quedó entero salpicado y lo doblegó en pleno impulso.
Los dejó allí mismo Agamenón, soberano de hombres,
con el liso brillo del torso, tras desnudarles las túnicas.
Y marchó luego a despojar a Iso y a Ántifo,
hijos ambos de Príamo, el uno bastardo y el otro legítimo,
que estaban en un solo carro. El bastardo iba como auriga,
y el ilustre Ántifo era el tripulante. Una vez Aquiles
en las lomas del Ida los había atado con tallos de mimbreras
al sorprenderlos pastoreando ovejas y los soltó bajo rescate.
Pero esta vez el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,
acertó a aquél con la lanza en el pecho encima de la tetilla
y hundió a Ántifo la espada por la oreja y lo tiró del carro.
Se dio prisa en despojar a ambos de las bellas armas
al reconocerlos; pues los había visto junto a las veloces naves
antes, cuando los trajo del Ida Aquiles, el de pies ligeros.
Como un león a las tiernas crías de una rápida cierva
fácilmente despedaza atenazándolas con sus poderosos dientes
cuando penetra en su cubil, y les desgarra el tierno corazón;
la madre, aunque se encuentre muy cerca, es incapaz de

socorrerlos, pues a ella misma la sobrecoge un atroz temblor
y se precipita rauda por el espeso encinar y por el bosque,
presurosa y sudorosa bajo el acoso de la brutal fiera;
así, tampoco a ellos pudo socorrerlos de su ruina ningún
troyano, pues también éstos huían del ataque de los argivos.
Por su parte, a Pisandro y al combativo Hipóloco,
hijos del belicoso Antímaco —que era el que
tras haber recibido oro, espléndidos regalos de Alejandro,
más disuadía siempre de entregar a Helena al rubio Menelao—,
el poderoso Agamenón capturó a los dos hijos de éste,
que iban en un carro y guiaban en común los ligeros caballos.
Habían escapado de sus manos las resplandecientes riendas,
y los corceles se revolvieron. Les salió al paso como un león
el Atrida, y los dos desde la caja del carro le imploraron:
«¡Préndenos vivos, hijo de Atreo, y acepta un rescate digno!
Muchos tesoros hay guardados en casa de Antímaco:
bronce, oro y muy forjado hierro; de ellos, nuestro
padre estaría dispuesto a complacerte con inmensos rescates
si se enterara de que estamos vivos en las naves de los aqueos.»
Así lloraban los dos y hablaban al rey con palabras
lisonjeras; pero escucharon una respuesta nada lisonjera:
«Si realmente ambos sois hijos del belicoso Antímaco,
el que una vez en la asamblea de los troyanos mandó a Menelao,
que había ido a una embajada con Ulises, comparable a un dios,
matar allí mismo e impedirle salir de regreso con los aqueos,
ahora pagaréis la ignominiosa afrenta de vuestro padre.»
Dijo, y a Pisandro derribó lejos de los caballos a tierra
acertando con la lanza en su pecho; y oprimió su espalda el suelo.
Hipóloco se apeó para alejarse, pero lo despojó en tierra:
le amputó las manos con la espada y le cercenó el cuello,
y el tronco echó a rodar como un mortero entre la multitud.
Los dejó allí y por donde más batallones se atropellaban
se metió, escoltado por los demás aqueos, de buenas grebas.
Los infantes hacían perecer a los infantes, forzados a huir;
los cocheros a los cocheros —bajo ellos ascendía del llano

el polvo que los sonoros cascos de los caballos levantaban—,
aniquilándolos con el bronce. A su vez, el poderoso Agamenón,
matando sin descanso, avanzaba con los argivos dando órdenes.
Como cuando el voraz fuego prende en un bosque rico en leña,
los remolinos de viento lo esparcen por doquier, y los arbustos
caen de raíz, devorados con prisa por el ímpetu del fuego,
así caían bajo el Atrida Agamenón cabezas
de troyanos fugitivos, y muchos caballos, de erguido cuello,
castañeteaban los carros vacíos por los puentes del combate,
añorantes de sus intachables aurigas, que yacían en tierra,
mucho más queridos para los buitres que para sus esposas.

Zeus sustraía a Héctor de los proyectiles y del polvo,
del asesinato, de la sangre y del tumulto,
y el Atrida acompañaba enérgico a los dánaos, dando órdenes.
Los otros, rebasando la tumba de Ilo, el ancestro Dardánida,
en medio de la llanura, más allá del cabrahígo se precipitaban
ávidos de refugiarse en la ciudad. Voceando sin cesar el Atrida
los acosaba y salpicaba de mortandad sus inaferrables manos.
Pero al llegar a las puertas Esceas y a la encina,
allí se detenían y unos a otros se aguardaban a pie firme.
Otros aún huían por medio de la llanura, como las vacas
que el león, al llegar la oscuridad de la noche, pone en fuga
sin excepción. Ante una se hace patente el abismo de la ruina:
despedaza su cuello atenazándola con sus poderosos dientes
primero y luego devora su sangre y todas las entrañas.
Así los acosaba el Atrida, el poderoso Agamenón,
matando sin descanso al que iba más rezagado; y ellos huían.
Muchos cayeron de bruces o de espaldas fuera de los carros
ante el Atrida, que con la pica cargaba contra todo alrededor.
Mas cuando al pie de la ciudad y de su escarpado muro a punto
estaba de llegar, he aquí que el padre de hombres y de dioses
fue a sentarse en las cimas del Ida, surcado de manantiales,
tras descender del cielo. Llevaba el relámpago en las manos
e instó a Iris, de áureas alas, a que llevara este mensaje:

«Anda, ve, veloz Iris, y comunica a Héctor este mensaje:
mientras siga viendo a Agamenón, pastor de huestes,
correr enardecido ante las líneas diezmando filas de guerreros,
que se mantenga retirado y mande a las demás huestes
batirse con los enemigos en la violenta batalla.
Mas cuando golpeado por una lanza o alcanzado por una saeta
salte al carro, entonces pondré en sus manos poderío
para matar hasta que llegue a las naves, de bellos bancos,
y se oculte el sol y sobrevenga la sacra oscuridad [179].»
Así habló, y obedeció la veloz Iris, de pies como el viento,
que descendió de los montes del Ida hasta la sacra Ilio.
Halló al hijo del belicoso Príamo, al divino Héctor,
de pie detrás de los caballos, en el bien ensamblado carro.
Y deteniéndose cerca, le dijo Iris, de los pies ligeros:
«¡Héctor, hijo de Príamo, émulo de Zeus en ingenio!
Zeus padre me ha enviado a explicarte lo siguiente:
Mientras sigas viendo a Agamenón, pastor de huestes,
correr enardecido ante las líneas diezmando filas de guerreros,
aléjate de la lucha y manda a las demás huestes
batirse con los enemigos en la violenta batalla.
Mas cuando golpeado por una lanza o alcanzado por una saeta
salte al carro, entonces pondrá en tus manos poderío
para matar hasta que llegues a las naves, de bellos bancos,
y se oculte el sol y sobrevenga la sacra oscuridad.»
Tras hablar así, marchó Iris, la de los pies ligeros,
y Héctor del carro saltó a tierra con las armas.
Blandiendo las agudas lanzas, recorrió el ejército por doquier
instándolos a luchar y despertó una atroz contienda.
Ellos se revolvieron y plantaron cara a los aqueos;
al otro lado los argivos cerraron las filas de los batallones.

[179] En realidad, Patroclo hará retroceder a los troyanos en el mismo día, según se relata en XVI, pues no hay ninguna indicación de que se trate de un día diferente.

La batalla se reorganizó y se enfrentaron. Y entre ellos Agamenón
irrumpió el primero con intención de luchar delante de todos.
Decidme ahora, Musas, dueñas de olímpicas moradas [180],
quién fue el primero que se enfrentó a Agamenón
de los propios troyanos o de sus ilustres aliados.
Fue Ifidamante Antenórida, noble y alto,
crecido en Tracia, de fértiles glebas, madre de ganados.
Cises lo había criado en su morada cuando aún era pequeño,
su abuelo materno, que engendró a Teano, de bellas mejillas.
Mas cuando había llegado a la plenitud de la eximia juventud,
trató de retenerlo allí y le dio a su hija por esposa [181].
Recién casado había salido del tálamo y llegado tras la fama
de los aqueos con doce corvas naves que le habían acompañado.
Luego había dejado en Percote las equilibradas naves
y había accedido a pie dentro de Ilio.
Éste fue quien entonces se enfrentó al Atrida Agamenón.
Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,
el Atrida falló, y la pica se le desvió a un lado.
Ifidamante le hirió en la cintura por debajo de la coraza
y apoyó el golpe con el cuerpo, fiado en su pesada mano;
pero no taladró el flameante cinturón, sino que mucho antes
la punta, al chocar con la plata, se torció cual plomo.
Agamenón, señor de anchos dominios, tras asirla con la mano,
tiró de ella hacia sí, furioso cual león, hasta quitársela;
y le golpeó el cuello con la espada y le dobló los miembros.
Así cayó allí y se acostó para un broncíneo sueño, infeliz,
por defender a sus conciudadanos, lejos de la solicitada esposa
legítima, cuya gratitud no vio tras lo mucho pagado por ella:
cien bueyes primero había regalado, luego mil había prometido,

[180] Es a partir de este momento cuando, con la herida de Agamenón, comienza a cumplirse el plan de Zeus. Por eso es oportuna la invocación a las Musas.

[181] Como Teano es la esposa de Anténor, resulta que Ifidamante se había casado con su tía materna (como Diomedes, cf. V 412).

además de las incontables cabras y ovejas que cuidaban para él.
Entonces el Atrida Agamenón lo despojó y se fue
entre la multitud de los aqueos cargado con las bellas armas.
Cuando lo advirtió Coón, conspicuo entre los guerreros,
el Antenórida primogénito, una acerba tristeza
le cubrió los ojos por la muerte de su hermano. Se apostó
de soslayo con la lanza sin que lo notara el divino Agamenón
y le hirió en mitad del antebrazo, por debajo del codo;
la punta de la reluciente lanza se lo atravesó recta.
Se estremeció entonces Agamenón, soberano de hombres;
pero ni aun así cesó en la lucha y en el combate,
y arremetió a Coón con la pica, nutrida por los vientos.
Éste arrastraba a Ifidamante, hermano e hijo del mismo padre,
por el pie, enardecido, y llamaba a voces a todos los mejores.
Según lo arrastraba por la multitud, bajo el abollonado broquel
lo hirió con una azagaya guarnecida de bronce y dobló sus miembros.
Luego se detuvo al lado y le cercenó la cabeza sobre el cadáver
de Ifidamante. Así estos hijos de Anténor a manos del rey Atrida
colmaron el hado de su vida y entraron en la morada de Hades.
Continuó recorriendo las hileras de los demás guerreros
con la pica, con la espada y con enormes guijarros,
mientras la sangre caliente estuvo borbotando de la herida.
Pero en cuanto la úlcera comenzó a secarse y cesó la sangre,
agudos dolores penetraron en el ardor del Atrida.
Como cuando de una mujer parturienta se apodera el acerbo dardo
punzante que le arrojan las Ilitías, de penosos alumbramientos,
las hijas de Hera [182] que traen las amargas penalidades del parto,
tan agudos dolores penetraron en el ardor del Atrida.
Montó entonces en la caja del carro y encargó al auriga
guiarlo a las huecas naves, pues tenía abrumado el corazón.
Exclamó con penetrante voz, vociferando a los dánaos:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
Seguid vosotros apartando de las naves, surcadoras del ponto,

[182] Como diosa protectora del matrimonio.

la dolorosa contienda, porque a mí el providente Zeus no
me ha permitido combatir todo el día contra los troyanos.»
Así habló; el auriga fustigó los caballos, de bellas crines,
hacia las huecas naves, y los dos no sin ganas echaron a volar.
Espumeaban sus pechos y se salpicaban por debajo de polvo,
al transportar lejos de la batalla al rey, transido de dolores.
Héctor, nada más ver a Agamenón alejarse,
arengó a los troyanos y a los licios con recia voz:
«¡Troyanos, licios y dárdanos, que lucháis cuerpo a cuerpo!
¡Sed hombres, amigos, y recordad vuestro impetuoso coraje!
Se ha ido el hombre más bravo, y a mí me ha dado inmenso honor
Zeus Crónida. Guiad rectos los solípedos caballos
contra los valientes dánaos y ganaréis un honor aún superior.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Como cuando un cazador a los perros, de albos colmillos,
azuza en un sitio contra un jabalí bravío o contra un león,
así azuzaba contra los aqueos a los magnánimos troyanos
Héctor Priámida, émulo de Ares, estrago de mortales.
Él mismo, lleno de altanería, avanzaba entre los primeros
e irrumpió en la batalla como un vendaval que sopla huracanado
y que al abatirse agita el violáceo ponto.
¿Quién fue el primero y quién el último al que despojó
Héctor Priámida entonces, cuando Zeus le otorgó la gloria?
Aseo, primero, Autónoo y Opites;
Dólope Clítida, Ofeltio y Agelao;
Esimno, Oro y el combativo Hipónoo;
he aquí los príncipes dánaos que Héctor capturó, además
de gran muchedumbre, como cuando el Zéfiro disipa las nubes
del blanqueador Noto [183], al golpearlas con un denso vendaval;
el crecido oleaje rueda hinchado, y la espuma en las alturas
se esparce bajo el zumbido del vagabundo viento;
tan espesas eran las cabezas que sucumbían ante Héctor.
Entonces habrían sucedido desastres y males sin remedio,

[183] Quizá por traer las nubes blancas cargadas de lluvia.

y en las naves habrían caído huyendo los aqueos,
si Ulises no hubiera arengado a Diomedes Tidida:
«¡Tidida! ¿Qué nos pasa que olvidamos el impetuoso coraje?
Ea, ven aquí, tierno amigo, ponte a mi lado. ¡Qué baldón
será si conquista las naves Héctor, el de tremolante penacho!»
En respuesta le dijo el esforzado Diomedes:
«Ten la seguridad de que me quedaré y aguantaré. Mas breve
ganancia obtendremos, porque Zeus, que las nubes acumula,
a los troyanos prefiere dar poderío antes que a nosotros.»
Dijo, y él derribó a Timbreo lejos del carro a tierra,
al acertarle con la lanza en la tetilla izquierda, y Ulises
a Molión, el escudero, comparable a un dios, de aquel soberano.
Dejaron a éstos tras ponerlos fuera de combate y continuaron
sembrando tumulto entre la multitud, como cuando dos jabalíes
irrumpen altaneros en medio de una jauría de perros de caza;
tal mortandad causaron a los troyanos al revolverse. Los aqueos
recobraron gozosos el aliento de su huida ante el divino Héctor.
Entonces capturaron un carro y a los dos mejores guerreros
de su pueblo, hijos ambos de Mérope percosio, que más que todos
conocía las artes adivinatorias y había prohibido a sus hijos
marchar al exterminador combate. Pero ellos dos no le habían
hecho caso, pues las Parcas de la negra muerte los conducían.
El Tidida Diomedes, glorioso por su lanza, los privó
del aliento y de la vida y les arrebató las ilustres armas.
Entre tanto, Ulises despojó a Hipódamo y a Hipíroco.
Entonces restableció la igualdad en la batalla el Cronión,
que desde el Ida divisaba cómo se exterminaban unos y otros:
el hijo de Tideo hirió con la lanza a Agástrofo,
el héroe Peónida, en la cadera; sus caballos no
estaban cerca para huir: ¡grave falta había cometido su ánimo!
El escudero los tenía lejos, y él corría a pie enardecido
entre los combatientes delanteros, hasta que perdió la vida.
Héctor los vio con su aguda vista entre las filas y acometió
vociferando sin cesar; y los batallones troyanos le siguieron.

y lo rodearon, interponiendo la calamidad entre ellos.
Como cuando los perros y los lozanos mozos se precipitan
alrededor de un jabalí que sale de la profunda espesura
afilando los blancos colmillos entre las curvas mandíbulas;
a su alrededor se lanzan, hace ronzar sordamente los dientes,
y ellos resisten sin vacilar por temible que sea la fiera;
así entonces se lanzaban alrededor de Ulises, caro a Zeus,
los troyanos. Éste, en primer lugar, al intachable Deyopites
hirió en lo alto del hombro, saltando con la afilada lanza,
y a continuación despojó a Toón y a Énnomo.
Luego clavó a Quersidamante, que acababa de saltar del carro,
el asta en la región umbilical bajo el abollonado broquel,
y él cayó al suelo agarrando el polvo con crispada mano.
Los dejó allí y luego hirió con la lanza a Cárope Hipásida,
carnal hermano del acaudalado Soco.
En defensa suya marchó Soco, mortal igual a un dios,
y cuando llegó cerca se detuvo y le dirigió estas palabras:
«¡Preclaro Ulises, insaciable de engaños y fatigas!
Hoy o te jactarás con dos Hipásidas,
si matas y quitas las armas a dos guerreros como nosotros,
o perderás la vida, abatido bajo mi lanza.»
Tras hablar así, hirió su broquel, por doquier equilibrado.
A través del reluciente broquel penetró la robusta pica
y se hundió a través de la coraza, con arte elaborada.
Desgarró toda la piel del costado, pero aún no permitió
Palas Atenea que penetrara en las entrañas del varón.
Ulises notó que la lanza no había llegado a un punto fatal;
se retiró hacia atrás y dirigió a Soco estas palabras:
«¡Ah desdichado! Te ha llegado la hora de la abrupta ruina.
Cierto que me has dejado fuera de la lucha contra los troyanos.
Pero a ti yo te aseguro que la muerte y la negra parca aquí
te van a llegar en el día de hoy y que, doblegado por mi lanza,
a mí me darás honor, y la vida a Hades, de ilustres potros.»
Dijo, y el otro ya había girado y se había dado a la fuga;
pero nada más volverse, Ulises le clavó la lanza en la espalda

entre medias de los hombros y le atravesó el pecho.
Retumbó al caer, y el divino Ulises exclamó exultante:
«¡Soco, hijo del belicoso Hípaso, domador de caballos!
A ti te ha llegado antes la muerte y no la has eludido.
¡Ah desdichado! A ti ni tu padre ni tu augusta madre
te cerrarán los ojos al morir; las aves de presa carniceras
te despedazarán, cuando te echen el manto de sus tupidas alas.
Mas a mí, si muero, los divinos aqueos me tributarán exequias.»
Tras hablar así, extrajo la robusta pica de la piel
y del abollonado broquel del belicoso Soco. Y al arrancarla,
brotó un chorro de sangre que le angustió el ánimo.
Los magnánimos troyanos, nada más ver la sangre de Ulises,
acudieron a través de la multitud, arengándose todos contra él.
Mas él retrocedía hacia atrás y apelaba a sus compañeros.
Tres veces gritó entonces con la fuerza que cabe en la garganta
de un mortal, y tres veces oyó su alarido Menelao, caro a Ares.
Y al punto dirigió la palabra a Ayante, que estaba cerca:
«¡Ayante Telamonio, estirpe de Zeus, caudillo de huestes!
A mis oídos ha llegado la voz del sufrido Ulises.
Parecía como si estuviera solo y le estuvieran forzando
los troyanos tras cortarle el paso en la violenta batalla.
¡Vayamos a través de la multitud! Lo mejor es defenderlo.
Temo que le pase algo, aislado en medio de los troyanos,
a pesar de su valor y que la añoranza de los dánaos sea enorme.»
Tras hablar así, partió delante en compañía del mortal
igual a un dios y hallaron en seguida a Ulises, caro a Zeus.
Lo asediaban los troyanos, como rojizos chacales en los montes
asedian a un cornudo ciervo malherido, alcanzado por un hombre
con la saeta que parte de la cuerda; elude a éste con sus patas
huyendo mientras la sangre está tibia y las rodillas se mueven;
mas cuando la ligera flecha lo hace sucumbir,
los carnívoros chacales lo despedazan en los montes,
en una umbría foresta. Mas la deidad lleva allá a un león
rapaz: los chacales se dispersan aterrados, y el león lo devora.
Así entonces al belicoso Ulises, de taimado ingenio,

asediaban numerosos troyanos llenos de coraje; mas el héroe
pugnaba por evitar el día cruel, acometiendo con su pica.
Ayante llegó cerca, cargado con el escudo, como una torre,
y se detuvo al lado. Los troyanos se diseminaron acá y allá,
y entonces el marcial Menelao lo sacó de la multitud cogido
de la mano, hasta que su escudero condujo cerca los caballos.
Ayante saltó contra los troyanos y capturó a Doriclo
Priámida, un hijo bastardo, y luego hirió a Pándoco.
Hirió también a Lisandro, a Píraso y también a Pilartes.
Como cuando un río desbordado desciende a la llanura
montes abajo, torrencial y acrecido por el aguacero de Zeus,
e incorpora numerosas encinas resecas y numerosos pinos
a su caudal y vierte gran cantidad de fango en el mar,
así el preclaro Ayante atropellaba y acosaba la llanura
entonces, exterminando hombres y caballos. Héctor no estaba
aún enterado, pues se batía a la izquierda de toda la batalla,
junto a la orilla del río Escamandro, por donde caían más
cabezas de hombres e inextinguible griterío se había suscitado
en torno del gran Néstor y del marcial Idomeneo [185].
En aquella confusión Héctor hacía horribles proezas con la pica
y su ecuestre pericia, y dejaba ralos los batallones de jóvenes.
Pero los divinos aqueos no se habrían replegado aún de su ruta
si Alejandro, el esposo de Helena, la de hermosos cabellos, no
hubiera puesto fin a las hazañas de Macaón, pastor de huestes,
al acertarle en el hombro derecho con una trifurcada saeta.
Los aqueos, aunque respiraban furia, sintieron temor por él,
por si el combate se inclinaba al lado contrario y lo apresaban.
Al punto Idomeneo dirigió la palabra al divino Néstor:
«¡Néstor Nelida, excelsa gloria de los aqueos!
¡Deprisa! Monta en tu carro y que a tu lado suba Macaón,
y conduce cuanto antes los solípedos caballos a las naves.
Un hombre que es médico vale por muchos otros
para extraer saetas y espolvorear benignas medicinas.»

[185] El relato anterior habría inducido a considerar que el lugar donde la batalla era más encarnizada era donde se encontraba Ayante.

Así habló, y obedeció Néstor, anciano conductor de carros.
Al punto montó en su carro, y a su lado subió Macaón,
el hijo de Asclepio, el intachable médico.
Fustigó a los caballos, y los dos no sin ganas echaron a volar
hacia las huecas naves; pues allí los llevaba su querencia.
Cebríones notó que los troyanos estaban agobiados;
iba montado al lado de Héctor y a él dirigió estas palabras:
«¡Héctor! Estamos aquí batiéndonos los dos con los dánaos
en el lugar más remoto del entristecedor combate, y los demás
troyanos, hombres y caballos, están agobiados en la confusión.
Ayante Telamonio los está atropellando. Lo he reconocido bien,
pues lleva el ancho escudo a los hombros. Ea, nosotros también
enderecemos los caballos y el carro hacia allá, donde más
maligna es la disputa que cocheros e infantes han entablado,
mayor es la matanza, e inextinguible griterío se ha suscitado.»
Tras hablar así, fustigó a los caballos, de bellas crines,
con la sonora tralla. Y éstos, al oír el restallido,
llevaron ágiles el veloz carro en pos de aqueos y troyanos,
pisoteando cadáveres y broqueles. Debajo el eje estaba
entero salpicado de sangre y las barandas alrededor de la caja,
hasta donde ascendían las gotas desde las equinas pezuñas
y las llantas. Héctor ansiaba sumergirse entre la multitud
heroica y quebrarla con su acometida. Allí un tumulto maligno
sembró entre los dánaos y apenas iba a la zaga de su lanza.
Fue recorriendo las hileras de los demás guerreros
con la pica, con la espada y con enormes guijarros;
pero eludía la lucha contra Ayante Telamoníada:
Zeus se enfadaba con él cuando luchaba con un mortal superior [186].
Zeus padre, de sublime trono, infundió miedo a Ayante,
que se detuvo atónito y echó atrás el escudo, de siete pieles [187].

[186] El verso 543 no está en los manuscritos y procede de citas que no le asignan un lugar concreto. Las ediciones desde Wolf lo incluyen en este lugar.

[187] Se colgó el escudo por el tahalí en la espalda, para protegerse durante la huida.

Escrutando con la mirada huyó hacia la multitud como una fiera,
girando de vez en cuando y meneando las rodillas paso a paso.
Como a un encendido león de un aprisco de bueyes
lo ahuyentan los perros y los campesinos,
que le impiden arrebatar la gordura de los bueyes,
vigilando despiertos toda la noche; y él, ávido de carne,
carga derecho, pero no logra nada, pues tupidas jabalinas
se precipitan a su encuentro procedentes de audaces manos
y encendidas teas lo amedrentan a pesar de su ímpetu;
y al alba se marcha lejos con el ánimo contrariado;
así Ayante entonces, con corazón contrariado, de los troyanos
se alejaba muy a su pesar, temeroso por las naves de los aqueos.
Como cuando un asno que bordea un sembrado supera a los niños,
el muy tozudo, en cuyos lomos muchas varas ya se han roto,
y se mete y ramonea la densa mies; y los niños
le golpean con las varas, violencia pueril la de ellos
que a duras penas lo expulsan cuando ya está ahíto de pasto;
así entonces al alto Ayante, al hijo de Telamón,
soberbios troyanos y aliados, de muchos lugares congregados,
acosaban sin tregua, clavándole las jabalinas en pleno escudo.
Ayante unas veces se acordaba del impetuoso coraje,
y se revolvía y contenía los batallones de los troyanos,
domadores de caballos, y otras veces tornaba a huir;
pero a todos impedía encaminarse a las veloces naves
y se movía enardecido, entre los troyanos y los aqueos
situado. Algunas de las lanzas, procedentes de audaces manos,
se clavaban en su enorme escudo gracias al impulso frontal,
pero la mayoría a mitad de camino, antes de rozar la blanca piel,
quedaban fijas en el suelo, codiciosas de saciarse de su carne.
Al verlo el ilustre hijo de Evemón,
Eurípilo, violentado por tan espesa nube de dardos,
fue a situarse junto a él y disparó la reluciente lanza;
y acertó a Apisaón Fausíada, pastor de huestes,
en el hígado bajo el diafragma y al punto desató sus rodillas.
Eurípilo atacó y empezó a quitarle las armas de los hombros.

Pero al verlo el deiforme Alejandro
despojar las armas a Apisaón, de inmediato tensó el arco
contra Eurípilo y le acertó con la flecha en el muslo
derecho. La caña se partió, y su peso le entorpeció el muslo.
Se replegó a la turba de los compañeros por eludir la parca
y exclamó con penetrante voz, vociferando a los dánaos:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
¡Revolveos y deteneos! ¡Apartad del despiadado día
a Ayante, violentado por los dardos! Estoy seguro de que no
huirá del entristecedor combate. ¡Con firmeza plantad
cara en torno del gran Ayante, el hijo de Telamón!»
Así habló Eurípilo herido, y se acercaron a su lado
y se detuvieron con los escudos apoyados en los hombros
y las lanzas embrazadas. Ayante marchó a su encuentro
y al llegar a la turba de compañeros se paró y se volvió.
Así se batían a la manera del ardiente fuego.
Las yeguas neleas [188] iban sacando a Néstor del combate
sudorosas y transportaban a Macaón, pastor de huestes.
Se percató al verlo el divino Aquiles, de pies protectores;
pues estaba erguido sobre la popa de la nave, de enorme vientre,
contemplando el abismal esfuerzo y la lacrimógena derrota.
Al punto dirigió la palabra a su compañero, Patroclo [189],
pronunciando su nombre desde la nave. Lo oyó desde la tienda
y salió semejante a Ares, y así dio comienzo a su desgracia.
Díjole el primero el fornido hijo de Menecio:
«¿Por qué me llamas, Aquiles? ¿Para qué me necesitas?»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Menecíada, de la casta de Zeus, favorito de mi ánimo!
Ahora es cuando creo que los aqueos se postrarán a mis rodillas

---

[188] De Neleo, el padre de Néstor.

[189] Aquí y en otros pasajes aparece una forma del nombre que, transliterada, da como resultado Patrocles, que es una variante formal del nombre Patroclo, más común en la tradición posterior.

suplicantes; pues el trance que ha llegado ya es intolerable [190].
Ve ahora, Patroclo, caro a Zeus, y pregunta a Néstor
quién es ese al que trae herido del combate.
Verdad es que por detrás en todo se parece a Macaón,
el Asclepíada, pero no le he visto los ojos,
pues las yeguas han pasado muy presurosas delante de mí.»
Así habló, y Patroclo obedeció a su compañero
y echó a correr bordeando las tiendas y las naves de los aqueos.
Aquéllos, nada más llegar a la tienda del Nelida,
pusieron el pie sobre la tierra, nutricia de muchos,
mientras el escudero Eurimedonte desataba del carro las yeguas
del anciano. Se orearon el sudor de las túnicas
de pie cara a la brisa junto a la ribera del mar,
y luego entraron en la tienda y se sentaron en sillas.
Les preparó una mezcla para beber Hecamede, de bellos bucles,
botín que el anciano ganó de Ténedos cuando Aquiles la saqueó,
la hija del altanero Arsínoo, que los aqueos le habían
reservado porque a todos juntos superaba en el consejo.
Ésta primero puso delante a cada uno de los dos una mesa
bella, con las patas esmaltadas, bien limada; luego sobre ella
una broncínea cestilla, cebolla como companaje para la bebida
y amarillenta miel; al lado, molienda de sacro trigo
y una copa de bello contorno traída de casa por el anciano,
tachonada con áureos clavos. Las asas que tenía
eran cuatro. A ambos lados de cada asa dos palomas
áureas picoteaban, y por debajo había dos soportes [191].
Cualquier otro a duras penas podía moverla de la mesa
estando llena, pero el anciano Néstor la alzaba sin fatiga.
En ella les hizo la mezcla la mujer, semejante a las diosas,

---

[190] Es difícil explicar estos dos versos después del relato de la embajada ante Aquiles en IX.

[191] Seguramente los pies de la copa. Las cuatro asas tendrían una utilidad evidente cuando la copa estaba llena y un comensal debía pasársela a otro.

a base de vino pramnio [192]. Encima ralló queso de cabra
con un broncíneo rallador, luego roció blanca harina
y cuando terminó de arreglar la mezcla, los animó a beber.
Después de quitarse con la bebida la agotadora sed,
mientras se recreaban con la conversación en diálogo mutuo,
se presentó a la puerta Patroclo, mortal igual a un dios.
Al verlo, el anciano se levantó del reluciente trono,
lo condujo de la mano al interior y le invitó a tomar asiento.
Patroclo, en el lado opuesto, rehusó el ofrecimiento y dijo:
«No ha lugar a asiento, anciano criado por Zeus; no podrás
persuadirme. Severo e irritable es el que me envía a enterarme
de quién es ese al que traes herido. Pero también yo mismo
ya reconozco y veo a Macaón, pastor de huestes.
Ahora vuelvo como mensajero a comunicar a Aquiles la noticia.
Bien sabes tú, anciano criado por Zeus, cómo es aquél
de terrible: incluso sería capaz de culpar a un inocente.»
Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
«¿Por qué Aquiles se compadece de los hijos de los aqueos
que hay malheridos por los disparos? No conoce en absoluto
el gran dolor que se ha suscitado en el ejército. Los mejores
yacen entre las naves heridos por dardos o por picas.
Herido de dardo está el Tidida, el esforzado Diomedes.
Herido de pica está Ulises, insigne por su lanza, y Agamenón.
Herido por una flecha en el muslo está también Eurípilo [193].
Y a este otro yo lo acabo de traer del combate
herido por una saeta despedida de la cuerda. Mas Aquiles,
a pesar de su valor, no se preocupa ni se apiada de los dánaos.
¿Es que va a aguardar a que las veloces naves al borde del mar,
muy a despecho de los argivos, ardan en el abrasador fuego,

[192] Sin duda es un vino de calidad, pero no sabemos si el adjetivo alude a la procedencia o al propio tipo.

[193] En realidad, Néstor ha salido del campo de batalla antes de la herida de Eurípilo.

y a que nos maten a uno tras otro? Yo no puedo; mi vigor ya no
es como el que hubo en otro tiempo en mis flexibles miembros.
Ojalá fuera joven y mi fuerza persistiera inconmovible,
como cuando entre los eleos[194] y nosotros surgió una contienda
por el robo de una vacada aquella vez que maté a Itimoneo,
el valeroso Hipiróquida que habitaba en Élide,
al llevarme su ganado como represalia. En defensa de sus vacas
fue herido entre los primeros por una jabalina partida de mi mano
y se desplomó, y sus huestes de campesinos huyeron despavoridas.
Recogimos de la llanura un botín bastante cuantioso:
cincuenta manadas de vacas y otros tantos rebaños de ovejas,
otras tantas piaras de cerdos y tantos talados hatos de cabras,
además de ciento cincuenta yeguas bayas,
todas hembras y muchas con potros bajo ellas.
Todo ello nos fuimos arreando de camino a la nelea Pilo
y de noche llegamos a la ciudad. Neleo tenía el corazón gozoso,
porque a pesar de ir joven al combate había logrado gran éxito.
Al despuntar la aurora, los heraldos con sonora voz mandaron
comparecer a los que eran acreedores en Élide, tierra de Zeus.
Los príncipes pilios se congregaron e iniciaron el reparto:
los epeos tenían deudas contraídas con muchos en comparación
con los pocos que éramos en Pilo, y por ello nos maltrataban.
Nos había maltratado el pujante Hércules cuando vino
en los años anteriores y mató a todos los mejores:
doce habíamos sido los hijos del intachable Neleo,
y yo solo quedaba, pues todos los demás habían perecido;
muy engreídos por esto, los epeos, de broncíneas túnicas,
nos ultrajaban y maquinaban contra nosotros inicuas acciones.
El anciano una manada de vacas y un gran rebaño de ovejas
escogió, reservándose trescientas cabezas con sus pastores;
pues con él gran deuda había contraída en Élide, tierra de Zeus:
cuatro caballos triunfadores en certámenes y además el carro,
que habían ido a los juegos, pues por el premio de un trípode

[194] Los habitantes de Élide, llamados epeos en otros pasajes.

iban a correr [195]. Augías, soberano de hombres, allí los había
retenido y al cochero había expulsado, triste por los caballos.
El anciano, airado por estos desmanes de palabra y de obra,
escogió para sí un lote inenarrable y dio lo demás al pueblo
para repartirlo y que nadie se fuera privado del lote adecuado.
Nosotros fuimos disponiendo cada cosa y en torno de la ciudad
ofrendamos sacrificios a los dioses. Al tercer día, todos
juntos, numerosos hombres y solípedos caballos, nos invadieron
en masa. Entre ellos venían armados los dos Molíones [196],
aún niños y todavía no muy expertos en el impetuoso coraje.
Hay una ciudad llamada Trioesa [197], escarpada colina lejana,
a orillas del Alfeo, en los confines de la arenosa Pilo;
y la sitiaron, furiosos por arrasarla.
Y cuando ya habían atravesado la llanura entera, ante nosotros
llegó de noche Atenea como mensajera, corriendo desde el Olimpo
para dar la alarma, y reunió en Pilo a la hueste, que no sólo
no mostró desgana, sino gran ansia por combatir. Neleo no me
permitía armarme y me escondió los caballos,
pues decía que yo aún desconocía las empresas de la guerra.
Pero aun así sobresalí entre nuestros cocheros,
a pesar de ser infante, porque Atenea condujo la contienda así.
Hay un río, el Minieo, que desemboca en la costa
cercana a Arena, donde aguardábamos la brillante Aurora
los cocheros pilios en tanto afluían las tribus de infantes.
Desde allí, equipados con las armas, en masa
llegamos a mediodía al sagrado caudal del Alfeo.

---

[195] Aunque no hay una mención explícita de los juegos de Olimpia en Élide, es probable que la idea de que los eleos habían robado a Neleo un carro y cuatro caballos (quizá dos equipos para el mismo carro) proceda del recuerdo de las celebraciones olímpicas, que, por otro lado, no tenían como premio un trípode, sino una corona. Según la tradición conocida por documentos posteriores a Homero, los juegos fueron fundados por Hércules después de la muerte de Augías.

[196] Ctéato y Éurito, mencionados en II 621, hijos gemelos de Posidón.

[197] Debe de ser otro nombre de Trío, en la ribera del Alfeo.

Allí hicimos bellos sacrificios en honor del prepotente Zeus,
así como un toro al Alfeo, otro toro a Posidón
y una vaca de la manada a la ojizarca Atenea.
Tomamos luego la cena en el campamento divididos en grupos
y nos acostamos, cada uno con sus armas,
a ambas orillas del río. Por su parte, los magnánimos epeos
ya estaban asediando la ciudad, furiosos por arrasarla.
Pero antes se les mostró patente la magna tarea de Ares,
pues cuando el sol con su luz sobrepasó el horizonte,
trabamos batalla invocando a Zeus y a Atenea.
Nada más empezar la contienda entre pilios y epeos, fui quien
primero capturó a un hombre y se llevó sus solípedos caballos;
fue al lancero Mulio, que era yerno de Augías,
pues tenía por esposa a su hija mayor, la rubia Agamede,
que conocía tantas medicinas como cría la ancha tierra.
Según se acercaba, le acerté con la lanza, guarnecida de bronce.
Se desplomó en el polvo, y yo salté dentro de la caja del carro
y me planté con los combatientes delanteros. Los magnánimos epeos
huyeron aterrados en todas direcciones al ver caer al guerrero
que era el jefe de los cocheros y sobresalía en la lucha.
Mas yo arremetí contra ellos, semejante a un oscuro vendaval,
y capturé cincuenta carros y, a ambos lados de cada uno,
a dos hombres hice morder el polvo, doblegados bajo mi lanza.
Y entonces habría arrasado a los dos Molíones, hijos de Áctor,
si su padre, el sacudidor de la tierra, señor de anchos dominios,
no los hubiera salvado del combate tapándolos con tupida bruma.
Aquel día Zeus otorgó a los pilios una gran victoria,
pues los estuvimos persiguiendo a través de la vasta llanura,
matando a los hombres y reuniendo sus bellas armas,
hasta que penetramos con los carros en Buprasio, rica en trigo,
en la región de la roca Olenia el lugar que colina de Alesio
llaman. Desde allí Atenea hizo que la hueste volviera atrás.
Allí maté y dejé al último guerrero. Los aqueos de regreso
de Buprasio guiaron a Pilo los ligeros caballos y todos daban
gracias entre los dioses a Zeus y a Néstor entre los hombres.

Así era yo, si este pasado alguna vez ocurrió. Pero Aquiles
va a ser el único que se beneficie de su bravura. Estoy seguro
de que se arrepentirá y llorará mucho cuando la hueste perezca.
¡Mi tierno amigo! A ti fue a quien Menecio confió sus encargos
aquel día en que te envió de Ftía ante Agamenón.
Ulises, de la casta de Zeus, y yo estábamos allí dentro
y escuchamos muy bien todo lo que en el palacio te encomendó.
Habíamos llegado a las bien habitadas moradas de Peleo
mientras reclutábamos la hueste por Acaya, nutricia de muchos.
Y fue entonces cuando allí dentro hallamos al héroe Menecio,
a ti, y a Aquiles al lado. Peleo, el anciano conductor de carros,
asaba en honor de Zeus, que se deleita con el rayo, pingües
muslos de buey en la cerca del patio y tenía una áurea copa para
verter libaciones de rutilante vino sobre las ardientes víctimas.
Los dos os ocupabais de la carne del buey, y fue entonces
cuando nos presentamos en el pórtico. Saltó atónito Aquiles
y nos condujo de la mano al interior, nos invitó a tomar asiento
y sirvió los ricos presentes que son debidos a los huéspedes.
Después de deleitarnos con la comida y la bebida,
yo tomé la palabra el primero para invitaros a acompañarnos;
ambos aceptasteis gustosos, y ellos os dieron muchos encargos.
El anciano Peleo encomendó a su hijo Aquiles [198]
descollar siempre y sobresalir por encima de los demás,
y a ti Menecio, hijo de Áctor, te hizo estas recomendaciones:
'¡Hijo mío! Por linaje Aquiles es superior;
pero tú tienes más edad, aunque él en fuerza sea muy superior.
Por eso dirígele sagaces palabras y dale buenos consejos
y buenas indicaciones. Él te hará caso, pues es para su bien' [199].
Eso te encomendaba el anciano, y tú lo olvidas. Mas aún ahora
deberías decir eso al belicoso Aquiles a ver si te hace caso.

---

198 Véase IX 254 ss., donde Ulises recuerda los encargos que Peleo hizo a Aquiles al partir.

199 El papel de consejero le fue atribuido a Fénix, según este mismo cuenta en IX 442 ss.

¿Quién sabe si con la ayuda de una deidad conmueves su ánimo
con los consejos? Buena es la advertencia de un compañero.
Y si es que trata de eludir en sus mientes algún vaticinio
y le ha revelado algo de parte de Zeus su augusta madre,
que al menos te envíe a ti y que te acompañe la restante hueste
de mirmídones, a ver si resultas ser la salvación de los dánaos.
Y que te dé sus bellas armas para llevártelas a la batalla,
a ver si te confunden con él y renuncian al combate
los troyanos, y los marciales hijos de los aqueos respiran
de su quebranto. Aunque sea breve, es un respiro del combate.
Los no fatigados fácilmente a los fatigados del griterío
podéis empujar a la ciudad lejos de las naves y de las tiendas.»
Así habló, y a él en el pecho se le conmovió el ánimo
y echó a correr bordeando las naves en busca del Eácida Aquiles.
Pero cuando a la altura de las naves del divino Ulises
llegó en su carrera Patroclo, donde el consejo y la justicia [200]
estaban y tenían construidos los altares de los dioses,
allí se topó con el herido Eurípilo [201]
Evemónida, descendiente de Zeus, que con una flecha en el muslo
venía cojeando del combate. Chorros de sudor le manaban
de los hombros y de la cabeza, y de la dolorosa herida
negra sangre brotaba murmurando; mas conservaba firme el sentido.
Al verlo, se apiadó el fornido hijo de Menecio
y lleno de lástima le dijo estas aladas palabras:
«¡Ah desdichados príncipes y caudillos de los dánaos!
¡Así es como lejos de los vuestros y de la tierra patria ibais
a saciar de brillante grasa en Troya a los rápidos perros!
Mas, ea, dime esto, Eurípilo, héroe criado por Zeus:
¿los aqueos resistirán en algún sitio al monstruoso Héctor,
o ya van a extinguirse, doblegados bajo su lanza?»
Por su parte, Eurípilo, herido, lo miró y le dijo:

---

[200] Según VII 383, la asamblea se celebra junto a la nave de Agamenón. La nave de Ulises estaba en el centro según XI 5.

[201] Véase 583.

«¡Patroclo, descendiente de Zeus! Ya no habrá baluarte
útil para los aqueos, sino que caerán en las negras naves.
Pues todos los que hasta hace poco eran los mejores
yacen entre las naves, heridos por disparos o por picas
a manos de los troyanos, cuyo brío se eleva más y más.
Mas tú sálvame a mí y llévame a la negra nave:
extráeme la flecha del muslo, la oscura sangre que brota de él
lávame con agua tibia y espolvorea encima benignas medicinas
curativas, remedios que dicen que has aprendido de Aquiles,
a quien enseñó Quirón, el más civilizado de los Centauros[202].
Pues de los médicos, Podalirio y Macaón,
el uno creo que en las tiendas yace con una herida,
necesitado él mismo también de intachable médico,
y el otro sostiene feroz lucha en la llanura troyana.»
Díjole, a su vez, el fornido hijo de Menecio:
«¿Cómo obrar ahora entonces? ¿Qué haremos, héroe Eurípilo?
Voy de camino a comunicar al belicoso Aquiles el encargo
que me ha encomendado el anciano Néstor, amparo de los aqueos.
Pero ni aun así te dejaré en medio de tu quebranto.»
Dijo, y lo cogió por el torso y llevó al pastor de huestes
a su tienda. Al verlo, su escudero puso debajo bovinas pieles.
Lo tendió encima y con el cuchillo le extrajo del muslo
el agudo dardo, rodeado de asta de pino. La oscura sangre
le lavó con agua tibia y luego le aplicó una amarga raíz,
previamente machacada a mano, aletargadora del dolor, que todos
sus sufrimientos calmó. La úlcera se secó y cesó la hemorragia.

[202] Es difícil conciliar esta afirmación con el contenido del discurso de Fénix en IX 434 ss.

CANTO XII

Mientras en las tiendas el fornido hijo de Menecio [203] curaba así la herida de Eurípilo, continuaban luchando los argivos y los troyanos en tropel. Y he aquí que no iba a resistir ya la fosa de los dánaos ni por fuera el ancho muro que en defensa de las naves habían fabricado y con una fosa rodeado —sin ofrendar antes a los dioses ínclitas hecatombes—, para que las veloces naves y el copioso pillaje que había dentro les protegiera. Realizado contra la voluntad de los dioses inmortales, no se mantuvo en pie mucho tiempo [204].

Mientras Héctor estuvo vivo y duró la cólera de Aquiles y la ciudad del soberano Príamo estuvo libre de saqueo, todo ese tiempo se mantuvo en pie el alto muro de los aqueos. Pero cuando de los troyanos murieron todos los mejores y muchos argivos habían sucumbido y sólo quedaban algunos, y cuando la ciudad de Príamo fue saqueada en el décimo año y los argivos se marcharon en las naves a su patria, entonces Posidón y Apolo tomaron la resolución de asolar el muro, concentrando en él el ímpetu de los ríos que desde las montañas del Ida fluyen al mar: el Reso, el Heptáporo, el Careso y el Rodio [205],

---

[203] El título que los escolios atribuyen a este canto es 'la batalla del muro'.

[204] Ya en el mismo día cayeron, presumiblemente, algunas partes; véase 399 y XV 361.

[205] Los ríos mencionados en este verso, así como el Gránico, citado en

el Granico y el Esepo, el Escamandro, de la casta de Zeus,
y el Simoente, donde muchos escudos, despojos de bueyes, y yelmos
habían caído en el polvo a la vez que la raza de los semidioses [206].
Febo Apolo volvió hacia la misma dirección los cauces de todos
y durante nueve días lanzó su caudal contra el muro. Zeus llovió
sin tregua, para anegar el muro y hacerlo navegable cuanto antes.
El propio agitador del suelo con el tridente en las manos
iba en cabeza y con las olas desbarataba todos los cimientos
de troncos y piedras, colocados a duras penas por los aqueos.
Alisó toda la orilla del Helesponto, de imponente oleaje,
volvió a cubrir de arena la extensa playa,
asolando el muro, e hizo girar a los ríos para reintegrarlos
al cauce por donde antes vertían el agua de sus bellos caudales.
  Posidón y Apolo más tarde así iban
a dejarlo. Pero entonces lucha y clamor ardían a ambos lados
del bien edificado muro, y crujían los maderos de las torres
acribillados. Los argivos, doblegados por la fusta de Zeus,
resistían acorralados cerca de las huecas naves,
temerosos de Héctor, esforzado instigador de la huida;
y éste se batía igual que antes, semejante a un vendaval.
Como cuando en medio de los perros y de los cazadores
un jabalí o un león se revuelve haciendo gala de su brío;
y ellos se reagrupan formando un compacto muro,
le hacen frente y disparan de sus manos una espesa nube
de venablos; pero su glorioso corazón en ningún momento
se intimida ni amedrenta —su propia valentía lo mata—,
y se revuelve acá y acullá tanteando las filas de hombres
y por donde acomete ceden las filas de los cazadores;
así iba Héctor entre la multitud suplicando a sus compañeros
e instándolos a franquear la fosa. Ni siquiera sus caballos,

---

el verso siguiente, no vuelven a aparecer en Homero. De ellos sólo el Granico es bien conocido y está geográficamente localizado.

206 Es difícil precisar qué designa este término, que sólo aquí aparece en Homero.

de ligeros cascos, se atrevían: relinchaban con potencia parados
en lo alto del borde, pues la fosa echaba atrás de miedo
por su anchura, y ni saltarla ni atravesarla en orden seguido
era fácil. En todo el contorno voladizos cortados a pico
se hundían a ambos lados, y el borde interior con estacas
afiladas, fijadas por los hijos de los aqueos, estaba guarnecido,
espesas y largas, que servían de valladar contra los enemigos.
Un caballo que tirase de un carro, de bellas ruedas, en la fosa
no entraría fácilmente, y los infantes dudaban si lo lograrían.
Entonces Polidamante se presentó ante el audaz Héctor y le dijo:
«¡Héctor y demás jefes de los troyanos y de los aliados!
Insensato es guiar los ligeros caballos a través de la fosa.
Es muy difícil de atravesar, pues está erizada de estacas
puntiagudas y contiguo a ellas está el muro de los aqueos.
Allí no hay medio de descender ni de luchar yendo con carros,
pues es un paso angosto, donde creo que nos herirán.
Si pretende, lleno de malicia contra ellos, arrasarlos del todo
el altitonante Zeus y ansía proteger a los troyanos,
realmente también a mí me gustaría que eso sucediera en seguida
y que los aqueos perecieran aquí lejos de Argos sin dejar nombre.
Pero si se vuelven contra nosotros y hay un contraataque
desde las naves y chocamos con la excavada fosa,
creo que entonces ni siquiera un mensajero podrá ya regresar
a la ciudad ante el ímpetu de los aqueos, si se revuelven.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos:
que los escuderos sujeten los caballos al borde del foso,
y nosotros mismos a pie, equipados con las armas,
sigamos todos a Héctor en compacto grupo. Los aqueos no podrán
resistir si los cabos de la perdición están atados a ellos.»
Así habló Polidamante, y el irreprochable consejo plugo
a Héctor, que al punto del carro saltó a tierra con las armas.
Tampoco los demás troyanos siguieron reunidos sobre los carros;
todos se apearon al ver a Héctor, de la casta de Zeus, hacerlo.
Cada uno encargó entonces a su auriga sujetar
los caballos en buen orden allí, al borde de la fosa,

y ellos se distribuyeron y reagruparon, ordenados
en cinco cuerpos, y se pusieron en marcha tras sus jefes.
Unos iban con Héctor y con el intachable Polidamante;
eran los más numerosos y bravos, y estaban muy ansiosos
de romper el muro y luchar cerca de las cóncavas naves.
También les seguía Cebríones como tercer jefe: con el carro
Héctor había dejado a otro menos valioso que Cebríones [207].
A la cabeza del segundo cuerpo iban Paris, Alcátoo y Agénor;
a la del tercero, Héleno y el deiforme Deífobo,
hijos los dos de Príamo; el tercer jefe era el héroe Asio,
Asio Hirtácida, al que de Arisba habían llevado caballos
fogosos y corpulentos, de orillas del río Seleente.
A la cabeza del cuarto estaba el noble hijo de Anquises,
Eneas, y con él estaban dos hijos de Anténor,
Arquéloco y Acamante, expertos ambos en todo tipo de lucha.
Sarpedón se puso al frente de los muy ilustres aliados [208]
y escogió además para sí a Glauco y al marcial Asteropeo;
pues le pareció que eran decididamente los mejores
en comparación con los demás, aunque él sobresalía entre todos.
Cerraron filas unos y otros con los escudos de curtidos bueyes
y partieron ansiosos, derechos contra los dánaos y seguros
de que ya no resistirían y de que caerían en las negras naves.
Todos los troyanos y aliados, cuya gloria llega de lejos,
obedecieron entonces el plan del irreprochable Polidamante,
excepto Asio Hirtácida, comandante de hombres, que no quiso
dejar allí mismo los caballos y al escudero auriga,
y con carro y todo se acercó a las veloces naves
el insensato: no iba a evitar las funestas parcas
ni, ufano con los caballos y el carro, de las naves

[207] Héctor había escogido a Cebríones como conductor de su carro en VIII 318.

[208] La organización del ejército troyano es diferente en el catálogo de II 816 ss. En particular, los aliados, que aquí forman sólo uno de los cinco grupos, parecen ser más numerosos que los propios troyanos en el catálogo.

iba a regresar de vuelta a la ventosa Ilio;
antes el destino, de infausto nombre, lo envolvió
mediante la pica de Idomeneo, el admirable Deucálida.
Enfiló hacia la izquierda de las naves, justo por donde
los aqueos retornaban de la llanura con los caballos y los carros.
Por allí dirigió caballos y vehículo, y en las puertas
no halló cerradas las hojas ni echada la extensa tranca;
los hombres las tenían desplegadas por si a algún compañero
fugitivo del combate podían salvar y llevar a las naves.
Por allí enderezó altivo los caballos, y otros le siguieron
entre gritos estridentes, seguros de que los aqueos
ya no resistirían y de que caerían en las negras naves;
¡insensatos!, en la puerta hallaron a dos varones excelentes,
soberbios hijos de los lanceros lápitas,
hijo el uno de Pirítoo, el esforzado Polipetes,
y el otro Leonteo, émulo de Ares, estrago de mortales.
Los dos estaban ante las elevadas puertas
de pie, como en las montañas las encinas de elevada copa,
que aguantan todos los días el viento y la lluvia,
asentadas en profundas y dilatadas raíces;
así ambos, confiados en sus brazos y en su fuerza,
aguantaban el ataque del alto Asio sin darse a la huida.
Contra el bien edificado muro con las secas pieles de buey
embrazadas marchaban derechos entre grandes alaridos
en torno del soberano Asio, de Jámeno y de Orestes,
de Adamante Asíada, de Toón y de Enómao.
Mientras aún estaban dentro, a los aqueos, de buenas grebas,
estuvieron incitando un rato a luchar en defensa de las naves.
Pero en cuanto vieron a los troyanos acometer el muro,
entre los dánaos se produjo el clamor y la desbandada,
y ambos se lanzaron fuera de las puertas a emprender la lucha,
parecidos a feroces jabalíes, que en las montañas
acechan la tumultuosa embestida de los hombres y los perros;
se lanzan en oblicuas carreras y tronchan alrededor las plantas
arrancándolas de raíz y ronzan sordamente los dientes,

hasta que alguien les dispara y les quita la vida;
así ronzaba el reluciente bronce sobre los pechos de aquéllos,
acribillados de frente, pues con gran denuedo luchaban,
confiados en las huestes de encima del muro y en su fuerza.
Éstas desde las bien edificadas torres guijarros
tiraban en su propia defensa y en defensa de las tiendas
y de las naves, de ligero curso. Caían al suelo como los copos
que el huracanado viento, al sacudir las umbrías nubes,
derrama espesos sobre la tierra, nutricia de muchos;
así llovían los proyectiles tanto de las manos de los aqueos
como de los troyanos; los cascos emitían un ruido seco al chocar
con aquellas piedras molares, así como los abollonados broqueles.
Entonces lanzó un gemido y se golpeó los dos muslos
Asio Hirtácida, que exclamó entre maldiciones:
«¡Zeus padre, también tú te has hecho amigo de las mentiras
hasta el extremo! Pues estaba seguro de que los héroes aqueos
no iban a resistir nuestra furia ni nuestras inaferrables manos.
Pero igual que las avispas, de dúctil talle, o las abejas
hacen sus casas al borde de un polvoriento camino
y no abandonan su hueca morada, sino que resisten
y luchan por sus crías contra los cazadores de panales,
así éstos, aun siendo sólo dos, rehúsan de las puertas
retirarse y prefieren matar o caer ellos presa de otro.»
Así habló, y ni esta proclama persuadió la mente de Zeus;
pues su ánimo tenía el plan de tender a Héctor la gloria.
Luchaban unos a un lado y otros al otro lado de la puerta;
pero difícil es para mí exponer todo eso como si fuera un dios,
pues por doquier maravilloso fuego se alzaba alrededor del muro
pétreo. Los argivos, aun agobiados por la necesidad,
defendían las naves. Tenían acongojado el ánimo todos los dioses
sin excepción que en la lucha eran patronos de los dánaos.
Los lápitas entablaron combate y entraron en la lid.
Entonces el hijo de Pirítoo, el esforzado Polipetes, acertó
con la lanza a Dámaso en el morrión, de broncíneas carrilleras.
El broncíneo casco no la frenó, y penetró hacia delante

la punta de bronce y rompió el hueso. El cerebro dentro
quedó entero desgarrado y lo doblegó en pleno impulso.
Y a continuación despojó a Pilón y a Órmeno.
Leonteo, retoño de Ares, al hijo de Antímaco,
Hipómaco, le acertó con la lanza, atinando en el cinturón.
Luego desenvainó la afilada espada y, cargando
a través de la muchedumbre, primero asestó un golpe a Antífates
cuerpo a cuerpo, y éste se estrelló de espaldas en el suelo,
y a continuación, a Menón, a Jámeno y a Orestes,
a todos en rápida sucesión, derribó a tierra, nutricia de muchos.
Mientras los despojaban de sus chispeantes armas,
los muchachos que acompañaban a Polidamante y a Héctor,
que eran los más numerosos y bravos, y además los más ávidos
de romper el muro y prender fuego en las naves,
aún vacilaban, quietos al borde de la fosa.
Ansiaban atravesarla, cuando los sorprendió un agüero:
un águila de alto vuelo, bordeando hacia la izquierda la hueste,
que llevaba entre sus garras una monstruosa serpiente encarnada,
viva todavía y palpitante, y sin renunciar aún a su fiereza;
ésta, según iba sujeta, la picó en el pecho junto al cuello
combándose hacia atrás, y el águila la dejó caer al suelo
presa de dolores, tirándola en medio de la multitud,
mientras gañía y seguía su vuelo con los soplos del viento.
Los troyanos se estremecieron al ver la tornasolada culebra,
yaciendo en medio, prodigio de Zeus, portador de la égida.
Entonces Polidamante se presentó ante el audaz Héctor y le dijo:
«¡Héctor! Siempre en las asambleas hallas cómo censurar
los buenos proyectos que expongo, porque no es adecuado
que uno del vulgo exponga opiniones discrepantes en el consejo
o en el combate, sino que incremente constantemente tu poder.
Pero esta vez te voy a decir lo que me parece que es lo mejor.
No debemos ir a luchar con los dánaos alrededor de sus naves.
Pues he aquí lo que creo que se cumplirá, si es cierto que
a los troyanos, ávidos de pasar, les ha llegado el agüero
del águila de alto vuelo, bordeando hacia la izquierda la hueste,

que llevaba entre las garras una monstruosa serpiente encarnada,
viva. De repente la ha soltado antes de llegar al nido
y no ha terminado de transportarla para dársela a sus crías.
Así nosotros, incluso si las puertas y el muro de los aqueos
rompemos atacando con gran brío e incluso si los aqueos ceden,
no nos alejaremos de las naves en orden ni por la misma ruta;
pues dejaremos atrás a muchos troyanos, a quienes los aqueos
seguramente aniquilarán con el bronce en defensa de sus naves.
Así lo interpretaría un vate que con exactitud en su ánimo
conociera los prodigios y mereciera la confianza de las huestes.»
Mirándolo con torva faz replicó Héctor, de tremolante penacho:
«¡Polidamante! Ya no me resulta grato eso que proclamas.
Sabes también imaginar otras ideas mejores que ésa.
Y si es cierto que eso lo propones en serio,
es que los propios dioses te han hecho perder el juicio
y por eso me invitas a olvidarme del retumbante Zeus
y de los planes que él mismo me ha prometido y garantizado.
Y a cambio de eso me ordenas que a aves de desplegadas alas
haga caso. De ellas ni me preocupo ni me importa
que vayan hacia la derecha, o a la aurora y al sol de levante,
o también a la izquierda, hacia el tenebroso poniente.
A lo que hemos de hacer caso es al designio del excelso Zeus,
el soberano de todos los mortales y los inmortales.
El mejor agüero y el único es luchar en defensa de la patria.
¿Por qué tú tienes miedo del combate y de la lid?
Pues aunque todos los demás resultemos muertos alrededor
junto a las naves de los argivos, no hay miedo de que tú
perezcas, porque tu corazón no es aguerrido ni luchador.
Pero si intentas mantenerte lejos de la lid o a algún otro
con tus advertencias y consejos apartas del combate,
no tardarás en perder la vida, abatido bajo mi lanza.»
Tras hablar así, se puso en cabeza, y ellos le siguieron
entre portentoso estruendo. Zeus, que se deleita con el rayo,
levantó desde las montañas del Ida una ráfaga de viento
que arrastraba polvareda recta hacia las naves; y a los aqueos

hechizó el juicio y otorgó la gloria a los troyanos y a Héctor.
Éstos, fiados en los prodigios de Zeus y en su propia fuerza,
pugnaban por romper el alto muro de los aqueos [209].
Arrancaban los modillones de las torres y demolían las almenas,
apalancaban las prominentes pilastras que los aqueos
habían fijado en tierra las primeras como sostén de las torres
y las ahuecaban y minaban con la esperanza de romper el muro
de los aqueos. Pero los dánaos no se replegaban aún de su ruta,
sino que desde las almenas, reforzadas con sus pieles de buey,
disparaban contra los enemigos que llegaban al pie del muro.
Los dos Ayantes daban continuas órdenes y sobre las torres
iban y venían por doquier, estimulando la furia de los aqueos:
a uno con lisonjeras palabras y a otro con rudeza recriminaban,
cada vez que veían a uno flojear demasiado en la lucha:
«¡Amigos! Para todos los argivos, el eminente, el mediano
y el peor —porque no todos los hombres somos iguales
en el combate—, para todos hay ahora trabajo.
También vosotros lo veis aquí. ¡Que nadie se quede atrás
vuelto hacia las naves ahora que ha oído al autor de la arenga!
Marchad adelante con denuedo y animaos mutuamente,
a ver si el fulminador Zeus Olímpico nos concede rechazar
la contienda y acosar a los enemigos hasta la ciudad.»
Con tales gritos estimulaban ambos a los aqueos a luchar.
De ellos, como los copos de nieve caen espesos
un día invernal en el que el providente Zeus se levanta
dispuesto a nevar para exhibir ante los hombres sus venablos;
adormece los vientos y vierte la nieve sin parar hasta cubrir
las cimas de las altas montañas, las cúspides de los oteros,
los prados ricos de forraje y las fértiles labores de las gentes;
además se vierte sobre la canosa costa y en puertos y ensenadas,
y sólo el oleaje lo retiene con sus batidas; y todo lo demás
queda tapado con una capa cuando el temporal de Zeus arrecia;
así de espesas volaban las piedras que hacia ambos lados,

[209] La fosa y la empalizada parecen haber quedado olvidadas.

unas hacia los troyanos, otras desde los troyanos a los aqueos,
se tiraban, y el estrépito subía en toda la extensión del muro.
Ni siquiera entonces los troyanos y el esclarecido Héctor
habrían roto aún las puertas del muro y la extensa tranca,
si el providente Zeus no hubiera lanzado a su hijo Sarpedón
sobre los argivos, cual león sobre bueyes de torcidos cuernos.
Al punto embrazó delante el broquel, por doquier equilibrado,
bello, broncíneo, forjado, que un broncista había fraguado
y en el interior había zurcido apretadas pieles bovinas
con áureas varillas que las atravesaban en todo el contorno.
Sosteniéndolo delante y haciendo oscilar dos lanzas,
echó a andar, cual león montaraz que lleva privado
de carne mucho tiempo, y su arrogante ánimo le impele
a ir a la cerrada alquería y tentar fortuna con el ganado;
incluso si encuentra allí mismo a los pastores
con perros y palos custodiando el ganado,
no se resigna a huir del establo sin hacer una prueba:
o de un salto captura una presa o, si no, él mismo resulta
herido entre los primeros por jabalina procedente de mano veloz;
así entonces el ánimo impulsó a Sarpedón, comparable a un dios,
a cargar contra el muro y a hacer añicos las almenas.
Al momento dijo a Glauco, hijo de Hipóloco:
«¿Para qué, Glauco, a nosotros dos se nos honra más
con asientos de honor y con más trozos de carne y más copas
en Licia? ¿Para qué todos nos contemplan como a dioses
y administramos inmenso predio reservado a orillas del Janto,
fértil campo de frutales y feraz labrantío de trigo?
Por eso ahora debemos estar entre los primeros licios,
resistiendo a pie firme y encarando la abrasadora lucha,
para que uno de los licios, armados de sólidas corazas, diga:
'A fe que no sin gloria son caudillos en Licia
nuestros reyes, y comen pingüe ganado
y beben selecto vino, dulce como miel. También su fuerza
es valiosa, porque luchan entre los primeros licios.'

¡Tierno amigo! ¡Ojalá por sobrevivir a esta guerra fuéramos
a hacernos para siempre incólumes a la vejez y a la muerte!
¡Tampoco yo entonces lucharía en primera fila
ni te enviaría a la lucha, que otorga gloria a los hombres!
Pero como, a pesar de todo, acechan las parcas de la muerte
innumerables, a las que el mortal no puede escapar ni eludir,
¡vayamos! A uno tributaremos honor o él nos lo tributará.»
Así habló, y Glauco ni se dio la vuelta ni desobedeció,
y ambos avanzaron rectos con la alta tribu de los licios.
Al verlos, se estremeció el hijo de Péteo, Menesteo;
pues enfilaban su parapeto, llevando consigo el desastre.
Recorrió con la mirada el parapeto aqueo con la esperanza de ver
a un príncipe capaz de apartar de sus compañeros la catástrofe.
Y divisó a los dos Ayantes, insaciables de combate,
parados, y a Teucro, recién llegado de la tienda, cerca [210].
Mas no había medio de gritar como para que les llegara su voz:
tanto era el ruido —y el griterío llegaba al cielo—
de los impactos en los escudos y yelmos, de cimeras con crines,
y en las puertas; pues todas estaban atrancadas, y detenidos
ante ellas trataban de irrumpir, rompiéndolas por la fuerza.
Al punto envió al heraldo Tootes en busca de Ayante:
«¡Ve, Tootes, de la casta de Zeus! Corre a llamar a Ayante,
o, a ser posible, a los dos: eso sería lo mejor de todo;
pues pronto por aquí se va a abrir el abismo de la ruina.
Tal presión ejercen ahora los capitanes de los licios,
que ya antes apretaban con empuje en las violentas batallas.
Si también allí el esfuerzo y la contienda se han suscitado,
que al menos venga solo el fornido Ayante Telamonio,
y que le acompañe Teucro, diestro en el arco y sus aparejos.»
Así habló, y no desobedeció el heraldo apenas oírle.
Echó a correr por el muro de los aqueos, de broncíneas túnicas,
y al llegar se detuvo ante los Ayantes y al instante les dijo:

---

[210] Cf. VIII 334.

«¡Ayantes, príncipes de los argivos, de broncíneas túnicas!
El hijo de Péteo, criado por Zeus, os solicita que vayáis
allí a afrontar el esfuerzo, aunque sólo sea un momento,
a ser posible los dos: eso sería con mucho lo mejor de todo;
pues pronto allí se va a abrir el abismo de la ruina.
Tanta presión ejercen ahora los capitanes de los licios,
que ya antes apretaban con empuje en las violentas batallas.
Si también aquí el esfuerzo y la contienda se han suscitado,
que al menos vaya solo el fornido Ayante Telamonio,
y que le acompañe Teucro, diestro en el arco y sus aparejos.»
Así habló, y no desobedeció el alto Ayante Telamonio,
que al punto dijo al Oilíada estas aladas palabras:
«¡Ayante! Vosotros dos, tú y el esforzado Licomedes, aquí
quedaos a pie firme e instad a los dánaos a luchar con fuerza.
Yo voy a acudir allí a afrontar el combate.
Regresaré en cuanto les haya prestado eficaz auxilio.»
Tras hablar así, se alejó Ayante Telamonio,
y con él fue Teucro, hermano e hijo del mismo padre,
y también marchó Pandión con el tortuoso arco de Teucro.
Al llegar al parapeto del magnánimo Menesteo avanzando
por la cara interna del muro, los hallaron en gran aprieto.
Ascendían ya las almenas, iguales a la tenebrosa borrasca,
los valientes príncipes y caudillos de los licios;
con ellos trabaron lucha frontal, y se elevó el griterío.
Ayante Telamonio fue el primero en matar a un hombre,
un compañero de Sarpedón, el magnánimo Epicles, a quien
acertó con un aristado guijarro que había dentro del muro,
enorme, en lo más alto de la almena. Con facilidad, ni siquiera
en plena juventud lo habría sujetado con ambas manos un hombre
de los mortales actuales. Mas él lo alzó y lo arrojó de lo alto.
Le machacó el morrión de cuatro mamelones y aplastó los huesos
de la cabeza en una masa. Como acróbata que se zambulle
cayó del elevado parapeto, y el ánimo abandonó sus huesos.
Teucro a Glauco, el esforzado hijo de Hipóloco,
lanzado al asalto del elevado muro, le acertó con una saeta

por donde le vio el brazo desnudo y lo dejó fuera de combate.
Saltó atrás lejos del muro, a escondidas para que ningún aqueo
notara que estaba herido y profiriera palabras jactanciosas.
Sarpedón se llenó de aflicción ante la retirada de Glauco
en cuanto lo advirtió; pero no se olvidó de la lid
y al Testórida Alcmaón atinó con la lanza y se la hundió.
Le extrajo la pica, y siguiendo la ruta del asta, cayó aquél
de bruces, y las armas, centelleantes de bronce, claquetearon.
Entonces Sarpedón agarró el almenar con sus robustas manos
y tiró de él, y éste siguió su impulso en toda su extensión.
El muro quedó desnudo encima, abriendo una avenida para muchos.

Ayante y Teucro actuaron de consuno: éste con una saeta
le acertó en el luciente tahalí que sujetaba en torno del pecho
el broquel, que cubre entero al mortal; mas Zeus alejó la parca
de su hijo y evitó que sucumbiera junto a las popas de las naves.
Ayante dio un salto y le envasó el broquel; no lo atravesó,
ni penetró la pica, pero repelió su furioso ataque.
Retrocedió un poco del almenar; pero no llegó del todo
a retirarse, pues su ánimo esperaba alzarse con la gloria.
Se revolvió y arengó a los licios, comparables a dioses:

«¡Licios! ¿Por qué aflojáis en vuestro impetuoso coraje?
Difícil es para mí, por muy valiente que sea, romperlo
solo y abrir para nosotros una senda junto a las naves.
¡Actuad conmigo! Cuantos más se sea mejor será la obra.»

Así habló, y temerosos de la increpación del soberano,
cargaron con nuevos bríos en torno a su consejero y protector.
Al otro lado, los argivos cerraron las filas de los batallones
en la cara interna del muro. Una gran tarea se les presentaba;
pues ni los valientes licios eran capaces de romper
el muro de los dánaos y abrirse una senda junto a las naves,
ni tampoco los lanceros dánaos eran capaces de rechazar
del muro a los licios, una vez que habían logrado acercarse.
Por el contrario, como dos hombres riñen por unos mojones
en un labrantío comunal con los instrumentos de medir en la mano
y en un reducido espacio disputan por una partición igual,

así a ellos sólo las almenas les separaban, y encima de éstas
se destrozaban las bovinas pieles en torno del pecho,
los circulares broqueles y las aladas rodelas unos a otros.
Muchos se herían en el cuerpo con el despiadado bronce,
bien porque alguno al girar dejaba la espalda al desnudo
mientras se batía, y muchos porque les traspasaban el broquel.
Por doquier las torres y las almenas estaban regadas
de la sangre humana de ambos tropeles, de troyanos y de aqueos.
Pero ni así eran capaces de provocar la huida de los aqueos,
que se sostenían como la balanza una trabajadora escrupulosa
que, con el peso en un lado y la lana en el otro, la suspende
y equilibra, para ganar un miserable jornal para sus hijos;
así de equilibrada estuvo la lucha y el combate de éstos
hasta el momento en que Zeus otorgó gloria superior a Héctor
Priámida, que irrumpió el primero en el muro de los aqueos.
Y exclamó con penetrante voz, vociferando a los troyanos:
«¡Adelante, troyanos, domadores de caballos, romped el muro
de los argivos y prended en las naves el maravilloso fuego!»
Así habló para estimularlos; los oídos de todos le oyeron
y en compacto tropel marcharon derechos contra el muro. Y ya
iban ascendiendo a los modillones con las encastradas lanzas,
cuando Héctor agarró y levantó un peñasco que ante las puertas
se erguía, ancho por la base y en la parte de arriba
puntiagudo. Los dos hombres mejores de su pueblo no lo habrían
levantado con facilidad del suelo para cargarlo en una carreta
como son ahora los mortales, mas él lo blandió solo fácilmente;
se lo había tornado liviano el taimado hijo de Crono.
Como cuando un pastor carga sin fatiga el vellón de un carnero,
cogiéndolo con una sola mano, y su peso le oprime bien poco,
así Héctor alzó y llevó el peñasco derecho hacia las hojas
que cerraban con solidez las puertas, ajustadas de modo robusto
y hechas con elevados batientes. En el lado interior dos trancas
haciendo juego las sujetaban, y una sola llave las ensamblaba.
Fue y se detuvo muy cerca, y lo tiró al centro, bien asentado
y estribando sobre las piernas para hacer más eficaz el impacto.

Hizo saltar ambos quicios; la piedra cayó dentro con enorme peso, y las puertas rechinaron al abrirse de par en par. Ni las trancas aguantaron, y las hojas se separaron cada una por su lado bajo el golpe del peñasco. El preclaro Héctor penetró impetuoso, con el rostro bajo los ojos como la veloz noche; brillaba el bronce pavoroso que vestía su cuerpo y en las manos dos lanzas empuñaba. Nadie que le hubiera hecho frente lo habría detenido, excepto los dioses, cuando traspuso las puertas; sus ojos fuego llameaban. Se revolvió hacia la multitud y arengó a los troyanos para que asaltasen el muro, y ellos hicieron caso de su arenga. Al instante, unos traspasaron el muro y otros por las propias fabricadas puertas penetraron como riada; y los dánaos huyeron entre las huecas naves, y el bullicio se hizo insondable.

CANTO XIII [211]

Zeus, tras acercar a los troyanos y a Héctor a las naves,
los dejó junto a ellas soportando los quejidos y la fatiga
sin desfallecer, y desvió lejos sus brillantes ojos
para contemplar las tierras de los tracios, pastores de recuas,
los misios, luchadores cuerpo a cuerpo, los nobles hipemolgos,
que se nutren de leche, y los abios, las personas más justas [212].
Pero en dirección de Troya ya no volvió más los brillantes ojos,
pues no podía imaginar en su ánimo que alguno de los inmortales
fuera a socorrer a los troyanos o a los dánaos [213].
No montaba vigilancia ciega el poderoso sacudidor del suelo;
pues también él admiraba el combate y la lucha, sentado
en lo alto, sobre la más alta cima de la boscosa Samotracia [214].
Desde allí se mostraba a la vista todo el Ida,
y aparecía la ciudad de Príamo y las naves de los aqueos.
Se había sentado allí al salir del mar y compadecía a los aqueos,
que sucumbían ante los troyanos, y albergaba fuerte ira contra Zeus.

---

[211] El canto XIII, que en la Antigüedad recibió el título de 'Batalla junto a las naves', narra en su mayor parte las hazañas *(aristía)* de Idomeneo y la intervención de Posidón en la lucha en apoyo de los aqueos.

[212] Zeus está aún sobre el Ida (cf. XI 182) y dirige sus miradas al norte, al lado opuesto de la Propóntide, donde habitaban los pueblos que menciona.

[213] Cf. VIII I ss.

[214] En efecto, se dice que desde la altura central de la isla de Samotracia se divisa la llanura troyana más allá de la isla intermedia de Imbros.

Al punto descendió de la escabrosa montaña, caminando
a raudas zancadas. Temblaban los extensos montes y el bosque
bajo los inmortales pies de Posidón, según iba avanzando.
Tres veces tendió el paso y a la cuarta llegó a su meta,
Egas [215], en cuyos encharcados abismos sus ilustres moradas
están construidas, chispeantes de oro y siempre inconsumibles.
Una vez allí, unció al carro dos caballos, de pezuñas
broncíneas, vuelo ligero y crines áureas que les ondeaban.
Se vistió de oro su cuerpo, asió la tralla áurea,
bien fabricada, montó en el carro y partió sobre las olas.
A su paso los monstruos marinos hacían fiestas con cabriolas
desde sus cubiles por doquier, y nadie ignoró a su soberano.
El mar se hendía de alegría abriendo paso; los caballos volaban
muy ágilmente, y debajo el broncíneo eje ni siquiera se mojaba:
así lo llevaban los caballos, de ágiles brincos, a las naves de los aqueos.

Hay una ancha gruta en la sima de los encharcados abismos
entre medias de Ténedos y de la escabrosa Imbros.
Allí detuvo los caballos Posidón, el sacudidor de la tierra,
los desunció del carro y les echó inmortal pienso
para comer. En las patas les puso áureos grilletes
imposibles de romper y desatar, para que aguardaran allí quietos
el regreso del soberano, y marchó al campamento de los aqueos.

Los troyanos, como la llama o el huracán, en compacto tropel
seguían, llenos de desmedida furia, a Héctor Priámida
entre alboroto y alaridos. Tenían la esperanza de conquistar
las naves de los aqueos y matar allí a todos los paladines.
Pero Posidón, dueño de la tierra, agitador del suelo,
salió del profundo mar e instó a los argivos,

---

[215] Es raro que para viajar de Samotracia a Troya recoja su carro en Egas (localidad donde había un culto de Posidón, cf. VIII 203), tanto si es la ciudad de Acaya como si es la de Eubea. Una y otra Egas están más lejos de Troya que Samotracia. Quizá se refiere a otra localidad desconocida que tenía el mismo nombre.

tomando la figura y la inquebrantable voz de Calcante.
A los dos Ayantes se dirigió primero, ya ardorosos de por sí [216]:
«¡Ayantes! Vosotros dos salvaréis la hueste de los aqueos,
si os acordáis de vuestro coraje y no de la heladora huida.
En otros sitios no tengo yo miedo de las inaferrables manos
de los troyanos, que acaban de traspasar en masa el alto muro;
pues los aqueos, de buenas grebás, los contendrán a todos.
Pero donde tengo atroz miedo de que nos pase algo es por aquí,
por donde viene como jefe, semejante a la llama, el rabioso
Héctor, que se jacta de ser hijo del muy brioso Zeus [217].
Ojalá un dios os infunda en vuestras mientes la decisión
de resistir vosotros con firmeza y mandar lo mismo a los demás.
En ese caso, a pesar de su ímpetu lo rechazaríais de las naves,
de ligero curso, aunque el propio Olímpico lo incite.»
Dijo, y el dueño de la tierra y agitador del suelo
con el bastón tocó a ambos y los llenó de esforzada furia
y tornó ágiles sus miembros, tanto las piernas como los brazos.
Y como el gavilán de ligeras alas se echa a volar,
cuando, elevándose desde una abrupta y enorme roca,
se lanza por la llanura en persecución de otro pájaro,
así se alejó de ellos Posidón, el sacudidor de la tierra.
De los dos, lo reconoció antes el veloz Ayante, hijo de Oileo,
y al punto dirigió la palabra a Ayante, hijo de Telamón:
«¡Ayante! Es uno de los dioses, dueños del Olimpo, el que
bajo la figura del adivino nos manda luchar junto a las naves.
Ése no es Calcante, el vaticinador de agüeros;
gracias a la impronta de sus pies y pantorrillas por detrás

[216] Dado que la última vez que fue mencionado Ayante Telamonio (XII 366) estaba separado de Ayante, el hijo de Oileo, cabría pensar que 'los dos Ayantes' se refiere aquí a Ayante Telamonio y a su hermano Teucro, aunque véase 66 s.

[217] La expresión es hiperbólica: Héctor nunca se jacta de ser hijo de Zeus, aunque Posidón le atribuye un comportamiento tan presuntuoso como si se jactara de serlo.

lo he reconocido con facilidad al alejarse: bien se conoce
a los dioses. Además mi propio ánimo en el pecho
siente ahora más vivos deseos de combatir y de luchar,
y arden de ansia tanto mis piernas como mis brazos.»
Y en respuesta le dijo Ayante Telamonio:
«También mis inaferrables manos alrededor del asta ahora
arden de ansia, la furia se me ha desatado y los pies debajo
ya están lanzados. Tengo ganas de ir a luchar, aunque sea solo,
contra Héctor Priámida, a pesar de su desmedida furia.»
Así conversaban con tales razones, alegres
por la belicosidad que el dios había infundido en su ánimo.
En tanto el dueño de la tierra empujó por detrás a los aqueos
que se refrescaban el corazón cerca de las veloces naves.
Los miembros de aquéllos estaban lasos de dolorosa fatiga
y además les embargaba el ánimo la aflicción de ver
que los troyanos acababan de traspasar en masa el alto muro.
Al contemplarlos, se les vertían las lágrimas bajo las cejas,
seguros de no evitar el desastre. Mas el sacudidor de la tierra
fue tras ellos y sin fatiga instó a los esforzados batallones.
Fue primero a exhortar a Teucro y a Leito,
al héroe Penéleo, a Toante y a Deípiro,
y a Meríones y a Antíloco, instigadores del clamor de guerra.
Y para alentarlos les dijo estas aladas palabras:
«¡Vergüenza, argivos, jóvenes muchachos! En vosotros
tengo confianza de que vais a luchar y salvar nuestras naves.
Mas si flojeáis en el funesto combate, está claro
ahora que éste es el día de sucumbir bajo los troyanos.
¡Ay! Una gran maravilla es esta que veo en mis ojos,
maravilla terrible que estaba seguro de que nunca se cumpliría:
que hayan llegado a nuestras naves los troyanos, que antes
parecían despavoridas ciervas que por el bosque
vagan, pasto de chacales, de panteras y de lobos,
sin hacer más que vagabundear acobardadas y sin coraje.
Así eran antes los troyanos, que no querían ni lo más mínimo
resistir de frente ante la furia y las manos de los aqueos

y ahora luchan lejos de la ciudad junto a las cóncavas naves
por culpa de un caudillo y por las desidias de las huestes,
que con la excusa de una disputa con aquél rehúsan defender
las naves, de ligero curso, y se dejan matar entre ellas.
Pero por muy cierto que sea que el responsable completo
es el héroe Atrida, Agamenón, señor de anchos dominios,
por haber injuriado gravísimamente al velocípedo Pelida,
no hay razón para que nosotros flojeemos en el combate.
Sanemos cuanto antes el mal: pueden sanar las mentes nobles.
Ya no hacéis bien en flojear en vuestro impetuoso coraje
todos los que sois los paladines del ejército. Yo no
reñiría con un hombre que decayera en el combate, si es
un miserable; mas con vosotros el corazón me rebosa de enojo.
¡Blandos! Pronto haréis que se agrave el mal
con la actual dejadez. Meteos cada uno en las mientes
vergüenza y pundonor; pues una gran contienda se ha suscitado.
Héctor, valeroso en el grito de guerra, pelea junto a las naves
con denuedo y ha roto las puertas y la extensa tranca.»
Con tal arenga el dueño de la tierra impulsó a los aqueos.
A ambos lados de los dos Ayantes se colocaron los batallones
sólidos, que ni Ares de haber ido allí habría criticado en nada,
ni tampoco Atenea, estímulo de las huestes; pues eran paladines
selectos los que aguardaban a los troyanos y al divino Héctor,
fortificando asta con asta y escudo con escudo unidos por la base.
Se apoyaban broquel en broquel, casco en casco, hombre en hombre.
Los empenachados cascos se tocaban con los brillantes crestones
al menear la cabeza: ¡tan apiñados unos con otros formaban!
Hacían entrelazarse las picas, que en las audaces manos
vibraban, y no tenían otra idea que avanzar y ansiar la lucha.
Los troyanos cargaron en masa compacta con Héctor en cabeza
recto, furibundo, cual roca que rueda corriendo de un peñascal
cuando un río torrencial la resquebraja del borde del roquedo,
al desgajar con indecible aguacero las sujeciones del insolente
peñascal; y vuela por lo alto dando tumbos, a su paso retumba
el bosque, y sigue corriendo sin tropiezo que la detenga hasta

la planicie, donde deja de rodar a pesar del impulso que trae.
Así hubo un rato en que Héctor amenazaba llegar hasta el mar
fácilmente a través de las tiendas y las naves de los aqueos,
sembrando la muerte; pero al topar con los espesos batallones,
se detuvo encajado. Los hijos de los aqueos le plantaron cara,
hostigando con sus espadas y sus picas, de doble moharra,
y lo rechazaron lejos de ellos. Se retiró estremecido
y exclamó con penetrante voz, vociferando a los troyanos:
«¡Troyanos, licios y dárdanos, que lucháis cuerpo a cuerpo!
Permaneced a mi lado. No me frenarán mucho tiempo los aqueos,
aunque ahora se hayan reagrupado y formado un muro compacto,
sino que creo que se replegarán ante mi pica, si es cierto que
me empuja el dios más sublime, el altitonante esposo de Hera.»
Con estas palabras excitó el ánimo y la furia de cada uno.
Entre ellos marchaba respirando altanería Deífobo
Priámida. Sujetaba delante el broquel, por doquier equilibrado,
y andaba con pasos menudos, disimulando los pies bajo el escudo.
Meríones le apuntó con la reluciente lanza
y sin fallar le acertó en el broquel, por doquier equilibrado,
de piel de toro; pero no lo atravesó, pues mucho antes
la luenga asta se partió por el casquete. Deífobo mantenía lejos
de sí el broquel de piel de toro, pero en el ánimo sintió miedo
de la pica del belicoso Meriones. Por su parte, el héroe
se replegó a la turba de los compañeros; atroz ira le invadió,
tanto por la victoria como por la pica que se le había quebrado.
Echó a andar bordeando las tiendas y las naves de los aqueos,
para traerse la larga lanza que se había dejado en la tienda.
Los demás se batían y un inextinguible griterío se elevaba.
Teucro Telamonio fue el primero en matar a un hombre,
al lancero Imbrio, hijo de Méntor, rico en caballos.
Habitaba en Pedeo antes de llegar los hijos de los aqueos
y tenía como mujer a Medesicasta, hija bastarda de Príamo;
pero al llegar las maniobreras naves de los dánaos,
había entrado en Ilio de nuevo y destacaba entre los troyanos
y habitaba junto a Príamo, que lo apreciaba como a sus hijos.

El hijo de Telamón le envasó la larga pica debajo de la oreja
y luego le extrajo la pica, y aquél cayó como el fresno
que en la cima de un monte cuya silueta es visible desde lejos
talado por el bronce desploma al suelo su tierno follaje.
Así cayó, y sus armas, centelleantes de bronce, claquetearon.
Teucro se lanzó, furioso por desnudarle de las armas.
En el momento de atacar, Héctor le disparó la reluciente lanza,
pero él vio venir la broncínea pica de frente y la esquivó
por poco. Y a Anfímaco, hijo de Ctéato Actorión,
que regresaba al combate, acertó en el pecho con la lanza.
Retumbó al caer, y las armas resonaron sobre su cuerpo.
Héctor se abalanzó: el casco, ajustado a las sienes,
quería arrebatar de la cabeza al magnánimo Anfímaco.
En el momento de atacar, Ayante estiró su reluciente lanza
contra Héctor; mas por ningún sitio aparecía su piel, entera
cubierta de bronce pavoroso, e hirió el bollón del broquel,
que la hizo rebotar con gran brío. Se replegó detrás
de los dos cadáveres, y los aqueos los retiraron a rastras:
el de Anfímaco lo reintegraron Estiquio y el divino Menesteo,
jefes de los atenienses, con la hueste de los aqueos,
y el de Imbrio, los dos Ayantes, ávidos de impetuosas hazañas.
Como dos leones acosados por los perros, de afilados colmillos,
capturan una cabra y se la llevan por los espesos matorrales
sujetándola en vilo entre las mandíbulas sin rozar el suelo,
así lo sujetaban en vilo los dos Ayantes, provistos de casco,
y le despojaban de las armas. El Oilíada le cercenó la cabeza
del delicado cuello, enojado por la muerte de Anfímaco,
y con una torsión la echó a rodar por la multitud como una pelota,
y delante de los pies de Héctor vino a caer en el polvo.
Entonces Posidón se irritó en lo más hondo del corazón
al ver cómo caía su nieto [218] en la atroz lid
y echó a andar bordeando las tiendas y las naves de los aqueos
para instar a los dánaos y causar duelos a los troyanos.

[218] Su padre, Ctéato, era hijo de Posidón, véase XI 709.

Y le salió al encuentro Idomeneo, insigne por su lanza,
que venía de dejar a un compañero, al que del combate
acababa de sacar herido con el agudo bronce en la corva.
Los camaradas lo transportaron, y él, tras encomendarlo
a los médicos, iba a su tienda, pues aún ansiaba afrontar
el combate. Y le dijo el poderoso sacudidor de la tierra
remedando la voz de Toante, hijo de Andremón,
que era soberano de Pleurón entera y de la escarpada Calidón
de los etolios y que como un dios era honrado entre su pueblo:
«¡Idomeneo, consejero de los cretenses! ¿Adónde han ido
las amenazas que los aqueos proferían contra los troyanos?»
Idomeneo, capitán de los cretenses, le miró y le dijo:
«¡Toante! Ningún hombre ahora es culpable en la medida
en que yo sé; pues todos sabemos combatir.
Ni a nadie domina el exánime miedo ni nadie a la desidia
cede e intenta sustraerse del funesto combate. Pero, sin duda,
he aquí lo que va a ser grato al prepotente Zeus:
que los aqueos perezcan aquí lejos de Argos sin dejar nombre.
Pero tú, Toante, que siempre has sido firme ante los enemigos
y estimulas también a los demás cuando ves a uno desfallecer,
no cejes ahora tampoco y da órdenes a cada guerrero.»
Respondióle entonces Posidón, el sacudidor de la tierra:
«¡Idomeneo! Que ya no regrese de Troya y aquí mismo
se convierta en juguete de los perros aquel hombre
que en el día de hoy deje de combatir por voluntad propia.
Mas, ea, coge las armas y ven aquí. Debemos darnos prisa
juntos, á ver si servimos de provecho, aun siendo sólo dos.
La colaboración torna en algo hasta el valor de los miserables;
y nosotros dos también sabríamos luchar incluso con valientes.»
Tras hablar así, el dios regresó al esfuerzo del combate,
e Idomeneo, nada más llegar a la bien fabricada tienda,
se revistió el cuerpo con las bellas armas y asió dos lanzas.
Luego echó a andar, semejante al rayo que el Cronión coge
en la mano y blande desde el fulgurante Olimpo, cuando muestra
una señal a los mortales: deslumbrantes son sus destellos.

Así brillaba el bronce alrededor del pecho de aquél al correr.
Meríones, su noble escudero, se tropezó con él todavía
cerca de la tienda; había ido a buscar una broncínea lanza
para llevársela. Y le dijo el brioso Idomeneo:
«¡Meríones, hijo de Molo, de raudos pies, el camarada
más querido! ¿Por qué has venido dejando el combate y la lid?
¿Es que estás herido y la punta de un dardo te atormenta?
¿O has venido en busca mía con un mensaje? Te aseguro que
yo tampoco anhelo estar sentado en las tiendas, sino luchar.»
A su vez, el inspirado Meríones le miró y le dijo:
«¡Idomeneo, jefe de los cretenses, de broncíneas túnicas!
He venido a ver si queda en tu tienda alguna pica[219],
para llevármela; pues se me ha roto la que antes tenía,
al golpear el broquel del arrogante Deífobo.
Idomeneo, capitán de los cretenses, le miró y le dijo:
«Las lanzas que quieras, tanto si necesitas una como veinte,
están en la tienda apoyadas en la brillante pared de la entrada.
Son troyanas y se las quito a los que mato; pues no creo ser
de los que se colocan lejos de los enemigos para combatir.
Por eso tengo lanzas, abollonados broqueles,
cascos y corazas, de gallardo resplandor.»
A su vez, el inspirado Meríones le miró y le dijo:
«También yo tengo en la tienda y en la negra nave
muchos despojos de troyanos; pero no están cerca para cogerlos.
Pues te aseguro que tampoco yo me he olvidado del coraje
y que en la lucha, que otorga gloria a los mortales, me coloco
con los primeros cuando la contienda de la batalla se suscita.
Algún otro de los aqueos, de broncíneas túnicas, habrá que no
me haya visto batirme, mas no tú, que creo que lo sabes bien.»
Idomeneo, capitán de los cretenses, le miró y le dijo:
«Sé cómo es tu valía. ¿Qué falta hace que me cuentes eso?
Pues si ahora en las naves seleccionáramos a todos los mejores

[219] Meríones parece haber cambiado de idea en el camino, pues en 168 había indicado que iba a ir a su propia tienda.

para una emboscada, que es donde mejor se distingue la valía
y donde se revela quién es cobarde y quién tiene coraje
—al cobarde se le muda el color, uno se le va y otro le viene,
y su ánimo en la mente no es capaz de estar quedo sin temblor:
cambia de postura, apoya su peso alternando una y otra pierna,
el corazón le palpita en el pecho con fuertes latidos,
imaginando toda clase de parcas, y los dientes le castañetean;
en cambio, al valeroso ni se le muda el color ni en exceso
se intimida al tomar su puesto en una emboscada de guerreros,
e implora entrar cuanto antes en la liza funesta—,
tampoco entonces se podrían criticar tu furia y tus brazos.
Podría ser que en la faena te hirieran con lanza o proyectil,
mas no recibirías el impacto detrás, en el cuello o en la espalda,
sino que vendría al encuentro de tu pecho o de tu ijar,
al acudir ávido a la cita de las primeras líneas de combate.
Mas, ea, no sigamos hablando así como necios
plantados de pie, no sea que uno nos vitupere con insolencia.
En lugar de eso, ve a la tienda y coge la robusta pica.»
Así habló, y Meríones, émulo del impetuoso Ares,
con presteza cogió de la tienda una broncínea pica
y fue tras Idomeneo sin otro interés que el del combate.
Como Ares, estrago para los mortales, va en busca de combate,
y le acompaña la Huida, su esforzada e intrépida hija,
que pone en fuga incluso al guerrero más contumaz;
los dos parten de Tracia armados en pos de los éfiros
o de los magnánimos flegies, y he aquí que sin atender
ni a unos ni a otros dan la gloria a uno de los dos bandos;
así Meríones e Idomeneo, capitanes de guerreros,
marcharon al combate cubiertos de rutilante bronce.
Meríones fue el primero en decir a aquél estas palabras:
«¡Deucálida! ¿Por dónde deseas penetrar entre la multitud?
¿A la derecha de todo el campo, por el centro
o a la izquierda? En ningún lugar como ahí me figuro que llevan
la peor parte en el combate los aqueos, de melenuda cabellera.»
Idomeneo, capitán de los cretenses, le miró y le dijo:

«En las naves del centro hay ya otros para la defensa:
los dos Ayantes y Teucro, el mejor de los aqueos por su destreza
con el arco y valeroso también en la batalla a pie firme;
ellos hostigarán de sobra, por fuerte que sea su ímpetu,
a Héctor Priámida, aunque sea muy esforzado.
Difícil le será, por intenso que sea su ardor de lucha,
salir vencedor de la furia y las inaferrables manos de aquéllos
y prender fuego en las naves, a menos que el propio Cronión
sea quien arroje una ardiente tea en las veloces naves.
El alto Ayante Telamonio seguro que no cederá ante un hombre
que sea mortal, que se nutra de la moltura de Deméter
y que sea vulnerable al bronce y a los enormes guijarros.
Ni siquiera cedería ante Aquiles, rompedor de batallones,
en la lucha a pie firme, aunque en la carrera no pueda rivalizar con él.
Vamos los dos ahí a la izquierda del campo, para cuanto antes
saber si nosotros tributaremos honor a uno o uno a nosotros.»
Así habló, y Meriones, émulo del impetuoso Ares,
partió en cabeza, hasta que llegaron donde le había mandado.
Los troyanos, al ver al propio Idomeneo y a su escudero
con las primorosas armas, semejantes en coraje a la llama,
marcharon todos contra él, arengándose entre la multitud,
y junto a las popas de las naves se suscitó contienda general.
Como cuando los sonoros vientos desencadenan vendavales
el día en que más polvo hay a los lados de los senderos,
y aquéllos reúnen y levantan una enorme nube polvorienta,
así se entabló la lucha de aquéllos, y ansiaban en su ánimo
destrozarse mutuamente entre la muchedumbre con el agudo bronce.
La batalla, asesina de mortales, se erizó con las picas
largas y cortantes de la carne que sostenían; y cegaba los ojos
el broncíneo resplandor que salía de los destellantes cascos,
de las recién bruñidas corazas y de los relucientes escudos
de los que iban al choque. Muy intrépido tendría que haber sido
quien entonces se alegrara al ver la fatiga y no se afligiera.
Con opuestos propósitos los dos pujantes hijos de Crono
preparaban luctuosos dolores para los héroes guerreros:

Zeus planeaba dar la victoria a los troyanos y a Héctor
para glorificar a Aquiles, el de veloces pies, mas no quería
de ninguna manera que la hueste aquea pereciera ante Ilio,
sino sólo glorificar a Tetis y a su hijo, de esforzado ánimo;
y Posidón había ido tras los argivos para ponerlos en marcha
tras emerger en secreto del canoso mar, pues le abrumaba verlos
sucumbir ante los troyanos y albergaba fuerte ira contra Zeus.
Cierto que ambos tienen idéntico linaje y la misma línea paterna,
pero Zeus ha nacido el primero de los dos y sabe más cosas.
Por eso aquél a las claras rehusaba ayudarlos, pero en secreto,
bajo figura humana, despertaba sin cesar el arrojo del ejército.
De la violenta disputa y del combate, que a todos igual doblega,
los dos enlazaron los cabos y ataron sobre ambos bandos el nudo
imposible de romper y desatar, que a tantos dobló las rodillas.
Entonces Idomeneo, aunque ya era entrecano, dando órdenes
a los dánaos, con su ataque infundió miedo entre los troyanos.
Mató a Otrioneo, que, llegado de Cabeso dentro de las murallas,
se había incorporado hacía poco, siguiendo la fama de la guerra
y solicitaba a la primera en belleza de las hijas de Príamo [220],
Casandra, sin aportar regalos, con la promesa de una gran proeza:
expulsar de Troya mal de su grado a los hijos de los aqueos.
El anciano Príamo se lo había prometido y había consentido
en dársela, y él se batía confiado en aquellas promesas.
Idomeneo le apuntó con la reluciente lanza y le acertó con tino
cuando iba caminando con arrogancia; no lo protegió la coraza
broncínea que siempre llevaba, y se le clavó en pleno vientre.
Retumbó al caer, e Idomeneo exclamó exultante por su triunfo:
«¡Otrioneo! Te felicito como a ningún otro mortal,
si es cierto que vas a cumplir todos tus compromisos
con Príamo Dardánida, el que te ha prometido a su hija.
También nosotros prometeríamos y cumpliríamos eso mismo,
y te daríamos a la primera en belleza de las hijas del Atrida,

---

220 La primacía en belleza entre las hijas de Príamo se atribuye a Laódica en III 124 y en VI 252.

trayéndola de Argos para casarse contigo, si con nuestra ayuda
arrasaras la bien habitada ciudadela de Ilio.
Acompáñame: sobre las naves, surcadoras del ponto, pactemos
el matrimonio; que no somos cicateros para ajustar dotes.»

Hablando así, lo arrastraba del pie por la violenta batalla
el héroe Idomeneo, cuando Asio llegó para defenderlo a pie[221]
delante de los caballos, que resoplando sobre sus hombros
siempre llevaba su auriga y escudero. Tenía el ánimo ávido
de herir a Idomeneo. Mas él se anticipó y le acertó con el asta
en el gaznate bajo el mentón y hundió el bronce hasta el fondo.
Se desplomó, como cuando se desploma una encina, un álamo blanco
o un pino talludo que en los montes los carpinteros talan
con recién afiladas hachas para convertirlo en quilla;
así quedó aquél tendido ante los caballos y la caja del carro,
bramando y cogiendo con crispación el ensangrentado polvo.
Atónito, el auriga perdió el sentido hasta entonces conservado
y ni siquiera osó para evitar las manos de los enemigos
volver hacia atrás los caballos. El aguerrido Antíloco le
traspasó con tino la lanza de lleno; no lo protegió la coraza
broncínea que siempre llevaba y se le clavó en pleno vientre.
Éste cayó palpitante fuera de la bien fabricada caja,
y Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, guió los caballos
lejos de los troyanos hacia los aqueos, de buenas grebas.

Deífobo llegó muy cerca de Idomeneo,
afligido por Asio, y disparó la reluciente lanza.
Mas Idomeneo la vio venir de frente y esquivó la broncínea pica,
pues se guareció bajo el broquel, por doquier equilibrado,
cuyo disco, formado por pieles de bueyes y cegador bronce,
llevaba siempre, ajustado con dos duelas. Bajo éste contrajo
todo el cuerpo, y la broncínea pica pasó por encima volando,
mientras el broquel emitía un ruido seco al rozar la pica
sobre su superficie. No la arrojó en vano de su pesada mano,

[221] Aquí termina la historia de Asio, que había comenzado en XII 108 y se había interrumpido en XII 175.

sino que acertó al Hipásida Hipsénor, pastor de huestes,
en el hígado bajo el diafragma y al punto desató sus rodillas.
Deífobo dio un horrible grito de triunfo y exclamó con recia voz:
«¡Es mi turno! ¡Ya no yace Asio sin venganza! A fe mía
que, aunque baje a la morada de Hades, el rudo carcelero,
se alegrará en su ánimo porque le he dado quien le escolte.»
Así habló, y el grito de triunfo afligió a los argivos,
pero sobre todo conmovió el ánimo del belicoso Antíloco.
Mas ni a pesar de la tristeza se desentendió de su compañero,
sino que fue corriendo y lo rodeó y lo cubrió con su escudo.
Dos fieles camaradas le pasaron los brazos sobre sus hombros,
Mecisteo, hijo de Equio, y Alástor, de la casta de Zeus,
y lo llevaron a las huecas naves entre profundos suspiros.
Idomeneo no cejaba en su gran furia y ansiaba sin cesar
cubrir a alguno de los troyanos con la tenebrosa noche
o caer con estrépito por defender del estrago a los aqueos.
Entonces al hijo de Esietes, criado por Zeus,
el héroe Alcátoo, que era yerno de Anquises y estaba casado
con la mayor de sus hijas, Hipodamía, que era la prenda
del profundo amor de su padre y su augusta madre en el palacio
porque descollaba entre todas las de su misma edad
por su belleza, sus labores y su sensatez —también por eso
la había desposado el más bravo guerrero en la ancha Troya—,
a éste entonces a manos de Idomeneo lo doblegó Posidón, que le
hechizó los relucientes ojos y trabó sus esclarecidos miembros.
Pues no pudo ni echar a huir hacia atrás ni esquivarlo:
como a una columna o a un árbol de elevada copa,
de pie e inmóvil, le hirió en pleno pecho con la lanza
el héroe Idomeneo y le rasgó la broncínea túnica
que hasta el momento le había protegido la piel de la ruina
y entonces emitió un ruido seco al rajarse en torno del asta.
Retumbó al caer, y el asta quedó clavada en el corazón,
que con sus palpitaciones hacía vibrar incluso el cuento
de la pica, y pronto le fue relajando la furia el brutal Ares.
Idomeneo dio un horrible grito de triunfo y exclamó con recia voz:

«¡Deífobo! ¿Es que crees que nos figuramos que se compensa
la muerte de tres por la de uno? Y tú eres quien tanto se jacta.
¡Desdichado! Colócate tú mismo frente a mí y verás
cómo es el vástago de Zeus que en mi persona aquí ha llegado.
Zeus primero engendró a Minos, bastión para Creta;
Minos, a su vez, tuvo un hijo, el intachable Deucalión,
y Deucalión me engendró a mí, soberano de muchos hombres
en la ancha Creta. Y ahora las naves me han traído aquí
para tu desgracia, la de tu padre y la de los demás troyanos.»

Así habló, y Deífobo vacilaba entre dos decisiones:
procurarse como compañero a uno de los magnánimos troyanos,
retirándose atrás, o bien probar suerte él solo.
En el curso de sus pensamientos le pareció lo mejor
ir en busca de Eneas. Lo halló el último de la muchedumbre,
quieto: albergaba una cólera incesante contra el divino Príamo,
porque no lo valoraba a pesar de su valor entre los guerreros.
Deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:

«¡Eneas, consejero de los troyanos! Ahora a toda costa
has de defender a tu cuñado, si algo te importan tus parientes.
Venga, acompáñame; defendamos el cuerpo de Alcátoo, que otrora
te crió por ser cuñado tuyo en su morada cuando eras pequeño.
Idomeneo, insigne por su lanza, lo ha despojado.»

Así habló, y en el pecho se le conmovió el ánimo.
Fue tras Idomeneo, sin otro interés que el del combate.
Pero a Idomeneo no le arrebató el temor como a un niño mimado,
sino que aguardó, como en los montes un jabalí fiado en su coraje,
que aguarda la tumultuosa acometida de muchos hombres
en un paraje solitario: se le eriza en lo alto el lomo,
ambos ojos le brillan de fuego, y afila los dientes,
decidido a defenderse de los perros y de los hombres;
así Idomeneo, insigne por su lanza, aguardó sin ceder un paso
el ataque de Eneas, que iba en auxilio del caído. Pero gritó
a sus compañeros, al ver a Ascálafo, a Afareo y a Deípiro,
y a Meríones y a Antíloco, instigadores del clamor de guerra.
Y para alentarlos les dijo estas aladas palabras:

«¡Aquí, amigos! ¡Defendedme, que estoy solo! Miedo atroz
me da el ataque de Eneas, de pies veloces, que viene contra mí
y es muy poderoso para exterminar a los hombres en la lucha.
Tiene además la flor de la juventud, que es el vigor supremo.
Si tuviéramos la misma edad, con el ánimo que tengo, pronto
veríamos si era él o yo quien se llevaba una gran victoria.»
Así habló, y todos, con un solo ánimo en el pecho,
se situaron próximos con los escudos apoyados en los hombros.
Del otro lado, Eneas arengó a sus compañeros,
al ver a Deífobo, a Paris y a Agénor, de la casta de Zeus,
príncipes de los troyanos junto a él. Al punto las tropas
les siguieron, como el ganado los pasos del morueco para beber
después del pasto; y el pastor tiene el alma henchida de gozo;
así a Eneas se le llenó el ánimo de alegría en el pecho
cuando vio la tribu de huestes que se congregaba en torno suyo.
Alrededor del cadáver de Alcátoo atacaron cuerpo a cuerpo
con las largas azagayas. En torno de los pechos el bronce
pavorosamente resonaba cuando entre la multitud unos a otros
se hacían blanco. Dos marciales hombres, sobresalientes
por encima de los demás, Eneas e Idomeneo, émulos de Ares,
anhelaban cortarse uno a otro la piel con el despiadado bronce.
Eneas fue el primero en disparar contra Idomeneo;
pero éste vio venir de frente la broncínea pica y la esquivó.
La punta de la lanza de Eneas se perdió bajo el suelo,
palpitando después de partir en vano de su robusto brazo.
Idomeneo, por su parte, acertó a Enómao en pleno vientre:
rompió la concavidad de la coraza, el bronce vació las vísceras
de sangre y cayó al polvo cogiendo la tierra con crispada mano.
Idomeneo extrajo del cadáver la pica, de luenga sombra,
pero ya no pudo quitarle el resto de su bella armadura
de los hombros, pues los proyectiles lo acosaban.
Ya no era firme su juego de piernas al emprender la marcha
para cargar tras su propia lanza o bien para esquivar otra.
Por eso se protegía del despiadado día en la lucha a pie firme,
pues sus pies ya no eran ágiles para huir y sacarlo del combate.

Iba alejándose al paso cuando le disparó la reluciente lanza
Deífobo, que alimentaba contra él un rencor tenaz y sin tregua.
Mas también entonces falló y acertó con la lanza a Ascálafo,
hijo de Enialio. La robusta pica le traspasó el hombro,
y cayó en el polvo, cogiendo la tierra con crispada mano.
Pero aún no estaba enterado el brutal Ares, de fornida voz,
de que su hijo había caído en la violenta batalla;
en lo alto del Olimpo, bajo áureas nubes estaba sentado,
constreñido por los designios de Zeus, donde los demás [222]
inmortales dioses estaban también retenidos lejos del combate.
  Alrededor del cadáver de Ascálafo atacaron cuerpo a cuerpo.
Deífobo a Ascálafo la reluciente celada
le arrebató, pero Meríones, émulo del impetuoso Ares,
dio un salto y le golpeó el brazo con la lanza. De la mano
se le cayó el atubado yelmo al suelo con estrépito.
Meríones dio un nuevo salto, como un buitre,
le arrancó de lo alto del brazo la robusta pica
y se replegó atrás, dentro de la turba de los compañeros.
Su hermano Polites cogió a Deífobo en volandas por el dorso
y lo sacó del entristecedor combate hasta llegar a los caballos
ligeros, que en la retaguardia de la lucha y del combate
estaban quietos con el auriga y el centelleante carro,
y lo llevaron a la ciudad entre profundos suspiros
abrumado de dolor, con el brazo recién herido manando sangre.
  Los demás se batían, y un inextinguible griterío se elevaba.
Entonces Eneas acometió a Afareo Caletórida, que había girado
contra él, y le golpeó el gaznate con la aguda lanza.
La cabeza se le inclinó a un lado, arrastró encima el broquel
y el casco, y la segadora muerte se desparramó alrededor.
Antíloco, al acecho de Toón, que acababa de darse la vuelta,
cargó contra él y lo hirió, y le seccionó entera la vena

[222] El contenido de estos versos puede integrarse bien con el comienzo de VIII (aunque Zeus no encierra a los dioses en el Olimpo), pero difícilmente con la intervención de Posidón que se acaba de relatar.

que remonta la espalda sin interrupción y llega al cuello.
Entera se la seccionó, y boca arriba cayó en el polvo,
con los dos brazos extendidos hacia los compañeros.
Antíloco atacó y empezó a quitarle las armas de los hombros,
escrutando en todas direcciones. En derredor, los troyanos
aquí y allá herían su ancho y flameante escudo, mas no podían
traspasarlo ni arañar con el despiadado bronce la tierna piel
de Antíloco, pues Posidón, el sacudidor de la tierra,
protegió al hijo de Néstor, aun en medio de muchos dardos.
En ningún momento se hallaba libre de enemigos y entre ellos
se revolvía aquí y allá. Tampoco su pica estaba queda,
y sin pausa la blandía y enroscaba, con la mente atenta
para disparar a alguien o lanzarse con ella cuerpo a cuerpo.
Sus aciertos no escaparon entre la multitud a las miradas
de Adamante Asíada, que le golpeó en pleno escudo
con el agudo bronce, acometiendo desde cerca. Pero anuló
su punta Posidón, de azulada melena, rehusándole su vida.
Una parte permaneció allí, cual estaca consumida por el fuego,
en el escudo de Antíloco, y la otra mitad quedó en el suelo.
Se replegó a la turba de los compañeros, por eludir la parca.
Meríones le siguió según retrocedía y le acertó con la lanza
entre las partes pudendas y el ombligo, donde más
dolorosa es la herida de Ares para los míseros mortales:
allí le clavó la pica. Siguiendo la trayectoria de la lanza,
palpitaba, como un buey al que en los montes los vaqueros
atan por la fuerza con sogas y conducen contra su voluntad;
así palpitó aquél un instante fugaz a causa del impacto,
hasta que llegó cerca y le arrancó la pica de la piel
el héroe Meríones; y la oscuridad le cubrió ambos ojos.
Héleno hundió de cerca a Deípiro en la sien la espada
tracia, enorme, e hizo saltar el yelmo por el aire.
Tras alejarse errante, cayó a tierra, y uno de los aqueos
que se batían lo recogió cuando rodaba entre sus pies;
y a él la tenebrosa noche le tapó con su velo los ojos.

El Atrida Menelao, valeroso en el grito de guerra, presa
de aflicción, fue amenazador contra Héleno, el héroe soberano,
agitando la aguda lanza; y éste retiró la abrazadera del arco.
Los dos ansiaban por igual, uno con la puntiaguda pica
y otro con la flecha que surge de la cuerda, disparar.
El Priámida entonces le acertó en el pecho con la saeta,
en la cavidad de la coraza, y la amarga flecha rebotó lejos.
Como cuando lejos del plano bieldo en una espaciosa era
saltan las habas, de negras pieles, o los garbanzos
bajo el sonoro soplo del viento y la batida del aventador,
tanto trecho desde la coraza del glorioso Menelao
fue errante y se alejó volando la amarga flecha.
También el Atrida Menelao, valeroso en el grito de guerra,
le acertó en la mano con que sujetaba el bien pulido arco,
y la broncínea pica penetró en el arco tras perforar la mano.
Se replegó a la turba de los compañeros, por eludir la parca;
la mano pendía inerte del arco y arrastraba la pica de fresno.
El magnánimo Agénor se la extrajo de la mano
y la vendó con la trenza del tejido vellón de una oveja,
la honda que su escudero llevaba para el pastor de huestes.

Pisandro iba derecho contra el glorioso Menelao:
el cruel destino lo conducía al cumplimiento de la muerte,
para que ante ti, oh Menelao, sucumbiera en la atroz lid.
Cuando ya estaban cerca avanzando el uno contra el otro,
el Atrida falló, y la pica se le desvió a un lado.
Pisandro golpeó el escudo del glorioso Menelao,
pero no pudo impulsar el bronce hasta atravesarlo;
lo frenó el ancho escudo, y la pica se quebró por el casquete.
Lleno de alegría en sus mientes, creía ya tener la victoria.
El Atrida desenvainó la espada, tachonada con clavos de plata,
y saltó sobre Pisandro. Éste sacó de detrás del escudo la bella
hoja broncínea de un hacha, acoplada a un mango de olivo
largo y bien pulido, y a la vez se agredieron uno y otro.
Uno asestó el golpe en el crestón del casco, de tupidas crines,
justo en la cúspide bajo el penacho, y el otro al agresor

en la frente, en el arranque de la nariz. Los huesos crujieron,
y los ojos cayeron ensangrentados junto a sus pies en el polvo.
Se encorvó y cayó, y Menelao, apoyando el pie en su pecho,
le despojó de la armadura y exclamó triunfante:
«Así dejaréis las naves de los dánaos, de rápidos potros,
troyanos insolentes e insaciables del temible clamor de la guerra.
Ya no os falta ninguna otra iniquidad ni ninguna infamia:
a la afrenta que contra mí cometisteis vosotros, viles perras,
sin temer en vuestro ánimo la pesada cólera del tonante Zeus
hospitalario, que un día destruirá vuestra escarpada ciudad,
vosotros que con mi legítima esposa y muchas riquezas tuvisteis
la locura de zarpar a pesar del amistoso trato que os dispensó,
ahora añadís el ansia de en las naves, surcadoras del ponto,
echar el fuego maldito y matar a los héroes aqueos.
Mas acabaréis por frenar a Ares, a pesar de vuestro arrojo.
¡Oh Zeus padre! Afirman que tu sentido supera a los demás
hombres y también dioses, y que de ti depende todo lo de aquí:
¡a qué complacer entonces a estos hombres, autores de ultrajes,
los troyanos, cuyo ardor siempre es inicuo y que no logran
saciarse de la porfía del combate, que a todos por igual doblega!
De todo uno se harta, incluso del sueño y del amor,
del dulce canto y de la intachable danza;
de todo ello se desea saciar el apetito más
que del combate. ¡Sólo los troyanos son insaciables de lucha!»
Tras hablar así y despojarle la ensangrentada panoplia
del cuerpo, se la dio a sus compañeros el intachable Menelao
y luego volvió a mezclarse entre los combatientes delanteros.
Entonces saltó sobre él el hijo del rey Pilémenes,
Harpalión, que a su padre había acompañado a combatir
a Troya y que no llegó de regreso a la tierra patria.
Él fue quien entonces dio al Atrida en pleno escudo con el asta
de cerca; mas no fue capaz de hundir el bronce y atravesarlo.
Se replegó a la turba de los compañeros, por eludir la parca,
escrutando por doquier, por si le herían la piel con el bronce.
Y según se alejaba, Meriones una flecha, guarnecida de bronce,

le arrojó y le acertó en la nalga derecha. La flecha
penetró de frente por la vejiga debajo del hueso,
y quedó sentado allí mismo en brazos de sus compañeros,
exhalando el ánimo, tendido como un gusano sobre el suelo,
mientras su negra sangre brotaba e iba empapando la tierra.
Los magnánimos paflagonios se ocuparon de él:
lo sentaron en el carro y lo condujeron a la sacra Ilio
afligidos; y entre ellos iba su padre vertiendo lágrimas,
y ningún castigo podía expiar la muerte de su hijo [223].
Mucho se irritó Paris en su ánimo por la muerte de aquél,
uno de los muchos paflagonios que eran huéspedes suyos.
Airado por su pérdida, arrojó una flecha, guarnecida de bronce.
Había un cierto Euquénor, hijo del adivino Poliído,
acaudalado y noble, habitante de Corinto,
que ya conocía bien su funesta parca al embarcar:
con frecuencia le había dicho el noble anciano Poliído
que perecería en su palacio a causa de una dolorosa enfermedad
o que entre las naves de los aqueos sucumbiría a los troyanos.
Por eso trataba de eludir tanto la dura multa de los aqueos
como la odiosa enfermedad, para no padecer dolores en su ánimo.
A éste acertó bajo la mandíbula y la oreja; y pronto el ánimo
se fue de sus miembros, y una abominable oscuridad lo apresó.
Así se batían a la manera del ardiente fuego.
Héctor, caro a Zeus, no estaba informado ni sabía
que a la izquierda de las naves le estaban aniquilando
sus huestes los argivos. Pronto el triunfo de los aqueos habría
llegado: de tal modo el dueño de la tierra y agitador del suelo
arengaba a los argivos y prestaba su brío personal a la defensa.
Aún estaba donde había franqueado las puertas y el muro,
al quebrar las espesas filas de los escudados guerreros dánaos.
Allí estaban las naves de Ayante y de Protesilao
varadas sobre la ribera del canoso mar. Algo más arriba estaba

[223] La muerte de Pilémenes, rey de los paflagonios, fue narrada en V 576.

el paraje donde más bajo era el muro edificado, que era donde
con más virulencia se portaban en la lucha hombres y caballos.
Allí los beocios y los jonios, de rozagantes túnicas,
los locrios, los ftíos y los esclarecidos epeos
a duras penas contenían su ataque sobre las naves, y no podían
rechazar lejos de sí al divino Héctor, semejante a la llama,
los guerreros selectos de los atenienses. A la cabeza de éstos
estaba el hijo de Péteo, Menesteo, al que acompañaban
Fidas, Estiquio y el noble Biante. Al frente de los epeos
estaban Megete Filida, Anfión y Dracio.
Al frente de los ftíos, Medón y el combativo Podarces:
el llamado Medón era hijo bastardo del divino Oileo
y hermano de Ayante; pero habitaba en Fílaca,
lejos de su patria, porque había matado a un hombre,
a un hermano de su madrastra Eriópide, esposa de Oileo.
Y el otro era hijo de Íficlo Filácida.
Con sus armas al frente de los magnánimos ftíos
luchaban al lado de los beocios en defensa de las naves.
Ayante, el rápido hijo de Oileo, en ningún momento
se alejaba ya ni lo más mínimo de Ayante Telamonio.
Como dos vinosos bueyes empujan del claveteado arado
en el barbecho con igual ánimo; a ambos lados
de la base de sus cuernos brota copioso sudor;
lo único que separa a los dos es el bien pulido yugo
al avanzar por el surco, y el arado alcanza así la linde;
así estaban ellos codo con codo, firmes uno al lado del otro.
Sin embargo, al Telamoníada muchas y valerosas huestes
acompañaban en calidad de compañeros y le cogían el escudo
cada vez que la fatiga y el sudor llegaban a sus rodillas.
Pero al magnánimo Oilíada no le seguían los locrios,
porque su corazón no tenía resistencia en la lucha a pie firme,
pues no usaban cascos guarnecidos de bronce con tupidas crines
ni tampoco circulares broqueles ni lanzas de vara de fresno;
fiados en sus arcos y en la trenza del vellón de oveja,
le habían acompañado a Ilio y con ellos disparaban luego

sin tregua y quebraban los batallones de los troyanos.
Entonces aquéllos se batían delante con las primorosas armas
contra los troyanos y contra Héctor, de broncíneo casco,
y éstos disparaban escondidos detrás. De su belicosidad ya no
se acordaban los troyanos, pues se arremolinaban las flechas.
Entonces de las naves y de las tiendas con gran desastre
se habrían retirado los troyanos a la ventosa Ilio, de no ser
porque Polidamante se presentó ante el audaz Héctor y le dijo:
«¡Héctor! Bien reacio eres a hacer caso de los consejos.
Como la deidad te ha dotado mejor para las hazañas bélicas,
pretendes también saber más que los demás en el consejo.
Mas no es posible que hayas podido reunir en ti todo a la vez;
pues la divinidad ha otorgado a uno las hazañas bélicas,
a otro la danza, a otro la cítara y el canto,
y a otro Zeus, de ancha voz, le infunde en el pecho juicio
y cordura; y de éste muchas personas obtienen ganancia,
a muchos salva y quien más reconoce su valía es quien lo posee.
Por mi parte, te voy a decir lo que me parece que es lo mejor:
por todos los sitios en torno tuyo arde la corona del combate;
los magnánimos troyanos, ahora que han irrumpido en el muro,
se han alejado con las armas o bien luchan
pocos contra muchos más, dispersos entre las naves.
Por eso retrocede ahora y convoca aquí a todos los paladines.
A partir de ese momento podemos meditar bien todos los planes,
si debemos caer sobre las naves, de muchas filas de remeros,
con la esperanza de que la divinidad quiera darnos la victoria,
o si debemos alejarnos de las naves ahora que estamos indemnes.
Pues me temo que los aqueos logren cobrarse la deuda de ayer,
porque junto a las naves un hombre insaciable de combate
aguarda aún, que no creo que ya vaya a renunciar a la lucha.»
Así habló Polidamante, y el irreprochable consejo plugo
a Héctor, que al punto del carro saltó a tierra con las armas [224]
y dirigiéndose a él le dijo estas aladas palabras:

[224] No se había indicado que Héctor después de traspasar el muro haya vuelto a montar en el carro.

«¡Polidamante! Retén tú aquí a todos los paladines;
y yo acudiré allí a afrontar el combate y regresaré
en cuanto les dé las recomendaciones oportunas.»
Dijo y se lanzó, semejante a un nevado monte,
entre gritos, volando a través de troyanos y de aliados.
A reunirse con el cortés Polidamante Pantoida
todos se precipitaron, al escuchar la orden de Héctor.
Mas éste en busca de Deífobo, del potente soberano Héleno,
de Adamante Asíada, y de Asio, hijo de Hírtaco,
iba y venía delante de las líneas para ver si los hallaba.
Los encontró, pero ya no estaban indemnes ni ilesos:
unos yacían junto a las popas de las naves de los aqueos
sin vida, muertos a manos de los argivos, y otros estaban
dentro de la muralla, heridos por un proyectil o una pica.
Pronto encontró a la izquierda de la lacrimosa batalla
al divino Alejandro, esposo de Helena, de hermosos cabellos,
animando a sus compañeros y estimulándolos a la lucha.
Deteniéndose cerca, le habló con duras palabras:
«¡Calamidad de Paris, presumido, mujeriego y mirón!
¿Dónde tienes a Deífobo y al potente soberano Héleno,
a Adamante Asíada, y a Asio, hijo de Hírtaco?
¿Dónde a Otrioneo? Ahora ha perecido entera hasta los cimientos
la escarpada Ilio. Ahora está seguro el abismo de tu ruina.»
Respondióle, a su vez, el deiforme Alejandro:
«¡Héctor! La pasión te lleva a culpar a un inocente.
Alguna otra vez puede que haya abandonado el combate;
pero no ahora: mi madre no me ha hecho un cobarde completo.
Desde que despertaste la lucha de nuestros compañeros
junto a las naves, estamos aquí peleando contra los dánaos
sin desmayo. Los compañeros por los que inquieres han muerto.
Sólo Deífobo y el potente soberano Héleno
han marchado vivos, ambos golpeados por largas picas
en la mano; y de la muerte los ha librado el Cronión [225].

[225] No se había indicado en 596 ss. que Héleno hubiera abandonado el campo de batalla.

Ahora abre la marcha por donde el corazón y el ánimo te ordenan,
que nosotros te seguiremos llenos de ardor, y te aseguro
que no desfallecerá nuestro coraje mientras haya fuerzas;
más allá de sus fuerzas ni el impulsivo puede combatir.»
Hablando así, el héroe desvió la intención de su hermano.
Echaron a andar hacia donde mayor era la lucha y la contienda,
en torno de Cebríones y del intachable Polidamante,
de Falces, de Orteo y de Polifetes, comparable a un dios,
de Palmis, de Ascanio y de Moris, hijo de Hipotión,
reemplazo recién llegado de Ascania, de fértiles glebas,
la víspera por la mañana [226]. Entonces Zeus los impulsó a luchar.
Iban emulando a un vendaval, de siniestros vientos,
que enviado por el trueno del padre Zeus baja a la llanura
y con desaforado bullicio se funde con la costa, donde muchas
hinchadas olas del fragoroso mar borbotean y unas a otras
se suceden con abombadas crestas de blanquecina espuma.
Así se sucedían los troyanos formados unos tras otros
y chispeantes de bronce seguían a sus jefes.
Héctor iba al frente, semejante a Ares, estrago de mortales,
el Priámida. Embrazaba el broquel, por doquier equilibrado,
con prensadas pieles de buey y copiosa capa de bronce encima.
A ambos lados de sus sienes se agitaba reluciente la celada.
Tanteaba paso a paso por doquier los batallones a los lados,
por ver si cedían ante su lento caminar detrás del broquel;
pero no lograba turbar el ánimo en el pecho de los aqueos.
Ayante fue el primero en retarlo, avanzando a largas zancadas:
«¡Infeliz, acércate! ¿Por qué en vano intentas amedrentar
a los argivos? No somos, sábelo bien, nada novatos en la lid;
con la cruel fusta de Zeus hemos aprendido los aqueos.
Seguro que tu ánimo tiene la esperanza de arrasar las naves;
pero aún tenemos también nosotros manos para defenderlas.
Podría ocurrir que mucho antes vuestra bien habitada ciudad

[226] Hay aquí una pequeña discrepancia con II 862, donde se menciona a Ascanio en el catálogo de los aliados troyanos como presente.

bajo nuestras manos sea conquistada y saqueada.
A ti te aseguro que está próximo el momento en que huirás
e implorarás a Zeus padre y a los demás inmortales
que, más raudos que gavilanes, los caballos, de bellas crines,
te lleven a la ciudad, levantando polvareda en la llanura.»
Apenas habló así, cuando un ave pasó volando a su derecha,
un águila de alto vuelo; la hueste de los aqueos lo vitoreó,
envalentonada con el agüero; y el esclarecido Héctor replicó:
«¡Ayante, embustero y fanfarrón! ¡Qué has dicho!
¡Ojalá fuera tan cierto que hijo de Zeus, portador de la égida,
voy a ser para siempre jamás, que la augusta Hera me alumbró,
y que soy venerado igual que venerados son Atenea y Apolo,
como lo es que el día de hoy traerá la ruina a los argivos!
¡A todos sin excepción! Y tú morirás entre ellos, si osas
oponerte a mi gran lanza, que te desgarrará la delicada piel,
y saciarás a los perros y a las aves de presa de los troyanos
de grasa y de carne, al caer junto a las naves de los aqueos.»
Tras hablar así, abrió la marcha; le siguieron
con portentoso estruendo, y la hueste detrás lo vitoreó [227].
Al otro lado los argivos replicaron con sus vítores sin olvidar
el coraje y plantaron cara al ataque de los más bravos troyanos.
El estruendo de ambos llegó al éter y a los fulgores de Zeus.

---

[227] La continuación del combate entre Héctor y Ayante parece ser el relato de XIV 402 ss.

CANTO XIV [228]

Néstor, aunque estaba bebiendo [229], no dejó de notar
el clamor y dijo al Asclepíada estas aladas palabras:
«Considera, divino Macaón, cómo acabará esta empresa:
aumenta el griterío de los lozanos jóvenes junto a las naves.
Mas sigue tú sentado por ahora bebiendo el rutilante vino,
hasta que Hecamede, de bellos bucles, termine de caldear
los baños calientes y te bañe la ensangrentada herida.
Yo, por mi parte, voy en seguida a un otero a indagar.»
Tras hablar así, cogió el labrado escudo de su hijo
Trasimedes, domador de caballos, que yacía en la tienda,
resplandeciente de bronce; él tenía el broquel de su padre.
Cogió la fornida pica, encastrada con agudo bronce,
se detuvo fuera de la tienda y pronto vio un triste espectáculo:
a los unos desbaratados y a los otros atropellándolos detrás,
los soberbios troyanos; y el muro de los aqueos estaba derruido.
Como cuando el vasto piélago se riza de mudo oleaje
y preludia los veloces senderos de los sonoros vientos
aún en calma, sin echar a rodar ni hacia acá ni hacia allá,
hasta que desciende una decidida brisa procedente de Zeus,
así el anciano con el ánimo desgarrado dudaba entre dos planes:
si penetrar en la muchedumbre de los dánaos, de veloces potros,

---

[228] El tema central del canto XIV es el 'engaño de Zeus', conforme al título que le dio la Antigüedad.

[229] Véase XI 642.

o ir en busca del Atrida Agamenón, pastor de huestes.
Y en el curso de sus pensamientos le pareció lo mejor
ir a ver al Atrida. Mientras tanto, unos y otros se exterminaban
batiéndose, y el intaladrable bronce crujía en los cuerpos
golpeados por las espadas y por las picas, de doble moharra.
Néstor coincidió con los reyes, criados por Zeus,
que, heridos por el bronce, subían de junto a las naves:
el Tidida, Ulises y el Atrida Agamenón.
Pues sus naves estaban varadas muy distantes de la lucha
en la ribera del canoso mar: las primeras cerca de la llanura
estaban varadas, y habían edificado el muro junto a las últimas.
Pues, a pesar de ser muy ancha, la playa no era capaz para
todas las naves en una fila, y las huestes estaban estrechas.
Por eso las habían varado en hileras y habían llenado entera
la enorme boca de la bahía, que dos promontorios cerraban.
Por eso, con el deseo de ver la refriega y el combate
marchaban juntos apoyándose en la pica, y estaba afligido
su ánimo en el pecho. Con ellos coincidió el anciano
Néstor, que sobresaltó en el pecho el ánimo de los aqueos.
Dirigiéndose a él, dijo el poderoso Agamenón:
«¡Néstor Nelida, excelsa gloria de los aqueos!
¿Por qué has dejado el exterminador combate para venir aquí?
Temo que el brutal Héctor cumpla de verdad la amenaza
que profirió una vez ante la asamblea de los troyanos [230]:
que no regresaría de las naves a Ilio
hasta haberlas prendido fuego y haber matado a las gentes.
Eso es lo que proclamó, y todo se está cumpliendo ahora.
¡Ay! Es cierto que también los demás aqueos, de buenas grebas,
guardan ira contra mí en su interior, igual que Aquiles,
y que no quieren luchar junto a las popas de las naves.»
Respondió entonces Néstor, el anciano conductor de carros:
«Es verdad que los hechos están patentes, y ni siquiera
el propio Zeus altitonante puede imaginar algo para mudarlos.

[230] Seguramente se refiere a VIII 188 y 526.

Está derruido el muro en el que teníamos puesta la confianza
de que fuera el inexpugnable valladar nuestro y de las naves.
Y soportan junto a las veloces naves una ineludible lucha
encarnizada; ya no reconocerías, por mucho que escudriñaras,
de qué lado viene la carga en masa que desbarata a los aqueos:
¡en tal confusión mueren, y el griterío llega al cielo!
Deliberemos nosotros sobre cómo obrar, por si el pensamiento
logra algo. En el combate no creo que nosotros debamos
internarnos, pues un herido no tiene medio para luchar.»
Díjole, a su vez, Agamenón, soberano de hombres:
«¡Néstor! Ya que se lucha junto a las popas de las naves
y no nos ha socorrido la construcción del muro ni la fosa
por la que los dánaos padecieron mucho ante la esperanza
de que fuera el inexpugnable valladar nuestro y de las naves,
eso es que lo que va a ser grato al prepotente Zeus es
que los aqueos perezcamos aquí lejos de Argos sin dejar nombre.
Lo sabía cuando nos defendía benévolo a los dánaos,
y lo sé también ahora que a ellos iguala a los felices dioses
y los hincha, y a nosotros nos ata la furia y las manos.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos.
Cuantas naves están varadas en primera fila al borde del mar
remolquémoslas y botemos todas a la límpida mar.
Pongámoslas a flote fondeadas en anclas, hasta que llegue
la inmortal noche, a ver si con ella se apartan del combate
los troyanos; entonces podríamos botar todas las demás naves.
No es vituperable huir del mal ni hacerlo durante la noche.
Mejor es escapar de la desgracia huyendo que dejarse prender.»
Mirándolo con torva faz, replicó el muy ingenioso Ulises:
«¡Atrida! ¡Qué palabra ha salido del cerco de tus dientes!
¡Maldito! A otro ejército que fuera de infames habrías debido
dar señas de mando y no ser soberano nuestro, a quienes Zeus
destinó devanar desde la juventud hasta la vejez un ovillo
de dolorosas guerras, hasta que nos consumamos uno a uno.
¿La ciudad, de amplias calles, de los troyanos ansías así
abandonar, por la que tantas desgracias estamos lamentando?

¡Calla! No sea que algún otro aqueo oiga esa propuesta,
que en absoluto podría salir de la boca de un varón
que sepa en sus mientes expresar cosas sensatas
y sea un portador del cetro a quien obedecen tantas huestes
como las que tú mandas como soberano de los argivos.
Ahora te repruebo, porque has perdido del todo el juicio,
tú que ordenas en pleno combate y en pleno griterío
remolcar al mar las naves, de buenos bancos, para que aún más
motivos de jactancia tengan los troyanos además de su victoria,
y la abrupta ruina se incline más a nuestro lado. Pues los aqueos
no trabarán combate mientras sus naves son remolcadas al mar,
sino que se les irán los ojos a otro lado y cejarán en la lid,
y entonces tu plan será el desastre, comandante de huestes.»
Respondióle entonces Agamenón, soberano de hombres:
«¡Ulises! A lo más hondo del ánimo me ha llegado tu dura
reprimenda. Yo no soy quien manda a los hijos de los aqueos
contra su voluntad remolcar al mar las naves, de buenos bancos.
Ojalá haya ahora quien exponga un proyecto mejor que éste,
sea joven o viejo, pues con gusto yo lo recibiría.»
Y tomó la palabra Diomedes, valeroso en el grito de guerra:
«Cerca está el hombre y no nos demoraremos buscándolo,
si os dignáis atenderme y no me miráis cada uno con rencor
por ser yo el más joven de edad entre vosotros.
También yo me jacto de ser del linaje de un noble padre,
de Tideo, al que en Tebas cubre un montón de tierra.
A Porteo tres intachables hijos le nacieron
y habitaron en Pleurón y en la escarpada Calidón:
Agrio y Melante, y el tercero fue Eneo, conductor de carros,
el padre de mi padre, que entre ellos sobresalía por su valor.
Aquél permaneció allí, y mi padre instaló su morada en Argos,
tras andar errante; pues así lo quiso Zeus y los demás dioses.
Se casó con una de las hijas de Adrasto y habitaba una morada
opulenta de propiedades; tenía abundancia de labrantíos
feraces en trigo, numerosas hiladas de árboles alrededor
y muchos rebaños de ganado; y destacaba entre todos los aqueos

con la pica. Todo eso debéis de haber oído si es verdad.
Por eso, bajo el pretexto de que mi linaje es vil y cobarde,
no deberíais desdeñar el consejo que exponga, si tengo razón.
Ea, vayamos al combate, aun heridos: es nuestra obligación.
Una vez allí, mantengámonos apartados de la liza, al abrigo
de los proyectiles, para no ganar herida sobre herida;
pero estimulemos a los demás y hagamos incorporarse a los que,
por dar pábulo a su ira, se han apartado y no están luchando.»
Así habló, y le oyeron con gusto y le obedecieron.
Y echaron a andar con Agamenón, soberano de hombres, en cabeza.
No montaba ciega vigilancia el ilustre agitador del suelo,
sino que fue tras ellos, tomando la figura de un viejo mortal,
cogió la mano derecha a Agamenón Atrida
y dirigiéndose a él dijo estas aladas palabras:
«¡Atrida! Seguro que ahora el maldito corazón de Aquiles
está alegre en el pecho, contemplando el asesinato y la fuga
de los aqueos, pues no tiene ni el más mínimo sentimiento.
Pero ojalá que él perezca y que la divinidad lo ciegue;
mas a ti ya no te guardan ningún rencor los felices dioses.
Aún habrá un día en que príncipes y caudillos de los troyanos
llenarán de polvo la vasta llanura, y tú los verás en persona
huyendo hacia la ciudad lejos de las naves y de las tiendas.»
Tras hablar así, dio un grito al lanzarse por la llanura.
Como el alarido que profieren nueve mil o diez mil
hombres en el combate, cuando traban la marcial disputa,
tan intensa fue la voz que el poderoso sacudidor de la tierra
emitió de su pecho; y a cada aqueo le infundió gran brío
en su corazón, para combatir y luchar con denuedo.
Hera, la de áureo trono, se incorporó y volvió los ojos
fuera del Olimpo, lejos de un pico, y al punto reconoció,
jadeando por la lucha, que otorga gloria a los hombres,
a su hermano y a la vez cuñado, y se alegró en su ánimo;
y a Zeus sobre la más alta cima del Ida, rico en manantiales,
lo vio sentado; odioso se le había vuelto a su ánimo.
La augusta Hera, de inmensos ojos, comenzó entonces a discurrir

cómo podría embaucar el sentido a Zeus, portador de la égida.
Y éste fue el plan que se le reveló como el mejor en su ánimo:
marchar al Ida después de acicalarse bien ella misma,
para ver si a él le entraba el deseo de acostarse amorosamente
unido a su cuerpo, y ella entonces un suave y tibio sueño
podía derramar sobre sus párpados y sus juiciosas mientes.
Echó a andar hacia el tálamo que le había fabricado su hijo
Hefesto, que había ajustado las espesas puertas a las jambas
con un secreto cerrojo que ningún otro dios había abierto.
Allí entró y cerró las relucientes hojas de la puerta.
Primero, con ambrosía la seductora piel
lavó de toda inmundicia y se ungió con graso aceite
divino y delicado, que estaba ya perfumado para su uso.
Sólo con agitarlo en la morada, de broncíneo piso, de Zeus,
exhaló una fragancia que llegó igual a la tierra y al cielo.
Con él se ungió la bella piel, y luego se peinó la melena
y la trenzó con sus propias manos en relucientes bucles
que pendían, bellos y divinos, de su inmortal cabeza.
Se vistió con el delicado vestido que Atenea con maña
le había alisado [231] y en el que había bordado muchos primores.
Se lo abrochó con áureos imperdibles a los hombros.
Se ciñó el cinturón, ajustado con cien flecos,
y se puso en los bien perforados lóbulos los pendientes
de tres colgantes como moras, que irradiaban brillo encantador.
La divina entre las diosas se tocó por encima con un velo [232]
bello, recién hecho, de un blanco brillante como el sol.
En los lustrosos pies se calzó unas hermosas sandalias.
Y tras ataviarse su cuerpo con todos estos adornos,
echó a andar fuera del tálamo, llamó a Afrodita
aparte de los demás dioses y le dijo estas palabras:

[231] La referencia a la operación final en la manufactura del vestido se utiliza para aludir a la fabricación del mismo.

[232] Otros adornos del pelo se mencionan en XXII 468 ss.

«Ojalá me hagas caso, cara hija, en lo que te voy a decir.
¿O me lo denegarías, rencorosa en tu ánimo conmigo,
porque yo protejo a los dánaos, y tú a los troyanos?»
Respondióle entonces Afrodita, hija de Zeus:
«¡Hera, venerable diosa, hija del excelso Crono!
Di lo que sientes. Mi ánimo me manda cumplirlo
si es que puedo realizarlo y es susceptible de cumplimiento.»
Con dolosa mente le dijo la augusta Hera:
«Dame ahora el amor y el deseo con el que a todos
los inmortales y a las mortales gentes tú doblegas.
Pues voy a los confines de la feraz tierra a ver
a Océano, progenie de los dioses, y a la madre Tetis,
que en sus moradas me criaron bien y me mimaron,
acogiéndome de manos de Rea cuando Zeus, de ancha voz,
instaló a Crono bajo la tierra y bajo el proceloso mar.
A ellos voy a ver para poner fin a sus indecisas querellas.
Pues ya hace mucho que están apartados uno del otro
sin lecho y sin amor, desde que la ira les invadió el ánimo.
Si con mis palabras les sosiego a los dos el corazón
y logro dejarlos en el lecho para que se unan en el amor,
mi nombre sería siempre para ellos querido y respetable.»
Díjole, a su vez, la risueña Afrodita:
«Ni es posible ni estaría bien negarse a lo que pides.
Tú eres quien pasa la noche en los brazos del supremo Zeus.»
Dijo, y del pecho se desató la recamada correa
bordada, donde estaban fabricados todos sus hechizos:
allí estaba el amor, allí el deseo, allí la amorosa plática,
la seducción que roba el juicio incluso a los muy cuerdos.
Se lo puso en las manos, la llamó con todos sus nombres y dijo:
«Toma ahora, métete dentro del regazo esta correa
bordada en la que todo está fabricado. Y te aseguro que no
regresarás sin haber realizado lo que tus sentidos anhelan.»
Así habló, y sonrió la augusta Hera, de inmensos ojos,
y después de sonreír se la metió dentro del regazo.

Marchó a su morada Afrodita, hija de Zeus,
y Hera, de un salto, abandonó el pico del Olimpo.
Tras poner pie en Pieria y en la amena Ematia, se lanzó
sobre los nevados montes de los tracios, pastores de recuas,
a sus más elevadas cimas; ni rozaba el suelo con los pies.
Desde el Atos descendió sobre el fluctuoso ponto
y llegó a Lemnos, ciudad del divino Toante.
Allí coincidió con el Sueño, hermano de la Muerte.
Asióle la mano y le dijo, llamándolo con todos sus nombres:
«¡Sueño, soberano de todos los dioses y todas las gentes!
Igual que una vez prestaste oídos a mi palabra, también ahora
hazme caso; y yo sabré agradecértelo todos los días futuros.
Por favor, adormece bajo sus cejas los relucientes ojos de Zeus
en cuanto yo me tienda a su lado, unida a él en el amor.
Como regalo te daré un bello trono, siempre inconsumible,
áureo. Mi hijo, el cojitranco Hefesto, te lo fabricará
con maña y te pondrá un escabel debajo de los pies,
para apoyar las lustrosas plantas cuando asistas a convites.»
En respuesta le dirigió estas palabras el dulce Sueño:
«¡Hera, venerable diosa, hija del excelso Crono!
A cualquier otro de los sempiternos dioses sí que podría
adormecer fácilmente, e incluso a la corriente del río
Océano, que es la progenie de todas las cosas.
Pero a Zeus Cronión yo no osaría acercarme
ni adormecer, excepto si él mismo me lo ordenara.
Pues otro encargo tuyo ya me dio un escarmiento:
fue aquel día en que aquel soberbio hijo de Zeus [233]
navegaba desde Ilio tras arrasar la ciudad de los troyanos.
Yo acosté el sentido de Zeus, portador de la égida,
difundiéndome dulcemente, y tu ánimo urdió males contra él:
levantaste sobre el ponto soplos de vientos siniestros
y luego lo desviaste y llevaste a la bien habitada Cos

[233] Hércules, nombrado en 266. Se alude a esta leyenda con alguna extensión mayor en XV 18 ss. Para el odio de Hera contra Hércules véase XIX 96 ss.

lejos de todos los suyos. Zeus, al despertarse, se enojó y a mí
sobre todo me buscaba entre empellones a los dioses por su casa.
Y me habría hecho invisible, hundido en el ponto lejos del éter,
de no haberme salvado la Noche, que rinde a dioses y a hombres.
A ella me acogí fugitivo, y él, a pesar de su ira, se contuvo
por respeto, para no hacer nada que desagradara a la veloz Noche.
Y ahora otra vez me mandas otra cosa imposible de cumplir.»
Díjole, a su vez, la augusta Hera, de inmensos ojos:
«¡Sueño! ¿Por qué te angustias con eso tus mientes?
¿Supones que Zeus, de ancha voz, va a proteger a los troyanos
con el mismo encono que concibió por Hércules, su propio hijo?
Seguro que no. Así que ve, y yo una de las juveniles Gracias
te daré en matrimonio y para que sea llamada esposa tuya,
a Pasítea, que es a la que sin cesar anhelas todos los días [234].»
Así habló, y el Sueño se alborozó y dijo en respuesta:
«¡Venga, júramelo ahora por la inviolable agua de la Estige!
Coge con una mano la tierra, nutricia de muchos,
y con la otra el chispeante mar, para que sean nuestros
testigos todos los dioses que rodean a Crono allá abajo.
Júrame que me darás a una de las juveniles Gracias,
a Pasítea, que es a la que yo codicio todos los días.»
Así habló, e hizo caso Hera, la diosa de blancos brazos;
y juró como le había ordenado y nombró a todos los dioses
que están bajo el Tártaro, que reciben el nombre de Titanes [235].
Y en cuanto juró y terminó de pronunciar el juramento,
los dos partieron y dejaron las ciudades de Lemnos e Imbros
recorriendo ágilmente la ruta, revestidos de bruma.
Llegaron ambos al Ida, rico en manantiales, madre de fieras,
a Lecto, donde primero dejaron el mar; y por la tierra firme
siguieron, con las copas del bosque agitándose bajo sus pies.
El Sueño se detuvo allí antes que los ojos de Zeus lo vieran.
Trepó a un abeto gigantesco, el más alto que crecía entonces

[234] Verso insertado por repetición de 276.

[235] Véase VIII 479 ss.

en el Ida y que a través del aire llegaba hasta el éter.
Allí se apostó, escondido entre las tupidas ramas del abeto,
semejante a la sonora ave que habita en los montes
y que los dioses denominan *calcis,* y los hombres *cymindis.*
Entre tanto Hera se acercó rauda a lo alto del Gárgaro,
cúspide del elevado Ida. La vio Zeus, que las nubes acumula,
y, nada más verla, el amor le envolvió las sagaces mientes,
como la primera vez que se habían unido en el amor,
cuando ambos acudieron al lecho a escondidas de sus padres.
Se presentó ante ella, la llamó con todos sus nombres y dijo:
«¡Hera! ¿A dónde vas, que tan aprisa bajas aquí del Olimpo?
Hete aquí sin caballos ni carro en los que poder montar.»
Con dolosa mente le dijo la augusta Hera:
«Voy a los confines de la feraz tierra a ver
a Océano, progenie de los dioses, y a la madre Tetis,
que en sus moradas me criaron bien y me mimaron.
A ellos voy a ver para poner fin a sus indecisas querellas.
Pues ya hace mucho que están apartados uno del otro
sin lecho y sin amor, desde que la ira les invadió el ánimo.
Al pie del Ida, rico en manantiales, están parados los caballos
que me llevarán por la condensada y húmeda superficie.
Pero ahora por ti he llegado aquí de lo alto del Olimpo,
temerosa de que luego te irrites conmigo, si en silencio
me marcho a la morada de Océano, de profunda corriente.»
En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«¡Hera! Ya tendrás tiempo de partir allá más tarde.
Ea, nosotros dos acostémonos y deleitémonos en el amor.
Nunca hasta ahora tan intenso deseo de diosa o de mujer
me ha inundado el ánimo en el pecho hasta subyugarme[236];
ni cuando me enamoré de la esposa de Ixión,
que dio a luz a Pirítoo, consejero comparable a los dioses;
ni cuando de Dánae Acrisiona, la de bellos tobillos,

236 Resulta llamativo que Zeus enumere a su esposa sus diferentes amores, contra cuyos frutos Hera manifiesta un odio pertinaz y constante.

que dio a luz a Perseo, descollante entre todos los hombres;
ni cuando de la hija de Fénice, cuya gloria llega lejos [237],
que dio a luz a Minos y a Radamantis, comparable a los dioses;
ni tampoco cuando de Sémele, ni de Alcmena en Tebas,
que engendró a Hércules, de esforzadas entrañas;
y Sémele dio a luz a Dioniso, gozo para los mortales;
ni cuando de la soberana Deméter, de hermosos bucles;
ni cuando de la eximia Leto, ni cuando de ti misma;
tan enamorado estoy ahora de ti y tan dulce deseo me domina.»
Con dolosa mente le dijo la augusta Hera:
«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué palabra has dicho!
Si ahora anhelas gozar del amor y acostarte
en las cimas del Ida, donde todo está patente y a la vista,
¿qué pasaría si alguno de los sempiternos dioses a los dos
nos descubriera durmiendo y fuera a buscar a todos los dioses
y se lo contara? Yo no osaría regresar a tu morada
después de levantarme del lecho: vituperable sería.
Mas si es eso lo que deseas y se ha tornado grato a tu ánimo,
tienes a tu disposición el tálamo que te fabricó tu hijo
Hefesto, que ha ajustado las espesas puertas a las jambas.
Vayamos allí a acostarnos, ya que el lecho te place.»
En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«¡Hera! No temas que uno de los dioses o de los hombres
vaya a verlo: yo echaré para envolvernos una nube que será
áurea, y ni siquiera el Sol podrá traspasarla con su vista,
aunque su luz es lo que tiene la mirada más penetrante.»
Dijo, y el hijo de Crono estrechó a su esposa en los brazos.
Bajo ellos la divina tierra hacía crecer blanda yerba,
loto lleno de rocío, azafrán y jacinto
espeso y mullido, que ascendía y los protegía del suelo.
En este tapiz se tendieron, tapados con una nube
bella, áurea, que destilaba nítidas gotas de rocío.

[237] Europa.

Así dormía sereno el padre en lo más alto del Gárgaro,
doblegado al sueño y al amor, con su esposa en los brazos.
Y el dulce Sueño echó a correr hacia las naves de los aqueos
para dar la noticia al dueño de la tierra y agitador del suelo.
Se detuvo cerca de él y le dijo estas aladas palabras:
«Protege ahora, Posidón, con tu favor a los dánaos.
Otórgales la victoria, aunque sea un instante, mientras aún
Zeus duerme, ahora que yo lo he cubierto de muelle sopor,
y Hera lo ha embaucado para que se acueste y goce del amor.»
Tras hablar así, marchó hacia las ínclitas razas humanas,
después de haberlo incitado aún más a defender a los dánaos [238].
Al punto se puso de un gran salto entre los primeros y ordenó:
«¡Argivos! ¿Otra vez vamos a ceder la victoria a Héctor
Priámida, para que capture las naves y se alce con la gloria?
Si él lo asegura y de ello se jacta es porque Aquiles
permanece junto a las huecas naves con el corazón airado.
Pero de aquél no será excesiva la añoranza si nosotros,
los restantes, nos instamos a defendernos mutuamente.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos:
con los broqueles que haya mejores y mayores en el campamento
revistámonos; las cabezas con los refulgentes cascos
cubrámonos; cojamos en las manos las más largas picas
y vayamos adelante. Yo iré al frente y os aseguro que ya
no resistirá Héctor Priámida, por mucho que sea su furor.
El que sea aguerrido, si tiene al hombro un escudo pequeño,
déselo a un mortal inferior y ocúltese en un broquel mayor.»
Así habló, y le oyeron con gusto y le obedecieron.
Los formaron a pesar de sus heridas los propios reyes,
el Tidida, Ulises y el Atrida Agamenón,
y recorrieron todos los puestos trocando las marciales armas:
el bueno ceñía las buenas, e iban dando las peores al peor.
Y nada más revestir sus cuerpos con el cegador bronce,

[238] En realidad, Posidón, aunque ahora está libre de Zeus, no hace nada diferente de lo que ha venido haciendo desde el comienzo de XIII.

partieron con Posidón, el sacudidor de la tierra, al frente.
En la recia mano llevaba una terrible espada de extenso filo
parecida al relámpago, contra la que no se puede entablar
funesta liza; pues el miedo retiene lejos a los hombres.
Al otro lado, el esclarecido Héctor formaba a los troyanos.
Entonces fue cuando desplegaron la más atroz porfía del combate
Posidón, de azulada melena, y el esclarecido Héctor,
protegiendo éste a los troyanos y aquél a los argivos.
El mar se desbordó hacia las tiendas y hacia las naves
de los argivos, mientras chocaban con grandes alaridos.
Ni el oleaje del mar grita tanto al batir la tierra firme,
cuando surge del ponto gracias al siniestro soplo del Bóreas;
ni tan grande es el crepitar del ardiente fuego
en las cárcavas del monte cuando estalla el incendio del bosque;
ni con tanta fuerza ulula por las encinas, de altas copas,
el viento, que es lo que brama con más ruido cuando se enfurece,
cuanto el vocerío de los troyanos y de los aqueos que se levantó
cuando con un espantoso grito se lanzaron unos contra otros.
El esclarecido Héctor disparó el primero contra Ayante
la pica, pues se había vuelto derecho contra él, y no erró
y atinó donde iban tensos alrededor del torso los dos tahalíes,
el del escudo y el de la espada, tachonada con clavos de plata,
que le protegieron la delicada piel. Héctor se irritó,
porque el ligero proyectil había escapado en vano de su brazo
y se replegó a la turba de los compañeros, por eludir la parca.
Según se alejaba, el gran Ayante Telamonio, con un guijarro
de los muchos que había como calzos de las veloces naves
rodando a pies de los combatientes, levantando uno de ellos,
le acertó en el torso cerca del cuello sobre la orla del escudo.
El golpe lo lanzó como un trompo, haciéndolo girar por doquier.
Como cuando a causa del impacto del padre Zeus cae una encina
abatida de raíz, y el temible olor del azufre se esparce
desde ella, y desfallece en su valor el que lo contempla
y está cerca, pues duro es el rayo del excelso Zeus,
tan de repente cayó al suelo la furia de Héctor en el polvo.

Soltó la pica de la mano, el broquel y el casco lo trabaron,
y las armas, centelleantes de bronce, resonaron a los lados.
Con grandes vítores acudieron corriendo los hijos de los aqueos
con la esperanza de arrastrarlo hacia sí y dispararon una nube
de moharras. Pero ninguno pudo herir al pastor de huestes
ni de cerca ni de lejos; pues antes lo rodearon los más bravos:
Polidamante, Eneas y Agénor, de la casta de Zeus,
Sarpedón, jefe de los licios, y el intachable Glauco [239].
Tampoco ninguno de los demás se descuidó de él; todos delante
alzaron los circulares broqueles, y sus compañeros, cargándolo
a cuestas, lo sacaron de la faena, hasta llegar a los caballos
ligeros, que en la retaguardia de la lucha y del combate
estaban quietos con el auriga y el centelleante carro,
y lo llevaron a la ciudad entre profundos suspiros.

En cuanto llegaron a un vado del río, de bella corriente,
del turbulento Janto, que el inmortal Zeus había engendrado,
allí lo bajaron del carro a tierra y con agua
lo rociaron. Recobró el aliento, volvió a abrir los ojos
y sentado de cuclillas vomitó sangre, oscura como una nube.
Volvió a desplomarse de espaldas en el suelo, y la negra noche
le cubrió los ojos: el proyectil aún le doblegaba el ánimo.

Los argivos, al ver alejarse a Héctor, atacaron
con renovado brío a los troyanos y recordaron su belicosidad.
Entonces el rápido Ayante de Oileo fue el primerísimo
que saltó con la puntiaguda lanza e hirió a Satnio Enópida,
a quien una intachable náyade había alumbrado por obra de Énope
cuando estaba como vaquero en las riberas del Satnioente [240].
El Oilíada, insigne por su lanza, llegó cerca de él
y lo hirió en el costado. Cayó de espaldas, y a su alrededor
los troyanos y los dánaos entablaron una violenta batalla.
Llegó en su socorro Polidamante, guerrero que blande la pica,

---

[239] Glauco fue herido en XII 387, y en XVI 508 aparece como incapacitado aún para luchar.

[240] El nombre del guerrero es un hipocorístico del nombre del río.

el Pantoida, y acertó en el hombro derecho a Protoénor,
hijo de Areílico. La robusta pica le traspasó el hombro,
y él cayó en el polvo agarrando la tierra con crispada mano.
Polidamante dio un horrible grito, exclamando con recia voz:
«Una vez más creo que de la robusta mano
del magnánimo Pantoida no ha brincado en vano la azagaya,
sino que la ha recogido en su carne un argivo, que creo que
la usará como bastón para descender a la mansión de Hades.»
Así habló, y el grito de triunfo afligió a los argivos,
pero sobre todo conmovió el ánimo del belicoso Ayante
Telamoníada, pues de él es de quien más cerca había caído.
Con presteza le disparó la reluciente lanza, según se alejaba.
El propio Polidamante esquivó la negra parca
con un salto oblicuo que dio; y la recibió un hijo de Anténor,
Arquéloco, para quien los dioses habían decidido su ruina.
Le acertó en la unión de la cabeza y del cuello,
en la última vértebra, y le rapó ambos tendones.
En su caída, mucho antes la cabeza, la boca y las narices
dieron con el suelo que las pantorrillas y las rodillas.
Ayante, a su vez, vociferó al intachable Polidamante:
«Reflexiona, Polidamante, y declárame la verdad:
¿No vale ese hombre para compensar la muerte de Protoénor?
No me parece que sea un villano ni hijo de villanos,
sino un hermano o un hijo de Anténor, domador de caballos,
pues al linaje de aquél es al que más de cerca se parecía.»
Así dijo, aunque lo sabía bien, y los troyanos se apenaron.
Entonces Acamante hirió con la lanza al beocio Prómaco,
en auxilio de su hermano, a quien éste arrastraba por los pies.
Acamante dio un horrible grito, exclamando con recia voz:
«¡Argivos fanfarrones, insaciables de bravatas!
La fatiga y los ayes no serán seguro sólo para nosotros;
igual que a éste, también a vosotros os matarán un día.
Fijaos cómo vuestro Prómaco duerme, doblegado
bajo mi pica. No quería yo que la venganza por mi hermano

estuviera mucho tiempo sin pagar. Por eso todo hombre ruega
que un hermano quede en casa para vengarle de su maldición.»
Así habló, y este grito de triunfo apenó a los argivos;
pero sobre todo conmovió el ánimo al belicoso Penéleo.
Se lanzó contra Acamante; pero éste no resistió la acometida
del soberano Penéleo. Sin embargo, hirió a Ilioneo,
hijo de Forbante, rico en rebaños, a quien Hermes más amaba
de los troyanos y a quien había otorgado su riqueza:
sólo a Ilioneo su madre había dado a luz por obra del dios.
A aquél le hirió entonces bajo la ceja en la cuenca del ojo
y le arrancó la pupila; el asta penetró a través del ojo,
lo atravesó hasta la nuca, y él cayó sentado con los brazos
extendidos. Penéleo, desenvainando la afilada espada,
le golpeó en pleno cuello e hizo saltar al suelo
la propia cabeza con la celada. La robusta pica aún
estaba en el ojo. Él alzó la cabeza, como una flor de amapola,
y la exhibía ante los troyanos, mientras exclamaba triunfante:
«Decid de mi parte, troyanos, al padre y a la madre
del noble Ilioneo que lo lloren en su palacio.
Pues tampoco la esposa de Prómaco Alegenórida
tendrá el gozo de la llegada de su marido, cuando por fin
regresemos de Troya con las naves los jóvenes de los aqueos.»
Así habló, y el temblor sacudió los miembros a todos,
y cada uno escudriñó a dónde huir del abismo de la ruina.
Decidme ahora, Musas, que tenéis olímpicas moradas,
quién fue el primero de los aqueos que ganó cruentos despojos
cuando el ilustre agitador del suelo desequilibró la lucha.
Ayante Telamonio fue el primero que hirió a Hirtio
Girtíada, príncipe de los misios, de esforzado ánimo;
Antíloco despojó a Falces y a Mérmero;
Meríones mató a Moris y a Hipotión;
Teucro expolió a Protoón y a Perifetes;
luego, el Atrida hirió a Hiperénor, pastor de huestes [241],

[241] Como muestra XVII 24, el Atrida es aquí Menelao.

en el costado, y el bronce le vació de sangre las vísceras
al desgarrarlas. La vida se precipitó por la llaga abierta
a toda prisa, y la oscuridad le cubrió ambos ojos.
El que más presas hizo fue Ayante, el rápido hijo de Oileo;
pues no había quien le igualara para hostigar en la carrera
a los guerreros despavoridos cuando Zeus les infunde miedo.

CANTO XV

Mas cuando franquearon la empalizada y la fosa [242]
en su huida y muchos habían sucumbido a manos de los dánaos,
se fueron deteniendo junto a los carros y permanecieron allí,
pálidos de espanto y presas de pánico. Entonces despertó Zeus
al lado de Hera, la de áureo trono, en las cimas del Ida.
Se incorporó de un salto y vio a los troyanos y a los aqueos;
a aquéllos desbaratados y atropellándolos detrás a los otros,
los argivos y, entre éstos, al soberano Posidón.
Vio a Héctor yaciendo en el llano y a sus compañeros alrededor
sentados. Un fatigoso sofoco lo dominaba y estaba inconsciente
vomitando sangre: ¡no le había acertado el aqueo más débil! [243].
Al verlo, se compadeció el padre de los hombres y de los dioses
y, mirando a Hera con torva y terrible faz, dijo estas palabras:
«¡Ah, intratable Hera! ¡Seguro que tu engaño con malas mañas
ha puesto al divino Héctor fuera de combate y en fuga a su tropa!
No sé si en pago de tus siniestras malas tramas hacer que seas
la primera en conseguir tu fruto y azotarte con mis golpes.
¿No recuerdas cuando estabas suspendida en lo alto y de los pies

---

[242] El punto de división entre XIV y XV es puramente arbitrario, porque el comienzo de XV relata el final del engaño de Zeus y el momento en que éste se despierta. El título tradicional del canto XV es 'Contraataque desde las naves'.

[243] Ayante, cf. XIV 437.

te colgué sendos yunques y te rodeé las manos con una cadena
áurea e irrompible? En el éter y en las nubes estabas
suspensa; y los dioses exigían venganza en el vasto Olimpo,
pero no podían acercarse a desatarte. Al que cogía lo agarraba
y a empellones lo precipitaba fuera del umbral, hasta hacerlo llegar
a tierra bien maltrecho. Ni aun así mi ánimo se aliviaba
del incesante dolor que sentía por el divino Hércules,
al que con ayuda del viento Bóreas y persuadiendo a sus huracanes
enviaste por el proceloso ponto gracias a tus pérfidos ingenios
y luego desviaste y llevaste a la bien habitada Cos.
De allí yo lo saqué y reintegré de nuevo a Argos, pastizal
de caballos, aunque hubo de soportar numerosas pruebas.
Todo eso he de volver a recordarte para que cejes en tus engaños.
Así verás si te sirven de algo este amor y este lecho
al que viniste para unirte a mí lejos de los dioses y engañarme.»
Así habló; se estremeció la augusta Hera, de inmensos ojos,
y, dirigiéndose a él, dijo estas aladas palabras:
«Sean testigos de esto la Tierra, el ancho Cielo arriba,
el agua de la Estige que desemboca en las profundidades,
el más solemne y terrible juramento para los felices dioses,
y también tu sacra cabeza y de nosotros dos el nupcial lecho
legítimo, por el que yo nunca juraría en vano.
No es por agradarme por lo que Posidón, sacudidor de la tierra,
daña a los troyanos y a Héctor, y defiende a éstos.
Sin duda su propio ánimo lo incita y se lo manda, apiadado
de los aqueos, al verlos quebrantados junto a las naves.
Por mi parte, hasta estaría dispuesta por ti a aconsejarle
ir por donde tú, dios de la oscura nube, vayas guiándolo.»
Así habló, y sonrió el padre de los hombres y de los dioses
y en respuesta le dijo estas aladas palabras:
«Ojalá en adelante, augusta Hera, de inmensos ojos, ocupes
tu sede entre los inmortales con sentimientos iguales a los míos.
Si así fuera, Posidón, aunque tenga planes muy diferentes,
mudaría al momento su decisión en pos de tu corazón y del mío.
Mas si estás hablando con franqueza y con sinceridad,

ve ahora en pos de la tribu de los dioses y llama aquí
a Iris y a Apolo, ilustre por su arco, para que vengan,
y ella a la hueste de los aqueos, de broncíneas túnicas,
se dirija y comunique al soberano Posidón
que ponga fin al combate y que regrese a sus moradas,
y a Febo Apolo que inste a Héctor a la lucha,
le inspire renovado ardor y le haga olvidar los dolores
que ahora le taladran las mientes, y que a los aqueos
los haga volverse, infundiéndoles la cobarde huida,
y caigan huyendo en las naves, de muchas filas de remeros,
del Pelida Aquiles. Éste hará levantarse a su compañero,
Patroclo —a quien matará con la pica el esclarecido Héctor
ante Ilio, después que él haya hecho perecer a muchos otros
jóvenes y entre ellos a mi hijo Sarpedón, de la casta de Zeus;
e irritado por eso, el divino Aquiles matará a Héctor—.
Quizá a partir de entonces provoque un contraataque constante
y en toda la línea desde las naves, hasta que los aqueos
conquisten la escarpada Ilio conforme a los planes de Atenea.
Pero antes, ni yo pienso deponer mi ira ni a ningún otro
de los inmortales permitiré acudir a defender a los dánaos,
mientras no haya cumplido aquel deseo de Aquiles
conforme le prometí primero y confirmé con mi asentimiento
aquel día en que la diosa Tetis me agarró de las rodillas,
suplicándome que honrara a Aquiles, saqueador de ciudades.»
Así habló, y obedeció Hera, la diosa de blancos brazos,
y marchó de las montañas del Ida al vasto Olimpo.
Como cuando el pensamiento transporta a un hombre que tierras
numerosas ha recorrido y que en su juiciosa mente imagina:
«¡ojalá estuviese allá, o allí!», y medita muchos deseos,
tan rauda hizo la travesía volando presurosa la augusta Hera.
Llegó al escarpado Olimpo y halló congregados
a los dioses inmortales en la mansión de Zeus. Al verla,
todos se levantaron prestos y la saludaron tendiendo sus copas.
Ella dejó las de los demás, y de Temis, la de bellas mejillas,

aceptó la copa: era la primera que había corrido a su encuentro
y, dirigiéndose a ella, le había dicho estas aladas palabras:
«¡Hera! ¿A qué has venido? Pareces despavorida.
Bien seguro que te ha asustado el hijo de Crono, tu esposo.»
Respondióle entonces Hera, la diosa de blancos brazos:
«No me preguntes eso, diosa Temis. Sabes también tú
cómo es de insolente e implacable el ánimo de aquél.
Mas da a los dioses en el palacio la señal para iniciar
el banquete equitativo. Oirás entre todos los inmortales
de qué fechorías hace ostentación Zeus. Y te aseguro
que no se le alegrará el ánimo a nadie, lo mismo mortales
que dioses, si aún hay quien ahora asiste contento al festín.»
Tras hablar así, se sentó la augusta Hera,
y los dioses se enojaron en el palacio de Zeus. Ella rió
sólo de labios afuera —ni su frente sobre las sombrías cejas
se enterneció de gozo— y dijo indignada en medio de todos:
«Necios somos por la insensatez de enfurecernos con Zeus.
¿Aún sentimos ardiente deseo de acercarnos a él para detenerlo
con la palabra o por la fuerza? Sentado aparte, ni se preocupa
ni se inquieta, pues asegura que entre los inmortales dioses
es decididamente el mejor por su vigor y por su brío.
Por eso soportad cualquier mal que os envíe a cada uno.
Imagino que ahora hay ya una calamidad cometida contra Ares:
ha perecido en la lid un hijo suyo, el hombre que más amaba,
Ascálafo, de quien el brutal Ares afirma que es hijo suyo [244].»
Así habló, y Ares se golpeó los lozanos muslos [245]
con las palmas de las manos y dijo estas lastimeras palabras:
«No me vituperéis ahora los dueños de las olímpicas moradas,
si voy a las naves de los aqueos a vengar la muerte de mi hijo,

[244] En efecto, su muerte está narrada en XIII 518. No se indica cómo Hera se ha informado de ella.

[245] La observación del contexto de los demás pasajes en los que se menciona este gesto (397, XII 162, XVI 125) muestra que indica una profunda tristeza y desolación.

aunque mi destino sea caer fulminado por el rayo de Zeus
y yacer junto a los cadáveres entre la sangre y el polvo.»
Así habló, y al Terror y a la Huida mandó sus caballos
uncir, y él se revistió con la resplandeciente panoplia.
Entonces otra ira aún mayor y una cólera más dolorosa
habrían surgido entre los inmortales por obra de Zeus,
de no ser porque Atenea, muy temerosa por todos los dioses,
se lanzó por el vestíbulo abandonando el trono donde se hallaba,
le arrebató el casco de la cabeza y el escudo de los hombros
y de la robusta mano le quitó y volvió a dejar enhiesta la pica
broncínea, al tiempo que amonestaba al impetuoso Ares así:
«¡Enloquecido, mente delirante! ¡Estás perdido! ¡En vano
tienes orejas para oír, o has perdido la razón y la vergüenza!
¿No te enteras de lo que dice Hera, la diosa de blancos brazos,
que acaba de llegar ahora de junto a Zeus Olímpico?
¿Es que quieres colmarte tú mismo de numerosas desgracias
y volverte luego contrariado al Olimpo por la fuerza,
y para todos los demás hacer que brote un gran desastre?
Dentro de un momento a los arrogantes troyanos y a los aqueos
dejará, vendrá al Olimpo a sembrar el tumulto entre nosotros
y prenderá seguidos tanto al culpable como al que no lo es.
Por eso te conmino ahora otra vez a deponer la ira por tu hijo.
Más de uno superior a él por su fuerza y por sus brazos
ha muerto ya o, si no, bien pronto morirá. Difícil es
proteger el linaje y la descendencia de todos los humanos.»
Tras hablar así, sentó en su asiento al impetuoso Ares.
Hera llamó fuera de la mansión a Apolo
y a Iris, la mensajera de los inmortales dioses,
y, dirigiéndose a ellos, dijo estas aladas palabras:
«Zeus ha mandado que los dos vayáis cuanto antes al Ida.
En cuanto lleguéis allí y estéis en presencia de Zeus,
haced lo que aquél os encomiende y encargue.»
Tras. hablar así, regresó la augusta Hera
y se sentó en el trono, y los dos de un salto echaron a volar.
Llegaron al Ida, rico en manantiales, madre de fieras,

y hallaron al Crónida, de ancha voz, en la cresta del Gárgaro
sentado; una fragante nube lo coronaba alrededor.
Los dos, al llegar ante Zeus, que las nubes acumula,
se detuvieron. Su ánimo no se irritó con ellos al verlos,
pues habían atendido con diligencia los encargos de su esposa.
A Iris, la primera de los dos, dijo estas aladas palabras:
«Anda, ve, veloz Iris, y anuncia al soberano Posidón
todo lo que te voy a decir, y no seas falaz mensajera.
Mándale que ponga fin a la lucha y al combate,
y vuelva a la tribu de los dioses o al límpido mar.
Y si no acata mis palabras y no las toma en cuenta,
que se cuide entonces en su mente y en su ánimo,
por muy esforzado que sea, de osar aguardar mi ataque,
porque aseguro que soy muy superior a él en fuerza
y tengo más edad que él; y su corazón no repara en pretender
igualarse a mí, de quien todos los demás sienten pavor.»
Así habló, y obedeció Iris, de pies ligeros como el viento,
y descendió de los montes del Ida dentro de la sacra Ilio.
Como cuando de las nubes cae la nevada o el granizo
gélido bajo el empuje del Bóreas, nacido del éter,
tan rauda hizo la travesía volando presurosa la veloz Iris
y, deteniéndose cerca, dijo al ilustre agitador del suelo:
«Una noticia, dueño de la tierra, de azulada melena,
he venido aquí a traerte de parte de Zeus, portador de la égida.
Ha ordenado que pongas fin a la lucha y al combate
y vuelvas a la tribu de los dioses o al límpido mar.
Y si no acatas sus palabras y no las tomas en cuenta,
te ha amenazado con venir él mismo aquí
a combatir frente a frente, y te conmina entonces a esquivar
sus manos, porque asegura que es muy superior a ti en fuerza
y tiene más edad que tú; y tu corazón no repara en pretender
igualarse a él, de quien todos los demás sienten pavor.»
Muy enojado, le respondió el ilustre agitador del suelo:
«¡Ay! Por valeroso que sea, es arrogante esa amenaza
de reducirme a mi pesar por la fuerza, siendo par suyo en honra.

Tres somos los hermanos nacidos de Crono a quienes Rea alumbró:
Zeus, yo y, el tercero, Hades, soberano de los de bajo tierra.
En tres lotes está todo repartido, y cada uno obtuvo un honor:
a mí me correspondió habitar para siempre el canoso mar,
agitadas las suertes; el tenebroso poniente tocó a Hades,
y a Zeus le tocó el ancho cielo en el éter y en las nubes.
La tierra es aún común de los tres, así como el vasto Olimpo.
Por eso no pienso vivir al arbitrio de Zeus; que tranquilo,
por muy esforzado que sea, se quede en su tercera parte
y no intente amedrentarme con sus brazos como a un cobarde.
Mejor sería que se guarde para las hijas e hijos
que ha engendrado esas terroríficas amonestaciones;
ellos acatarán sus órdenes, aunque sea por la fuerza.»
Le respondió entonces Iris, de pies ligeros como el viento:
«¿Entonces, dueño de la tierra, de azulada melena,
debo llevar a Zeus esa respuesta tan implacable y dura
o lo vas a meditar? Flexibles son las mientes de los nobles.
Sabes que las Erinies siempre acompañan a los de más edad [246].»
Díjole, a su vez, Posidón, el sacudidor de la tierra:
«¡Divina Iris! Eso que has dicho es muy conforme a razón.
Bueno es también que el mensajero tenga ideas oportunas.
Pero esta atroz aflicción me invade el corazón y el ánimo
cada vez que a quien tiene igual parte que él y común sino
pretende recriminar con iracundas palabras.
Mas esta vez, a pesar de mi indignación, voy a ceder.
Y otra cosa te diré, y es una amenaza que hago de corazón:
si a mí y a la depredadora Atenea,
a Hera, a Hermes y al soberano Hefesto
pretende escatimarnos la escarpada Ilio y se niega
a saquearla y a conceder a los argivos la victoria total,
sepa que entre nosotros dos habrá ya una ira irremediable.»

---

246 Las Erinies velan por el cumplimiento de las leyes no escritas de las relaciones familiares; véase IX 454.

Tras hablar así, el agitador del suelo dejó la hueste aquea
y se sumergió en el ponto; y los héroes aqueos lo añoraron.
Y entonces dijo a Apolo Zeus, que las nubes acumula:
«Ve ahora, caro Febo, a buscar a Héctor, de broncíneo casco.
Pues te anuncio que el dueño de la tierra y agitador del suelo
ya se ha ido al límpido mar por esquivar la insondable ira
nuestra; si no, se habrían enterado de la lucha incluso
los demás dioses que hay bajo la tierra rodeando a Crono.
Pero tanto para mí como para él mucho más ventajoso
ha sido que, a pesar de su indignación, haya cedido antes
a mis manos, pues el asunto no habría terminado sin sudores.
Mas tú toma en tus manos la floqueada égida,
agítala con fuerza y ahuyenta con ella a los héroes aqueos.
Ocúpate tú en persona, flechador, del esclarecido Héctor:
despierta en él gran furia, hasta que los aqueos
en su huida lleguen a las naves y al Helesponto.
A partir de entonces yo seré quien de palabra y obra velará
para que los aqueos recobren otra vez aliento de la fatiga.»
Así habló, y Apolo no desoyó la orden de su padre
y descendió de los montes del Ida, semejante al gavilán,
el rápido asesino de las palomas, la más veloz de las aves.
Halló al belicoso hijo de Príamo, el divino Héctor,
sentado; ya no yacía, pues acababa de recuperar el sentido
y reconocía a sus compañeros alrededor; el sofoco y el sudor
habían cesado al despertarlo Zeus, portador de la égida.
Deteniéndose cerca, le dijo el protector Apolo:
«¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Por qué lejos de los demás
estás sentado, desmayado? Sin duda algún duelo sientes.»
Desfallecido, le dijo Héctor, el de tremolante penacho:
«¿Quién eres, excelente dios, que de cara me preguntas?
¿No sabes que cuando junto a las popas de las naves de los aqueos
diezmaba a sus camaradas, Ayante, valeroso en el grito de guerra,
me ha atinado con una roca en el torso y ha dado fin a mi ímpetu?
Ya estaba seguro de que con los muertos en la morada de Hades
me reuniría en el día de hoy, pues me sentía exhalar el corazón.»

Díjole, a su vez, el protector, el soberano Apolo:
«¡Ánimo ahora! Tal es el camarada que el Cronión
te ha enviado del Ida para asistirte y defenderte,
Febo Apolo, el de áurea espada, que desde hace tiempo
te protejo lo mismo a ti que a tu escarpada ciudadela.
Mas, ea, estimula ahora a los numerosos cocheros
a guiar los ligeros caballos junto a las huecas naves.
Por mi parte, iré por delante, y a los caballos el camino
entero allanaré y haré dar la espalda a los héroes aqueos.»
Con estas palabras inspiró gran furia al pastor de huestes.
Como un caballo estabulado, ahíto de cebada en el pesebre,
cuando al romper el ronzal galopa golpeando la llanura,
habituado a bañarse en el río, de bella corriente,
lleno de ufanía, con la cabeza erguida y las crines a los lados
del cuello volteando; y fiado en su prestancia, las rodillas
lo transportan ágilmente conforme a sus instintos a la pradera;
con igual celeridad movía Héctor los pies y las rodillas
instando a los cocheros, después de escuchar la voz del dios.
Como sobre un cornudo ciervo o una cabra montés
se precipitan los perros y los campesinos;
pero el abrupto roquedal y el umbroso bosque
lo protegen, pues no era el sino de ellos atraparlo;
y entonces, atraído por sus gritos, aparece un melenudo león
en su camino y al punto dispersa a todos a pesar de su furia;
así los dánaos en tropel los acosaron un rato sin cesar,
hostigando con sus espadas y con sus picas, de doble moharra.
Mas en cuanto vieron a Héctor acometer las filas de guerreros,
se intimidaron y a todos se les cayó el ánimo a los pies.
Entonces los arengó Toante, hijo de Andremón,
el mejor con mucho de los etolios, diestro con la jabalina,
valeroso en la lucha a pie firme; y en la asamblea pocos aqueos
lo superaban, cuando los jóvenes porfiaban en sus propuestas.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«¡Ay! Una gran maravilla es esta que veo con mis ojos:
¡cómo ha evitado las parcas y ha vuelto a levantarse otra vez

Héctor! Con gran seguridad esperaba el ánimo de cada uno
que moriría a manos de Ayante Telamoníada.
Mas alguno de los dioses ha vuelto a proteger y a salvar
a Héctor, que ya ha doblado las rodillas a muchos dánaos,
como también ahora creo que volverá a hacer. Pues sólo por la ayuda
del retumbante Zeus se planta ante las líneas con tal arrojo.
Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos.
Al grueso de las tropas mandemos regresar a las naves,
y cuantos nos jactamos de ser los mejores en el ejército
plantémonos a ver si frenamos su primer ataque haciéndole frente
con las picas levantadas. Creo que, por mucha que sea su furia,
sentirá miedo de penetrar en la muchedumbre de los dánaos.»
Así habló, y le oyeron con gusto y le obedecieron.
Alrededor de Ayante y del soberano Idomeneo,
de Teucro, de Meríones y de Megete, émulo de Ares,
se aprestaron a la batalla, convocando a los paladines
para presentar cara a Héctor y a los troyanos. Por detrás,
el grueso de las tropas regresaba a las naves de los aqueos.
Los troyanos cargaron en masa compacta con Héctor en cabeza
avanzando a grandes zancadas. Delante de él marchaba Febo Apolo
con los hombros cubiertos por una nube; tenía la égida impetuosa,
temible, hirsuta por ambas caras, excelente, que el broncista
Hefesto había dado a Zeus para provocar la fuga de los hombres.
Con ella en las manos se puso al frente de las huestes.
Los argivos resistieron en bloque, y se elevó un griterío
punzante a ambos lados. Las flechas brincaban de las cuerdas,
y muchas eran las lanzas que arrojaban sus audaces manos:
unas iban a clavarse en la piel de los impetuosos jóvenes;
pero la mayoría, antes de rozar la blanca piel, a mitad de camino
quedaban fijas en el suelo, codiciosas de saciarse de carne.
Mientras Febo Apolo mantuvo quieta la égida en las manos,
los dardos alcanzaban a los de ambos bandos, y la hueste caía.
Mas cuando mirando cara a cara a los dánaos, de rápidos potros,
la agitó, al tiempo que profería un gran grito, el ánimo
les hechizó en el pecho y se olvidaron del impetuoso coraje.

Igual que a una manada de vacas o a un gran rebaño de ovejas
asaltan dos fieras en la oscuridad de la negra noche,
cuando llegan de repente durante la ausencia del guardián,
así se dieron a la fuga los aqueos sin coraje; pues Apolo
les infundió pánico y dio la gloria a los troyanos y a Héctor.
Entonces la batalla se dispersó y cada guerrero capturó
a otro guerrero. Héctor mató a Estiquio y a Arcesilao,
príncipe éste de los beocios, de broncíneas túnicas,
y leal compañero aquél del magnánimo Menesteo.
Eneas despojó a Medón y a Jaso:
el llamado Medón era hijo bastardo del divino Oileo
y hermano de Ayante; pero habitaba en Fílaca,
lejos de su patria, porque había matado a un hombre,
a un hermano de su madrastra Eriópide, esposa de Oileo;
Jaso, a su vez, era jefe de los atenienses
y decíase ser hijo de Esfelo Bucólida.
Polidamante capturó a Mecisteo, Polites a Equio
en la vanguardia, y el divino Agénor capturó a Clonio.
Paris acertó a Deíoco detrás, en la zona más baja del hombro,
fugitivo ante las líneas, y le hundió el bronce por completo.
Mientras les despojaban las armas, los aqueos,
chocando con la empalizada y con la excavada fosa,
huían acá y allá y se veían forzados a penetrar en el muro.
Héctor arengó a los troyanos con recia voz:
«¡Atacad las naves y dejad los ensangrentados despojos!
Al que yo vea en otro sitio que no sea junto a las naves,
allí mismo me las ingeniaré para matarlo, y quizá no le hagan
partícipe del fuego tras la muerte sus parientes y parientas,
sino que los perros lo arrastrarán delante de nuestra ciudad.»
Tras hablar así, azuzó con la fusta por encima de los hombros
a los caballos, arengando a los troyanos por las filas. Siguiendo
su ejemplo, todos se exhortaban y guiaban los tiros de caballos
entre portentoso estruendo. Por delante Febo Apolo sin fatiga
hollaba con los pies los bordes del hondo dique y los demolía
y echaba la tierra en medio, hasta que formó un puente, calzada

tan larga y ancha como el espacio que el disparo de un asta
alcanza cuando la arroja un hombre que prueba su brío.
Por allí entró como riada el cerrado batallón. Apolo delante
iba con la muy venerable égida y demolía el muro de los aqueos
con gran facilidad, como la arena junto al mar un niño
cuando, nada más fabricar con ella pueriles juguetes,
vuelve en su juego a desbaratarlos con las manos y los pies.
Así también tú, invocado Febo, la enorme fatiga y el esfuerzo
de los argivos desbarataste y en ellos provocaste el pánico.

Así se detenían junto a las naves y permanecían allí
arengándose los unos a los otros, y a todos los dioses
levantando los brazos cada uno hacía fervientes plegarias.
Sobre todo el anciano Néstor, amparo de los aqueos, elevaba
sus súplicas, con los brazos extendidos al estrellado cielo:

«¡Zeus padre! Si alguno alguna vez en Argos, rica en trigo,
quemando pingües muslos de vaca o de oveja en tu honor,
te imploró el regreso y tú se lo prometiste y garantizaste,
acuérdate de ellos y apártalos, Olímpico, del despiadado día,
y no dejes a los aqueos sucumbir así ante los troyanos.»

Así habló en su plegaria, y el providente Zeus tronó
con fuerza, al escuchar las preces del anciano Nelida.

Al oír el trueno de Zeus, portador de la égida, los troyanos
con más bríos atacaron a los argivos y recordaron su belicosidad.
Como el hinchado oleaje del mar, de anchos caminos,
se abate sobre la nave por encima de la borda, cuando arrecia
la fuerza del viento, que encrespa muchísimo las olas,
así los troyanos descendían con grandes alaridos por el muro
o, guiando adentro los caballos, luchaban junto a las popas
cuerpo a cuerpo con las picas, de doble moharra,
unos desde los carros, y otros encaramados en las negras naves
con las largas pértigas que yacían sobre los barcos, utensilios
de abordaje, de piezas ensambladas y puntas revestidas de bronce.

Patroclo todo el tiempo que los aqueos y los troyanos
lucharon por el muro fuera del recinto de las veloces naves
estuvo sentado en la tienda del cortés Eurípilo

y lo distraía con la charla, mientras en la luctuosa herida
espolvoreaba medicinas para remediar los negros dolores.
Pero en cuanto vio a los troyanos acometer el muro,
y entre los dánaos se produjo el clamor y la desbandada,
entonces lanzó un gemido, se golpeó los dos muslos
con las palmas de las manos y dijo estas lastimeras palabras:
«¡Eurípilo! Ya no puedo, por mucha falta que te haga,
permanecer aquí, pues una gran contienda se ha suscitado.
Que tu escudero continúe entreteniéndote; yo, por mi parte,
voy ante Aquiles a toda prisa para instarlo a combatir.
¿Quién sabe si con la ayuda de una deidad le conmuevo el ánimo
con mis consejos? ¡Buena es la advertencia de un compañero!»
Así hablaba, y ya los pies lo transportaban. Los aqueos
aguardaban a pie firme el ataque de los troyanos, mas no podían,
a pesar de ser más numerosos, rechazarlos de las naves.
Tampoco los troyanos podían los batallones de los dánaos
quebrar y confundirse en medio de las tiendas y de las naves.
Como la plomada sirve para tallar recta la quilla de una nave
en las manos de un experto carpintero que conoce a fondo
toda su técnica gracias a la inspiración de Atenea,
así de equilibrada estaba la lucha y el combate de éstos.
Unos sostenían la lucha por unas naves, y otros por otras.
Héctor marchó presuroso a encarar al glorioso Ayante.
Los dos forcejeaban por una única nave, y no podían
ni el uno ahuyentarlo y prender fuego en la nave,
ni el otro rechazarlo, ya que la deidad le había acercado.
Entonces el esclarecido Ayante al hijo de Clicio, Calétor,
que llevaba una tea a la nave, acertó en el pecho con la lanza.
Retumbó al caer, y la antorcha se le desprendió de la mano.
Héctor, al ver con sus propios ojos a su primo [247]
caer en el polvo delante de la negra nave,
arengó a los troyanos y a los licios con recia voz:

[247] Calétor, padre de Clicio, era hermano de Príamo, según se indica en XX 238.

«¡Troyanos, licios y dárdanos, que lucháis cuerpo a cuerpo!
De ninguna manera os repleguéis de la lucha en este aprieto.
Salvad al hijo de Clicio y no consintáis que los aqueos
lo despojen de las armas caído en el recinto de las naves.»
Tras hablar así, disparó a Ayante la reluciente lanza.
Le erró, pero acertó entonces a Licofrón, hijo de Mástor,
el escudero citerio de Ayante, que habitaba junto a él
porque había matado a un hombre en la muy divina Citera [248],
en la cabeza por encima de la oreja con el agudo bronce,
cuando estaba de pie cerca de Ayante. Boca arriba en el polvo
cayó desde la popa de la nave al suelo, y sus miembros
se desmayaron. Ayante se estremeció y dijo a su hermano:
«¡Teucro, tierno hermano! Ha muerto nuestro leal camarada,
el Mastórida llegado de Citera, a quien, cuando estaba en casa,
apreciábamos igual que a nuestros progenitores en el palacio.
El magnánimo Héctor lo ha matado. ¿Dónde están ahora tus saetas,
raudas portadoras del hado, y el arco que te procuró Febo Apolo?»
Así habló, y él comprendió y acudió corriendo con el arco
retráctil en la mano y la aljaba, receptáculo de las saetas,
y en seguida estaba arrojando dardos contra los troyanos.
Y acertó a Clito, ilustre hijo de Pisénor,
compañero de Polidamante, el admirable Pantoida,
que tenía las riendas en las manos, atareado con los caballos;
los guiaba por donde más numeroso era el tumulto de las tropas
por complacer a Héctor y a los troyanos. Y pronto le llegó
la desgracia, que nadie le evitó a pesar de sus anhelos.
La lacrimógena saeta vino a darle en el cuello por detrás;
se desplomó del carro, y retrocedieron espantados los caballos
haciendo castañetear el carro vacío. Antes que nadie lo vio
el soberano Polidamante y llegó el primero ante los corceles.
Se los entregó a Astínoo, hijo de Protiaón, a quien encomendó

[248] Es probable que el epíteto que recibe la isla se deba a haber sido el lugar de culto de Afrodita más famoso después de Chipre.

con insistencia quedarse cerca y a la vista con los caballos,
y él volvió a confundirse entre los combatientes delanteros.
Teucro sacó otra flecha contra Héctor, de broncíneo casco,
y habría puesto fin a la lucha junto a las naves de los aqueos,
de haber acertado y quitado la vida al autor de tantas proezas.
Pero no dejó de notarlo la sagaz mente de Zeus, que velaba por
Héctor y que arrebató ese honor a Teucro Telamonio:
le rompió la bien trenzada cuerda en el intachable arco
cuando apuntaba contra él, y se le desvió a un lado la saeta,
pesada por el bronce, y el arco se le desprendió de la mano.
Teucro se estremeció y dijo a su hermano:
«¡Ay! Sin duda nos recorta nuestros propósitos de lucha
la divinidad, porque me ha arrebatado el arco de la mano
y me ha roto la recién trenzada cuerda que había atado hoy
temprano para que resistiera la presión de muchas flechas.»
Le respondió entonces el gran Ayante Telamonio:
«¡Tierno hermano! Deja el arco y el haz de saetas quietos,
pues la ojeriza del dios contra los dánaos los ha estropeado;
asiendo la luenga lanza en las manos y con el escudo al hombro,
bátete con los troyanos y estimula al resto de las huestes.
Aunque nos dobleguen, que al menos no capturen sin esfuerzo
las naves, de buenos bancos. ¡Ea, recordemos la belicosidad!»
Así habló, y él regresó a depositar el arco en la tienda.
A cambio, se echó a las espaldas el escudo, de cuatro capas,
sobre su valiente cabeza se caló el bien fabricado morrión,
con tupidas crines, cuyo penacho ondeaba terrible en la cimera,
y cogió la fornida pica, encastrada con agudo bronce.
Echó a andar y muy pronto se presentó corriendo ante Ayante.
Héctor, al ver los tiros fallidos de Teucro,
arengó a los troyanos y a los licios con recia voz:
«¡Troyanos, licios y dárdanos, que lucháis cuerpo a cuerpo!
¡Sed hombres, amigos, y recordad vuestro impetuoso coraje
en toda la línea de huecas naves! He visto con mis propios ojos
los tiros de un bravo guerrero fallidos por obra de Zeus.
El coraje de Zeus es fácil de reconocer para los hombres,

tanto cuando concede a unos la suprema gloria
como cuando empequeñece y rehúsa auxiliar a otros;
y ahora aminora la furia de los argivos y a nosotros nos protege.
Combatid junto a las naves en masa compacta. Si uno de vosotros
herido de disparo o de golpe cercano alcanza la muerte y el hado,
¡muerto quede! ¡No es una ignominia para quien defiende la patria
quedar muerto! Detrás la esposa y los hijos quedarán a salvo,
y su casa y su patrimonio incólumes, si los aqueos
se marchan con las naves a su tierra patria [249].»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
A su vez, Ayante al otro lado arengó a sus compañeros:
«¡Vergüenza, argivos! Ahora se decide si pereceremos
o si nos salvaremos y rechazaremos de las naves las desgracias.
Si Héctor, el de tremolante penacho, conquista las naves,
¿esperáis poder llegar andando cada uno a vuestra tierra patria?
¿No habéis oído cómo instaba a todas sus huestes
Héctor, que pretende a toda costa incendiar las naves?
No los invita a ir a un coro de danza, sino a la lucha.
Para nosotros no hay ningún plan ni proyecto mejor que éste:
trabar en el cuerpo a cuerpo nuestras manos y nuestra furia.
Más vale perecer o ganar la vida de una sola vez
que dejarnos exprimir más tiempo en la atroz lid
de manera inútil ante hombres peores junto a las naves.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Entonces Héctor capturó a Esquedio, hijo de Perimedes,
jefe de los foceos. Ayante hizo presa en Laodamante,
príncipe de los infantes, ilustre hijo de Anténor.
Polidamante despojó a Oto cilenio [250],
compañero del Filida y jefe de los magnánimos epeos.

[249] Los versos 494-9 son citados por el orador Licurgo en el discurso *Contra Leócrates*, pronunciado poco después del 338 a. C., con pequeñas variantes con respecto al texto de los manuscritos homéricos.

[250] Aparte de la Cilene de Arcadia, había otra ciudad en Élide que tenía el mismo nombre.

Al verlo, Megete arremetió contra él; se escurrió a un lado
Polidamante; y él falló el golpe, pues Apolo no consintió
que el hijo de Pántoo sucumbiera delante de las líneas;
sin embargo, hirió a Cresmo en pleno pecho con la lanza.
Retumbó al caer; y empezó a despojarle las armas de los hombros.
Mas entonces le atacó Dólope, hábil en el uso de la moharra,
el Lampétida, el hijo más bravo que había engendrado Lampo
Laomedontíada, muy experto en el impetuoso brío,
que entonces golpeó al Filida en pleno escudo con la lanza,
acometiéndolo desde cerca. Mas lo protegió la sólida coraza
que llevaba con planchas bien ajustadas y que una vez Fileo
le había traído de Éfira, de las orillas del río Seleente.
Se la había dado su huésped Eufetes, soberano de hombres,
para llevarla al combate como valladar contra los enemigos,
y también entonces a su hijo la piel protegió de la perdición.
Megete en la cima de la bóveda del casco, guarnecido de bronce
y provisto de tupidas crines, le hirió con la puntiaguda pica.
Cortó el equino crestón, que lejos del casco entero al suelo
cayó en el polvo, ¡recién teñido y reluciente de púrpura!
Luchaba Dólope a pie firme con él y aún confiaba en la victoria,
cuando entre tanto el marcial Menelao llegó en socorro suyo.
Se apostó de soslayo con la lanza y le acertó en el hombro
por detrás. La punta le atravesó con ímpetu el pecho,
hundiéndose con ansiedad, y él se derrumbó de bruces.
Ambos se lanzaron ávidos, para despojarle de los hombros
las armas, guarnecidas de bronce. Y Héctor exhortó a todos
sus hermanos y, en primer lugar, amonestó al Hicetaónida,
el valiente Melanipo, que las vacas, de tornátiles patas,
apacentaba en Percote, cuando los enemigos estaban lejos,
pero que al llegar las maniobreras naves de los dánaos,
había entrado en Ilio de nuevo y destacaba entre los troyanos
y habitaba junto a Príamo, que lo apreciaba como a sus hijos;
Héctor lo amonestó, lo llamó por todos sus nombres y le dijo:
«¿Así, Melanipo, vamos a flojear ya? ¿Ni siquiera a ti
se te conmueve el corazón por el asesinato de tu primo?

¿No estás viendo cómo bullen alrededor de las armas de Dólope?
Sígueme. Ya no es posible seguir batiéndose con los argivos
a distancia, antes que nosotros los matemos o ellos conquisten
los cimientos de la escarpada Ilio y maten a los ciudadanos.»
Hablando así, partió delante con el mortal igual a un dios,
y entre tanto el gran Ayante Telamonio instaba a los argivos:
«¡Amigos, sed hombres y tened vergüenza en vuestro ánimo!
Teneos respeto mutuo en las esforzadas batallas:
de los que se respetan, más se salvan que sufren la muerte;
y de los que huyen ni se alza la gloria ni ningún auxilio.»
Así habló, y ellos ya ardían en deseos de rechazarlos,
y metieron en su ánimo estas palabras y reforzaron las naves
con broncíneo cerco; y Zeus también despertó a los troyanos.
A Antíloco le instó Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«¡Antíloco! No hay otro aqueo que sea más joven que tú
y que tenga pies más rápidos y coraje como tú para la lucha.
Ojalá saltes fuera de las líneas y aciertes a algún troyano!»
Tras hablar así, él se alejó de nuevo y alentó al otro.
Avanzó impetuoso ante las líneas y disparó la reluciente lanza,
mirando a ambos lados con cautela. Arredró a los troyanos
el disparo del guerrero; y no arrojó el proyectil en vano,
sino que acertó al hijo de Hicetaón, al magnánimo Melanipo,
que retornaba al combate, en el pecho junto a la tetilla.
Retumbó al caer, y la oscuridad le cubrió ambos ojos.
Antíloco arremetió contra él, cual perro que sobre un cervato
herido se precipita, cuando al saltar fuera de la camada
el cazador le atina con su disparo y le dobla los miembros;
así sobre ti, Melanipo, saltó el aguerrido Antíloco
para quitarte las armas. Mas no se le ocultó al divino Héctor,
que llegó frente a él corriendo a través de la batalla.
Antíloco no resistió, a pesar de ser un impetuoso guerrero,
y huyó despavorido, como la fiera culpable de una fechoría,
que tras matar a un perro o a un boyero a cargo de las vacas
se da a la fuga antes que una multitud de hombres se congregue.
Así huyó despavorido el Nestórida; y los troyanos y Héctor

con portentoso estruendo tiraron una riada de gemidores dardos.
Y al llegar a la turba de los compañeros, se paró y se volvió.

Los troyanos, semejantes a carnívoros leones,
irrumpían en las naves y ejecutaban los designios de Zeus,
que despertaba en ellos cada vez más furia y hechizaba el ánimo
a los argivos, y les sustraía la gloria y alentaba a aquéllos.
Tenía la intención de tender la gloria a Héctor Priámida,
para que éste en las corvas naves el maravilloso fuego
infatigable prendiera y él pudiera cumplir el desmedido voto
de Tetis por entero. Pues lo que el providente Zeus aguardaba era
ver con sus propios ojos el fulgor de una nave ardiendo.
A partir de entonces, un contraataque desde las naves pensaba
lanzar contra los troyanos y tender la gloria a los dánaos.
Con este propósito junto a las huecas naves despertó
el ardor de Héctor Priámida, ya intenso de por sí.
Iba furioso, como cuando Ares blande la pica, o el maldito fuego
se enfurece en los montes, en la espesura del profundo bosque.
Le salía espuma por la boca, los dos ojos le brillaban
bajo las feroces cejas, y la celada a ambos lados
de las sienes de Héctor se agitaba pavorosamente, mientras
se batía. Pues desde el éter le socorría entonces el propio
Zeus, que sólo a él entre muchos más hombres
honraba y glorificaba; y es que su vida iba a ser ya efímera,
porque Palas Atenea ya empujaba contra él el día fatal
en el que iba a sucumbir ante la violencia del Pelida.
Deseoso de quebrarlas, iba tanteando las filas de los hombres
por donde veía más numerosa multitud y mejores armaduras;
pero ni aun así era capaz de quebrarlas a pesar de su empeño.
Aquéllos resistían en formación compacta como una muralla,
como una roca abrupta y elevada, próxima al canoso mar,
que aguanta los raudos embates de los sonoros vientos
y las crecidas olas que contra ella rugen;
así aguantaban los dánaos a pie firme a los troyanos sin huir.

Mas él, emitiendo fuego por doquier, corrió hacia la multitud
y cayó encima, como cuando sobre una veloz nave se abate una ola

violenta y nutrida por los vientos bajo las nubes, y entera
se oculta ésta bajo la espuma, el temible soplido del viento
brama en el velamen, y los marineros tiemblan en lo más hondo
asustados, pues por muy poco escapan de la muerte;
así se les desgarraba el ánimo en el pecho a los aqueos.
Mas él avanzaba como el feroz león que agrede a las vacas
que en la vega de una extensa marisma pacen incontables
al cuidado de un pastor que aún no sabe luchar con la fiera
para evitar la matanza de una vaca, de retorcidos cuernos;
va en fila con las primeras o con las últimas vacas
todo el tiempo; mas el león se lanza sobre las de en medio,
devora una vaca y todas se espantan; así entonces los aqueos
se entregaron a una prodigiosa huida ante Héctor y Zeus padre,
sin excepción, y aquél sólo logró matar al miceneo Perifetes,
el querido hijo de Copreo, que había llevado a menudo
los mensajes del soberano Euristeo al potente Hércules[251].
De aquél había nacido de un padre mediocre un hijo notable
en toda clase de cualidades, tanto la carrera como la lucha,
y que figuraba por su talento entre los primeros miceneos.
Éste fue quien entonces otorgó la gloria suprema a Héctor:
al volverse hacia atrás, tropezó con la orla del broquel
que llevaba, bastión de las jabalinas que le llegaba a los pies.
En él se trompicó y cayó de espaldas; a ambos lados la celada
resonó pavorosamente alrededor de las sienes al caer.
Violo Héctor con penetrante mirada y acudió corriendo cerca,
y le clavó la lanza en el pecho y ante sus propios compañeros
lo mató; éstos, aun afligidos por su camarada, no pudieron
socorrerlo por el intenso miedo que tenían del divino Héctor.
Encararon las naves; formaban un parapeto con sus bordes
las varadas en primera fila; allí desembocaron los troyanos.
Los argivos se vieron forzados a retirarse de las naves

[251] Euristeo fue el mítico rey de Argos que impuso a Hércules sus trabajos. Le temía tanto miedo que le daba las órdenes mediante un mensajero mientras él estaba escondido en un tonel.

primeras y allí mismo junto a las tiendas los aguardaron,
juntos y sin dispersarse por el campamento: los retenían
el pundonor y el miedo, y sin cesar se increpaban mutuamente.
Sobre todo el anciano Néstor, amparo de los aqueos, abrazaba
las rodillas a cada uno, suplicando en nombre de sus padres:
«¡Amigos, sed hombres e infundid en vuestro ánimo
vergüenza de unos por otros! Acordaos cada uno también
de vuestros hijos, esposas, posesiones y progenitores,
tanto quienes los tenéis vivos como a quienes se os han muerto.
Por ellos, ya que están ausentes, yo os imploro de rodillas
que sigáis firmes con denuedo y no os volváis a la huida.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Les disipó Atenea de los ojos la oscuridad de la niebla
maravillosa, y una completa claridad se hizo a ambos lados,
el de las naves y el del combate, que a todos por igual doblega.
Entonces pudieron percibir al valeroso Héctor y a sus camaradas,
tanto a los que se habían quedado detrás a distancia sin luchar,
como a los que sostenían la pelea junto a las veloces naves.
Mas al magnánimo Ayante ya no le plugo en su ánimo quedarse
quieto donde los demás hijos de los aqueos se replegaban,
sino que a largas zancadas recorría las cubiertas de las naves,
blandiendo en las palmas una larga pértiga de abordaje,
ensamblada de varias piezas con abrazaderas, de veintidós codos.
Como cuando un hombre que monta con destreza a caballo [252]
y que cuando embrida cuatro caballos escogidos entre muchos
los lanza desde la llanura y los guía hacia la gran ciudad
por la ruta más concurrida de personas: lo contemplan muchos
hombres y mujeres, y él, con pie seguro y sin tropiezo,
salta de uno a otro y cambia de grupa, mientras siguen volando;
así Ayante recorría muchas cubiertas de las veloces naves
a grandes zancadas de acá para allá. Su voz llegaba al éter

[252] Sólo en algunos símiles aparece con seguridad el uso de los caballos como animales para montar, no como animales de tiro; fuera de los símiles, quizá también en X 513 s.

y con espantables y persistentes gritos ordenaba a los dánaos
defender las naves y las tiendas. Tampoco Héctor aguardaba
dentro del grueso de troyanos, portadores de sólidas corazas.
Como la rutilante águila sobre la bandada de volátiles aves
arremete, cuando picotean a orillas de un río
—gansos o grullas o cisnes, de luengos cuellos—,
así Héctor fue derecho contra una nave, de esmaltada proa,
acometiendo de frente. Zeus le dio un empujón por detrás
con su enorme mano e impulsó a su hueste junto con él.
De nuevo se trabó una áspera batalla junto a las naves.
Se diría que eran infatigables e inasequibles a las heridas
unos y otros al encarar el combate: ¡con tal denuedo luchaban!
Mientras se batían, éstos eran sus pensamientos: los aqueos
estaban seguros de perecer y de no escapar del desastre;
y el ánimo de cada troyano esperaba en lo más hondo del pecho
prender fuego en las naves y matar a los héroes aqueos.
Con estos sentimientos entablaban combate unos contra otros.
Héctor echó mano a la popa de una nave, surcadora del ponto,
bella, marinera, la que había transportado a Protesilao
a Troya y que no lo llevó de regreso a su tierra patria.
Alrededor de la nave de éste, los aqueos y los troyanos
se aniquilaban en lucha cuerpo a cuerpo, y ya no les bastaba
aguardar a distancia los tiros de los arcos y las jabalinas.
Colocados muy próximos, dueños de un único ánimo,
luchaban con agudas hachas y con segures
y con enormes espadas y con picas, de doble moharra.
Muchas bellas dagas de nieladas capas en la empuñadura
cayeron al suelo, unas de las manos, y otras de los hombros
de los que se batían; y la sangre fluía por la negra tierra.
Héctor, una vez que se agarró a la popa, ya no la soltaba;
con el aplustre en las manos ordenaba esto a los troyanos:
«¡Traed fuego y elevad todos a la vez el grito de batalla!
Ahora Zeus nos ha dado un día que nos compensará por todos,
el de la toma de las naves llegadas a despecho de los dioses,
que nos han traído muchos males por la cobardía de los viejos,

que, cuando yo quería luchar junto a las popas de las naves,
trataban de retenerme e intentaban contener a la hueste.
Mas si entonces dañaba nuestras mientes Zeus, el de ancha voz,
ahora es él también quien nos estimula y quien nos manda.»
Así habló, y arreciaron en su ataque contra los argivos.
Ayante ya no resistió, pues los dardos lo acosaban con fuerza,
y creyendo morir sin remedio retrocedió un poco hasta un banco
de siete pies y abandonó la cubierta de la equilibrada nave.
Allí se quedó plantado al acecho, y con la pica sin descanso
apartaba de las naves al troyano que iba con infatigable fuego;
y con espantables y persistentes gritos ordenaba a los dánaos:
«¡Amigos, héroes dánaos, escuderos de Ares!
¡Sed hombres, amigos, y recordad vuestro impetuoso coraje!
¿Es que creemos que hay otros defensores detrás
o un muro mejor que proteja a los hombres del estrago?
No estamos cerca de ninguna ciudad provista de murallas
donde refugiarnos con un pueblo que nos procure la revancha,
sino en el llano de los troyanos, portadores de sólidas corazas,
acampados lejos de la tierra patria y sin más apoyo que el mar.
La salvación está en las manos, no en el abandono de la lucha.»
Dijo, y furioso arremetía con la afilada pica.
Al que de los troyanos se acercaba a las cóncavas naves
con el voraz fuego por complacer las órdenes de Héctor,
Ayante lo hería, vigilante con la larga pica,
y a doce hirió así, cuerpo a cuerpo delante de las naves.

CANTO XVI

Así luchaban alrededor de la nave, de buenos bancos [253],
cuando Patroclo se presentó ante Aquiles, pastor de huestes,
derramando cálidas lágrimas, como una fuente de negras aguas
que desde una abrupta roca vierte su umbrío caudal.
Al verlo se apiadó el divino Aquiles, de pies protectores,
y, dirigiéndose a él, dijo estas aladas palabras:
«¿Por qué estás lloroso, Patroclo, como una niña [254]
tierna que corre junto a su madre y le manda que la coja
agarrándole el vestido, y la estorba en sus prisas
y envuelta en lágrimas la mira para que la levante en brazos?
A ésa te pareces, Patroclo, en las tiernas lágrimas que viertes.
¿Es que tratas de revelar algo a los mirmídones o a mí mismo,
o has escuchado tú solo algún mensaje procedente de Ftía?
Cuentan que aún vive Menecio, el hijo de Áctor,
y también está vivo entre los mirmídones el Eácida Peleo,
y la muerte de ambos es lo que más nos afligiría.
¿O es que sientes lástima por los argivos, al ver cómo perecen

[253] El título antiguo del canto XVI es *Patroclea* y narra las hazañas y la muerte de Patroclo.

[254] Las formas Patroclo y Patrocles alternan constantemente para referirse al mismo héroe; la primera es una forma hipocorística de la segunda. En el texto de la traducción he unificado ambas formas, como en otros nombres propios.

junto a las huecas naves por culpa de su propia transgresión?
Habla, no lo ocultes en tu pensamiento: sepámoslo ambos.»
Con profundos suspiros le respondiste, cochero Patroclo:
«¡Aquiles, hijo de Peleo, con mucho el mejor de los aqueos!
No te enfades; tal es la aflicción que oprime a los aqueos.
Todos los que hasta hace poco eran los más bravos
yacen entre las naves heridos por dardos o por picas.
Herido de dardo está el Tidida, el esforzado Diomedes.
Herido de pica está Ulises, insigne por su lanza, y Agamenón.
Herido por una flecha en el muslo está también Eurípilo [255].
De ellos se ocupan los médicos con sus muchas medicinas,
curando sus llagas. Y tú te has vuelto implacable, Aquiles.
Que nunca me invada a mí una ira como esa que tú albergas,
tan atroz. ¿Qué ventaja procurarás al que nazca en el futuro,
si no apartas a los argivos del ignominioso estrago?
¡Despiadado! Tu padre no fue Peleo, el conductor de carros,
ni Tetis tu madre; el garzo mar fue quien te dio a luz
y las abruptas rocas, pues tus sentimientos son implacables.
Si es que tratas de eludir en tus mientes algún vaticinio
y te ha revelado algo de parte de Zeus tu augusta madre,
al menos envíame a mí sin demora y dame el resto de la hueste
de mirmídones, a ver si llevo una luz de salvación a los dánaos.
Dame tu armadura para ponérmela en los hombros,
a ver si me confunden contigo y renuncian al combate
los troyanos, y los marciales hijos de los aqueos respiran
de su quebranto. Aunque sea breve, es un respiro del combate.
Los no fatigados fácilmente a los fatigados del griterío
podemos empujar a la ciudad lejos de las naves y de las tiendas.»
Así habló suplicando el muy insensato; pues su destino
era el de suplicar para sí mismo la muerte cruel y la parca.
Muy enojado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

[255] No se nombra aquí a Macaón, también herido, a diferencia de lo que sucede en XI 659 ss., sin duda porque su importancia es mucho más limitada.

«¡Ay de mí, Patroclo del linaje de Zeus, qué has dicho!
Ni me importa ningún vaticinio que pueda conocer
ni me ha revelado nada de parte de Zeus mi augusta madre;
pero esta atroz aflicción me invade el corazón y el ánimo
cada vez que un hombre intenta defraudar a un igual suyo
y despojarle del botín, sólo por abusar de su poder.
Una atroz aflicción me causa eso tras los dolores padecidos.
La muchacha que los hijos de los aqueos me reservaron en prenda
y que adquirí con mi lanza al saquear la bien amurallada ciudad
me la ha quitado de las manos el poderoso Agamenón
Atrida, igual que lo habría hecho con un vil exiliado.
Mas dejemos en paz lo pasado. Ya veo que no era posible
conservar en las mientes la ira para siempre. Y eso que
estaba seguro de no poner fin a mi cólera sino cuando ya
llegara el griterío y el combate hasta mis propias naves.
Revístete tú los hombros con mis gloriosas armas,
ponte al frente de los combativos mirmídones y ve a la lucha,
si es cierto que la oscura nube de los troyanos rodea
las naves con gran poderío y que sobre la rompiente del mar
tienen apoyadas las espaldas con poco espacio para maniobrar
los argivos. La ciudad de los troyanos acude completa,
llena de audacia al no contemplar el frontal de mi casco
brillando cerca; pronto habrían huido y las oquedades
habrían llenado de cadáveres si el poderoso Agamenón hubiera
sido benigno conmigo. Pero ahora luchan alrededor del campamento.
Y es que en las palmas del Tidida Diomedes no se agita
la lanza, furiosa por apartar el estrago de los dánaos.
Tampoco he oído hasta ahora la voz del Atrida dando gritos
de su odiosa cabeza, sino la del homicida Héctor, que por doquier
se quiebra llamando a los troyanos, quienes con sus vítores
dominan todo el llano, victoriosos sobre los aqueos en la lid
Pero incluso así, Patroclo, aparta el estrago de las naves
e irrumpe en medio con poderío; que con el ardiente fuego
no prendan las naves y nos priven del caro regreso.
Haz caso al último consejo que voy a indicar a tus mientes;

así ganarás quizá para mí una gran honra y gloria
de todos los dánaos, y entonces la bella muchacha
me devolverán y además me procurarán espléndidos regalos [256].
Vuelve aquí después de expulsarlos de las naves. Incluso si
el altitonante esposo de Hera te concede alzarte
con la gloria, no ansíes combatir lejos de mí
contra los aguerridos troyanos; me dejarás más deshonrado [257].
Ni tampoco por la vanagloria del combate y de la lid
emprendas la marcha hacia Ilio exterminando troyanos,
no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo
e intervenga; mucho los ama el protector Apolo.
Da la vuelta en cuanto la luz de la salvación en las naves
restaures y déjalos proseguir aún la liza por la llanura.
¡Ojalá, Zeus padre, Atenea y Apolo, no escape de la muerte
ninguno de cuantos troyanos hay ni tampoco ningún argivo,
y que sólo nosotros dos emerjamos de la perdición y seamos
los únicos que desatemos las sagradas diademas de Troya.»
Así conversaban ellos con tales razones.
Ayante ya no resistía, pues los dardos lo acosaban con fuerza,
y le doblegaban la voluntad de Zeus y los arrogantes troyanos
con sus disparos; terrible ruido en sus sienes la reluciente
celada hacía con los proyectiles; sufría continuos impactos
en los bien fabricados mamelones y se cansaba el hombro izquierdo
de embrazar sin cesar el tornasolado escudo. Mas no podían
hacer que se tambalease a los lados bajo el peso de los dardos.
Con fatigoso e incesante sofoco respiraba, el sudor le fluía
a chorros de los miembros por todos los lados, y no hallaba
resuello: por doquier se amontonaba desgracia sobre desgracia.

[256] El contenido de estos versos no parece tener en cuenta el de IX 274.

[257] Aquiles desea que Patroclo se conforme con salvar las naves, no que libre a los aqueos de las penalidades de la batalla. Si así fuera, Aquiles no obtendría la recompensa que había solicitado de Zeus mediante su madre, Tetis.

Decidme ahora, oh Musas, dueñas de olímpicas moradas,
cómo el fuego empezó a abatirse sobre las naves de los aqueos.
Héctor se plantó cerca de Ayante y golpeó su asta de fresno
con la gran espada a la altura del casquete bajo la punta,
haciéndola saltar lejos por los aires. Ayante Telamonio en vano
blandió con el brazo el asta tronchada, mientras lejos de él
la broncínea moharra cayó al suelo con estrépito.
El intachable ánimo de Ayante se dio cuenta, y le estremeció
esta obra de los dioses, porque truncaba sus planes de lucha
el altitonante Zeus y planeaba dar la victoria a los troyanos,
y se puso al abrigo de sus dardos. Prendieron infatigable fuego
en la veloz nave, de la que al punto brotó llama inextinguible.
Así fue como el fuego rodeó la popa. Por su parte, Aquiles,
golpeándose ambos muslos, dijo a Patroclo:
«¡Ponte en marcha, Patroclo, cochero del linaje de Zeus!
Ya estoy viendo junto a las naves el ímpetu del voraz fuego.
Cuida de que no tomen las naves y agoten toda posible huida.
Vístete con las armas cuanto antes, que yo reuniré la tropa.»
Así habló, y Patroclo se caló el cegador bronce.
Primero se colocó alrededor de las pantorrillas las grebas
bellas, ajustadas con argénteas tobilleras.
En segundo lugar, alrededor del pecho se puso la coraza,
centelleante como el estrellado cielo, del velocípedo Eácida.
A hombros se echó la espada, tachonada con clavos de plata,
broncínea, y, a continuación, el alto y compacto escudo.
Sobre la valiente cabeza se caló el bien fabricado morrión
provisto de crines, cuyo penacho ondeaba terrible en la cimera,
y cogió dos fornidas lanzas bien ajustadas a sus palmas.
Lo único que no cogió fue la pica del intachable Eácida,
pesada, larga y compacta; ningún otro de los aqueos podía
blandirla; sólo Aquiles era capaz de blandir la pelíada
lanza de fresno que Quirón había procurado a su padre
de la cima del Pelio, para que fuera matanza de héroes.
Mandó uncir rápidamente los caballos a Automedonte,
a quien más apreciaba tras Aquiles, rompedor de batallones,

y que era el más leal para resistir las amenazas en la lucha.
Automedonte le unció bajo el yugo los ligeros caballos,
Janto y Balio, que alzaban el vuelo con los vientos.
Los había concebido por obra del viento Zéfiro la Harpía Podarga
cuando pacía en un prado a orillas de la corriente del Océano [258].
En los arneses suplementarios puso al intachable Pédaso,
que Aquiles había conducido al conquistar la ciudad de Eetión [259]
y que, aun siendo mortal, acompañaba a caballos inmortales.
Aquiles fue recorriendo todas las tiendas, para poner
a los mirmídones en alerta con las armas. Éstos cuales lobos
carnívoros con las mientes impregnadas de indecible coraje,
que tras aniquilar en los montes a un cornudo ciervo enorme
lo devoran; a todos se les enrojecen de sangre las mejillas
y en manada van a una fuente de negro caudal, para lamer
con sus tenues lenguas las negras aguas de la superficie,
al tiempo que escupen la sangre de la matanza; en el fondo
de su pecho el ánimo es intrépido y su vientre está ahíto;
así los príncipes y los caudillos de los mirmídones
a ambos lados del valeroso escudero del velocípedo Eácida
partían a buen paso. En medio se erguía el marcial Aquiles,
arengando a caballos y guerreros, portadores de broquel.
Cincuenta eran las veloces naves al mando de las cuales
Aquiles, caro a Zeus, había ido a Troya. En cada una
cincuenta compañeros había sobre los bancos de remeros.
Había nombrado cinco jefes, que eran de su confianza
para dar las señales, y él era el soberano con poder supremo.
De la primera hilera era jefe Menestio, de tornasolada coraza,
hijo del Esperqueo, el río alimentado por las aguas del cielo.
Lo había dado a luz la hija de Peleo, la bella Polidora,
mujer que había yacido con un dios, el infatigable Esperqueo,
aunque nominalmente por obra de Boro, hijo de Perieres,

---

[258] No parece que esta Harpía tenga relación con las criaturas famosas así llamadas en la *Odisea*.

[259] Teba, véase VI 397.

que la había desposado en público, dándole una inmensa dote.
Al frente de la segunda iba el marcial Eudoro, aún soltero,
a quien había dado a luz Polimela, bella en la danza,
hija de Filante. El pujante Argifonte se había prendado
de ella, al verla con sus ojos entre las bailarinas
en el coro de la ruidosa Ártemis, la de áureos venablos.
Al punto subió al piso superior y se acostó en secreto
a su lado el curador Hermes y le procuró un ilustre hijo,
Eudoro, rápido como nadie en la carrera y buen luchador.
Mas en cuanto Ilitía, la de penosos alumbramientos,
lo sacó a la luz y vio los resplandores del sol,
la esforzada furia de Equecles Actórida la llevó
a su morada como esposa, tras darle una incontable dote.
A aquél el anciano Filante bien lo había criado y mimado,
rodeándolo de cariño como si fuera su propio hijo.
Al frente de la tercera iba el marcial Pisandro
Memálida, que aventajaba a todos los mirmídones
en la lucha con la pica, excepto al compañero del Pelida.
De la cuarta era jefe Fénix, el anciano conductor de carros,
y de la quinta Alcimedonte, el intachable hijo de Laerces.
En cuanto Aquiles a todos con sus príncipes
formó y distribuyó, impartió órdenes estrictas:
«¡Mirmídones! Que nadie olvide las amenazas
que proferíais contra los troyanos junto a las veloces naves
durante el tiempo de mi cólera ni las culpas que me echabais:
'¡Obstinado hijo de Peleo! ¡Con hiel te crió tu madre, cruel,
que junto a las naves retienes a tus compañeros sin querer!
Regresemos a casa con las naves, surcadoras del ponto,
de nuevo, ya que una maligna ira te ha invadido el ánimo.'
Eso decíais de mí cada vez que os reuníais. Ahora está patente
la magna tarea de la contienda, de la que estabais prendados.
En ella luche cada cual contra los troyanos con coraje y con valor.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Cerraron filas de manera más sólida al escuchar a su rey.
Como cuando un hombre encaja las apretadas piedras de la pared

de una alta casa para guardarla de las batidas de los vientos,
así encajaron los cascos y los abollonados broqueles:
broquel apoyado en broquel, casco en casco, y hombre en hombre.
Los empenachados cascos se tocaban con los brillantes crestones
al menear la cabeza: ¡tan apiñados unos con otros formaban!
Dos hombres estaban delante de todos con las armas,
Patroclo y Automedonte, resueltos con un único ánimo
a combatir al frente de los mirmídones. Por su parte, Aquiles
echó a andar hacia la tienda y abrió la tapa de un arca
bella, primorosa, que Tetis, la de argénteos pies, le había
depositado en la nave para que la llevara repleta de túnicas,
de capas que abrigan del viento y de lanosas mantas.
Allí estaba su labrada copa: ningún otro hombre
bebía de ella el rutilante vino y a ningún dios
más que a Zeus padre hacía libaciones con ella.
La recogió entonces del arca, la purificó con azufre
primero y a continuación la lavó con bellos chorros de agua.
También él se lavó las manos y apuró el rutilante vino.
Luego, de pie en medio del vallado, oró y vertió el vino,
mirando al cielo; y lo vio Zeus, que se deleita con el rayo.
«¡Soberano Zeus, dodoneo, pelásgico, que habitas lejos,
regidor de la desapacible Dodona, en cuyo contorno moran los selos,
tus intérpretes, que no se lavan los pies y duermen en el suelo!
Ya una vez antes escuchaste mi plegaria, y a mí me honraste
e infligiste un grave castigo a la hueste de los aqueos.
También ahora cúmpleme este otro deseo:
yo me quedaré en el recinto de las naves,
pero envío a mi compañero junto con numerosos mirmídones
a batirse. Haz que la gloria le acompañe, Zeus de ancha voz,
y llena su corazón de osadía en las mientes, para que Héctor
se entere de si también sabe combatir sin mí
nuestro escudero o de si sus inaferrables manos sólo
muestran furia cuando yo entro en el fragor de Ares.
Ojalá tras apartar de las naves la lucha y el clamor

regrese en seguida inmune conmigo a las veloces naves
con todos, armas y compañeros, expertos en la lucha de cerca.»
Así habló en su plegaria, y le oyó el providente Zeus.
Lo uno le concedió el padre, pero le negó lo otro:
le otorgó rechazar el combate y la lucha de las naves,
pero le rehusó que regresara sano y salvo de la batalla.
Después de hacer la libación y la plegaria a Zeus padre,
entró de nuevo en la tienda y depositó la copa en el arca,
y salió y se detuvo ante la tienda, con el ánimo aún deseoso
de contemplar la atroz contienda entre troyanos y aqueos.
Los que habían tomado las armas con el magnánimo Patroclo
avanzaron hasta arremeter con gran brío entre los troyanos.
Al punto se esparcieron como una riada, como las avispas
de los caminos, a las que los niños suelen molestar,
provocándolas sin tregua en sus casas al borde del camino,
insensatos, que provocan un mal común para muchas personas:
si algún caminante al pasar al lado de ellas
las excita sin querer, el coraje de su corazón impulsa
a todas a acudir volando contra él y a defender sus crías.
Con igual corazón y ánimo se esparcieron entonces los mirmídones
fuera de las naves, y se suscitó un inextinguible griterío.
Patroclo arengó a sus compañeros con recia voz:
«¡Mirmídones, compañeros del Pelida Aquiles!
¡Sed hombres, amigos, y acordaos de vuestro impetuoso coraje!
Así honraremos al Pelida, el mejor de los argivos que hay
en las naves, como lo son sus soldados, que luchan de cerca,
y el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios, se enterará
de su yerro, por no dar satisfacción al mejor de los aqueos.»
Con estas palabras excitó la furia y el ánimo de cada uno.
Irrumpieron entre los troyanos en masa compacta, y las naves
resonaron pavorosamente a causa del griterío de los aqueos.
A todos los troyanos, al ver al hijo de Menecio
y a su escudero, ambos refulgentes con las armas,
se les conmovió el ánimo, y los batallones se alteraron,
imaginando que el velocípedo Pelida salía de las naves

tras haber depuesto la cólera y preferido la amistad;
y cada uno escrutó adónde huir del abismo de la ruina.
Patroclo fue el primero en disparar la reluciente lanza
derecha hacia el centro, donde más numeroso era el tropel,
junto a la popa de la nave del magnánimo Protesilao, y acertó
a Pirecmes, que a los peonios, provistos de carros de guerra [260],
había traído de Amidón, de orillas del Axio, de amplio caudal.
Le acertó en el hombro derecho, y boca arriba en el polvo
cayó con un lamento. Echaron a huir alrededor sus compañeros
peonios, pues Patroclo había sembrado el miedo entre todos
al matar a su príncipe, que destacaba en la lucha.
Y los expulsó de las naves y apagó el ardiente fuego.
Medio quemada quedó la nave allí. Los troyanos echaron a huir
con desaforado bullicio, y los dánaos se diseminaron
por las huecas naves: y el alboroto se hizo insondable.
Como cuando de la excelsa cima de un elevado monte
Zeus, que los relámpagos acumula, disipa una densa nube,
y se descubren todas las atalayas, las cúspides de los oteros
y los valles, y el inmenso éter se desgarra del cielo,
así los dánaos, al rechazar de las naves el abrasador fuego,
recobraron breve aliento, pero no por ello cesó el combate.
Aun acosados por los aqueos, caros a Ares, los troyanos
todavía no huían en desbandada desde las negras naves,
sino que aún oponían resistencia y apenas cedían espacio.
Entonces la batalla se dispersó y cada guerrero capturó
a otro de los príncipes. Primero el fornido hijo de Menecio
acertó en el muslo a Areílico, cuando acababa de volverse,
con la puntiaguda pica y le hundió el bronce y lo atravesó.
La pica rompió el hueso, y él de bruces sobre la tierra
cayó. Por su parte, el marcial Menelao hirió a Toante
en el lado del pecho desnudo de broquel y dobló sus miembros.
El Filida, que estaba al acecho del ataque de Anficlo,
se anticipó y empinándose le hirió en lo alto del muslo, donde

[260] Véase II 848 s., donde los peonios aparecen como arqueros.

está el músculo más grueso del hombre. La punta de la pica
desgarró en dos los tendones, y la oscuridad cubrió sus ojos.
De los Nestóridas, hirió a Atimnio con la aguda lanza
Antíloco; la broncínea pica le atravesó la ijada,
y se desplomó hacia adelante. Maris con la lanza de cerca
arremetió contra Antíloco, airado por la muerte de su hermano,
y se detuvo ante el cadáver. Y Trasimedes, comparable a un dios,
se anticipó y empinándose le hirió en el hombro sin fallar.
La punta de la lanza rasgó el extremo superior del brazo
y lo separó de los músculos, fracturando el hueso por completo.
Retumbó al caer, y la oscuridad le cubrió ambos ojos.
Doblegados así ambos por los dos hermanos, descendieron
juntos al Érebo los valerosos camaradas de Sarpedón,
los lanceadores hijos de Amisodaro, que a la Quimera
tormentosa había criado para desgracia de numerosos hombres.
Ayante Oilíada arremetió contra Cleobulo y lo prendió vivo,
estorbado entre el tropel. Pero allí mismo desmayó su furia,
al golpearle el cuello con la espada, dotada de empuñadura.
La sangre calentó entera la espada, y de sus ojos
se adueñaron la purpúrea muerte y el imperioso destino.
Penéleo y Licón corrieron al encuentro, pues con las picas
ambos habían errado y disparado un tiro ocioso. Ambos de nuevo
se agredieron con las espadas y entonces Licón le dio un tajo
en el crestón del empenachado casco, mas la espada por el mango
se quebró. Le asestó un golpe en el cuello bajo la oreja
Penéleo, y la espada se hundió entera y sólo aguantó la piel;
la cabeza quedó colgando, y los miembros se le desmayaron.
Meríones dio alcance a Acamante con pies prestos y le envasó
en el hombro derecho cuando iba a montar en los caballos.
Se desplomó del carro, y la niebla se vertió sobre sus ojos.
Idomeneo envasó a Erimante el despiadado bronce
en la boca. La broncínea asta penetró de frente
por debajo del cerebro y rompió los blancos huesos.
Los dientes saltaron al recibir el impacto, y se le llenaron

los dos ojos de sangre; también por la boca y nariz abajo
manaba de sus fauces; y la negra nube de la muerte lo cubrió.
Cada uno de los anteriores príncipes dánaos hizo una presa.
Igual que agreden a los corderos o a los cabritos los lobos
depredadores, arrancándolos de las reses que en los montes
andan diseminadas por negligencia del pastor, y en cuanto
los ven los arrebatan, porque carecen de coraje en el ánimo,
así los dánaos agredían a los troyanos, que sólo de la huida,
de siniestro son, se acordaron, olvidando el impetuoso coraje.
El alto Ayante a Héctor, de broncíneo casco, sin cesar
pugnaba por alancear; éste, gracias a su pericia en el combate,
con los anchos hombros tapados por el broquel, de piel de toro,
atendía al silbido de las flechas y al zumbido de las jabalinas.
Bien se daba cuenta de que cambiaban las tornas de la victoria;
pero aun así resistía y salvaba a sus muy fieles compañeros.
Como cuando desde el Olimpo remonta el cielo una nube
nacida del límpido éter cuando Zeus desencadena la tormenta,
así aumentaron el clamor y la huida de ellos fuera de las naves,
y no fue en orden como cruzaron de vuelta. Sacaban los caballos
de cascos ligeros a Héctor con las armas, dejando las tropas
troyanas, a las que la excavada fosa retenía mal de su grado [261].
Muchos tiros de ligeros caballos rompieron dentro de la fosa
el extremo del timón y abandonaron los carros y a sus soberanos.
Patroclo acompañaba enérgico a los dánaos, dando órdenes
y meditando males contra los troyanos. De clamor y de huida
colmaron todos los caminos al dispersarse; en lo alto el polvo
se esparcía hasta las nubes, y los solípedos caballos a galope
tendido regresaban a la ciudad desde las naves y las tiendas.
Patroclo justo por donde más revuelta veía la hueste guiaba
los caballos entre gritos. Bajo los ejes los hombres caían

[261] Es llamativo que la fosa sea un obstáculo para los troyanos que van a pie y no para Héctor que va en el carro. Por lo demás, los versos inmediatamente anteriores no hablan de una huida general como la que estos versos relatan.

de bruces desde los carros, y las cajas volcaban con estrépito.
Franquearon de frente la fosa los ligeros caballos inmortales,
espléndidos dones que los dioses habían regalado a Peleo,
ávidos de seguir adelante. Su ánimo le impulsaba hacia Héctor
y ansiaba alcanzarlo mientras los ligeros caballos lo sacaban.
Igual que bajo la tormenta la oscura tierra se empapa entera
el día otoñal en que con insuperable violencia vierte el agua
Zeus para manifestar su ira, rencoroso contra los hombres
que en la plaza dictan sentencias torcidas abusando de su poder
y destierran la justicia sin ningún miramiento por los dioses;
los cauces de todos sus ríos se desbordan,
los torrentes hienden entonces barrancos en muchas colinas
y en la ondulante costa se precipitan con grandes clamores
desde la cima de los montes, anegando las labores de las gentes;
tan grandes eran los clamores de las yeguas troyanas al correr.
Patroclo, tras cortar la retirada a los primeros batallones,
los cercaba forzándolos a recular hacia las naves y les impedía
acceder a la ciudad en contra de su anhelo. Entre
las naves, el río y la elevada muralla se lanzaba
tras ellos y daba muertes, cobrándose venganza de muchos.
A Prónoo entonces alcanzó primero con la reluciente lanza
en la zona del pecho desnuda de broquel y dobló sus miembros;
y éste retumbó al caer. En segundo lugar acometió
a Téstor, hijo de Énope, que en la bien pulida caja del carro
estaba agachado. Se había quedado estupefacto y se le cayeron
las riendas de las manos. Aquél se acercó y le envasó la pica
en la quijada derecha, haciéndola penetrar entre los dientes.
Tiró de él, ensartado a la lanza, por encima del barandal,
como el que sentado sobre una prominente roca saca un sagrado pez
a tierra fuera del ponto con el hilo y el cegador bronce.
Así lo sacó del carro con la boca abierta usando la reluciente
lanza y lo arrojó de bruces, y al caer lo abandonó el ánimo.
Luego acertó con una piedra a Erilao, cuando lo acometía[262],

[262] Es de suponer que Patroclo, si utiliza una piedra como proyectil, es porque va a pie. Pero aparece montado en el carro en 378 y en 427.

en plena cabeza; y ésta se rompió entera en dos
dentro del ponderoso casco. De bruces al suelo
cayó y la muerte se desparramó alrededor, segadora de vidas.
A continuación a Erimante, a Anfótero y a Epaltes,
a Tlepólemo Damastórida, a Equio y a Piris,
a Ifeo, a Evipo y a Polimelo Argéada,
a todos en rápida sucesión derribó a tierra, nutricia de muchos.
Sarpedón, al ver a sus compañeros, de túnica sin ventrera,
doblegados a manos de Patroclo Menecíada,
increpó y arengó a los licios, comparables a dioses:
«¡Vergüenza, licios! ¿A dónde huís? ¡Venid rápidos!
Iré al encuentro de este hombre, a ver si logro enterarme
de quién es este que triunfa y es autor de tantos males,
pues a muchos troyanos valerosos ha postrado las rodillas [263].»
Dijo, y del carro saltó a tierra con las armas.
Patroclo, al otro lado, nada más verlo, se apeó del carro.
Como dos buitres de ganchudas garras y corvos picos
luchan sobre una elevada peña entre ruidosos graznidos,
así se lanzaron uno contra el otro entre estridentes gritos.
Al verlos, se compadeció el taimado hijo de Crono
y dijo a Hera, su hermana y esposa:
«¡Ay de mí! Sarpedón, el más caro para mí de los hombres,
decreta el destino que sucumba a manos de Patroclo Menecíada.
Entre dos ardientes deseos se debate mi corazón en las mientes:
arrebatarlo vivo, alejarlo de la lacrimógena lucha
y depositarlo en el pingüe pueblo de Licia,
o hacerlo ya sucumbir a manos del Menecíada.»
Le respondió entonces la augusta Hera, de inmensos ojos:
«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué clase de palabra has dicho!
¿A un hombre mortal y desde hace tiempo abocado a su sino

[263] Al parecer, el hecho de que Patroclo use las armas de Aquiles no ha engañado a Sarpedón, que da muestras de estar seguro de que no es Aquiles, aunque también desconoce la identidad del que lleva sus armas.

pretendes sustraer de la entristecedora muerte?
Hazlo, mas no te lo aprobamos todos los demás dioses.
Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes.
Si envías vivo a Sarpedón a su casa, ten cuidado,
porque en seguida algún otro de los dioses querrá
enviar a su hijo lejos de la violenta batalla.
Pues alrededor de la gran ciudad de Príamo luchan muchos
hijos de inmortales, en quienes infundirás un atroz rencor [264].
Pero si te es querido y tu corazón siente lástima por él,
déjalo primero en la violenta batalla
sucumbir a manos de Patroclo Menecíada,
y en cuanto lo abandone el aliento y la vida,
envía a la Muerte y al dulce Sueño a que lo transporten
hasta llevarlo al pueblo de la vasta Licia,
donde sus hermanos y parientes le harán solemnes exequias
con una tumba y una estela: ¡ése es el privilegio de los que mueren!»
Así habló, y no desobedeció el padre de hombres y dioses,
que derramó sobre la tierra sanguinolentas gotas
en honor de su hijo, al que Patroclo iba a matar
en Troya, de fértiles glebas, lejos de su patria.
Cuando ya estaban cerca avanzando el uno contra el otro,
entonces Patroclo al muy ilustre Trasimelo,
el noble escudero del soberano Sarpedón,
acertó en el bajo vientre y dobló los miembros.
Sarpedón falló con la reluciente lanza cuando acometió
en segundo lugar, pero hirió al caballo Pédaso con la pica
en el lado derecho de la cruz. Bramó al exhalar el ánimo,
cayó al polvo con un relincho y el ánimo se le fue volando.
La pareja del tiro se separó, chirrió el yugo, y las riendas
cayeron revueltas con el caballo suplementario en el polvo.
Automedonte, insigne por su lanza, halló una solución:
desenvainó la espada, de extenso filo, colgada del recio muslo,

---

264 En realidad, los héroes de los que se afirma explícitamente que son hijos de dioses, si se excluye a Eneas y a Aquiles, tienen poca relevancia en la *Ilíada:* cf. II 512, XVI 174, 185.

y se lanzó y cortó de certero tajo el aparejo suplementario.
Los otros se enderezaron de nuevo, las bridas quedaron tensas,
y los adversarios reanudaron la disputa, devoradora del ánimo.
Entonces Sarpedón falló otra vez con la reluciente lanza
y por encima del hombro izquierdo de Patroclo pasó la punta
de la pica y no le acertó. Después arremetió con el bronce
Patroclo, y de su mano no escapó en vano el proyectil,
que le acertó donde el pericardio rodea el musculado corazón.
Se desplomó, como cuando se desploma una encina, un álamo blanco
o un pino talludo que en los montes los carpinteros talan
con recién afiladas hachas para convertirlo en quilla;
así quedó aquél tendido ante los caballos y la caja del carro
bramando y cogiendo con crispación el ensangrentado polvo.
Igual que un león que acomete una vacada y mata al toro
rubio y animoso en medio de las vacas, de tornátiles patas,
y éste perece mugiendo bajo las mandíbulas del león,
así el capitán de los escudados licios, herido de muerte
por Patroclo, forcejeaba y llamó por su nombre a su compañero:
«¡Glauco, tierno amigo, guerrero valiente entre todos!
Ahora sí que tienes que ser buen lancero y audaz combatiente.
Que tu único deseo ahora sea el cruel combate, si eres audaz.
Insta primero a los príncipes de los licios,
recorriendo el frente por doquier, a luchar por Sarpedón;
y luego, bátete tú mismo con el bronce en defensa mía.
Pues para ti seré un constante escarnio y un oprobio
todos los días para siempre, si los aqueos me
despojan de las armas y caigo en el recinto de las naves.
Al contrario, resiste con denuedo e insta a la hueste entera.»
Apenas habló así, y el término de la vida le cubrió
los ojos y las narices. Patroclo apoyó el pie en su pecho
y arrancó del cuerpo la lanza; con ella salió el pericardio,
y junto a la punta de la pica le extrajo el aliento de la vida [265].

[265] En otros pasajes la vida no escapa por la herida abierta, sino por la boca, cf. XVI 856, XXII 362.

Los mirmidones frenaron allí mismo los caballos, que resoplaban
ansiosos de huir y de abandonar los carros de los soberanos.
Glauco sintió una atroz aflicción al percibir su voz,
y su corazón se turbó por no haber podido acudir a defenderlo.
Se agarró y apretó el brazo; le taladraba de dolor la herida
que Teucro le había inferido con una saeta, cuando atacaba
el alto muro, procurando apartar de sus compañeros la ruina.
Entonces pronunció esta súplica, dirigida al flechador Apolo:
«¡Óyeme, soberano, tanto si en el pingüe pueblo de Licia
estás como si estás en Troya! Tú en todo lugar puedes escuchar
al hombre angustiado, a quien ha llegado la pena, como a mí.
Esta terrible herida que tengo me afecta todo el brazo
y lo atraviesa de agudos dolores; la sangre no es capaz
de coagularse, y el hombro se me entorpece con su peso.
No puedo sostener la pica con firmeza ni ir a luchar
contra los adversarios. Y ha perecido el varón más bravo,
Sarpedón, hijo de Zeus, que ni siquiera a su hijo protege.
Pero tú, soberano, cúrame esta terrible herida,
apacigua mis dolores y dame vigor para arengar
a mis compañeros licios y estimularlos a combatir,
y para luchar yo mismo por el cuerpo sin vida de Sarpedón.»
Así habló en su plegaria, y Febo Apolo le escuchó.
Al punto hizo cesar sus dolores, de la dolorosa herida
coaguló la negra sangre y le infundió furia en el ánimo.
Glauco se dio cuenta en sus mientes y se puso contento,
porque el excelso dios había escuchado pronto su plegaria.
E instó primero a los príncipes de los licios,
recorriendo el frente por doquier, a luchar por Sarpedón.
A continuación, marchó a largas zancadas hacia los troyanos
en busca de Polidamante Pantoida y del divino Agénor.
También fue a buscar a Eneas y a Héctor, de broncíneo casco,
y, deteniéndose cerca, dijo estas aladas palabras:
«¡Héctor! Ahora sí que te has olvidado por completo
de los aliados, que lejos de los suyos y de su tierra patria
por ti gastan la vida; y tú te niegas a defenderlos.

Yace Sarpedón, capitán de los escudados licios,
baluarte de Licia gracias a sus decisiones y a su brío;
el broncíneo Ares lo ha doblegado con la pica ante Patroclo.
¡Ea, amigos, asistidme! Que vuestro ánimo se indigne
ante la idea de que le quiten las armas y ultrajen su cadáver
los mirmídones, airados por tantos dánaos como han perecido,
cuando junto a las veloces naves los matábamos a lanzadas.»
Así habló, y de los troyanos se adueñó, de pies a cabeza,
una pena insoportable e irreprimible, pues aquél era un baluarte
para su ciudad, a pesar de ser extranjero; numerosas huestes
le acompañaban, y él sobresalía entre ellas en la lucha.
Marcharon derechos contra los dánaos con Héctor al frente,
airado por la muerte de Sarpedón. A su vez, a los aqueos
los incitó el velludo corazón de Patroclo Menecíada.
A los dos Ayantes se dirigió primero, ya ardorosos de por sí:
«¡Ayantes! Que ahora os sea grato a los dos defendernos
portándoos como lo habéis hecho hasta el momento o aún mejor.
Yace el hombre que irrumpió primero en el muro de los aqueos [266],
Sarpedón. Ojalá podamos capturar el cadáver y ultrajarlo,
quitarle las armas de los hombros y a algún compañero suyo
que acuda en su defensa doblegarlo con el despiadado bronce.»
Así habló, y ellos ya ardían en deseos de rechazarlos.
A uno y otro lado cerraron las filas de los batallones,
y los troyanos y los licios, los mirmídones y los aqueos
trabaron lucha por el cuerpo sin vida de Sarpedón
con un griterío espantoso, y las armaduras bramaron con fuerza.
Zeus extendió una siniestra noche sobre la violenta batalla,
para hacer lúgubre el esfuerzo de la lucha por su caro hijo.
Los troyanos repelieron antes a los aqueos, de vivaces ojos;
pues resultó herido un hombre nada cobarde de los mirmídones,
el hijo del magnánimo Agacles, Epigeo, de la casta de Zeus,
que en la bien habitada ciudad de Budeo había sido soberano
en otro tiempo y que luego, tras el asesinato de su noble primo,

[266] La misma afirmación se hace referida a Héctor en XII 438.

había ido suplicante a casa de Peleo y Tetis, de argénteos pies,
que lo enviaron en compañía de Aquiles, rompedor de batallones,
a Ilio, la de buenos potros, para luchar contra los troyanos[267].
Le acertó entonces, al tocar el cadáver, el esclarecido Héctor
con un guijarro en la cabeza, que se rompió entera en dos
dentro del ponderoso casco. De bruces sobre el cadáver
cayó, y la muerte se desparramó alrededor, segadora de vidas.
La aflicción invadió a Patroclo por la muerte de su compañero
y partió entre los combatientes delanteros semejante al gavilán
ligero, que pone en fuga a los grajos y a los estorninos.
Así te lanzaste, cochero Patroclo, derecho entre los licios
y entre los troyanos, con el corazón airado por tu compañero.
Y acertó a Estenelao, caro hijo de Itémenes,
en el cuello con un guijarro y le rompió los tendones.
Retrocedieron los guerreros delanteros y el esclarecido Héctor.
Todo lo que alcanza el vuelo de la extensa jabalina
que un varón tira por hacer una prueba o en una competición,
o en una batalla contra los enemigos, segadores de vidas,
tanto los troyanos retrocedieron y los aqueos los rechazaron.
Glauco, capitán de los escudados licios, fue el primero
que dio la vuelta y mató al magnánimo Baticles,
el caro hijo de Calcón, que habitaba una casa en Hélade,
y por su bienestar y riqueza descollaba entre los mirmídones.
Glauco le hirió en pleno pecho con la lanza, al girar
bruscamente, cuando el otro en su acoso ya lo alcanzaba.
Retumbó al caer, y una intensa aflicción prendió en los aqueos
por la caída del valeroso guerrero. Los troyanos se alegraron
y marcharon en masa a rodear el cadáver. Mas los aqueos
no olvidaron el coraje y cargaron derechos con ardor.
Entonces Meríones capturó a su vez a un guerrero troyano,
a Laógono, audaz hijo de Onétor, que era sacerdote de Zeus
Ideo y que como un dios era honrado entre su pueblo.

[267] Como Fénix y Patroclo, también acogidos por Peleo. Budeo no es localizable.

Le acertó bajo la mandíbula y la oreja, y pronto el ánimo
se fue de sus miembros, y una abominable oscuridad lo apresó.
Eneas arrojó la broncínea lanza contra Meríones:
esperaba atinarle mientras avanzaba protegido bajo el broquel;
pero éste vio venir la broncínea pica de frente y la esquivó.
Se agachó hacia adelante, y la larga asta detrás de él
se hundió en el suelo y empezó a vibrar el cuento
de la pica; y el brutal Ares no tardó en relajar allí su furia.
La punta de la lanza de Eneas se perdió bajo el suelo
palpitando, después de partir en vano de su robusto brazo.
Entonces Eneas exclamó con el ánimo lleno de ira:
«¡Meríones! Por muy buen bailarín que seas, seguro que
mi pica te habría detenido para siempre de haberte acertado.»
A su vez, Meríones, insigne por su lanza, le miró y dijo:
«¡Eneas! Por muy valiente que seas, difícil es
que apagues la furia de todos los hombres que frente a ti
lleguen a oponerse: también tú tienes hechuras de mortal.
Si logro acertarte y te alcanzo de lleno con el agudo bronce,
pronto, a pesar de tu fuerza y de la confianza en tus brazos,
me darías el honor, y la vida a Hades, el de ilustres potros.»
Así habló, y le amonestó el fornido hijo de Menecio:
«¡Meríones! ¿Por qué tu bravura gasta el tiempo en alardes?
¡Tierno amigo! No es con injuriosas palabras como los troyanos
se apartarán del cadáver; antes la tierra acogerá a alguno.
Los brazos deciden en la guerra, y las palabras en el consejo.
Por eso no hay que amontonar palabras, sino luchar.»
Tras hablar así, partió con el mortal igual a un dios.
Igual que el estruendo de los leñadores se eleva
en las cárcavas del monte y de lejos repercuten los golpes,
así se levantaba desde la espaciosa tierra el estrépito
del bronce y de los bien elaborados escudos de bovina piel
al choque de las espadas y de las picas, de doble moharra.
Ni siquiera un hombre perspicaz habría podido ya reconocer
a Sarpedón, de la casta de Zeus, pues de dardos, sangre y polvo
su cuerpo estaba envuelto de la cabeza a la punta de los pies.

Menudeaban sin pausa en torno del cadáver, como cuando las moscas
en el establo zumban alrededor de los jarros rebosantes de leche
en la estación primaveral, cuando las cántaras rezuman de leche;
así menudeaban en torno del cadáver. Ni un momento Zeus
apartó sus relucientes ojos de la violenta batalla,
sino que con la mirada fija en ellos cavilaba consigo mismo
sobre el asesinato de Patroclo, vacilando una y otra vez
entre hacer ya que también a aquél en aquella violenta batalla
sobre Sarpedón, comparable a un dios, el esclarecido Héctor
lo aniquilara con el bronce y quitara las armas de sus hombros,
o si extender aún a otros más aquella ardua fatiga.
En el curso de sus pensamientos le pareció lo mejor
que el noble escudero del Pelida Aquiles
rechazara a los troyanos y a Héctor, de broncíneo casco,
otra vez más hacia la ciudad y quitara la vida a muchos.
Antes que nada privó de coraje y de ánimo a Héctor,
que montó en el carro, se dio a la fuga y arengó a los demás
troyanos a huir; pues advirtió la sacra balanza de Zeus [268].
Tampoco los valientes licios resistieron entonces, sino que huyeron
en masa, al ver a su rey herido de muerte en el corazón [269]
y tendido entre una multitud de cadáveres; pues muchos
habían caído sobre él al avivar el Cronión la violenta lid.
De los hombros de Sarpedón quitaron las armas
broncíneas, chispeantes, que el fornido hijo de Menecio dio
a sus compañeros para que las llevaran a las cóncavas naves.
Y entonces dijo a Apolo Zeus, que las nubes acumula:
«Ve ahora, caro Febo, y limpia de sangre, oscura como nube,
el cuerpo de Sarpedón. Rescátalo fuera de los proyectiles
y llévalo luego muy lejos y báñalo en las corrientes del río.

[268] Cf. VIII 69. Las alternativas de la batalla son presentadas como movimientos oscilantes de la balanza que sujeta Zeus.

[269] Es difícil imaginar una razón convincente que explique por qué sólo ahora los licios notan la muerte de Sarpedón, si no es la pura conveniencia de usar un motivo concreto en la narración poética.

Unge su cuerpo con ambrosía y vístelo con inmortales ropas,
y envíalo luego para que lo lleven ante los raudos escoltas,
ante el Sueño y la Muerte, hermanos gemelos, quienes pronto
lo depositarán en el pingüe pueblo de la vasta Licia,
donde sus hermanos y parientes le harán solemnes exequias
con una tumba y una estela: ¡ése es el privilegio de los que mueren!»
Así habló, y Apolo no desoyó la orden de su padre,
y descendió de los montes del Ida a la atroz contienda [270],
y tras sacar de los proyectiles el cuerpo del divino Sarpedón
lo llevó muy lejos y lo bañó en las corrientes del río.
Ungió su cuerpo con ambrosía y lo vistió con inmortales ropas,
y lo envió luego para que lo llevaran ante los raudos escoltas,
ante el Sueño y la Muerte, hermanos gemelos, quienes pronto
lo depositaron en el pingüe pueblo de la vasta Licia.
Patroclo dio la señal a los caballos y a Automedonte
y partió tras los troyanos y los licios. ¡Grave falta cometió
el insensato! Si hubiera observado el consejo del Pelida,
seguro que habría evitado la maligna parca de la negra muerte.
Mas el designio de Zeus siempre es superior al de los hombres
y ahuyenta a un hombre lleno de coraje o le quita la victoria
fácilmente, mientras otras veces lo anima en persona a luchar.
Él fue también quien entonces inflamó el ánimo en su pecho.
¿A quién despojaste entonces primero y a quién último,
Patroclo, cuando los dioses te llamaron a la muerte?
A Adresto, primero, a Autónoo y a Equeclo,
a Périmo Mégada, a Epístor y a Melanipo,
y luego a Élaso, a Mulio y a Pilartes.
A éstos capturó, y los demás no pensaban más que en la huida.
Entonces los aqueos habrían tomado Troya, de altas puertas,
a manos de Patroclo, que con la pica cargaba por doquier,
si Febo Apolo no se hubiera plantado en una bien edificada torre,
meditando males contra él y presto a defender a los troyanos.

---

[270] No se había indicado con anterioridad que Apolo estuviera en el Ida y no en el Olimpo.

Tres veces atacó el ángulo de la elevada muralla
Patroclo, y tres veces lo repelió Apolo,
golpeando el reluciente broquel con sus inmortales manos.
Mas cuando por cuarta vez le acometió, semejante a una deidad,
le increpó con aterradoras voces y dijo estas aladas palabras:
«¡Repliégate, Patroclo, de linaje de Zeus! No es tu sino
que la ciudad de los altivos troyanos sea saqueada con tu lanza,
ni tampoco con la de Aquiles, que es mucho mejor que tú.»
Así habló, y Patroclo retrocedió un largo trecho atrás,
para esquivar la cólera del flechador Apolo.
Héctor detuvo en las puertas Esceas los solípedos caballos,
pues dudaba si girar riendas y luchar en medio del tropel
o animar a las huestes a refugiarse dentro de la muralla.
En estas dudas estaba cuando se presentó Febo Apolo,
que había tomado la figura de un hombre lozano y esforzado,
Asio, que era tío materno de Héctor, domador de caballos,
hermano carnal de Hécuba e hijo de Dimante,
y habitaba en Frigia junto a las corrientes del Sangario.
Tomando su figura, le dijo Apolo, hijo de Zeus:
«¡Héctor! ¿Por qué suspendes la lucha? No debes hacerlo.
¡Ojalá fuera tan superior a ti como inferior soy de hecho!
Pronto te habrías retirado del combate en abominable estado.
Ea, guía contra Patroclo los caballos, de duras pezuñas,
a ver si le haces presa tuya y Apolo te otorga la gloria.»
Tras hablar así, el dios se reintegró a la fatiga de la lid,
y el esclarecido Héctor mandó al belicoso Cebríones
fustigar los caballos hacia el combate. En cuanto a Apolo,
se sumergió entre la multitud, provocando entre los argivos
un maligno tumulto, y daba la gloria a Héctor y a los troyanos.
Héctor dejó a los demás dánaos, sin aniquilar a ninguno,
y guió contra Patroclo los caballos, de duras pezuñas.
Al otro lado, éste saltó de los caballos a tierra
con la pica en la izquierda, mientras con la otra asía
una piedra brillante, aristada, cuyo contorno tapaba su mano.
La tiró con los pies asentados en el suelo, y no quedó corta

ni fue vano el tiro, sino que acertó al auriga de Héctor,
a Cebríones, hijo bastardo del ínclito Príamo, encargado
de las riendas del carro, con la aguda roca entre las cejas.
La piedra le machacó las dos cejas, y ni siquiera la detuvo
el hueso, y sus ojos cayeron al suelo en el polvo
ante sus propios pies. Como el acróbata que se zambulle,
se desplomó de la elaborada caja y su ánimo abandonó los huesos.
Burlándote exclamaste, oh Patroclo, conductor de caballos:
«¡Oh! ¡Qué agilidad! ¡Con qué facilidad da volteretas!
Si alguna vez este hombre estuviera en el mar, rico en peces,
buscando ostras, saciaría a muchos con sus saltos desde la nave,
aunque hubiera mar de fondo, a juzgar por la facilidad
con la que ahora en la llanura da la voltereta desde el carro.
Verdad es que también los troyanos tienen buenos acróbatas.»
Tras hablar así, marchó contra el héroe Cebríones
con el ímpetu de un león que mientras asola los establos
recibe un disparo en el pecho y perece por su propio coraje.
Con la misma furia saltaste, Patroclo, contra Cebríones.
Del otro lado, Héctor de los caballos saltó a tierra.
Porfiaron en torno del cuerpo de Cebríones como leones
que en las cimas de un monte por el cadáver de una cierva
pelean, hambrientos ambos y llenos de fiereza;
así por Cebríones los dos instigadores de la guerra,
Patroclo Meneciada y el esclarecido Héctor,
anhelaban hendirse uno a otro la piel con el despiadado bronce.
Héctor logró agarrarlo de la cabeza y ya no lo soltaba;
por su parte, Patroclo lo sujetaba por el pie. Entre tanto,
los demás troyanos y aqueos entablaron una violenta batalla.
Como el Euro y el Noto rivalizan entre sí
en las cárcavas de un monte por agitar un espeso bosque
de encinas, de fresnos y de cornejos, de tersa corteza,
que entrechocan mutuamente con portentoso estruendo
sus extendidas ramas, que crepitan al troncharse,
así los troyanos y los aqueos se acometían impetuosos
y se aniquilaban sin recordar unos ni otros la funesta huida.

Muchas agudas astas había clavadas en los costados de Cebríones
y también muchos alados venablos procedentes de las cuerdas;
muchos enormes guijarros percutieron en los broqueles
de los que se batían por el cadáver, que en un torbellino de polvo
yacía cuan largo era, olvidado de su hípica destreza.

Mientras el curso del sol recorrió el centro del cielo[271],
los dardos alcanzaron a los de ambos bandos, y la hueste caía;
mas a la hora de bajar el sol, la de la suelta de las vacas,
fue cuando los aqueos cobraron una desmesurada ventaja.
Sacaron al héroe Cebríones fuera del alcance de los dardos
y del clamor troyanos y le quitaron las armas de los hombros.

Patroclo se arrojó entre los troyanos con funestas intenciones.
Tres veces arremetió entonces, comparable al impetuoso Ares,
entre pavorosos alaridos, y las tres veces mató a nueve mortales.
Mas cuando ya por cuarta vez se arrojó, semejante a una deidad,
entonces apareció ante ti, Patroclo, el término de la vida,
pues Febo te salió al encuentro en la violenta batalla.
Surgió terrible, pero él no lo vio venir a través del tropel,
pues se le acercaba oculto en una tupida bruma.
Se detuvo detrás y le golpeó la espalda y los anchos hombros
con la palma de la mano, y sus ojos giraron vertiginosamente.
Febo Apolo le tiró de la cabeza el morrión;
fue rodando con estrépito bajo las patas de los caballos
el atubado yelmo, y las crines de su penacho se mancharon
de sangre y de polvo. Antes los dioses no habían consentido
que aquella celada con penacho de crines se manchara de polvo,
pues protegía la cabeza y la amable frente de un hombre divino,
de Aquiles; pero entonces Zeus otorgó a Héctor
llevarla sobre su cabeza, pues a él ya lo acechaba la muerte.
Se le quebró entera en las manos la pica, de luenga sombra,
pesada, larga, compacta, provista de casquete, y se le cayó
de los hombros al suelo el ribeteado broquel con el tahalí.

[271] Véase XI 84-6, donde parece describirse la misma fase del mismo día de batalla.

El soberano Apolo, hijo de Zeus, le desató la coraza.
El estupor se adueñó de él, se doblaron sus preclaros miembros
y se paró atónito. Con la aguda lanza detrás, en la espalda
entre los hombros, le acertó de cerca un guerrero dárdano,
Euforbo Pantoida, que descollaba entre todos los de su edad
con la pica, la destreza en el carro y la presteza de los pies.
Había derribado de sus caballos a veinte mortales la primera vez
que había salido con el carro, aún un aprendiz en el combate.
Éste fue el primero que te arrojó un dardo, cochero Patroclo,
mas no te doblegó. Corrió atrás y se perdió en la muchedumbre
en cuanto te arrancó de la carne el asta de fresno, sin resistir
ante Patroclo en la lid, a pesar de que estaba desarmado.
Patroclo, doblegado por el golpe del dios y por la lanza,
empezó a replegarse a la turba de los compañeros por eludir la parca.

Héctor, nada más ver al magnánimo Patroclo
retrocediendo, herido por el agudo bronce,
llegó cerca de él entre las filas, le hirió con la lanza
en lo más bajo del ijar y le hundió el bronce de parte a parte.
Retumbó al caer y causó gran pesar a la tropa de los aqueos.
Como cuando un león domina por la fuerza a un indomable jabalí,
cuando ambos en las cimas de un monte luchan con gran fiereza
alrededor de un escaso manantial y los dos quieren beber,
y el león logra doblegar por la fuerza al jadeante jabalí,
así al fornido hijo de Menecio, tras haber matado a muchos,
Héctor Priámida le arrebató la vida de cerca con la pica
y blasonando de su triunfo le dijo estas aladas palabras:

«¡Patroclo! Bien que asegurabas que asolarías nuestra ciudad,
y arrebatarías el día de la libertad a las mujeres troyanas
y las llevarías en las naves a tu tierra patria.
¡Insensato! En su defensa los ligeros caballos de Héctor
han llegado al combate a galope tendido. También yo con la pica
sobresalgo entre los combativos troyanos, porque les aparto
del día fatal; a ti, en cambio, los buitres te devorarán aquí.
¡Infeliz! No te ha socorrido ni Aquiles, por valeroso que sea,
que se ha quedado y sin duda te ha dado muchos encargos al salir:

'No regreses, oh Patroclo, conductor de caballos,
a las huecas naves hasta que la túnica ensangrentada
del homicida Héctor hayas desgarrado alrededor del pecho'[272].
Sin duda eso te ha dicho y ha persuadido tu insensata mente.»
Desfallecido replicaste, Patroclo, conductor de caballos:
«Ya te has jactado ahora, Héctor, demasiado. Te han dado
la victoria Zeus Crónida y Apolo, que me han doblegado
fácilmente; pues ellos me han quitado las armas de los hombros.
Aunque veinte como tú me hubieran salido al encuentro,
todos habrían perecido aquí mismo, doblegados bajo mi lanza.
Pero el funesto destino y el hijo de Leto me han matado,
y, de los hombres, Euforbo; tú al despojarme sólo eres tercero.
Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes:
tampoco tú vivirás mucho tiempo; próximos a ti
ya acechan la muerte y el imperioso destino,
que te harán sucumbir a manos del intachable Aquiles Eácida.»
Apenas hablar así el cumplimiento de la muerte lo cubrió.
El aliento vital salió volando de sus miembros y marchó al Hades
llorando su hado y abandonando la virilidad y la juventud.
Ya estaba muerto cuando el esclarecido Héctor le dijo:
«¡Patroclo! ¿Por qué me vaticinas el abismo de la ruina?
¿Quién sabe si Aquiles, hijo de Tetis, de hermosos cabellos,
se anticipará y perecerá antes que yo, golpeado por mi lanza?»
Tras hablar así, arrancó la broncínea pica de la herida,
apoyando encima el pie, y lo apartó boca arriba de la lanza.
A continuación, marchó con el astil en busca de Automedonte,
escudero, comparable a los dioses, del velocípedo Eácida,
a quien ansiaba disparar; pero ya lo sacaban los ligeros caballos
inmortales, espléndidos dones regalados por los dioses a Peleo.

[272] Los paralelismos entre este pasaje y XXII 361 ss., donde se relata la muerte de Héctor, son numerosos.

CANTO XVII

No dejó de notar el hijo de Atreo, Menelao, caro a Ares [273],
que Patroclo había sucumbido ante los troyanos en la lid.
Marchó delante de las líneas cubierto de rutilante bronce
y se apostó en su defensa, como alrededor de una ternera la madre
primeriza, que mueve a compasión, desconocedora antes del parto;
así se apostó el rubio Menelao alrededor del cuerpo de Patroclo.
Y embrazó la lanza y el broquel, por doquier equilibrado,
furioso por matar a quien viniera a enfrentarse contra él.
Tampoco el hijo de Pántoo, el de buena lanza de fresno,
se despreocupó al ver caer al intachable Patroclo, sino que
se detuvo cerca de él y dijo a Menelao, caro a Ares:
«¡Atrida Menelao, del linaje de Zeus, ordenador de huestes!
Repliégate, abandona el cadáver y deja los sangrientos despojos.
Yo he sido el primero de los troyanos e ínclitos aliados
que ha acertado a Patroclo con la lanza en la violenta batalla.
Por eso, permíteme alzarme con noble gloria entre los troyanos,
si no quieres que te dispare y quite la vida, dulce como miel.»
Muy enojado, le respondió el rubio Menelao:
«¡Zeus padre! No está bien vanagloriarse con esa soberbia.
No es tan grande el furor de una pantera, ni el de un león,
ni el de un feroz jabalí, que es quien más
ánimo tiene en su pecho y más gala hace de su brío,

---

[273] El título general que otorgó la Antigüedad al canto XVII es 'las hazañas *(aristía)* de Menelao'.

como el orgullo de los hijos de Pántoo, de buena lanza de fresno.
Ni siquiera la pujanza de Hiperénor, domador de caballos,
ha disfrutado de su juventud tras insultarme y encararse conmigo,
cuando dijo que yo era el guerrero más reprobable de los dánaos [274].
Te aseguro que no se ha marchado por su propio pie
a regocijar a su esposa y a sus venerados padres.
Así también a ti te doblegaré la furia si ante mí
te plantas. Por eso te conmino a que retrocedas
y te internes entre la muchedumbre sin enfrentarte contra mí,
antes de sufrir un mal: lo hecho hasta el necio lo comprende.»
Así habló, pero no le hizo caso y en respuesta le dijo:
«Ahora sí que vas a pagar, Menelao, criado por Zeus,
por el hermano que me has matado y por los alardes que haces
de haber dejado viuda a su mujer en el fondo de su nuevo tálamo
y de haber causado a sus padres un llanto y una pena indecibles.
Seguro que yo pondría fin al duelo de aquellos desdichados
si les llevara tu cabeza y tu armadura
y se la entregara en mano a Pántoo y a la divina Fróntide.
Mas no pasará ya más tiempo sin tentar la fatiga del combate
y sin dilucidar la elección de la victoria o la huida.»
Tras hablar así, hirió su broquel, por doquier equilibrado.
El bronce no lo rompió, y la punta se le dobló, al chocar
con el potente broquel. Se lanzó el segundo con el bronce
el Atrida Menelao, tras elevar una plegaria a Zeus padre;
y cuando ya retrocedía, en la base de la garganta se lo clavó
y apoyó el golpe con el cuerpo, fiado en su pesada mano.
La punta penetró derecha a través del delicado cuello;
retumbó al caer y las armas resonaron sobre su propio cuerpo.
De sangre se empapó su cabello, semejante al de las Gracias,
y los bucles, que formaban avisperos sujetos con oro y plata.
Cual floreciente pimpollo de olivo que un hombre planta
en un paraje solitario que el agua riega en abundancia,
y éste crece bello y frondoso; lo mecen las brisas

[274] Véase XIV 516.

de los diversos vientos y se cubre de blanca flor,
pero de repente llega el huracán con gran vendaval,
lo arranca del hoyo y lo extiende por el suelo;
así al hijo de Pántoo, Euforbo, el de buena lanza de fresno,
el Atrida Menelao lo mató y lo despojó de la armadura.
Como cuando un montaraz león, fiado en su coraje,
arrebata la mejor vaca de la manada que está paciendo:
despedaza su cuello atenazándola con sus poderosos dientes
primero y luego le engulle la sangre y todas las entrañas,
desgarrando su piel, mientras los perros y los pastores
alrededor se desgañitan a distancia, pero rehúsan
plantarle cara, pues el pálido temor los sobrecoge;
igualmente, nadie entre ellos tenía ánimo en el pecho
para osar plantar cara al glorioso Menelao.
Entonces el Atrida se habría llevado fácilmente la armadura
del glorioso Pantoida, de no ser por la ojeriza de Febo Apolo,
que lanzó contra él a Héctor, émulo del impetuoso Ares,
tomando la figura humana de Mentes, príncipe de los cícones,
a quien se dirigió y dijo estas aladas palabras:
«¡Héctor! Ahora corres aquí persiguiendo lo inalcanzable,
los caballos del belicoso Eácida, que son difíciles
de domar y de conducir para simples hombres mortales
excepto para Aquiles, a quien dio a luz una madre inmortal.
Y entre tanto, Menelao, el marcial hijo de Atreo, protege
el cuerpo de Patroclo y ha matado al más bravo troyano,
al Pantoida Euforbo, poniendo fin a su impetuoso coraje.»
Tras hablar así, el dios se reintegró al esfuerzo guerrero,
y a Héctor una atroz aflicción le cubrió sus negras mientes.
Buscó con ansiedad entre las filas y al punto reconoció
al que despojaba la gloriosa armadura y al que en el suelo
yacía tendido, con la sangre fluyendo por la herida abierta.
Marchó delante de las líneas cubierto de rutilante bronce
con estridentes chillidos, semejante a la llama de Hefesto

inextinguible. El hijo de Atreo no dejó de notar su aguda voz
y he aquí que dijo apesadumbrado a su magnánimo corazón[275]:
«¡Ay de mí! Si abandono la bella armadura
y a Patroclo, que aquí yace por haber buscado mi honra,
es de temer que me vitupere el que me vea de los dánaos.
Pero si lucho yo solo contra Héctor y contra los troyanos
por pundonor, hay riesgo de que los muchos rodeen al solo:
Héctor, de tremolante penacho, trae aquí a todos los troyanos.
¿Pero por qué mi ánimo me ha suscitado este debate?
Cuando en contra de la deidad un hombre desea luchar con uno
al que el dios honra, pronto rueda sobre él una gran calamidad.
Por eso no me vituperará ninguno de los dánaos que me vea
retirarme ante Héctor, porque él combate con el favor divino.
Si al menos oyera en algún sitio el grito del valeroso Ayante,
ambos podríamos regresar juntos y recuperar el coraje
hasta contra una deidad, para ver si llevábamos el cadáver
ante el Pelida Aquiles: de los males sería el menor.»
Mientras revolvía estas dudas en la mente y en el ánimo,
las filas de los troyanos avanzaron con Héctor en cabeza.
Por su parte, él retrocedía y se alejaba del cadáver,
volviéndose de vez en cuando, como un melenudo león
al que los perros y los hombres ahuyentan lejos del establo
con picas y gritos; su corazón, lleno de coraje por dentro,
se hiela y se aparta mal de su grado del aprisco;
así se apartó del cuerpo de Patroclo el rubio Menelao.
Al llegar a la turba de sus compañeros, se paró y se volvió,
buscando con la mirada al alto Ayante, hijo de Telamón.
Al instante lo distinguió a la izquierda de toda la batalla,
animando a sus compañeros y estimulándolos a la lucha,
pues Febo Apolo les había infundido un miedo prodigioso.
Echó a correr y en seguida se presentó ante él y le dijo:

[275] Otros soliloquios en condiciones semejantes aparecen en XI 404 ss., XXI 552 ss., XXII 98 ss.; véase Introducción, pág. 73.

«¡Ayante, tierno amigo, aquí! Vamos aprisa a defender
el cuerpo de Patroclo, a ver si llevamos a Aquiles su cadáver
desnudo, que las armas las tiene Héctor, de tremolante penacho.»
Así habló, y al belicoso Ayante se le conmovió el ánimo
y marchó delante de las líneas junto con el rubio Menelao.
Héctor arrebató la ilustre armadura a Patroclo y lo arrastraba,
para segar la cabeza de los hombros con el agudo bronce
y entregárselo, después de sacarlo, a las perras troyanas.
Ayante llegó cerca, llevando el escudo como una torre;
Héctor retrocedió y se replegó entre la multitud de compañeros,
y luego montó en la caja del carro y entregó las bellas armas
a los troyanos para llevar a la ciudad aquel gran galardón suyo.
Ayante envolvió con el ancho escudo al Menecíada
y se plantó como alrededor de sus cachorros el león
al que, de camino con sus crías por el bosque, unos hombres
salen al paso con una jauría; y él hace gala de su brío
y frunce entero el entrecejo hasta ocultar ambos ojos;
así estaba Ayante asentado, para proteger al héroe Patroclo.
Al otro lado también estaba el Atrida Menelao, caro a Ares,
a pie firme con una gran pena que iba creciendo en su pecho.
Glauco, hijo de Hipóloco, capitán de los hombres licios,
mirando a Héctor con torva faz, le amonestó con duras palabras:
«¡Héctor, eres presumido, mas muy inútil para la lucha!
Vana es la noble fama que tienes, pues eres propenso a huir.
Presta atención ahora para salvar la villa y la ciudad
tú solo con las huestes que en Ilio han nacido,
que ninguno de los licios va a luchar contra los dánaos
en defensa de la ciudad, porque no se agradece para nada
el batirse contra los enemigos con constancia y sin desmayo.
¿Cómo estarías dispuesto a salvar a un mortal sin rango,
terco, cuando a Sarpedón, huésped y compañero tuyo a la vez,
has dejado convertirse en presa y rapiña para los argivos?
Él te ha prestado a ti y a la ciudad muchos servicios en vida,
y ahora tú no te has atrevido a protegerlo de los perros.
Por eso ahora, si alguno de los varones licios me hace caso,

nos iremos a casa y ante Troya se abrirá el abismo de la ruina.
Ojalá hubiera ahora en los troyanos ese furor audaz para todo
e intrépido, que invade a los que en defensa de la patria
afrontan el esfuerzo y la porfía contra los enemigos;
pronto arrastraríamos el cuerpo de Patroclo dentro de Ilio.
Si ése a la excelsa ciudad del soberano Príamo
llegara muerto y lográramos arrastrarlo fuera de la lid,
los argivos pronto soltarían las bellas armas de Sarpedón,
y nosotros nos llevaríamos su cuerpo dentro de Ilio [276].
Pues está muerto el escudero del mejor de los argivos que hay
en las naves, como lo son sus soldados, que luchan de cerca.
Mas tú no te has atrevido a resistir ante el magnánimo Ayante,
mirándolo a los ojos en medio del griterío de los enemigos,
ni a ir derecho a luchar, porque él es superior a ti.»
Mirándolo con torva faz replicó Héctor, de tremolante penacho:
«¡Glauco! ¿Por qué siendo como eres dices tales agravios?
¡Ay! Estaba seguro de que en prudencia superas a todos
cuantos habitan en Licia, de fértiles glebas.
Mas ahora te repruebo, porque has perdido del todo el juicio,
tú que dices que no he resistido ante el monstruoso Ayante.
No me estremecen ni la lucha ni el ruido de los caballos,
sino la superior voluntad de Zeus, el portador de la égida,
que hace huir a un hombre lleno de coraje y le quita la victoria
fácilmente, mientras otras veces él mismo lo estimula a luchar.
Ea, ven aquí, tierno amigo, ponte a mi lado y mira mis proezas.
Verás si soy cobarde todo el día, como tú proclamas,
o si a alguno de los dánaos, por muy ávido de proezas que esté,
obligo a dejar la defensa del cadáver de Patroclo.»
Tras hablar así, arengó a los troyanos con recia voz:
«¡Troyanos, licios y dárdanos, que lucháis cuerpo a cuerpo!
¡Sed hombres, amigos, y recordad vuestro impetuoso coraje

[276] Glauco parece suponer, aquí y en 150 s., que los aqueos se han adueñado del cadáver de Sarpedón, que en realidad Apolo ha llevado a Licia (XVI 676 ss.).

mientras yo me pongo las bellas armas del intachable Aquiles,
de las que he despojado al potente Patroclo, tras matarlo [277].»
Tras hablar así, se alejó Héctor, de tremolante penacho,
del hostil combate y corriendo ligero alcanzó a sus compañeros
no lejos todavía, pues iba con raudos pies tras los pasos
de los que llevaban a la ciudad las ilustres armas del Pelida.
Se detuvo lejos de la lacrimosa lucha y se cambió de armas:
dio las suyas, para que las llevaran a la sacra Ilio,
a los combativos troyanos y se puso las inmortales armas
del Pelida Aquiles, que los celestiales dioses habían
procurado a su padre, y éste cedió a su hijo en la vejez.
Pero el hijo no iba a envejecer con las armas de su padre.
Cuando Zeus, que las nubes acumula, lo vio de lejos
vistiéndose con las armas del divino Pelida,
comenzó a menear la cabeza y dijo así a su propio ánimo:
«¡Desdichado! La muerte está bien ausente de tu ánimo,
mas ya se aproxima a ti. Te vistes con las inmortales armas
del más bravo guerrero, de quien también los demás tiemblan,
has matado a su amable y esforzado compañero,
y las armas de la cabeza y de los hombros vilmente
le has quitado. Mas ahora te otorgaré una gran victoria
como compensación de que de regreso de la lucha Andrómaca
ya no recibirá de ti la ilustre armadura del Pelida.»
Dijo, y sobre las oscuras cejas asintió el Cronión.
Ajustó las armas a la talla de Héctor, Ares se metió dentro,
terrible y furibundo, y por dentro sus miembros se llenaron
de coraje y de brío. En pos de los ínclitos compañeros
marchó con grandes alaridos y apareció ante todos ellos
brillando con las armas del magnánimo Pelida.
Recorrió cada puesto, arengando a todos de palabra,

[277] No se explica bien a primera vista por qué Héctor decide ponerse las armas que llevaba Patroclo después de haber entregado el cadáver a sus compañeros y como consecuencia directa de que Glauco le haya reprobado por no defender el cuerpo de Sarpedón.

a Mestles, a Glauco, a Medonte y a Tersíloco,
a Asteropeo, a Disénor y a Hipótoo,
a Forcis, a Cromio y al agorero Énnomo [278];
y para alentarlos les dijo estas aladas palabras:
«¡Oídme, incontables razas de vecinos aliados!
No por buscar mero número ni por carecer de él os congregué
aquí a cada uno de vosotros desde vuestras ciudades,
sino para que a las esposas e infantiles hijos de los troyanos
protegierais con decisión de los combativos aqueos.
Con la mira puesta en ello les requiso dádivas y vituallas
a mis huestes y a cada uno de vosotros os acreciento el ánimo.
Por eso, que cada uno ahora, con la cara vuelta al frente,
perezca o se salve: ésa es la cita del combate.
Con quien arrastre el cadáver de Patroclo hasta las filas
de los troyanos, domadores de caballos, y haga ceder a Ayante,
repartiré la mitad de los despojos, pues yo me quedaré
con la otra mitad, y su gloria será tan grande como la mía.»
Así habló, y ellos cargaron derechos contra los dánaos
con las lanzas embrazadas. Gran esperanza había en su ánimo
de sacar el cadáver de debajo de Ayante Telamoníada:
¡insensatos!, a muchos arrebató el ánimo sobre el propio cuerpo.
Entonces Ayante dijo a Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«¡Tierno amigo! ¡Menelao, del linaje de Zeus! Me temo que ya
no podremos regresar por nuestras propias fuerzas del combate.
El miedo que tengo no es tanto por el cadáver de Patroclo,
que quizá sacie a los perros y aves rapaces de los troyanos,
como por tu cabeza y la mía, por miedo de que nos pase algo,
pues nos envuelve por doquier la nube del combate
que es Héctor y ante nosotros se abre el abismo de la ruina.
Ea, llama a los paladines de los dánaos, a ver si alguno nos oye.»
Así habló, y obedeció Menelao, bueno en el grito de guerra,
que exclamó con penetrante voz, vociferando hacia los dánaos:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
¡Vosotros, que junto a los Atridas, Agamenón y Menelao,

[278] La mayoría de estos nombres aparece en el Catálogo, II 848-864.

bebéis a costa pública y dais señas de orden a las respectivas
huestes, y a quienes el honor y la gloria de Zeus acompañan!
Difícil me resulta distinguir con nitidez a cada
príncipe: tan grande es la disputa del combate que arde.
Que venga cada uno por sí mismo y que su ánimo se indigne
de que Patroclo se convierta en juguete de las perras troyanas.»
Así habló, y lo oyó perspicaz el rápido Ayante, hijo de Oileo,
que llegó ante él el primero, corriendo a través de la lid,
y, tras él, Idomeneo y el escudero de Idomeneo,
Meríones, émulo del homicida Enialio.
De los demás ¿quién podría decir en sus mientes los nombres
de cuantos fueron detrás a despertar la lucha de los aqueos?
Los troyanos cargaron en masa compacta con Héctor en cabeza.
Como cuando en la desembocadura del río nutrido de agua del cielo
el alto oleaje brama al chocar contra la corriente, y los bordes
de los acantilados rugen ante la espuma vomitada fuera,
con tales alaridos avanzaban los troyanos. Los aqueos
se apostaban a los lados del Menecíada con un solo ánimo,
fortificados con los escudos, guarnecidos de bronce. A los lados
de sus brillantes cascos el Cronión una tupida bruma
expandía, porque, si nunca antes había odiado al Menecíada
mientras en vida fue el escudero del Eácida, entonces
le repugnaba verlo convertido en presa de las perras troyanas
de los enemigos. Por eso incitó a sus compañeros a defenderlo.
Los troyanos repelieron primero a los aqueos, de vivaces ojos,
que abandonaron el cadáver y huyeron despavoridos. Ninguna presa
tomaron con las picas los altivos troyanos a pesar de su anhelo,
pero arrastraban fuera el cadáver. Mas los aqueos poco tiempo
iban a estar lejos de él, pues muy pronto los hizo girar
Ayante, que por su aspecto y sus proezas era de hechura superior
a la de los demás dánaos con excepción del intachable Pelida.
Enfiló recto delante de las líneas, parecido en coraje al jabalí
que en los montes a los perros y a los lozanos mozos
con facilidad al revolverse dispersa por las espesas cárcavas;
así el hijo del admirable Telamón, el esclarecido Ayante,

al irrumpir, dispersó fácilmente los batallones de los troyanos
que rodeaban el cuerpo de Patroclo sin otra intención
que la de arrastrarlo a su ciudad y alzarse con la gloria.

El esclarecido hijo del pelasgo Leto, Hipótoo,
iba por la violenta batalla tirando del pie del cadáver,
cuyos tendones había atado a la altura del tobillo con un tahalí,
por complacer a Héctor y a los troyanos. Pero pronto le llegó
la desgracia, que nadie le evitó por más que lo deseaban.
El hijo de Telamón cargó sobre él a través de la multitud
y le golpeó de cerca en el morrión, de broncíneas carrilleras.
El casco, de tupidas crines, se rompió en torno de la punta
de la lanza con el impacto de la enorme pica y la recia mano;
por el atubado casquete brotó el encéfalo fuera de la herida,
ensangrentado. Su furor se desmayó allí mismo, de las manos
soltó el pie del magnánimo Patroclo, que en el suelo
quedó tendido, y cayó de bruces sobre el propio cadáver
lejos de Larisa, de fértiles glebas; y a sus progenitores
no pudo devolver el pago por su crianza: efímera su vida
se tornó, doblegado bajo la lanza del magnánimo Ayante.

Héctor, a su vez, disparó a Ayante la reluciente lanza,
pero éste vio venir la broncínea pica de frente y la esquivó
por poco; y fue a Esquedio, hijo del magnánimo Ífito,
con mucho el más bravo de los foceos, que en la afamada Panopeo
tenía sus moradas como soberano de muchos hombres,
a quien acertó bajo el centro de la clavícula. De parte a parte
pasó la broncínea punta, que volvió a aflorar bajo el omóplato.
Retumbó al caer, y las armas resonaron sobre su propio cuerpo.

A su vez, Ayante golpeó a Forcis, belicoso hijo de Fénope,
que había ido a cubrir a Hipótoo, en pleno vientre.
Rompió la concavidad de la coraza, el bronce vació las vísceras
de sangre, y cayó al polvo cogiendo la tierra con crispada mano.
Retrocedieron los de delante y el esclarecido Héctor,
y los argivos estallaron en vítores, arrastraron los cadáveres
de Forcis e Hipótoo y les desataron la armadura de los hombros.

Entonces los troyanos a manos de los aqueos, caros a Ares,
habrían penetrado en Ilio doblegados por sus cobardías,
y los argivos habrían conquistado gloria contra el sino de Zeus
y sólo gracias a su fuerza y a su brío; pero Apolo en persona
instó a Eneas, tomando la figura de Perifante,
el heraldo Epítida, que al servicio de su anciano padre
envejecía como pregonero y que sentía una gran amistad por él.
Apolo, el hijo de Zeus, tomó la figura de aquél y le dijo:
«¡Eneas! ¿Cómo en contra de la divinidad podríais salvar
la escarpada Ilio? Igual que ya he visto a otros hombres:
poniendo la confianza en su fuerza, su brío, su virilidad
y en su número, aunque tuvieran una tropa en exceso reducida.
Es más, ahora Zeus prefiere para nosotros y no para los dánaos
la victoria; mas tembláis de modo inenarrable y no lucháis.»
Así habló, y Eneas reconoció al flechador Apolo,
al verlo de frente y con un gran grito dijo a Héctor:
«¡Héctor y demás jefes de los troyanos y de los aliados!
Es una vergüenza que bajo el acoso de los aqueos, caros a Ares,
ahora penetremos en Ilio, doblegados por nuestras cobardías.
Pero un dios se ha presentado ante mí y me ha asegurado
que Zeus, supremo instigador de la lucha, es aún nuestro patrono.
Por eso, vayamos derechos contra los dánaos y que tranquilos
no logren acercar el cadáver de Patroclo a sus naves.»
Así habló, y de un salto se plantó delante de las líneas,
y ellos se revolvieron y plantaron cara a los aqueos.
Entonces Eneas hirió con la lanza a Leócrito,
hijo de Arisbante, noble compañero de Licomedes.
Al verlo caer, Licomedes, caro a Ares, se compadeció;
llegó muy cerca, se detuvo y disparó la reluciente lanza.
Acertó a Apisaón Hipásida, pastor de huestes,
en el hígado bajo el diafragma y al punto dobló las rodillas
al que había llegado de Peonia, de fértiles glebas,
y era después de Asteropeo quien más sobresalía en la lucha.
Al verlo caer, el marcial Asteropeo se compadeció
y partió también derecho, presto a luchar contra los dánaos;

mas ya no pudo, pues con los escudos formaban una sólida barrera
los que rodeaban a Patroclo y tenían las lanzas caladas.
Ayante recorría todos los puestos, multiplicando órdenes;
mandaba que nadie se replegara por detrás del cadáver
y que nadie se destacara a luchar delante de los aqueos,
sino que lucharan de cerca, plantados en torno del cadáver.
Eso les encomendaba el monstruoso Ayante, y la tierra
de sangre roja se iba empapando. Hacinados iban cayendo
los cadáveres, tanto de troyanos y de altaneros aliados
como de dánaos, que tampoco luchaban sin derramar sangre,
pero que tenían pérdidas menores, porque no olvidaban
protegerse entre la muchedumbre del abismo de la muerte.

Así se batían a la manera del fuego. Diríase
que ni el sol ni la luna ya subsistían,
pues estaba cubierto de bruma todo el espacio de la batalla
que los más bravos ocupaban alrededor del cuerpo del Menecíada.
Los demás troyanos y los aqueos, de buenas grebas, combatían
sin embarazo a cielo abierto: se extendía el resplandor
vivo del sol, y ninguna nube aparecía en toda la tierra
o en los montes. Luchaban con intervalos de pausas,
separándose a gran distancia unos de otros para eludir
los gemidores dardos. Pero los del centro sufrían los dolores
de la bruma y del combate, y el despiadado bronce oprimía
a todos los mejores. No se habían enterado aún dos mortales,
Trasimedes y Antíloco, varones ambos gloriosos,
de la muerte del intachable Patroclo, sino que creían que aún
estaba vivo y luchando en primera fila contra los troyanos.
Atentos a librar de la muerte y de la fuga a sus compañeros,
se batían lejos, pues eso les había encomendado Néstor,
al mandarlos al combate desde las negras naves.

Todo el día estuvo en suspenso la gran contienda de la disputa
dolorosa. De fatiga y de sudor sin tregua y sin desmayo
se iban salpicando las rodillas, las pantorrillas y los pies,
las manos y los ojos de los de uno y otro bando que se batían
alrededor del noble escudero del velocípedo Eácida.

Como cuando un hombre da la piel de un gran toro
a sus gentes para que la estiren, tras emborracharla de aceite,
y ellos la reciben y la estiran, distribuyéndose alrededor
en círculo; pronto la humedad escurre, y el aceite se impregna
más cuantos más sean los que tiran, y la piel se tensa entera;
así unos y otros en reducido espacio hacia acá y hacia allá
tiraban del cadáver. En sus ánimos había grandes esperanzas
de arrastrarlo, los troyanos hacia Ilio y los aqueos
a las huecas naves, y alrededor se había suscitado una fiera
refriega. Ni Ares, que da el ímpetu a las huestes, ni Atenea,
si lo hubiera visto, lo habrían criticado incluso en plena ira:
tan duro esfuerzo de guerreros y caballos entabló aquel día
Zeus sobre el cuerpo de Patroclo. Y he aquí que todavía
Aquiles, de la casta de Zeus, ignoraba la muerte de Patroclo,
pues se estaban batiendo muy lejos de las veloces naves,
al pie de la muralla de los troyanos. En ningún momento imaginó
su muerte, pues suponía que, tras chocar contra las puertas,
regresaría vivo, ya que no tenía ninguna esperanza
de que fuera a saquear la ciudad sin él, como tampoco con él.
A menudo se lo había oído decir a su madre cuando la oía aparte
y ella le anunciaba los designios del excelso Zeus.
Mas esta vez su madre no le había comunicado la gran calamidad
sucedida, que su compañero, el más querido, había muerto [279].

Con las encastradas lanzas embrazadas, en torno del cadáver
chocaban sin tregua ni desmayo y se aniquilaban encarnizadamente,
y así repetía cada uno de los aqueos, de broncíneas túnicas:
«¡Amigos! Nada glorioso es para nosotros regresar
a las huecas naves. ¡Que antes aquí mismo la negra tierra
nos trague a todos! Eso sería para nosotros mucho mejor
que dejarlo en poder de los troyanos, domadores de caballos,
para que lo arrastren a su ciudad y se alcen con la gloria.»

---

[279] A juzgar por XVIII 9 ss., Tetis había advertido en cierta ocasión a Aquiles acerca de la muerte del mejor de los mirmidones en vida del propio Aquiles.

También decía así cada uno de los magnánimos troyanos:
«¡Amigos! Aunque el destino sea sucumbir junto a ese hombre
todos juntos, que nadie ceje aún en el combate.»
Así repetían uno y otro, estimulando la furia de cada uno.
De esta manera se batían, y un férreo estruendo
llegó al broncíneo cielo atravesando el proceloso éter.
Los caballos del Eácida estaban lejos de la lucha,
llorando desde que se habían enterado de que su auriga
había caído en el polvo a manos del homicida Héctor [280].
Por más que Automedonte, el fornido hijo de Diores,
los picaba una y otra vez azotándolos con la veloz fusta
y les hablaba con muchas zalamerías y muchos dicterios,
ni querían regresar a las naves, al espacioso Helesponto,
ni querían entrar en el combate en pos de los aqueos,
sino que como inmóvil permanece la estela que sobre la tumba
de un hombre fallecido o sobre la de una mujer se yergue,
así permanecían imperturbables con el carro, de bello contorno,
desde que fijaron las cabezas en el suelo. Lágrimas
cálidas que caían al suelo rodaban por sus párpados llorando
de añoranza por su auriga, y se iba ensuciando la lozana crin,
que caía de la almohadilla a lo largo de las caras del yugo.
Al ver el duelo de ambos, el Cronión se compadeció
y, meneando la cabeza, dijo a su propio ánimo:
«¡Infelices! ¿Por qué os entregamos al soberano Peleo,
un mortal, siendo los dos incólumes a la vejez y a la muerte?
¿Acaso para padecer dolores entre los desgraciados hombres?
Pues nada hay sin duda más mísero que el hombre
de todo cuanto camina y respira sobre la tierra.
Mas os aseguro que ni a vosotros ni vuestro primoroso carro
conducirá Héctor Priámida, pues no lo consentiré.
¿No le basta con tener las armas y hacer esos vanos alardes?
Os infundiré a los dos furia en las rodillas y en el ánimo,

[280] Patroclo había dejado el carro en XVI 733, y Héctor persiguió el carro tras la muerte de Patroclo (véase XVI 864 ss., XVII 75 ss.).

para que salvéis a Automedonte del combate y lo transportéis
a las huecas naves. Pues les seguiré otorgando aún la gloria
de la matanza, hasta que lleguen a las naves, de buenos bancos,
y se oculte el sol y sobrevenga la sacra oscuridad[281].»
Tras hablar así, inspiró en los caballos noble furia.
Ambos se sacudieron de las crines el polvo, que cayó al suelo,
y llevaron ágiles el veloz carro por entre aqueos y troyanos.
Luchaba contra éstos Automedonte, aun afligido por su compañero,
acometiendo con los caballos, como el buitre tras los gansos;
pues con facilidad escapaba del estruendo de los troyanos
y con igual facilidad acosaba y cargaba entre la densa multitud.
Pero no capturaba a nadie cuando se lanzaba a la persecución,
pues, al estar solo en la caja del sagrado carro, no había medio
de atacar con la pica y guiar a la vez los ligeros caballos.
Al fin, un compañero lo vio con sus ojos,
Alcimedonte, el hijo de Laerces Hemónida,
que se detuvo tras la caja del carro y dijo a Automedonte:
«¡Automedonte! ¿Quién de los dioses ha puesto en tu pecho
ese fútil plan y te ha arrebatado tu valiosa prudencia?
¡Qué es eso de luchar contra los troyanos en primera línea
solo! Han matado a tu compañero, y el propio Héctor
se ufana de tener las armas del Eácida en sus hombros.»
Díjole, a su vez, Automedonte, hijo de Diores:
«¡Alcimedonte! ¿Qué otro aqueo se puede igualar a ti
en regir la docilidad y la fogosidad de caballos inmortales,
sino el propio Patroclo, consejero émulo de los dioses,
mientras vivía? Mas ahora la muerte y el destino le han llegado.
Ea, tú toma la fusta y las resplandecientes riendas,
y yo seré quien desmonte del carro para luchar.»
Así habló, y Alcimedonte saltó sobre el carro de guerra
y con presteza asió la fusta y las riendas en las manos,

281 En realidad, los troyanos ya no llegarán a las naves de los aqueos en XVII, aunque sí los aqueos (véase XVIII 150). Los versos 454 s. están repetidos en XI 193 s.

y Automedonte desmontó. El esclarecido Héctor lo vio
y al punto dirigió la palabra a Eneas, que estaba cerca:
«¡Eneas, consejero de los troyanos, de broncíneas túnicas!
Acabo de ver aquí los dos caballos del velocípedo Eácida,
que han aparecido en el combate con aurigas viles.
Por eso tendría esperanzas de capturarlos si tú en tu ánimo
quieres, porque, ante la acometida de nosotros dos,
no osarían plantarnos cara de cerca ni trabar marcial lucha.»
Así habló, y no desobedeció el noble hijo de Anquises.
Fueron rectos, con los hombros envueltos en las bovinas pieles
secas, prietas y con una gruesa capa de bronce extendida encima.
Junto a ellos Cromio y el deiforme Areto
marchaban juntos. Grandes esperanzas había en sus ánimos
de matar a ambos y llevarse los caballos, de erguidos cuellos;
¡insensatos!, no iban a regresar sin sangre del encuentro
con Automedonte. Éste, tras una plegaria a Zeus padre,
sintió llenas de coraje y de brío las negras mientes
y al punto dijo a Alcimedonte, su leal compañero:
«¡Alcimedonte! No mantengas los caballos lejos de mí,
sino justo resoplando en mi espalda; pues yo creo
que Héctor Priámida no contendrá su furor hasta que monte
sobre los dos caballos, de hermosas crines, de Aquiles,
tras matarnos a ambos y hacer huir a las filas de guerreros
argivos, o hasta que él mismo sea presa entre los primeros.»
Tras hablar así, llamó a los dos Ayantes y a Menelao:
«¡Ayantes, príncipes de los argivos, y tú, Menelao!
Confiad el cuidado del cadáver a los que son más bravos,
para que lo rodeen y protejan de las filas de los enemigos,
y vosotros venid a apartar nuestra vida del despiadado día.
Por este lado del lacrimoso combate cargan con robustez
Héctor y Eneas, que son los más bravos de los troyanos.
Pero estos asuntos descansan en las rodillas de los dioses:
también yo alancearé, y a Zeus incumbirá todo lo demás.»
Dijo y, blandiéndola, arrojó la pica, de luenga sombra,
y acertó a Areto en el broquel, por doquier equilibrado,

que no lo protegió de la pica. El bronce lo atravesó anhelante
y penetró en el bajo vientre a través del cinturón.
Como cuando un mozo con la afilada hacha en la mano
da un tajo detrás de la cerviz a un montaraz buey y, al cortar
entero el nervio, la bestia brinca adelante y se desploma,
así brincó él hacia adelante y cayó de espaldas; y la pica
afilada, al vibrar en los intestinos, le dobló los miembros.
Héctor disparó contra Automedonte la reluciente lanza;
pero él vio venir la broncínea pica de frente y la esquivó:
se agachó hacia adelante, y la larga asta detrás de él
se hundió en el suelo, y empezó a vibrar el cuento de la pica;
y el brutal Ares no tardó en relajar allí su furia.
Entonces con las espadas se habrían lanzado cuerpo a cuerpo
si las furias de ambos no hubieran separado los dos Ayantes,
que acudieron entre la multitud a la llamada del compañero.
Intimidados ante ellos, volvieron a retroceder
Héctor, Eneas y el deiforme Cromio,
y dejaron allí a Areto, yaciendo con el corazón desgarrado [282].
Entonces Automedonte, émulo del impetuoso Ares,
le despojó de las armas y exclamó triunfante:
«Aunque poco, algo me alivia el corazón de la aflicción
por la muerte del Menecíada matar a éste, aunque era peor.»
Tras hablar así, cogió los sangrientos despojos, en el carro
los depositó y luego montó, con los pies y encima los brazos
ensangrentados, igual que el león que ha devorado un toro.
De nuevo se entabló sobre Patroclo una violenta batalla
dolorosa y llena de lágrimas, y Atenea despertó la contienda,
al descender del cielo: la había enviado Zeus, de ancha voz,
a impulsar a los dánaos, porque había mudado el pensamiento [283].
Como cárdeno es el arcoiris que a los mortales despliega

[282] La herida ha sido en el bajo vientre (cf. 519), lo que quiere decir que 'corazón' está aquí por 'vida'.

[283] En 593 Zeus sigue ayudando a los troyanos. Por lo demás, Zeus parece estar en el Ida, no en el Olimpo.

Zeus desde el cielo, para que sea presagio bien de la guerra,
bien del glacial invierno, que las labores de las gentes
suspende sobre la tierra e inquieta a los ganados,
así la diosa, escondida en una densa nube de color cárdeno,
se internó en la tribu de los aqueos y despertó a cada mortal.
Habló y dio alientos primero al hijo de Atreo,
al valiente Menelao, que estaba cerca de ella,
tomando la figura de Fénix y su inquebrantable voz:
«Para ti, Menelao, será motivo de oprobio y de escarnio
que los rápidos perros al pie de la muralla de los troyanos
arrastren el cuerpo del leal compañero del admirable Aquiles.
Ea, resiste con denuedo e insta a todas las huestes.»
Díjole, a su vez, Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«¡Fénix, anciano padre de avanzada edad! ¡Ojalá Atenea
me conceda fortaleza y rechace de mí el ímpetu de los dardos!
Si así fuera, estaría dispuesto a asistir y a proteger
el cuerpo de Patroclo, cuya muerte me ha fustigado el ánimo.
Pero Héctor tiene la atroz furia del fuego y no cesa de matar
con el bronce, porque Zeus hace que la gloria le acompañe.»
Así habló, y se alegró Atenea, la ojizarca diosa,
porque de todos los dioses a ella había invocado primero.
Y puso fuerza en sus hombros y en sus rodillas
y en el pecho le infundió la terca audacia de la mosca,
que, por más que se intente espantarla, se obstina en picar
la piel del hombre, pues le resulta sabrosa la sangre humana;
de esa terca audacia le llenó las negras mientes.
Fue junto al cuerpo de Patroclo y disparó la reluciente lanza.
Había entre los troyanos un cierto Podete, hijo de Eetión,
acaudalado y valeroso; era a quien más honraba Héctor
de su pueblo, pues era comensal suyo en los convites.
A él fue a quien el rubio Menelao acertó en el cinturón
al lanzarse a la fuga y le hundió el bronce de parte a parte.
Retumbó al caer; y el Atrida Menelao arrastró el cadáver
fuera de las filas troyanas hacia la tribu de sus compañeros.

Apolo se detuvo cerca de Héctor y le instó,
semejante en la figura a Fénope Asíada, el más querido
de todos sus huéspedes, que habitaba una casa en Abido;
su figura fue la que tomó el protector Apolo, que le dijo:
«¡Héctor! ¿Queda algún otro aqueo que no te intimide?
¡Has huido despavorido hasta de Menelao, que siempre ha sido
un lancero sin valía! Y ahora se ha escapado de los troyanos
solo con un cadáver a cuestas y ha matado a tu leal compañero
Podete, hijo de Eetión, valioso entre los que luchan delante.»
Así habló, y una negra nube de aflicción lo envolvió
y marchó delante de las líneas cubierto de rutilante bronce.
También entonces el Crónida cogió la floqueada égida
chispeante y cubrió el Ida de nubes;
lanzó un relámpago, tronó con gran fuerza, blandió la égida,
y daba la victoria a los troyanos y puso en fuga a los aqueos.
El beocio Penéleo fue el primero que comenzó a huir.
Vuelto de frente, recibió en el hombro una herida de lanza
que le hizo un rasguño superficial, y le arañó hasta el hueso
la moharra de Polidamante, que se acercó y le acertó.
Allí mismo Héctor hirió de cerca encima de la muñeca a Leito,
hijo del magnánimo Alectrión, y lo dejó fuera de combate.
Con la mirada perdida temblaba, pues ya no tenía esperanzas
de luchar contra los troyanos llevando una pica en la mano.
A Héctor, nada más lanzarse en pos de Leito, Idomeneo
le acertó en la pechera de la coraza, junto a la tetilla.
La luenga asta se partió dentro del casquete, y los troyanos
dieron un grito. Héctor disparó contra Idomeneo Deucálida,
montado sobre la caja del carro, y a él le falló por poco,
pero hizo blanco en el escudero y auriga de Meríones,
Cérano, que le había acompañado desde la bien edificada Licto.
Idomeneo, al dejar al principio las maniobreras naves, había
ido a pie y habría otorgado una gran victoria a los troyanos,
de no ser porque Cérano guió los caballos, de ligeros cascos,
aprisa, y le llevó la luz y apartó de él el despiadado día.
Aquél perdió entonces la vida a manos del homicida Héctor,

que le acertó bajo la mandíbula y la oreja: el asta de cuajo
le arrancó los dientes y le cortó la lengua por la mitad [284].
Se desplomó del carro y tiró las riendas por el suelo.
Meríones se agachó y las recogió con las manos
de la llanura, y dijo luego a Idomeneo:
«¡Fustígalos ahora hasta llegar a las veloces naves!
Tú mismo puedes ver que la victoria ya no es de los aqueos.»
Así habló, e Idomeneo azuzó los caballos, de bellas crines,
hacia las huecas naves, pues el miedo había invadido su ánimo.
Y no dejaron de notar el magnánimo Ayante y Menelao
que Zeus concedía a los troyanos una revancha en la lucha.
Entre ellos comenzó a hablar el gran Ayante Telamonio:
«¡Ay! Incluso uno muy insensato ya podría darse cuenta
de que el padre Zeus en persona protege a los troyanos:
los dardos de todos ellos hacen blanco, sea quien los arroja
ruin o valeroso; mas sin embargo, Zeus los endereza todos;
y, en cambio, todos los nuestros caen en vano al suelo.
Ea, aunque seamos nosotros solos, imaginemos el mejor ingenio
bien para arrastrar el cadáver, o para que al menos nosotros
regresemos y seamos motivo de júbilo para nuestros compañeros,
que sin duda están mirando aquí angustiados y sin esperanza
de que la furia y las intocables manos del homicida Héctor
pueda contenerse ya y no caiga en las negras naves.
Ojalá hubiera un compañero que lo comunicara cuanto antes
al Pelida, porque creo que él ni siquiera está enterado
de la luctuosa noticia de que su querido compañero ha muerto.
Mas no veo por ningún sitio al aqueo que pueda hacerlo,
pues hombres y caballos por igual están cubiertos de bruma.
¡Zeus padre! Saca tú de la bruma a los hijos de los aqueos,

---

[284] Aunque no se especifica con claridad, el relato parece indicar que Idomeneo, después de disparar contra Héctor, monta en el carro que guía Cérano y del que Meríones ha descendido para combatir. Héctor dispara contra Idomeneo, pero alcanza a Cérano, que había acercado a Idomeneo el carro inmediatamente después de su disparo contra Héctor.

haz luminoso el aire y permite a nuestros ojos ver.
Que al menos perezcamos a la luz, ya que eso es lo que te place.»
Así habló, y el padre se apiadó de las lágrimas que vertía
y al punto disipó la bruma y desplazó la nubareda de polvo.
Arriba el sol tornó a lucir, y la lucha quedó entera patente.
Entonces Ayante dijo a Menelao, valeroso en el grito de guerra:
«Fíjate ahora, Menelao, del linaje de Zeus, a ver
si ves vivo aún a Antíloco, el hijo del magnánimo Néstor,
e ínstale a que vaya cuanto antes ante el belicoso Aquiles
a decirle que su compañero con mucho más querido ha muerto.»
Así habló, y obedeció Menelao, bueno en el grito de guerra,
que se puso en marcha y se alejó, como del aprisco el león
cuando se cansa de provocar a los perros y a los hombres
que le impiden arrebatar la pingüe gordura de las vacas
vigilando despiertos toda la noche; ávido de carne
carga derecho, mas no consigue nada, porque densas jabalinas
se precipitan a su encuentro procedentes de audaces manos,
y numerosas teas ardiendo, que amedrentan incluso su bravura;
y al alba se aleja con el ánimo contrariado;
así Menelao, valeroso en el grito de guerra, lejos de Patroclo
se iba a su pesar, pues sentía un gran temor de que los aqueos
ante la dolorosa huida lo dejaran como presa para los enemigos,
e insistentes encargos daba a Meríones y a los dos Ayantes:
«¡Ayantes, príncipes de los argivos, y tú, Menelao!
Que cada uno de la bondad del mísero Patroclo ahora
se acuerde, que con todos sabía ser dulce como la miel
en vida y a quien ahora la muerte y el destino le han llegado.»
Tras hablar así, se alejó el rubio Menelao
escrutando por doquier, como el águila, que es la que dicen
que tiene la vista más aguda de todas las aves en el cielo
y ni aun en las alturas se le escapa una liebre de rápidas patas
que está agazapada bajo un frondoso arbusto, sino que sobre ella
se precipita, la apresa en seguida y le quita la vida.
Así entonces tus relucientes ojos, Menelao, del linaje de Zeus,
se revolvían por doquier entre la tribu de numerosos compañeros

con la esperanza de ver al hijo de Néstor aún vivo.
Muy pronto lo divisó a la izquierda de toda la batalla,
animando a sus compañeros y estimulándolos a la lucha,
y, deteniéndose cerca, le dijo el rubio Menelao:
«¡Antíloco, del linaje de Zeus! Ven aquí a enterarte
de una luctuosa noticia que ojalá no hubiera sucedido.
Me imagino que también tú mismo por lo que ves te das cuenta
de que el dios hace rodar una calamidad sobre los dánaos
y de que la victoria es de los troyanos. Han matado a Patroclo,
el mejor de los aqueos, y la añoranza de los dánaos es enorme.
Corre al momento a las naves de los aqueos y díselo a Aquiles,
para ver si salva y lleva a la nave cuanto antes el cadáver
desnudo, que las armas las tiene Héctor, de tremolante penacho.»
Así habló, y Antíloco se horrorizó al oír estas palabras:
durante un rato no pudo articular palabra, y los ojos
se le llenaron de lágrimas y la lozana voz le enmudeció;
mas ni aun así descuidó el encargo de Menelao.
Echó a correr y entregó las armas a su intachable compañero,
Laódoco, que evolucionaba cerca con los solípedos caballos.
Derramando lágrimas, salía a pie del combate
para comunicar la triste noticia al Pelida Aquiles.
Y he aquí que tu ánimo, Menelao, del linaje de Zeus, no quiso
proteger a los abrumados compañeros cuando se alejó de allí
Antíloco dejando un enorme vacío entre los pilios,
sino que en su ayuda envió a Trasimedes, de la casta de Zeus,
y él se encaminó de nuevo junto al cuerpo del héroe Patroclo.
Llegó corriendo ante los Ayantes y en seguida les dijo:
«Ya he enviado a aquél a las veloces naves
para que vaya ante Aquiles, de rápidos pies. Pero no creo que
venga ahora por muy irritado que esté contra el divino Héctor,
pues no podría luchar sin armas contra los troyanos.
Imaginemos nosotros por nuestra cuenta el mejor recurso
para sacar el cadáver o para que al menos nosotros escapemos
del clamor troyano y huyamos de la muerte y de la parca.»
Le respondió entonces el gran Ayante Telamonio:

«Oportuno es todo lo que has dicho, muy glorioso Menelao.
Meríones y tú poned en seguida sus brazos sobre vuestros hombros,
levantad a cuestas el cadáver y sacadlo del tumulto. Detrás
nosotros dos lucharemos contra los troyanos y el divino Héctor
con idéntico ánimo, como idéntico tenemos el nombre; así siempre
hemos sostenido feroz Ares, resistiendo uno al lado del otro.»
Así habló, y recogieron del suelo en su regazo el cadáver
y lo alzaron con vigor a gran altura; detrás estalló en alaridos
la tropa troyana, al ver a los aqueos levantar el cadáver,
y avanzaron derechos, igual que los perros que sobre un jabalí
malherido se precipitan por delante de los mozos cazadores:
todo el rato van corriendo, ansiosos de despedazarlo,
pero cuando él gira entre ellos, fiado en su coraje,
se retiran hacia atrás y aquí o allá se dispersan aterrados;
así los troyanos los acosaron un rato en masa y sin cesar,
hostigando con sus espadas y sus picas, de doble moharra;
pero cada vez que los dos Ayantes daban media vuelta
y les plantaban cara, se les mudaba el color y nadie osaba
precipitarse hacia adelante y disputarles el cadáver.
Así llevaban enardecidos el cadáver desde el combate
a las huecas naves. A su espalda se había entablado un combate
feroz, como el fuego abatiéndose sobre una ciudad bien poblada
se eleva bruscamente y estalla en llamas, las casas se consumen
entre inmenso resplandor y el viento las hace bramar con fuerza;
así también a ellos les seguía en su caminar
el incesante estruendo de los caballos y de los lanceros.
Como los mulos, desplegando un esforzado ardor,
arrastran monte abajo por un abrupto sendero una viga
o el enorme madero de una quilla, y en su interior el ánimo
está abrumado de fatiga y también de sudor por el esfuerzo,
así ellos llevaban enardecidos el cadáver. Los dos Ayantes
los mantenían detrás lejos, como retiene el agua un altozano
boscoso que penetra profundamente en la llanura,
que frena incluso las nocivas avenidas de los potentes ríos
y a todos en seguida les desvía la corriente hacia el llano

a la deriva, sin dejarse quebrar jamás por el empuje de su curso;
así los dos Ayantes mantenían en todo momento a raya
a los troyanos, que los acosaban sin excepción, aunque dos
sobre todo, Eneas Anquisíada y el esclarecido Héctor.
Como una bandada de estorninos o de grajos vuela
con estridentes chillidos de muerte al ver acercarse delante
al gavilán, que siembra mortandad entre los pájaros menudos,
así bajo el empuje de Eneas y de Héctor los jóvenes aqueos
iban entre chillidos de muerte, olvidados de su belicosidad.
Muchas bellas armas cayeron alrededor y a los lados del foso
en la huida de los dánaos, y no había pausa en el combate.

CANTO XVIII

Mientras así se batían a la manera del ardiente fuego [285],
Antíloco, de rápidos pies, llegó como mensajero ante Aquiles
y lo halló delante de las cornierguidas naves,
presintiendo en su ánimo lo que justo se había cumplido [286].
Y he aquí que, apesadumbrado, dijo a su magnánimo corazón:
«¡Ay de mí! ¿Por qué los aqueos, de melenuda cabellera, otra
vez se atropellan junto a las naves despavoridos por la llanura?
Me temo que los dioses cumplan las malas inquietudes que siento,
conforme a lo que una vez me explicó mi madre, que me dijo
que el mejor de los mirmídones todavía en vida mía
a manos de los troyanos abandonaría la luz del sol.
Seguro que ya está muerto el fornido hijo de Menecio.
¡Obstinado! Le ordené que nada más rechazar el abrasador fuego
volviera a las naves sin luchar a viva fuerza contra Héctor.»
Mientras revolvía estas dudas en la mente y en el ánimo,
llegó cerca de él el hijo del admirable Néstor
derramando cálidas lágrimas y le comunicó la dolorosa noticia:
«¡Ay de mí, hijo del belicoso Peleo! Muy luctuosa es
la nueva que ahora vas a saber y que ojalá no hubiera sucedido.

---

[285] El canto XVIII recibe el título de 'fabricación de las armas', tema que en realidad sólo ocupa la segunda parte del mismo.

[286] Véase XIX 328 ss. y XVII 404 ss., donde se dice que Aquiles no suponía que se hubiera producido la muerte de Patroclo, porque, contra lo que era habitual, su madre no se lo había anunciado con antelación.

Patroclo yace muerto y ya se lucha alrededor de su cadáver
desnudo, que las armas las tiene Héctor, de tremolante penacho.»
Así habló, y a él una negra nube de aflicción lo envolvió.
Cogió con ambas manos el requemado hollín
y se lo derramó sobre la cabeza, afeando su amable rostro,
mientras la negra ceniza se posaba sobre su túnica de néctar.
Y extendido en el polvo cuan largo era, gran espacio
ocupaba y con las manos se mancillaba y mesaba los cabellos.
Las siervas que Aquiles y Patroclo se habían adjudicado en prenda
proferían grandes alaridos afligidas en su corazón, y a la puerta
corrieron en torno del belicoso Aquiles y todas, con las manos
mientras se golpeaban el pecho, cayeron postradas de hinojos.
Del otro lado, Antíloco se lamentaba y vertía lágrimas
con las manos de Aquiles cogidas, y su glorioso corazón gemía
ante el temor de que se segara la garganta con el hierro [287].
Aquiles dio un pavoroso gemido, que su augusta madre escuchó
sentada en los abismos del mar al lado de su anciano padre
y la hizo exhalar un suspiro. Y las diosas se congregaron,
todas las nereidas que estaban en el abismo del mar [288].
Allí estaban Glauca, Talía y Cimódoce,
Nesea, Espío, Toa y Halía, de inmensos ojos,
Cimótoe, Actea y Limnoría,
Mélita, Iera, Anfítoa y Ágava,

---

[287] Uno de los pocos ejemplos en los que aparece el hierro. Es probable que, como en algunos otros pasajes donde aparece (véase XXIII 30), se refiera a un cuchillo de cocina, y no a una espada de guerra.

[288] La mayoría de los nombres de las hijas del anciano del mar, Nereo, tienen un significado transparente en griego, o al menos tienen una evocación cierta, que hace referencia a diversas propiedades o estados del mar o a actividades humanas relacionadas con el mar. La mera transcripción castellana de los nombres oscurece lo que los nombres originales evocan. El hecho de que sean presentadas como divinidades 'Zarca, Isleña, Costera, Veloz', etc., y otras apariencias del mar induce a considerar que en Homero subyace una mentalidad primitiva que atribuye un carácter divino a cada manifestación de los fenómenos naturales y a cada actividad humana.

Doto, Proto, Ferusa y Dinámena,
Dexámena, Anfínoma y Calianira,
Dóride, Pánopa y la muy ilustre Galatea,
Nemertes, Apseudes y Calianasa;
allí estaba Clímena, Yanira y Yanasa,
Mera, Oritía y Amatea, de hermosos bucles,
y las demás nereidas que había en el abismo del mar [289].
Todas llenaron la clara gruta y, mientras ellas
se golpeaban el pecho, Tetis entonó el llanto:
«¡Escuchadme, hermanas nereidas, y así todas conoceréis
bien, si me escucháis, todas las cuitas que hay en mi ánimo.
¡Ay de mí, desdichada! ¡Ay de mí, infeliz madre del mejor,
que después de dar a luz a un hijo intachable y esforzado,
el más notable de los héroes, que pronto creció cual retoño
—y yo lo crié como a la planta sobre la colina del viñedo
y lo envié con las corvas naves hacia Ilio a luchar
contra los troyanos—, ya no volveré a darle la bienvenida
de regreso en casa, dentro de la morada de Peleo!
Y mientras dura su vida y contempla la luz del sol,
está afligido y ni siquiera puedo ir y socorrerlo.
Mas iré, no obstante, a ver a mi hijo y a escuchar de él
qué dolor le ha invadido, aun estando apartado del combate.»
Tras hablar así, abandonó la cueva, y las demás con ella
salieron llorosas, mientras alrededor el hinchado oleaje
rompía. Nada más llegar a la feraz Troya,
ascendieron en fila a la costa, donde se apretaban varadas
las naves de los mirmídones en torno del rápido Aquiles.
La augusta madre se presentó ante el gimiente hijo
y tras exhalar un agudo gemido le abrazó la cabeza
y llena de lástima dijo estas aladas palabras:
«¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pena ha llegado a tu mente?
Habla, no la ocultes. Ya se te ha cumplido por obra de Zeus
lo que un día suplicaste con los brazos extendidos:

---

289 La lista completa de nereidas, en Hesíodo, *Teogonía*, 242 ss.

que los hijos de los aqueos, privados de ti, quedaran cercados
todos junto a las popas y sufrieran desastrosas adversidades.»
Con hondos suspiros replicó Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Madre mía! Cierto que el Olímpico me ha cumplido eso.
Mas ¿qué placer me reporta, cuando ha perecido mi compañero
Patroclo, a quien apreciaba sobre todos mis camaradas,
como a mi propia cabeza? Lo he perdido; Héctor lo ha matado
y desnudado de la extraordinaria armadura, maravilla para la vista,
bella, espléndido regalo que los dioses dieron a Peleo
aquel día en que te llevaron al lecho de ese hombre mortal.
¡Ojalá tú hubieras seguido allí entre las marinas inmortales
habitando, y Peleo se hubiera casado con una esposa mortal!
Mas sucedió así para que sufrieras penas infinitas en el alma
por el fallecimiento de tu hijo, a quien no volverás a dar
la bienvenida de regreso a casa, pues mi ánimo me manda no
vivir ni continuar entre los hombres, a menos que Héctor
pierda antes la vida abatido bajo mi lanza
y pague haber convertido en rapiña a Patroclo Meneciada.»
Díjole, a su vez, Tetis, entre las lágrimas que vertía:
«Por lo que dices, pronto ya, hijo mío, llegará el destino;
pues en seguida después del de Héctor tu hado está dispuesto.»
Muy apenado, le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡En seguida quede muerto, pues veo que no iba a proteger
a mi compañero en la hora de su muerte! Muy lejos de la patria
se ha consumido, y yo le falté y no le defendí de su maldición.
Ahora, dado que ya no voy a regresar a mi tierra patria
y ni siquiera he sido luz de salvación para Patroclo y los demás
camaradas, que en gran número han caído ante el divino Héctor,
estoy sentado junto a las naves como fardo inútil de la tierra,
siendo como ningún otro de los aqueos, de broncíneas túnicas,
en el combate, aunque haya otros mejores en la asamblea.
¡Así desaparezcan de los dioses y de las gentes la disputa
y la ira, que aun al juicioso impulsan a enfadarse
y que más dulce que la miel destilada
aumentan en el pecho de los hombres igual que el humo;

así me ha irritado a mí esta vez Agamenón, soberano de hombres.
Mas dejemos en paz lo pasado por mucho que nos aflija
y dobleguemos, como es fuerza hacer, el ánimo en el pecho.
Ahora iré en busca del matador de esa querida cabeza para mí,
en busca de Héctor. Mi parca yo la acogeré gustoso cuando Zeus
quiera traérmela y también los demás dioses inmortales.
Ni la pujanza de Hércules logró escapar de la parca,
aunque fue el mortal más amado del soberano Zeus Cronión,
sino que el destino lo doblegó y además la dura saña de Hera.
Así también yo, si el destino dispuesto para mí es el mismo,
quedaré tendido cuando muera. Mas ahora aspiro a ganar noble gloria
y a que más de una troyana o dardánida, de profundo talle,
con ambas manos de las suaves mejillas
se enjugue las lágrimas y emita entrecortados sollozos,
y a que se enteren de que he estado largo tiempo sin combatir.
Que tu amor no intente alejarme de la lucha: no me convencerás.»
Le respondió entonces Tetis, la diosa de argénteos pies:
«Sí, hijo, tienes razón. Realmente, no haces mal
en defender a los abrumados compañeros del abismo de la ruina.
Pero está en poder de los troyanos tu bella armadura
broncínea y chispeante, que Héctor, de tremolante penacho,
se vanagloria de tener en sus hombros. Mas te aseguro que no
se ufanará de ella mucho tiempo, pues su muerte está cerca.
Sin embargo, tú no te internes aún en el fragor de Ares,
hasta que yo venga aquí y me veas con tus propios ojos.
Al alba regresaré, a la hora de la salida del sol,
trayéndote bellas armas de parte del soberano Hefesto.»
Tras hablar así, dio la espalda a su hijo
y, después de girar, dijo a sus marinas hermanas:
«Vosotras sumergíos ahora bajo el ancho seno del mar
e id a ver al marino anciano y a las moradas paternas
a relatarle todo. En cuanto a mí, voy al vasto Olimpo
a ver a Hefesto, ilustre artífice, para ver si quiere
regalar a mi hijo unas ilustres armas resplandecientes.»

Así habló, y al punto se hundieron en las olas del mar,
mientras Tetis, la diosa de argénteos pies, al Olimpo
marchaba, para procurar unas ilustres armas a su hijo.

Mientras sus pies la transportaban al Olimpo, los aqueos,
en medio de maravilloso griterío ante el homicida Héctor
fugitivos, llegaron a las naves y al Helesponto [290].
Y los aqueos, de buenas grebas, ni el cuerpo de Patroclo,
escudero de Aquiles, habrían sacado del alcance de los dardos;
pues habían vuelto a aproximarse la hueste y los caballos,
y Héctor, hijo de Príamo, semejante en coraje a la llama.
Tres veces lo agarró por detrás de los pies el preclaro Héctor,
ávido de arrastrarlo, y a grandes gritos animó a los troyanos;
y las tres veces los dos Ayantes, imbuidos de impetuoso coraje,
lo repelieron del cadáver; mas él, fiado con firmeza en su valor,
a veces arremetía entre la turba y a veces volvía a detenerse
profiriendo grandes alaridos y en ningún momento se replegaba.
Igual que del cadáver de una res a un fogoso león son incapaces
de ahuyentar los rústicos pastores cuando está hambriento,
tampoco los dos Ayantes, protegidos con su casco, eran capaces
de amedrentar a Héctor Priámida para alejarlo del cadáver.
Y lo habría sacado y se habría alzado con indecible gloria,
de no ser porque la rápida Iris, de pies como el viento,
llegó corriendo del Olimpo a anunciar a Aquiles que se armara
a ocultas de Zeus y de los demás dioses, según encargo de Hera.
Y deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:

«¡Muévete, Pelida, el más terrorífico de todos los hombres!
Defiende el cuerpo de Patroclo, por el que una atroz contienda
se libra delante de las naves. Mortandad mutua se causan,
éstos por defender el cuerpo del guerrero muerto,
mientras los troyanos para arrastrarlo a la ventosa Ilio
cargan derechos. El esclarecido Héctor es el que más

[290] Continúa aquí la lucha por el cadáver de Patroclo, interrumpida después de XVII 715-761 por el mensaje de Antíloco a Aquiles y por la reacción de éste.

ansía tirar de él; y su ánimo le impele a clavarle la cabeza
en lo alto de la empalizada, tras cortar su delicado cuello[291].
¡Ea, arriba! ¡No sigas tendido! Sienta tu ánimo escrúpulos
de que Patroclo se convierta en juguete de las perras troyanas.
Para ti sería una afrenta si va mutilado a unirse con los muertos.»
Respondióle el divino Aquiles, de pies protectores:
«¡Diosa Iris! ¿Qué dios te ha enviado a mí como mensajera?»
Díjole, a su vez, la rápida Iris, de pies como el viento:
«Hera me ha enviado, la insigne esposa de Zeus;
pero no lo sabe el Crónida, de sublime asiento, ni ningún
otro de los inmortales que habitan en el muy nevado Olimpo.»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¿Cómo ir al fragor del combate? Ellos tienen mis armas,
y mi madre no me ha consentido armarme con la coraza,
hasta que ella venga y yo la vea con mis propios ojos;
ha insistido en que traerá de parte de Hefesto una bella panoplia.
No sé de otro de quien podría ponerme las ilustres armas,
si no es el escudo de Ayante Telamoníada.
Pero también él supongo que se bate entre los primeros,
peleando con la pica por el cuerpo de Patroclo.»
Díjole, a su vez, la rápida Iris, de pies como el viento:
«Bien sabemos ya nosotros que tienen tus ilustres armas;
mas ve como estás al borde de la fosa y muéstrate a los troyanos,
a ver si, atemorizados al verte, se apartan del combate
y los marciales hijos de los aqueos respiran
de su quebranto; aunque sea breve, es un respiro del combate.»
Tras hablar así, Iris, la de pies ligeros, se marchó.
Por su parte, Aquiles, caro a Zeus, se levantó. Atenea
le echó sobre sus valientes hombros la floqueada égida,
la diosa de la casta de Zeus coronó su cabeza de un nimbo
áureo e hizo brotar de su cuerpo una inflamada llama ardiente.
Como cuando el humo sale de una ciudad y llega al cielo

[291] Probablemente en la empalizada que corona la muralla de la ciudad, aunque no hay otra noticia acerca de su propia existencia.

a lo lejos, desde una isla que los enemigos asedian,
y ellos todo el día toman como árbitro al abominable Ares
fuera de su ciudad; pero a la puesta del sol
numerosas hileras de fogatas arden y a lo alto el resplandor
sube presuroso para que lo divisen las gentes del contorno,
por si llegan con las naves para protegerlos de la perdición;
así el fulgor de la cabeza de Aquiles llegaba hasta el cielo.
Fue al borde del foso y se paró lejos del muro, mas a los aqueos
no se unió por deferencia hacia el sagaz encargo de su madre.
Allí se detuvo y dio un grito, que Palas Atenea a gran distancia
llevó, y causó un indecible tumulto entre los troyanos.
Como conspicuo es el son de la trompeta al sonar en presencia
de los enemigos, arrasadores de ánimos, que merodean la ciudad,
así de conspicua sonó entonces la voz del Eácida.
Nada más oír la broncínea voz del Eácida,
se conmovió el ánimo de todos: los caballos, de bellas crines,
giraban atrás los carros, presintiendo dolores en el ánimo;
y los aurigas quedaron atónitos al ver el infatigable fuego
que ardía sobre la cabeza del magnánimo Pelida
de modo terrible y que Atenea, la ojizarca diosa, inflamaba.
El divino Aquiles profirió tres enormes alaridos sobre la fosa,
y las tres veces troyanos e ínclitos aliados quedaron turbados.
Allí también perecieron entonces doce de los mejores mortales
al lado de sus carros y de sus picas; entre tanto los aqueos
sacaron jubilosos el cuerpo de Patroclo del alcance de los dardos
y lo depositaron en unas andas. Sus compañeros lo rodearon
con gran duelo, y entre ellos Aquiles, el de veloces pies,
que vertía cálidas lágrimas desde que vio a su leal compañero
yaciendo en el féretro, desgarrado por el agudo bronce;
he aquí que a quien había enviado con sus caballos y su carro
al combate ya no le daba la bienvenida al regresar de nuevo.
La augusta Hera, de inmensos ojos, al infatigable Sol
envió de regreso mal de su grado a las corrientes de Océano [292].

[292] El final del día que comenzó al principio de XI, que acaba de manera prematura gracias a la intervención de Hera.

El sol se puso, y los aqueos, de casta de Zeus, suspendieron
la violenta liza y el combate, que a todos por igual doblega.
Al otro lado, los troyanos de la violenta batalla
se retiraron, soltaron los ligeros caballos de los carros
y se reunieron en asamblea antes de ocuparse de la cena.
La asamblea se celebró con todos ellos de pie, y nadie osó
sentarse, pues el temblor dominaba a todos desde que Aquiles
había aparecido tras su duradera renuncia a la dolorosa lucha [293].
El primero en tomar la palabra fue el inspirado Polidamante
Pantoida, el único que veía lo que había delante y detrás;
era compañero de Héctor —ambos habían nacido la misma noche—,
pero aquél descollaba por sus opiniones, y éste por la pica.
Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:
«Amigos, examinad bien las dos alternativas. Mi consejo
es ir ahora a la ciudad y no aguardar a la divina aurora
en la llanura junto a las naves. Estamos lejos de la muralla.
Mientras duró la cólera de ese hombre contra el divino Agamenón,
los aqueos han sido más accesibles para nosotros en el combate;
a mí mismo me ha complacido pernoctar junto a las veloces naves
con la esperanza de conquistar los maniobreros barcos.
Pero ahora tengo un terrible miedo del velocípedo Pelida;
con lo exaltada que es su pasión, no estará dispuesto
a quedarse en la llanura, donde troyanos y aqueos
comparten unos con otros la furia de Ares,
sino que luchará por ganar nuestra ciudad y nuestras mujeres.
Ea, vayamos a la ciudad, hacedme caso, pues ocurrirá eso.
Ahora lo que ha detenido al velocípedo Pelida es la noche
inmortal; pero si nos da alcance todavía aquí
cuando mañana se lance con las armas, seguro que más de uno
sabrá quién es él. Con júbilo llegará a la sacra Ilio
el que huya, y serán pasto de los perros y de los buitres
muchos troyanos. ¡Ojalá esto nunca llegue a mis oídos!

[293] En las asambleas que se celebran en condiciones normales todos permanecen sentados excepto el que está en el uso de la palabra.

Pero si hacéis caso de mis consejos, aunque ello nos pese,
por la noche cobraremos brío en la asamblea, y serán las torres
elevadas, las puertas y las hojas sobre aquéllas ajustadas,
extensas, bien pulidas y uncidas, las que protegerán la ciudad;
y mañana temprano, al alba, equipados con las armas
nos apostaremos sobre las torres y ¡peor para él si decide
salir de las naves y luchar con nosotros por ganar la muralla!
Deberá retroceder, cuando a los caballos, de erguidos cuellos,
sacie de todo tipo de carreras, errando al pie de la ciudad.
A pesar de sus ánimos, no podrá entrar al asalto
y nunca la saqueará. ¡Antes será pasto de los ágiles perros!»
Mirando con torva faz, replicó Héctor, de tremolante penacho:
«¡Polidamante! Ya no me resulta grato eso que proclamas,
pues nos mandas replegarnos y quedarnos cercados en la ciudad.
¿Es que no estáis hartos de estar encerrados en las torres?
Antes acerca de la ciudad de Príamo las míseras gentes
decían sin excepción que era rica en oro y rica en bronce;
mas ahora aquellos bellos tesoros han desaparecido de las casas
y muchas riquezas han llegado a Frigia y a la amena Meonia
en venta, desde que el excelso Zeus abominó de nosotros.
Pero ahora que el taimado hijo de Crono me ha concedido ganar
gloria junto a las naves y oprimir a los aqueos contra el mar,
¡insensato!, no es momento de exponer esas propuestas al pueblo.
Mas ninguno de los troyanos te obedecerá: no lo consentiré.
Ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos.
Tomad ahora la cena en el campamento divididos por grupos,
acordaos de montar guardia y que cada uno se mantenga alerta.
El troyano que sienta una angustia excesiva por sus bienes
que los reúna y entregue a las huestes para gastarlos en común;
más vale que los disfrute uno de nosotros que los aqueos.
Mañana temprano, al alba, equipados con las armas,
despertemos junto a las huecas naves al feroz Ares.
Si es verdad que el divino Aquiles ha salido de las naves,
peor será para él, si es eso lo que quiere. Yo no pienso
huir fuera del entristecedor combate, sino que me plantaré

delante a ver quién se lleva una gran victoria, si él o yo.
Enialio es imparcial y también mata al matador.»
Así habló Héctor ante todos, y los troyanos lo aclamaron,
¡insensatos!, pues Palas Atenea les había quitado el juicio:
dieron la aprobación a Héctor, que proponía desgracias,
y nadie aceptó el buen plan que Polidamante había expuesto.
Tomaron entonces la cena por el campamento, y los aqueos
pasaron toda la noche gimiendo y llorando por Patroclo.
Entre ellos el Pelida entonó un reiterativo llanto,
poniendo sus homicidas manos sobre el pecho de su compañero
en medio de entrecortados sollozos, como un melenudo león
al que el cazador de ciervos hurta a escondidas sus cachorros
del espeso bosque y que al llegar más tarde se aflige
y recorre muchas cañadas, rastreando las huellas del hombre
con la esperanza de hallarlo, pues una punzante ira lo domina;
así exclamó él con hondos suspiros entre los mirmídones:
«¡Ay! ¡Qué palabras más baldías proferí aquel día
por animar al héroe Menecio en su palacio, cuando aseguré
que le llevaría a Opunte a su hijo cubierto de gloria,
tras saquear Ilio y adjudicarse su parte en el botín [294]!
Pero Zeus no les cumple a los hombres todos sus propósitos,
pues el destino de ambos es que enrojezcamos la misma tierra
aquí, en Troya, ya que tampoco a mí me darán la bienvenida
de regreso al palacio Peleo, el anciano conductor de carros,
y Tetis, mi madre, sino que la tierra me acogerá aquí en su seno.
Ahora, Patroclo, ya que voy a ir bajo tierra después de ti,
no te tributaré las exequias hasta que traiga aquí las armas
y la cabeza de Héctor, el asesino tuyo, oh magnánimo amigo.
Degollaré delante de tu pira a doce
ilustres vástagos de los troyanos, irritado por tu muerte [295].

---

[294] Patroclo había salido desterrado de Opunte por un homicidio involuntario (véase XXIII 88). Aquiles parece suponer aquí que el destierro sólo sería temporal.

[295] Promesa cuyo cumplimiento se efectúa en XXIII 175 s.

En tanto te quedarás yaciendo así junto a las corvas naves,
y a tu alrededor llorarán día y noche vertiendo lágrimas
las troyanas y las dardánidas, de esbeltos talles,
que adquirimos con fatiga gracias a la fuerza y a la larga lanza,
al saquear juntos pingües ciudades de míseras gentes.»

Tras hablar así, el divino Aquiles invitó a sus compañeros
a poner al fuego una gran trébede, para que cuanto antes
lavaran las ensangrentadas heridas del cuerpo de Patroclo.
Pusieron bajo el voraz fuego la trébede para el baño,
vertieron agua en ella, metieron leña debajo y la prendieron.
El fuego abrazó la panza de la trébede y fue calentando el agua
y en cuanto rompió a hervir dentro del cegador bronce,
bañaron y ungieron su cuerpo con craso aceite
y llenaron las llagas de ungüento de nueve años.
Lo depositaron en un lecho y lo taparon con un fino lienzo
desde los pies a la cabeza y encima con un blanco manto.
Entonces toda la noche en torno de Aquiles, de rápidos pies,
pasaron los mirmídones gimiendo y llorando por Patroclo,
y entre tanto, Zeus dijo a Hera, su hermana y esposa:

«¡Después de todo, augusta Hera, de inmensos ojos, también
has conseguido mover a Aquiles, de rápidos pies! Se diría
que de ti misma han nacido los aqueos, de melenuda cabellera.»

Le respondió entonces la augusta Hera, de inmensos ojos:

«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué clase de palabra has dicho!
Cuando hasta una persona es probable que cumpla sus propósitos,
a pesar de ser un simple mortal y no conocer tantos ingenios,
¿cómo entonces yo, que me tengo por la primera de las diosas,
tanto por mi alcurnia como por poseer el título de cónyuge tuya,
que eres quien reina como soberano de todos los inmortales,
no debería urdir males contra los troyanos, si tengo rencor?»

Mientras ellos conversaban con tales razones,
Tetis, la de argénteos pies, llegó a la morada de Hefesto,
inconsumible, estrellada, excelente entre las inmortales,
broncínea, que el propio cojitranco se había fabricado.
Lo halló sudoroso, yendo y viniendo alrededor de los fuelles

con prisas, pues estaba forjando veinte trípodes en total,
para instalarlos en el contorno de la pared de la sólida sala.
Había colocado bajo la base de cada uno unas áureas ruedas,
para que por sí solos entraran en la reunión de los dioses
y de nuevo regresaran a casa: ¡una maravilla para la vista!
Tenían la configuración definitiva, pero las primorosas asas
no estaban aún adheridas: las preparaba y forjaba las grapas.
Mientras se afanaba en estos menesteres con sabia destreza,
llegó cerca de él Tetis, la diosa de argénteos pies.
Al salir, la vio Caris, la del espléndido velo,
bella, con quien estaba desposado el muy ilustre cojitranco [296].
Asió su mano, le habló y la llamó por todos sus nombres:
«¿Para qué vienes a nuestra casa, Tetis, de largo vestido,
venerable y querida? Antes no nos visitabas con frecuencia.
Mas pasa antes dentro, que voy a servirte dones de hospitalidad.»
Tras hablar así, la diosa de la casta de Zeus la condujo
y le ofreció asiento en un trono tachonado de clavos de plata,
bello y primoroso, con un escabel para los pies.
Llamó a Hefesto, el ilustre artesano, y le dijo:
«¡Hefesto, ven aquí! ¡Tetis te necesita para algo!»
Le respondió entonces el muy ilustre cojitranco:
«Temible y venerable es la diosa que honra nuestra casa,
la que me salvó del dolor que me invadió aquella vez que caí
lejos por voluntad de la perra de mi madre, que había decidido
ocultarme porque era cojo [297]. Entonces habría padecido dolores,
de no ser por Eurínome y Tetis, que me acogieron en su regazo,
Eurínome, la hija de Océano, el que refluye a su fuente.
Con ellas pasé nueve años forjando primorosas piezas de bronce:
broches, brazaletes en espiral, sortijas y collares,

[296] En la *Odisea* VIII 266 ss., así como en la mayor parte de la tradición posterior, Afrodita es la esposa de Hefesto, y las Cárites forman parte del séquito de Afrodita.

[297] Las alusiones a leyendas referidas a la expulsión de un dios del Olimpo, arrojado desde lo alto, son frecuentes en la *Ilíada:* véanse XIV 249, XV 18 ss. y, sobre el propio Hefesto, I 590 ss.

en la hueca gruta a cuyo alrededor la corriente de Océano
fluía indescriptible entre borbolleos de espuma. Nadie más
ni de los dioses ni de los mortales hombres estaba enterado;
sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las que me habían salvado.
Aquélla es quien ahora llega a nuestra casa; por eso es mi deber
pagar íntegra mi redención a Tetis, la de bellos bucles.
Mas sírvele tú ahora bellos presentes de hospitalidad,
mientras yo dejo los fuelles y todas las herramientas.»
Dijo, y levantó su resoplante mole del cepo del yunque
cojeando, mientras las frágiles pantorrillas iban meneándose.
Apartó del fuego los fuelles, y todas las herramientas
con las que trabajaba las reunió en un argénteo arcón.
Con una esponja se enjugó el contorno del rostro y las manos,
el robusto cuello y el velludo pecho; y se enfundó
una túnica, cogió un grueso bastón y salió a la puerta
cojeando. Marchaban ayudando al soberano unas sirvientas
de oro, semejantes a vivientes doncellas.
En sus mientes hay juicio, voz y capacidad de movimiento,
y hay habilidades que conocen gracias a los inmortales dioses.
A los lados del soberano jadeaban, y éste con penoso paso
llegó cerca de Tetis y se sentó sobre un reluciente trono.
Asió su mano, le habló y la llamó con todos sus nombres:
«¿Para qué vienes a nuestra casa, Tetis, de largo vestido,
venerable y querida? Antes no nos visitabas con frecuencia.
Di lo que sientes. Mi ánimo me manda cumplirlo,
si es que puedo realizarlo y es susceptible de cumplimiento.»
Le respondió entonces Tetis, derramando lágrimas:
«¡Hefesto! ¿Hay alguna de cuantas diosas hay en el Olimpo
que haya soportado en sus mientes tantas luctuosas penas
como los dolores que Zeus Crónida me ha dado a mí sobre todas?
De entre las diosas marinas fui yo la subyugada para un hombre,
el Eácida Peleo, y tuve que aguantar el lecho de un mortal,
a menudo en contra de mi voluntad. Ahora, de luctuosa vejez
preso, yace en el palacio, pero para mí hay otros dolores.
Me concedió un hijo, al que alumbré y crié para ser

el más notable de los héroes, que pronto creció cual retoño
—y yo lo crié como a la planta sobre la colina del viñedo
y lo envié con las corvas naves hacía Ilío a luchar
contra los troyanos— *y ya no volveré a darle* la bienvenida
de regreso en casa, dentro de la morada de Peleo.
Y mientras dura su vida y contempla la luz del sol,
está afligido y ni siquiera puedo ir y socorrerlo.
La muchacha que los hijos de los aqueos le reservaron en prenda
se la ha quitado de *las manos* el *poderoso* Agamenón.
Se consumía las mientes afligido por ella, y los troyanos
han ido acorralando a los aqueos junto a las popas sin dejarlos
siquiera salir a las puertas. Le hicieron súplicas los ancianos
de los argivos y enumeraron muchos regalos *muy ilustres*.
Él entonces se negó a defenderlos personalmente del estrago,
mas permitió a Patroclo vestirse con sus armas,
y lo envió al combate y además le procuró su numerosa hueste.
Todo el día [298] se han batido alrededor de las puertas Esceas
y hoy mismo habrían *saqueado la ciudad de no ser* por Apolo,
que al valeroso hijo de Menecio, autor de grandes proezas,
ha matado ante las líneas y ha otorgado la gloria a Héctor.
Por eso ahora vengo ante tus rodillas a rogarte si quieres
dar a mi hijo, cuyo hado es inminente, un broquel y un yelmo,
unas bellas grebas, *ajustadas a las tobilleras*, y una coraza;
pues lo que tenía lo ha perdido su leal compañero, doblegado
ante los troyanos, y él yace en el suelo lleno de congoja.»
Le respondió entonces el muy ilustre cojitranco:
«¡Ánimo! ¡No debes preocuparte por eso en tus mientes!
Ojalá pudiera esconderlo lejos de la entristecedora muerte,
cuando el atroz destino le llegue, con la misma seguridad
con la que puedo afirmar que tendrá una armadura tan bella
que se maravillará de ella cualquier hombre que la vea.»

---

[298] En realidad, la lucha durante el día que comprende XI-XVIII no tiene lugar siempre junto a las puertas Esceas, sino más bien junto a las naves de los aqueos hasta el momento de la aparición de Patroclo.

Tras hablar así, la dejó allí y fue hacia los fuelles.
Volvió a colocarlos al fuego y los puso a trabajar.
Los fuelles, veinte en total, soplaban en los crisoles,
exhalando diversos soplos aptos para prender la llama,
a veces avivándola cuando tenía prisa y a veces al revés,
conforme al deseo de Hefesto y a lo que la labor demandaba.
Colocó bajo el fuego inflexible bronce y estaño,
valioso oro y plata, y a continuación
puso un gran yunque en el cepo, y, mientras con una mano asía
el potente martillo, con la otra sujetaba las tenazas.
Fabricó en primerísimo lugar un alto y compacto escudo [299]
primoroso por doquier y en su contorno puso una reluciente orla
de tres capas, chispeante, a la que ajustó un áureo talabarte.
El propio escudo estaba compuesto de cinco láminas y en él
fue creando muchos primores con su hábil destreza.
Hizo figurar en él la tierra, el cielo y el mar,
el infatigable sol y la luna llena,
así como todos los astros que coronan el firmamento:
las Pléyades, las Híades y el poderío de Orión [300],
y la Osa, que también denominan con el nombre de Carro,
que gira allí mismo y acecha a Orión,

---

[299] A partir de este verso comienza la famosa descripción del escudo, cuyas representaciones serán descritas con detalle. Existe la posibilidad de que la descripción, siendo en lo esencial un producto de la imaginación poética, parta de la observación de algún ejemplar real. El tipo del trabajo del metal es posible que sea semejante al de las dagas micénicas que las excavaciones arqueológicas han dado a conocer. La forma del escudo descrito quizá toma como modelo los largos escudos cilíndricos «como una torre». Es más difícil imaginar la situación de cada escena representada en la superficie del escudo, pero no hay que descartar que el autor haya seguido en su imaginación la superficie, que quizá debemos imaginar a partir de las representaciones conocidas en la cerámica arcaica.

[300] Las Pléyades y las Híades marcaban respectivamente con su aparición el principio y el fin de la estación normal de navegación. La leyenda de Orión se relata en *Odisea* V 121 ss.

y que es la única que no participa de los baños en el Océano.
Realizó también dos ciudades de míseras gentes,
bellas. En una había bodas y convites, y novias
a las que a la luz de las antorchas conducían por la ciudad
desde cámaras nupciales; muchos cantos de boda alzaban su son;
jóvenes danzantes daban vertiginosos giros y en medio de ellos
emitían su voz flautas dobles y fórminges, mientras las mujeres
se detenían a la puerta de los vestíbulos maravilladas.
Los hombres estaban reunidos en el mercado. Allí una contienda
se había entablado, y dos hombres pleiteaban por la pena debida
a causa de un asesinato: uno insistía en que había pagado todo
en su testimonio público, y el otro negaba haber recibido nada,
y ambos reclamaban el recurso a un árbitro para el veredicto.
Las gentes aclamaban a ambos, en defensa de uno o de otro,
y los heraldos intentaban contener al gentío. Los ancianos
estaban sentados sobre pulidas piedras en un círculo sagrado
y tenían en las manos los cetros de los claros heraldos,
con los que se iban levantando para dar su dictamen por turno.
En medio de ellos había dos talentos de oro en el suelo,
para regalárselos al que pronunciara la sentencia más recta [301].
La otra ciudad estaba asediada por dos ejércitos de tropas
que brillaban por sus armas. Contrarios planes les agradaban:
saquearla por completo o repartir en dos lotes todas
las riquezas que la amena fortaleza custodiaba en su interior [302].
Mas los sitiados no se avenían aún y disponían una emboscada.
Las queridas esposas y los infantiles hijos defendían el muro
de pie sobre él, y los varones a los que la vejez incapacitaba;

---

301 Cabe suponer que cada litigante ha depositado un talento, y que el total será para el juez que por las aclamaciones del auditorio emita el veredicto más justo.

302 Probablemente la representación figuraba en el centro unas murallas y a cada lado un grupo de sitiadores para simular que la ciudad está rodeada. La distribución de los sitiadores en dos grupos puede sugerir la existencia de dos planes distintos.

los demás salían y al frente iban Ares y Palas Atenea,
ambos de oro y vestidos con áureas ropas,
bellos y esbeltos con sus armas, como corresponde a dos dioses,
conspicuos a ambos lados, en tanto que las tropas eran menores.
En cuanto llegaron adonde les pareció bien tender la emboscada,
un río donde había un abrevadero para todos los ganados,
se apostaron allí, recubiertos de rutilante bronce.
Dos vigías suyos se habían instalado a distancia de las huestes
al acecho de los ganados y de las vacas, de retorcidos cuernos.
Éstos pronto aparecieron: dos pastores les acompañaban,
recreándose con sus zampoñas sin prever en absoluto la celada.
Al verlos, los agredieron por sorpresa y en seguida
interceptaron la manada de vacas y los bellos rebaños
de blancas ovejas y mataron a los que las apacentaban.
Nada más percibir el gran clamor que rodeaba la vacada,
los que estaban sentados ante los estrados en los caballos,
de suspensas pezuñas, montaron, acudieron y pronto llegaron.
Nada más formar se entabló la lucha en las riberas del río,
y unos a otros se arrojaban las picas, guarnecidas de bronce.
Allí intervenían la Disputa y el Tumulto, y la funesta Parca,
que sujetaba a un recién herido vivo y a otro no herido,
arrastraba de los pies a otro muerto en medio de la turba
y llevaba a hombros un vestido enrojecido de sangre humana.
Todos intervenían y luchaban igual que mortales vivos
y arrastraban los cadáveres de los muertos de ambos bandos.
    También representó un mullido barbecho, fértil campiña,
ancho, que exigía tres vueltas. En él muchos agricultores
guiaban las parejas acá y allá, girando como torbellinos.
Cada vez que daban media vuelta al llegar al cabo del labrantío,
un hombre con una copa de vino, dulce como miel, se les acercaba
y se la ofrecía en las manos; y ellos giraban en cada surco,
ávidos por llegar al término del profundo barbecho,
que tras sus pasos ennegrecía y parecía tierra arada
a pesar de ser de oro, ¡singular maravilla de artificio!

Representó también un dominio real [303]. En él había
jornaleros que segaban con afiladas hoces en las manos.
Unas brazadas caían al suelo en hileras a lo largo del surco,
y otras las iban atando los agavilladores en hatos con paja.
Tres agavilladores había de pie, y detrás había
chicos que recogían las brazadas, las cargaban en brazos
y se las facilitaban sin demora. Entre ellos el rey se erguía
silencioso sobre un surco con el cetro, feliz en su corazón.
Los heraldos se afanaban en el banquete aparte bajo una encina
y se ocupaban del gran buey sacrificado; y las mujeres copiosa
harina blanca espolvoreaban para la comida de los jornaleros.
Representó también un viña muy cargada de uvas,
bella, áurea, de la que pendían negros racimos
y que de un extremo a otro sostenían argénteas horquillas.
Alrededor trazó un foso de esmalte y un vallado
de estaño; un solo sendero guiaba hasta ella,
por donde regresaban los porteadores tras la vendimia.
Doncellas y mozos, llenos de joviales sentimientos,
transportaban el fruto, dulce como miel, en trenzadas cestas.
En medio de ellos un muchacho con una sonora fórminge
tañía deliciosos sones y cantaba una bella canción de cosecha [304]
con tenue voz. Los demás, marcando el compás al unísono,
le acompañaban con bailes y gritos al ritmo de sus brincos.
Realizó también una manada de cornierguidas vacas,
que estaban fabricadas de oro y de estaño
y se precipitaban entre mugidos desde el estiércol al pasto
por un estruendoso río que atravesaba un cimbreante cañaveral.

---

[303] Dado que aquí se refiere al predio del rey, cabe la posibilidad de que la escena de arado anterior se refiera concretamente al trabajo de la tierra comunal.

[304] El texto indica que cantaban el *lino* (sobre cuya difusión geográfica, véase Heródoto, II 79, 1-2), término de significado incierto (del que también un escolio informa que es una canción triste para los banquetes y coros); el contexto hace razonable el sentido que recoge la traducción.

Iban en hilera junto con las vacas cuatro áureos pastores,
y nueve perros, de ágiles patas, les acompañaban.
Dos pavorosos leones en medio de las primeras vacas
sujetaban a un toro, de potente mugido, que bramaba sin cesar
mientras lo arrastraban. Perros y mozos acudieron tras él.
Pero aquéllos desgarraron la piel del enorme buey y engullían
las entrañas y la negra sangre, mientras los pastores
los hostigaban en vano, azuzando los rápidos perros.
Éstos estaban demasiado lejos de los leones para morderlos;
se detenían muy cerca y ladraban, pero los esquivaban.

El muy ilustre cojitranco realizó también un pastizal
enorme para las blancas ovejas en una hermosa cañada,
establos, chozas cubiertas y apriscos.

El muy ilustre cojitranco bordó también una pista de baile
semejante a aquella que una vez en la vasta Creta
el arte de Dédalo fabricó para Ariadna, la de bellos bucles [305].
Allí zagales y doncellas, que ganan bueyes gracias a la dote,
bailaban con las manos cogidas entre sí por las muñecas.
Ellas llevaban delicadas sayas, y ellos vestían túnicas
bien hiladas, que tenían el suave lustre del aceite.
Además, ellas sujetaban bellas guirnaldas, y ellos dagas
áureas llevaban, suspendidas de argénteos tahalíes.
Unas veces corrían formando círculos con pasos habilidosos
y suma agilidad, como cuando el torno, ajustado a sus palmas,
el alfarero prueba tras sentarse delante, a ver si marcha,
y otras veces corrían en hileras, unos tras otros [306].
Una nútrida multitud rodeaba la deliciosa pista de baile,
recreándose, y dos acróbatas a través de ellos [307],
como preludio de la fiesta, hacían volteretas en medio.

---

[305] La isla de Creta tenía en la Antigüedad ciertas asociaciones estrechas con la danza. Por eso es normal que la representación figurativa de una danza evoque la isla.

[306] Se ha sugerido que el recorrido de los pasos del baile remeda el de los vericuetos del laberinto cretense.

[307] Después de 'recreándose' las ediciones insertan un verso coincidente

Representó también el gran poderío del río Océano
a lo largo del borde más extremo del sólido escudo [308].
Después de fabricar el alto y compacto escudo,
le hizo una coraza que lucía más que el resplandor del fuego
y también un ponderoso casco ajustado a sus sienes,
bello y primoroso, que encima tenía un áureo crestón,
y también unas grebas de maleable estaño.
Tras terminar toda la armadura, el ilustre cojitranco
la levantó y la presentó delante de la madre de Aquiles,
que, cual gavilán, descendió de un salto del nevado Olimpo,
llevando las chispeantes armas de parte de Hefesto.

---

con *Odisea*, IV 17, que, según Ateneo, *Deipnosofistas,* V 181 c, correspondería a este lugar también. El resultado sería: recreándose, y entre ellos cantaba el divino aedo / mientras tañía la fórminge, y dos acróbatas a través de ellos /...

[308] El Océano debe de ocupar la orla exterior del escudo, igual que se suponía que ocupaba el contorno exterior de la tierra.

CANTO XIX [309]

La Aurora, de azafranado velo, de las corrientes de Océano
se levantaba para llevar la luz a los inmortales y a los humanos
cuando ella llegó a las naves con los regalos de parte del dios.
Halló a su querido hijo yaciendo abrazado al cuerpo de Patroclo
y ruidosamente llorando; muchos compañeros lo rodeaban con gran
duelo. Allí se presentó la de la casta de Zeus entre las diosas,
y asió su mano, le habló y lo llamó con todos sus nombres:
«¡Hijo mío! A pesar de nuestra aflicción, dejemos yacer
a ése, pues ha sucumbido por el designio de los dioses,
y tú acepta de Hefesto esta ilustre armadura, tan bella
como ningún hombre hasta ahora ha llevado a los hombros.
Tras hablar así, la diosa depositó la armadura
ante Aquiles, y todos aquellos primores resonaron con fuerza.
Todos los mirmídones fueron presa del temblor y ninguno osó
mirarlos de cara, sino que huyeron despavoridos. Mas Aquiles,
apenas verlos, sintió una renovada ira que le invadía, sus ojos
emitieron bajo los párpados un terrible fulgor como un destello,
y se recreaba con los magníficos regalos del dios en las manos.
Tras deleitarse las mientes contemplando aquellos primores,
al punto dijo a su madre estas aladas palabras:
«¡Madre mía! Las armas que el dios me ha procurado son obras
que corresponden a inmortales, no como las que un mortal ejecuta.

[309] El título que se dio en la Antigüedad a este canto es el de 'reconciliación'.

Ahora sí que me voy a armar. Pero muy atroz miedo siento
de que entre tanto en el cuerpo del fornido hijo de Menecio
penetren las moscas por las heridas abiertas con el bronce,
críen gusanos, mancillen lo que ya sólo es un cadáver
—su vida ya está exterminada— y se pudra toda la piel.»
Le respondió entonces Tetis, la diosa de argénteos pies:
«¡Hijo! No sea eso motivo de cuita para tus mientes.
Yo trataré de protegerlo contra la feroz estirpe
de las moscas, que devora a los mortales asesinados por Ares.
Incluso si sigue yaciendo hasta que se cumpla un año,
la piel permanecerá todo el tiempo inalterable o aún mejor.
Mas tú convoca a una asamblea a los héroes aqueos
y renuncia a tu cólera contra Agamenón, pastor de huestes.
Y equípate en seguida para el combate y revístete de coraje.»
Tras hablar así, infundió en él furor lleno de audacia
y destiló en el cuerpo de Patroclo ambrosía y rojo néctar
por la nariz, para que la piel permaneciera incorrupta.
El divino Aquiles fue a lo largo de la ribera del mar
entre pavorosos alaridos y puso en marcha a los héroes aqueos.
Hasta los que antes solían quedarse en el recinto de las naves,
bien porque eran pilotos y estaban a cargo de los timones,
bien porque eran intendentes de las naves para repartir el pan,
también éstos fueron entonces a la asamblea, porque Aquiles
había aparecido tras su duradera renuncia a la dolorosa lucha.
Aun renqueando, también fueron los dos escuderos de Ares,
el combativo Tidida y Ulises, de la casta de Zeus,
apoyándose en la pica, pues aún tenían crueles heridas;
y llegaron y se sentaron en la primera fila de la asamblea [310].
El último que llegó fue Agamenón, soberano de hombres,
también con una herida, pues en la violenta batalla lo había
herido Coón Antenórida con un asta, guarnecida de bronce [311].

[310] Ambos habían sido heridos el día anterior, Diomedes en el pie (véase XI 377 y 437). Pocos días después ambos participarán en los certámenes de los juegos fúnebres en honor de Patroclo, narrados en el canto XXIII.

[311] Sobre la herida de Agamenón, véase XI 248.

Después de congregarse todos los aqueos,
se levantó y dijo entre ellos Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Atrida! ¿Fue realmente lo mejor para ambos, para ti
y para mí, por muy afligido que estuviera nuestro corazón,
obstinarnos en una devoradora riña por una muchacha?
Ojalá Ártemis la hubiera matado en las naves con una saeta
aquel día en que yo conquisté y destruí Lirneso [312].
Así no habrían mordido tantos aqueos el indecible polvo
a manos de los enemigos mientras me ha durado la cólera.
Para Héctor y los troyanos ha sido el provecho, y los aqueos
largo tiempo creo que recordarán esta disputa tuya y mía.
Mas dejemos en paz lo pasado por mucho que nos aflija
y dobleguemos, como es fuerza hacer, el ánimo en el pecho.
Ahora yo ya depongo mi ira; no debo mantener
para siempre un furor obstinado. Mas, ea, cuanto antes
insta al combate a los aqueos, de melenuda cabellera;
quiero ir una vez más frente a los troyanos y probar
si aún tienen ganas de pernoctar junto a las naves. Creo
más bien que con júbilo doblará la rodilla el que logre
huir del hostil combate bajo la amenaza de nuestra pica.»
Así habló, y se alegraron los aqueos, de buenas grebas,
de que el magnánimo Pelida hubiera renunciado a su cólera.
También Agamenón, soberano de hombres, tomó la palabra
desde su propio asiento, sin levantarse en medio de ellos:
«¡Amigos, héroes dánaos, escuderos de Ares!
Bien está escuchar a quien está de pie y no es procedente
suplantarlo; pues la tarea es ardua aun para el hábil [313].
¿Cómo en medio de nutrida multitud de hombres se puede escuchar
o hablar? Se molesta al orador, por sonora que sea su voz.
Voy a manifestar mi parecer al Pelida; vosotros, los demás
argivos, atended y cada uno tomad buena cuenta de mi propósito.

---

[312] Ciudad de donde fue capturada Briseida (véase II 690).

[313] El sentido de los versos 76 ss. es oscuro. He interpretado que Agamenón prefiere tomar personalmente la palabra aun sentado antes que encargar a otro que se ponga de pie y diga algo encomendado por él.

Con frecuencia los aqueos me han dado ese consejo tuyo
y también me han censurado; pero no soy yo el culpable,
sino Zeus, el Destino y la Erinis, vagabunda de la bruma,
que en la asamblea infundieron en mi mente una feroz ofuscación
aquel día en que yo en persona arrebaté a Aquiles el botín.
Mas ¿qué podría haber hecho? La divinidad todo lo cumple.
La hija mayor de Zeus es la Ofuscación y a todos confunde
la maldita. Sus pies son delicados, pues sobre el suelo no
se posa, sino que sobre las cabezas de los hombres camina
dañando a las gentes y a uno tras otro apresa en sus grilletes.
También ofuscó una vez a Zeus, que dicen que es el mejor
de los hombres y de los dioses. Mas incluso a él
Hera, con ser sólo una hembra, lo engañó con sus perfidias
aquel día en que Alcmena al pujante Hércules
iba a alumbrar en Tebas, la de buena corona de murallas.
Zeus se glorificaba entre todos los dioses, diciendo:
'¡Oídme, dioses todos y diosas todas,
que quiero decir lo que mi ánimo me ordena en el pecho!
Ilitía, la de penosos alumbramientos, hoy a un hombre
traerá a la luz, que será soberano de todos sus vecinos
y es del linaje de los hombres que proceden de mi sangre.'
Con dolosa mente le dijo la augusta Hera:
'Quizá mientes y más tarde no vas a cumplir tu palabra.
Ea, Olímpico, préstame ahora solemne juramento
de que será soberano de todos sus vecinos
aquel de los hombres de la estirpe de tu sangre
que en el día de hoy caiga entre las piernas de una mujer.'
Así habló, y Zeus sin comprender la perfidia pronunció
el solemne juramento y entonces se ofuscó con grave error.
Hera abandonó de un salto el pico del Olimpo
y con presteza llegó a Argos de Acaya [314], donde sabía
que estaba la poderosa esposa de Esténelo Persida.

---

[314] La llanura de Argos, llamada así para distinguirla del Argos Pelásgico nombrado en II 681.

Ésta estaba encinta y ya había entrado en el séptimo mes;
mas sacó a la luz a su hijo, a pesar de los meses que faltaban,
y suspendió el parto de Alcmena y retuvo a las Ilitías.
Ella misma fue a anunciárselo a Zeus Cronión y le dijo:
'¡Zeus padre del blanco rayo! Quiero darte una nueva.
El valeroso hombre que será soberano de los argivos
ya ha nacido; es Euristeo, hijo de Esténelo Persida.
Es de tu linaje y no desmerece como soberano de los argivos' [315].
Así habló, y una aguda aflicción le golpeó en lo más hondo.
Al punto cogió a la Ofuscación por la cabeza, de nítidos bucles,
irritado en sus mientes y pronunció el solemne juramento
de que nunca jamás al Olimpo y al estrellado cielo
volvería a entrar la Ofuscación, que a todos confunde.
Tras hablar así, la arrojó del estrellado cielo volteándola
con el brazo y pronto llegó a las labores de las gentes.
Por culpa de ella gemía cada vez que veía a su propio hijo
sometido a la ignominiosa faena de los trabajos de Euristeo.
Tampoco yo, mientras el alto Héctor, de tremolante penacho,
diezmaba a los argivos junto a las popas de las naves,
podía olvidar la Ofuscación, que antes me había cegado.
Pero ya que cometí un grave error y Zeus me quitó el juicio,
estoy dispuesto a repararlo y a entregar inmensos rescates.
Mas parte hacia el combate y mueve a las demás huestes.
Yo aquí te ofrezco todos los regalos que te prometió
Ulises, de la casta de Zeus, cuando ayer [316] fue a tu tienda.
Y si lo prefieres, aguarda, aunque mucho te apremie Ares,
y mis escuderos cogerán de mi nave los regalos
y te los traerán, y así verás lo que te doy como reparación.»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Gloriosísimo Atrida Agamenón, soberano de hombres!
En tus manos queda procurarme los regalos como corresponde,

[315] En efecto, Esténelo, el padre de Euristeo, rey de Tirinte y Micenas, es hijo de Perseo, hijo, a su vez, de Zeus y de Andrómeda. El propio juramento de Zeus ha convertido a Euristeo en rey y a Hércules en súbdito suyo.

[316] En realidad debería haber dicho 'anteayer'.

si quieres, o guardártelos. ¡Mas recordemos la alegría
de la lid ahora mismo! No hay por qué seguir aquí charlando
y perdiendo el tiempo; pues una gran faena queda por hacer.
Igual que cada uno podréis ver a Aquiles entre los primeros
diezmando a los batallones troyanos con la broncínea pica,
así también que cada uno tenga memoria y luche con su rival.»
En respuesta le dijo el muy ingenioso Ulises:
«A pesar de tu valía, Aquiles, semejante a los dioses,
no impulses a los hijos de los aqueos a ir a Ilio en ayunas
a luchar contra los troyanos, porque no durará breve tiempo
la contienda, una vez que entren en contacto los batallones
de guerreros y la divinidad insufle furor a ambos bandos.
Manda más bien a los aqueos sobre las veloces naves gustar
comida y vino, pues en ello están la furia y el coraje.
No hay hombre que todo el día hasta la puesta del sol
sea capaz de afrontar la lucha sin haber probado pan.
Por mucho que en su ánimo anhele el combate,
sus articulaciones se abotagan sin darse cuenta, le asaltan
el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al andar.
En cambio, el hombre que harto de vino y de comida
combate durante todo el día con los adversarios
tiene un corazón audaz en sus mientes, y los miembros
no se le fatigan hasta que todos cejan en el combate.
Mas, ea, manda a la hueste romper filas y el desayuno
preparar. Que los regalos Agamenón, soberano de hombres,
los lleve en medio de la asamblea, para que todos los aqueos
los vean con sus ojos y tú te regocijes en tus mientes.
Que él se levante ante los argivos y preste juramento
de que nunca ha subido a su cama ni se ha unido a ella,
como es de ley, soberano, entre hombres y mujeres.
Y que también tu ánimo en las mientes se torne propicio.
Y que luego te dé satisfacción en su tienda con un banquete
suntuoso, en el que nada te falte de lo que es de justicia.
¡Atrida! Tú en lo sucesivo más justo con los demás también

serás. Pues no es nada vituperable reconciliarse con un varón
de condición real, cuando uno se ha enfadado el primero.»
Díjole, a su vez, Agamenón, soberano de hombres:
«Me alegro, Laertíada, de haber escuchado tu consejo;
oportuno es todo lo que has explicado y relatado.
Estoy presto a ese juramento, y a ello me invita el ánimo
y no invocaré el nombre de la divinidad con perjurio.
Que él aguarde aquí mismo un rato aunque Ares lo apremie,
y esperad juntos todos los demás, mientras traen los regalos
de la tienda y sancionamos con sacrificios leales juramentos.
Y a ti he aquí lo que te encomiendo y te encargo:
selecciona unos jóvenes paladines entre todos los aqueos,
trae de mi nave cuantos regalos prometimos ayer
dar a Aquiles y conduce aquí también a las mujeres.
Y que Taltibio en el vasto campamento de los aqueos pronto me
prepare un jabalí para inmolarlo en honor de Zeus y del Sol[317].»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Gloriosísimo Atrida Agamenón, soberano de hombres!
Otro momento habrá mejor para ocuparos de esas faenas,
cuando haya un descanso en el combate
y el furor en mi pecho no sea tan grande.
Mas ahora yacen desgarrados aquellos a quienes ha doblegado
Héctor Priámida cuando Zeus le otorgó la gloria,
y vosotros dos nos instáis a comer. Si por mí fuera,
ahora mismo mandaría al combate a los hijos de los aqueos
en ayunas y sin probar bocado, y sólo a la puesta del sol,
tras habernos cobrado la afrenta, dispondría una gran cena.
Pero antes no podría penetrar por mi garganta
ni bebida ni comida, ahora que mi compañero ha muerto
y yace en la tienda desgarrado por el agudo bronce
con los pies vueltos a la entrada y los compañeros lo rodean

[317] Es normal que el Sol sea invocado como testigo en los juramentos, porque ve todo sobre la tierra y, por tanto, está en condiciones de velar por el cumplimiento del juramento.

con gran duelo. Por eso nada de lo que dices me importa,
sino la matanza, la sangre y el doloroso gemir de los hombres.»
En respuesta le dijo el muy ingenioso Ulises:
«¡Aquiles, hijo de Peleo, el más sublime de los aqueos!
Eres más fuerte que yo y me superas no poco
con la pica, pero quizá yo en juicio te aventajo
mucho, porque tengo más edad que tú y sé más cosas.
Por eso tu corazón debe tolerar con paciencia mis consejos.
Las gentes pronto se tornan hartas de contienda,
pues es muchísima la paja que en ella el bronce vierte al suelo
y poquísima la cosecha cuando hace que se incline la balanza
Zeus, el árbitro supremo de los combates humanos.
No es con el estómago con lo que los aqueos lloran su muerte;
pues demasiados y en rápida sucesión caen todos los días:
¿cuándo uno podría recobrar el resuello de esa faena?
Sino que lo que hay que hacer es enterrar al que muera,
manteniendo el ánimo implacable y llorándolo un solo día,
y que los que sobrevivan del abominable combate
no olviden la comida ni la bebida para continuar con mayor
encono y sin desmayo la lucha contra los adversarios,
con el cuerpo revestido del intaladrable bronce. Y que nadie
de las huestes se detenga a la espera de una orden distinta;
no habrá otra orden, sino la desgracia para el que se quede
junto a las naves de los aqueos. Mas lancémonos juntos contra
los troyanos, domadores de caballos, y despertemos al feroz Ares.»
Dijo, y en compañía de los hijos del glorioso Néstor,
del Filida Megete, de Toante, de Meríones,
del Creontíada Licomedes y de Melanipo,
echaron a andar hacia la tienda de Agamenón Atrida.
Nada más dicha la palabra, la obra quedó cumplida:
cargaron de la tienda los siete trípodes que había prometido,
los veinte fogueados calderos y los doce caballos;
y sacaron luego a las mujeres, expertas en intachables labores;
eran siete y en octavo lugar Briseida, de hermosas mejillas.
Ulises pesó en total diez talentos de oro y partió delante,

y los demás jóvenes de los aqueos cargaron con los regalos.
Los depositaron en el centro de la asamblea, y Agamenón
se levantó. Taltibio, parejo a un dios en la voz, compareció
ante el pastor de huestes con el jabalí en sus brazos.
El Atrida desenfundó con ambas manos el cuchillo
que siempre colgaba al lado de la larga vaina de la espada,
cortó unas cerdas al jabalí como primicias y alzando los brazos
elevó una plegaria a Zeus, mientras guardaban silencio sentados
en sus sitios con orden todos los aqueos, escuchando a su rey.
Y éste pronunció la siguiente plegaria, mirando al vasto cielo:

«Sea testigo primero Zeus, el dios más sublime y excelso,
y también la Tierra, el Sol y las Erinies, que bajo tierra
castigan a las gentes que prestan juramento perjuro,
de que nunca he puesto la mano sobre la joven Briseida
ni por deseo manifiesto de su lecho ni por ningún otro motivo,
y de que ha permanecido intacta en mi tienda.
Si hay en esto el menor perjurio, que los dioses me den dolores
tan abundantes como dan a quien les ofende con juramento falaz.»

Dijo, y segó el gaznate al jabalí con el despiadado bronce.
Taltibio lo arrojó al gran abismo del oscuro mar [318]
para pasto de los peces, tras haberlo volteado. Y Aquiles
se levantó y dijo entre los aguerridos aqueos:

«¡Zeus padre! ¡Cómo ofuscas a los hombres!
Si no fuera así, nunca el Atrida me habría alterado
de parte a parte el ánimo en el pecho, ni a la muchacha
se habría llevado contra mi voluntad sin reparar en nada.
Pero Zeus quería sin duda la muerte para muchos aqueos.
Id ahora a comer y luego trabaremos la marcial lucha.»

Así habló y dio fin a la asamblea, que se disolvió rauda.
Los demás se dispersaron y cada uno marchó a su nave;
y los magnánimos mirmídones se ocuparon de los obsequios
y se fueron cargados con ellos a la nave del divino Aquiles.

---

[318] Los que toman parte en el sacrificio ni comen ni queman el jabalí, seguramente porque ha sido ofrendado a los dioses subterráneos.

Los depositaron en las tiendas, instalaron a las mujeres,
y los admirables escuderos guiaron los caballos con la recua.
Entonces Briseida, semejante a la áurea Afrodita,
al ver el cuerpo de Patroclo desgarrado por el afilado bronce,
cayó abrazada a él y estalló en agudos gemidos, y se arañaba
con las uñas el pecho, el suave cuello y la bella cara.
Y dijo entre lágrimas la mujer, semejante a las diosas:
«¡Patroclo, el ser más grato para esta desdichada de mí!
Vivo te dejé cuando salí de esta tienda,
y ahora te hallo muerto, comandante de huestes, al regresar
de nuevo. ¡Desgracia sobre desgracia me viene sin cesar!
Al marido a quien me confiaron mi padre y mi augusta madre
lo vi delante de la ciudad desgarrado por el afilado bronce,
igual que a los tres hermanos que mi madre había engendrado,
tan amados y que todos alcanzaron el día de la ruina.
Ni siquiera me permitiste, cuando el ligero Aquiles
mató a mi marido y saqueó la ciudad del divino Minete,
llorar; asegurabas que me convertirías en legítima esposa
del divino Aquiles y que él me llevaría en las naves a Ftía
y celebraría el banquete de boda entre los mirmídones.
Por eso lloro sin cesar la muerte del que siempre fue tan dulce.»
Así habló llorando, y las mujeres respondían gimiendo
por Patroclo y también por sus propios duelos cada una.
Los ancianos de los aqueos rodeaban congregados su tienda,
suplicándole que comiera, pero él rehusaba entre gemidos:
«Os suplico, queridos compañeros, que me hagáis caso:
de comida y de bebida no me invitéis por el momento
a saciar mi corazón, porque una atroz aflicción me invade.
Hasta la puesta del sol esperaré y aguantaré a toda costa.»
Con estas palabras logró dispersar a los demás reyes,
y sólo se quedaron los dos Atridas, el divino Ulises,
Néstor, Idomeneo y Fénix, el anciano conductor de carros,
confortando su profunda angustia; su ánimo no hallaba alivio
antes de hundirse en las fauces del sanguinario combate.
Al acordarse, exhaló entrecortados suspiros y exclamó:

«¡Cuántas veces, infortunado, el más amigo de mis camaradas,
me has servido personalmente en la tienda la sabrosa comida,
raudo y solícito, siempre que los aqueos se daban prisa para
llevar a los troyanos, domadores de caballos, el luctuoso Ares!
Pero ahora yaces con el cuerpo desgarrado, y mi corazón
ha dejado de gustar la comida y la bebida almacenadas dentro,
porque te añora. Ninguna desgracia mayor podría sufrir,
ni aunque me enterara de la muerte de mi propio padre,
que sin duda ahora en Ftía derrama tiernas lágrimas
por la ausencia de su hijo, que en un pueblo extranjero
por la estremecedora Helena combate contra los troyanos,
o de la de aquel hijo mío que se me cría en Esciro,
si es cierto que aún vive el deiforme Neoptólemo.
Antes mi ánimo albergaba en el pecho la esperanza
de que sólo yo moriría lejos de Argos, pastizal de caballos,
aquí en Troya y de que tú regresarías a Ftía
y sacarías en la veloz negra nave a mi hijo
de Esciro y le mostrarías cada una de las posesiones
de mi hacienda, mis siervos y mi gran morada, de alto techo.
Pues me imagino que Peleo ya ha consumido la vida
y está muerto, o que lo poco que le queda de vida está
agobiado por la abominable vejez y la permanente espera
de cuándo se enterará de la luctuosa noticia de mi muerte.»
Así dijo llorando, y los ancianos respondían gimiendo,
recordando lo que cada uno había dejado en su palacio.
Al verlos con tan gran duelo, el Cronión se compadeció
y al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:
«¡Hija mía! Has abandonado del todo a ese noble guerrero.
¿Es que Aquiles ya no te importa nada en las mientes?
Allí está delante de las cornierguidas naves
sentado, penando por su querido compañero. Los demás
ya se han ido a comer, y él está ayuno y sin probar nada.
Ea, ve y destila néctar y amena ambrosía
en su pecho, para evitar que el hambre le llegue.»

Con estas palabras instó a Atenea, ya antes enardecida,
y semejante a un halcón de desplegadas alas y sonoro graznido
descendió del cielo de un salto a través del éter. Mientras,
los aqueos se armaban sin demora por el campamento. Y ella
destiló sobre Aquiles néctar y amena ambrosía en el pecho,
para evitar que la molesta hambre entorpeciera sus rodillas.
Luego marchó a la maciza morada de su muy brioso padre,
mientras la riada de soldados se alejaba de las veloces naves.
Como cuando revolotean procedentes de Zeus espesos copos
gélidos bajo el empuje del Bóreas, nacido del éter,
así de espesos eran entonces los cascos, gallardos de su brillo,
que salían en tropel de las naves, los abollonados broqueles,
las corazas, de sólidas placas, y las lanzas, de vara de fresno.
El fulgor llegó al cielo, la tierra entera rió alrededor
por el relámpago del bronce, y el ruido rugía bajo los pasos
de los guerreros. Y en medio se armaba el divino Aquiles.
Sus dientes rechinaban, los dos ojos le brillaban como si
fueran llamaradas de fuego, y el corazón en su interior estaba
inundado de una insufrible tristeza. Airado contra los troyanos,
se vistió con los dones que Hefesto le había forjado con esmero.
Primero se colocó alrededor de las pantorrillas las grebas
bellas, ajustadas con áureas tobilleras.
En segundo lugar, alrededor del pecho se puso la coraza.
A los hombros se echó la espada, tachonada con clavos de plata,
broncínea; a continuación cogió el alto y compacto escudo,
cuyo resplandor llegaba tan lejos como el de la luna.
Como cuando desde el Ponto se les aparece a unos marineros
el destello de un incandescente fuego que arde sobre un monte
en un solitario establo; y contra su voluntad los vendavales
los arrastran lejos de los suyos sobre el mar, rico en peces;
así llegaba al éter el resplandor del escudo de Aquiles,
bello, primoroso. Luego alzó el ponderoso yelmo
y se lo caló en la cabeza. Como un astro refulgía
el yelmo con su penacho, y ondeaban alrededor las crines
áureas que Hefesto había apretado hasta formar un crestón.
Aquiles, de la casta de Zeus, se probó las armas, para ver

si le cuadraban y permitían correr a sus ilustres miembros.
Le sentaban como alas y en volandas al pastor de huestes
lo elevaban. De un estuche sacó la paterna pica
pesada, larga y compacta; ningún otro de los aqueos podía
blandirla; sólo Aquiles era capaz de blandir la pelíada
lanza de fresno, que Quirón había procurado a su padre
de la cima del Pelio, para que fuera matanza de héroes.
Automedonte y Álcimo [319] se ocupaban de los caballos
y los uncían: asentaron alrededor bellas colleras, metieron
los bocados en las mandíbulas y tensaron las riendas atrás,
en dirección a la bien ensamblada caja. La reluciente fusta
cogió y ajustó bien a su mano, y saltó sobre los caballos
Automedonte. Detrás montó con el casco calado Aquiles,
resplandeciente con las armas como el radiante Hiperión,
y con pavorosos gritos jaleó a los caballos de su padre:
«¡Janto y Balio, afamados vástagos de Podarga!
¡Obrad de otro modo y cuidad de traer a salvo a vuestro auriga
con la multitud de los dánaos cuando nos saciemos de combate!
¡Y no me dejéis allí mismo muerto como a Patroclo!»
Y he aquí que bajo el yugo el corcel de variopintas patas,
Janto, respondió. De repente inclinó la cabeza, y toda la crin
cayó de la almohadilla a lo largo del yugo hasta llegar al suelo.
Hera, la diosa de blancos brazos, le había dotado de voz humana:
«Todavía esta vez te traeremos a salvo, vigoroso Aquiles.
Pero ya está cerca el día de tu ruina. Y no somos nosotros
los culpables, sino el excelso dios y el imperioso destino.
No ha sido por nuestra lentitud o indolencia por lo que
los troyanos han quitado a Patroclo la armadura de los hombros.
El dios más bravo, a quien dio a luz Leto, de hermosos cabellos,
lo mató delante de las líneas y otorgó la gloria a Héctor.
Nosotros dos podríamos correr como el soplo del Zéfiro [320],

[319] Alcimedonte (cf. XVI 197, etc.), a quien aquí y en otros pasajes se llama mediante un hipocorístico.

[320] Que es el padre de Janto, según XVI 149 s.

que dicen que es el más raudo de los vientos. Pero tu destino
es sucumbir por la fuerza ante un dios y ante un hombre.»
Tras hablar así, las Erinies le privaron de voz humana [321].
Muy enojado, le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Janto! ¿Por qué me auguras la muerte? No te hace falta.
Bien sé también yo mismo que mi destino es perecer aquí,
lejos de mi padre y de mi madre. Pero, a pesar de todo,
no pienso parar hasta saciar a los troyanos de combate.»
Dijo, y gritando guió al frente los solípedos caballos.

---

[321] Las Erinies parecen velar aquí no sólo por la moralidad de los actos humanos relacionados con el respeto de las instituciones familiares, como es normal (cf. IX 454), sino también por ciertas leyes de la naturaleza.

CANTO XX

Así se armaban, los aqueos junto a las corvas naves
a tu alrededor, oh hijo de Peleo, insaciable de lucha,
y los troyanos al otro lado, sobre el alcor de la llanura [322].
Zeus ordenó a Temis convocar a los dioses a una asamblea
desde la cumbre del Olimpo, de numerosos pliegues, y ésta
fue por doquier, ordenando el regreso a la morada de Zeus.
Y no faltó ninguno de los ríos, exceptp Océano,
y ninguna de las ninfas, que moran las hermosas forestas,
los manantiales de los ríos y los herbosos prados.
Todos fueron a la morada de Zeus, que las nubes acumula,
y se sentaron en los pulidos pórticos que para Zeus padre
Hefesto había fabricado con sus sabias habilidades.
Así se reunieron en la casa de Zeus. El sacudidor del suelo
tampoco desoyó a la diosa, sino que salió del mar tras ellos,
y, tras de sentarse en medio, inquirió a Zeus su plan:
«¡Señor del brillante rayo! ¿Por qué has convocado otra vez
a los dioses a una asamblea? ¿Dudas aún entre troyanos y aqueos,
ahora que la lucha y el combate arden bien cerca?» [323].

[322] El título tradicional de este canto es el de 'teomaquia', aunque la lucha real de los dioses, cuyo prólogo narra el comienzo de este canto, tendrá lugar en XXI. Después del proemio de la teomaquia, la mayor parte de XX está dedicada al duelo de Aquiles y Eneas, a quien salva Posidón (que hasta ahora había combatido a favor de los aqueos). Sólo con la parte final de XX comienza el anunciado y esperado relato de las hazañas de Aquiles.

[323] En realidad, éste es uno de los pocos momentos en que desde el comienzo de XI ha cesado la lucha.

En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«Conoces, agitador del suelo, el plan que hay en mi pecho
y la razón por la que os he reunido. Me inquieta verlos perecer.
Sin embargo, yo permaneceré en un repliegue del Olimpo
sentado, recreando la mente con el espectáculo; y los demás
id y llegad junto a los troyanos o junto a los aqueos
y auxiliad al bando que a cada uno dicte su juicio.
Pues si sólo Aquiles entra en lucha contra los troyanos,
no podrán contener ni un instante al velocípedo Pelida.
Antes sólo ya con verlo echaron a huir despavoridos;
y ahora que su ánimo tiene una ira atroz por compañero,
temo que incluso devaste la muralla contra el destino.»
Así habló el Crónida y despertó un insondable combate.
Los dioses marcharon a la batalla con los ánimos divididos:
hacia el recinto de las naves, Hera y Palas Atenea,
Posidón, dueño de la tierra, y el benéfico
Hermes, que descuella por sus sagaces ingenios;
Hefesto marchaba con ellos haciendo alarde de su brío
y cojeaba, mientras sus frágiles pantorrillas oscilaban.
Y en dirección de los troyanos, Ares, de tremolante penacho,
y con él Febo, de intonsa cabellera, y la sagitaria Ártemis,
Leto, Janto y la risueña Afrodita.
Mientras los dioses estuvieron lejos de los mortales,
los aqueos cobraron gran engreimiento, porque Aquiles había
aparecido tras su duradera renuncia a la dolorosa lucha;
en cambio, a cada troyano un atroz temblor le invadió las piernas,
asustados desde el momento en que vieron al velocípedo Pelida,
comparable a Ares, estrago de mortales, brillando con sus armas.
Mas al llegar los Olímpicos entre la multitud de los hombres
e irrumpir la violenta Disputa, acicate de huestes, Atenea aullaba
a veces erguida al borde de la cavada fosa fuera del muro,
y otras veces sobre las resonantes costas bramaba con recia voz.
Al otro lado Ares aullaba, semejante a una tenebrosa borrasca,

a veces dando órdenes a los troyanos desde lo alto de la ciudad
y otras veces junto al Simoente corriendo sobre la Bella Colina [324].
Los felices dioses, tras estimular así a ambos bandos,
entrechocaron y entablaron entre ellos una feroz disputa.
El padre de hombres y de dioses emitió un terrible trueno
desde las alturas, y por debajo Posidón provocó una sacudida
de la ilimitada tierra y de las escarpadas cimas de los montes.
Se conmovieron todos los pies del Ida, rico en manantiales,
y sus cimas, la villa de los troyanos y las naves de los aqueos.
Sintió miedo en lo hondo Aidoneo, soberano de los subterráneos,
y con el susto saltó del trono y dio un alarido, temeroso de que
Posidón, agitador del suelo, resquebrajara la corteza terrestre
y quedaran patentes ante mortales e inmortales las mansiones
pavorosas y sombrías, que hasta los mismos dioses aborrecen.
Tan gran estrépito surgió al trabar disputa los dioses.
Pues he aquí que al soberano Posidón le plantó cara
Febo Apolo con las aladas saetas en las manos,
y a Enialio, Atenea, la ojizarca diosa;
a Hera se opuso la ruidosa, la de áureos venablos,
la sagitaria Ártemis, hermana del flechador;
a Leto se enfrentó el vigoroso Hermes benéfico,
y a Hefesto el gran río de profundos torbellinos,
que los dioses llaman Janto y los hombres Escamandro [325].
Éstos eran los dioses que se oponían a otros dioses. Aquiles
ansiaba internarse entre la multitud para enfrentarse a Héctor
Priámida; de su sangre era de la que más le impelía el ánimo
saciar a Ares, guerrero del escudo de bovina piel.
Pero fue a Eneas a quien Apolo, acicate de huestes, lanzó
recto contra el Pelida y a quien infundió noble furia.

[324] Este lugar, mencionado como un paraje bien conocido en el que la tradición posterior a Homero situaba el juicio de Paris, sólo vuelve a aparecer en 151 y tiene una localización incierta.

[325] Otros ejemplos en los que la lengua de los dioses difiere de la de los hombres (griegos) aparecen en I 403, II 813 s., XIV 290 s., y *Odisea* X 305 y XII 61.

Tomó la voz de Licaón, el hijo de Príamo,
y adoptando también su figura, le dijo Apolo, hijo de Zeus:
«¡Eneas, consejero de troyanos! ¿Dónde están las amenazas
que hacías ante los reyes troyanos bebiendo vino y las promesas
de combatir cuerpo a cuerpo contra el Pelida Aquiles?»
Eneas, a su vez, le respondió con estas palabras:
«¡Priámida! ¿Por qué me invitas contra mi voluntad
a luchar frente al soberbio Pelida?
No será ésta la primera vez que ante el velocípedo Aquiles
me opondré; ya en otra ocasión con su lanza me puso en fuga
fuera del Ida, cuando atacó nuestras vacas
y saqueó Lirneso y Pédaso [326]. Pero Zeus me protegió
gracias a que me infundió ardor y raudas rodillas.
Seguro que habría sucumbido a manos de Aquiles y de Atenea,
que iba delante llevándole la luz de la salvación y ordenándole
exterminar con la broncínea pica a los léleges [327] y a los troyanos.
Por eso un hombre no puede luchar contra Aquiles,
pues a su lado siempre hay un dios, que lo aparta del estrago.
Incluso sin su ayuda sus dardos vuelan rectos, y no se detienen
hasta traspasar la piel de un hombre. Si al menos la divinidad
dejara en equilibrio el resultado del combate, no sería fácil
su victoria, ni aunque fuera entero de bronce, como alardea.»
Díjole, a su vez, el soberano Apolo, hijo de Zeus:
«¡Oh héroe! ¡Haz también tú a los sempiternos dioses
una plegaria! También dicen que tú de Afrodita, hija de Zeus,
has nacido, mientras que aquél es hijo de una diosa inferior;
pues aquélla es hija de Zeus, y ésta lo es del marino anciano.
Ea, lleva derecho el inflexible bronce, y que nunca te
haga tornar ni alejarte con sus bravatas y dicterios.»
Con estas palabras inspiró furia al pastor de huestes,
y marchó delante de las líneas cubierto de rutilante bronce.

[326] Uno de los ejemplos en los que la *Ilíada* menciona episodios que eran narrados en los *Cipria*, como acerca de este pasaje indica el resumen de Proclo.

[327] Nombre de los habitantes de Lirneso.

Hera, de blancos brazos, no dejó de notar que el hijo de Anquises
iba a través de los grupos de guerreros a enfrentarse al Pelida,
y reunió a los dioses aliados y les dijo estas palabras:
«¡Prestad atención vosotros dos, Posidón y Atenea,
en vuestras mientes para ver cómo va a resultar esta empresa!
Aquí está Eneas, que ha marchado cubierto de rutilante bronce
a enfrentarse con el Pelida gracias al impulso de Febo Apolo.
Mas, ea, hagamos nosotros que dé media vuelta y se retire
de inmediato, o bien ojalá también uno de nosotros a Aquiles
asista y preste gran vigor, y que su ánimo en absoluto
desfallezca, para que sepa lo que lo aman los mejores
inmortales, y lo inútiles que son como el viento los que
hasta ahora protegen a los troyanos del combate y de la lid.
Todos [328] hemos descendido del Olimpo para encarar esta lucha
con el propósito de que no padezca nada de los troyanos
hoy. Ya sufrirá más tarde todo lo que el hado tejió
con su hilo para él al nacer, cuando su madre le dio a luz.
Si Aquiles no se entera de eso por la propia voz de los dioses,
se asustará cuando una deidad le salga al paso en el combate:
peligrosos son los dioses cuando se manifiestan en persona.»
Le respondió entonces Posidón, el sacudidor de la tierra:
«¡Hera! ¡No concibas un enojo insensato! No te hace falta.
No querría que empujáramos a los demás dioses a una disputa
nosotros, que en verdad somos muy superiores.
Vayamos más bien ahora a sentarnos fuera de su camino
en una atalaya, y que los hombres se cuiden del combate.
Sólo si Ares o Febo Apolo dan comienzo a la lucha
o si retienen a Aquiles y le impiden pelear,

[328] No puede referirse a todos los dioses de los que en 66 ss. se indica que han acudido a la batalla, porque algunos han descendido en auxilio de los troyanos, como se dice en 67 ss. Por otro lado, Zeus ha permitido (26 ss.) la participación de los dioses en la lucha por temor de que Aquiles llegara a conquistar Troya solo. Con lo anterior no se compaginan bien los temores que ahora expresa Hera.

también entre nosotros se trabará en seguida la contienda
de la batalla, y creo que pronto volverán fuera de combate
al Olimpo ante la concurrencia de los restantes dioses,
doblegados por la fuerza de nuestros brazos.»
Tras hablar así, el de azuladas melenas partió delante
hacia el montón que formaba la muralla del divino Hércules,
el elevado muro que los troyanos y Palas Atenea le habían
fabricado como refugio, para esquivar al monstruo marino
cada vez que subía de la costa a la llanura y le atacaba [329].
Allí se sentó Posidón, y también los otros dioses aliados,
y se revistieron los hombros con una infranqueable nube.
Los otros se sentaron al otro lado, sobre la Bella Colina,
contigo, invocado Febo, y con Ares, saqueador de ciudades.
Así estaban unos y otros sentados por separado, meditando
sus planes; ambos grupos vacilaban si tomar la iniciativa
del doloroso combate, y Zeus regía todo, sentado en las alturas.
La llanura se llenó entera y brillaba con el bronce
de hombres y de caballos; y la tierra crujía con los pasos
de las masas al avanzar. Dos varones, los más bravos de todos,
confluyeron en medio de ambos ejércitos, ávidos de lucha,
el Anquisíada Eneas y Aquiles, de la casta de Zeus.
Eneas fue el primero que se había adelantado amenazador,
meneando la cabeza con el ponderoso casco; un impetuoso escudo
embrazaba delante del pecho y blandía una broncínea pica.
Del otro lado se lanzó el Pelida a su encuentro, como un león
famélico al que arden en deseos de matar los hombres reunidos

[329] Los versos precedentes aluden a la leyenda del monstruo marino que Posidón envió contra Troya cuando su rey Laomedonte se negó a pagar el salario convenido por edificar las murallas de Troya (cf. XXI 445 ss.). Laomedonte, conforme a la revelación de un oráculo, expuso a su hija Hesíone para ser devorada por el monstruo y prometió como recompensa a quien la librara los caballos inmortales de Tros. Hércules, con la protección del muro construido por Atenea, logró liberar a Hesíone del monstruo, pero Laomedonte no cumplió su promesa, por lo que Hércules destruyó Ilio (véase V 640 ss.).

de un pueblo entero; al principio, camina lleno de desdén,
pero cuando uno de los mozos, henchido de marcial ímpetu,
acierta con su lanza, se contrae con la boca abierta, la espuma
mana entre sus dientes, gime por dentro su encorajinado corazón,
con la cola los costados y los ijares a uno y otro lado
se fustiga, se incita a sí mismo a la lucha y con garzos ojos
se arroja derecho, furioso por asesinar a algún hombre,
o perecer él mismo entre los primeros de la multitud;
así impulsaban a Aquiles la furia y el arrogante ánimo
a acudir a enfrentarse contra el magnánimo Eneas.
Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,
díjole el primero el divino Aquiles, de pies protectores:
«¡Eneas! ¿Por qué te has alejado tanto de la multitud
en tu ataque? ¿Es que tu ánimo te manda luchar contra mí porque
esperas ser soberano de los troyanos, domadores de caballos,
con la misma dignidad que Príamo [330]? Incluso si me despojas,
no por eso Príamo depositará en tus manos esa prebenda;
pues él tiene hijos, y es firme y nada voluble.
¿O es que los troyanos han acotado para ti un predio superior,
fértil campo de frutales y labrantío, para administrarlo
si me matas? Mas difícil será, según espero, que lo consigas.
Ya otra vez, si no me engaño, te puse en fuga con la lanza.
¿No te acuerdas de cuando estabas solo y lejos de las vacas,
y yo con mis rápidos pies te hice lanzarte monte Ida abajo
con presteza? Entonces ni siquiera te volviste en tu huida.
De allí fuiste a refugiarte a Lirneso, pero yo la saqueé
cuando irrumpí en ella tras de ti con Atenea y Zeus padre
y arrebaté el día de la libertad a las mujeres, a las que me
llevé cautivas; y a ti Zeus y los demás dioses te protegieron.
Pero ahora no creo que te protejan, a pesar de las ilusiones
que se hace tu ánimo. Por eso te conmino a que retrocedas [331]

---

330 Quizá estas pretensiones de Eneas, justificadas por su linaje, están en relación con la información que sobre él se da en XIII 460.

331 Es llamativo que Aquiles, que ha regresado al combate por vengar

y te internes entre la muchedumbre sin enfrentarte contra mí,
antes de sufrir un mal: lo hecho hasta el necio lo comprende.»
Eneas, a su vez, le respondió y dijo:
«¡Pelida! No esperes atemorizarme con simples palabras
como a un ingenuo niño, porque yo también soy bien capaz
de proferir tanto injurias como insultos.
Ambos sabemos nuestro linaje y conocemos nuestros progenitores
por los famosos relatos que hemos oído a las mortales gentes,
que de vista ni tú has conocido a los míos ni yo a los tuyos.
Dicen que tú eres la prole del intachable Peleo,
y que tu madre es la marina Tetis, la de bellos bucles.
Yo, por mi parte, hijo del magnánimo Anquises
me jacto de haber nacido y de que mi madre es Afrodita.
De ellos los unos o los otros llorarán a su hijo
hoy. Pues te aseguro que con ingenuas palabras infantiles
no decidiremos la porfía para luego regresar del combate.
Si quieres, sábete también lo siguiente, y te enterarás
bien de nuestro linaje, que ya muchos hombres conocen:
Zeus, que las nubes acumula, primero engendró a Dárdano
y fundó Dardania cuando la sagrada Ilio todavía no
estaba edificada en la llanura, ciudad de míseras gentes,
sino que aún habitaban las faldas del Ida, rico en manantiales.
Dárdano, a su vez, tuvo por hijo al rey Erictonio,
que llegó a ser el más opulento de los hombres mortales:
de él se apacentaban en la pradera tres mil yeguas,
todas hembras, ufanas de sus tiernos potros.
Incluso el Bóreas se enamoró de ellas al verlas pacer
y tomando figura de caballo, de oscuras crines, las cubrió;
y ellas, preñadas, parieron doce potros.
Siempre que retozaban por la feraz campiña, galopaban
sobre la punta del fruto del asfódelo sin troncharlo;
y cada vez que retozaban sobre los anchos lomos del mar,

---

la muerte de Patroclo, prefiera ahuyentar a un enemigo antes que tratar de matarlo.

trotaban sobre la punta de la rompiente de la canosa costa.
Erictonio engendró a Tros, soberano de los troyanos.
Y, a su vez, de Tros nacieron tres intachables hijos,
Ilo, Asáraco y Ganimedes, comparable a un dios,
que fue el más bello de los hombres mortales.
Lo raptaron los dioses, para que fuera escanciador de Zeus,
por su belleza y para que conviviera con los inmortales.
Y, a su vez, Ilo tuvo como hijo al intachable Laomedonte.
Laomedonte, por su parte, engendró a Titono y a Príamo,
a Lampo, a Clitio y a Hicetaón, retoño de Ares;
y Asáraco a Capis, que engendró a su hijo Anquises.
Y a mí me engendró Anquises, y Príamo al divino Héctor.
Ésas son la alcurnia y la sangre de las que me jacto de ser.
Pero Zeus acrecienta o disminuye la valía a los hombres
según quiere, pues es el más poderoso de todos.
Mas ea, no sigamos hablando así como necios,
plantados en medio de la batalla y de la mortandad.
Ambos podemos decirnos denuestos sin número,
que ni siquiera una nave de cien bancos podría cargar.
Versátil es la lengua de los mortales; en ella hay razones
de toda índole, y el pasto de palabras es copioso aquí y allá.
Según hables, así oirás hablar de ti seguramente.
Mas ¿qué necesidad hay de que con disputas y denuestos
los dos riñamos frente a frente, como mujeres
que irritadas a causa de una rencilla, devoradora del ánimo,
salen a plena calle e intercambian entre sí insultos,
muchos ciertos y otros que no lo son, y que la rabia les dicta?
No es con palabras como me desviarás mi ardiente coraje,
sin entrar en duelo singular con el bronce. Ea, cuanto antes
gustemos uno de otro con las picas, guarnecidas de bronce.»
Dijo, y hundió la robusta pica en el terrible escudo
pavoroso, y el escudo bramó en torno de la punta del asta.
El Pelida con su recia mano apartó el escudo de sí mismo,
asustado porque se figuraba que la pica, de luenga sombra,
del magnánimo Eneas lo atravesaría con facilidad;

¡insensato!, no se dio cuenta en su mente y en su ánimo
de que los eximios dones de los dioses no se dejan
fácilmente doblegar y someter bajo los hombres mortales.
Tampoco entonces la robusta pica del belicoso Eneas
quebró el escudo, pues el oro, obsequio del dios, la frenó.
Pero cierto es que perforó dos capas, aunque aún otras tres
había, porque el patizambo había forjado cinco láminas,
dos broncíneas, las dos interiores de estaño
y una áurea, que fue donde se detuvo la pica de fresno [332].
Aquiles arrojó el segundo la pica, de luenga sombra,
y acertó a Eneas en el broquel, por doquier equilibrado,
bajo el primer cerco, donde más fina se extendía la capa de bronce
y más delgada era la piel de buey encima. Penetró con ímpetu
la pelíada asta de fresno, y la rodela resonó con el impacto.
Eneas se agachó y levantó el broquel lo más lejos que pudo,
presa de terror. La pica quedó enhiesta en el suelo tras pasar
anhelante por encima de su espalda y separar los dos cercos
del broquel, que cubre entero al mortal. Esquivó la larga asta
y se incorporó; una infinita tristeza se derramó sobre sus ojos,
espantado de lo cerca que se había clavado el proyectil. Aquiles
arremetió enfurecido tras desenvainar la afilada espada,
mientras profería pavorosos alaridos. Asió en la mano una peña
Eneas, gran hazaña, que no habrían cargado dos hombres
como son ahora los mortales y que él solo blandía fácilmente.
Entonces Eneas le habría acertado en pleno ataque con la piedra
en el casco o en el escudo, qué habría evitado su luctuosa ruina,
y el Pelida le habría arrebatado de cerca la vida con la espada,
de no haberlo notado la agudeza de Posidón, agitador del suelo,
que al punto dijo entre los inmortales dioses estas palabras:
«¡Ay, cuánta pena me da el magnánimo Eneas, que pronto
bajará, doblegado por el Pelida, a la mansión de Hades,

332 Si la lámina de oro del escudo era la central de cinco, no sería visible y, por tanto, carecería de valor ornamental.

por haber hecho caso de los consejos del flechador Apolo[333]!
¡Insensato! En absoluto lo socorrerá de la luctuosa ruina.
Mas ¿por qué este inocente ha de padecer ahora dolores
sin razón por culpa de errores ajenos, cuando siempre con gratos
dones obsequia a los dioses, dueños del vasto Olimpo?
Venga, vamos a sustraerlo nosotros mismos de la muerte,
no sea que también el Crónida se irrite si Aquiles
lo mata. El destino suyo es eludir la muerte,
para evitar que perezca estéril y sin traza el linaje
de Dárdano, el hijo que el Crónida más amó de todos
los que han nacido de él y de mujeres mortales.
Pues el Cronión ya ha aborrecido de la estirpe de Príamo,
y ahora la pujanza de Eneas será soberana de los troyanos,
igual que los hijos de sus hijos que en el futuro nazcan[334].»
Respondióle entonces la augusta Hera, de inmensos ojos:
«¡Agitador del suelo! Medita tú mismo en tus mientes
si vas a proteger a Eneas o si lo vas a dejar,
siendo como es valeroso, sucumbir bajo el Pelida Aquiles.
He aquí que las dos hemos prestado repetidos juramentos,
tanto Palas Atenea como yo, ante todos los inmortales
de no defender nunca a los troyanos del funesto día,
ni siquiera cuando Troya entera con voraz fuego arda
en llamas, incendiada por los marciales hijos de los aqueos.»
Nada más oír eso, Posidón, sacudidor de la tierra,
echó a andar entre la lucha y el fragor de las picas
y llegó donde Eneas y el ilustre Aquiles estaban.
Al punto, derramó primero niebla sobre los ojos del Pelida

[333] A primera vista, es sorprendente que Posidón, que se ha comportado como enemigo de los troyanos en todo el poema hasta el momento, sobre todo con su intervención personal en XIII y XIV (véase además 133 ss.), ahora se compadezca y salve a Eneas. Se habría esperado que lo salvaran bien Apolo, que le acaba de infundir furia (79 ss.), bien su madre, Afrodita, como en V 311 ss.

[334] Esta profecía de Posidón es la base última de la leyenda de la *Eneida* de Virgilio.

Aquiles; luego, el asta de fresno, encastrada de bronce,
arrancó del broquel del magnánimo Eneas,
la depositó a los pies de Aquiles [335]
y de un empellón lanzó a Eneas desde el suelo a las alturas.
Sobre muchas filas de héroes y muchas también de caballos
pasó de un salto Eneas por el impulso del brazo del dios,
hasta que llegó al extremo de la batalla cruel,
donde los caucones [336] se armaban para entrar en el combate.
Posidón, el sacudidor de la tierra, se aproximó
y, dirigiéndose a él, dijo estas aladas palabras:
«¡Eneas! ¿Qüién de los dioses te ha ofuscado así
y te ha mandado luchar frente al soberbio Pelida,
que es más fuerte que tú y más querido para los inmortales?
No lo hagas, retírate cuando te encuentres con él,
no sea que llegues antes de tu destino a la morada de Hades.
Mas cuando Aquiles alcance la muerte y el hado,
no tengas miedo entonces de luchar entre los primeros,
pues ningún otro de los aqueos será capaz de despojarte.»
Tras hablar así, una vez explicado todo, lo dejó allí.
Luego, al instante despejó de los ojos de Aquiles la niebla
prodigiosa; y éste entonces miró con los ojos muy abiertos
y dijo apesadumbrado a su magnánimo corazón:
«¡Ay! ¡Una gran maravilla es ésta que veo en mis ojos!
La pica yace aquí sobre el suelo, pero al mortal
a quien se la arrojé, ávido de matarlo, ya no lo veo.
Era verdad que también quieren a Eneas los dioses inmortales;
y yo estaba seguro de que se jactaba en vano y sin razón.
¡Que se vaya en hora mala! No tendrá valor para otra tentativa
contra mí quien ahora está contento por escapar de la muerte.
Ea, voy a estimular ahora a los combativos dánaos,
y luego iré y haré una prueba contra el resto de los troyanos.»

---

[335] Los versos 276 ss. no parecen dar a entender que la lanza de Aquiles se haya quedado clavada en el escudo de Eneas.

[336] Véase X 429 y nota.

Dijo, y saltó hacia las filas, arengando a cada guerrero:
«No sigáis parados lejos de los troyanos, divinos aqueos.
Ea, que cada hombre se oponga a un hombre y ansíe la lucha.
Difícil me resulta, a pesar de toda mi valentía,
ocuparme de mandar tantas gentes y luchar contra todos;
ni siquiera Ares, que es un dios inmortal, ni Atenea podrían
ocuparse y atender el desarrollo de una batalla tan grande.
Sin embargo, en cuanto que soy capaz, con las manos, los pies
y todo mi brío aseguro que no he de flojear ni lo más mínimo;
al contrario, perforaré las líneas y no creo que se alegre
ninguno de los troyanos que llegue cerca de mi pica.»
Así habló para estimularlos. Y el esclarecido Héctor arengó
a los troyanos con sus voces, para que fueran contra Aquiles:
«¡Soberbios troyanos! No tengáis miedo del Pelida.
De palabra también yo lucharía hasta contra los inmortales;
pero con la pica ya es más difícil, pues son muy superiores.
Tampoco Aquiles llevará a cabo todo lo que dice:
unas veces tendrá éxito, y un obstáculo le hará fracasar otras.
Yo voy a enfrentarme a él, aunque sus manos parezcan fuego;
aunque sus manos parezcan fuego, y su ardor fogueado hierro.»
Así habló para estimularlos, y calaron contra él sus picas
los troyanos. El furor de todos se mezcló y se alzó el griterío.
Y entonces Febo Apolo se presentó ante Héctor y le dijo:
«¡Héctor! ¡De ningún modo te destaques a retar a Aquiles!
Aguárdalo entre la muchedumbre y desde dentro del fragor,
no sea que te acierte o te golpee de cerca con la espada.»
Así habló, y Héctor se sumergió en la piña de guerreros,
intimidado porque había oído la voz del dios que le hablaba.
Aquiles atacó a los troyanos con la mente revestida de coraje,
profiriendo pavorosos alaridos, y capturó primero a Ifitión,
el valeroso Otrintida, príncipe de numerosas huestes,
a quien por obra de Otrinteo, saqueador de ciudades, alumbró
una náyade al pie del nevado Tmolo, en el pingüe pueblo de Hida;
le agredía furioso, cuando el divino Aquiles con la pica

le acertó en plena cabeza, y ésta se rompió entera en dos.
Retumbó al caer, y el divino Aquiles exclamó triunfante:
«¡Yaces, Otrintida, el más temible de todos los hombres!
Aquí has hallado la muerte y lejos está tu lugar de nacimiento,
junto a la laguna Gigea, donde está el coto de tus ancestros
a orillas del Hilo, rico en peces [337], y del turbulento Hermo.»
Así habló triunfante, y la oscuridad le cubrió los ojos;
y los carros de los aqueos lo descuartizaban con sus pinas
en primera línea de batalla. Él luego golpeó a Demoleonte,
hijo de Anténor, valeroso defensor de los suyos en la lucha,
en la sien a través del morrión, de broncíneas carrilleras.
El broncíneo casco no la frenó, sino que lo atravesó
impetuosa la punta y rompió el hueso. El cerebro dentro
quedó entero machacado y lo doblegó en pleno impulso.
Acto seguido, a Hipodamante, que acababa de saltar del carro,
cuando huía delante lo hirió con la lanza en la espalda.
Exhaló la vida con un bramido, como el toro brama
cuando lo arrastran a las aras del soberano Heliconio [338]
los muchachos tirando, y se regocija el sacudidor de la tierra;
así a él con un bramido el noble ánimo le abandonó los huesos.
Aquiles fue con la lanza tras Polidoro, comparable a un dios,
el Priámida. Su padre le había prohibido participar en la lucha,
porque entre sus hijos era el más joven de su estirpe
y al que más cariño tenía; y a todos vencía en la carrera.
Entonces con infantil necedad, por exhibir la valía de sus pies,
corría enardecido ante las líneas, hasta que perdió la vida.
El divino Aquiles, de pies protectores, le acertó en pleno
torso con una jabalina cuando pasaba presuroso, donde los broches
áureos del cinturón se unían y la coraza ofrecía una doble capa.
La punta de la pica se abrió un camino, recta junto al ombligo;
se desplomó de hinojos con un lamento, lo envolvió una nube
sombría, y se encorvó y se echó la mano a las entrañas.

[337] El Hilo debe de ser un afluente del río Hermo. Hida (verso 385) es una localidad desconocida.

[338] Probablemente Posidón, venerado en Hélica de Acaya (véase VIII 203).

En cuanto Héctor vio a su hermano Polidoro
encorvándose hacia el suelo con las entrañas en la mano,
la niebla se derramó sobre sus ojos y ya no soportó seguir
más tiempo merodeando a distancia, sino que fue contra Aquiles,
haciendo oscilar la aguda lanza, semejante a la llama. Éste,
nada más verlo, dio un salto hacia él y exclamó triunfante:
«Ya está cerca el hombre que más me ha fustigado el ánimo,
el autor del asesinato de mi preciado compañero. Ya no podemos
escondernos más tiempo uno de otro por los puentes del combate.»
Dijo, y mirándolo con torva faz se dirigió al divino Héctor:
«Acércate más y así llegarás antes al cabo de tu ruina.»
Sin intimidarse, le replicó Héctor, el de tremolante penacho:
«¡Pelida! No esperes aterrorizarme sólo con palabras
como a un ingenuo niño, porque yo también soy bien capaz
de proferir tanto injurias como insultos.
Sé que tú eres valeroso y que yo soy muy inferior a ti.
Pero estos asuntos descansan en las rodillas de los dioses;
puede que aun siendo inferior sea yo quien te arrebate la vida
acertando con la lanza: también mi dardo está afilado siempre.»
Dijo, y, blandiéndola, arrojó la pica, y Atenea la desvió
con su soplo hacia atrás, lejos del glorioso Aquiles,
dando un tenue soplido, y ésta retornó hacia el divino Héctor
y cayó ante sus propios pies. Por su parte, Aquiles
arremetió enfurecido, ávido de matarlo,
mientras profería pavorosos alaridos. Y Apolo lo arrebató
con la facilidad de un dios y lo ocultó con una tupida bruma.
Tres véces arremetió el divino Aquiles, de pies protectores,
con la broncínea pica, y las tres veces golpeó la tupida bruma.
Mas cuando se arrojó por cuarta vez, semejante a una deidad,
le increpó con aterradoras voces y dijo estas aladas palabras:
«¡Perro, otra vez has escapado ahora de la muerte! ¡Y cerca
te ha rondado la desgracia! Pero te ha vuelto a proteger Febo Apolo,
a quien debes de suplicar al ir al estrépito de las jabalinas.
Te aseguro que acabaré contigo la próxima vez que te encuentre,

si hay también alguno de los dioses que sea mi patrono.
Entre tanto, volveré contra los demás a ver a quién alcanzo.»
Tras hablar así, hirió a Dríope con la jabalina
en pleno cuello; y se desplomó a sus pies, y él lo dejó
y a Demuco Filetórida, noble y alto, lo detuvo en el sitio
al acertarle con la lanza en la rodilla; y a continuación
lo hirió con la gran espada y le arrebató el aliento vital.
Luego, sobre Laógono y Dárdano, hijos ambos de Biante,
se lanzó y a los dos derribó fuera del carro a tierra,
a uno de un disparo de lanza y a otro de un tajo con la espada.
Tros Alastórida le salió al paso a abrazarse a sus rodillas
con la esperanza de que lo prendiera, perdonara y dejara vivo
en lugar de matarlo, por compasión de que tenía su misma edad;
¡insensato!, no sabía que no iba a hacerle caso,
pues no era en absoluto un hombre manso y condescendiente,
sino muy furibundo: aquél le tocaba las rodillas con sus manos,
deseoso de rogarle, y éste le hirió con la espada en el hígado.
Resbaló hacia fuera el hígado, la negra sangre que de él manaba
colmó el hueco de la coraza, y la oscuridad le cubrió los ojos,
carente ya de aliento vital. Aquél se aproximó e hirió a Mulio
en la oreja con la lanza; y al instante salió por la otra oreja
la broncínea punta. Luego a Equeclo, hijo de Agénor, le dio
un tajo en plena cabeza con la espada, dotada de empuñadura.
La sangre calentó entera la espada, y los ojos
cubrieron la purpúrea muerte y el imperioso destino.
Luego a Deucalión en el lugar donde confluyen los tendones
del codo, por allí le atravesó el brazo con la punta
broncínea. Lo aguardaba con el brazo inerte viendo la muerte
ante sus ojos, y con un tajo de la espada en el cuello
arrojó lejos la cabeza junto con la celada. Entonces la médula
saltó palpitante de las vértebras, y quedó tendido en el suelo.
Luego echó a andar tras el intachable hijo de Píroo,
Rigmo, que había llegado de Tracia, la de fértiles glebas.
Le acertó de lleno con la jabalina, el bronce se le clavó
en el vientre y se desplomó del carro. A su escudero, Areítoo,

al girar hacia atrás los caballos, la aguda lanza en la espalda
le envasó y lo derribó del carro; y los caballos se espantaron.

Como el maravilloso fuego estalla en las profundas cañadas
de un agostado monte, y el espeso bosque se incendia,
y los remolinos de viento esparcen las llamas por doquier,
así corría furioso por doquier con la pica, como una deidad,
acosando a sus víctimas, y la sangre fluía por la negra tierra.
Como cuando alguien unce dos bueyes de anchos testuces
para trillar en la bien construida era la blanca cebada,
que pronto se desconcha bajo las patas de los mugidores bueyes,
así los solípedos caballos a las órdenes del magnánimo Aquiles
pisoteaban cadáveres y broqueles. Debajo el timón estaba
entero salpicado de sangre y las barandas alrededor de la caja,
hasta donde llegaban las gotas que despedían las equinas pezuñas
y las que procedían de las llantas. Estaba ávido de ganar gloria
el Pelida e iba manchando de mortandad sus inaferrables manos.

CANTO XXI [339]

Mas al llegar a un vado del río, de bella corriente,
del turbulento Janto, que el inmortal Zeus engendrado había,
allí los dividió en dos, y perseguía a unos hacia la llanura,
en dirección de la ciudad, por donde los aqueos el día anterior
habían huido despavoridos en el momento de la furia de Héctor;
y por allí se diseminaron en plena desbandada, y Hera una bruma
espesa desplegaba delante para retenerlos. Y la otra mitad quedó
acorralada en el río, de honda corriente y argénteos remolinos,
donde cayó con enorme estruendo. El escarpado cauce resonaba,
y las riberas retumbaban con fuerza alrededor; y entre alaridos
nadaban acá y allá con los cuerpos atrapados en los remolinos.
Igual que bajo el empuje del fuego las langostas en el aire
se suspenden para huir al río; las abrasa la infatigable llama
que ha estallado de repente, y ellas se agazapan en el agua;
así ante Aquiles el curso del Janto, de profundos remolinos,
se llenó del confuso estrépito de los caballos y de los hombres.
El del linaje de Zeus dejó la lanza allí sobre la ribera,
apoyada en unos tamariscos, y se lanzó al río como una deidad,
sólo con la daga; en sus mientes meditaba malignas proezas

[339] El título tradicional del canto XXI es 'batalla junto al río'. No obstante, la lucha entre Aquiles y el río Escamandro no es más que uno de los episodios del canto, aunque el más extenso. Aparte de él, se relatan las hazañas de Aquiles en sus enfrentamientos con Licaón, Asteropeo y Agénor, así como la teomaquia, cuyo desarrollo quedó interrumpido en XX.

y daba golpes a diestro y siniestro; un gimoteo ignominioso surgía de los moribundos por la espada, y el agua enrojecía de sangre. Como cuando ante un delfín, de enorme vientre, todos los peces huyen y llenan los escondites de una rada, cómoda para fondear, presas de pánico, pues es seguro que devora al que captura, así los troyanos a lo largo del cauce del temible río bajo los voladizos se agazapaban. Tras cansar sus manos de matanza, seleccionó a doce muchachos y los sacó vivos del río como víctimas para expiar la muerte de Patroclo Meneciada. Los sacó a la orilla, estupefactos como cervatillos, les ató las manos a la espalda con las bien cortadas correas que ellos mismos llevaban sobre las entretejidas túnicas y los entregó a sus camaradas para bajarlos a las huecas naves. Y él arremetió de nuevo, ávido de proseguir la mortandad.

Entonces se tropezó con un hijo de Príamo Dardánida que salía huyendo del río, Licaón, a quien una vez él mismo había apresado y sacado por la fuerza del viñedo de su padre en una incursión nocturna. Con el afilado bronce un cabrahígo desmochaba de ramas nuevas para hacer la baranda de un carro, cuando el divino Aquiles, imprevisto desastre, llegó ante él. Entonces lo había obligado a pasar a la bien fundada Lemnos en sus naves para venderlo; y el hijo de Jasón pagó el precio [340]. De allí lo liberó un huésped suyo, que pagó un gran rescate, el imbrio Eetión, y lo había enviado a la divina Arisba, de donde había escapado y regresado a la morada paterna. Once días llevaba recreándose el ánimo con los suyos después del regreso de Lemnos, y al duodécimo de nuevo la divinidad lo hizo caer en manos de Aquiles, que iba a enviarlo de camino a la mansión de Hades por la fuerza. Cuando el divino Aquiles, de pies protectores, lo vio desnudo, sin casco y sin broquel y sin pica tampoco,

[340] Su nombre era Euneo, como se indica en VII 469. Lo había vendido como esclavo, y el pago, total o parcial, de la venta es la cratera descrita en XXIII 740 ss.

pues había tirado todo al suelo porque el sudor le molestaba
al intentar huir del río y la fatiga le doblaba las rodillas,
he aquí que dijo apesadumbrado a su magnánimo corazón:
«¡Ay! ¡Una gran maravilla es ésta que veo en mis ojos!
Seguro que los magnánimos troyanos que acabo de matar
volverán a resucitar de la brumosa oscuridad,
como también éste ha regresado y escapado del despiadado día
tras ser vendido en la muy divina Lemnos. No lo ha detenido
ni la extensión del canoso mar, que a tantos retiene a su pesar.
Mas, ea, que esta vez la punta de nuestra lanza
cate; así yo veré en las mientes y me enteraré
de si es capaz de regresar también de allí, o si lo paraliza
la tierra, germen de cereales, que aun al fuerte retiene.»
Mientras esperaba agitando estas ideas, el otro se acercó
trémulo, ávido de tocarle las rodillas; quería de todo corazón
escapar de la muerte cruel y de la negra parca.
Aquiles, de la casta de Zeus, levantó la gran lanza [341],
furioso por herirlo; y él corrió y se abrazó a sus rodillas,
agachándose. La pica pasó por encima de la espalda y quedó
en tierra enhiesta, ansiosa de saciarse de su varonil carne.
El otro le suplicaba, cogiéndole con una mano las rodillas,
mientras con la otra sujetaba la encastrada lanza sin soltarla.
Y dirigiéndose a él, le dijo estas aladas palabras:
«¡A tus rodillas te imploro, Aquiles: respétame y apiádate!
Para ti, criado por Zeus, soy un suplicante digno de respeto.
Tú fuiste el primero en cuyas manos probé la moltura de Deméter
aquel día en que me apresaste en la bien construida era,
cuando me llevaste a venderme lejos de mi padre y de los míos
a la muy divina Lemnos, y yo te granjeé el valor de cien bueyes.
Luego me rescataron, pagando tres veces ese precio. Esta aurora
es la duodécima desde que he vuelto a entrar en Ilio
tras muchas penas, y ahora en tus manos me ha vuelto a poner
mi maldito destino. Debo de ser objeto del odio de Zeus padre,

---

[341] En el verso 17 se indica que Aquiles dejó la lanza apoyada en la ribera.

que de nuevo me entrega a ti. Para una vida bien breve
me engendró mi madre, Laótoe, la hija del anciano
Altes, que es el soberano de los combativos léleges
y el dueño de la escarpada Pédaso a orillas del Satnioente [342].
Príamo tenía [343] a su hija como esposa, igual que a muchas otras;
de ella nacimos dos hijos, y tú a ambos habrás degollado:
al uno ya lo has doblegado en la primera fila de los infantes,
a Polidoro, parejo a un dios, al acertarle con la aguda lanza;
y ahora a mí me va a llegar aquí la desgracia, pues no confío
en huir de tus manos, ahora que una deidad me ha traído cerca.
Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes:
no me mates, pues no he nacido del mismo vientre que Héctor,
el hombre que ha matado a tu amable y esforzado compañero.»
Así le habló el esclarecido hijo de Príamo con palabras
suplicantes, pero escuchó una respuesta nada lisonjera:
«¡Insensato! No me hables de rescate ni me lo menciones.
Antes que el día fatal alcanzara a Patroclo,
grato de algún modo era para mi alma perdonar la vida
a los troyanos, y a muchos apresé vivos y vendí.
Pero ahora no ha de escapar de la muerte ninguno de todos
los troyanos que la divinidad arroje en mis manos ante Ilio,
y, sobre todo, ninguno de los hijos de Príamo.
Por esa razón, amigo, vas a morir. ¿Por qué te lamentas así?
También Patroclo ha muerto, y eso que era mucho mejor que tú.
¿No ves cómo soy yo también de bello y de alto?
Soy de padre noble, y la madre que me alumbró es una diosa.
Mas también sobre mí penden la muerte y el imperioso destino,
y llegará la aurora, el crepúsculo o el mediodía
en que alguien me arrebate la vida en la marcial pelea,
acertando con una lanza o una flecha, que surge de la cuerda.»

[342] Aunque XX 92 menciona el saqueo de Pédaso por obra de Aquiles, el contenido de VI 35 parece implicar que la ciudad está habitada en el momento de la narración. La localización de la ciudad y del río es desconocida.

[343] El contenido de XXII 48 ss. parece implicar que Laótoe vive en el momento al que se refiere el relato.

Así habló, y allí mismo se le doblaron las rodillas
y el corazón; y soltó la pica y se sentó con ambos brazos
extendidos. Aquiles, desenvainando la aguda espada,
le golpeó en la clavícula junto al cuello y le hundió entera
la espada, de doble filo. De bruces quedó en el suelo tendido,
mientras su negra sangre brotaba e iba empapando la tierra.
Aquiles lo cogió del pie, lo tiró a la corriente del río
y, blasonando de su triunfo, pronunció estas aladas palabras:
«Descansa ahora ahí entre los peces, que de la herida
te lamerán la sangre sin exequias. Ni siquiera tu madre
podrá depositarte en un lecho y llorarte; el Escamandro
turbulento te llevará a la deriva hasta el vasto seno del mar.
Y un pez emergerá y ascenderá a la negra y erizada superficie
del oleaje y será el que devore la brillante grasa de Licaón.
¡Pereced hasta que todos alcancemos la ciudad de la sacra Ilio,
vosotros huyendo y yo por detrás causando vuestra perdición!
Ni siquiera el río, de bella corriente y argénteos remolinos,
os protegerá, aunque hace tiempo que sacrificáis en su honor
muchos toros y tiráis vivos a sus remolinos solípedos caballos.
Aun así iréis pereciendo con maligno destino, hasta que todos
expiéis el asesinato de Patroclo y el estrago de los aqueos
que habéis matado junto a las veloces naves en mi ausencia.»
Así habló, y el río se irritó en lo más hondo del corazón
y comenzó a indagar en su ánimo cómo poner coto a las proezas
del divino Aquiles y proteger a los troyanos del estrago.
Entre tanto, el hijo de Peleo con la pica, de luenga sombra,
ávido de matarlo, acometió a Asteropeo,
hijo de Pelegón, a quien el Axio, de vasto caudal,
había engendrado con Peribea, la hija mayor de Acesámeno,
con quien el río, de profundos remolinos, se había unido.
Aquiles arremetió, y aquél le hizo frente fuera del río
con dos lanzas en la mano; le infundió furia en las mientes
el Janto, airado por la matanza de tantos jóvenes
como Aquiles estaba aniquilando en la corriente sin piedad.

Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,
díjole el primero el divino Aquiles, de pies protectores:
«¿Quién eres y de dónde vienes tú, que osas oponerte a mí?
¡Desdichados son los padres cuyos hijos se oponen a mi furia!»
El esclarecido hijo de Pelegón le respondió a su vez:
«¡Magnánimo Pelida! ¿Por qué me preguntas mi linaje?
Vengo de la lejana tierra de Peonia, la de buenas glebas,
al mando de los peonios, de luengas picas, y esta de hoy
es mi undécima aurora desde que he llegado a Ilio [344].
Mi linaje remonta al Axio, de ancha corriente,
el río Axio, que expande el agua más bella sobre la tierra
y que alumbró a Pelegón, ilustre por la pica. Él dicen que me
engendró. ¡Mas ahora volvamos a la lucha, esclarecido Aquiles!»
Ésta fue su amenazadora respuesta. El divino Aquiles
alzó la pelíada asta de fresno, y las dos lanzas a la vez
el héroe Asteropeo, que era ambidextro.
Y con la una acertó en el escudo, pero no lo atravesó
ni quebró el escudo, pues el oro, obsequio del dios, la frenó,
y con la otra acertó y le hizo un rasguño en el codo derecho
—la sangre manó, como una nube oscura— y luego pasó por encima
y quedó fija en el suelo, codiciosa de saciarse de su carne.
A su vez, Aquiles arrojó en segundo lugar a Asteropeo
el asta de fresno, de recto vuelo, ávido de matarlo.
A él le falló, y acertó a dar en la elevada ribera
y dejó la pica de fresno clavada en la orilla hasta la mitad.
El Pelida desenvainó la aguda espada que pendía de su muslo
y saltó enardecido sobre él, que el asta de fresno de Aquiles
era incapaz de arrancar del abrupto borde con su recia mano.
Tres veces la sacudió, ansioso de extraerla,
y tres veces fracasó en su empeño; intentó con todas sus ganas
por cuarta vez doblar y quebrar la lanza de fresno del Eácida,
pero antes Aquiles le arrebató la vida de cerca con la espada,

[344] Asteropeo no es mencionado con los peonios en el catálogo de los troyanos y de los aliados (II 848 ss.).

pues le asestó un golpe en el vientre junto al ombligo, y todas
las vísceras se derramaron por el suelo y la oscuridad cubrió
sus ojos, al agonizar. Aquiles saltó sobre su pecho,
le despojó de la armadura y exclamó triunfante:
«¡Quédate ahí así! Peligroso es para el nacido de un río
trabar disputa con los hijos del muy brioso Cronión.
Afirmabas que tu estirpe procede de un río, de ancha corriente,
pero yo me jacto de provenir por mi linaje del excelso Zeus.
Un hombre que es soberano de muchos mirmídones me engendró,
Peleo Eácida, que ha sido hijo de Éaco, nacido de Zeus.
Y siendo Zeus superior a los ríos, que susurran hasta el mar,
el linaje de Zeus debe ser de hechura superior a la de un río.
Tienes a tu disposición un gran río: ve a ver si es capaz
de socorrerte. Mas no es posible luchar contra Zeus Cronión;
ni siquiera el poderoso Aqueloo se puede comparar con él,
ni el gran brío del Océano, de profundo curso,
que es de quien todos los ríos y todo el mar,
todas las fuentes y los hondos pozos manan;
incluso éste teme el rayo del excelso Zeus
y su terrible trueno, cuando del cielo arroja sus fulgores.»
Dijo, y del abrupto voladizo arrancó la broncínea pica.
Tras arrebatarle la vida, lo dejó allí mismo
yaciendo sobre la arena, donde la negra agua lo mojaba,
mientras las anguilas y los peces se ocupaban de su cuerpo
royéndolo y cebándose con la grasa que cubría sus riñones.
Y echó a andar hacia los peonios, dueños de carros de guerra,
que todavía huían a lo largo de la orilla del turbulento río
desde que en la violenta batalla habían visto a su adalid
doblegado con la espada por la fuerza a manos del Pelida.
Entonces capturó a Tersíloco, a Midón y a Astípilo,
a Mneso, a Trasio, a Enio y a Ofelestes.
Y el ligero Aquiles todavía habría matado a más peonios,
de no ser porque el río, de profundos remolinos, dijo airado,
con figura humana y emitiendo la voz desde una honda vorágine:

«¡Aquiles! Superas en poder, pero también en iniquidades,
a los hombres, porque los propios dioses siempre te defienden.
Si el hijo de Crono te ha otorgado matar a todos los troyanos,
apártalos al menos de mí y realiza tus horrores en la llanura.
Mi ameno cauce está ya lleno de cadáveres,
no puedo verter en el límpido mar por ningún sitio mi curso,
obstruido de cuerpos, y tú continúas tu destructiva matanza.
¡Déjame de una vez! El horror me embarga, caudillo de huestes.»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Escamandro, criado por Zeus! Se hará como ordenas.
Pero no dejaré de exterminar a los arrogantes troyanos,
hasta encerrarlos en la ciudad y entablar contra Héctor
duelo singular, para ver si él me doblega a mí o yo a él.»
Tras hablar así, acometió a los troyanos como una deidad [345];
y entonces el río, de profundos remolinos, dijo a Apolo:
«¡Ay, vástago de Zeus, del argénteo arco! No has cumplido
los planes del Cronión, que de modo insistente te ha encargado
asistir y ayudar a los troyanos hasta que venga el crepúsculo
y la tardía puesta del sol ensombrezca los feraces labrantíos.»
Dijo, y Aquiles, insigne por su lanza, se metió en pleno río
saltando desde el voladizo. Y se encrespó embravecido y se arrojó,
y al revolverse conmovió todas las ondas y expulsó numerosos
cadáveres, víctimas de Aquiles que pululaban por el cauce.
Los echaba al borde, bramando sin pausa igual que un toro,
a tierra firme y tenía a salvo a los vivos en su bello cauce,
ocultándolos en sus grandes y profundos remolinos.
El revuelto oleaje se erguía terrible alrededor de Aquiles,
y el flujo lo empujaba al batir en el escudo; tampoco los pies
podía asentar en el suelo y se asió con ambas manos a un olmo

[345] Es difícil comprender la actuación de Aquiles en este momento, cuando a instancias del Escamandro acaba de prometer al río desviar la batalla de su cauce, pero, no obstante, reemprende el ataque e incluso se mete en el río (verso 233). Cabe suponer que las palabras del río y las de Aquiles son irónicas.

alto y corpulento, que, al desplomarse entonces de raíz,
derruyó consigo todo el voladizo, frenó la bella corriente
con sus frondosas ramas y tendió un puente sobre el propio río,
pues se derrumbó entero dentro del cauce. Salió del torbellino
y se precipitó volando por la llanura con sus raudos pies,
presa de terror. Mas el gran dios no desistió y le atacó
con sus negreantes crestas, para poner coto a las proezas
del divino Aquiles y proteger a los troyanos del estrago.
Aquiles se alejó el trecho que alcanza un disparo de lanza,
corriendo con el ímpetu del águila negra, la cazadora,
que es a la vez la más fuerte y la más rápida de las aves;
semejante a ella se precipitó, y el bronce en los costados
daba pavor al sonar; huía encogiéndose para esquivarlo,
y el otro lo perseguía detrás, fluyendo con gran estruendo.
Como cuando uno abre un canal desde una fuente, de negras aguas,
y guía la corriente a través de las plantas y de los jardines
con el azadón en las manos, desatascando lo que atora la zanja;
y, según va avanzando el agua, todos los cantos rodados
se van amontonando y, al resbalar hacia abajo, susurra
por el declive del terreno y adelanta incluso al que la guía;
así la onda del río alcanzaba una y otra vez a Aquiles,
a pesar de su rapidez: los dioses son superiores a los hombres.
Cada vez que el divino Aquiles, de pies protectores, iba
a plantarle cara frente a frente, para enterarse de si todos
los inmortales, dueños del vasto Olimpo, le hacían huir,
la hinchada ola del río, acrecido por las aguas del cielo,
le azotaba por encima de los hombros; él brincaba con sus pies,
lleno de congoja en el ánimo, y el río le doblaba las rodillas
afluyendo con fuerza por debajo y roía el suelo bajo sus pies.
El Pelida se lamentó, con la mirada puesta en el vasto cielo:
«¡Zeus padre! ¡Pensar que ningún dios se ha comprometido
a salvar del río a este infeliz! ¡Aunque luego sufra lo que sea!
Mas ningún descendiente de Urano es a mi juicio tan culpable
como mi madre, que me ha hechizado con sus mentiras,
al asegurarme que bajo la muralla de los aguerridos troyanos

perecería por causa de los raudos dardos de Apolo [346].
¡Ojalá me hubiera matado Héctor, el mejor que aquí se ha criado!
¡Un valeroso habría matado y a un valiente habría despojado!
Pero ahora veo que mi destino era ser presa de atroz muerte,
acorralado en el enorme río, como el niño del porquerizo
al que un torrente arrastra en invierno, al atravesarlo.»
Así habló, y Posidón y Atenea muy pronto se acercaron
y se presentaron ante él; habían adoptado figura humana
y tomando la mano entre sus manos le dieron garantías de palabra.
Entre ellos Posidón, sacudidor de la tierra, tomó la palabra:
«¡Pelida, ni tiembles en demasía ni te asustes!
¡Mira qué dos dioses somos los que te protegemos
con la aprobación de Zeus: Palas Atenea y yo [347]!
Como tu destino no es el de sucumbir ante el río,
pronto se apaciguará, y tú mismo serás testigo.
Mas te haremos una sagaz sugerencia, por si nos obedeces.
No des a tus brazos reposo del combate, que a todos igual doblega,
hasta acorralar en las ilustres murallas de Ilio a la hueste
troyana que logre huir y, tras arrebatar la vida a Héctor,
regresa a las naves. Te concedemos que ganes la gloria.»
Tras hablar así, los dos se alejaron con los inmortales,
y él partió, pues mucho lo animaba el aviso de los dioses,
hacia la llanura. Ésta estaba inundada del agua desbordada,
y había muchas bellas armaduras de jóvenes muertos en la liza
que flotaban, así como cadáveres. Las rodillas de él brincaban
al avanzar recto contra la corriente, sin que lograra frenarlo
el ancho cauce del río, pues Atenea le había infundido gran brío.
Tampoco el Escamandro apaciguaba su furor; crecía por momentos
su ira contra el Pelida y encrespaba más y más sus olas,
alzándose a lo alto. Y con recias voces arengó al Simoente:

---

[346] Véase *supra,* 113, y la misma profecía pronunciada por el moribundo Héctor en XXII 359 s.

[347] Los dos dioses han tomado figura humana y, a menos que Aquiles sea capaz de reconocerlos bajo su aspecto, cosa que no se ha indicado, no se explica en principio cómo Aquiles puede aceptar sus palabras.

«¡Querido hermano! Contengamos entre los dos el brío
de ese hombre; si no, pronto la gran ciudad del soberano Príamo
arrasará, y los troyanos no podrán oponer resistencia en la lid.
¡Ven cuanto antes en mi auxilio! ¡Llena tus cauces
del agua de los manantiales! ¡Concita todas tus torrenteras!
¡Levanta tu elevado oleaje! ¡Suscita un enorme tumulto
de truenos y de piedras, para poner coto a ese hombre salvaje
que ahora triunfa y da muestras de una furia igual a los dioses!
Seguro que no le valdrán de nada ni la fuerza ni la galanura
ni esas bellas armas, que pronto en lo más hondo de la marisma
yacerán enterradas bajo el limo. Y a él mismo lo revolcaré
y lo cubriré con las arenas, le echaré encima escombros
a millares, y los aqueos no serán capaces ni de recoger
sus huesos: tanto será el fango con el que lo cubriré.
Ahí mismo tendrá fabricado su túmulo, y ninguna falta le hará
un montón de tierra cuando los aqueos le hagan el funeral.»
Dijo, y atacó a Aquiles, alzándose impetuoso y turbulento,
al tiempo que borbotaba espuma, sangre y cadáveres.
Y la brillante ola del río, acrecido por las aguas del cielo,
se elevaba enhiesta y estaba a punto de destrozar al Pelida,
cuando Hera, temerosa por Aquiles, dio un recio grito
para evitar que el gran río, de profundos remolinos,
lo arrastrara, y al instante dijo a Hefesto, su caro hijo:
«¡Muévete, patizambo, hijo mío! En ti era en quien creo
que habíamos pensado como rival del turbulento Janto [348].
¡Acude cuanto antes en su auxilio! ¡Alumbra un gran incendio!
Por mi parte, del Zéfiro y del Noto, blanqueador del cielo,
la dura ráfaga levantaré a toda prisa desde el mar,
y ella prenderá las cabezas y las armas de los troyanos
al propagar la maligna llama. De las orillas del Janto
quema tú los árboles e introduce fuego dentro de él; y que

[348] Se refiere al momento en que los dioses van a integrarse a la batalla (XX 67). El duelo supone el carácter contrario del agua (Janto) y del fuego (Hefesto).

de ningún modo te aleje con palabras zalameras o dicterios.
Y no depongas tu furia sino cuando me oigas emitir
un gran alarido; detén entonces el infatigable fuego.»
Así habló, y Hefesto dispuso un maravilloso fuego.
Primero prendió la llama en la llanura e hizo arder numerosos
cadáveres, víctimas de Aquiles que pululaban por el cauce;
la llanura entera se secó y el agua cristalina se detuvo.
Como cuando el otoñal Bóreas el recién regado viñedo
agosta de repente, para alegría del que lo cultiva,
así se secó la llanura entera, y quemó los cadáveres.
Y además desvió hacia el río la resplandeciente llama:
ardían los olmos, los sauces y los tamariscos;
ardía el loto, el junco y la juncia,
que proliferaban alrededor del bello cauce del río.
Sufrían el azote en los torbellinos las anguilas y los peces,
que daban volteretas acá y allá en las bellas corrientes,
atormentados por el soplo del muy ingenioso Hefesto.
La fuerza del río en llamas lo llamó con sus nombres y exclamó:
«¡Hefesto! Ningún dios ha podido rivalizar contigo,
y no seré yo quien luche contra ti cuando ardes con este fuego.
¡Cesa la porfía! ¡Que el divino Aquiles expulse ya de la ciudad
a los troyanos! ¿Qué me importan esa disputa y su protección?»
Dijo abrasado de fuego, mientras su bello caudal borbotaba.
Como la caldera hierve por dentro, apremiada por un fuego vivo,
al fundir la grasa de un puerco cebado con lisonja
a borbotones por doquier, cuando debajo yace leña seca,
así ardía con el fuego su bella corriente y hervían sus aguas;
no quería proseguir su curso y se detenía, pues lo atormentaba
brutalmente el soplo del mañoso Hefesto. Entonces a Hera
dijo con insistentes súplicas estas aladas palabras:
«¡Hera! ¿Por qué tu hijo ha elegido atacar mi corriente
entre todas? Has de saber que yo no soy tan responsable
como todos los demás que son protectores de los troyanos.
Pero, no obstante, yo desistiré, si tú así lo ordenas;
mas que también ése desista. Además, estoy dispuesto a jurar

que no defenderé nunca a los troyanos del funesto día,
ni siquiera cuando Troya entera con voraz fuego arda
en llamas, incendiada por los marciales hijos de los aqueos.»
En cuanto Hera, la diosa de blancos brazos, oyó eso,
al instante dijo a Hefesto, su querido hijo:
«¡Hefesto, deténte, preclaro hijo! No está bien
repeler a un dios inmortal por culpa de simples mortales.»
Así habló, y Hefesto apagó el maravilloso fuego,
y el oleaje descendió y regresó presuroso al bello cauce.
En cuanto la furia del Janto se doblegó, los dos rivales
cesaron el combate, pues Hera, aun enojada, los contuvo.
Pero entre los demás dioses se suscitó una disputa pesada
y cruenta; y dentro su ánimo soplaba en direcciones opuestas.
Chocaron entre sí con gran estruendo, la ancha tierra bramó,
y el elevado cielo hizo sonar sus trompas. Zeus lo oyó
sentado en el Olimpo, y su corazón se echó a reír
de gozo, al ver a los dioses enfrentarse en una disputa.
Y ya no tardaron entonces en trabar lucha. Ares iba delante,
taladrador de la bovina piel, y acometió primero a Atenea
con la broncínea pica en ristre, mientras la injuriaba así:
«¿Por qué otra vez, mosca de perro, enzarzas a los dioses
en riña con descarada osadía? ¿A qué te impulsa tu gran ánimo?
¿Es que no te acuerdas de cuando incitaste al Tidida Diomedes
a herirme, y tú misma, asiendo a la vista de todos la pica,
la empujaste derecha contra mí y desgarraste mi bella piel [349]?
Por eso ahora creo que tú vas a expiar tus maldades.»
Tras hablar así, le asestó un golpe en la floqueada égida
pavorosa, que ni siquiera el rayo de Zeus doblega;
en ella le golpeó Ares, manchado de asesinatos, con su larga pica.
La diosa retrocedió y cogió en su recia mano una piedra
que había en la llanura, negra, áspera y grande,
que los de antaño habían colocado como mojón de un labrantío,
y atinó en el cuello al impetuoso Ares y dobló sus miembros.

---

[349] Referencia a V 856.

Siete yugadas ocupó en su caída, la melena se manchó de polvo,
y sus armas resonaron en los costados. Palas Atenea se echó a reír
y, blasonando de su triunfo, le dijo estas aladas palabras:
«¡Necio! ¡Aún no te has dado cuenta de cuán mejor
me jacto de ser que tú, que pretendes rivalizar con mi furia!
Así pagarías seguramente la deuda de las Erinies de tu madre,
que está irritada contigo y medita males por haber abandonado
a los aqueos y, en cambio, defender a los insolentes troyanos [350].»
Tras hablar así, desvió de él sus brillantes ojos.
Afrodita, hija de Zeus, lo cogió de la mano y lo condujo
con entrecortados sollozos; apenas recobraba el aliento.
Al verla Hera, la diosa de blancos brazos,
al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:
«¡Ay, vástago de Zeus, portador de la égida, indómita!
La mosca de perro ésa otra vez saca a Ares, estrago de mortales,
fuera del hostil combate en medio del fragor. ¡Ve por ella!»
Así habló, y Atenea se lanzó tras ella con ánimo alegre
y, acometiéndola, dirigió al pecho con su recia mano
un golpe. Se le desmayaron allí mismo el corazón y las rodillas,
y ambos quedaron yaciendo sobre la tierra, nutricia de muchos.
Atenea, blasonando de su triunfo, dijo estas aladas palabras:
«¡Ojalá todos los protectores de los troyanos fueran
igual cuando luchen contra los argivos, armados de corazas,
tan audaces y tan intrépidos como Afrodita lo ha sido
al venir en auxilio de Ares a enfrentarse con mi furia!
Si así fuera, hace tiempo que habríamos terminado la guerra,
tras haber devastado la bien edificada fortaleza de Ilio.»
Así habló, y Hera, la diosa de blancos brazos, se sonrió.
Por su parte, el poderoso sacudidor de la tierra dijo a Apolo:
«¡Febo! ¿Por qué los dos estamos separados? No debemos,
ahora que los otros han comenzado. Será una vergüenza volver
sin luchar al Olimpo, a la morada, de broncíneo piso, de Zeus.

---

[350] Hera es la madre de Ares. Lo mismo se le recrimina a Ares en V 832.

¡Empieza tú, que eres el más joven de los dos! Que sea yo
no está bien, porque tengo más edad que tú y sé más cosas.
¡Necio! ¡Qué olvidadizo corazón has tenido! Ni siquiera
te acuerdas de todos los males que padecimos alrededor de Ilio
sólo nosotros dos de los dioses, cuando al altivo Laomedonte
alquilamos nuestros servicios a instancias de Zeus para un año
por un salario convenido, y él nos daba órdenes y encargos [351].
Yo edifiqué para los troyanos en torno de la ciudad una muralla
ancha y muy bella, que hiciera la urbe inexpugnable.
Y tú, Febo, de las vacas, de torcidos cuernos y tornátiles patas,
eras boyero en las faldas del Ida, lleno de pliegues y frondoso.
Mas cuando las estaciones cumplieron felizmente el plazo
del salario, entonces nos arrebató brutalmente toda la soldada
el terrorífico Laomedonte y nos despidió con amenazas.
Y nos amenazó con amarrarnos juntos los pies y los brazos
y con llevarnos a remotas islas para ser vendidos,
y hacía ademán de pelarnos las orejas con el bronce.
Y nos fuimos los dos de vuelta con el ánimo lleno de rencor,
irritados por el salario que había prometido y no cumplido.
¡Y encima ahora se lo agradeces a sus huestes, en lugar de
intentar con nosotros que los insolentes troyanos perezcan
postrados de hinojos con sus hijos y sus respetables esposas!»
Díjole, a su vez, Apolo, el soberano protector:
«¡Agitador del suelo! Me dirías que en mis cabales no
estoy si me avengo a combatir contigo por culpa de míseros
mortales, que, semejantes a las hojas, unas veces
se hallan florecientes, cuando comen el fruto de la tierra,
y otras veces se consumen exánimes. ¡Ea, cuanto antes
cesemos nuestra lucha! ¡Que diriman ellos solos su porfía!»
Tras hablar así, se dio la vuelta, pues el respeto
le impedía trabar sus manos contra el hermano de su padre.

[351] La construcción del muro, que más tarde Hércules y Telamón entre otros conquistan, está también mencionada en VII 452 s., pasaje en el que, a diferencia del presente, ambos dioses participan en la edificación de la muralla.

Lo recriminaba con dureza su hermana, soberana de las fieras,
la agreste Ártemis, que le dijo estas injuriosas palabras:
«Así que huyes, Protector, cediendo a Posidón
una victoria completa y otorgándole un honor gratuito.
¡Necio! ¿Para qué tienes el arco, si es inútil como el viento?
¡Que ahora no te vuelva a oír ya en las salas de nuestro padre
jactarte, como antes hacías entre los inmortales dioses,
de haber combatido cuerpo a cuerpo contra Posidón!»
Así habló, y el protector Apolo no le respondió nada,
pero sí la venerable compañera de lecho de Zeus, que, airada,
recriminó a la sagitaria con estas injuriosas palabras:
«¡Cómo! ¿Es que tú, impúdica perra, ansías ahora oponerte
a mí? Temible soy yo para ti si deseas rivalizar con mi furor,
por mucho que seas arquera y que Zeus te haya hecho una leona
para las mujeres y te haya otorgado matar a la que quieras.
Mucho mejor es que sigas exterminando por los montes fieras
y agrestes ciervas antes que medir tu fuerza con los poderosos.
Mas si quieres instruirte en el combate, te vas a enterar
de cuán superior soy a ti, aunque rivalizas con mi furor.»
Dijo, y mientras con la izquierda le asía por la muñeca
ambas manos, con la derecha le quitaba el arco de los hombros
y le pegaba con él en las orejas, mientras ella sonreía
y la otra giraba a cada golpe; y las raudas saetas se le caían.
La diosa huyó derecha con la cabeza gacha, como la paloma
que ante el acoso del gavilán vuela a una cóncava roca
y se mete en una hendidura, pues no era su sino ser atrapada;
así ella huyó llorosa, abandonando allí mismo su arco.
Entonces el mensajero Argicida dijo a Leto:
«¡Leto! No seré yo quien luche contra ti; es arriesgado
tener pendencias con esposas de Zeus, que las nubes acumula.
Al contrario, bien satisfecha, ante los inmortales dioses
puedes jactarte de haberme vencido con violenta brutalidad.»
Así dijo, y Leto recuperó las piezas del tortuoso arco,
caídas aquí y allá dentro del torbellino del polvo.
Después de recoger el arco de su hija, ésta marchó de nuevo,

y ella llegó al Olimpo, a la morada, de broncíneo piso, de Zeus,
y se sentó llorosa sobre las rodillas de su padre,
y el inmortal vestido temblaba alrededor. Su padre contra él
la estrechó, el Crónida, que le interrogó con dulce risa:
«¿Quién de los hijos de Urano, querida hija, te ha hecho
esa sinrazón, como si fueras culpable de un delito flagrante?»
Díjole, a su vez, la de buena corona, la ruidosa:
«Padre, tu esposa me ha maltratado, Hera, de blancos brazos,
por cuya culpa los inmortales han trabado disputa y contienda.»
Así conversaban ellos con tales razones.
Por su parte, Febo Apolo penetró en la sacra Ilio,
pues le preocupaba la muralla de la bien edificada ciudad,
por si los dánaos la saqueaban aquel día contra el destino.
Los demás sempiternos dioses marcharon al Olimpo,
irritados unos y muy ufanos los otros,
y se sentaron al lado del padre, de oscura nube [352]. Y Aquiles
seguía diezmando guerreros y solípedos caballos troyanos.
Como cuando se adentra y llega al ancho cielo el humo
de una ciudad en llamas, que la cólera divina ha desatado,
y a todos causa pesar y los duelos alcanzan a muchos,
así Aquiles causaba penalidades y duelos entre los troyanos.
El anciano Príamo, de pie sobre la divina torre [353],
divisó al monstruoso Aquiles. Ante su empuje los troyanos
se atropellaban en general desbandada sin ningún socorro
que apareciera. Dio un gemido y bajó de la torre al suelo,
para urgir a los ilustres celadores apostados junto al muro:
«Mantened con las manos las puertas abiertas de par en par,
hasta que las desbandadas huestes entren en la ciudad; Aquiles
los atropella cerca, y ahora creo que va a ser el desastre.

[352] Como es frecuente en Homero, las escenas de dioses, incluidas las de batalla, acaban de manera no trágica. Tras la teomaquia el relato vuelve a las hazañas trágicas y mortales de Aquiles.

[353] Quizá se dice que es divina por haber sido construida por Posidón y por Apolo.

En cuanto se refugien dentro de la muralla y cobren aliento,
volved a cerrar las hojas, sólidamente ajustadas;
temo que ese funesto hombre salte dentro de la muralla.»
Así habló, y aflojaron los cerrojos y quitaron las trancas,
y las desplegadas hojas iluminaron su salvación. Entonces Apolo
se destacó contra él para proteger del estrago a los troyanos,
que, derechos hacia la ciudad y hacia su elevada muralla,
con la garganta áspera de sed y cubiertos de polvo de la llanura
huían. Aquiles los acosaba enérgico con la pica, y una rabia
brutal y sin tregua dominaba su corazón, ávido de ganar gloria.
Entonces los hijos de los aqueos habrían tomado Troya,
la de altas puertas, si Febo Apolo no hubiera impulsado
al divino Agénor, el intachable y esforzado hijo de Anténor.
Le infundió audacia en el corazón, y él mismo a su lado
se paró, para protegerlo de las pesadas parcas de la muerte,
recostado en la encina [354] y cubierto de tupida bruma.
Nada más ver a Aquiles, saqueador de ciudades, se detuvo,
y durante su espera muchas ideas bullían en su corazón.
Y he aquí que dijo apesadumbrado a su magnánimo corazón:
«¡Ay de mí! Si ante el esforzado Aquiles
huyo por donde los demás se atropellan despavoridos,
aun así me prenderá y me degollará como a un cobarde.
Pero ¿y si dejo a ésos atropellarse ante el Pelida Aquiles
y yo huyo por otro sitio lejos de la muralla
a la carrera hacia la llanura de Ilo [355], hasta llegar
a las faldas del Ida y esconderme entre los matorrales?
Por la tarde entonces, una vez bañado en el río,
podría regresar a Ilio, después de refrescarme del sudor.
Pero ¿por qué mi ánimo me ha suscitado este debate?
Mira que si me ve alejarme de la ciudad hacia el llano,

[354] Seguramente se refiere a la encina que hay cerca de las puertas Esceas; por eso traduzco '*la* encina'.

[355] No hay otra noticia que ayude a interpretar con precisión 'la llanura de Ilo'.

y se precipita tras de mí y me alcanza con sus rápidos pies;
entonces ya no habrá medio de eludir la muerte y las parcas,
pues su vigor excede en mucho al de todos los hombres.
¿Y si voy y me enfrento a él delante de la ciudad?
Sin duda, también su piel es vulnerable al agudo bronce,
y tiene una sola vida y las gentes dicen que es mortal,
aunque Zeus Crónida hace que le acompañe la gloria.»

Hablando así, aguardaba agazapado a Aquiles, y su corazón
fornido se agitaba en su interior, presto a combatir y luchar.
Igual que una pantera sale de la profunda espesura
para encarar de frente al cazador, y su ánimo
no se intimida ni arredra al oír ladrar a la jauría;
pues aun cuando aquél se adelante y la hiera o la acierte,
ni siquiera con la lanza atravesada renuncia a su coraje
antes de entablar combate cuerpo a cuerpo o sucumbir;
así el hijo del admirable Anténor, el divino Agénor,
renunciaba a huir sin hacer una tentativa contra Aquiles;
al contrario, embrazaba el broquel, por doquier equilibrado,
y apuntaba a Aquiles con la pica, exclamando con recia voz:

«Sin duda, esclarecido Aquiles, tienes grandes esperanzas
de saquear en el día de hoy la ciudad de los altivos troyanos.
¡Necio! Aún habrá que padecer numerosos dolores por ella;
pues los hombres que hay en su interior somos muchos y fornidos
y además en defensa de nuestros padres, esposas e hijos
protegemos Ilio. Eres tú quien alcanzará aquí su hado,
por muy terrorífico y audaz combatiente que seas.»

Dijo, y arrojó la aguda jabalina de su pesada mano
y le acertó en la pantorrilla, bajo la rodilla, y no falló.
La recién fabricada greba de estaño que le cubría
resonó pavorosamente, y el bronce rebotó lejos del punto
del impacto sin perforarla: el obsequio del dios la frenó.
El Pelida se lanzó contra Agénor, comparable a un dios,
en segundo lugar; y Apolo le impidió aún alzarse con la gloria
y se lo arrebató, envolviéndolo con una tupida bruma,
y lo envió tranquilo de regreso fuera del combate.

Además, mediante un engaño apartó al Pelida de la hueste:
el protector, asemejándose en todo al propio Agénor, se detuvo
ante los pies de Aquiles, que se lanzó corriendo a perseguirlo.
Durante un rato éste lo persiguió por el llano, feraz en trigo,
desviando a lo largo del Escamandro, el río de hondos remolinos,
al que le precedía corto trecho: con astucia lo hechizaba Apolo
para guardar intacta su esperanza de alcanzarlo con sus pies;
entre tanto, los demás troyanos, fugitivos, llegaron en tropel
felices a la ciudad, que se llenó de refugiados.
Y fuera de la ciudad y de la muralla ni siquiera osaron
aguardarse unos a otros para informarse del que hubiera escapado
y del que había muerto en el combate, sino que penetró presuroso
en la ciudad todo aquel a quien sus rodillas y sus pies salvaron.

CANTO XXII [356]

Así fue como en la ciudad, despavoridos como cervatos,
se enjugaron el sudor, y bebieron y mitigaron la sed,
recostados en los bellos contrafuertes. A su vez, los aqueos
se acercaron al muro con los escudos apoyados en los hombros [357].
Impedido por su destino fatal, Héctor quedó solo allí mismo,
delante de Ilio y de las puertas Esceas.
Y por su parte, Febo Apolo dijo al Pelida [358]:
«¿Por qué, hijo de Peleo, con rápidos pies me persigues,
un simple mortal a un inmortal dios? ¡Ni siquiera aún has
notado que soy un dios y sigues obstinado en tu vehemente furor!
No te interesa hacer daño a los troyanos que has puesto en fuga
y se han refugiado en la ciudad mientras tú vagabas hasta aquí.
Pero no me matarás, pues no es mi destino perecer ante ti.»
Muy apenado, le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

---

[356] El título que la Antigüedad tardía dio a este canto es 'la muerte de Héctor'.

[357] «Con los escudos apoyados en los hombros» se emplea en otros dos contextos (XI 593 y XIII 488) para referirse a un grupo que aguarda con firmeza el ataque del enemigo. La situación aquí es distinta, a menos que se entienda que avanzan despacio y con precaución, cosa que no parece adecuada ante la desbandada troyana. Quizá por eso la frase se refiere a que se han echado a la espalda los escudos, sujetos por el tahalí, para hacer más rápida la huida, como sucede en VIII 94 y XI 545.

[358] Apolo ha tomado el aspecto de Agénor, véase XXI 600.

«¡Me has burlado, protector, el más execrable de los dioses,
al desviarme ahora aquí lejos de la muralla! Si no, muchos aún
habrían mordido el polvo antes de refugiarse en Ilio.
Ahora a mí me has quitado gran gloria y a ellos has salvado
sin ningún riesgo, porque no temías ningún castigo posterior.
¡Claro que me cobraría venganza de ti si tuviera poder!»
Tras hablar así, partió hacia la ciudad lleno de altanería,
precipitándose veloz, como con el carro el caballo campeón,
que a galope tendido recorre fácilmente la llanura;
con igual celeridad movía Aquiles los pies y las rodillas [359].
El anciano Príamo fue el primero en verlo con sus ojos
lanzado por la llanura, resplandeciente como el astro
que sale en otoño y cuyos deslumbrantes destellos resultan
patentes entre las muchas estrellas en la oscuridad de la noche
y al que denominan con el nombre de Perro de Orión [360].
Es el más brillante, pero constituye un siniestro signo
y trae muchas fiebres a los míseros mortales;
así brillaba el bronce alrededor de su pecho al correr.
El anciano exhaló un suspiro, se golpeó la cabeza con las manos,
tras extenderlas a lo alto, y con un profundo gemido gritó,
suplicando a su hijo. Mas éste estaba quieto ante las puertas,
lleno de un ansia incontenible de luchar contra Aquiles.
El anciano abrió los brazos y le dirigió palabras lastimeras:
«¡Héctor! Te lo pido, hijo mío, no aguardes a ese hombre
solo y lejos de los demás. Si no, pronto alcanzarás el destino,
doblegado por el Pelida, pues en verdad él es muy superior,
¡el cruel! ¡Ojalá fuese igual de querido para los dioses
que para mí! Pronto lo devorarían los perros y los buitres
en el suelo, y esta atroz aflicción se iría de mis entrañas.

---

359 El mismo verso se refiere a Héctor en XV 269.

360 Sirio, la estrella más luminosa de la constelación del Can Mayor, que sigue a Orión. Es llamativa la indicación de la estación, pues Sirio sólo se ve por la noche en invierno y en primavera.

Me ha dejado privado de muchos y valerosos hijos,
que ha matado o vendido en remotas islas.
También ahora hay dos hijos míos, Licaón y Polidoro,
que no consigo ver entre los troyanos refugiados en la ciudad
y que Laótoe, poderosa entre las mujeres, dio a luz para mí [361].
Mas si están vivos en el campamento, seguro que pronto
los rescataremos con bronce y oro, pues hay en casa, ya que
el viejo Altes, de ilustre nombre, dio una gran dote a su hija.
Pero si ya están muertos y en las moradas de Hades,
¡qué dolor tendremos su madre y yo, que los engendramos!
Para el resto de las huestes el dolor no será tan duradero,
a no ser que tú también mueras doblegado por Aquiles.
No te quedes y entra en la muralla, hijo mío; así salvarás
a los troyanos y troyanas y evitarás otorgar una gran gloria
al Pelida y además privarte tú mismo de la propia vida.
Y apiádate de este desdichado de mí aún en sus cabales,
del infeliz a quien el padre Crónida en el umbral de la vejez [362]
consumirá con un sino cruel después de ver muchas desgracias:
a mis hijos pereciendo, a mis hijas arrastradas a la esclavitud,
las habitaciones destruidas, los tiernos hijos
estrellados contra el suelo en la atroz lid
y a mis nueras tiradas bajo las malditas manos de los aqueos.
A mí mismo, por fin, en la primera de las puertas los perros
carniceros me despedazarán, cuando alguien con el agudo bronce
me golpee o dispare y me quite el aliento vital de los miembros:
¡los perros guardianes de la puerta criados a la mesa de palacio,
que, después de beberme la sangre, con ánimo desvariado
se tenderán en el vestíbulo! Al joven todo le sienta bien,

---

361 Sobre Polidoro véase XX 407 ss.; sobre Licaón, XX 34 ss. La madre, Laótoe, es citada en XXI 85 ss. Príamo y Anténor, padres de muchos guerreros troyanos, parecen ser presentados como polígamos. Si es así, ésta sería una de las pocas diferencias entre los usos de los griegos y los de los troyanos.

362 'En la vejez más extrema'.

aun muerto por obra de Ares y desgarrado por el agudo bronce,
cuando yace: aun muerto, todo lo que de él aparece es bello.
Pero cuando los perros mancillan la cabeza canosa,
el canoso mentón y las vergüenzas de un anciano asesinado,
eso es lo más lamentable para los míseros mortales.»
Dijo el anciano, y con las manos se mesaba el canoso cabello
y se lo arrancaba de la cabeza; mas no convencía a Héctor.
Al otro lado, su madre se lamentaba y vertía lágrimas, mientras
con una mano se abría el vestido y con otra se alzaba el pecho.
Y entre las lágrimas que vertía le dijo estas aladas palabras:
«¡Héctor, hijo mío! Respeta esto y compadécete de mí,
si te puse en los labios el pecho, que acalla los llantos.
¡Acuérdate de eso, hijo mío, y protégete del enemigo
metiéndote en la muralla! ¡No te enfrentes a ése en duelo!
¡El cruel! Pues si te mata, yo ya no te podré
llorar en el lecho, querido retoño a quien yo di a luz,
ni tampoco tu esposa, de rica dote; y muy lejos de las dos,
junto a las naves argivas, te devorarán los rápidos perros.»
Así lloraban los dos y se dirigían a su hijo
con insistentes ruegos; mas no convencían el ánimo de Héctor,
que aguardaba firme al monstruoso Aquiles, que ya se acercaba.
Como una montaraz serpiente acecha a un hombre sobre su cubil,
ahíta de pérfidos venenos; una atroz ira la invade
y su mirada es pavorosa al enroscarse alrededor de su cueva,
con el mismo incombustible furor resistía Héctor sin ceder,
con el resplandeciente broquel apoyado en el prominente zócalo.
Y he aquí que apesadumbrado dijo a su magnánimo corazón:
«¡Ay de mí! Si me meto en las puertas y en las murallas,
Polidamante será el primero en cubrirme de oprobios [363],
pues me ha ordenado guiar a los troyanos hacia la ciudad
esta noche maldita en que el divino Aquiles ha dejado la calma.
Mas yo no le he hecho caso, y ¡cuánto mejor habría sido!

[363] Alusión a XVIII 249 ss.

Ahora que ha perecido la tropa por culpa de mis necedades,
vergüenza me dan los troyanos y troyanas, de rozagantes mantos,
no sea que alguna vez alguien vil y distinto de mí diga:
'Héctor, por fiarse de su fuerza, hizo perecer la hueste.'
Así dirán; y en ese caso para mí habría sido mucho mejor
enfrentarme contra Aquiles y regresar después de matarlo
o perecer yo mismo con gloria delante de la ciudad.
¿Y si depongo el abollonado broquel y el ponderoso casco
y tras dejar la lanza apoyada contra la muralla
voy sin armas y me presento ante el intachable Aquiles
y le prometo entregar a Helena, junto con las riquezas
íntegras que Alejandro se trajo en las cóncavas naves
a Troya, acción que fue la causa de la contienda,
a los Atridas, para que se la lleven, y además con los aqueos
repartirnos todos los demás tesoros que guarda esta ciudad?
Después puedo tomar juramento de honor a los troyanos
de no esconder nada y de repartir en dos lotes todos
los tesoros que encierra en su interior la amena ciudadela.
Pero ¿por qué mi ánimo me ha suscitado este debate?
¡Mira que si voy y me presento ante él y, lejos de apiadarse
y de respetarme, me mata desnudo sin la panoplia,
igual que a una mujer, cuando ya me haya quitado las armas!
Mas no es el momento de remontarse a la encina y a la piedra [364],
ni de charlar con él de las lindezas de una doncella y un mozo
ni de las ternuras que una doncella y un mozo se intercambian.
Más vale entablar la disputa cuanto antes.
¡Averigüemos a quién de los dos tiende el Olímpico su honor!»
Mientras esperaba agitando estas ideas, Aquiles se acercó,
semejante a Enialio, el guerrero del centelleante casco,
enarbolando sobre el hombro derecho la pelíada lanza de fresno,

---

364 El origen y el significado preciso de la expresión son difíciles de determinar, aunque el sentido general es claro: Héctor manifiesta su intención de pasar a la acción y de dejar las puras palabras.

terrible; a los lados el bronce brillaba parecido al destello
que emiten el ardiente fuego o el sol al salir.
Nada más verlo, Héctor fue presa del temblor y ya no soportó
seguir allí, sino que dejó atrás las puertas y echó a huir.
El Pelida arremetió fiado en sus raudos pies,
como en los montes el gavilán, la más veloz de las aves,
fácilmente se arroja en pos de una trémula paloma;
ésta huye delante, y aquél la acosa con agudos graznidos,
carga repetidas veces, y su ánimo le impele a capturarla;
así aquél volaba derecho enardecido, y Héctor echó a huir
hacia el pie de la muralla, moviendo con celeridad las rodillas.
Más allá de la atalaya y del ventoso cabrahígo pasaron [365],
cada vez más lejos de la muralla por la senda de carretas,
y llegaron a los dos manantiales, de bello caudal. Allí
una pareja de fuentes brota del turbulento Escamandro:
de una el agua mana tibia, y alrededor una nube de vapor
asciende desde ella, como si fuera de ardiente fuego;
la otra incluso en verano fluye parecida al granizo,
a la fría nieve o al cristalino hielo formado de agua.
Allí hay cerca sobre ellas unos anchos lavaderos
bellos, de piedra, donde los resplandecientes vestidos
solían lavar las esposas y las bellas hijas de los troyanos
en tiempos de paz, antes de llegar los hijos de los aqueos.
Por allí pasaron corriendo, uno huyendo y otro acosando detrás.
Delante huía un valiente, pero uno mucho mejor lo perseguía
aprisa: no era la víctima de un sacrificio ni una bovina piel [366]
por lo que competían, premios comunes en las carreras humanas,
sino que corrían por la vida de Héctor, domador de caballos.

---

[365] La atalaya no ha sido mencionada hasta el momento, pues no parece que pueda referirse al lugar indicado en II 793, que está relativamente lejos de la muralla. El cabrahígo ha sido citado en VI 433 y XI 167. Las demás indicaciones sobre el paisaje, tan vívidas y concretas en apariencia, son imposibles de situar y no desempeñan ningún papel en el resto del poema. Todo hace suponer que son indicaciones creadas *ad hoc* para el pasaje.

[366] Un escudo, posiblemente.

Como los solípedos caballos campeones alrededor de las metas
giran con enorme agilidad cuando hay un gran premio propuesto,
un trípode o una mujer, en los juegos en honor de un difunto,
tan vertiginosas fueron las tres vueltas que dieron a la ciudad
de Príamo con prestos pies. Todos los dioses los contemplaban,
y entre ellos tomó la palabra el padre de hombres y de dioses:
«¡Ay! Querido me es el hombre al que veo con mis ojos
perseguido alrededor de la muralla. Mi corazón siente lástima
por Héctor, que en mi honor ha quemado muchos muslos de bueyes,
a veces en las cimas del Ida, lleno de pliegues, y otras veces
en la cúspide de la ciudad. Pero ahora el divino Aquiles
lo persigue con rápidos pies alrededor de la ciudad de Príamo.
Mas, venga, dioses, reflexionad y decidid
si lo vamos a salvar de la muerte o si ya lo vamos
a doblegar ante el Pelida Aquiles, a pesar de su valor.»
Díjole, a su vez, Atenea, la ojizarca diosa:
«¡Padre del blanco rayo y de la negra nube! ¡Qué has dicho!
¿A un hombre mortal y desde hace tiempo abocado a su sino
pretendes sustraer de la entristecedora muerte?
Hazlo, mas no te lo aprobamos todos los demás dioses.»
En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«¡Tranquilízate, Tritogenía, cara hija! No lo he dicho
con el ánimo resuelto a ello y quiero ser benigno contigo.
Obra conforme a tu designio y no te demores ya.»
Con estas palabras instó a Atenea, ya antes enardecida,
que descendió presurosa de las cumbres del Olimpo.
Sin tregua acuciaba y acosaba a Héctor el ligero Aquiles.
Como cuando un perro hostiga en los montes a una cría de cierva,
tras levantarla de la madriguera, por cárcavas y cañadas
e incluso si pierde la pista al acurrucarse bajo un matorral
la rastrea y corre sin nada que lo detenga hasta hallarla,
tampoco Héctor lograba despistar al velocípedo Pelida.
Cuantas veces se lanzó hacia las puertas dardanias [367]

[367] También nombradas en V 789, aunque quizá sea otro nombre distinto de las mismas puertas Esceas.

de frente, para precipitarse bajo las bien edificadas torres
y probar si desde arriba lo defendían con sus disparos,
otras tantas se le anticipó y lo desvió hacia la llanura,
y era él quien todo el tiempo volaba del lado de la ciudad.
Igual que en un sueño no se puede aprehender a quien huye,
y ni el uno logra escapar ni el otro ir en su persecución,
así tampoco ellos podían, uno prenderlo y el otro eludirlo.
¿Cómo habría escapado Héctor de las parcas de la muerte
si no hubiera sido por Apolo, que por última y postrera vez
le salió al paso cerca y le infundió furor y raudas rodillas?
El divino Aquiles hacía a las huestes señas con la cabeza
y les prohibía disparar amargos dardos a Héctor, para evitar
que otro acertara y se alzara con la gloria, y él llegara tarde.
Pero cuando ya por cuarta vez llegaron a los manantiales,
entonces el padre de los dioses desplegó la áurea balanza,
puso en ella dos parcas de la muerte, de intensos dolores,
la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos;
la cogió por el centro y la suspendió; y el día fatal de Héctor
inclinó su peso y descendió al Hades; y Apolo lo abandonó.
Ante el Pelida llegó Atenea, la ojizarca diosa,
y, deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:
«Ahora sí que espero, esclarecido Aquiles, caro a Zeus,
que ambos llevaremos a los aqueos una gran gloria a sus naves
tras aniquilar a Héctor, por insaciable de lucha que sea.
Ahora ya no hay posibilidad de que se nos escape,
por muchas penas que el protector Apolo sufra
rodando y rodando ante el padre Zeus, portador de la égida.
Deténte tú ahora y recobra el aliento, que yo a éste
me acercaré y le convenceré para que luche frente a frente.»
Así habló Atenea, y él hizo caso y se alegró en su ánimo,
y se detuvo, apoyado en la lanza de fresno, de broncínea hoja.
Ella lo dejó y alcanzó a Héctor, de la casta de Zeus,
tras tomar la figura de Deífobo y su inquebrantable voz.
Y deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:

«¡Querido hermano! Mucho te acucia el ligero Aquiles
acosándote con sus rápidos pies alrededor de la ciudad de Príamo.
¡Ea, detengámonos y permanezcamos firmes hasta rechazarlo!»
Díjole, a su vez, el alto Héctor, de tremolante penacho:
«¡Deífobo! Te juro que ya antes eras para mí el más querido
de mis hermanos, de los hijos que Príamo y Hécuba engendraron.
Pero ahora veo que te honraré aún más en las mientes,
porque por mí has osado, en cuanto me has visto con tus ojos,
salir de la muralla, mientras los demás se han quedado dentro.»
Díjole, a su vez, Atenea, la ojizarca diosa:
«¡Hermano! Te juro que nuestro padre, nuestra augusta madre
y nuestros compañeros me han pedido con insistencia abrazados
a mis rodillas que me quedara: ¡tal temblor sacude sus piernas!
Pero a mí la lúgubre pena me taladraba por dentro el corazón.
Ahora vayamos derechos contra él y luchemos con furia
sin escatimar para nada las lanzas. Veremos si Aquiles
nos mata a los dos y se lleva nuestros despojos ensangrentados
a las huecas naves, o si es él quien sucumbe bajo tu lanza.»
Así habló, y con perfidia Atenea partió por delante.
Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,
díjole el primero el alto Héctor, de tremolante penacho:
«Ya no huiré de ti, hijo de Peleo, como hasta ahora.
Tres vueltas he dado a la gran ciudad del divino Príamo
sin osar resistir tu ataque; mas ahora el ánimo me impulsa
a detenerme frente a ti, y te apresaré o me apresarás.
Mas, ea, intercambiémonos las garantías de los dioses: ellos
serán los mejores testigos y custodios de nuestros convenios.
Yo no ultrajaré tu terrorífica persona en caso de que Zeus
me conceda la fortaleza y yo logre quitarte la vida,
sino que, tras despojarte de las ilustres armas, Aquiles,
devolveré tu cadáver a los aqueos. Haz tú también lo mismo.»
Mirándolo con torva faz, replicó Aquiles, de pies ligeros:
«¡Héctor! ¡No me hables, maldito, de pactos!
Igual que no hay juramentos leales entre hombres y leones
y tampoco existe concordia entre los lobos y los corderos,

porque son encarnizados enemigos naturales unos de otros,
así tampoco es posible que tú y yo seamos amigos, ni habrá
juramentos entre ambos, hasta que al menos uno de los dos caiga
y sacie de sangre a Ares, guerrero del escudo de bovina piel.
Recuerda toda clase de valor: ahora sí que tienes
que ser un buen lancero y un audaz combatiente.
Ya no tienes escapatoria; Palas Atenea te doblegará pronto
por medio de mi pica. Ahora pagarás juntos todos los duelos
por los compañeros míos que has matado con tu furibunda pica.»
Dijo, y, blandiéndola, arrojó la pica, de luenga sombra.
Y el esclarecido Héctor la vio venir de frente y la esquivó,
pues previó la dirección y se agachó; y la broncínea pica pasó
volando por encima y se clavó en el suelo. Palas Atenea la sacó
y se la devolvió a Aquiles sin que Héctor, pastor de huestes,
lo notara. Y Héctor dijo al intachable Pelida:
«¡Has errado, Aquiles, semejante a los dioses!
¡No conocías gracias a Zeus mi sino contra lo que afirmabas!
No has resultado ser más que un charlatán y un embustero
que quería asustarme para hacerme olvidar la furia y el coraje.
No será por la espalda y huyendo como me clavarás la pica;
¡en el pecho, según vaya furioso en derechura, húndemela,
si es que el dios te lo ha otorgado! Mas esquiva mi pica
broncínea primero: ¡ojalá se te meta entera en el cuerpo!
La guerra se volvería más liviana para los troyanos
con tu muerte, pues eres para ellos la peor calamidad.»
Dijo, y blandiéndola, arrojó la pica, de luenga sombra,
y acertó al Pelida en pleno escudo, y no erró.
Lejos del escudo salió despedida la lanza, y Héctor se irritó
porque el ligero proyectil había escapado en vano de su brazo.
Se detuvo abatido, pues no tenía otra pica de fresno.
Llamó a Deífobo, el del blanco broquel, con recia voz
y le pidió una larga lanza: pero ya no estaba cerca.
Héctor comprendió en su corazón y exclamó:
«¡Ay! Sin duda los dioses ya me llaman a la muerte.
Estaba seguro de que el héroe Deífobo se hallaba a mi lado;

pero él está en la muralla, y Atenea me ha engañado.
Ahora sí que tengo próxima la muerte cruel; ni está ya lejos
ni es eludible. Eso es lo que hace tiempo fue del agrado
de Zeus y del flechador hijo de Zeus, que hasta ahora me
han protegido benévolos; mas ahora el destino me ha llegado.
¡Que al menos no perezca sin esfuerzo y sin gloria,
sino tras una proeza cuya fama llegue a los hombres futuros!»
Después de hablar así, desenvainó la aguda espada
que llevaba suspendida de su costado, larga y robusta,
y tras tomar impulso partió, cual águila de alto vuelo
que baja al llano a través de las tenebrosas nubes
para arrebatar una tierna cordera o una trémula liebre;
así partió Héctor, haciendo vibrar la aguda espada.
También se lanzó Aquiles, con el ánimo lleno de furia
salvaje; se cubrió el torso por delante con el escudo
bello, primoroso, mientras hacía oscilar el reluciente casco
de cuatro mamelones y ondeaban alrededor las bellas crines
áureas que Hefesto había apretado hasta formar un crestón.
Como va entre los astros en la oscuridad de la noche la estrella
vespertina, el astro más bello que hay fijo en el firmamento,
así era el fulgor de la afilada punta que Aquiles blandía
con la diestra, maquinando la perdición del divino Héctor
e indagando dónde su bella piel ofrecería menor resistencia.
Todo su cuerpo estaba protegido por la broncínea armadura
bella que había despojado al potente Patroclo tras matarlo;
sólo se veía donde las clavículas separan cuello y hombros,
el gaznate, que es por donde más pronto se pierde la vida.
Por allí el divino Aquiles le hundió la pica en pleno ataque.
La punta penetró derecha a través del delicado cuello;
y el asta de fresno, pesada por el bronce, no le cercenó la tráquea,
con lo que todavía pudo responderle y decir unas palabras.
Se desplomó en el polvo, y el divino Aquiles exclamó triunfante:
«¡Héctor! Al despojar a Patroclo sin duda creíste estar
a salvo y para nada te preocupaste de mí, porque estaba lejos.
¡Insensato! Lejos de aquél un vengador muy superior a la zaga

se había quedado junto a las huecas naves, y ése soy yo,
que te he doblado las rodillas. De ti tirarán y te humillarán
los perros y las aves; y a él los aqueos le harán las exequias.»
Desfallecido, le dijo Héctor, el de tremolante penacho:
«¡Te lo suplico por tu vida, tus rodillas y tus padres!
No dejes a los perros devorarme junto a las naves de los aqueos;
en lugar de eso, acepta bronce y oro en abundancia,
regalos que te darán mi padre y mi augusta madre,
y devuelve mi cuerpo a casa, para que al morir del fuego
me hagan partícipe los troyanos y las esposas de los troyanos.»
Mirándolo con torva faz, replicó Aquiles, de pies ligeros:
«No implores, perro, invocando mis rodillas y a mis padres.
¡Ojalá que a mí mismo el furor y el ánimo me indujeran
a despedazarte y a comer cruda tu carne por tus fechorías!
Tan cierto es eso como que no hay quien libre tu cabeza
de los perros, ni aunque el rescate diez veces o veinte veces
me lo traigan y lo pesen aquí y además prometan otro tanto,
y ni siquiera aunque mandara pagar tu peso en oro
Príamo Dardánida. Ni aun así tu augusta madre depositará
en el lecho el cadáver de quien ella parió para llorarlo.
Los perros y las aves de rapiña se repartirán entero tu cuerpo.»
Ya moribundo, le dijo Héctor, el de tremolante penacho:
«Bien te conozco con solo mirarte y ya contaba con no
convencerte. De hierro es el corazón que tienes en las entrañas.
Cuídate ahora de que no me convierta en motivo de la cólera
de los dioses contra ti el día en que Paris y Febo Apolo te
hagan perecer, a pesar de tu valor, en las puertas Esceas.»
Apenas hablar así, el cumplimiento de la muerte lo cubrió.
El aliento vital voló de la boca y marchó a la morada de Hades,
llorando su hado y abandonando la virilidad y la juventud.
Ya estaba muerto cuando dijo Aquiles, de la casta de Zeus:
«¡Muere! Mi parca yo la acogeré gustoso cuando Zeus
quiera traérmela y también los demás dioses inmortales.»
Dijo, y arrancó del cadáver la broncínea pica,
la dejó a un lado y le quitó de los hombros las armas

ensangrentadas. Los hijos de los aqueos acudieron corriendo
y quedaron admirados de la talla y de la envidiable belleza
de Héctor; y nadie hubo que se presentara y no lo hiriera.
Y así decía cada uno, mirando al que tenía próximo:
«¡Qué sorpresa! ¡Ahora sí que es Héctor mucho más blando
de tocar que cuando prendió las naves con el voraz fuego.»
Así repetía cada uno cuando se presentaba y lo hería.
El divino Aquiles, de pies protectores, tras despojarlo,
pronunció estas aladas palabras, de pie en medio de los aqueos:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
Ahora que los dioses nos han concedido doblegar a este hombre,
que nos ha causado solo más males que todos los demás juntos,
ea, hagamos una tentativa con las armas alrededor de la ciudad
para enterarnos de los planes que aún tienen los troyanos,
si es que van a abandonar la ciudadela, ahora que éste ha caído,
o arden en deseos de resistir a pesar de la ausencia de Héctor.
Pero ¿por qué mi ánimo me ha suscitado este debate?
Yace junto a las naves sin llanto y sin entierro el cuerpo
de Patroclo. De él no he de olvidarme mientras yo
esté entre los vivos y mis rodillas puedan moverse.
Incluso si en la morada de Hades uno se olvida de los muertos,
también allí yo tendré en la memoria a mi querido compañero.
Ahora, ea, jóvenes de los aqueos, cantando un himno de victoria,
regresemos a las huecas naves y llevémonos a éste.
Nos hemos alzado con gran gloria: hemos matado al divino Héctor,
a quien los troyanos en la ciudad invocaban como a un dios.»
Dijo, e imaginaba ignominias contra el divino Héctor.
Le taladró por detrás los tendones de ambos pies
desde el tobillo al talón, enhebró correas de bovina piel
que ató a la caja del carro y dejó que la cabeza arrastrara.
Montó en la caja del carro, recogió la ilustre armadura,
los fustigó para arrearlos, y los dos de grado echaron a volar.
Gran polvareda se levantó del cadáver arrastrado; los cabellos
oscuros se esparcían, y la cabeza entera en el polvo

yacía, antes encantadora. Zeus entonces a sus enemigos
había concedido que lo ultrajaran en su propia patria.
Así quedó cubierta su cabeza entera de polvo. Su madre
se mesó los cabellos, arrojó el nítido velo lejos
y prorrumpió en muy elevados llantos al ver a su hijo.
También su padre emitió un lastimero gemido, y las gentes
por la ciudad eran presa de llantos y de lamentos.
Todo parecía como si la almenada Ilio se estuviera
consumiendo entera por el fuego desde los cimientos.
Las gentes a duras penas contenían al apenado anciano,
ansioso por salir fuera de las puertas dardanias.
A todos imploraba, rodando por el estiércol
y llamando a cada uno por su nombre:
«¡Apartaos, amigos, y dejadme, mal que os pese,
salir de la ciudad y llegar a las naves de los aqueos!
Quiero suplicar a ese hombre inicuo y brutal,
a ver si respeta mi edad y se compadece de mi vejez.
También él tiene un padre de avanzada edad, Peleo,
que lo engendró y crió para que fuera la calamidad
de los troyanos; mas es a mí a quien más dolores ha causado:
¡tantos son los hijos que me ha matado en la flor de la vida!
Aun afligido por todos, por aquéllos no me lamento tanto
como por uno, por quien la punzante pena me hará bajar al Hades,
por Héctor. ¡Ojalá hubiera muerto por lo menos en mis brazos!
Ambos nos habríamos hartado de llorar y sollozar por él,
su desafortunada madre que le dio a luz y yo mismo.»
Así habló llorando, y los ciudadanos respondían gimiendo.
Entre las troyanas Hécuba entonó un reiterativo llanto:
«¡Hijo mío! ¡Ay mísera de mí! ¿A qué vivir con este atroz
sufrimiento, ahora que estás muerto? Noche y día eras para mí
una prenda de orgullo en la ciudad y un provecho en la villa
para todos los troyanos y troyanas, que como a un dios te
daban la bienvenida. También para ellos eras una gran gloria
en vida; pero ahora la muerte y el destino te han alcanzado.»

Así habló llorando. Su esposa no tenía aún noticia
de Héctor. Ningún fidedigno mensajero había llegado ante ella
a anunciarle que su esposo permanecía fuera de las puertas;
pues en lo más recóndito de la alta morada hilaba un tejido,
un manto doble de púrpura en el que bordaba variopintos adornos.
Había encargado a las criadas de la casa, de bellos bucles,
poner al fuego una gran trébede que sirviera
de baño caliente para Héctor a su regreso de la lucha.
¡Insensata!, no sabía que muy lejos del baño lo
había doblegado a manos de Aquiles la ojizarca Atenea.
Oyó los llantos y los gemidos que venían de la torre,
sus miembros se tambalearon, la lanzadera se le cayó al suelo,
y habló de nuevo a las sirvientas, de bellos bucles:
«¡Venid aquí! ¡Que dos me acompañen a ver qué ha sucedido!
He oído la voz de mi respetable suegra y siento que por dentro
el corazón palpita en mi pecho hasta la boca y que las rodillas
se me ponen rígidas: una desgracia acecha a los hijos de Príamo.
¡Ojalá no llegara a mis oídos lo que voy a decir! Mas muy atroz
miedo siento de que el divino Aquiles aísle al audaz Héctor,
le corte la retirada de la ciudad y lo persiga hacia la llanura,
hasta poner fin a esa dolorosa valentía que lo dominaba,
que nunca le dejaba quedarse con el grueso de las tropas
y que le hacía adelantarse, sin ceder a nadie en ardor.»
Hablando así, atravesó presurosa el palacio como alocada,
con el corazón palpitante, y las criadas salieron con ella.
Al llegar a la torre y reunirse con la muchedumbre de hombres,
se detuvo sobre la muralla mirando con ansiedad, y entonces vio
cómo lo arrastraban delante de la ciudad: los rápidos caballos
lo arrastraban sin exequias a las cóncavas naves de los aqueos.
Una tenebrosa noche le cubrió con su velo los ojos;
se desplomó hacia atrás y se desmayó sin aliento.
Lejos de la cabeza tiró las brillantes sujeciones del pelo,
la diadema, la redecilla [368], el trenzado lazo

368 Probablemente se trata de una especie de mantilla.

y el velo que le había dado la áurea Afrodita
el día en que Héctor, de tremolante penacho, la había desposado
y sacado de casa de Eetión, cuando le dio una incontable dote.
La rodeaban de pie, en gran número, cuñadas y concuñadas,
que la sujetaban desvanecida en sus brazos a punto de perecer.
Y cuando por fin recobró el aliento y su ánimo volvió en sí,
llorando con entrecortados sollozos dijo entre las troyanas:
«¡Héctor! ¡Desgraciada de mí! Para un mismo sino
nacimos ambos, tú en Troya, en la morada de Príamo,
y yo, por mi lado, en Tebas, bajo el boscoso Placo [369],
en casa de Eetión, que en mi infancia me crió, desafortunado
a esta infortunada de mí. ¡Ojalá no me hubiera engendrado!
Ahora a las mansiones de Hades, bajo las simas de la tierra,
te vas y me abandonas con una pena abominable,
viuda en el palacio. Y está el niño, todavía pequeño,
que dimos a luz tú y yo, ¡desventurados! Ni tú a éste,
Héctor, le servirás de ayuda tras tu muerte, ni él a ti.
Aunque sobreviva a la lacrimosa guerra contra los aqueos,
penas y duelos habrá siempre para éste en el porvenir,
y los extraños quitarán los mojones de sus labrantíos.
El día de la orfandad deja al niño sin amigos de su edad;
ante todo agacha la cabeza, tiene las mejillas llorosas
y recurre necesitado el niño a los compañeros de su padre,
y al uno le tira del manto y al otro de la túnica.
De quienes se apiadan, alguno le alarga un momento el cuenco
y le humedece los labios, pero no le humedece el paladar.
Además, el que tiene padre y madre lo expulsa del banquete,
llenándolo de bofetadas e increpándole con voces injuriosas:
'¡Lárgate por ahí: tu padre no está convidado con nosotros!'
Entonces el niño recurre lloroso a su viuda madre,
Astianacte, que hasta ahora sobre las rodillas de su padre
solo comía médula y pingüe grasa de ovejas, y que,
cuando le entraba el sueño y dejaba los juegos infantiles,

[369] Teba, aunque aquí usa la forma del nombre en plural.

dormía en el lecho, en el regazo de la nodriza,
en una mullida cama con el corazón rebosante de caricias.
Mas ahora que ha perdido a su padre, seguro que sufrirá mucho
Astianacte, sobrenombre que le dieron los troyanos con razón,
pues sólo tú les protegías las puertas y las largas murallas [370].
Pero ahora junto a las corvas naves, lejos de tus padres,
los serpeantes gusanos, tras hartarse los perros, te devorarán
desnudo. ¡Sí!, pues en el palacio están guardadas tus ropas
sutiles y graciosas, confeccionadas por manos de mujeres.
Pero voy a quemarlas todas con el voraz fuego; cierto que
sin utilidad para ti, pues no reposarás vestido con ellas,
mas sí como honor para ti tributado por troyanos y troyanas.»
Así habló llorando, y las mujeres respondían gimiendo.

[370] Véase VI 402 s. El nombre alude, en efecto, al soberano que protege la ciudad.

CANTO XXIII [371]

Mientras éstas gemían así en la ciudad, los aqueos,
en cuanto llegaron a las naves y al Helesponto,
se diseminaron, y cada uno marchó a su nave;
pero Aquiles no dejó dispersarse a los mirmídones,
sino que dijo a sus aguerridos compañeros:
«¡Mirmídones, de rápidos potros, mis fieles compañeros!
No desunzamos aún de los carros los solípedos caballos;
en vez de eso, congreguémonos con los corceles y los carros
y lloremos a Patroclo: ésa es la recompensa de los difuntos.
Y cuando ya estemos satisfechos del maldito llanto,
desunciremos los caballos y cenaremos aquí todos.»
Así habló, y al unísono lloraron, empezando por Aquiles.
Tres veces rodearon el cadáver con los caballos, de bella crin,
entre gran duelo, y Tetis les infundió el deseo del llanto.
Se empapaban las arenas y se empapaban las armas de los hombres
con las lágrimas: ¡tanto añoraban a aquel instigador de la huida!
Entre ellos el Pelida entonó un reiterativo llanto,
poniendo sus manos homicidas sobre el pecho de su compañero:
«¡Te saludo, Patroclo, incluso en las mansiones de Hades!
Ya estoy cumpliendo en tu honor todo lo que antes te prometí:
arrastrar aquí a Héctor, entregar a los perros su cuerpo

[371] El canto XXIII relata el funeral de Patroclo y los juegos funerarios en su honor; este segundo tema es el que da el título tradicional a este canto.

para que se lo repartan crudo y degollar ante tu pira a doce
ilustres vástagos de los troyanos, irritado por tu muerte.»
Dijo, e imaginaba ignominias contra el divino Héctor,
cuyo cuerpo tendió de bruces junto al lecho del Menecíada
en el polvo. Todos y cada uno se fueron quitando la armadura
bella, chispeante, desuncieron los caballos, de altos ecos,
y se sentaron junto a la nave del velocípedo Eácida,
incontables. Y él les ofreció un apetitoso banquete fúnebre.
Muchos blancos toros se estiraban según iban siendo
degollados con el hierro, y muchas ovejas y baladoras cabras;
muchos cerdos, de albos dientes, florecientes de sebo,
se socarraban tendidos sobre la llama de Hefesto; y por doquier
fluía en torno del cadáver la sangre, recogida en cuencos.
Por su parte, al soberano velocípedo Pelida
condujeron los reyes de los aqueos ante el divino Agamenón;
a duras penas le habían convencido el corazón, irritado
por su compañero. Nada más llegar a la tienda de Agamenón,
ordenaron a los heraldos, de sonora voz,
poner al fuego una gran trébede, por si persuadían
al Pelida de que se lavara las ensangrentadas heridas.
Pero se negó tajantemente y añadió el siguiente juramento:
«No, por Zeus, que es el más sublime y excelso de los dioses,
no es lícito que el agua lustral se acerque a mi cabeza
antes de poner en la pira el cuerpo de Patroclo, erigir un túmulo
y cortarme la cabellera, pues una tristeza semejante no llegará
a mi corazón por segunda vez mientras esté entre los vivos.
Pero ahora obedezcamos al odioso banquete.
Al amanecer, da la orden, Agamenón, soberano de hombres,
de traer leña y proporcionar todo lo que es preciso
que el cadáver tenga en su viaje bajo el tenebroso poniente,
para que el infatigable fuego se lleve cuanto antes el cuerpo
fuera de nuestra vista, y las huestes vuelvan a sus tareas.»
Así habló, y le oyeron con gusto y obedecieron.
Después de aprestar cada grupo la cena con premura,
participaron del festín, y nadie careció de porción equitativa.

Tras haber saciado el apetito de bebida y de comida,
los demás fueron a acostarse, cada uno a su tienda;
pero el Pelida sobre la orilla del fragoroso mar
yacía dando profundos suspiros entre numerosos mirmídones
en un claro donde las olas bañaban la arena de la playa.
Cuando le fue venciendo el sueño, liberador de las cuitas,
difundiéndose con dulzura, pues sus esclarecidos miembros
estaban muy cansados de acosar a Héctor hasta la ventosa Ilio,
llegó el alma del mísero Patroclo,
en todo parecida a él, en la talla, en los bellos ojos,
en la voz y en las ropas que vestía en torno de su cuerpo.
Se detuvo sobre su cabeza y le dirigió estas palabras:
«Estás durmiendo y ya te has olvidado de mí, Aquiles.
En vida nunca te descuidaste, pero sí ahora que estoy muerto.
Entiérrame cuanto antes, que quiero cruzar las puertas de Hades.
Lejos de sí me retienen las almas, las sombras de los difuntos,
que no me permiten unirme a ellas al otro lado del río [372],
y en vano vago por la mansión, de vastas puertas, de Hades.
Dame también la mano, lo pido por piedad. Pues ya no volveré
a regresar del Hades cuando me hagáis partícipe del fuego.
En vida ya no deliberaremos sobre ningún proyecto sentados
lejos de nuestros compañeros; pues me ha engullido
la parca abominable que me correspondió en el momento de nacer.
También tu propio destino, Aquiles, semejante a los dioses,
es perecer al pie de la muralla de los acaudalados troyanos.
Otra cosa te voy a decir y a encarecer si me haces caso:
no depositos mis huesos aparte de los tuyos, Aquiles,
sino juntos, igual que nos criamos en vuestra morada,
cuando, aún en la infancia, Menecio de Opunte
me llevó a vuestro hogar a resultas del luctuoso homicidio [373]
que cometí aquel día en que maté al hijo de Anfidamante,

[372] Posiblemente la Estige, como en VIII 369.

[373] El homicidio involuntario tiene como pena bien el destierro, bien una multa (véase IX 632 s.).

¡insensato de mí!, sin querer, por una riña en el juego de tabas.
Entonces me acogió en su morada Peleo, conductor de carros,
me crió con solicitud y me nombró escudero tuyo.
¡Que también un mismo ataúd encierre juntos nuestros huesos,
y que sea la áurea urna que te procuró tu augusta madre [374]!»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¿Por qué, cabeza amiga [375], has venido aquí a verme
y me encargas todo eso con detalle? Mas estáte seguro de que
yo voy a acatar y cumplir puntualmente todo lo que me ordenas.
Pero acércate más a mí. Abrazados, aunque sea un momento,
uno a otro, demos plena satisfacción al funesto llanto.»
Así habló, y tendió los brazos hacia él,
pero no lo pudo tocar; el alma, como el humo, bajo tierra
se desvaneció entre leves susurros. Aquiles se levantó atónito,
dio una palmada y dijo estas lastimeras palabras:
«¡Ay! También en las mansiones de Hades es algo
el alma y la sombra, aunque la inteligencia no se conserva:
pues ha sido el alma del mísero Patroclo la que toda la noche
ha estado presente ante mí llorando y gimiendo,
y me ha dado detallados encargos; prodigioso era el parecido.»
Así habló, y en todos ellos suscitó el deseo de llorar.
La Aurora, de rosados dedos, apareció, y aún seguían el duelo
alrededor del lastimoso cadáver. Y el poderoso Agamenón
ordenó que acémilas y hombres hacinaran leña por doquier
fuera de las tiendas. Un valeroso varón velaba la tarea,
Meríones, el escudero del cortés Idomeneo.
Salieron empuñando hachas de leñador y provistos
de bien trenzadas maromas, con las acémilas marchando delante.

---

[374] Es sorprendente que la propia madre le hubiera dado, seguramente antes de partir para la guerra, una urna para guardar sus restos, pues ello supondría la seguridad de que no iba a regresar.

[375] Los escolios indican que el adjetivo que he traducido 'amiga' se usa por los jóvenes para llamar a una persona de edad superior, como es el caso entre Aquiles y Patroclo (véase XI 787).

Fueron cuesta arriba y cuesta abajo, por laderas y en oblicuo,
y en cuanto llegaron a las lomas del Ida, rico en manantiales,
empezaron a talar a toda prisa con el bronce, de extendido filo,
encinas de elevadas copas, que con enorme estruendo
iban cayendo. Luego los aqueos las troceaban y ataban
a lomos de las mulas, que con sus patas devoraban el terreno,
ávidas de ganar el llano a través de los espesos matorrales.
Todos los leñadores iban cargados con troncos, conforme
a las órdenes de Meriones, el escudero del cortés Idomeneo.
Los fueron arrojando en fila sobre la costa, donde Aquiles
había previsto erigir el alto túmulo para Patroclo y para sí.
Tras depositar en el lugar incontable cantidad de leña,
se sentaron allí mismo en masa compacta y aguardaron.
Aquiles mandó entonces a los aguerridos mirmídones
ceñirse el bronce y que cada uno unciera bajo el carro
sus caballos. Se levantaron, se vistieron con las armas,
y aurigas y combatientes montaron en las cajas de los carros.
Delante estaban los cocheros, les seguía una nube de infantes
innumerable, y en medio los compañeros llevaban a Patroclo.
Vistieron entero el cadáver con los cabellos que se cortaron
y le arrojaban. Detrás el divino Aquiles le sostenía la cabeza
desolado, escoltando a su intachable compañero hacia el Hades.
Al llegar al lugar que Aquiles les había señalado,
depositaron el cadáver y fueron apilando leña a satisfacción.
El divino Aquiles, de pies protectores, concibió otra idea:
se apartó de la pira y se cortó la rubia melena
que se había dejado crecer exuberante para el río Esperqueo [376].
Y dijo apesadumbrado, mirando al vinoso Ponto:
«¡Esperqueo! Vano fue el voto que te hizo mi padre Peleo
cuando te prometió, si yo regresaba allí, a mi tierra patria,
cortarme la cabellera en tu honor, ofrecerte una sacra hecatombe

[376] Es probable que los jóvenes se cortaran el pelo y lo ofrendaran al llegar a la edad adulta. Aquiles, que había partido de Esciros muy joven, quizá no había tomado parte aún en ese rito.

y sacrificar cincuenta moruecos sin castrar allí mismo,
en tus fuentes, donde tienes un predio y un fragante altar.
Ese voto hizo el anciano, y tú no has cumplido su proyecto.
Ahora, dado que ya no voy a regresar a mi tierra patria,
deseo ofrecer la cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve.»
Tras hablar así, puso en las manos de su compañero
la cabellera y en todos ellos suscitó el deseo de llorar.
Y habrían continuado el duelo hasta ponerse la luz del sol,
de no ser porque Aquiles se presentó ante Agamenón y dijo:
«¡Atrida! A ti es a quien la hueste de los aqueos mejor
acatará si les hablas. Pueden seguir saciando su llanto aún,
mas ahora manda que se dispersen lejos de la pira y dispongan
la cena. De esto nos ocuparemos quienes tenemos más lazos
con el difunto. Que sólo los jefes se queden con nosotros.»
Nada más oír eso, Agamenón, soberano de hombres,
mandó a la hueste dispersarse por las bien equilibradas naves.
Sólo los íntimos se quedaron allí y fueron apilando la leña,
fabricaron una pira que medía cien pies por uno y otro lado
y con el corazón afligido depositaron el cadáver en la pira.
Cebadas reses y vacas, de torcidos cuernos y tornátiles patas,
desollaron en cantidad y prepararon ante la pira. A todas quitó
el magnánimo Aquiles la grasa, con la que cubrió el cadáver
de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos desollados.
Añadió ánforas de miel y de aceite, que colocó apoyadas
en el lecho funerario; cuatro caballos, de erguido cuello,
puso, uno tras otro, en la pira entre grandes sollozos.
Nueve perros tenía el soberano, que comían de su mesa;
de ellos degolló a dos y los echó a la pira, lo mismo que
a doce valerosos hijos de los magnánimos troyanos, a quienes
aniquiló con el bronce. ¡Crueles acciones en su mente meditaba!
Prendió la férrea furia del fuego para hacerlos pasto de él.
Lanzó entonces un gemido y llamó por su nombre a su compañero:
«¡Te saludo, Patroclo, incluso en las mansiones de Hades!
Ya estoy cumpliendo en tu honor todo lo que antes te prometí.
A doce valerosos hijos de los magnánimos troyanos está

devorando el fuego ahora junto a ti. Mas a Héctor Priámida
no lo entregaré a las garras del fuego, sino a las de los perros.»

Así habló amenazador; mas no se ocuparon los perros de él,
pues Afrodita, hija de Zeus, lo protegió de la jauría
día y noche y lo ungía con aceite, perfumado de rosas
y divino, para evitar que Aquiles lo lacerara al arrastrarlo.
Sobre su cuerpo Febo Apolo condujo una oscura nube
desde el cielo a la llanura y ocultó todo el espacio
que ocupaba el cadáver, antes que el ardor del sol
secara la piel alrededor de los músculos y de los miembros.

Mas la pira donde estaba el cadáver de Patroclo no ardía.
El divino Aquiles, de pies protectores, concibió otra idea:
se apartó de la pira y elevó una plegaria a dos vientos,
al Bóreas y al Céfiro, y les prometió bellos sacrificios.
Hizo numerosas libaciones con una áurea copa y les imploró
que acudieran cuanto antes a consumir los cadáveres con el fuego
y a hacer que la leña empezara a arder. Iris en seguida
escuchó sus preces y fue a llevar el mensaje a los vientos,
que, reunidos en la morada del tormentoso Céfiro,
celebraban un convite. Iris llegó corriendo y se detuvo
sobre el pétreo umbral. Al verla con sus ojos, todos
se levantaron presurosos, y cada uno la llamó a su lado.
Ella, a su vez, rehusó sentarse y dijo estas palabras:

«No ha lugar tomar asiento; vuelvo a los cauces de Océano,
a la tierra de los etíopes, donde están ofreciendo hecatombes
a los inmortales, para participar yo también del sacro festín.
Pero Aquiles dirige al Bóreas y al ruidoso Céfiro
sus preces para que acudáis, y os promete bellos sacrificios
para que comencéis a prender la pira en la que yace
Patroclo, a quien todos los aqueos lloran.»

Tras hablar así, se fue, y ellos se pusieron en marcha
con portentoso estruendo, atropellando las nubes por delante.
Al instante llegaron al ponto a soplar, y se erizó el oleaje
bajo el sonoro soplo de los vientos. Llegaron a la feraz Troya,
cayeron sobre la pira y prendió el maravilloso fuego crepitando.

Toda la noche azotaron de consuno la llama de la pira
con sus sonoros fuelles, y toda la noche el ligero Aquiles,
con una copa de doble asa, fue apurando de la áurea cratera
el vino y derramándolo al suelo —y la tierra se empapaba—,
mientras invocaba el alma del mísero Patroclo.
Como el padre se lamenta al incinerar los huesos de su hijo
recién casado [377], cuya muerte atribula a los míseros progenitores,
así se lamentaba Aquiles al incinerar los huesos de su camarada,
arrastrándose al borde de la hoguera con entrecortados sollozos.
Cuando el lucero matutino anuncia la luz sobre la tierra,
antes de esparcirse la aurora, de azafranado velo, sobre el mar,
a esa hora la pira se fue extinguiendo y cesó la llama.
Los vientos de nuevo se marcharon de regreso a su morada
a través del ponto tracio, que gimió y se encrespó embravecido.
Y el Pelida se apartó a un lado de la pira y se acostó
rendido de cansancio; y el dulce sueño se abatió sobre él.
Los demás se congregaron en torno de la tienda del Atrida,
y el bullicio y el estruendo de los que acudían lo despertaron.
Se sentó incorporándose y les dirigió estas palabras:
«¡Atrida y demás paladines del bando panaqueo!
Apagad primero con rutilante vino la pira entera
en el espacio que la furia de la llama ha alcanzado.
Después recojamos los huesos de Patroclo Meneciada,
distinguiéndolos con cuidado: fáciles son de reconocer,
pues su cuerpo yacía en medio de la pira y los demás aparte,
en el borde, donde en confusión han ardido hombres y caballos.
En una áurea urna y con una doble capa de grasa los hemos de
guardar hasta el día en que también yo me oculte en el Hades.
Un túmulo no muy grande os mando que hagáis con vuestra labor,
del tamaño que creáis conveniente. Más tarde lo debéis
erigir ancho y elevado los aqueos que después de mí
quedéis en las naves, de muchas filas de remeros.»

[377] Sin un hijo varón.

Así habló, y obedecieron al velocípedo Pelida.
Apagaron primero con rutilante vino la pira en toda la extensión
alcanzada por la llama y cubierta de una profunda capa de ceniza.
Llorando, los blancos huesos de su buen compañero
recogieron en la áurea urna y en la doble capa de grasa.
Los depositaron en las tiendas y los taparon con un fino lienzo.
Trazaron el círculo de la tumba y pusieron los cimientos
alrededor de la pira; luego vertieron encima tierra a montones
y tras hacer el montón del túmulo volvieron a irse. Mas Aquiles
allí retuvo e hizo tomar asiento a la tropa en amplio círculo.
Y sacó de las naves premios para los certámenes: calderas,
trípodes, caballos, mulas, magníficas cabezas de reses,
mujeres de bellos talles y grisáceo hierro.
Primero para los velocípedos cocheros espléndidos premios
instituyó: ganaría una mujer, experta en intachables labores,
y un trípode con asas, de veintidós medidas,
el primero; para el segundo estableció como premio una yegua
de seis años, indómita, preñada de una cría de mula;
para el tercero fijó una caldera intacta por el fuego,
bella, con cuatro medidas de capacidad, blanca aún de nueva;
para el cuarto estableció como premio dos talentos de oro,
y para el quinto una urna de doble asa no tocada por el fuego.
Se puso de pie y erguido proclamó ante los argivos:
«¡Atrida y demás aqueos, de buenas grebas!
He aquí los premios que aguardan a los cocheros en el concurso.
Si ahora los aqueos celebráramos el certamen en honor de otro,
seguro que yo ganaría y me llevaría a la tienda el primer premio,
pues sabéis cuánto aventajan mis caballos a los demás en valía,
ya que son inmortales, y Posidón se los proporcionó
a mi padre Peleo, que fue quien los puso en mis manos.
Pero yo me voy a quedar quieto, como mis solípedos caballos,
pues han perdido la noble gloria que era su señalado cochero,
tan benigno, que con frecuencia húmedo aceite a ambos
derramó sobre sus crines después de bañarlos con agua clara.
A aquél lo lloran ambos inmóviles: en el suelo reposan

sus crines, y los dos están quietos con el corazón afligido.
Disponeos los aqueos restantes en el campamento, cuantos
confiáis en los caballos y en los bien ensamblados carros.»
Así habló el Pelida, y los cocheros se reunieron rápidos.
Se alzó muy el primero Eumelo, soberano de hombres,
caro hijo de Admeto, que descollaba por su pericia ecuestre.
Después de él se alzó el Tidida, el esforzado Diomedes;
uncía al yugo los caballos de Tros, que una vez [378] había
arrebatado a Eneas, al que Apolo salvó entonces en secreto.
Después de él se alzó el Atrida, el rubio Menelao,
del linaje de Zeus, que unció ligeros corceles bajo el yugo:
Eta, la yegua de Agamenón, y su Podargo.
Equepolo Anquisíada se la había dado a Agamenón
como regalo para no acompañarle al pie de la ventosa Ilio
y quedarse en su tierra recreándose tranquilo: una enorme opulencia
le había otorgado Zeus, y habitaba en la espaciosa Sición.
Ésa era la yegua, impaciente por correr, que unció al yugo.
Antíloco enjaezó el cuarto los caballos, de buenas crines,
el ilustre hijo de Néstor, el soberbio soberano
Nelida; caballos nacidos en Pilo, de ligeros cascos,
transportaban su carro. Su padre se aproximó y aconsejaba
mirando por su bien a quien de por sí era juicioso:
«¡Antíloco! Aunque eres joven, te han cogido cariño
Zeus y Posidón, que te han enseñado las artes ecuestres
en todas sus variedades. Por eso no hace falta instruirte,
pues sabes girar bien alrededor de las metas [379]. Pero tus caballos
son los más lentos para correr; por eso creo que será desastroso.
Los caballos de ellos son más veloces, pero sus conductores
no son capaces de ingeniárselas mejor que tú mismo.
Ea, tú, hijo querido, mete en tu ánimo ingenio de todo tipo,

[378] Véase V 222, 323 ss. y VIII 108. Las heridas de Diomedes, Agamenón y Ulises narradas en XI han sido olvidadas en el relato de los juegos.

[379] El lugar donde se hace el giro al extremo para emprender el camino de regreso al punto de salida, que es también el de llegada.

si no quieres que te desborden y se te escapen los premios.
Con la maña, sábelo bien, gana más el leñador que con la fuerza;
con la maña también el piloto en el vinoso ponto
endereza la veloz nave, batida por los vientos;
y con la maña un auriga supera a otro auriga.
Pero el que, fiado en los caballos y en el carro,
con descuido toma el giro muy abierto aquí y allá,
sus caballos yerran por la pista y no logra dominarlos.
Mas el que conoce sus recursos, aunque guíe caballos mediocres,
toma el giro cerca sin dejar de mirar la meta y no olvida
cómo tensar al principio las riendas con sus bovinas correas,
sino que las mantiene con firmeza y acecha al que le precede.
La señal está bien visible; te la diré y no se te olvidará:
es un tronco seco, que se eleva como una braza sobre el suelo,
de encina o de pino, que no se pudre con los aguaceros
y al que dos piedras blancas a cada lado sirven de apoyo
en la encrucijada del camino, y la pista es lisa a ambos lados.
Quizá es la tumba de un mortal fallecido hace tiempo
o una linde puesta en época de gentes anteriores, que ahora
ha fijado como meta el divino Aquiles, de pies protectores.
Arrimándote bien a ella, guía cerca el carro y los caballos,
y tú mismo inclínate en la bien trenzada [380] caja del carro
suavemente a la izquierda para ayudarlos. Al caballo derecho
aguijonéalo con la voz y afloja sus riendas en las manos.
Y que tu caballo izquierdo se arrime a la linde,
hasta que te dé la impresión de que su borde roza el cubo
de la bien fabricada rueda. Pero evita tocar la piedra,
si no quieres herir a los caballos y hacer añicos el carro;
eso sería el hazmerreír para los demás y un oprobio para ti.
Por eso, amigo, sé prudente y precavido.
Pues si en la linde pasas con el carro a la carrera,
ya no hay quien salte desde atrás para atraparte y sobrepasarte,

---

[380] La caja del carro debe de ser de mimbre, aunque el epíteto habitual, 'bien pulido', quizá se usa porque es de madera.

ni aunque por detrás viniera guiando a Arión, de casta de Zeus,
el veloz caballo de Adrasto, que procedía de la raza de un dios,
o los de Laomedonte, los mejores que aquí se han criado [381].»
Tras hablar así, Néstor Nelida regresó a su sitio
y se sentó, tras explicar a su hijo lo esencial de cada cosa.
Meríones enjaezó el quinto los caballos, de buenas crines.
Montaron en las cajas de los carros y echaron las suertes.
Aquiles las agitó, y salió la suerte del Nestórida
Antíloco; a continuación le correspondió al poderoso Eumelo,
y a su lado, al Atrida Menelao, insigne por su lanza;
al lado le tocó a Meríones llevar el carro, y tocó conducir
el último los caballos al Tidida, que era el mejor con mucho.
Se colocaron en línea [382], y Aquiles les señaló la meta,
lejos en la plana llanura. Al lado de ésta apostó como vigía
a Fénix, comparable a los dioses, escudero de su padre,
para que fuera testigo de la carrera y declarara la verdad.
Todos levantaron a la vez las fustas sobre las bigas
y les golpearon con las correas y los jalearon con sus voces
apasionadas. Sin demora comenzaron a atravesar la llanura,
alejándose de las naves con rapidez. Bajo sus torsos el polvo
se iba levantando y ascendiendo como una nube o un huracán,
y sus melenas ondeaban entre los soplos del viento.
Los carros a veces golpeaban la tierra, nutricia de muchos,
y otras veces se suspendían por los aires. Los conductores
iban erguidos en las cajas y a todos les palpitaba el corazón
por el afán de victoria. Cada uno arengaba a sus caballos,
que volaban levantando una nube de polvo en la llanura.
Cuando los ligeros corceles ya cubrían el último tramo,
de regreso hacia el canoso mar, fue cuando la valía de cada uno

---

[381] El caballo Arión pertenece a la leyenda tebana. Para los caballos de Laomedonte, véase XX 221.

[382] Es razonable suponer que Antíloco ocuparía la imaginaria calle interior, Diomedes la exterior, y los demás conforme al orden en que han sido mencionados.

se hizo patente, y la carrera se tornó galope tendido. Entonces
las velocípedas yeguas del Ferecíada [383] tomaron la delantera.
Tras éstas saltaron los caballos machos de Diomedes,
que habían sido de Tros y no iban nada lejos, sino muy cerca.
A cada instante parecía como si fueran a montar en la caja,
y con su aliento la espalda y los anchos hombros de Eumelo
calentaban; pues ambos volaban con las cabezas sobre él mismo.
Y entonces lo habría sobrepasado o rivalizado por el triunfo,
de no ser por el rencor de Febo Apolo contra el hijo de Tideo,
que le hizo caer de las manos la resplandeciente fusta [384].
De sus ojos brotaron lágrimas de rabia,
al ver que aquéllas aceleraban todavía más
y que los suyos sufrían el perjuicio de correr sin aguijada.
Pero no dejó de notar Atenea que Apolo había hecho una treta
al Tidida y se lanzó muy ligera detrás del pastor de huestes
y le dio la fusta e infundió nuevo ardor a los caballos.
Luego marchó llena de rencor en pos del hijo de Admeto,
y la diosa le rompió el ecuestre yugo. Sus yeguas siguieron
corriendo separadas por el camino, y el timón rodó al suelo.
Él salió volteado de la caja del carro más allá de la rueda
y se llenó de rasguños los codos, la boca y la nariz,
y sobre las cejas se desgarró la frente. Los dos ojos
se le llenaron de lágrimas, y la lozana voz le enmudeció.
El Tidida desvió a un lado los solípedos caballos y continuó,
saltando muy por delante de los demás, pues Atenea
infundió ardor a sus caballos y le atribuyó a él la gloria.
Detrás de éste marchaba el Atrida, el rubio Menelao.
Antíloco jaleó a los caballos de su padre:
«¡Adelante también vosotros! ¡Tirad lo más aprisa posible!
No es con aquellos con quienes os mando rivalizar,
con los caballos del belicoso Tidida, porque Atenea les

[383] Eumelo, véase II 763.

[384] La parcialidad de Apolo a favor de Eumelo quizá procede de que él mismo le había criado (véase II 766).

ha otorgado ahora rapidez y a él le ha atribuido la gloria.
¡No os quedéis a la zaga, alcanzad los caballos del Atrida
con presteza! ¡Que no os cubra de oprobio a los dos
Eta, sólo una hembra! ¿Por qué os rezagáis, excelentes corceles?
He aquí lo que os voy a decir, y seguro que quedará cumplido:
los cuidados en casa de Néstor, pastor de huestes, a los dos
se os acabarán, y no tardará en mataros con el agudo bronce,
si por la negligencia vuestra nos llevamos un premio peor.
¡Vamos, seguidme los dos y daos toda la prisa que podáis!
Yo hallaré el procedimiento y me las ingeniaré para colarme
en una estrechez del camino, sin desperdiciar una ocasión.»

Así habló, y temerosos de la increpación de su amo
aceleraron aún más la carrera unos instantes. Y muy pronto
el aguerrido Antíloco vio una angostura en el cóncavo camino.
Era un bache en el suelo, donde el agua invernal estancada
había desprendido algo del camino y rebajado el piso entero.
Por allí se dirigía Menelao para eludir el choque de las ruedas.
Antíloco desvió a un lado los solípedos caballos y continuó
fuera del camino, y torciendo un poco prosiguió la carrera.
El Atrida sintió miedo y vociferó a Antíloco:

«¡Antíloco, conduces con temeridad! ¡Retén los caballos!
El camino es angosto; pronto será más ancho y podrás adelantarme.
¡Cuidado a ver si chocas con mi carro y nos destrozas a los dos!»

Así habló, pero Antíloco azuzó aún más los caballos,
picándolos con la aguijada, como si no lo hubiera oído.
Cuanto alcanza un disco que se lanza desde detrás del hombro
cuando un mozo lo arroja para probar el vigor de su juventud,
tanta ventaja cobraron en su carrera. Frenaron por detrás
las del Atrida, pues él mismo había dejado adrede de avivarlas,
por miedo de que los solípedos caballos tropezaran en el camino,
volcaran las bien trenzadas cajas de los carros, y ellos mismos
cayeran en el polvo por su afán de victoria.

Recriminándolo, le dijo el rubio Menelao:

«¡Antíloco, no hay otro mortal más execrable que tú! ¡Pasa
enhoramala! Los aqueos no teníamos razón al elogiar tu sensatez.

Pero ni aun así te llevarás el premio sin prestarme juramento.»
Tras hablar así, azuzó sus caballos y exclamó:
«¡No me frenéis ni os quedéis parados con el corazón triste!
Antes se les cansarán a éstos los cascos y las rodillas
que a vosotros, pues a los dos les falta la juventud.»
Así habló, y temerosos de la increpación de su amo
aceleraron más su curso y pronto estuvieron cerca de aquéllos.
Los argivos, sentados en el recinto de la reunión, miraban
los caballos, que volaban por la llanura en una nube de polvo.
Idomeneo, jefe de los cretenses, divisó el primero los caballos,
sentado fuera del recinto de la reunión en un alto otero [385].
Al oír la voz del conductor, aunque estaba lejos,
la reconoció y divisó el caballo que se destacaba delante,
que era todo él bermejo excepto en la frente, donde
tenía una marca blanca, redonda igual que la luna.
Se puso de pie y erguido proclamó entre los argivos:
«¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!
¿Soy yo el único que columbra unos caballos, o también vosotros?
Unos me parecen ser los corceles que van por delante,
y otro distinto se me figura que es el auriga [386]. Sin duda allí
en el llano han sufrido un accidente las que habían sido mejores
hasta allí. Las he visto girar primero alrededor de la meta;
pero ahora no logro verlas por ningún lado, aunque mis ojos
escrutan ansiosamente con la mirada la llanura troyana..
O será que al auriga se le han escapado las riendas, no ha podido
frenar bien al girar en la meta y no ha logrado tomar la curva.
Allí me imagino que se habrá caído y habrá hecho añicos el carro,
y que las yeguas se habrán desbocado por el ardor de su instinto.

---

[385] Es de suponer que las irregularidades del terreno donde se celebra la prueba no permiten a los espectadores ver la parte más lejana del lugar donde se celebra la carrera. Sin embargo, Idomeneo, al menos, sí ha podido observar el giro, aunque no el espacio anterior a la llegada al punto del giro.

[386] En efecto, puede ver las yeguas de Eumelo y oír la voz de Diomedes, que va detrás de las yeguas de Eumelo.

Pero mirad también vosotros de pie, pues yo no
los distingo bien. Me parece, sin embargo, que es un hombre
de linaje etolio que ejerce su soberanía entre los argivos:
el hijo de Tideo, domador de caballos, el esforzado Diomedes.»
Le amonestó con rudeza el rápido Ayante de Oileo:
«¡Idomeneo! ¿A qué viene esa prematura cascada de voces? Aún
galopan lejos los caballos, de suspensas pezuñas, por la planicie
inmensa. Y tú no eres precisamente el más joven de los argivos,
ni los ojos de tu cara son los que tienen más aguda la mirada.
Mas tus palabras son siempre una cascada de pasión. No debes
hablar con ese ardor ante todos; pues aquí hay otros mejores.
Las yeguas que están por delante son las mismas que antes,
las de Eumelo, y él es quien va montado, sujetando los arneses.»
Irritado, el capitán de los cretenses le miró y dijo:
«¡Ayante, pendenciero y mal consejero! Pero en todo lo demás
estás por debajo de los argivos, porque tu juicio es implacable.
Ven acá y apostémonos ahora un trípode o un caldero
—y tomemos ambos como árbitro al Atrida Agamenón—
sobre qué yeguas van delante. Así te enterarás cuando pagues.»
Así habló, y al punto se aprestó el rápido Ayante de Oileo
a responderle irritado con hostiles palabras.
Y entonces la disputa entre ambos se habría prolongado aún más,
de no ser porque el propio Aquiles se levantó y tomó la palabra:
«¡No sigáis todavía respondiéndoos con palabras hostiles
y maliciosas, Ayante e Idomeneo, pues no os cuadra a vosotros!
También os indignaríais con otro que hiciera eso mismo.
En lugar de eso, sentados en el recinto de la reunión,
contemplad los caballos, que pronto en su afán de victoria
llegarán aquí. Entonces os enteraréis cada uno de qué caballos
de los argivos son los segundos y de cuáles son los de delante.»
Así habló, y el Tidida llegó ya casi en su carrera sin dejar
de azuzar los caballos con la fusta levantada sobre los hombros,
y éstos daban elevados saltos, recorriendo ágilmente el camino.
Las briznas de polvo golpeaban sin pausa al auriga,
y el carro, bien labrado de oro y de estaño,

corría tras los pasos de los caballos, de ligeros cascos;
las llantas apenas dejaban huellas de rodadas por detrás
en el tenue polvo: ¡tal era la premura con la que volaban!
Se detuvo en el centro de la reunión. Copioso sudor brotaba
de la cerviz y del pecho de los caballos, que caía al suelo.
Saltó a tierra fuera de la resplandeciente caja del carro
y apoyó la fusta contra el yugo. No perdió el tiempo
el valiente Esténelo, que se apresuró a recoger el premio
y entregó a los fervorosos compañeros la mujer para llevarla
y el trípode con asas para cargarlo; y él desunció los caballos.
Tras él llegó Antíloco Nelida, conduciendo los caballos;
sobrepasó a Menelao gracias a su astucia, no a la velocidad.
Pero aun así éste le seguía de cerca con sus ligeros corceles.
Cuanta distancia separa de la rueda al caballo que a su amo
transporta, tirando en vilo del carro por la llanura;
rozan la llanta las cerdas más extremas de la cola,
y aquélla gira muy próxima y bien pequeño es el espacio
intermedio, mientras galopa por la vasta llanura;
tan breve distancia se retrasó Menelao del intachable Antíloco.
Al principio se había rezagado la distancia de un tiro de disco,
pero pronto lo fue alcanzando, pues iba en aumento el noble brío
de la yegua de Agamenón, Eta, la de bellas crines.
Y si la carrera aún se hubiera prolongado para ambos,
en ese caso le habría adelantado y triunfado sin discusión.
Por su parte, Meríones, noble escudero de Idomeneo, se rezagó
la distancia de un tiro de lanza detrás del ínclito Menelao.
Sus caballos, de bellas crines, eran los más lentos,
y él mismo era el peor para conducir el carro en el certamen.
El hijo de Admeto llegó el último de todos,
tirando del bello carro y guiando por delante los caballos.
Al verlo se apiadó el divino Aquiles, de pies protectores,
y de pie en medio de los argivos pronunció estas aladas palabras:
«El mejor llega el último guiando los solípedos caballos.
Sin embargo, ea, otorguémosle, como conviene, el premio
segundo, y que el primero se lo lleve el hijo de Tideo.»

Así habló, y todos aclamaron lo que proponía.
Y le habría otorgado el caballo con la aprobación de los aqueos,
si no hubiera sido porque Antíloco, hijo del magnánimo Néstor,
se levantó y en defensa de su derecho replicó al Pelida Aquiles:
«¡Aquiles! Mucho me irritaré contigo si cumples
eso que has dicho. Pues vas a quitarme el premio
en atención a que han sufrido un accidente los rápidos caballos,
el carro y quien es muy noble. Pero a los inmortales debía
haber invocado; así no habría llegado el último en la carrera.
Y si te compadeces de él y se ha tornado grato a tu ánimo,
hay en tu tienda mucho oro, hay bronce
y reses, y hay siervas y solípedos caballos.
Coge algo de eso y dáselo luego, aunque sea un premio mejor,
o incluso ahora mismo, si quieres que los aqueos te alaben.
Pero a ésa no la pienso soltar. Que intente hacerse con ella
el hombre que quiera llegar conmigo a las manos y a la lucha.»
Así habló, y el divino Aquiles, de pies protectores,
sonrió, alegre con Antíloco, porque era compañero suyo.
Y en respuesta le dijo estas aladas palabras:
«¡Antíloco! Si lo que me mandas es traer de casa otro
regalo para otorgárselo a Eumelo, eso es lo que voy a hacer.
Le daré la coraza que he arrebatado a Asteropeo;
es broncínea y a su alrededor una franja de reluciente estaño
corre torneada. Será un don de elevado valor para él [387].»
Dijo, y ordenó a su compañero Automedonte
traerla de la tienda. Éste marchó, la trajo
y se la entregó en mano a Eumelo, que la aceptó alegre.
También Menelao se levantó con el ánimo lleno de congoja
y cubierto de desmesurada ira contra Antíloco. El heraldo
puso en su mano el cetro y ordenó callar a los argivos.
Y a continuación tomó la palabra el mortal igual a un dios:

[387] Véase XXI 183, donde se relata el momento en que Aquiles se apodera de la armadura de Asteropeo.

«¡Antíloco, antes tan discreto! ¡Qué has hecho!
Has cubierto de vergüenza mi valía y humillado mis caballos
al lanzar por delante los tuyos, que eran mucho peores.
Ea, vosotros, de los argivos príncipes y caudillos,
dictad sentencia a ambos con imparcialidad y sin partidismos,
no sea que un troyano, de broncíneas túnicas, diga alguna vez:
'Menelao, violentando con sus mentiras a Antíloco,
se ha ido con la yegua, porque, aunque eran mucho peores
sus caballos, él es más poderoso en dignidad y fuerza.'
¡Venga! Yo mismo dictaré sentencia, y a fe mía que ningún
otro de los dánaos podrá reprenderme, pues el fallo será recto.
¡Antíloco! Ven aquí, criatura de Zeus, como exigen las reglas.
Ponte de pie ante los caballos y el carro, sujeta en las manos
la flexible tralla con la que antes has conducido y, tocando
los caballos, por el dueño de la tierra y agitador del suelo
jura que no has entorpecido mi carro adrede y con dolo.»
Lo miró, a su vez, el discreto Antíloco y dijo:
«Tranquilízate ahora. Yo soy mucho más joven
que tú, soberano Menelao, y tú eres mayor y de más valía.
Sabes cómo resultan los excesos de un hombre joven:
rauda es la imaginación, pero poco sutil el ingenio.
Por eso, que tu corazón tenga paciencia: yo mismo la yegua
que he ganado te la daré. Y si además otra cosa de mi casa
aún mayor me reclamaras, bien pronto preferiría dártela
antes que a ojos tuyos, criatura de Zeus, perder para siempre
el afecto de tu ánimo y parecer un criminal a las deidades.»
Dijo, y trayendo la yegua, el hijo del magnánimo Néstor
se la entregó en sus manos a Menelao. Y a éste el ánimo
se le reconfortó, como el rocío alrededor de las espigas
al medrar la mies en la época en que se erizan los labrantíos.
Así a ti, Menelao, el ánimo se te reconfortó en las mientes,
y alzando la voz le dijo estas aladas palabras:
«¡Antíloco! Ahora soy yo quien va a retroceder
y a deponer la ira. Nada desvariado ni mentecato has sido
nunca, y ahora ha sido la mocedad lo que ha vencido tu juicio.

La próxima vez cuida de evitar embustes con los que son mejores.
Ningún otro aqueo me habría persuadido con prontitud;
mas tú muchos males has sufrido y muchas penalidades pasado
por mi culpa, lo mismo que tu noble padre y tu hermano.
Por eso voy a atender tus súplicas: la yegua
te voy a dar, aunque es mía, para que también éstos sepan
que mi ánimo nunca es insolente ni implacable.»
Dijo, y entregó a Noemón, compañero de Antíloco,
la yegua para llevarla y cogió la resplandeciente caldera.
Meriones recogió los dos talentos de oro
como cuarto en la llegada. Y aún quedaba el quinto premio:
la urna de doble mango. Aquiles la llevó ante la concurrencia
de los argivos, se la dio a Néstor y deteniéndose al lado dijo:
«Toma, también para ti, anciano, hay un presente en prenda
y memoria de los funerales de Patroclo, a quien ya no
verás entre los argivos. Te doy este premio sin competir;
pues ni en el pugilato participarás ni en la lucha pelearás
ni entrarás en la competición de jabalina ni en la carrera
tomarás parte, pues la dura vejez ya te oprime con su peso.»
Tras hablar así, la puso en sus manos, y él la aceptó
alegre y, elevando la voz, le dijo estas aladas palabras:
«Sí que es, hijo, oportuno todo cuanto has dicho;
pues ni ya tengo firmes los miembros inferiores, ni los brazos,
amigo, ya se lanzan raudos desde los hombros a uno y otro lado.
Ojalá fuera joven y mi fuerza persistiera inconmovible,
como cuando los epeos enterraron al poderoso Amarinceo
en Buprasio y sus hijos propusieron premios en honor del rey.
Entonces ningún hombre pudo igualarse a mí ni de los epeos
ni de los propios pilios ni de los magnánimos etolios.
En el pugilato vencí a Clitomedes, hijo de Énope;
en la lucha a Anceo Pleuronio, que se enfrentó contra mí;
a Ificlo, a pesar de su valía, lo adelanté en la carrera;
y con la lanza sobrepasé a Fileo y a Polidoro.
Sólo con los caballos me superaron los dos Actoríones,

que gracias a su número [388] pasaron delante, ávidos de victoria,
porque aún quedaban allí los mejores premios [389].
Eran gemelos: el uno era un auriga muy seguro,
sí, un auriga muy seguro, y el otro los azuzaba con la fusta.
Así era entonces; mas ahora sean los jóvenes los que afronten
esa clase de empresas. Es menester que yo a la luctuosa vejez
obedezca; pero antaño yo destacaba entre los héroes.
Mas ve y sigue con los juegos fúnebres en honor de tu compañero.
Esto lo acepto gustoso, y mi corazón se alegra de ver cómo
siempre te acuerdas del honor que se me debe, y no olvidas
la honra que me corresponde recibir entre los aqueos.
Que los dioses en pago de esto te den el favor que apetezcas.»
Así habló, y el Pelida entre la gran multitud de los aqueos
marchó después de escuchar hasta el final el elogio del Nelida.
Luego estableció los premios del doloroso pugilato.
Trajo y ató en medio de la reunión una mula tenaz para la labor,
de seis años, sin domesticar, el animal de doma más difícil;
y para el derrotado propuso como premio una copa de doble asa.
Se puso de pie y erguido proclamó entre los argivos:
«¡Atrida y demás aqueos, de buenas grebas!
Invitemos a los dos hombres mejores a que por estos premios
se golpeen con los puños elevados en lo alto; al que Apolo
dé más resistencia, y lo reconozcan así todos los aqueos,
regrese a la tienda llevándose la mula, tenaz para la labor;
el vencido, por su parte, esta copa se llevará de doble asa.»

---

388 Un escolio explica que Aristarco interpretaba 'gracias a su número' señalando que los Actoríones no eran gemelos, sino que tenían unidos en un único torso los miembros y la cabeza de ambos, circunstancia que les concedía ventaja en la conducción del carro. Cabe también pensar que siendo gemelos, condujeran carros distintos, pero que emplearan alguna táctica o estratagema para conseguir la victoria para cualquiera de los dos.

389 Es de suponer que los mejores premios se reservan para la prueba más importante. Las cinco pruebas que menciona Néstor son las mismas que Aquiles ha citado en 621 ss. Esta circunstancia invita a suponer la existencia de unas reglas en cuanto al tipo de pruebas que hay en unos juegos.

Así habló, y al momento se levantó un hombre noble y alto,
diestro en el pugilato, Epeo, hijo de Panopeo,
que pasó la mano por la mula, tenaz para la labor, y exclamó:
«¡Que se acerque el que se va a llevar la copa de doble asa!
La mula aseguro que ningún otro de los aqueos la conducirá
victorioso en el pugilato, porque me jacto de ser el mejor.
¿Acaso no basta con ser inferior en la batalla? No era posible
que un hombre fuese experto en todas las tareas.
He aquí lo que voy a decir y seguro que quedará cumplido.
De punta a punta le rasgaré la piel y le machacaré los huesos.
Que se queden ahí mismo reunidos los parientes suyos que asisten,
porque tendrán que sacarlo después de sucumbir bajo mis manos.»
Así habló, y todos se quedaron callados en silencio.
Euríalo fue el único que se levantó, mortal igual a un dios,
hijo de Mecisteo, el soberano Talayónida,
que una vez había ido a Tebas después de la caída de Edipo
para los funerales y allí fue venciendo a todos los cadmeidas.
El Tidida, insigne por su lanza, lo atendía y animaba de palabra:
grande era su deseo de que la victoria fuera para él [390].
Primero le ajustó el ceñidor y a continuación
le dio las bien talladas correas de un montaraz buey [391].
Tras ceñirse la cintura, comparecieron ante la concurrencia
y cara a cara, con las robustas manos levantadas, ambos
a la vez se acometieron, y sus pesados brazos se enzarzaron.
Terrible se hizo el crujido de sus mandíbulas, y fluía el sudor
de sus miembros por doquier. Se lanzó el divino Epeo y le golpeó
en la mejilla cuando aún escrutaba con la mirada, y ya no duró
mucho de pie, pues sus esclarecidos miembros se desplomaron.
Como cuando al rizar el Bóreas el mar, un pez brinca en el aire
en la ribera llena de algas y al momento la negra ola lo cubre,

---

[390] Diomedes y Euríalo son familiares, porque Adrasto, hermano de Mecisteo e hijo de Tálao, es el abuelo materno de Diomedes, hijo de Deípila. Esto explicaría la parcialidad de Diomedes por Euríalo.

[391] Las correas son para vendar los puños a modo de guantes de boxeo.

así aquél brincó en el aire con el golpe; pero el magnánimo Epeo
con sus brazos lo agarró y enderezó. Sus compañeros lo rodearon
y lo llevaron a través de la concurrencia arrastrando los pies,
escupiendo espesa sangre y con la cabeza echada a un lado.
Lo condujeron desvanecido y lo sentaron entre ellos;
y luego fueron a recoger la copa de doble asa.
El Pelida al momento depositó el tercer grupo de premios
para la ruda lucha, tras haberlos exhibido ante los dánaos:
para el vencedor un gran trípode para poner al fuego,
que en el precio de doce bueyes valoraban los aqueos entre sí;
y para el vencido puso en el centro una mujer
diestra en muchas labores, a quien tasaban en cuatro bueyes.
Se puso en pie y erguido proclamó entre los argivos:
«Levantaos los dos que queráis participar en esta prueba.»
Así habló y al punto se levantó el alto Ayante Telamonio.
También se levantó el muy ingenioso Ulises, experto en tretas.
Tras ceñirse la cintura, comparecieron ante la concurrencia
y se agarraron con las robustas manos, abrazados uno a otro,
como los cabios de una elevada mansión, que un famoso carpintero
ensambla para guardarla de las batidas de los vientos [392].
Crujían las espaldas por obra de las audaces manos,
que tiraban de ellas con tenacidad. Chorros de sudor fluían,
y numerosos cardenales por los costados y por los hombros
brotaban enrojecidos de sangre. Pero con gran obstinación
pugnaban por conseguir con la victoria el labrado trípode.
Ni Ulises era capaz de tumbarlo y llevarlo al suelo,
ni Ayante podía; el pujante vigor de Ulises se lo impedía.
Mas cuando empezaban a aburrir a los aqueos, de buenas grebas,
entonces le dijo el alto Ayante Telamonio:
«¡Laertíada del linaje de Zeus, Ulises fecundo en ardides!
¡Levántame tú, o yo a ti! Lo demás será de incumbencia de Zeus.»

[392] Se refiere a las vigas que, apoyadas una en otra por un extremo, forman un tejado a dos aguas.

Tras hablar así, probó a alzarlo. Ulises no olvidó el dolo:
le atinó y golpeó detrás en la corva, le dobló las articulaciones
y lo derribó hacia atrás; y Ulises cayó sobre su pecho,
mientras las huestes los contemplaban admiradas y extasiadas.
En segundo lugar probó a alzarlo el muy paciente divino Ulises
y lo movió levemente del suelo, pero sin lograr levantarlo.
Entonces le puso la zancadilla, y ambos cayeron al suelo,
próximos el uno al otro, y se mancharon de polvo.
Y por tercera vez se habrían lanzado a proseguir la pelea
si el propio Aquiles no se hubiera levantado para impedírselo:
«¡No insistáis! ¡Dejad de consumiros en esas fatigas!
La victoria es para ambos. Recoged un premio igual
y salid, para que también otros aqueos compitan.»

Así habló, y le oyeron con gusto y le obedecieron,
y luego se enjugaron el polvo y se pusieron las túnicas.

El Pelida al momento propuso otros premios de velocidad:
una argéntea cratera labrada, que tenía seis medidas
de capacidad y en belleza superaba a todas las de la tierra
en mucho: los industriosos sidones la habían elaborado
y los fenicios la habían transportado por el brumoso ponto,
y exhibido en los puertos y dado como regalo a Toante [393].
En pago por Licaón, hijo de Príamo, se la había entregado
al héroe Patroclo el Jasónida Euneo [394]. Aquiles la fijó
como premio de los juegos en honor de su compañero
para el más rápido y raudo en la carrera pedestre.
Para el segundo propuso un buey enorme y pingüe de grasa
y estableció como último premio medio talento de oro.
Se puso en pie y erguido proclamó entre los argivos:
«Levantaos los que queráis participar en esta prueba.»

Así habló, y al punto se levantó el rápido Ayante de Oileo;
también el muy ingenioso Ulises y luego el hijo de Néstor,

---

[393] Toante, padre de Hipsípila y abuelo de Euneo, era el rey de Lemnos; véase VII 468.

[394] Sobre el rescate de Licaón, véase XXI 40 ss.

Antíloco, que a todos los jóvenes superaba en velocidad.
Se colocaron en línea, y Aquiles les indicó la meta.
Ya desde el mojón de salida forzaron la carrera. Al instante
el Oilíada tomó la delantera. Tras él el divino Ulises se movía
muy cerca, como lo está del pecho de una mujer, de bello talle,
el contralizo, que diestramente tensa con sus manos, con fuerza
tirando de la urdimbre al pasar la bobina, y que mantiene
muy próximo al pecho [395]; así de cerca corría Ulises y por detrás
iba pisando sus huellas antes de quedar tapadas por el polvo.
Sobre la cabeza le echaba el vaho del aliento el divino Ulises
en su ágil y constante curso. Le vitoreaban todos los aqueos
su afán de victoria y acompasaban con los gritos su prisa.
Cuando ya cumplían el tramo final de la carrera, entonces Ulises
hizo una plegaria en su ánimo a la ojizarca Atenea:
«¡Óyeme, diosa, y acude bondadosa en auxilio de mis pies!»
Así habló en su plegaria, y le escuchó Palas Atenea
y le tornó ágiles los miembros, tanto los pies como los brazos.
Mas en el momento en que ya iban a lanzarse sobre el premio,
Ayante resbaló en plena carrera —Atenea le hizo tropezar— donde
había esparcidas boñigas de los mugidores bueyes sacrificados
que Aquiles, de pies ligeros, había matado en honor de Patroclo.
Se le llenaron la boca y las narices de boñiga de buey,
mientras alzaba la cratera el muy paciente divino Ulises,
que llegó el primero; y el esclarecido Ayante se llevó el buey.
Se incorporó con el cuerno del montaraz buey en las manos,
escupiendo la boñiga, y dijo entre los argivos:
«¡Ay! ¡Cómo me ha trabado los pies la diosa que siempre
asiste y protege a Ulises igual que una madre!»
Así habló, y todos se rieron de ello con gusto.
Y he aquí que Antíloco se llevó el último premio,
mientras sonreía, y dijo estas palabras a los argivos:
«Diré algo que todos vosotros, amigos, sabéis: que también
esta vez los inmortales han honrado a los hombres de más edad.

[395] Se trata de un telar manual vertical.

Pues Ayante es sólo un poco mayor que yo, mientras que ése es
de la generación anterior y de las gentes que nos preceden.
Dicen de él que es un viejo aún crudo [396]; pero para los aqueos,
excepto Aquiles, es difícil competir con él en la carrera.»
Así habló, tratando de glorificar al velocípedo Pelida.
Aquiles le respondió con estas palabras y dijo:
«¡Antíloco! No quedará dicho este elogio en balde.
Al contrario, voy a añadir otro medio talento a tu premio.»
Tras hablar así, lo puso en sus manos, y lo aceptó alegre.
Por su parte, el Pelida una pica, de luenga sombra, llevó
y dejó ante la concurrencia, así como un broquel y un yelmo,
las armas de Sarpedón, que Patroclo le había arrebatado [397].
Se puso de pie y erguido proclamó entre los argivos [398]:
«Invitemos a los dos mejores a que por estos premios
se vistan con las armas, cojan el bronce, tajante de la carne,
y se pongan a prueba uno contra el otro ante la multitud.
Al que de los dos se empine, toque antes la bella piel y roce
las partes internas, a través de la armadura y la negra sangre,
le daré esta daga tachonada con clavos de plata,
bella, tracia, que he arrebatado a Asteropeo [399].
Y estas armas ambos se las llevarán como ganancia común,
y haremos que les sirvan un buen banquete en las tiendas.»
Así habló, y al punto se levantó el alto Ayante Telamonio,
y también se levantó el Tidida, el esforzado Diomedes.
Después de armarse aparte, uno a cada lado de la multitud,
ambos coincidieron en el medio, ávidos de lucha y lanzándose
terribles miradas. El estupor se adueñó de todos los aqueos.
Cuando ya estaban cerca, avanzando el uno contra el otro,

[396] Antes de llegar a la madurez.

[397] Véase XVI 663 ss.

[398] La narración de los certámenes restantes ofrece ciertas oscuridades en cuanto al propio objeto del certamen.

[399] Véase XXI 183. Por otro lado, es llamativa la adición de la daga al premio ya expuesto, consistente en las armas de Sarpedón.

tres veces se precipitaron y tres veces se arremetieron de frente.
Entonces Ayante le envasó el broquel, por doquier equilibrado,
pero no alcanzó la piel, que por dentro la coraza protegía.
Y el Tidida por encima del gran escudo hizo ademanes repetidos
de tocarle el cuello con la punta de la reluciente lanza.
Y entonces los aqueos, muy temerosos por la vida de Ayante,
les mandaron suspender la lucha y recoger premios iguales.
Por su parte, el héroe dio al Tidida la enorme daga,
que había traído con la vaina y el bien tallado tahalí.

Luego el Pelida depositó un bloque de hierro en bruto
que en otro tiempo solía lanzar el gran brío de Eetión.
Pero el divino Aquiles, de pies protectores, había matado
a aquél y llevado éste a las naves con las demás riquezas.
Se puso de pie y erguido proclamó entre los argivos:

«Levantaos los que queráis participar en esta prueba.
El vencedor, por muy lejos que tenga los pingües campos,
tendrá hierro, aunque le haga falta para cinco años completos;
así que por carencia de hierro no tendrán que ir a la ciudad
ni pastor ni labriego suyos, sino que con esto les suministrará.»

Así habló, y al momento se levantó el aguerrido Polipetes,
también el esforzado ardor de Leonteo, comparable a un dios,
y también Ayante Telamoníada y Epeo, de la casta de Zeus.
Se colocaron en fila. Cogió el bloque Epeo, de la casta de Zeus,
y lo lanzó tras voltearlo; todos los aqueos se echaron a reír [400].
El segundo que lo tiró fue Leonteo, retoño de Ares.
El alto Ayante Telamonio fue el tercero que lo arrojó
lejos de su robusta mano y sobrepasó las marcas de todos.
Mas cuando cogió el bloque el aguerrido Polipetes,
a la misma distancia que un boyero arroja el cayado,
que vuela dando vueltas a través de la manada de vacas,
en tanto superó a todos sus competidores. Lo aclamaron

[400] Probablemente, dado que Epeo tiene una enorme fuerza (véase 664), el gesto de los aqueos expresa la admiración por el lanzamiento que ha efectuado.

los compañeros del esforzado Polipetes, y se levantaron
y se llevaron a las huecas naves el premio de su rey.
Luego propuso violáceo hierro a los arqueros y depositó
diez hachas de doble filo y otras diez de filo sencillo.
Mandó hincar el mástil de una nave, de proa esmaltada de azul,
lejos sobre el arenal y ató a él una tímida paloma
por la pata con una fina cuerda. Contra aquélla mandó
disparar con el arco: «El que acierte a la tímida paloma
recoja todas las hachas dobles y lléveselas a casa.
Y el que atine a la cuerda y falle al ave, llévese,
por tener menos puntería, las hachas de filo sencillo.»
Así habló, y al punto se levantó el pujante soberano Teucro
y también Meríones, el noble escudero de Idomeneo.
Echaron y agitaron suertes en un morrión, guarnecido de bronce.
A Teucro le tocó en suerte disparar primero. Al punto arrojó
el venablo con todas sus fuerzas, pero no prometió al soberano
sacrificar una ínclita hecatombe de primogénitos corderos.
No atinó al ave, pues Apolo se lo negó; pero acertó
junto a la pata, en el cordel al que el ave estaba atada.
La amarga flecha llegó recta y cortó la cuerda:
y aquélla voló al cielo, y quedó suelto al lado del mástil
el cordel mirando al suelo; y los aqueos estallaron en un clamor.
Entonces Meríones quitó a Teucro a toda prisa el arco del brazo,
pues la flecha ya la tenía hacía rato, mientras aquél apuntaba;
y al instante se comprometió con el flechador Apolo
a sacrificar una ínclita hecatombe de primogénitos corderos.
Vio en lo alto bajo las nubes la tímida paloma y de pleno
bajo el ala la acertó, mientras ella giraba en torbellinos.
El dardo la atravesó de parte a parte y de nuevo en el suelo
se clavó delante de los pies de Meríones, mientras el ave,
posándose sobre el mástil de la nave, de proa esmaltada de azul,
dejaba colgando el cuello y desplegaba las tupidas alas.
La vida salió volando ligera de sus miembros y lejos de Meriones
cayó la paloma; y las huestes lo veían admiradas y extasiadas.

Meríones recogió juntas las diez hachas de doble filo,
y Teucro se llevó a las cóncavas naves las de filo sencillo.
El Pelida llevó una pica, de luenga sombra, y un caldero
intacto por el fuego y adornado con flores, del valor de un buey,
y los dejó ante la concurrencia. Los lanzadores de jabalina
se levantaron: el Atrida Agamenón, señor de anchos dominios,
y también Meríones, el noble escudero de Idomeneo.
Entre ellos el divino Aquiles, de pies protectores, dijo:
«¡Atrida! Sabemos en qué medida superas a todos
y cómo eres el mejor en fuerza y en tino con la jabalina.
Recibe por tanto este premio y retírate a las cóncavas naves,
mientras que le otorgaremos la lanza al héroe Meríones,
si te place en el ánimo; pues yo así te lo propongo.»
Así habló, y no desobedeció Agamenón, soberano de hombres,
que dio a Meríones la broncínea lanza, y el héroe, a su vez,
entregó al heraldo Taltibio el magnífico premio del certamen.

CANTO XXIV [401]

Concluyó el certamen, y las huestes a las veloces naves
marcharon en grupos y se dispersaron; pensaban en la cena
y en el dulce sueño, que querían satisfacer. Mas Aquiles
lloraba recordando a su compañero, y el sueño,
que a todos doblega, no le vencía; daba vueltas aquí y allá,
añorando la hombría de Patroclo y su noble ardor,
todas las fatigas sufridas con él y los dolores padecidos
a través de los combates guerreros y de las siniestras olas.
Al recordar todo aquello, derramaba lozanas lágrimas,
a veces echado de costado, a veces en cambio boca arriba,
y a veces boca abajo. Otras veces se incorporaba de pie
y paseaba vagabundo, bordeando la orilla del mar. La aurora
lo sorprendía despierto al aparecer sobre el mar y las costas.
Entonces, después de uncir bajo el carro los ligeros caballos,
ataba el cuerpo de Héctor tras la caja para arrastrarlo,
le daba tres vueltas alrededor del túmulo del Menecíada muerto
y se volvía de nuevo a la tienda a descansar, dejando a aquél
extendido de bruces en el polvo. Pero Apolo, apiadado de él,
apartaba de su cuerpo toda clase de descomposición
incluso después de muerto, y lo cubría entero con la égida
áurea, para evitar que Aquiles lo lacerara al arrastrarlo.
Así ultrajaba en su furor a Héctor, de la casta de Zeus.
Pero los felices dioses se compadecían de él al contemplarlo

[401] El título del canto XXIV es 'el rescate de Héctor'.

e incitaban al benéfico Argicida a que lo raptara.
A todos los demás les placía eso, pero no a Hera
ni a Posidón ni a la ojizarca doncella, que persistían
como desde el principio en su odio contra la sacra Ilio,
contra Príamo y contra su hueste por culpa de Alejandro,
que había humillado a las diosas cuando llegaron a su aprisco
y él se pronunció por la que le concedió la dolorosa lascivia [402].
Pero cuando llegó a partir de aquel día la duodécima aurora,
he aquí que entonces dijo Febo Apolo a los inmortales:
«¡Dioses crueles y maléficos! ¿Nunca en vuestro honor
Héctor ha quemado muslos de bueyes y de cabras sin tacha?
Ni ahora que no es más que un cadáver habéis osado salvarlo,
para que lo contemplaran su esposa, su madre, su hijo,
su padre, Príamo, y sus huestes, que pronto lo habrían
incinerado al fuego y le habrían tributado exequias fúnebres.
Pero es al maldito Aquiles, dioses, a quien preferís proteger,
a uno que no tiene mientes sensatas ni juicio flexible
en el pecho, y que sólo conoce ferocidades, cual león
que dócil a su enorme fuerza y a su arrogante ánimo
ataca los ganados de los mortales para darse un festín;
así Aquiles ha perdido toda piedad y no tiene ningún respeto,
don que a los hombres causa un gran daño o un gran beneficio.
Otros deben de haber perdido sin duda a un ser aún más querido,
bien a un hermano de madre, bien a un hijo;
pero después de llorar y lamentarse remiten en su pena,
pues las Moiras han hecho el ánimo humano apto para soportar.
Mas éste, tras arrebatarle el corazón, sigue al divino Héctor
atando a los caballos y en torno del túmulo de su compañero
arrastrándolo. Y eso ni es lo mejor ni lo más adecuado para él.
¡Cuidad que nosotros nos indignemos con él, por noble que sea,
pues su furor ya no ultraja más que arcilla inerte!»

---

[402] Alusión al juicio de Paris, en el que Atenea, Hera y Afrodita se sometieron al juicio de Alejandro para decidir quién era la más bella. Cada una de las tres ofreció al juez una recompensa si era elegida, y Paris escogió a Afrodita.

Irritada, le dijo Hera, la de blancos brazos:
«¡Eso que dices tú, dios del argénteo arco, podría ser
si fuerais a atribuir la misma honra a Aquiles y a Héctor!
Mas Héctor era mortal y se amamantó del pecho de una mujer,
mientras que Aquiles es vástago de una diosa que yo misma
crié, mimé y entregué como esposa para un hombre,
Peleo, que ha sido querido de corazón entre los inmortales.
Todos, dioses, presenciasteis la boda; y también tú asististe
al banquete con la fórminge, ¡cómplice de malhechores, traidor!»
En respuesta le dijo Zeus, que las nubes acumula:
«¡Hera, no tengas tanta ojeriza contra los dioses!
La honra de ambos no será ciertamente la misma. Pero Héctor
era también el mortal de Ilio más querido para los dioses
y para mí, pues no omitía ninguno de los dones que son gratos.
Nunca carecía mi altar de la equitativa porción en el banquete,
la libación y el humo de grasa, privilegio que nos corresponde.
Pero eso de raptar al audaz Héctor a escondidas de Aquiles
dejémoslo, pues tampoco es posible: siempre está a su lado
su madre asistiéndolo, lo mismo por las noches que por el día.
Mas un dios podría llamar a Tetis para que venga cerca de mí
y yo le comunique un sagaz plan con el que Aquiles obtenga
regalos de Príamo y libere bajo rescate el cadáver de Héctor.»
Así habló, e Iris, de pies de ráfaga, fue con el mensaje.
Entre Samotracia y la escabrosa Imbros se zambulló
en el negro ponto, y la encharcada superficie gimió.
Se hundió hasta el abismo, parecida a una bola de plomo
que, embutida en el cuerno de un montaraz buey,
baja llevando la parca a los carnívoros peces.
Halló a Tetis en la hueca gruta, y a su alrededor las demás
diosas marinas estaban sentadas reunidas. En medio ella
lloraba el destino de su intachable hijo, que iba a
consumirse en Troya, de fértiles glebas, lejos de la patria.
Se detuvo cerca y le dijo Iris, la de los pies ligeros:
«¡Arriba, Tetis! Te llama Zeus, sabedor de perennes ideas.»
Le respondió entonces Tetis, la diosa de argénteos pies:

«¿Por qué el sublime dios me manda ir allí? Me da vergüenza
el trato con los inmortales y tengo penas infinitas en el ánimo.
Iré, sin embargo, y no será vana ninguna palabra que él diga.»
Tras hablar así, la de casta de Zeus entre las diosas cogió
el velo azul sombrío; ningún vestido más oscuro que ése había.
Echó a andar, y la rápida Iris, de pies como el viento, delante
abría camino, mientras a ambos lados se hendía la ola del mar.
Tras ascender hasta la costa, se lanzaron presurosas al cielo
y hallaron al Crónida, de ancha voz; y a su alrededor todos
los felices dioses sempiternos estaban sentados reunidos.
Fue a sentarse al lado del padre Zeus, y Atenea le cedió
el sitio. Hera puso en su mano una bella copa áurea
y la consoló con su palabra; y Tetis alargó el brazo para beber.
Entre ellos comenzó a hablar el padre de hombres y de dioses:
«Has venido al Olimpo, diosa Tetis, a pesar de tu dolor,
con una pena insondable en tus mientes. También yo lo sé.
Pero aun así te voy a decir por qué te he llamado aquí.
Hace nueve días ha surgido entre los inmortales una contienda
por el cadáver de Héctor y por Aquiles, saqueador de ciudades.
Incitan al benéfico Argicida a que rapte su cuerpo,
pero la gloria de obtener el rescate la reservo para Aquiles,
pues velo por tu respeto y tu amistad para el porvenir.
Ve en seguida al campamento y transmite este encargo a tu hijo;
dile que los dioses están airados con él y que yo más que todos
los inmortales estoy irritado, porque con enloquecidas mientes
tiene el cuerpo de Héctor en las corvas naves y no lo ha devuelto,
a ver si temeroso de mí libera bajo rescate el cadáver de Héctor.
Por mi parte, voy a enviar a Iris ante el magnánimo Príamo,
para que vaya a las naves de los aqueos a rescatar a su hijo
y lleve a Aquiles regalos que le ablanden el ánimo.»
Así habló, y obedeció Tetis, la diosa de argénteos pies,
que descendió de las cumbres del Olimpo presurosa
y llegó a la tienda de su hijo. Allí lo halló
exhalando reiterados suspiros, rodeado de sus compañeros,
que se afanaban con premura en preparar el desayuno

y que tenían una grande y velluda oveja sacrificada.
Muy cerca de él se sentó su augusta madre,
lo acarició con la mano, lo llamó con todos sus nombres y dijo:
«¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo con estos lamentos y angustias
te vas a carcomer el corazón sin acordarte ni del pan
ni de la cama? Bien estaría que te unas a una mujer en el amor,
pues no sólo ya no me vivirás largo tiempo, sino que además
cerca de ti se aproximan la muerte y el imperioso destino.
Ahora atiéndeme pronto, pues soy para ti mensajera de Zeus:
afirma que los dioses están airados contigo y que él más que todos
los inmortales está irritado, porque con enloquecidas mientes
tienes el cuerpo de Héctor en las corvas naves y no lo has devuelto.
Ea, suéltalo y acepta el rescate por su cadáver.»
En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«¡Sea así! El que traiga rescate llévese el cadáver,
si el propio Olímpico así lo manda con ánimo benévolo.»
Así madre e hijo en la concurrencia de las naves
se decían uno a otro muchas aladas palabras.
Entre tanto el Crónida envió a Iris a la sacra Ilio:
«Anda, ve, veloz Iris, deja la sede del Olimpo
y ve dentro de Ilio a anunciar al magnánimo Príamo
que acuda a las naves de los aqueos a rescatar a su hijo
y lleve a Aquiles regalos que le ablanden el ánimo.
Que vaya solo, sin ningún otro varón de los troyanos,
y que le acompañe algún heraldo anciano que enderece el paso
de las mulas y la carreta, de bellas ruedas, y que de vuelta
traiga a la ciudad el cadáver de la víctima del divino Aquiles.
Que no le turbe sus mientes la muerte ni ningún otro miedo,
pues le otorgaremos la inigualable escolta del Argicida,
que lo conducirá y llevará hasta estar cerca de Aquiles.
Una vez que lo haya llevado dentro de la tienda de Aquiles,
éste no lo matará y además impedirá a los demás que lo hagan.
Pues no es insensato ni desatinado ni un impío criminal;
al contrario, con extrema delicadeza cuidará al suplicante.»

Así habló, e Iris, de pies de ráfaga, fue con el mensaje.
Llegó a casa de Príamo y allí no halló más que quejas y llantos.
Los hijos, sentados alrededor de su padre dentro del patio,
tenían mojada de lágrimas la ropa, y el viejo estaba en medio
cubierto con un manto que dejaba adivinar su silueta. Abundante
estiércol envolvía la cabeza y el cuello del anciano,
que él mismo al revolcarse había cosechado con sus manos.
Las hijas y las nueras por las mansiones gimoteaban,
acordándose de los muchos y valerosos
que yacían después de perder la vida a manos de los argivos.
La mensajera de Zeus se detuvo junto a Príamo y dijo con voz
tenue —y el temblor se adueñó de los miembros del anciano—:
«¡Valor en las mientes, Príamo Dardánida! ¡No te intimides!
Pues yo no vengo aquí por una desgracia que haya visto,
sino mirando por tu bien. Soy para ti mensajera de Zeus,
que aun estando lejos se preocupa mucho por ti y te compadece.
El Olímpico te ha ordenado rescatar al divino Héctor
y llevar a Aquiles regalos que le ablanden el ánimo.
Ve solo, sin ningún otro varón de los troyanos,
y que te acompañe algún heraldo anciano que enderece el paso
de las mulas y la carreta, de bellas ruedas, y que de vuelta
traiga a la ciudad el cadáver de la víctima del divino Aquiles.
Que no te turbe tus mientes la muerte ni ningún otro miedo,
pues te acompañará la inigualable escolta del Argicida,
que te conducirá y llevará hasta estar cerca de Aquiles.
Una vez que te haya llevado dentro de la tienda de Aquiles,
éste no te matará y además impedirá a los demás que lo hagan.
Pues no es insensato ni desatinado ni un impío criminal;
al contrario, con extrema delicadeza cuidará al suplicante [403].»
Tras hablar así, se marchó Iris, la de los pies ligeros,
y él a sus hijos una carreta de mulas, de bellas ruedas,
mandó preparar y atar encima un cesto de mimbres.

[403] La actuación y temores posteriores de Príamo no parecen tener en cuenta estos avisos de Iris.

Luego entró en el tálamo perfumado, de madera de cedro
y de elevado techo, que atesoraba muchos objetos preciosos.
Y llamó a su esposa Hécuba y le dijo:
«¡Infeliz! Un olímpico ha venido de parte de Zeus a decirme
que vaya a las naves de los aqueos a rescatar a nuestro hijo
y que lleve a Aquiles regalos que le ablanden el ánimo.
Ea, dime también esto: ¿qué te parece a ti en tus mientes?
Pues el ardor y el ánimo me mandan a todo trance ir allí
a las naves, dentro del vasto campamento de los aqueos.»
Así habló, y la mujer estalló en sollozos y respondió así:
«¡Ay de mí! ¿A dónde se te ha ido el juicio que antes
te hizo famoso entre las gentes extranjeras y tus súbditos?
¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos,
para ponerte a la vista del hombre que a muchos y valerosos
hijos tuyos ha despojado? De hierro es tu corazón.
Pues si se apodera de ti y con sólo que te vea con sus ojos,
ese hombre es carnicero y traidor, y no se compadecerá de ti
ni te respetará en absoluto. Más bien lloremos ahora aparte
sentados en el palacio. Eso es lo que el imperioso destino
urdió con su trama para él al nacer, cuando yo lo alumbré:
saciar a los perros, de ágiles patas, lejos de sus progenitores
y en poder de un hombre brutal, a quien ojalá yo medio hígado
pudiera devorar hundiendo mis dientes. Entonces habría venganza
por mi hijo, porque no lo ha matado como a un cobarde,
sino ante los troyanos y las troyanas, de esbeltos talles,
quieto y sin acordarse de la huida ni de escondrijo alguno.»
A su vez, le dijo el anciano, el deiforme Príamo:
«Estoy decidido a ir; no trates de retenerme ni seas
para mí ave de mal agüero en mi palacio; no me persuadirás.
Pues si me hubiera invitado algún otro de los terrestres,
o los que adivinan mediante sacrificios o son sacerdotes,
afirmaríamos que es mentira y nos alejaríamos con más razón;
mas ahora yo mismo he escuchado y visto a la diosa cara a cara.
Por eso iré, y sus palabras no serán vanas. Y si es mi sino
morir junto a las naves de los troyanos, de broncíneas túnicas,

lo prefiero. Que al momento me mate Aquiles con el cuerpo
de mi hijo en brazos, tras saciarme el deseo de llanto.»
Dijo, y abrió las bellas tapas de las arcas
y de allí sacó doce magníficos vestidos,
doce mantos simples, otros tantos tapices,
otras tantas blancas capas y además otras tantas túnicas.
Sacó y pesó diez talentos de oro en total,
dos fogueados trípodes, cuatro calderos
y una copa muy bella que los tracios le habían procurado,
cuando fue en embajada, como precioso galardón. El anciano
ni eso escatimó en su palacio, pues lo que su ánimo
más deseaba era rescatar a su hijo. Y a todos los troyanos
expulsó del pórtico y amonestó con vergonzantes palabras:
«¡Id enhoramala, ultrajadores, baldones! ¿Es que no hay
también en vuestra casa llanto y por eso venís a atormentarme?
¿No os basta con los dolores que Zeus Crónida me ha dado
al perder a mi mejor hijo? Mas vosotros os enteraréis
también, pues mucho más fácil será para los aqueos
exterminaros ahora que él está muerto. Mas ojalá
que antes de ver esta ciudad devastada y destruida
ante mis propios ojos, descienda a la mansión de Hades.»
Dijo, y con el bastón se fue abriendo paso. Salieron
apremiados por el anciano, que increpó luego a sus hijos,
reprendiendo a Héleno, a Paris y al divino Agatón,
a Pammón, a Antífono y a Polites, bueno en el grito de guerra,
a Deífobo, a Hipótoo y al admirable Dío.
A los nueve increpó el anciano y dio estas órdenes:
«¡Daos prisa, viles hijos, ruines! ¡Ojalá a todos juntos
en vez de a Héctor os hubieran matado junto a las veloces naves!
¡Ay de mí, desgraciado por completo! Engendré los mejores hijos
en la ancha Troya, y de ellos a fe que ninguno me queda:
ni Méstor, parejo a un dios, ni Troilo, gozo del carro de guerra,
ni Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía
ser hijo de un hombre mortal, sino de un dios.
Ares los ha hecho perecer y me han quedado todos estos baldones,

mentirosos, danzarines, valiosos sólo en las cadencias del coro,
depredadores de los corderos y cabritos de vuestro propio pueblo.
¿A qué esperáis para prepararme la carreta cuanto antes
y depositar en ella todo eso para ponernos en camino?»
Así habló, y temerosos de los denuestos de su padre
sacaron una carreta de mulas, de buenas ruedas, bella,
por primera vez claveteada, y ataron encima un cesto de mimbres.
Descolgaron del clavo el yugo para las mulas, de madera
de boj, provisto de un resalte, bien ajustado con anillos.
Sacaron también con el yugo de nueve codos su correa.
Lo colocaron con cuidado sobre el bien pulido timón
en el borde de la lanza y metieron el anillo en la clavija [404].
Con tres vueltas a cada lado lo ataron sobre el resalte y luego
lo anudaron al soporte y remetieron los cabos de la coyunda.
Sacaron todo de la habitación y sobre el bien pulido carromato
apilaron los inmensos rescates en pago de la cabeza de Héctor.
Uncieron los mulos, de sólidas pezuñas, que laboran con arneses,
espléndido obsequio que los misios habían regalado a Príamo.
Y para Príamo uncieron al yugo los caballos que el anciano
para su propio servicio había mimado en el bien pulido pesebre.
Ya habían encargado uncirlos en las elevadas mansiones
el heraldo y Príamo, llenos de sagaz talento en sus mientes,
en el momento en que Hécuba se acercó con el ánimo desolado,
llevando con la diestra vino, dulce como la miel,
en áurea copa, para que hicieran una libación antes de partir.
Se paró ante los caballos, lo llamó con todos sus nombres y dijo:
«Toma, haz una libación a Zeus padre y ruégale llegar
a casa de regreso de los enemigos, ya que tu ánimo
te insta a ir a las naves en contra de mi voluntad.
Ruega, por tanto, al Cronión, que arremolina oscura nube
y que desde el Ida contempla toda la extensión de Troya,

[404] Meten el anillo que tiene el yugo en el centro dentro de la clavija del timón del carro.

y pídele un agüero, el rápido mensajero que es para él
la más querida ave de rapiña y cuyo poder es el más excelso,
que venga a la derecha, para que tú mismo lo veas con tus ojos
y vayas fiado en él a las naves de los dánaos, de rápidos potros.
Y si Zeus, el de ancha voz, no te envía su mensajero,
jamás entonces yo te impulsaría ni te aconsejaría
ir a las naves de los argivos por intenso que sea tu deseo.»
En respuesta le dijo el deiforme Príamo:
«¡Mujer! No voy a desatender esa apetencia tuya.
Bueno es levantar los brazos a Zeus, a ver si se compadece.»
Dijo, y el anciano instó a la sirvienta despensera
a derramar agua pura en sus manos. Se presentó la servidora
trayendo un aguamanil y también un jarro en las manos
y tras lavárselas tomó la copa que le entregaba su esposa.
Entonces, de pie en el centro del patio, oró y vertió el vino
mirando al cielo, y levantando la voz dijo:
«¡Zeus padre, regidor del Ida, el más glorioso y excelso!
Concédeme al ir ante Aquiles hallar en él amistad y compasión.
Envíame un agüero, el rápido mensajero que es para ti
la más querida ave de rapiña y cuyo poder es el más excelso,
que venga a la derecha, para que yo mismo lo vea con mis ojos
y vaya fiado en él a las naves de los dánaos, de rápidos potros.»
Así habló en su plegaria, y le escuchó el providente Zeus.
Al punto envió un águila, el agüero de cumplimiento más seguro,
el sombrío cazador al que también llaman negro.
Cuan alta es la puerta del tálamo, de elevada techumbre,
de un hombre acaudalado, bien ajustada con cerrojos,
así eran sus alas extendidas a ambos lados. Se les mostró
a la derecha, lanzándose a través de la ciudad. Y al verla,
se alegraron y a todos se les reconfortó el ánimo en el pecho.
El anciano montó presuroso en la caja del carro
y salió del vestíbulo y del retumbante pórtico.
Delante los mulos tiraban del carromato, de cuatro ruedas,
que guiaba el discreto Ideo; y detrás iban los caballos,
que el anciano controlaba y azuzaba con la fusta,

cruzando con presteza la ciudad. Todos los suyos le seguían
lamentándose por él sin cesar como si fuera a la muerte.
Cuando descendieron de la ciudad y llegaron a la llanura,
de vuelta regresaron hacia Ilio los hijos
y los yernos. Zeus, de ancha voz, no dejó de notar
la aparición de ambos en el llano. Al verlo, se apiadó
del anciano y al instante miró a su hijo Hermes y le dijo:
«¡Hermes! Ya que tú eres a quien más gusta
escoltar a los hombres y escuchas a quien quieres,
anda, ve y a Príamo a las cóncavas naves de los aqueos
conduce, de manera que no lo vea ni lo advierta ninguno
de los dánaos hasta que llegue a presencia del Pelida.»
Así habló, y no desobedeció el mensajero Argicida.
Al momento se ató bajo sus pies las bellas sandalias,
inmortales, áureas, que lo llevaban sobre la húmeda superficie
y sobre la ilimitada tierra a la par de los soplos del viento.
Cogió la vara con la que hechiza los ojos de los hombres
que quiere y despierta también a los que están dormidos.
Con ésta en las manos, echó a volar el vigoroso Argicida.
Y al instante llegó a Troya y al Helesponto,
y comenzó a andar tomando la figura de un joven príncipe
a quien apunta el bozo y tiene el mayor encanto de la mocedad.
Aquéllos, después de pasar delante del gran túmulo de Ilo,
detuvieron las mulas y los caballos en el río para abrevarlos;
pues la oscuridad ya había sobrevenido sobre la tierra.
Al verlo de cerca, el heraldo advirtió la presencia
de Hermes y se dirigió a Príamo y le dijo:
«¡Atiende, Dardánida! Juicio atento requiere esta empresa.
Veo a un hombre y me figuro que pronto querrá destrozarnos.
Ea, emprendamos la huida sobre los caballos o, si no, pronto
vayamos a abrazarnos a sus rodillas para implorarle compasión.»
Así habló; el anciano quedó confuso y presa de miedo atroz,
y los pelos se le pusieron de punta en los curvados miembros.
Y se detuvo atónito, y el benéfico se acercó en persona
y cogiendo la mano del anciano le inquirió y dijo:

«¿A dónde, padre, conduces así los caballos y los mulos
en medio de la lóbrega noche, cuando los demás mortales duermen?
¿No temes a los aqueos, que respiran furor,
y que son tus encarnizados enemigos y están cerca?
Si uno de ellos te viera a través de la veloz negra noche
llevando tantos tesoros, ¿qué se le ocurriría a tu ingenio?
Ni tú eres joven, y ese que te acompaña también es viejo,
para defenderos del hombre que venga el primero a ofenderos.
Mas yo no te haré ningún daño y además contra cualquier otro
estaría presto a protegerte. En ti veo los rasgos de mi padre.»
Le respondió entonces el anciano, el deiforme Príamo:
«Sí, así es todo, hijo mío, como me lo expones.
Mas hay un dios que también sobre mí ha extendido aún su mano;
él es quien me ha traído al encuentro de un caminante
que trae un presagio semejante a su aspecto: noble de talla
y de figura, de espíritu prudente e hijo de felices progenitores.»
Díjole, a su vez, el mensajero Argicida:
«Sí que es, oh anciano, oportuno cuanto has dicho.
Mas, ea, dime también y responde puntualmente a cada pregunta:
¿esos abundantes y valiosos tesoros que traes los llevas por ahí
hacia hombres extranjeros, para que te los mantengan a salvo,
o es que ya estáis abandonando todos la sacra Ilio
por el miedo? Pues ha perecido el hombre más bravo,
tu hijo, que nunca estaba lejos de la lucha contra los aqueos.»
Le respondió entonces el anciano, el deiforme Príamo:
«¿Quién eres tú, notable joven, y quiénes tus progenitores?
¡Con qué nobleza te has referido al óbito de mi infeliz hijo!»
Díjole, a su vez, el mensajero Argicida:
«Me tientas, anciano, y preguntas por el divino Héctor.
A menudo en la batalla, que otorga gloria a los hombres,
lo he visto con mis ojos y también cuando avanzó junto a las naves
y mataba argivos sin descanso, diezmándolos con el agudo bronce.
Nosotros lo mirábamos admirados, quietos de pie, pues Aquiles
nos prohibía batirnos a causa de su ira contra el Atrida.
De aquél soy escudero; y la misma sólida nave nos trajo.

Soy nacido de mirmídones, y mi padre es Políctor.
Es opulento; pero ya es viejo igual que lo eres tú.
Otros seis hijos tiene, y yo soy el séptimo.
Todos sacamos suertes y a mí me tocó acudir aquí como soldado.
Y ahora he venido de las naves a la llanura, pues al alba
los aqueos, de vivaces ojos, presentarán alrededor de la ciudad
batalla. Están impacientes sentados aquí y no son capaces
de contener sus ansias de combate los reyes de los aqueos.»
Le respondió entonces el anciano, el deiforme Príamo:
«Si realmente eres escudero del Pelida Aquiles,
ea, declárame a mí ya toda la verdad:
¿está aún junto a las naves el cuerpo de mi hijo,
o Aquiles ya lo ha descuartizado y servido a sus perras?»
Díjole, a su vez, el mensajero Argicida:
«¡Anciano! Todavía los perros y las aves de rapiña
no lo han devorado; aún yace allí junto a la nave de Aquiles,
abandonado en la tienda. Ésta es la duodécima aurora
desde que yace, y su piel no se corrompe nada ni lo comen
los gusanos, que devoran a los mortales asesinados por Ares.
Es verdad que alrededor del túmulo de su querido compañero
lo arrastra sin piedad a la hora en que aparece la límpida aurora,
mas no logra desfigurarlo. Tú mismo si acudieras contemplarías
qué fresco está por el rocío, lavado de la sangre que le cubría
y sin ninguna mancha; están cicatrizadas todas las heridas
que recibió, pues muchos hundieron el bronce en su cuerpo.
Hasta tal punto los felices dioses cuidan de tu hijo,
incluso muerto, porque les era grato en el fondo del corazón.»
Así habló, y se alegró el anciano y respondió de este modo:
«¡Hijo! Cierto que es beneficioso ofrecer dádivas convenientes
a los inmortales. Nunca mi hijo, si alguna vez lo he tenido,
se olvidó en mi palacio de los dioses, dueños del Olimpo.
Por eso lo han recordado hasta en la hora fatal de su muerte.
Mas, ea, acepta de mi parte esta bella copa
y a cambio protégeme y escóltame con el favor divino,
hasta llegar a la tienda del Pelida.»

Díjole, a su vez, el mensajero Argicida:
«Tientas, anciano, mi juventud; pero no me persuadirás
con la invitación a aceptar regalos tuyos a ocultas de Aquiles.
Le temo y me da vergüenza en el fondo del corazón
defraudarle, no sea que luego me llegue algún mal.
Como escolta estaría dispuesto a llegar hasta la ilustre Argos[405]
y sería solícito compañero tuyo en la veloz nave o a pie.
Nadie osaría luchar contigo por desdén de quien te escolta.»
Dijo, y el benéfico, saltando sobre el carro y los caballos,
con presteza asió en las manos la fusta y las riendas
e inspiró noble fogosidad a los caballos y a las mulas.
Al llegar a las fortificaciones de las naves y a la fosa,
ya los guardias comenzaban a ocuparse de la cena.
El mensajero Argicida vertió el sueño sobre todos ellos
sin excepción; luego abrió las puertas y retiró las trancas,
e introdujo a Príamo y sus espléndidos dones sobre el carromato.
Cuando llegaron a la tienda del Pelida[406]
elevada, que los mirmídones habían fabricado para su soberano
tallando vigas de abeto —por encima la habían techado
con frondoso cañizo recolectado de la pradera;
alrededor un gran patio habían fabricado para su soberano
con espesas estacas; la puerta la sujetaba un único pasador
de madera de abeto, que entre tres aqueos solían encajar,
como tres eran los que abrían el gran cerrojo de las puertas,
de no ser Aquiles, que era el único que lo encajaba aun solo—,
entonces el benéfico Hermes se la abrió al anciano,
introdujo los ilustres regalos para el velocípedo Pelida,
se apeó del carro a tierra y exclamó:
«¡Anciano! Yo soy un dios inmortal que aquí ha venido;
soy Hermes. Mi padre me ha enviado para que te diera escolta.

[405] En boca de Hermes, que se hace pasar por un mirmidón, Argos debe de ser el Argos Pelásgico de Tesalia (cf. II 681).

[406] La tienda de Aquiles aparece como si tuviera la misma estructura de la casa: se mencionan un vestíbulo anterior a la habitación del hogar central de la sala y un pórtico anterior al que da un patio.

Pero ahora me iré de nuevo y no me voy a presentar
ante las miradas de Aquiles. Vituperable sería
que un dios inmortal favorezca tan abiertamente a los mortales.
Tú entra y coge al Pelida de las rodillas,
y por su padre, su madre, de hermosos cabellos,
y su hijo, suplícale para conmoverle el ánimo.»
Tras hablar así, se alejó hacia el vasto Olimpo
Hermes. Y Príamo saltó de los caballos a tierra
y dejó allí a Ideo, que esperaba guardando
los caballos y las mulas. El anciano fue derecho a la casa,
donde Aquiles, caro a Zeus, residía. Lo halló dentro;
sus compañeros estaban sentados aparte; y sólo dos,
el héroe Automedonte y Álcimo, retoño de Ares, se afanaban
en presencia suya presurosos. Acababa de dejar el alimento
después de comer y beber, y la mesa aún estaba puesta al lado.
Entró el alto Príamo sin que ellos lo notaran, se paró cerca
y estrechó las rodillas de Aquiles y le besó las manos
terribles y homicidas que a tantos hijos suyos habían matado.
Como cuando una densa ofuscación apresa al hombre que mata
en la patria a una persona y llega a un pueblo extraño
ante un hombre acaudalado, y el estupor invade a quienes lo ven,
así de estupefacto se quedó Aquiles al ver al deiforme Príamo.
También los demás intercambiaron estupefactos sus miradas.
Príamo le dirigió una súplica, diciendo estas palabras:
«¡Acuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses,
que tiene mi misma edad y está en el funesto umbral de la vejez!
También a él los vecinos que habitan alrededor sin duda lo
atormentan, y no hay quien aparte de él la ruina y el estrago.
Sin embargo, aquél, mientras sigue oyendo que tú estás vivo,
se alegra en el ánimo y espera cada día
ver a su querido hijo que vuelve de Troya.
Pero mi desdicha es completa: he engendrado los mejores hijos
en la ancha Troya, y de ellos afirmo que ninguno me queda.
Cincuenta tenía cuando llegaron los hijos de los aqueos:
diecinueve me habían nacido de un único vientre,

y otras mujeres habían alumbrado en el palacio a los demás.
A la mayoría el impetuoso Ares les ha doblado las rodillas,
y el único que me quedaba y protegía la ciudad y a sus habitantes
hace poco lo has matado cuando luchaba en defensa de la patria,
Héctor. Por él he venido ahora a las naves de los aqueos,
para rescatarlo de tu poder, y te traigo inmensos rescates.
Respeta a los dioses, Aquiles, y ten compasión de mí
por la memoria de tu padre. Yo soy aún más digno de piedad
y he osado hacer lo que ningún terrestre mortal hasta ahora:
acercar a mi boca la mano del asesino de mi hijo [407].»
Así habló, y le infundió el deseo de llorar por su padre.
Le tocó la mano y retiró con suavidad al anciano.
El recuerdo hacía llorar a ambos: el uno al homicida Héctor
lloraba sin pausa, postrado ante los pies de Aquiles;
y Aquiles lloraba por su propio padre y a veces también
por Patroclo; y los gemidos se elevaban en la estancia.
En cuanto el divino Aquiles estuvo ya satisfecho de llanto
y este deseo se alejó de sus entrañas y de sus miembros,
se levantó de su asiento y ayudó al anciano a incorporarse,
apiadado de su canosa cabeza y de su canoso mentón.
Y elevando la voz le dijo estas aladas palabras:
«¡Desdichado! ¡Cuántas desgracias ha soportado tu corazón!
¿Cómo te has atrevido a venir solo a las naves de los aqueos
para ponerte a la vista del hombre que a muchos y valerosos
hijos tuyos ha despojado? De hierro es tu corazón.
Pero, ea, siéntate en ese asiento. Los dolores, no obstante,
dejémoslos reposar en el ánimo, a pesar de nuestra aflicción.
Nada se consigue con el gélido llanto, que hiela el corazón.
Pues lo que los dioses han hilado para los míseros mortales
es vivir entre congojas, mientras ellos están exentos de cuitas.
Dos toneles están fijos en el suelo del umbral de Zeus:
uno contiene los males y el otro los bienes que nos obsequian.

---

407 También seguramente le toca la barbilla, como hacen los suplicantes, véase I 500.

A quien Zeus, que se deleita con el rayo, le da una mezcla,
unas veces se encuentra con algo malo y otras con algo bueno.
Pero a quien sólo da miserias lo hace objeto de toda afrenta,
y una cruel aguijada lo va azuzando por la límpida tierra,
y vaga sin el aprecio ni de los dioses ni de los mortales.
Así le pasó a Peleo: los dioses le dieron espléndidos regalos
desde su nacimiento. Sobre todas las gentes descollaba
en dicha y en riqueza, era soberano de los mirmídones
y, a pesar de ser mortal, hicieron esposa suya a una diosa.
Mas la divinidad también le procuró una desgracia, pues no
tiene en el palacio descendencia de hijos herederos del poder;
un solo hijo engendró destinado a una muerte prematura; y ni
siquiera lo cuido en su vejez, porque muy lejos de la patria
me hallo, en Troya, procurando duelos para ti y para tus hijos.
También de ti, anciano, antes oíamos decir que eras dichoso.
En el espacio comprendido entre Lesbos, sede de Mácar, por mar
y Frigia y el ilimitado Helesponto por arriba en tierra firme,
sobre todos, anciano, dicen que descollabas en hijos y riqueza.
Pero desde que los hijos de Urano te trajeron esta calamidad,
luchas y homicidios rodean sin cesar tu ciudad.
¡Aguanta y no te lamentes sin descanso en tu ánimo!
Nada conseguirás por mucho que te atormentes por tu hijo;
no lo resucitarás y puede que antes sufras otra desgracia.»
Le respondió entonces el anciano, el deiforme Príamo:
«No me ofrezcas asiento, criatura de Zeus, mientras Héctor
yace en las tiendas insepulto, y libéralo cuanto antes,
para que yo lo contemple con mis ojos. Acepta el rescate
cuantioso que te traemos. Que disfrutes de él y regreses
a tu tierra patria, ya que, para empezar, me has dejado
seguir viviendo y contemplando la luz del sol.»
Mirándolo con torva faz, replicó Aquiles, de pies ligeros:
«¡No me provoques más ahora, viejo! Yo mismo he decidido
liberar y darte a Héctor: de Zeus me ha llegado un mensajero,
la madre que me dio el ser, la hija del marino anciano.
También me doy cuenta en mis mientes, Príamo, y no se me escapa

que un dios te ha traído a las veloces naves de los aqueos.
Un simple mortal, aun en plena juventud, no osaría venir
al campamento, pues ni eludiría a los guardias, ni la tranca
de nuestras puertas podría desplazar fácilmente.
Por eso no me remuevas ahora aún más los dolores en el ánimo,
no sea que yo, anciano, no te deje en las tiendas tal cual,
aunque seas un suplicante, y que de Zeus viole los mandatos.»
Así habló, y el anciano sintió miedo y acató sus palabras.
El Pelida, cual león, saltó fuera de la casa hacia la puerta;
no iba solo, que también le acompañaban dos escuderos,
el héroe Automedonte y Álcimo, a quienes más apreciaba
Aquiles de entre sus compañeros después de muerto Patroclo.
Soltaron entonces de debajo del yugo los caballos y las mulas,
condujeron dentro al heraldo, pregonero del anciano,
y le ofrecieron asiento en una silla. Del bien pulido carromato
sacaron los inmensos rescates en pago de la cabeza de Héctor.
Dejaron, sin embargo, dos mantos y una túnica de fino hilo,
para darle el cadáver envuelto y que él lo llevara así a casa.
Llamó a las criadas y les dio orden de bañarlo y de ungirlo,
trasladándolo aparte, para evitar que Príamo viera a su hijo,
no fuera a ser que no refrenara la ira en el afligido pecho
al ver a su hijo, y que perturbara el corazón a Aquiles,
y éste lo matara, y de Zeus violara los mandatos.
Cuando las criadas lo bañaron y ungieron con aceite
y le pusieron el bello manto y la túnica,
el propio Aquiles lo alzó en vilo y lo depositó sobre un lecho,
y sus compañeros lo subieron sobre el bien pulido carromato.
Entonces lanzó un gemido e invocó al querido compañero:
«No te enojes conmigo, Patroclo, si te enteras,
incluso dentro del Hades, de que al divino Héctor he soltado
y entregado a su padre, porque me ha dado un adecuado rescate.
También de éste yo te daré la parte debida.»
Dijo, y volvió a la tienda Aquiles, de la casta de Zeus.
Se sentó en la muy primorosa silla de la que se había levantado
en la pared opuesta y dijo a Príamo estas palabras:

«Ya está liberado tu hijo, anciano, como solicitabas;
yace en un lecho. Al despuntar la aurora, tú mismo
lo verás cuando te lo lleves. Pero ahora pensemos en la cena.
También Níobe, la de hermosos cabellos, se acordó del alimento,
aquella Níobe a la que doce hijos se le murieron en el palacio,
seis hijas y seis hijos en plena juventud.
A éstos los mató Apolo con los disparos del argénteo arco,
irritado contra Níobe, y la sagitaria Ártemis a aquéllas,
por haber pretendido igualarse a Leto, la de bellas mejillas.
Decía que ésta sólo había alumbrado a dos y que ella a muchos;
pero aquéllos, aun siendo sólo dos, a todos hicieron perecer.
Nueve días estuvieron yaciendo muertos, sin que hubiera quien
los enterrara: en piedras el Cronión había mudado a las gentes.
Pero al décimo los enterraron los dioses, hijos del Cielo.
Entonces fue cuando se acordó del alimento, agotada de llorar.
Y ahora Níobe en algún sitio entre rocas en los montes solitarios
del Sípilo, donde dicen que están los cubiles de las divinas
ninfas que en las riberas del Aqueloo brotan [408],
convertida en piedra, rumia sus duelos por obra de los dioses.
Mas, ea, también nosotros dos, divino anciano, cuidémonos
de la comida. Luego podrás volver a llorar a tu hijo,
al entrar en Ilio. ¡Y seguro que muchas lágrimas te causará!»
Dijo, y se levantó el ligero Aquiles y una cándida oveja
degolló. Sus compañeros la desollaron y aliñaron con cuidado.
La trincharon sabiamente y la ensartaron con brochetas;
la asaron cuidadosamente y retiraron todo del fuego.
Automedonte cogió el pan y lo distribuyó por la mesa
en bellas canastillas, y Aquiles repartió las tajadas de carne.
Tendieron las manos a los manjares preparados que había delante.
Y después de saciar el apetito de bebida y de comida,
el Dardánida Príamo se quedó mirando a Aquiles, admirado
de lo alto y bello que era; al verlo se parecía a los dioses.

[408] Debe de ser un río de Lidia, donde está situado el monte Sípilo, no el río del mismo nombre en el continente griego.

Y también Aquiles admiraba al Dardánida Príamo,
al contemplar su noble aspecto y al oír sus palabras.
Después de recrearse ambos mirándose el uno al otro,
díjole el primero el anciano, el deiforme Príamo:
«Procúrame ahora un lecho cuanto antes, criatura de Zeus,
para acostarnos ya y disfrutar bajo el velo del dulce sueño.
Pues todavía no se me han cerrado los ojos bajo los párpados
desde que mi hijo perdió la vida a manos tuyas.
Desde entonces no he parado de gemir y rumiar duelos sin cuento
mientras me revuelco en estiércol dentro del cercado del patio.
Ahora por primera vez he probado el pan, y el rutilante vino
ha descendido por mi garganta. Hasta ahora nada había catado.»
Dijo, y Aquiles ordenó a sus compañeros y criadas
poner catres bajo el pórtico, bellas sábanas
purpúreas echar encima, extender sobre ellas mantas
y colocar capas de lana por encima para taparse.
Aquéllas salieron de la sala con antorchas en las manos
y al punto extendieron dos lechos, aplicándose con diligencia.
En tono burlón le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:
«Te acostarás fuera, caro anciano, no sea que algún aqueo
acuda aquí, uno de los consejeros que habitualmente conmigo
deliberan sentados en el consejo, como es de ley.
Si alguno de ellos te viera a través de la veloz negra noche,
en seguida se lo revelaría a Agamenón, pastor de huestes,
y entonces puede que se demorara la liberación del cadáver.
Mas, ea, dime también y responde puntualmente y con detalle:
¿cuántos días deseas para tributar exequias al divino Héctor?
Estoy dispuesto a aguardar ese tiempo y a contener a la hueste.»
Le respondió entonces el anciano, el deiforme Príamo:
«Si deseas que realice funerales en honor del divino Héctor,
mi agradecimiento te ganarías, Aquiles, si obras de esta manera:
sabes qué asediados estamos en la ciudad, que la leña está lejos
para traerla del monte, y que los troyanos tienen enorme temor.
Nueve días nos harían falta para llorarlo en el palacio;
al décimo lo enterraríamos y la hueste celebraría el banquete;

al undécimo erigiríamos una tumba sobre sus restos;
y al duodécimo entablaremos combate si es preciso.»
Díjole a su vez el divino Aquiles, de pies protectores:
«Así se hará también eso, anciano Príamo, como solicitas.
Pues suspenderé el combate todo el tiempo que me pides.»
Tras hablar así, estrechó al anciano la mano derecha
encima de la muñeca, para que no sintiera miedo en su ánimo.
Allí mismo, en el vestíbulo de la morada, se acostaron
el heraldo y Príamo, llenos de sagaces ideas en sus mientes.
Aquiles se durmió al fondo de la bien claveteada tienda;
y a su lado se acostó Briseida, la de hermosas mejillas.
Los demás dioses y los hombres, dueños de carros de guerra,
durmieron toda la noche, doblegados por el plácido sueño;
pero el sueño no se había adueñado del benéfico Hermes,
que meditaba en su ánimo cómo escoltar al rey Príamo
fuera de las naves a escondidas de los sagrados centinelas.
Se detuvo sobre su cabeza y le dirigió estas palabras:
«¡Anciano! No te importa el mal a juzgar por cómo duermes
aún en medio de los enemigos, ahora que Aquiles te ha dejado.
Verdad que has rescatado a tu hijo, pagando cara su liberación.
Pero por tu vida incluso el triple tendrían que pagar
los hijos tuyos que han quedado en Troya, si Agamenón
Atrida te reconoce y si te reconocen todos los aqueos.»
Así habló, y el anciano sintió miedo y levantó al heraldo.
Hermes les unció los caballos y las mulas, y a toda prisa
los guió él mismo por el campamento sin que nadie lo notara.
Mas al llegar al vado del río, de bella corriente,
del turbulento Janto, que el inmortal Zeus había engendrado,
Hermes entonces se alejó hacia el vasto Olimpo,
y la Aurora, de azafranado velo, se esparció por toda la tierra.
Entre ayes y suspiros guiaron hasta la ciudad
los caballos, y las mulas transportaban el cadáver. Nadie,
ni hombre ni mujer, de bello talle, los reconoció,
sino sólo Casandra, semejante a la áurea Afrodita,
que, subida en lo alto de Pérgamo, distinguió a su padre

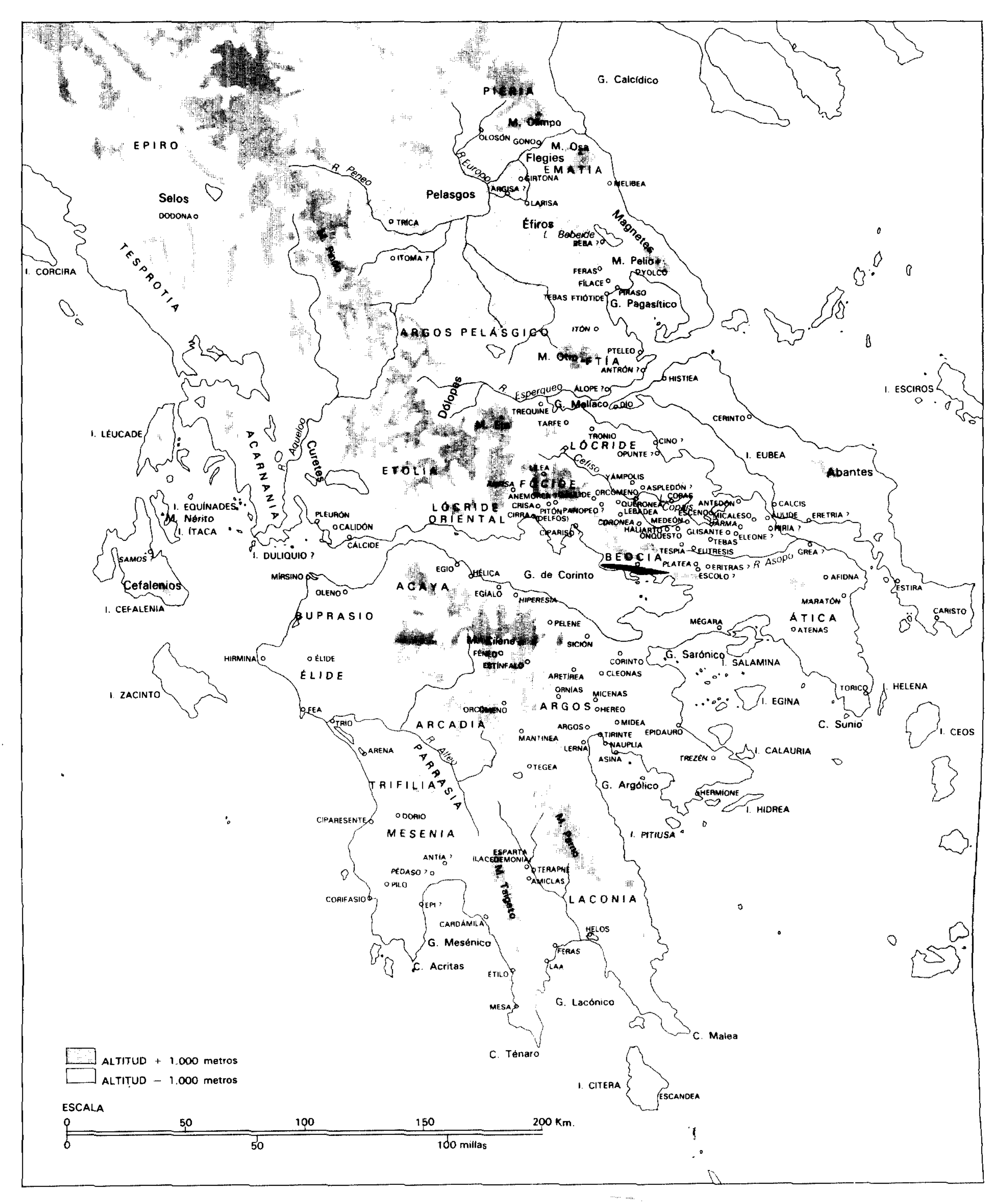
de pie en el carro y al heraldo, vocero de la ciudad.
También vio a aquél en la carreta de mulos yaciendo en el lecho.
Dio entonces un sollozo y comenzó a clamar por toda la ciudad:
«¡Venid, troyanos y troyanas, y veréis a Héctor!
Venid, si también otras veces, cuando volvía vivo de la lucha,
os gozabais, porque daba júbilo a la ciudad y a todo su pueblo.»
Así habló, y allí en la ciudad no quedó ni hombre
ni mujer, pues a todos les invadió una pena incontenible.
Cerca de las puertas tropezaron con quien llevaba el cadáver.
Su querida esposa y su augusta madre las primeras se mesaban
los cabellos, lanzándose sobre la carreta, de buenas ruedas,
y le tocaban la cabeza, y una multitud los rodeaba llorando.
Y habrían estado el día entero hasta la puesta del sol
ante las puertas, lamentando a Héctor y vertiendo lágrimas,
de no ser porque el anciano dijo desde el carro a las gentes:
«Dejadme, por favor, paso para las mulas. Después
podréis saciaros de llorar, cuando lo lleve a casa.»
Así habló, y se separaron y dejaron paso al carromato.
Después de introducirlo en las ilustres moradas, luego lo
depositaron en perforados lechos y sentaron al lado a cantores
para que entonaran cantos fúnebres: éstos el lastimero canto
fúnebre entonaban, y las mujeres respondían con sus gemidos.
Entre éstas, Andrómaca, de blancos brazos, inició el llanto,
mientras sujetaba la cabeza del homicida Héctor en sus manos:
«¡Esposo! Te has ido joven de la vida y viuda
me dejas en el palacio. Todavía es muy pequeño el niño
que engendramos tú y yo, ¡desventurados!, y no confío en que
llegue a la mocedad: antes esta ciudad hasta los cimientos
será saqueada. Pues has perecido, tú, defensor que la protegías
y guardabas a los niños pequeños y a las venerables esposas,
a quienes ahora pronto llevarán a las huecas naves,
y a mí con ellas. Y tú también, hijo mío, o bien a mí me
acompañarás adonde tendrías que trabajar en labores serviles
penando bajo la mirada de un amo inclemente, o bien un aqueo
cogido de la mano te tirará de la muralla, ¡horrenda perdición!,

en venganza porque Héctor ha matado a un hermano suyo
o a su padre o a su hijo: ¡tantos son los aqueos
que a manos de Héctor han mordido la indescriptible tierra!
Pues no era blando tu padre en la luctuosa liza;
por eso también las gentes lo lloran por la ciudad.
Y has causado a tus padres un llanto y una pena indecibles,
Héctor. Mas a mí es a quien más luctuosos dolores quedarán.
Al morir no me has tendido los brazos desde el lecho
ni me has dicho ninguna sagaz palabra que para siempre
pudiera recordar, vertiendo lágrimas noche y día.»
Así habló llorando, y las mujeres respondían gimiendo.
Entre ellas entonces Hécuba entonó un reiterativo llanto:
«¡Héctor, con mucho el más querido de todos mis hijos!
Estoy segura de que en vida eras querido para los dioses,
que se han ocupado de ti hasta en la hora fatal de la muerte.
Al que de los demás hijos míos Aquiles, de los pies ligeros,
apresaba lo llevaba a vender más allá del fragoroso mar:
a Samotracia, a Imbros y a la humeante Lemnos.
A ti, desde que te quitó la vida con el bronce, de extenso filo,
te ha arrastrado repetidamente alrededor del túmulo de su compañero
Patroclo, a quien tú mataste; pero ni así lo ha resucitado.
Y ahora, con la tez fresca del rocío e incorrupta, yaces
en mi palacio, parecido a quien Apolo, el de argénteo arco,
acaba de agredir y matar con sus suaves dardos.»
Así habló llorando, y un insondable llanto provocó.
Entre ellas Helena entonces entonó el llanto la tercera:
«¡Héctor, el más querido con mucho de todos mis cuñados!
Cierto que mi esposo es el deiforme Alejandro,
que me trajo a Troya, ¡ojalá antes hubiera perecido!
Éste de ahora es ya el vigésimo [409] año

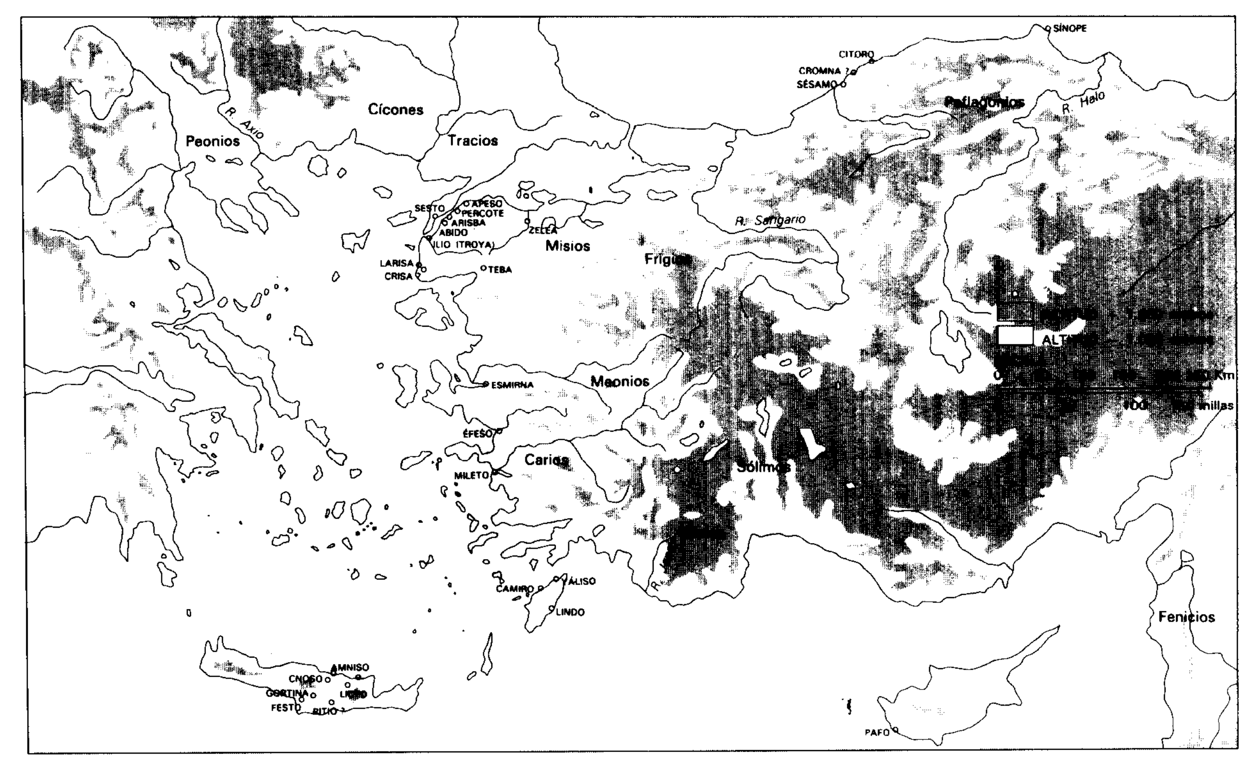
[409] Es probable que el ordinal proceda de la leyenda de que los aqueos primero desembarcaron en Misia por error y tuvieron que regresar al continente y reunir de nuevo las tropas expedicionarias, consumiendo diez años en este primer intento fallido.

desde que vine de allí y estoy lejos de mi patria;
mas nunca te he oído decir una palabra ofensiva o insultante.
No sólo eso, sino que si otro me amonestaba en el palacio,
los cuñados, cuñadas o concuñadas, de bellos mantos,
o mi suegra —mi suegro es siempre benigno como un padre—,
tú lo contenías a fuerza de advertencias
y con tu temperamento suave y tus amables palabras.
Por eso con el corazón apenado te lloro y a mí también,
desgraciada. Ya no tengo en la ancha Troya a ningún otro
que sea benigno y amistoso; todos se horrorizan ante mí.»
Así habló llorando, y el inmenso pueblo daba lamentos.
El anciano Príamo dijo estas palabras entre las gentes:
«Troyanos, traed ahora leña a la ciudad y en el ánimo
no temáis una astuta emboscada de los argivos. Pues Aquiles,
al despedirme de las negras naves, se ha comprometido conmigo
a no hacer ningún daño hasta que llegue la duodécima aurora.»
Así habló, y ellos a las carretas vacas y mulas
uncieron y al momento se congregaron delante de la ciudad.
Durante nueve días acarrearon una indecible cantidad de leña.
Y al llegar la décima aurora, trayendo la luz a los mortales,
procedieron al sepelio del audaz Héctor derramando lágrimas;
pusieron el cadáver en la cima de la pira y prendieron fuego.
Cuando la hija de la mañana, la Aurora, de rosados dedos,
apareció, la gente se aglomeró en torno a la pira del ilustre Héctor.
Una vez que se reunieron y estuvieron congregados,
apagaron primero con rutilante vino la pira entera
en todo el espacio alcanzado por el ardor de la llama. Luego
los blancos huesos recogieron sus hermanos y compañeros
con duelo, mientras rodaban lozanas lágrimas por sus mejillas.
Los cogieron y los depositaron en un áureo cofre,
cubiertos con unos delicados velos de púrpura.
Luego los depositaron en un cóncavo hoyo y encima
extendieron una tupida solera de enormes piedras.
En seguida erigieron un túmulo y apostaron vigías por doquier,
por si los aqueos, de buenas grebas, atacaban de antemano.

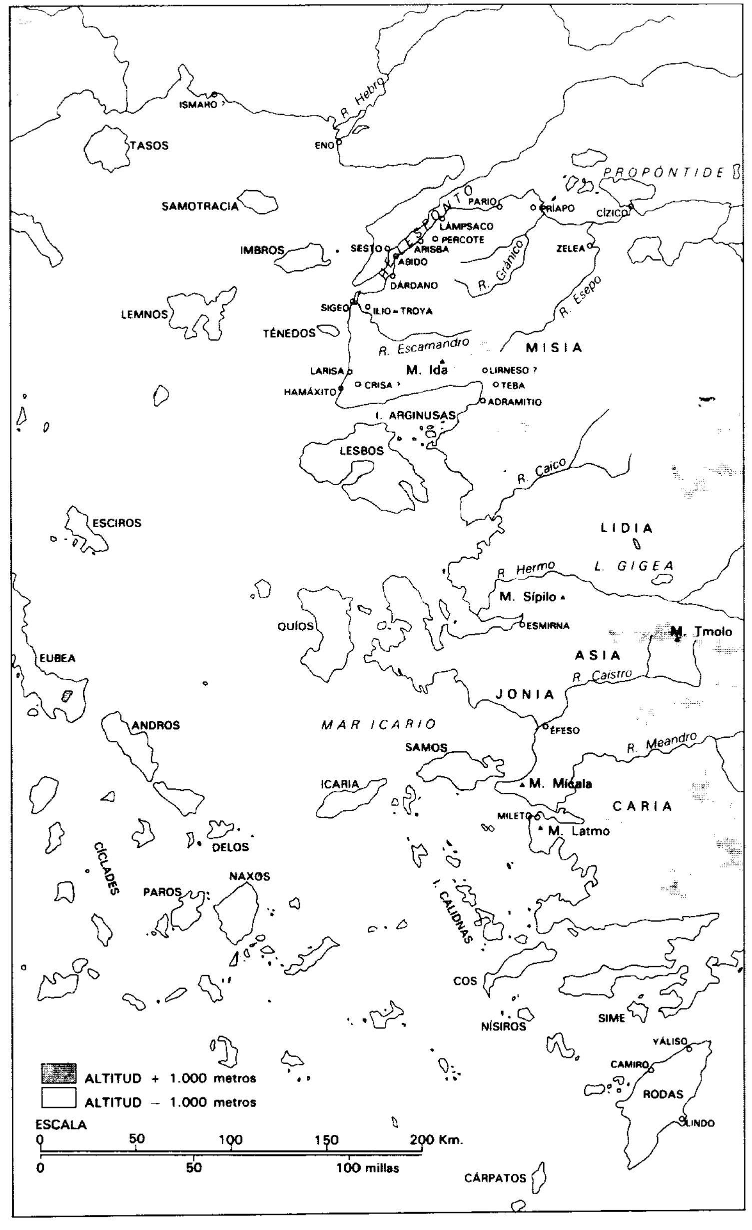
Tras verter el montón del túmulo, volvieron a irse. Después
se reunieron y participaron del eximio banquete fúnebre
en las moradas de Príamo, el rey criado por Zeus.
Así celebraron los funerales de Héctor, domador de caballos.



1. GRECIA CONTINENTAL



2. EL EGEO Y ASIA MENOR


ISMARO ?
R. Hebro
TASOS
ENO
PROPÓNTIDE
SAMOTRACIA
HELESPONTO
PARIO
PRÍAPO
CÍZICO
LÁMPSACO
PERCOTE
IMBROS
SESTO
ARISBA
ABIDO
ZELEA
DÁRDANO
R. Gránico
R. Esepo
LEMNOS
SIGEO
ILIO = TROYA
TÉNEDOS
R. Escamandro
MISIA
LARISA
M. Ida
LIRNESO ?
CRISA ?
TEBA
HAMÁXITO
ADRAMITIO
I. ARGINUSAS
LESBOS
R. Caico
ESCIROS
LIDIA
L. GIGEA
R. Hermo
M. Sípilo
QUÍOS
ESMIRNA
M. Tmolo
ASIA
EUBEA
R. Caistro
JONIA
ANDROS
MAR ICARIO
ÉFESO
R. Meandro
SAMOS
ICARIA
M. Mícala
CARIA
MILETO
M. Latmo
DELOS
CÍCLADES
NAXOS
PAROS
I. CALIDNAS
COS
NÍSIROS
SIME
VÁLISO
CAMIRO
RODAS
LINDO
CÁRPATOS
ALTITUD + 1.000 metros
ALTITUD – 1.000 metros
ESCALA
0
50
100
150
200 Km.
0
50
100 millas

3. ASIA MENOR

ÍNDICE DE NOMBRES

Abantes, II 536, 541, 542; IV 464; V 148.
Abarbárea, VI 22.
Abido, II 836; IV 500; XVII 584.
Abios, XIII 6.
Ablero, VI 32.
Acamante, II 823, 844; V 462; VI 8; XI 60; XII 100; XIV 476, 478, 488; XVI 342.
Acesámeno, XXI 142.
Acrisiona, XIV 319.
Actea, XVIII 41.
Áctor, II 513; XI 785; XVI 14.
Actórida, XVI 189.
Actorión, II 621; XI 750; XIII 185; XXIII 638.
Adamante, XII 140; XIII 560, 759, 771.
Admeto, II 713, 714; XXIII 289, 391, 532.
Adrasto, II 572; XIV 121; XXIII 347.
Adrestea, II 828.
Adrestine, V 412.
Adresto, II 830; VI 37, 45, 63; XVI 694.
Afareo, IX 83; XIII 478, 541.
Afrodita, II 820; III 54, 64, 374, 380, 389, 413, 424; IV 10; V 31, 248, 312, 370, 375, 427, 820; IX 389; XIV 188, 193, 211, 224; XIX 282; XX 40, 105, 209; XXI 416, 430; XXII 470; XXIII 185; XXIV 699.
Agacles, XVI 571.
Agamede, XI 740.
Agamenón, I 24, 90, 94, 102, 130, 172, 203, 285, 318, 335, 378, 411, 442, 506; II 6, 9, 18, 21, 100, 107, 185, 221, 224, 243, 254, 362, 369, 402, 411, 434, 441, 477, 576, 612, 772; III 81, 118, 120, 178, 193, 267, 455; IV 148, 153, 178, 188, 204, 223, 255, 283, 311, 336, 356, 368, 413; V 38, 537, 552; VI 33, 53, 63; VII 57, 107, 162, 176, 230, 312, 314, 322,

373, 383, 405, 470; VIII 78, 218, 261, 278; IX 13, 62, 96, 114, 163, 178, 226, 253, 260, 263, 269, 315, 331, 368, 386, 388, 439, 672, 677, 697; X 3, 9, 42, 64, 86, 88, 103, 119, 233; XI 91, 99, 107, 126, 153, 158, 177, 187, 202, 216, 219, 231, 238, 246, 251, 254, 284, 661, 766; XIII 112; XIV, 22, 29, 41, 64, 103, 134, 137, 380; XVI 26, 58, 72, 273; XVII 249; XVIII 111, 257, 445; XIX 35, 51, 76, 146, 172, 184, 199, 241, 249; XXIII 36, 38, 49, 110, 155, 161, 296, 486, 887, 895; XXIV 654, 687.
Agapénor, II 609.
Agástenes, II 624.
Agástrofo, XI 338, 373.
Agatón, XXIV 249.
Ágava, XVIII 42.
Agelao, VIII 257; XI 302.
Agénor, IV 467; XI 59; XII 93; XIII 490, 598; XIV 425; XV 340; XVI 535; XX 474; XXI 545, 579, 595, 600.
Aglaya, II 672.
Agrio, XIV 117.
Aidoneo (véase Hades), V 190; XX 61.
alalcomeneide, IV 8; V 908.
Alástor, 1) IV 295; V 677; 2) VIII 333; XIII 422.
Alastórida (hijo de Alástor), XX 463.
Alcandro, V 678.
Alcátoo, XII 93; XIII 428, 465, 496.
Alcestis, II 715.
Alcimedonte, XVI 197; XVII 467, 475, 481, 500, 501.
Álcimo, XIX 392; XXIV 474, 574.
Alcíona, IX 562.
Alcmaón, XII 394.
Alcmena, XIV 323; XIX 99, 119.
Alectrión, XVII 602.
Alegenórida (hijo de Alegénor), XIV 503.
Alejandro, III 16, 27, 30, 37, 58, 87, 100, 136, 253, 281, 284, 289, 329, 346, 352, 366, 390, 403, 421, 425, 450, 452; IV 96; V 62; VI 290, 313, 332, 356, 517; VII 2, 355, 374, 388, 389, 400; VIII 82; XI 124; 369, 505, 581; XIII 766, 774; XXII 115; XXIV 28, 763.
Alesio, II 617; XI 757.
Aleyo, VI 201.
Alfeo, II 592; V 545; XI 712, 726, 728.
Álibe, II 857.
Alo, II 682.
Aloeo, V 386.
Álope, II 682.
Altea, IX 555.
Altes, XXI 85, 86; XXII 51.
Amarinceo, XXIII 630.
Amarincida, II 622; IV 517.
Amatía, XVIII 48.

Amazonas, III 189; VI 186; XXIV 804.
Amiclas, II 584.
Amidón, II 849; XVI 288.
Amíntor, IX 448; X 266.
Amisodaro, XVI 328.
Amopaón, VIII 276.
Anceo, II 609; XXIII 635.
Andremón, II 638; XIII 216; XV 281.
Andremónida, VII 168.
Andrómaca, VI 371, 377, 395, 405; VIII 187; XVII 208; XXIV 723.
Anemorea, II 521.
Anficlo, XVI 313.
Anfidamante, X 268, 269; XXIII 87.
Anfigenía, II 593.
Anfímaco, II 620, 870, 871; XIII 185, 189, 195, 203.
Anfínoma, XVIII 44.
Anfio, II 830; V 612.
Anfión, XIII 692.
Anfítoa, XVIII 42.
Anfitrión, V 392.
Anfótero, XVI 415.
Anquíalo, V 609.
Anquises, II 819, 820; V 247, 268, 313, 468; XII 98; XIII 428; XVII 491; XX 112, 208, 239, 240.
Anquisíada (hijo de Anquises), XVII 754; XX 160; XXIII 296.
Antea, 1) IX 151, 293; 2) VI 160.
Anténor, II 822; III 148, 203, 262, 312; V 69; VI 299; VII 347, 357; XI 262; XII 99; XIV 463, 473; XV 517; XX 396; XXI 546, 579.
Antenórida, III 122, 123; IV 87; XI 59, 221, 249; XIX 53.
Antífates, XII 191.
Ántifo, II 678, 864; IV 489; XI 101, 104, 109.
Antífono, XXIV 250.
Antíloco, IV 457; V 565, 570, 580, 584, 589; VI 32; XIII 93, 396, 400, 418, 479, 545, 550, 554, 565; XIV 513; XV 568, 569, 579, 582, 585; XVI 318, 320; XVII 387, 653, 685, 694, 704; XVIII 2, 32; XXIII 301, 306, 354, 402, 419, 423, 425, 426, 429, 439, 514, 522, 541, 556, 558, 567, 570, 576, 581, 586, 602, 612, 756, 785, 795.
Antímaco, XI 123, 132, 138; XII 188.
Antrón, II 697.
Apeso, II 828.
Apisaón, XI 578, 582; XVII 348.
Apolo, I 14, 21, 36, 43, 64, 72, 75, 86, 182, 315, 370, 373, 380, 438, 457, 479, 603; II 371, 766, 827; IV 101, 119, 288, 507; V 344, 433, 437, 439, 444, 445, 449, 454, 509, 760; VII 20, 23, 37, 58, 81, 83, 132, 272, 452; VIII 311, 540; IX 405, 560, 564; X 515; XI 353, 363; XII 17, 24, 34; XIII 827; XV 55,

59, 143, 220, 236, 243, 253, 256, 307, 318, 326, 355, 360, 441, 521; XVI 94, 97, 513, 527, 666, 676, 700, 703, 706, 711, 715, 720, 725, 728, 793, 804, 845; XVII 71, 118, 322, 326, 333, 582, 585, XVIII 454; XIX 68, 79, 82, 103, 118, 138, 295, 375, 443, 450; XXI 228, 278, 435, 461, 478, 515, 538, 545, 596, 604; XXII 7, 203, 213, 220, 359; XXIII 188, 292, 383, 388, 660, 865, 872; XXIV 18, 32, 605, 758.

Apseudes, XVIII 46.

Aqueloo, XXI 194; XXIV 616.

aqueo(s), I 2, 12, 15, 17, 22, 61, 71, 79, 91, 123, 127, 135, 150, 162, 163, 227, 229, 237, 240, 244, 254, 276, 284, 305, 344, 347, 368, 371, 374, 376, 384, 389, 392, 409, 412, 422, 439, 454, 473, 478, 484, 509, 559; II 4, 8, 11, 17, 28, 47, 51, 65, 72, 80, 82, 83, 120, 123, 126, 129, 161, 163, 168, 177, 179, 187, 193, 195, 203, 222, 227, 231, 234, 235, 253, 281, 284, 296, 303, 323, 331, 334, 346, 364, 370, 372, 437, 439, 443, 450, 472, 530, 562, 684, 702, 722, 794; III 8, 43, 68, 75, 79, 82, 86, 88, 111, 127, 131, 156, 165, 167, 183, 190, 226, 229, 234, 251, 258, 264, 266, 274, 297, 304, 319, 341, 343, 370, 377, 461; IV 65, 66, 70, 71, 80, 85, 114, 156, 172, 179, 184, 199, 205, 209, 261, 268, 333, 334, 344, 347, 351, 384, 414, 415, 417, 471, 514, 543; V 32, 86, 103, 264, 298, 324, 379, 414, 422, 424, 451, 465, 484, 497, 502, 573, 589, 668, 758, 803, 862; VI 1, 5, 50, 52, 73, 98, 106, 223, 229, 255, 368, 387, 409, 454, 502, 529; VII 35, 41, 49, 50, 57, 65, 67, 85, 96, 106, 116, 124, 172, 184, 211, 275, 289, 294, 300, 306, 311, 328, 331, 403, 406, 430, 434, 442, 444, 448, 459, 463, 465, 472, 476; VIII 52, 53, 71, 72, 73, 76, 80, 98, 196, 219, 220, 244, 250, 336, 341, 380, 487, 498, 510; IX 1, 8, 30, 40, 45, 50, 55, 71, 75, 89, 118, 138, 141, 198, 242, 247, 280, 283, 335, 352, 370, 391, 395, 403, 421, 424, 433, 461, 521, 603, 642, 670, 673, 681, 695; X 14, 49, 52, 87, 92,136, 145, 165, 172, 174, 210, 286, 287, 306, 367, 381, 411, 450, 514, 544, 555, 565; XI 3, 11, 21, 70, 82, 135, 141, 149, 214, 227, 247, 294, 311, 326, 455, 504, 508, 511, 533, 557, 570, 609, 617, 626, 656, 759, 770, 800, 820, 823, 840; XII 12, 29, 56, 64, 70, 74, 78, 118, 125, 141, 159, 165, 223, 224, 226, 254,

257, 259, 261, 266, 277, 288, 333, 352, 390, 431, 432, 438; XIII 14, 15, 31, 38, 41, 47, 51, 83, 105, 125, 144, 146, 151, 167, 172, 194, 196, 208, 220, 227, 272, 313, 349, 367, 426, 578, 668, 669, 676, 745, 762, 808, 812, 822, 832; XIV 15, 40, 42, 49, 59, 90, 99, 106, 124, 140, 151, 354, 400, 421, 505, 509; XV 11, 56, 61, 70, 116, 135, 218, 219, 232, 235, 248, 261, 283, 305, 326, 343, 361, 370, 376, 390, 405, 427, 459, 498, 569, 629, 636, 659, 675, 699, 702, 707; XVI 21, 22, 42, 56, 79, 113, 141, 237, 256, 274, 277, 303, 499, 553, 558, 564, 592, 599, 601, 698, 770, 780, 822; XVII 224, 261, 266, 274, 277, 319, 336, 343, 358, 370, 396, 414, 433, 458, 475, 552, 586, 596, 623, 643, 645, 666, 689, 691, 724, 758; XVIII 6, 76, 105, 148, 151, 200, 215, 231, 241, 258, 263, 294, 302, 314, 359, 444, 446; XIX 34, 41, 54, 61, 63, 69, 74, 85, 115, 156, 160, 173, 196, 206, 216, 225, 248, 274, 303, 317, 351, 388; XX 2, 17, 24, 42, 60, 317, 339, 354, 394; XXI 4, 134, 320, 323, 376, 413, 544; XXII 3, 65, 117, 156, 217, 259, 336, 339, 369, 377, 391, 417, 465, 487; XXIII 1, 36, 120, 156, 211, 246, 272, 274, 285, 440, 540, 552, 575, 606, 649, 651, 658, 661, 668, 703, 721, 737, 766, 792, 822, 840, 869; XXIV 118, 146, 195, 199, 203, 225, 243, 336, 364, 385, 402, 404, 454, 495, 501, 519, 564, 688, 734, 737, 800.

Aquiles, I 1, 7, 54, 58, 74, 84, 121, 131, 148, 215, 240, 283, 292, 319, 322, 330, 348, 364, 489, 558; II 3, 220, 239, 241, 377, 685, 688, 769, 875; IV 512; V 788; VI 99, 414, 423; VII 113, 228; VIII 225, 372; IX 107, 164, 166, 193, 196, 199, 209, 217, 224, 225, 307, 434, 485, 496, 513, 606, 628, 643, 663, 667; X 106, 404; XI 8, 104, 112, 599, 606, 607, 625, 652, 656, 664, 762, 772, 777, 783, 786, 791, 805, 831, 839; XII 10; XIII 324, 348; XIV 50, 139, 366; XV 64, 68, 77, 402; XVI 2, 5, 21, 48, 124, 142, 146, 153, 155, 166, 168, 198, 220, 269, 575, 653, 709, 799, 837, 854, 860; XVII 78, 105, 121, 186, 195, 402, 504, 557, 654, 691, 701, 709; XVIII 2, 28, 30, 33, 69, 78, 97, 152, 181, 187, 203, 214, 228, 234, 247, 305, 343, 354, 358, 615; XIX 13, 55, 89, 151, 155, 188, 194, 198, 216, 268, 279, 295, 297, 343, 352, 364, 379, 384,

389, 397, 408, 419; XX 26, 30, 42, 75, 85, 89, 94, 97, 120, 129, 139, 160, 174, 177, 273, 283, 301, 312, 320, 322, 324, 337, 341, 365, 369, 376, 381, 386, 388, 413, 422, 423, 439, 441, 445, 498; XXI 15, 39, 47, 49, 67, 74, 116, 120, 138, 144, 147, 149, 160, 161, 169, 174, 179, 182, 211, 214, 222, 233, 236, 240, 250, 263, 265, 324, 328, 344, 359, 520, 525, 527, 532, 550, 553, 557, 571, 580, 583; XXII 14, 24, 36, 55, 92, 102, 109, 113, 131, 172, 176, 188, 205, 211, 216, 229, 244, 258, 260, 277, 279, 312, 319, 326, 330, 344, 364, 376, 446, 455; XXIII 4, 12, 69, 80, 83, 93, 101, 125, 128, 136, 138, 140, 155, 168, 193, 208, 218, 224, 257, 333, 353, 358, 491, 534, 542, 543, 555, 616, 734, 748, 757, 776, 792, 828, 889; XXIV 3, 39, 44, 57, 59, 72, 75, 108, 110, 119, 138, 147, 151, 154, 155, 176, 180, 183, 184, 196, 226, 309, 394, 406, 409, 412, 434, 456, 462, 472, 478, 483, 486, 503, 510, 511, 513, 559, 575, 585, 589, 596, 621, 626, 629, 631, 643, 649, 661, 668, 675, 684, 751, 779.

Arcadia, II 603.

arcadios, II 611; VII 134.

Arcesilao, II 495; XV 329.

Areílico, XIV 451; XVI 308.

Areítoo, VII 8, 10, 137, 138; XX 487.

Arena, II 591; XI 723.

Ares, II 110, 479, 512, 515, 540, 627, 663, 704, 745, 767, 842; III 128, 147; IV 439, 441; V 30, 31, 35, 289, 355, 363, 385, 388, 390, 430, 454, 455, 461, 507, 518, 563, 576, 592, 594, 604, 699, 702, 704, 717, 757, 762, 824, 827, 829, 830, 841, 844, 845, 846, 851, 859, 863, 866, 904, 909; VI 67, 203; VII 146, 208, 241, 330, 382; VIII 79, 215, 349; IX 82; X 228; XI 295, 604; XII 130, 188; XIII 127, 295, 298, 328, 444, 500, 521, 528, 802; XV 110, 112, 113, 127, 142, 302, 605, 733; XVI 245, 543, 613, 784; XVII 72, 210, 398, 529, 536; XVIII 516; XIX 47, 48; XX 38, 46, 51, 78, 138, 152, 238, 358; XXI 391, 402, 406, 421, 431; XXII 267; XXIII 841; XXIV 260, 474, 498.

Aretaón, VI 31.

Aretírea, II 571.

Areto, XVII 517, 535.

Argéada, XVI 417.

Argicida, II 103; XVI 181; XXI 497; XXIV 24, 109, 153, 182, 339, 345, 378, 389, 410, 432, 445.

Argisa, II 738.

argivos, I 79, 119, 382, 445; II 79, 109, 155, 159, 161, 177, 215, 274, 333, 345, 352, 394, 725; III 19, 82, 99, 227, 286, 458; IV 8, 19, 174, 234, 242, 260, 285, 506, 510; V 3, 498, 551, 691, 699, 712, 779, 787, 823, 833, 908; VI 66, 107, 159, 323; VII 18, 123, 128, 214, 350, 419; VIII 36, 183, 228, 359, 414, 467, 472, 501, 541; IX 16, 17, 36, 59, 140, 258, 282, 338, 518, 522, 647, 653, 680; X 27, 33, 45, 51, 105, 130, 201, 250, 453, 533, 539; XI 16, 121, 154, 215, 276, 402, 587, 667; XII 3, 14, 16, 178, 246, 269, 293, 354, 415, 441; XIII 44, 95, 351, 417, 676, 678, 763, 811, 828, 835; XIV 94, 364, 391, 393, 440, 456, 458, 479, 486; XV 8, 216, 312, 366, 380, 493, 502, 556, 560, 595, 655, 726; XVI 17, 32, 69, 99, 272, 729; XVII 151, 162, 165, 248, 317, 321, 506, 508, 669; XVIII 449; XX 84, 122, 124, 135, 175, 236, 256, 269; XXI 429; XXII 89, 378; XXIII 271, 448, 456, 457, 471, 476, 484, 498, 535, 569, 573, 617, 620, 657, 706, 752, 781, 786, 801, 830; XXIV 168, 298, 393, 779.

Argos, I 30; II 108, 115, 287, 348, 559, 681; III 75, 258; IV 52, 171; VI 152, 224, 456; VII 363; IX 22, 141, 246, 283; XII 70; XIII 227, 379; XIV 70, 119; XV 30, 372; XIX 115, 329; XXIV 437.

Ariadna, XVIII 592.

Aribante, XVII 345.

árimos, II 783.

Arión, XXIII 346.

Arisba, II 836, 838; VI 13; XII 96; XXI 43.

Arisbante, XVII 345.

Arne, II 507; VII 9.

Arquéloco, II 823; XII 100; XIV 464.

Arqueptólemo, VIII 128, 312.

Arsínoo, XI 626.

Ártemis, V 51, 53, 447; VI 205, 428; IX 533; XVI 183; XIX 59; XX 39, 71; XXI 471; XXIV 606.

Asáraco, XX 232, 239.

Ascálafo, II 512; IX 82; XIII 478, 518, 526, 527; XV 112.

Ascania, II 863; XIII 793.

Ascanio, II 862; XIII 792.

Asclepíada, IV 204; XI 614; XIV 2.

Asclepio, II 731; IV 194; XI 518.

Aseo, XI 301.

Asíada, XII 140; XIII 561, 759, 771; XVII 583.

asiático, II 461.

Ásina, II 560.

Asio, II 837, 838; XII 95, 96, 110, 136, 139, 163; XIII 384,

403, 414, 759, 771; XVI 717.
Asopo, IV 383; X 287.
Aspledón, II 511.
Asterio, II 735.
Asteropeo, XII 102; XVII 217, 351, 352; XXI 140, 163, 170; XXIII 560, 808.
Astíalo, VI 29.
Astianacte, VI 403; XXII 500, 506.
Astínoo, V 144; XV 455.
Astíoque, II 513.
Astioquía, II 658.
Astípilo, XXI 209.
Atenas, II 546, 549.
Atenea (* = Atena), I 194*, 200, 206*, 221, 400*; II 156, 166*, 172*, 279*, 371, 446*, 547; III 439*; IV 8*, 20, 22, 64, 69, 73*, 78*, 104, 288, 390*, 439*, 541*; V 1*, 26*, 61*, 117*, 121*, 133*, 256*, 260*, 290*, 333, 405*, 418, 420*, 430*, 510*, 676*, 713, 719*, 733, 765, 793*, 825*, 840*, 844*, 853*, 856*, 908*; VI 88, 92, 269, 273, 279, 293*, 297*, 300, 301*, 303, 305, 311*, 379, 384; VII 17*, 33*, 43*, 58, 132, 154*; VIII 30*, 287*, 351, 357*, 384, 426, 444, 447, 457, 459, 540; IX 254, 390; X 245*, 275, 277*, 280*, 295*, 366*, 460, 482*, 497*, 507*, 516, 553*, 571*, 578*; XI 45, 438, 714*, 721*, 729, 736*, 758*; XIII 128, 827; XIV 178*; XV 71, 123*, 213, 412*, 614, 668*; XVI 97; XVII 398*, 544*, 561*, 567*; XVIII 203*, 217*, 227*, 311*, 516*; XIX 341, 349*; XX 33*, 48*, 69*, 94*, 115*, 146*, 192*, 314*, 358*, 438*; XXI 284*, 290*, 304*, 392, 419, 423; XXII 177*, 186*, 214*, 224, 238*, 247*, 270*, 276*, 299*, 446*; XXIII 388, 399*, 405*, 769, 771*, 774*; XXIV 100*.
atenienses, II 551, 558; IV 328; XIII 196, 689; XV 337.
Atimníada, V 581.
Atimnio, XVI 317.
Atos, XIV 229.
Atreo, II 23, 60, 105, 106; III 37; IV 98, 115, 195; VI 46; XI 131; XVII 1, 79, 89, 553.
Atrida(s) (* = Atreyón) (hijo de Atreo), I 7, 12, 16, 17, 24, 59, 102, 122, 191, 203, 224, 232, 247, 282, 308, 313, 355, 369, 375, 378, 387*, 411; II 6, 9, 18, 185, 192*, 225, 242, 249, 254, 284, 344, 434, 445*, 482, 577, 614, 762, 773; III 178, 182, 193, 271, 275, 347, 350, 361, 364, 449, 461; IV 266, 272, 318, 326, 350, 404; V 50, 55, 207, 528, 552, 578; VI 44, 64, 437; VII 107, 176, 313, 322, 327, 351, 373, 385, 470; VIII 261, 293; IX 9, 32, 69,

89, 96, 163, 178, 226, 300, 315, 332, 339, 341, 369, 388, 516, 613, 648, 669, 677, 697; X 3, 81, 88, 103, 230; XI 15, 107, 130, 158, 165, 169, 177, 180, 231, 233, 246, 262, 268, 272; XIII 112, 378, 581, 593, 605, 610, 646; XIV 22, 24, 29, 83, 137, 139, 380, 516; XVI 59, 76, 273; XVII 12, 46, 60, 71, 138, 249, 580; XIX 56, 146, 181, 199, 241, 252, 272, 310; XXII 117; XXIII 156, 233*, 236, 272, 293, 355, 401, 407, 425, 434, 486, 658, 887, 890; XXIV 395*, 688.
Augeida, II 624.
Augías, 1) II 532, 583; 2) XI 701, 739.
Áulide, II 303, 496.
Aurora, XI 1.
Autófono, IV 395.
Autólico, X 267.
Automedonte, IX 209; XVI 145, 148, 219, 472, 684, 864; XVII 429, 452, 459, 468, 469, 474, 483, 498, 525, 536; XIX 392, 397; XXIII 563; XXIV 474, 574, 625.
Autónoo, XI 301; XVI 694.
Axilo, VI 12.
Axio, II 849, 850; XVI 288; XXI 141, 157, 158.
Ayante, I 138, 145; II 406, 527, 528, 557, 768; III 225, 229; IV 273, 280, 285, 473, 479, 489; V 519, 610, 615, 617; VI 5, 436; VII 164, 179, 183, 187, 203, 206, 211, 219, 224, 234, 245, 249, 260, 266, 268, 283, 288, 305, 309, 311, 321; VIII 79, 224, 262, 267, 268, 272, 330; IX 169, 223, 622, 644, 689; X 53, 110, 112, 175, 228; XI 7, 464, 465, 485, 489, 496, 526, 542, 556, 563, 589, 591, 594; XII 265, 335, 342, 343, 349, 353, 354, 362, 364, 366, 370, 378, 400, 404; XIII 37, 46, 66, 67, 68, 76, 126, 190, 197, 201, 313, 321, 681, 695, 701, 702, 809, 824; XIV 402, 409, 442, 459, 469, 511, 520; XV 249, 289, 301, 334, 415, 419, 429, 431, 434, 436, 471, 483, 501, 516, 560, 674, 685, 727, 745; XVI 102, 114, 116, 119, 330, 358, 555, 556; XVII 102, 115, 120, 123, 128, 132, 137, 166, 174, 230, 235, 237, 256, 279, 284, 303, 304, 312, 356, 360, 507, 508, 531, 626, 628, 651, 668, 669, 707, 715, 732, 747, 752; XVIII 157, 163, 193; XXIII 473, 483, 488, 493, 708, 720, 722, 754, 774, 779, 789, 811, 818, 822, 838, 842.
Azida, II 513.

Balio, XVI 149; XIX 400.
Baticles, XVI 594.

Batiea, II 813.
Beba, II 712.
Bebeide, II 711.
Belerofontes, VI 155, 162, 164, 190, 196, 216, 220.
Bella Colina, XX 53, 151.
beocios, II 494, 510, 526; V 710; XIII 685, 700; XIV 476; XV 330; XVII 597.
Besa, II 532.
Biante, IV 296; XIII 691; XX 460.
Biénor, XI 92.
Boagrio, II 533.
Boro, V 44; XVI 177.
Briáreo, I 403.
Briseide, I 184, 323, 336, 346; II 689; IX 106; XIX 246, 261, 282; XXIV 676.
Briseo, I 392; IX 132, 274.
Brisías, II 583.
Bucólida, XV 338.
Bucolión, VI 22, 23.
Budeo, XVI 572.
Buprasio, II 615; XI 756, 760; XXIII 631.

Cabeso, XIII 363.
cadmeos, IV 385, 388, 391; V 804, 807; X 288; XXIII 680.
Caira, IV 142.
Caístro, II 461.
Calcante, I 69, 86, 105; II 300, 322; XIII 45, 70.
Calcis, II 537, 640.
Calcodontíada, II 541; IV 464.
Calcón, XVI 595.
Calesio, VI 18.
Calétor, XV 419.
Caletórida, XIII 541.
Calianasa, XVIII 46.
Calianira, XVIII 44.
Calíaro, II 531.
Calidnas, II 677.
Calidón, II 640; IX 530, 531, 577; XIII 217; XIV 116.
Camiro, II 656.
Capaneida, V 109.
Capaneo, II 564; IV 367, 403; V 108, 241, 319.
Capis, XX 239.
Cardámila, IX 150, 292.
Careso, XII 20.
carios, VII 867; X 428.
Caris, XVIII 382.
Caristo, II 539.
Cárope, XI 426.
Cáropo, II 672.
Casandra, XIII 366; XXIV 699.
Caso, II 676.
Castianira, VIII 305.
Cástor, III 237.
caucones, X 429; XX 329.
Céada, II 847.
Cebríones, VIII 318; XI 521; XII 91, 92; XIII 790; XVI 727, 738, 751, 754, 756, 759, 772, 781.
cefalenios, II 631; IV 330.
Cefíside, V 709.
Cefiso, II 522, 523.
Celadonte, VII 133.

Ceneida, II 746.
Ceneo, I 264.
Centauro, XI 832.
Cérano, V 677; XVII 611, 614.
Cerinto, II 538.
cícones, II 846; XVII 73.
Cifo, II 748.
Cila, I 38, 452.
Cilene, II 603.
Cilenio, XV 518.
Cílice, VI 397, 415.
Cimódoca, XVIII 39.
Cimótoe, XVIII 41.
Ciniras, XI 20.
Cino, II 531.
Cipariseide, II 593.
Cipariso, II 519.
Cípride, V 330, 422, 458, 760, 883.
Ciseide, VI 299.
Cises, XI 223.
Citera, XV 432, 438.
Citerio, X 268; XV 431.
Citoro, II 853.
Cleobulo, XVI 330.
Cleonas, II 570.
Cleopatra, IX 556.
Clicio, III 147; XV 419, 427; XX 238.
Clímena, III 144; XVIII 47.
Clitemnestra, I 113.
Clítida, XI 302.
Clito, XV 445.
Clitomedes, XXIII 634.
Clonio, II 495; XV 340.
Cnoso, II 646; XVIII 591.
Coón, XI 248, 256; XIX 53.
Copas, II 502.
Copreo, XV 639.
Corinto, II 570; XIII 664.
Coronea, II 503.
Corono, II 746.
Cos, II 677; XIV 255, XV 28.
Cránae, III 445.
Crápatos, II 676.
Creonte, IX 84.
Creontíada, XIX 240.
Cresmo, XV 523.
Creta, II 649; III 233; XIII 450, 453.
cretenses, II 645; III 230, 231; IV 251, 265; XIII 219, 221, 255, 259, 274, 311; XXIII 450, 482.
Cretón, V 542, 549.
Crisa, 1) II 520; 2) I 37, 100, 390, 431, 451.
Criseide, I 111, 143, 182, 310, 369, 439.
Crises, I 11, 370, 442, 450.
Crisótemis, IX 145, 287.
Crocilea, II 633.
Crómide, II 858.
Cromio, IV 295; V 160, 677; VIII 275; XVII 218, 494, 534.
Cromna, II 855.
Crónida, I 498, 552; II 111, 375; IV 5, 25, 166; V 419, 756; VI 234; VII 69; VIII 31, 141, 414, 462; IX 18, 172, 236; XI 53, 289; XIV 330; XV 152; XVI 440, 845; XVII 593; XVIII 185, 361, 431; XX 31, 301,

304; XXI 508, 750; XXII 60; XXIV 98, 143, 241.
Cronión, I 397, 405, 502, 528, 539; II 102, 350, 403, 419, 670; III 302; IV 249; V 522, 753, 869, 906; VI 267; VII 194, 200, 209, 315, 481; VIII 175, 210, 470; IX 511; XI 27, 78, 336, 406; XIII 226, 242, 319, 783; XIV 247; XV 254; XVI 662; XVII 209, 269, 441; XVIII 118; XIX 120, 340; XX 306; XXI 184, 193, 230; XXIV 290, 621.
Crono, II 205, 319; IV 59, 75; V 271; VI 139; VIII 383, 415, 479; IX 37; XII 450; XIII 345; XIV 194, 203, 243, 274, 346; XV 91, 187, 225, XVI 431; XVIII 293; XXI 216.
Ctéato, II 621; XIII 185.
Curetes, IX 529, 532, 549, 551, 589.

Chipre, XI 21.

Dámaso, XII 183.
Damastórida, XVI 416.
Dánae, XIV 319.
dánaos, I 42, 56, 87, 90, 97, 109, 258, 444, 456; II 40, 110, 256, 487, 674, 760; III 417; IV 232, 257, 427; V 37, 316, 345, 511, 520, 527, 541, 682, 684; VI 67, 84; VII 26, 39, 98, 227, 382; VIII 33, 161, 176, 202, 205, 227, 253, 282, 353, 431, 464; IX 34, 251, 306, 316, 371, 627, 641; X 20, 93; XI 90, 165, 275, 290, 304, 406, 471, 523, 539, 586, 665, 797, 816; XII 4, 106, 144, 180, 216, 262, 367, 417, 419, 470; XIII 9, 174, 361, 620, 680, 779; XIV 21, 67, 71, 192, 357, 448; XV 2, 73, 277, 291, 299, 320, 396, 408, 473, 549, 602, 622, 687, 732, 733; XVI 39, 75, 85, 295, 301, 351, 356, 372, 546, 552, 731, 764; XVII 26, 93, 100, 181, 233, 245, 247, 280, 331, 340, 353, 363, 688, 690, 761; XIX 78, 402; XX 351; XXI 517; XXIII 580, 701; XXIV 295, 313, 338.
Dardania, XX 216.
Dardánida (hijo o descendiente de Dárdano), III 303; V 159; VII 366; XI 166, 372; XIII 376; XXI 34; XXII 352; XXIV 171, 354, 629, 631.
Dardánide, XVIII 122, 339.
dardanio, II 819; V 789; XXII 194, 413.
Dardanión, VII 414; VIII 154.
Dárdano, II 701; III 456; VII 348, 368; VIII 173, 497; XI 286; XIII 150; XV 425, 486; XVI 807; XVII 184; XX 215, 219, 304, 460.
Darete, V 9, 27.
Dáulide, II 520.
Dédalo, XVIII 592.

Deífobo, XII 94; XIII 156, 162, 258, 402, 413, 446, 455, 490, 517, 527, 758, 770, 781; XXII 227, 233, 294, 298; XXIV 251.
Deípilo, V 325.
Deípiro, I 183; XIII 92, 478, 576.
Deméter, II 696; XIII 322; XIV 326; XXI 76.
Democoonte, IV 499.
Demoleonte, XX 395.
Demuco, XX 457.
Détor, VIII 275.
Deucálida, XII 117; XIII 307; XVII 608.
Deucalión, XIII 451, 452; XX 478.
Dexámena, XVIII 44.
Dexíada, VII 15.
Déyoco, XV 341.
Deyocoonte, V 534.
Deyopites, XI 420.
Dimante, XVI 718.
Dinámena, XVIII 43.
Dío, 1) II 538; 2) XXIV 251.
Diocles, V 542, 547, 548.
Diomede, IX 665.
Diomedes, II 563, 567; IV 365, 401, 411; V 1, 114, 124, 143, 151, 243, 251, 286, 320, 347, 376, 415, 432, 519, 596, 781, 814, 826, 837, 846, 849, 855, 866, 881; VI 12, 122, 212, 235, 306; VII 163, 399, 404; VIII 91, 115, 134, 138, 145, 194, 532; IX 31, 51, 696, 711; X 150, 219, 227, 234, 241, 283, 340, 341, 369, 446, 476, 477, 502, 508, 536, 559, 568; XI 312, 316, 333, 345, 361, 384, 660; XIV 109; XVI 25, 74; XXI 396; XXIII 290, 377, 472, 812.
Dione, V 370, 381.
Dioniso, VI 132, 135; XIV 325.
Diores, II 622; IV 517; XVII 429, 474.
Disénor, XVII 217.
Disputa, IV 440; V 518; XI 3, 73; XVIII 535; XX 48.
Dodona, II 750; XVI 234.
Dodoneo, XVI 233.
Dolón, X 314, 390, 412, 426, 447, 478, 570.
Dólope, IX 484; XI 302; XV 525, 555.
Dolopión, V 77.
Doriclo, XI 489.
Dóride, XVIII 45.
dorio, II 594.
Doto, XVIII 43.
Dracio, XIII 692.
Dreso, VI 20.
Driante, I 263; VI 130.
Dríope, XX 455.
Duliquio, II 625, 629.

Eácida (hijo o descendiente de Éaco), II 860, 874; IX 184, 191; X 402; XI 805; XVI 15, 134, 140, 165, 854, 865; XVII 76, 271, 388, 426, 473, 486;

XVIII 221, 222, 433; XXI 178, 189; XXIII 28.
Éaco, XXI 189.
Ecalia, II 596, 730.
ecalieo, II 596, 730.
Edipo, XXIII 679.
Eeribea, V 389.
Eetión, 1) I 366; VI 395, 396, 416; VIII 187; IX 188; XVI 153; XXI 43; XXII 472, 480; XXIII 827; 2) XVII 575, 590.
Efialtes, V 385.
Éfira, II 659; VI 152, 210; XV 531.
Éfiros, XIII 301.
Egas, VIII 203; XIII 21.
Egeida (hijo o descendiente de Egeo), I 265.
Egeón, I 404.
Egialea, V 412.
Egíalo, II 575, 855.
Egílipe, II 633.
Egina, II 562.
Egio, II 574.
egipcio, IX 382.
Élaso, XVI 696.
Elefénor, II 540; IV 463.
eleo, XI 671.
Eleón, II 500; X 266.
Élide, II 615, 626; XI 673, 686, 698.
Elona, II 739.
Ematia, XIV 226.
Eneas, II 820; V 166, 180, 217, 230, 247, 263, 272, 297, 305, 311, 323, 378, 432, 435, 445, 450, 468, 512, 514, 534, 541, 559, 564, 571; VI 75, 77; VIII 108; XI 58; XII 99; XIII 459, 463, 477, 482, 489, 494, 500, 502, 504, 541; XIV 425; XV 332; XVI 536, 608, 614, 616, 620; XVII 323, 327, 333, 344, 484, 485, 513, 534, 754, 758; XX 79, 83, 86, 117, 160, 161, 175, 178, 199, 263, 267, 274, 278, 286, 288, 293, 307, 311, 320, 323, 325, 327, 332, 347; XXIII 292.
Eneo, II 641; VI 216, 219; IX 535, 540, 543, 581; XIV 117.
énetos, II 852.
Enialio, II 651; VII 166; VIII 264; XIII 519; XVII 259; XVIII 309; XX 69; XXII 132.
enianes, II 749.
Enida, V 813; X 497.
Enieo, IX 668.
Enío, V 333, 592.
Enio, XXI 210.
Eniopeo, VIII 120.
Enispa, II 606.
Énnomo, II 858; XI 422; XVII 218.
Eno, IV 520.
Enómao, V 706; XII 140; XIII 506.
Énope, 1) IX 150, 292; 2) XIV 445; XVI 401; XXIII 634.
Enópida, 1) XIV 444; 2) V 707.
Eólida (descendiente de Eolo), VI 154.

Epaltes, XVI 415.
Epea, IX 152, 294.
Epeo, XXIII 665, 689, 694, 838, 839.
epeos, II 619; IV 537; XI 688, 694, 732, 737, 744; XIII 686, 691; XV 519; XXIII 630, 632.
Epi, II 592.
Epicles, XII 379.
Epidauro, II 561.
Epigeo, XVI 571.
Epístrofo, II 517, 692, 856.
Epístor, XVI 695.
Epítida, XVII 324.
epitio, II 604.
Equecles, XVI 189.
Equeclo, XVI 694; XX 474.
Equemón, V 160.
Equépolo, IV 458; XXIII 296.
Equinas, II 625.
Equio, VIII 333; XIII 422; XV 339; XVI 416.
Erecteo, II 547.
Eretria, II 537.
Ereutalión, IV 319; VII 136, 149.
Erictonio, XX 219, 230.
Erilao, XVI 411.
Erimante, XVI 345, 415.
Eriópide, XIII 697; XV 336.
Eritinos, II 855.
Eritras, II 499.
Escamandrio, II 465, 467; V 49; VI 402.
Escamandro, V 36, 77, 774; VII 329; XI 499; XII 21; XX 74; XXI 124, 223, 305, 603; XXII 148.
Escandea, X 268.
Escarfa, II 532.
Esceas, III 145, 149, 263; VI 237, 307, 393; IX 354; XI 170; XVI 712; XVIII 453; XXII 6, 360.
Esceno, II 497.
Esciro, IX 668; XIX 326, 332.
Escolo, II 497.
Esepo, II 825; IV 91; VI 21; XII 21.
Esfelo, XV 338.
Esietes, II 793; XIII 427.
Esima, VIII 304.
Esimno, XI 303.
Esminteo, I 39.
Esparta, II 582; IV 52.
Esperqueo, XVI 174, 176; XXIII 142, 144.
Espío, XVIII 40.
Esquedio, II 517; XV 515; XVII 306.
Estenelao, XVI 586.
Esténelo, II 564; IV 367; V 108, 111, 241, 835; VIII 114; IX 48; XIX 116, 123; XXIII 511.
Esténtor, V 785.
Estige, II 755; VIII 369; XIV 271; XV 37.
Estínfalo, II 608.
Estiquio, XIII 195, 691; XV 329.
Estira, II 539.
Estratia, II 606.
Estrofio, V 49.

Eta, XXIII 295, 409, 525.
Etéocles, IV 386.
Eteono, II 497.
Étilo, II 585.
Etiopeo, I 423.
etíopes, XXIII 206.
etiquios, II 744.
etolio, II 638, 643; IV 399, 527; V 706, 843; IX 529, 531, 549, 575, 597; XIII 218; XV 282; XXIII 471, 633.
Etón, VIII 185.
Etra, III 144.
Eubea, II 535, 536.
Eudoro, XVI 179.
Eufemo, II 846.
Eufetes, XV 532.
Euforbo, XVI 808, 850; XVII 59, 81.
Eumedes, X 314, 412, 426.
Eumelo, II 714, 764; XXIII 288, 354, 380, 481, 559, 565.
Euneo, VII 468; XXIII 747.
Euquénor, XIII 663.
Euríalo, II 565, VI 20; XXIII 677.
Euríbates, I 320; II 184; IX 170.
Euridamante, V 149.
Eurimedonte, IV 228; VIII 114; XI 620.
Eurínome, XVIII 398, 399, 405.
Eurípilo, II 677, 736; V 76, 79; VI 36; VII 167; VIII 265; XI 576, 580, 583, 592, 662, 809, 819, 822, 838; XII 2; XV 392, 399; XVI 27.
Euristeo, VIII 363; XV 639; XIX 123, 133.
Éurito, II 596, 621, 730.
Eusoro, VI 8.
Eutresis, II 502.
Evemón, II 736; V 79; VII 167; VIII 265; XI 575.
Evemónida, V 76; XI 810.
Evenina, IX 557.
Eveno, II 693.
Evipo, XVI 417.
Eyón, II 561.
Eyoneo, VII 11; X 435.
Exadio, I 264.

Falces, XIII 791; XIV 513.
Faris, II 582.
Fausíada, XI 578.
Fea, VII 135.
Febo, I 43, 64, 72, 182, 443, 457; V 344, 454, 509; VII 452; IX 405, 560, 564; XI 353, 363; XII 24; XV 59, 221, 256, 307, 318, 355, 365, 441; XVI 527, 667, 700, 715, 788, 793; XVII 71, 118, XX 39, 68, 118, 138, 152, 375, 450; XXI 436, 448, 515, 545; XXII 7, 213, 359; XXIII 188, 383; XXIV 32.
Fegeo, V 11, 15.
Féneo, II 605.
Fénix, IX 168, 223, 427, 432, 607, 621, 659, 690; XIV 321; XVI 196; XVII 555, 561; XIX 311; XXIII 360, 744.
Fénope, V 152; XVII 312, 583.

Fera, V 543.
Feras, 1) II 711; 2) IX 151, 293.
Ferecíada, II 763; XXIII 376.
Fereclo, V 59.
Ferusa, XVIII 43.
Festo, 1) II 648; 2) V 43.
Fidas, XIII 691.
Fidipo, II 678.
Fílace, II 695, 700; XIII 696; XV 335.
Filácida, II 705; XIII 698.
Fílaco, VI 35.
Filante, XVI 181, 191.
Fileo, II 628; X 110, 175; XV 530; XXIII 637.
Filetórida, III 457.
Filida, II 627; V 72; XIII 692; XV 519, 528; XVI 313; XIX 239.
Filoctetes, II 718, 725.
Filomedusa, VII 10.
Flegis, XIII 302.
foceo, II 517, 525; XV 516; XVII 307.
Forbante, IX 665; XIV 490.
Forcis, II 862; XVII 218, 312, 318.
Fradmónida, VIII 257.
Frigia, III 184, 401; XVI 719; XVIII 291; XXIV 545.
frigios, II 862; III 185; X 431.
Fróntide, XVII 40.
Ftía, I 155, 169; II 683; IX 253, 363, 395, 439, 479, 484; XI 766; XVI 13; XIX 299, 323, 330.
ftíos, XIII 686, 693, 699.
Ftirón, II 868.

Galatea, XVIII 45.
Ganimedes, V 266; XX 232.
Gárgaro, VIII 48; XIV 292, 352; XV 152.
Gigea, II 865; XX 391.
Girtíada, XIV 512.
Girtone, II 738.
Gláfiras, II 712.
Glauca, XVIII 39.
Glauco, II 876; VI 119, 154, 155, 234; VII 13; XII 102, 309, 310, 329, 387, 392; XIV 426; XVI 492, 508, 530, 593, 597; XVII 140, 170, 216.
Glisante, II 504.
Gonoesa, II 573.
Gorgitión, VIII 302.
Górgona, V 741; VIII 349; XI 36.
Gortina, II 646.
Granico, XII 21.
Grea, II 498.
Guneo, II 748.

Hades, I 3; III 322; V 395, 646, 654, 845; VI 284, 422, 487; VII 131, 330; VIII 16, 367, 368; IX 158, 312, 569; XI 55, 263, 445; XIII 415; XIV 457; XV 188, 191, 251; XVI 625, 856; XX 294, 336; XXI 48; XXII 52, 213, 362, 389, 425, 482; XXIII 19, 71, 74, 76, 103, 137, 179, 244; XXIV 246, 593.

Haliarto, II 503.
Halio, V 678.
halízones, II 856; V 39.
Harma, II 499.
Harmónida, V 60.
Harpalión, XIII 644.
Hebe, IV 2; V 722, 905.
Hecamede, XI 624; XIV 6.
Héctor, I 242; II 802, 807, 816; III 38, 59, 76, 83, 85, 116, 314, 324; IV 505; V 211, 467, 471, 472, 493, 590, 595, 601, 608, 680, 689, 699, 704; VI 75, 77, 86, 102, 110, 116, 237, 313, 317, 318, 325, 333, 342, 359, 369, 374, 382, 390, 398, 402, 403, 429, 440, 460, 466, 472, 494, 498, 500, 515, 520; VII 1, 11, 22, 38, 46, 47, 54, 66, 75, 90, 98, 105, 112, 129, 158, 160, 169, 192, 204, 216, 225, 226, 233, 263, 284, 287; VIII 88, 90, 110, 117, 124, 148, 153, 158, 172, 216, 235, 301, 310, 312, 316, 324, 337, 341, 348, 356, 377, 473, 489, 493, 542; IX 237, 304, 351, 353, 356, 651, 655; X 46, 49, 104, 200, 299, 318, 319, 337, 356, 388, 391, 406, 414, 526, 563; XI 57, 61, 64, 163, 186, 197, 200, 211, 284, 295, 300, 309, 315, 327, 343, 347, 354, 359, 497, 502, 522, 523, 820; XII 10, 39, 49, 60, 61, 78, 80, 83, 88, 92, 174, 196, 210, 211, 230, 255, 290, 437, 445, 453, 462; XIII 1, 40, 54, 80, 123, 129, 136, 143, 183, 188, 191, 205, 316, 347, 674, 688, 720, 725, 726, 757, 775, 802, 823; XIV 44, 364, 375, 388, 390, 402, 406, 418, 440; XV 9, 15, 42, 59, 65, 68, 221, 231, 239, 244, 246, 269, 279, 288, 291, 304, 306, 327, 329, 346, 415, 422, 440, 449, 458, 462, 484, 504, 507, 515, 545, 552, 583, 589, 604, 610, 637, 644, 649, 652, 671, 688, 693, 704, 716, 744; XVI 77, 114, 142, 358, 367, 382, 536, 538, 553, 577, 588, 649, 654, 656, 712, 717, 721, 727, 730, 731, 737, 755, 760, 762, 799, 818, 828, 833, 840, 844, 858; XVII 72, 75, 83, 94, 96, 101, 107, 122, 125, 129, 141, 142, 169, 188, 210, 244, 262, 291, 304, 316, 334, 335, 428, 449, 472, 483, 503, 513, 525, 534, 565, 576, 582, 586, 601, 605, 616, 638, 693, 710, 719, 754, 758; XVIII 14, 21, 82, 91, 96, 103, 115, 131, 149, 154, 155, 164, 175, 251, 284, 310, 312, 334, 456; XIX 63, 134, 204, 414; XX 76, 240, 364, 375, 376, 379, 419, 428, 430, 440; XXI 5, 95, 225, 279, 296; XXII 5, 38, 78, 82, 91, 96, 107, 136, 143, 161, 170, 188, 193, 202, 206, 211, 212, 218, 226, 232,

249, 261, 274, 277, 278, 291, 296, 311, 320, 331, 337, 355, 371, 374, 384, 393, 395, 426, 438, 444, 455, 471, 477, 486; XXIII 21, 24, 64, 182; XXIV 15, 22, 34, 50, 57, 58, 66, 72, 76, 108, 115, 116, 136, 175, 254, 258, 276, 390, 501, 509, 553, 561, 579, 593, 657, 660, 704, 714, 724, 736, 738, 742, 748, 762, 789, 804.

hectóreo, II 416.

Hectórida, VI 401.

Hécuba, VI 293, 451; XVI 718; XXII 234, 430; XXIV 193, 283, 747.

Hefesto, I 571, 600, 608; II 101, 102, 426; V 10, 23; VIII 195; IX 468; XIV 167, 239, 339; XV 214, 310; XVIII 137, 143, 191, 369, 391, 392, 429, 473, 617; XIX 10, 368, 383; XX 12, 36, 73; XXI 330, 342, 355, 357, 367, 378, 379, 381; XXII 316; XXIII 33.

Hélade, II 683; IX 395, 447, 478; XVI 595.

Helena, II 161, 177, 356, 590; III 70, 91, 121, 154, 161, 171, 199, 228, 282, 285, 329, 383, 418, 426, 458; IV 19, 174; VI 292, 323, 343, 360; VII 350, 355, 401; VIII 82; IX 140, 282, 339; XI 125, 369, 505; XIII 766; XIX 325; XXII 114; XXIV 761.

helenes, II 684.

Héleno, V 707; VI 76; VII 44; XII 94; XIII 576, 582, 758, 770, 781; XXIV 249.

Helesponto, II 845; VII 86; IX 360; XII 30; XV 233; XVII 432; XVIII 150; XXIII 2; XXIV 346, 545.

Hélica, II 575; III 123; VIII 203.

Heliconio, XX 404.

Helos, II 584, 594.

Hemón, IV 296.

Hemónida (hijo de Hemón), 1) IV 394; 2) XVII 467.

Heptáporo, XII 20.

Hera, I 55, 195, 208, 400, 519, 523, 536, 545, 551, 568, 572, 595, 611; II 15, 32, 69, 156; IV 5, 8, 20, 24, 50; V 392, 418, 711, 721, 731, 748, 755, 767, 775, 784, 832, 893, 908; VII 411; VIII 198, 209, 218, 350, 381, 383, 392, 407, 421, 426, 444, 447, 457, 461, 471, 484; IX 254; X 5, 329; XI 45, 371; XIII 154, 826; XIV 153, 159, 194, 197, 222, 225, 243, 263, 277, 292, 298, 300, 313, 329, 342, 360; XV 5, 13, 14, 34, 49, 78, 83, 90, 92, 100, 130, 143, 149, 214; XVI 88, 432, 439; XVIII 119, 168, 184, 239, 356, 357, 360; XIX 97, 106, 114, 407; XX 33, 70, 112, 133, 309; XXI 6, 328, 367, 369, 377,

384, 418, 434, 512; XXIV 55, 65, 101.
Hércules, II 653, 658, 666, 679; V 628, 638; XI 690; XIV 266, 324; XV 25, 640; XVIII 117; XIX 98; XX 145.
Hermes, II 104; V 390; XIV 491; XV 214; XVI 185; XX 35, 72; XXIV 333, 334, 353, 457, 461, 469, 679, 690, 694.
Hermíone, II 560.
Hermo, XX 392.
Híades, XVIII 486.
Hicetaón, III 147; XV 576; XX 238.
Hicetaónida, XV 546.
Hida, II 783; XX 385.
Hila, II 500; V 708; VII 221.
Hilo, XX 392.
Hipásida, XI 426, 431; XIII 411; XVII 348.
Hípaso, XI 450.
Hipemolgos, XIII 5.
Hiperea, II 734; VI 457.
Hiperénor, XIV 516; XVII 24.
Hiperesia, II 573.
Hiperión, VIII 480; XIX 398.
Hipéroco, XI 335.
Hiperóquida, XI 673.
Hipirón, V 144.
Hipocoonte, X 518.
Hipodamante, XX 401.
Hipodamía, II 742; XIII 429.
Hipódamo, XI 335.
Hipóloco, VI 119, 144, 197, 206; VII 13; XI 122, 145; XII 309, 387; XVII 140.
Hipómaco, XII 189.
Hipónoo, XI 303.
Hipotebas, II 505.
Hipotión, XIII 792; XIV 514.
Hipótoo, II 840, 842; XVII 217, 289, 313, 318; XXIV 251.
Hipsénor, V 76; XIII 411.
Hipsípila, VII 469.
Hira, I 150, 292.
Hiria, II 496.
Hirmina, II 616.
Hirtácida, II 837, 838; XII 96, 110, 163.
Hírtaco, XIII 759, 771.
Hirtio, XIV 511.
Histiea, II 537.
Horas, V 749; VIII 393, 433.
Huida, IV 440; XI 37; XIII 299; XV 119.

icario, II 145.
Ida, II 821, 824; III 276, 320; IV 475; VIII 47, 75, 170, 207, 397, 410, 438; XI 105, 112, 183, 196, 337; XII 19, 202, 253; XIII 13; XIV 157, 162, 283, 287, 293, 307, 332; XV 5, 79, 146, 151, 169, 237, 255; XVI 605, 677; XVII 594; XX 59, 91, 189, 218; XXI 449, 559; XXII 171; XXIII 117; XXIV 291, 308.
Idas, IX 558.

Ideo, III 248; V 11, 20; VII 276, 278, 284, 372, 381, 405, 406, 413, 416; XXIV 325, 470.
Idomeneo, I 145; II 405, 645, 650; III 230; IV 252, 253, 256, 257; V 43, 45, 48; VI 436; VII 165; VIII 78, 263; X 53, 58, 112; XI 501, 510; XII 117; XIII 210, 219, 221, 232, 240, 255, 259, 274, 297, 304, 311, 330, 362, 370, 384, 387, 402, 405, 424, 434, 439, 445, 467, 469, 470, 476, 500, 502, 506, 509; XV 301; XVI 345; XVII 258, 605, 621, 624; XIX 311; XXIII 113, 124, 450, 474, 493, 528, 860, 888.
Iera, XVIII 42.
Ifeo, XVI 417.
Ifianasa, IX 145, 287.
Ificlo, II 705; XIII 698; XXIII 636.
Ifidamante, XI 221, 234, 257, 261.
Ífide, IX 667.
Ifínoo, VII 14.
Ifítida, VIII 128.
Ifitión, XX 382.
Ífito, II 518; XVII 306.
Ilesio, II 499.
Ilio, 1) XV 71; 2) I 71; II 113, 133, 216, 230, 249, 288, 492, 673; III 305, 313; IV 33, 46, 164, 416; V 204, 210, 551, 642, 648, 716; VI 60, 74, 96, 113, 277, 386, 403, 448, 461, 478, 493; VII 20, 31, 82, 345, 413, 429; VIII 131, 288, 499, 551, 561; IX 20, 49, 402, 419, 686; X 12; XI 196, 230; XII 115; XIII 175, 349, 380, 657, 717, 724, 773; XIV 46, 251; XV 66, 71, 169, 215, 550, 558; XVI 92, 576; XVII 145, 159, 163, 193, 320, 337, 396; XVIII 58, 174, 270, 327, 439; XIX 156; XX 216; XXI 81, 104, 128, 156, 295, 433, 442, 515, 561, 588; XXII 6, 17, 411; XXIII 64, 297; XXIV 27, 67, 143, 145, 330, 383, 620.
Ilioneo, XIV 489, 492, 501.
Ilitía, XVI 187.
Ilo, X 415; XI 166, 372; XX 232, 236; XXI 558; XXIV 349.
Imbrásida, IV 520.
Imbrio, XIII 171, 197.
imbrio, XXI 43.
Imbros, XIII 33; XIV 281; XXIV 78, 753.
Iris, II 786, 790, 795; III 121, 129; V 353, 365, 368; VIII 398, 399, 409, 425; XI 185, 186, 195, 199, 210; XV 55, 144, 158, 168, 172, 200, 206; XVIII 166, 182, 183, 196, 202; XXIII 198, 201; XXIV 77, 87, 95, 117, 143, 144, 159, 188.
Isandro, VI 197, 203.
Iso, XI 101.
Ítaca, II 632; III 201.
itacense, II 184.

Itémenes, XVI 586.
Itimoneo, XI 672.
Itome, II 729.
Itón, II 696.
Ixionio, XIV 317.

Janto, II 877; V 152, 479; VI 4, 172; VIII 185, 560; XII 313; XIV 434; XVI 149; XIX 400, 405, 420; XX 40, 74; XXI 2, 15, 146, 332, 337, 383; XXIV 693.
Jápeto, VIII 479.
Járdano, VII 135.
Jaso, XV 332, 337.
Jasón, VII 469; XXI 41.
Jasónida, VII 468, 471; XXIII 747.
jonios, XIII 685.

Laa, II 585.
Lacedemonia, II 581; III 239, 244, 387, 443.
Laerces, XVI 197; XVII 467.
Laertiada, II 173; III 200; IV 358; VIII 93; IX 308, 624; X 144; XIX 185; XXIII 723.
Lampétida, XV 526.
Lampo, III 147; VIII 185; XV 526; XX 238.
Laodamante, XV 516.
Laodamía, VI 198.
Laódica, III 124; VI 252; IX 145, 287.
Laódoco, IV 87; XVII 699.
Laógono, XVI 604; XX 460.
Laomedonte, V 269, 640, 649; VI 23; VII 453; XX 236, 237; XXI 443, 452.
Laomedontiada, III 250; XV 527.
Laótoe, XXI 85; XXII 48.
lápitas, XII 128, 181.
Larisa, II 841; XVII 301.
Lecto, XIV 284.
Leito, II 494; VI 35; XIII 91; XVII 601, 605.
léleges, X 429; XX 96; XXI 86.
Lemnos, I 593; II 722; VII 467; VIII 230; XIV 230, 281; XXI 40, 46, 58, 79; XXIV 753.
Leócrito, XVII 344.
Leonteo, II 745; XII 130, 188; XXIII 837, 841.
lesbios, IX 129, 271.
Lesbos, IX 129, 271, 664; XXIV 544.
Leto, 1) II 843; XVII 288; 2) I 9, 36; V 447; XIV 327; XVI 849; XIX 413; XX 40, 72; XXI 497, 498, 502; XXIV 607.
Leuco, IV 491.
Licasto, II 647.
Licaón, II 826; III 333; IV 89, 93; V 95, 101, 169, 179, 193, 197, 229, 246, 276, 283; XX 81; XXI 35, 127; XXII 46; XXIII 746.
Licia, II 877; V 105, 173, 479, 645; VI 168, 171, 172, 173, 188, 210, 225; XII 312, 318; XVI 437, 455, 514, 542, 673, 683; XVII 172.

Licimnio, II 663.
licios, II 876; IV 197, 207; V 482, 633, 647, 673, 676, 679; VI 78, 194; VII 13; VIII 173; X 430; XI 285, 286; XII 315, 317, 321, 330, 346, 359, 376, 408, 409, 417, 419; XIII 150; XIV 426; XV 424, 425, 485, 486; XVI 421, 422, 490, 495, 525, 532, 541, 564, 584, 593, 659, 685; XVII 140, 146, 154, 184.
Licofontes, VIII 275.
Licofrón, XV 430.
Licomedes, IX 184; XII 366; XVII 345, 346; XIX 240.
Licón, XVI 335, 337.
Licto, II 647; XVII 611.
Licurgo, VI 130, 134; VII 142, 144, 148.
Lilea, II 523.
Limnoría, XVIII 41.
Lindo, II 656.
Lirneso, II 690, 691; XIX 60; XX 92, 191.
Lisandro, XI 491.
locrios, II 527, 535; XIII 686, 712.

Macaón, II 732; IV 193, 200; XI 506, 512, 517, 598, 613, 651, 833; XIV 3.
Mácar, XXIV 544.
magnetes, II 756.
Mantinea, II 607.
Maris, XVI 319.
Marpesa, IX 557.
Masete, II 562.
Mástor, XV 430.
Mastórida, XV 438.
Meandro, II 869.
Mecisteida, VI 28.
Mecisteo, II 566; VIII 333; XIII 422; XV 339; XXIII 678.
Medeón, II 501.
Medesicasta, XIII 173.
Medonte, II 727; XIII 693, 695; XV 332, 334; XVII 216.
Mégada, XVI 695.
Megete, II 627; V 69; XIII 692; XV 302, 520, 535; XIX 239.
Melanipo, VIII 276; XV 547, 553, 576, 582; XVI 695; XIX 240.
Melante, XIV 117.
Melantio, VI 36.
Meleagro, II 642; IX 543, 550, 553, 590.
Melibea, II 717.
Mélita, XVIII 42.
Memálida, XVI 194.
Meneciada (hijo de Menecio), I 307; IX 211; XI 608; XVI 420, 434, 438, 452, 554, 760; XVII 132, 267, 270, 369, 538; XVIII 93; XXI 28; XXIII 25, 239; XXIV 16.
Menecio, IX 202; XI 605, 765, 771, 785, 814, 837; XII 1; XVI 14, 278, 307, 626, 665, 827; XVIII 12, 325, 455; XIX 24; XXIII 85.
Menelao, I 159; II 408, 586; III

21, 27, 52, 69, 90, 96, 136, 206, 210, 213, 232, 253, 284, 307, 339, 350, 403, 430, 432, 434, 439, 452, 457: IV 7, 13, 19, 94, 98, 100, 115, 127, 146, 150, 169, 177, 181, 183, 189, 195, 205, 210, 220; V 50, 55, 552, 561, 578, 715; VI 37, 44, 55; VII 94, 104, 109, 373, 392, 470; VIII 261; X 25, 36, 43, 60, 114, 230, 240; XI 125, 139, 463, 487; XIII 581, 591, 593, 601, 603, 606, 641; XV 540, 568; XVI 311; XVII 1, 6, 11, 12, 18, 34, 46, 60, 69, 79, 113, 124, 138, 237, 238, 246, 249, 507, 508, 554, 556, 560, 578, 580, 587, 626, 651, 652, 656, 665, 673, 679, 684, 697, 702, 716; XXIII 293, 355, 401, 422, 438, 515, 516, 522, 529, 566, 576, 588, 597, 600.

Menesteo, II 552; IV 327; XII 331, 373, XIII 195, 690; XV 331.

Menestes, V 609.

Menestio, VII 9; XVI 173.

Menón, XII 193.

Mentes, XVII 73.

Méntor, XIII 171.

Meón, IV 394, 398.

Meonia, III 401; XVIII 291.

Meónide, IV 142.

meonios, II 864, 866; V 43; X 431.

Mera, XVIII 48.

Meriones, II 651; IV 254; V 59, 65; VII 166; VIII 264; IX 83; X 59, 196, 229, 260, 270; XIII 93, 159, 164, 246, 249, 254, 266, 295, 304, 306, 328, 479, 528, 531, 567, 575, 650; XIV 514; XV 302; XVI 342, 603, 608, 617, 619, 627; XVII 259, 610, 620, 668, 669, 717; XIX 239; XXIII 113, 124, 351, 356, 528, 614, 860, 870, 877, 882, 888, 893, 896.

Mérmero, XIV 513.

Mérope, II 831; XI 329.

Mesa, II 582.

Meseide, VI 457.

Mestles, II 864; XVII 216.

Méstor, XXIV 257.

Metona, II 716.

Mícala, II 869.

Micaleso, II 498.

Micenas, II 569; IV 52, 376; VII 180; IX 44; XI 46.

miceneo, XV 638, 643.

Midea, II 507.

Midón, V 580; XXI 209.

Migdón, III 186.

Mileto, II 647, 868.

Minete, II 692; XIX 296.

Minieo, II 511; XI 722.

Minos, XIII 450, 451; XIV 322.

Mirina, II 814.

mirmídones, I 180, 328; II 684; VII 126; IX 185, 652; XI 797; XVI 12, 15, 39, 65, 155, 164, 194, 200, 220, 240, 266, 269,

506, 546, 564, 570, 596; XVIII 10, 69, 323, 355; XIX 14, 278, 299; XXI 188; XXIII 4, 6, 60, 129; XXIV 397, 449, 536.
Mirsino, II 616.
misios, II 858; X 430; XIII 5; XIV 512; XXIV 278.
Mneso, XXI 210.
Molión, XI 322, 709, 750.
Molo, X 269; XIII 249.
Moris, XIII 792; XIV 514.
Mulio, XI 739; XVI 696; XX 472.

Nastes, II 867, 870, 871.
Neleo, XI 683, 692, 717.
Nelida, II 20; VIII 100; X 18, 87, 555; XI 511, 597, 618, 682; XIV 42; XV 378; XXIII 303, 349, 514, 652.
Nemertes, XVIII 46.
Neoptólemo, XIX 327.
Nereide, XVIII 38, 49, 52.
Nérito, II 632.
Nesea, XVIII 40.
Néstor, I 247; II 21, 57, 77, 336, 405, 433, 555, 601; IV 293, 317; V 565; VI 66; VII 123, 170, 181, 325; VIII 80, 112, 116, 137, 151; IX 52, 94, 162, 179; X 18, 54, 73, 87, 102, 128, 138, 143, 157, 168, 196, 203, 220, 229, 532, 543, 555; XI 501, 510, 511, 516, 597, 611, 637, 655, 761, 840; XIII 400, 555; XIV 1, 27, 40, 42, 52, 65; XV 370, 659; XVII 382, 653, 681; XVIII 16; XIX 238, 311; XXIII 302, 349, 411, 541, 596, 616, 755.
nestóreo, II 54; VIII 113, 192.
Nestórida, VI 33; IX 81; XV 589; XVI 317; XXIII 353.
Níobe, XXIV 602, 606.
Nireo, II 671, 672, 673.
Nisa, 1) II 508; 2) VI 133.
Nísiros, II 676.
Noemón, II 678; XXIII 612.
Nomión, II 871.

Ocálea, II 501.
Océano, I 423; III 5; V 6; VII 422; VIII 485; XIV 201, 246, 302, 311; XVI 151; XVIII 240, 399, 402, 489, 607; XIX 1; XX 7; XXI 195; XXIII 205.
Odio, II 856; V 39; IX 170.
Ofelestes, VIII 274; XXI 210.
Ofeltio, VI 20; XI 302.
Oileo, II 527, 727, 728; XI 93; XIII 66, 694, 697, 701; XIV 442, 520; XV 333, 336; XVII 256; XXIII 473, 488, 754.
Oilíada, XII 365; XIII 203, 712; XIV 446; XVI 330; XXIII 759.
Olenia, II 617; XI 757.
Oleno, II 639.
Olímpico(s), I 18, 353, 399, 508, 580, 583, 589, 609; II 13, 30, 67, 309, 484, 491; IV 160; V 383; VI 282; VIII 335; XI 218; XII 275; XIII 58; XIV 508;

XV 115, 131, 375; XVI 112; XVIII 79; XIX 108; XX 47; XXII 130; XXIV 140, 175, 194.
Olimpo, I 44, 221, 394, 402, 420, 425, 494, 497, 499, 530, 532, 566; II 48, 167; III 407; IV 74; V 360, 367, 398, 404, 750, 754, 868, 877, 890; VII 19, 25, 35; VIII 3, 12, 25, 199, 394, 410, 411, 439, 443, 451, 456; X 462; XI 77, 715; XIII 68, 243, 523; XIV 154, 225, 298, 309; XV 21, 79, 84, 133, 136, 193; XVI 93, 364; XVIII 142, 146, 148, 167, 186, 429, 616; XIX 114, 128; XX 5, 22, 125, 142; XXI 389, 438, 505, 518; XXII 187; XXIV 104, 121, 144, 427, 468, 694.
Olizón, II 717.
Olosón, II 739.
Onétor, XVI 604.
Opites, XI 301.
Opunte, II 531; XVIII 326; XXIII 85.
Oquesio, V 843.
Orcómeno, II 511, 605; IX 381.
Oresbio, V 707.
Orestes, V 705; IX 142, 284; XII 139, 193.
Orión, XVIII 486, 488; XXII 29.
Oritía, XVIII 48.
Orménida, IX 448; X 266.
Ormenio, II 734.
Órmeno, VIII 274; XII 187.
Ornías, II 571.
Oro, XI 303.
Orsíloco, V 542, 549; VIII 274.
Ortíloco, V 546, 547.
Orta, II 739.
Orteo, XIII 791.
Oto, V 385; XV 518.
Otreo, III 186.
Otrinteo, XX 384.
Otrintida, XX 383, 389.
Otrioneo, XIII 363, 374, 772.

paflagonios, II 851; V 577; XIII 656, 661.
Palas, I 200, 400; IV 78, 541; V 1, 61, 121, 256, 510, 840, 856; VI 311; X 245, 275, 295; XI 438; XV 614; XVIII 217, 311, 516; XX 33, 146, 314; XXI 290, 408; XXII 270, 276; XXIII 771.
Palmis, XIII 792.
Pammón, XXIV 250.
panaqueos, II 404, VII 73, 159, 327, 385; IX 301; X 1; XIX 193; XXIII 236.
Pándaro, II 827; IV 88; V 168, 171, 246, 795.
Pandión, XII 372.
Pándoco, XI 490.
panhelenos, II 530.
Pantoida, XIII 756; XIV 450, 454; XV 446; XVI 535, 808; XVII 70, 81; XVIII 250.
Pántoo, III 146; XV 522; XVII 9, 23, 40, 59.

Pánopa, XVIII 45.
Panopeo, II 520; XVII 307; XXIII 665.
Parca, XVIII 535.
Paris, III 39, 325, 437; VI 280, 503, 512; XII 93; XIII 490, 660, 769; XV 341; XXII 359; XXIV 249.
Parrasia, II 608.
Partenio, II 854.
Pasítea, XIV 269, 276.
Patroclo (Patrocles), I 337, 345; VIII 476; IX 190, 195, 201, 205, 216, 220, 620, 658, 666; XI 602, 611, 616, 644, 647, 807, 823; XV 65, 390; XVI 2, 7, 11, 20, 49, 80, 125, 126, 130, 219, 257, 268, 284, 291, 372, 377, 394, 420, 427, 434, 452, 460, 463, 478, 480, 490, 543, 554, 581, 584, 647, 684, 693, 699, 703, 707, 710, 724, 732, 733, 744, 754, 760, 763, 783, 787, 812, 815, 816, 818, 830, 839, 843, 859; XVII 2, 6, 10, 15, 80, 92, 113, 120, 125, 137, 159, 182, 187, 229, 240, 255, 286, 299, 341, 355, 379, 400, 402, 477, 543, 564, 574, 665, 670, 690, 706; XVIII 20, 28, 81, 93, 102, 151, 171, 179, 195, 232, 315, 333, 345, 355, 451; XIX 4, 38, 283, 287, 302, 403, 412; XXI 28, 100, 107, 134; XXII 323, 331, 387; XXIII 9, 19, 45, 65, 105, 126, 134, 151, 179, 192, 211, 221, 239, 619, 747, 776, 800; XXIV 6, 512, 575, 592, 756.
Pédaso, VI 21, 35; IX 152, 294; XVI 152, 467; XX 92; XXI 87.
Pedeo, V 69; XIII 172.
Pelagonte, IV 295; V 695.
pelásgico, II 681; XVI 233.
pelasgos, II 840, 843; X 429; XVII 288.
Pelegón, XXI 141, 152, 159.
Pelene, II 574.
Peleo, I 489; VII 125; IX 147, 252, 289, 394, 400, 438, 480; XI 769, 772, 783; XVI 15, 21, 33, 175, 203, 381, 574, 867; XVII 443; XVIII 18, 60, 84, 87, 331, 433, 441; XIX 216, 334; XX 2, 206; XXI 139, 189; XXII 8, 250, 421; XXIII 89, 144, 278; XXIV 61, 534.
pelíada, XVI 143; XIX 390; XX 277; XXI 162; XXII 133.
Pelias, II 715.
Pelida (* = Peleyón, ** = Peleyada) (hijo de Peleo), I 1**, 146, 188*, 197*, 223, 245, 277, 306, 322**; II 674*, 770*; VIII 474*; IX 166**, 181*, 698*; X 323*, 392*; XIII 113*; XV 64, 74, 614; XVI 195*, 269**, 271, 281*, 653**, 686**; XVII 105, 191, 195, 199, 208*, 214*, 280*, 641, 701; XVIII 166*, 170, 226*, 261*, 269*, 316; XIX 75*, 83; XX 27*, 45*,

80*, 85, 88*, 113*, 118*, 164, 200, 261, 290, 294*, 312, 322, 333*, 366*, 431, 503; XXI 153, 173, 208, 251, 272, 288, 306*, 327*, 557, 595, 599*; XXII 7*, 40*, 58, 138, 176, 193*, 214*, 278*, 290; XXIII 17, 35*, 41, 59, 231, 249*, 287, 542, 651, 700, 740, 793*, 798, 826, 884; XXIV 338*, 406**, 431**, 448**, 458*, 465*, 572.

Pelio, II 744, 757; XVI 144; XIX 391.

Pélope, II 104, 105.

Penéleo, II 494; XIII 92; XIV 487, 489, 496; XVI 335, 340; XVII 597.

Peneo, II 752, 753, 757.

Peón, V 401, 899, 900.

Peonía, XVII 350; XXI 154.

Peónida, XI 339, 368.

peonios, II 848; X 428; XVI 287, 291; XXI 155, 205, 211.

Percosio, II 831; VI 30; XI 329.

Percote, II 835; XI 229; XV 548.

perebos, II 749.

Pérgamo, IV 508; V 446, 460; VI 512; VII 21; XXIV 700.

Pergásida, V 535.

Perea, II 766.

Peribea, XXI 142.

Perieres, XVI 177.

Perifante, V 842, 847; XVII 323.

Perifetes, XIV 515; XV 638.

Perimedes, XV 515.

Périmo, XVI 695.

Perséfone, IX 457, 569.

Perseo, XIV 320.

Persida (hijo o descendiente de Perseo), XIX 116, 123.

Peso, V 612.

Péteo, II 552; IV 327, 338; XII 331, 355; XIII 690.

Peteón, II 500.

Pidites, VI 30.

Pieria, XIV 226.

pigmeos, III 6.

Pilartes, XI 491; XVI 696.

Pilégenes, II 54; XXIII 303.

Pilémenes, II 851; V 576; XII 643.

Pilene, II 639.

Pileo, II 842.

pilios, I 248; IV 293; V 545; VII 134; XI 687, 724, 737, 753; XVII 704; XXIII 603.

Pilo, I 252, 269; II 54, 77, 591; V 397; IX 153, 295; XI 682, 689, 712, 716, 760; XXIII 303.

Pilón, XII 187.

Piraida, IV 228.

Píraso, II 695; XI 491.

Pirecmes, II 848; XVI 287.

Piris, XVI 416.

Pirítoo, I 263; II 741, 742; XII 129, 182; XIV 318.

Píroo, II 844; IV 520, 525; XX 484.

Pisandro, XI 122, 143; XIII 601, 606, 611; XVI 193.

Pisénor, XV 445.

Piteo, III 144.

Pitiea, II 829.
Pito, IX 405.
Pitón, II 519.
Placo, VI 396, 397, 425; XXII 479.
Platea, II 504.
Pleurón, II 639; XIII 217; XIV 116.
Pleuronio, XXIII 635.
Podalirio, II 732; XI 833.
Podarces, II 704; XIII 693.
Podarga, XVI 150; XIX 400.
Podargo, VIII 185; XXIII 295.
Podete, XVII 575, 590.
Pólibo, XI 59.
Políctor, XXIV 397.
Polidamante, XI 57; XII 60, 80, 88, 109, 196, 210, 231; XIII 275, 748, 751, 756, 790; XIV 425, 449, 453, 462, 469, 470; XV 339, 446, 454, 518, 521; XVI 535; XVII 600; XVIII 249, 285, 313; XXII 100.
Polidora, XVI 175.
Polidoro, XX 407, 419; XXI 91; XXII 46; XXIII 637.
Poliemónida, VIII 276.
Polifetes, XIII 791.
Polifontes, IV 395.
Poliído, V 148; XIII 663, 666.
Polimela, XVI 180.
Polimelo, XVI 417.
Polinices, IV 377.
Polipetes, II 740; VI 29; XII 129, 182; XXIII 836, 844, 848.
Polites, II 791; XIII 533; XV 339; XXIV 250.
Polixino, II 623.
Pólux, III 237.
Porteo, XIV 115.
Posidón, I 400; II 479; VII 445; VIII 200; XI 728; XII 17, 34; XIII 19, 34, 43, 65, 206, 231, 351, 434, 554, 563; XIV 357, 384, 390; XV 8, 41, 51, 57, 158, 205; XX 34, 57, 63, 67, 115, 132, 149, 291, 318, 330; XXI 284, 287, 472, 477; XXIII 277, 307; XXIV 26.
Posidonio, II 506.
Praccio, II 835.
Pramnio, XI 639.
Preto, VI 157, 160, 163, 164, 177.
Priámida, II 817; III 356; IV 490; V 684; VI 76; VII 112, 250, 258; VIII 216, 356; XI 295, 300, 490; XII 438; XIII 40, 80, 157, 316, 586, 803; XIV 365, 375; XV 597, 604; XVI 828; XVII 449, 503; XVIII 164; XIX 204; XX 77, 87, 408; XXIII 183.
Príamo, I 19, 255; II 37, 160, 176, 304, 332, 373, 414, 788, 791, 803, 817; III 105, 117, 124, 146, 161, 261, 288, 303, 314; IV 18, 28, 31, 35, 47, 165, 173, 290, 499; V 159, 463, 464, 535, 614, 704; VI 242, 246, 250, 283, 317, 449, 451, 512;

VII 44, 47, 296, 346, 366, 386, 427; VIII 303, 377, 552; IX 136, 278, 651; XI 102, 197, 200; XII 11, 15, 95; XIII 14, 173, 176, 365, 368, 376, 460; XV 239, 244, 551; XVI 448, 738; XVII 160; XVIII 154, 288; XX 81, 181, 182, 237, 240, 306; XXI 34, 88, 97, 105, 309, 526; XXII 25, 165, 173, 230, 234, 251, 352, 453, 478; XXIII 746; XXIV 28, 37, 76, 117, 145, 160, 169, 171, 217, 278, 279, 282, 299, 336, 353, 372, 386, 405, 447, 469, 477, 483, 485, 552, 563, 583, 598, 629, 631, 634, 659, 669, 674, 680, 777, 803.
Prítanis, V 678.
Prómaco, XIV 476, 482, 503.
Prónoo, XVI 399.
Protesilao, II 698, 706, 708; XIII 681; XV 705; XVI 286.
Protiaón, XV 455.
Proto, XVIII 43.
Protoénor, II 495; XIV 450, 471.
Prótoo, II 756, 758.
Protoón, XIV 515.
Pteleo, II 594.
Ptolemeo, IV 228.

Quersidamante, XI 423.
Quimera, VI 179; XVI 328.
Quirón, IV 219; XI 832; XVI 143; XIX 390.

Radamantis, XIV 322.
Rea, XIV 203; XV 187.
Rena, II 728.
Reso, X 435, 474, 519; XII 20.
Rigmo, XX 485.
Ripa, II 606.
Ritio, II 648.
Rodas, II 654, 655, 667.
Rodio, 1) XII 20.
rodio, 2) II 654.

Salamina, II 557; VII 199.
Samos, II 634; XIII 12; XXIV 78, 753.
Sangario, III 187; XVI 719.
Sarpedón, II 876; V 471, 493, 629, 633, 647, 655, 658, 663, 683, 692; VI 199; XII 101, 292, 307, 379, 392, 397; XIV 426; XV 67; XVI 327, 419, 433, 445, 464, 466, 477, 496, 522, 533, 541, 553, 559, 638, 649, 663, 668, 678; XVII 150, 162; XXIII 800.
Satnio, XIV 443.
Satnioente, VI 34; XIV 445; XXI 87.
Sélago, V 612.
Seleente, II 659, 839; XII 97; XV 531.
Selepíada, II 693.
selos, XVI 234.
Sémele, XIV 323, 325.
Sésamo, II 853.
Sesto, II 836.
Sición, II 572; XXIII 299.

Sidón, VI 291.
sidonios, VI 290; XXIII 743.
Sime, II 671.
Simoente, IV 475; V 774, 777; VI 4; XII 22; XX 53; XXI 307.
Simoesio, IV 474, 477, 488.
sinties, I 594.
Sípilo, XXIV 615.
Sísifo, VI 153, 154.
Soco, XI 427, 428, 440, 450, 456.
sólimos, VI 184, 204.

Talémenes, II 865.
Talayónida, II 566; XXIII 678.
Talía, XVIII 39.
Talisíada, IV 458.
Talpio, II 620.
Taltibio, I 320; III 118; IV 192, 193; VII 276; XIX 196, 250, 267; XXIII 897.
Támiris, II 595.
Tarfe, II 533.
Tarne, V 44.
Tártaro, VIII 13, 481.
Taumacia, II 716.
Teano, V 70; VI 298, 302; XI 224.
Teba, I 366; II 691; IV 378, 406; VI 397, 416; XIV 323; XIX 99.
Tebas, V 804; VI 223; IX 381; X 286; XIV 114; XXII 479; XXIII 679.
Tebeo, VIII 120.
Tectón, V 59.
Tegea, II 607.
Telamón, VIII 283; XIII 177; XVII 284, 293.
Telamoníada, VIII 224, 267; IX 623; XI 7, 542; XIII 709; XIV 460; XV 289; XVII 235; XVIII 193.
Telamonio, II 528, 768; IV 473; V 610, 615; VI 5; VII 224, 234, 283; VIII 281; IX 644; XI 465, 526, 563, 591; XII 349, 362, 364, 370, 378; XIII 67, 76, 170, 321, 702; XIV 409, 511; XV 462, 471, 560; XVI 116; XVII 115, 628, 715; XXIII 708, 722, 811, 842.
Telémaco, II 260; IV 354.
Temis, XV 87, 93; XX 4.
Ténedos, I 38, 452; XI 625; XIII 33.
Tentredón, II 756.
Terea, II 829.
Terror, IV 440; XI 37; XV 119.
Tersíloco, XVII 216; XXI 209.
Tersites, II 212, 244, 246.
Tésalo, II 679.
Teseo, I 265.
Tespía, II 498.
Téstor, XVI 401.
Testórida, I 69; XII 394.
Tetis, 1) I 413, 495, 512, 538, 556; IV 512; VI 136; VIII 370; IX 410; X 76, 598; XVI 34, 222, 574, 860; XVIII 51, 94, 127, 146, 332, 369, 381, 385, 392, 398, 405, 407, 422, 424, 428; XIX 28; XX 207; XXIII

14; XXIV 74, 83, 88, 89, 102, 104, 120; 2) XIV 201, 302.
Teucro, VI 31; VIII 266, 273, 281, 292, 309, 322; XII 336, 350, 363, 371, 372, 387, 400; XIII 91, 170, 182, 313; XIV 515; XV 302, 437, 458, 462, 466, 484; XVI 511; XXIII 859, 862, 883.
Teutámida, II 843.
Teutránida, VI 13.
Teutrante, V 705.
Tideo, II 426; IV 365, 370, 372, 384, 387, 396, 399; V 25, 126, 163, 184, 232, 235, 277, 335, 376, 406, 800, 801, 813, 881; VI 96, 119, 222, 277, 437; VII 179; VIII 118, 152; X 159, 285, 487, 494, 509, 516; XI 338; XIV 114; XXIII 383, 472, 538.
Tidida, V 1, 16, 18, 85, 93, 97, 134, 181, 207, 225, 240, 242, 243, 281, 303, 329, 362, 410, 440, 443, 457, 600, 793, 826, 866; VI 145, 235; VII 163; VIII 99, 139, 149, 161, 167, 254, 532; IX 53; X 109, 150, 234, 249, 255, 363, 367, 489, 528, 566; XI 312, 313, 333, 357, 370, 660; XIV 29, 380; XVI 25, 74; XIX 48; XXI 396; XXIII 290, 357, 389, 398, 405, 499, 681, 812, 820, 824.
Tiestes, II 106, 107.
Tifoeo, II 782, 783.
Timbra, X 430.
Timbreo, XI 320.
Timetes, III 146.
Tiquio, VII 220.
Tirinte, II 559.
Tisbe, II 502.
Títano, II 735.
Titanes, XIV 279.
Titareso, II 751.
Titono, XX 237.
Tlepólemo, II 653, 657, 661; V 628, 632, 648, 656, 660, 668.
Tmolo, II 866; XX 385.
Toa, XVIII 40.
Toante, II 638; IV 527, 529; VII 168; XIII 92, 216, 222, 228; XIV 230; XV 281; XVI 311; XIX 239; XXIII 745.
Toón, V 152; XI 422; XIII 301; XX 485.
Tootes, XII 342, 343.
Tracia, IX 5, 72; XI 222; XIII 301; XX 485.
tracios, II 595, 844; IV 519, 533, 537; V 462; VI 7; X 434, 464, 470, 487, 506, 518, 559; XIII 4, 13, 577; XIV 227; XXIII 230, 808; XXIV 234.
Trasimedes, IX 81, X 255; XIV 10; XVI 321; XVII 378, 705.
Trasimelo, XVI 463.
Trasio, XXI 210.
Treco, V 706.
Trequine, II 682.
Trezén, II 561.
Trezeno, II 847.
Tricca, II 729; IV 202.

Trío, II 592.
Trioesa, XI 711.
Troilo, XXIV 257.
Tronio, II 533.
Tros, V 222, 265; VIII 106; XX 230, 231, 463; XXIII 291, 378.
Troya, I 129; II 141, 162, 178, 237; III 74, 257; IV 175; V 773; VI 207, 315, 529; VII 71, 390; VIII 241; IX 28, 46, 246, 329; X 28; XI 22, 818; XIII 7, 233, 367, 433, 645; XIV 505; XV 706; XVI 100, 169, 461, 515, 698; XVII 155; XVIII 67, 330; XIX 330; XX 316; XXI 375, 544; XXII 116, 478; XXIII 215; XXIV 86, 256, 291, 346, 492, 494, 542, 764, 774.
troyanos, I 152, 160, 164, 256, 408, 509, 521; II 13, 15, 30, 32, 40, 67, 69, 123, 125, 127, 130, 160, 176, 230, 304, 352, 355, 380, 472, 786, 792, 815, 816, 826, 861; III 2, 16, 36, 56, 68, 77, 86, 88, 99, 111, 127, 131, 153, 156, 209, 251, 264, 266, 274, 285, 297, 304, 319, 341, 343, 384, 411, 417, 420, 451, 456, 461; IV 4, 21, 36, 65, 66, 71, 80, 85, 86, 95, 156, 157, 173, 176, 197, 207, 221, 247, 270, 304, 333, 335, 352, 355, 416, 433, 436, 457, 471, 497, 508, 509, 543; V 9, 27, 32, 37, 63, 86, 94, 102, 124, 135, 143, 176, 177, 180, 200, 211, 217, 264, 324, 379, 423, 451, 507, 510, 521, 527, 535, 591, 605, 607, 618, 644, 702, 789, 810, 833, 834, 862; VI 1, 6, 57, 73, 78, 95, 109, 110, 111, 227, 238, 276, 283, 300, 310, 335, 362, 379, 384, 387, 442, 445, 450, 461, 477, 525; VII 7, 21, 27, 35, 49, 55, 65, 67, 80, 195, 215, 275, 297, 300, 307, 343, 345, 348, 361, 368, 386, 393, 402; VIII 11, 52, 55, 71, 74, 110, 148, 154, 155, 158, 171, 172, 173, 206, 233, 244, 252, 256, 273, 279, 335, 344, 379, 431, 449, 458, 487, 489, 496, 497, 523, 525, 542, 561; IX 1, 139, 233, 248, 281, 337, 412; X 11, 38, 160, 189, 205, 207, 222, 232, 282, 299, 301, 314, 318, 331, 356, 408, 418, 421, 424, 433, 511, 517, 523, 537, 539, 546, 548, 563; XI 56, 58, 70, 79, 82, 121, 139, 159, 220, 279, 285, 286, 294, 319, 326, 344, 382, 412, 420, 442, 459, 468, 470, 474, 483, 486, 489, 521, 525, 533, 556, 564, 568, 570, 800, 827, 836; XII 3, 13, 61, 68, 82, 108, 144, 160, 208, 218, 226, 255, 288, 290, 431, 439, 440, 467; XIII 1, 9, 16, 39, 50, 87, 98, 101, 105, 129, 136, 149, 150, 175, 209, 220, 262, 268, 347, 353,

362, 401, 425, 454, 456, 463, 491, 551, 621, 634, 639, 668, 718, 720, 722, 724, 737, 755, 800, 831, 836; XIV 15, 45, 79, 88, 98, 144, 192, 251, 265, 388, 391, 400, 441, 448, 475, 491, 500, 501; XV 6, 42, 135, 304, 306, 327, 346, 353, 376, 379, 384, 390, 396, 406, 408, 424, 425, 444, 449, 475, 485, 486, 567, 571, 574, 589, 592, 602, 622, 689, 701, 707, 717, 731, 739, 743; XVI 42, 66, 69, 78, 90, 92, 98, 103, 121, 201, 209, 256, 258, 276, 278, 295, 303, 356, 369, 373, 393, 425, 534, 548, 564, 569, 576, 585, 592, 600, 603, 628, 654, 658, 685, 701, 708, 730, 750, 764, 770, 782, 783, 831, 835; XVII 2, 14, 16, 80, 94, 96, 107, 127, 131, 156, 183, 184, 194, 223, 230, 241, 255, 262, 266, 272, 274, 276, 285, 291, 319, 335, 362, 370, 380, 396, 404, 418, 420, 458, 461, 471, 485, 513, 558, 575, 581, 589, 596, 604, 608, 613, 627, 630, 689, 711, 714, 719, 724, 730, 753; XVIII 11, 59, 122, 130, 156, 175, 179, 198, 200, 218, 229, 243, 263, 272, 296, 300, 310, 337, 367, 390, 440, 447, 461; XIX 63, 70, 152, 157, 237, 318, 325, 367, 412, 423; XX 3, 17, 24, 26, 38, 44, 52, 60, 83, 84, 96, 124, 126, 146, 180, 184, 307, 315, 352, 354, 363, 364, 366, 374, 381; XXI 25, 55, 102, 105, 138, 216, 224, 227, 231, 250, 277, 296, 310, 336, 359, 371, 374, 414, 428, 446, 459, 521, 525, 528, 539, 584, 606; XXII 11, 47, 57, 101, 105, 119, 144, 155, 287, 343, 382, 394, 422, 430, 434, 476, 506, 514; XXIII 23, 81, 175, 181, 464; XXIV 148, 177, 215, 237, 663, 704, 778.

Tumulto, XVIII 535.

Ucalegonte, III 148.

Ulises, I 138, 145, 311, 430, 440; II 169, 173, 220, 244, 259, 272, 278, 335, 407, 631, 636; III 191, 200, 205, 211, 216, 223, 224, 268, 314; IV 329, 349, 358, 491, 494, 501; V 519, 669, 674, 679; VI 30, VII 168; VIII 92, 93, 97, 222; IX 169, 180, 192, 218, 223, 308, 346, 624, 657, 673, 676; X 109, 137, 144, 148, 231, 243, 248, 260, 271, 277, 340, 363, 382, 400, 423, 460, 476, 488, 490, 498, 513, 527, 529, 536, 554, 571; XI 5, 140, 312, 321, 335, 346, 396, 401, 419, 430, 439, 449, 459, 466, 473, 482, 661, 767, 806; XIV 29, 82, 104, 380; XVI 26; XIX 48, 141, 154, 215, 247, 310; XXIII 709, 719, 720, 723,

725, 727, 729, 755, 759, 763, 765, 768, 778, 783.

Yáliso, II 656.
Yálmeno, II 512; IX 82.
Yámeno, XII 139, 193.
Yámpolis, II 521.
Yanasa, XVIII 47.
Yanira, XVIII 46.
Yolco, II 712.

Zacinto, II 634.
Zelea, II 824; IV 103, 121.
Zeus, I 5, 7, 9, 21, 63, 121, 128, 145, 175, 176, 202, 222, 239,. 279, 292, 334, 337, 354, 394, 395, 419, 423, 426, 489, 495, 502, 503, 508, 511, 517, 533, 539, 560, 570, 578, 609; II 2, 26, 33, 38, 49, 63, 70, 94, 98, 102, 103, 111, 116, 134, 146, 157, 169, 173, 197, 244, 324, 348, 371, 375, 407, 412, 445, 478, 482, 491, 522, 548, 598, 636, 660, 669, 688, 741, 781, 847; III 104, 107, 196, 199, 205, 276, 298, 308, 314, 320, 329, 350, 351, 352, 365, 374, 403, 418, 426; IV 1, 23, 30, 84, 128, 166, 223, 235, 280, 288, 319, 338, 358, 381, 408, 489, 515; V 33, 34, 76, 91, 105, 115, 131, 174, 225, 265, 312, 348, 362, 396, 398, 419, 421, 451, 457, 463, 464, 471, 601, 631, 635, 637, 663, 669, 672, 675, 679, 683, 692, 693, 714, 733, 736, 742, 756, 757, 762, 764, 788, 815, 820, 837, 846, 869, 888, 906, 907; VI 31, 159, 198, 216, 234, 257, 259, 266, 304, 312, 357, 414, 420, 423, 475, 476, 515, 526; VII 23, 24, 37, 47, 60, 76, 109, 132, 138, 168, 179, 192, 194, 200, 202, 234, 249, 274, 280, 312, 355, 411, 443, 446, 478; VIII 2, 22, 38, 82, 93, 97, 140, 141, 143, 170, 206, 210, 216, 236, 242, 249, 250, 251, 287, 333, 352, 364, 375, 384, 387, 397, 412, 424, 427, 428, 438, 442, 444, 460, 469, 526; IX 18, 23, 84, 98, 106, 117, 169, 172, 192, 199, 209, 223, 229, 236, 238, 308, 357, 377, 419, 457, 502, 508, 513, 534, 536, 603, 608, 620, 640, 647, 663, 672, 686; X 16, 43, 45, 54, 71, 89, 104, 144, 154, 278, 284, 296, 329, 340, 429, 460, 508, 552, 553; XI 3, 59, 66, 163, 197, 200, 201, 251, 278, 289, 300, 318, 327, 449, 455, 493, 504, 510, 543, 544, 598, 645, 647, 652, 727, 736, 753, 761, 766, 773, 795, 809, 818, 822; XII 21, 25, 37, 68, 83, 164, 173, 209, 235, 241, 252, 275, 279, 286, 292, 355, 402, 437; XIII 1, 16, 54, 129, 195, 347, 353, 355, 422,

427, 449, 490, 524, 624, 631, 688, 732, 766, 794, 796, 812, 818, 825, 837; XIV 19, 27, 54, 69, 85, 120, 160, 173, 193, 203, 213, 224, 236, 247, 250, 252, 265, 286, 293, 312, 341, 359, 414, 417, 425, 434, 522; XV 4, 15, 67, 68, 85, 97, 101, 104, 117, 122, 131, 146, 147, 154, 175, 188, 192, 194, 202, 220, 239, 242, 293, 310, 340, 372, 377, 379, 461, 489, 490, 567, 583, 593, 599, 611, 652, 694, 719, 724; XVI 5, 37, 49, 51, 97, 121, 126, 227, 232, 233, 241, 249, 253, 298, 365, 386, 522, 535, 567, 571, 604, 638, 644, 658, 666, 678, 688, 707, 720, 799, 804, 845; XVII 12, 19, 34, 46, 176, 198, 238, 251, 321, 326, 331, 400, 402, 409, 498, 545, 548, 566, 627, 630, 632, 645, 652, 679, 685, 702, 705; XVIII 75, 116, 118, 168, 181, 184, 228, 241, 292, 305, 343, 356, 431; XIX 40, 48, 87, 91, 95, 112, 120, 121, 137, 141, 197, 204, 224, 254, 258, 270, 273, 310, 364, 384; XX 4, 11, 19, 92, 107, 155, 160, 177, 192, 194, 215, 234, 240, 242, 354, 386, 388, 413, 428, 440, 445; XXI 2, 17, 39, 49, 67, 75, 83, 138, 149, 161, 187, 189, 190, 191, 193, 198, 223, 229, 250, 265, 273, 290, 359, 388, 401, 416, 420, 438, 444, 479, 484, 499, 505, 545, 570, 579, 581; XXII 102, 172, 182, 205, 221, 226, 256, 280, 302, 326, 330, 364, 366, 376, 393, 395, 403, 455; XXIII 24, 36, 43, 136, 140, 185, 193, 294, 299, 307, 333, 346, 534, 555, 594, 723, 724, 729, 759, 765, 778, 828, 838, 839, 889; XXIV 22, 50, 64, 88, 100, 133, 151, 169, 173, 175, 180, 194, 241, 249, 287, 296, 301, 308, 314, 331, 390, 513, 527, 529, 553, 561, 570, 586, 593, 596, 635, 657, 668, 693, 803.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

INTRODUCCIÓN 7

I. Noticias de otros poemas épicos en la *Ilíada* y en la *Odisea* 10

a) La épica en Homero, 10. — b) Temas tradicionales, 12. — c) Los personajes, 12. — d) Los motivos, 13. — e) Los efectos del canto épico, 14. — f) La *Ilíada* y las noticias sobre la épica en Homero, 15. — g) Noticias sobre otros poemas épicos, 16.

II. La tradición épica en Grecia 17

a) Las fórmulas, 17. — b) Las propiedades de los sistemas de fórmulas, 19. — c) Escenas típicas, 21. — d) Estructura narrativa, 23. — e) Temas y motivos, 25. — f) La lengua, 27. — g) El verso, 28. — h) Los datos de la literatura comparada, 29.

III. La prehistoria de la tradición épica 31

a) La historicidad de la guerra de Troya, 32. — b) La *Ilíada* y el mundo micénico, 34. — c) La *Ilíada* y la 'Edad Oscura', 42. — d) La *Ilíada* y la época posterior a la colonización jónica, 43. — e) Los elementos 'recientes', 44. — f) La 'traditio' ática, 46. — g) La *Ilíada* como fuente para la historia de Grecia, 46.

Págs.

IV. La individualidad de la *Ilíada* 48

a) La extensión monumental, 48. — b) Unidad temática, 50. — c) Digresiones del tema central, 51. — d) Procedimientos para crear incertidumbre en el relato, 52. — e) La conexión de los episodios, 53. — f) La cólera de Aquiles como símbolo de la guerra de Troya, 56. — g) Eliminación de elementos de la leyenda troyana ajenos al tema central, 58. — h) La elevación de las acciones de los personajes, 59. — i) Los héroes y su destino, 61. — j) Los dioses, 63. — k) El estilo, 63.

V. La cuestión homérica 65

a) Las fuentes antiguas sobre la vida de Homero, 65. — b) La tradición homérica en Atenas, 71. — c) La difusión del texto escrito en la Antigüedad, 72. — d) La «redacción» pisistrática, 74. — e) La cuestión homérica desde el siglo XVIII, 76 (1. Las contradicciones e inconsistencias en el contenido, 76. — 2. Los datos dialécticos jónicos, 76. — 3. La geografía, 78. — 4. Las representaciones cerámicas, 78. — 5. La literatura comparada, 79. — 6. El incierto papel de la escritura en la difusión de la *Ilíada,* 81).

VI. La transmisión del texto de la *Ilíada* ... 83

a) La difusión en la época arcaica, 83. — b) La tradición del texto en la época clásica, 86. — c) Las ediciones de las ciudades, 90. — d) Los papiros, 90. — e) Las ediciones alejandrinas, 91. — f) Los escolios, 95. — g) La transmisión en Bizancio, 98.

VII. La influencia de la *Ilíada* 99

VIII. Bibliografía básica 100

IX. Nota a la traducción 102

	Págs.
CANTO I	103
CANTO II	123
CANTO III	151
CANTO IV	167
CANTO V	185
CANTO VI	213
CANTO VII	230
CANTO VIII	246
CANTO IX	265
CANTO X	288
CANTO XI	307
CANTO XII	334
CANTO XIII	349
CANTO XIV	375
CANTO XV	392
CANTO XVI	415
CANTO XVII	442
CANTO XVIII	466
CANTO XIX	487
CANTO XX	501
CANTO XXI	518
CANTO XXII	538
CANTO XXIII	555
CANTO XXIV	584